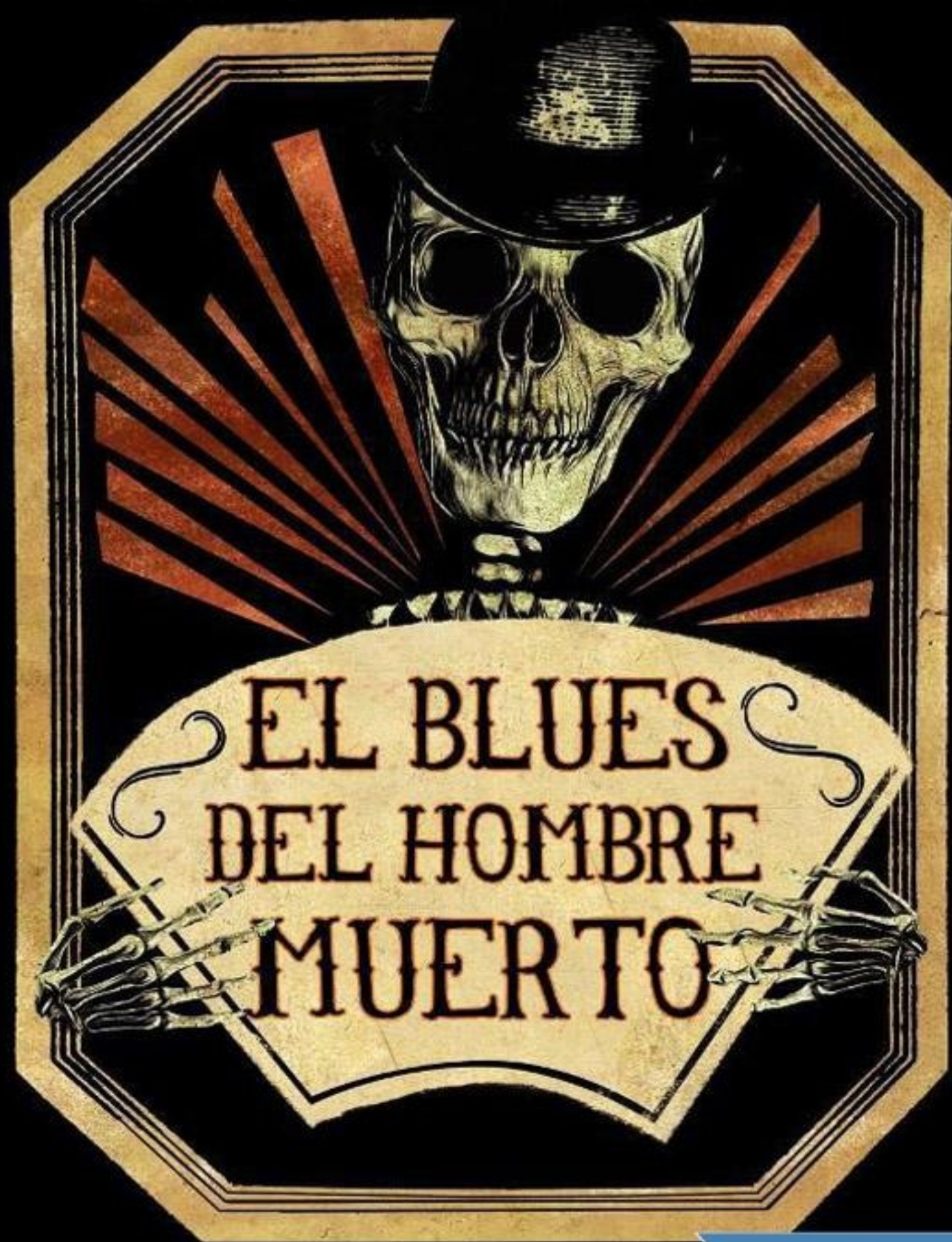


RAY CELESTIN



de

Lectulandia

CHICAGO, 1928. AL CAPONE DOMINA LA CIUDAD, PERO SU HEGEMONÍA EMPIEZA A AGRIETARSE...

Chicago, 1928, la ciudad más corrupta y más racialmente dividida de Estados Unidos. Allí coinciden Al Capone, el gánster que domina sus bajos fondos, y Louis Armstrong, el trompetista que está revolucionando el mundo del jazz. En el agobiante verano de aquel año se van a producir tres incidentes que van a sacudir las estructuras de la ciudad: por un lado, en un distinguido cóctel es envenenado lo más granado de la alta sociedad de Chicago; por otro, la inestable heredera de una familia adinerada desaparece sin dejar rastro; y, por último, un gánster aparece muerto y mutilado en un inmundo callejón.

A Ida Davis y al expolicía Michael Talbot les encargan buscar a la joven desaparecida. Mientras, el fotógrafo forense Jacob Russo sigue la pista del gánster asesinado en un momento en que puede desatarse una guerra entre las bandas de Al Capone y Bugs Moran. ¿Tienen alguna relación todos estos casos?

Lectulandia

Ray Celestin

El blues del hombre muerto

City Blues - 02

ePub r1.0

Titivillus 19.07.18

Título original: *Dead Man's Blues*
Ray Celestin, 2016
Traducción: Mariano Antolín Rato

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mum

«El jazz ha venido para quedarse porque es una expresión de estos tiempos, de la época apasionante, enérgica, superactiva en la que estamos viviendo».

LEOPOLD STOKOWSKI, 1924

PRÓLOGO

CADENZA

Nueva Orleans, agosto de 1922

LOUIS ARMSTRONG CORRIÓ POR el andén cuando se estaba poniendo en marcha el *Panama Limited*, con su maleta de cartón en una mano y el estuche de su corneta y los billetes en la otra. Agitó el último de estos ante el guarda del andén, que ni siquiera lo miró porque estaba demasiado ocupado riéndose del chico regordete, sudoroso y sobrecargado con el equipaje que trataba de alcanzar el tren, intentando sobrepasar los vagones solo para blancos y llegar a uno de los furgones dentro de los cuales podría saltar sin miedo a que le dieran una paliza.

El tren pitó y Louis redobló sus esfuerzos, esquivó un montón de maletas, pasó junto a un maletero de aspecto desconcertado, alcanzó el primer vagón en el que ponía *Gente de color*, tiró su maleta dentro, se puso los billetes en la boca, se agarró al pasamanos y saltó al tren cuando el maquinista aumentaba la potencia y el ferrocarril dejaba la estación y salía disparado bajo los ardientes cielos sureños.

Se desplomó bruscamente en el suelo y se quedó un momento allí, tratando de recuperar la respiración, con los pulmones ardiéndole debido al escaso ejercicio y demasiados cigarrillos. Rebuscó en los bolsillos, encontró un pañuelo, se secó el sudor de la cara, tratando de resultar más presentable, y se dirigió a su compartimento. Cuando dio con él, vio que era estrecho y estaba cerrado y ocupado por una mujer enorme y una camada de niños, todos ellos sentados en las dos planchas de madera que hacían las veces de asientos. Louis sonrió a la mujer, ella gritó a los niños para que le hicieran sitio y él empujó su maleta, dejándola en la red de lino que estaba encima de los asientos.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó la mujer cuando Louis se había apretujado en una esquina.

—Louis Armstrong, señora.

—¿Eres hijo de Mayann?

—Sí.

—Hace años que conozco a tu madre —dijo ella, con un tono que sugería que por algún motivo estaba orgullosa de ello—. ¿Adónde vas?

—A Chicago.

—Nosotros también. ¿Tienes trabajo allí?

—Sí, señora. Toco con la banda de Joe Oliver. Segundo corneta.

—¿Joe Oliver? —repitió la mujer, dando vueltas al nombre en sus recuerdos durante unos segundos para tratar de situarlo. Luego se encogió de hombros—. Bien, pues que tengas suerte. ¿Has comido?

—No, señora.

—¿Trajiste comida?

—No, señora.

Con las prisas por llegar a la estación, no había tenido tiempo de pararse en una tienda de comestibles y ahora la mujer le estaba mirando con los ojos sesgados. El tren tenía tres vagones comedor: en uno servían comida francesa *à la carte*, en otro comida de cafetería y en otro cosas para picar, pero a los negros no se les permitía entrar en ninguno. La mujer chasqueó la lengua y luego gritó al mayor de los niños que bajara la cesta; cuando el niño la cogió de la red y la puso en el suelo en el centro del compartimento, ella quitó la tela de cuadros y repartió trozos de pollo y siluro fritos, quingombó empanado, yaniqueque y botellas de gaseosa, y Louis tuvo la sensación, a los cinco minutos de dejar Nueva Orleans, de que ya había encontrado una familia nueva.

Después de comer guardaron los restos dentro de la cesta y Louis jugó con los niños, miró por la ventanilla, charló, fumó y se quedó dormido; el día se hizo noche y en un determinado momento despertó y vio una galaxia de luces de la ciudad que pasaban junto a la ventanilla, manchas de neón destacándose en la negrura, y percibió un gran movimiento en las calles, y luego oyó el zumbido de las farolas de sodio de la estación de la calle 12 de Chicago.

Louis ayudó a apearse a la mujer y anduvieron por el andén hasta el centro de la estación. Él paseó la vista por la gente que había, y vio lo rápido que andaban, la prisa que se daban, lo bien vestidas que iban, lo aerodinámico, brillante y moderno que parecía todo. Se preguntó si solo eran sus ojos, y se dio la vuelta para mirar el tren, a toda esa gente del Sur recogiendo su equipaje, y la diferencia le saltó a la vista: la ropa gastada, vieja, las maletas estropeadas, todo cubierto por la pobreza y el polvo de las llanuras sureñas.

Comparadas con las de Chicago, las personas como Louis parecían refugiados de algún país lejano, hambriento, y en aquel instante se dio cuenta de que su idea de lugar natal iba a ser puesto a prueba en aquel nuevo ambiente, que iba a tener que luchar para no dejarse influir por el contraste. Alejarse del Sur ya había sido suficiente batalla; a algunos negros los habían linchado solo por verlos en el mostrador comprando billetes de tren para el Norte, y algunas madres echaban pimienta en los zapatos de sus hijos al hacer el viaje creyendo erróneamente que espantarían a los perros de caza con su olor. Pero ahora Louis notaba que había otra batalla que acechaba a todas aquellas personas, una batalla para adaptarse, para que no se aprovecharan de ellas, para no perder lo que eran en el intento.

—¿Estás seguro de que tienes algún sitio al que ir? —preguntó la mujer.

—Claro que sí, señora. Joe Oliver va a mandar a alguien a recogerme —dijo Louis.

La mujer le miró fijamente, sin estar convencida, luego le saludó con la cabeza, reunió a sus chicos y le deseó buena suerte, y en el momento en que desapareció entre esa multitud cambiante, Louis lamentó haberle mentido. Miró a su alrededor, apreció la inmensidad de la estación y la ciudad al fondo y recordó las historias de músicos de jazz que dejaban Nueva Orleans y terminaban abandonados en sitios extraños, desplumados por promotores y tipos de las compañías de discos, abandonados sin un amigo ni un centavo, mendigando en las calles para conseguir lo suficiente para comprar un billete de tren y volver a casa.

Intentó quitarse esa idea de la cabeza y buscó unos servicios para ir a refrescarse un poco, así podría continuar el trayecto sintiéndose vagamente limpio. Vio un cartel y siguió la flecha hacia unos escalones de mármol que bajaban hasta un par de puertas, con las indicaciones habituales para hombres y mujeres. Pero no veía ninguna señal que indicase si los servicios eran para gente blanca o de color, y por eso se quedó quieto allí un momento, dudando.

—Chico, pareces más perdido que un pulpo en un garaje —dijo una voz a sus espaldas. Louis se volvió y vio a un negro viejo vestido con uniforme de ordenanza parado detrás de él y sonriendo. Algo en la actitud y modo de comportarse del hombre sugería que había hecho lo mismo antes, que trabajar en la estación muchas veces suponía ayudar a los sureños recién llegados que parecían aturdidos por su situación.

—¿De dónde vienes?

—De Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans? —repitió el hombre con una expresión de desagrado en la cara—. Yo nunca aguanté mucho en Nueva Orleans. No puedo soportar el olor a cerveza.

Louis frunció el ceño, inseguro de cómo tomarse el comentario.

—¿Adónde tienes que ir? —preguntó el hombre.

—A la parte sur.

—Todos los negritos que se bajan de esos puñeteros trenes van a la parte sur, chico. La cuestión es a qué sitio de la parte sur.

—Los Jardines Lincoln. He venido para unirme a la banda de Joe Oliver.

—¿*King* Oliver? —dijo el hombre, repentinamente animado—. ¿Eres el nuevo cornetista del que habla todo el mundo?

Louis frunció el ceño, suponiendo que debía de haber alguna confusión y preguntándose desde cuándo se llamaba *King*, Rey, a Papa Joe.

—Ven, chico. Te conseguiré un coche.

El ordenanza le condujo fuera, le metió en un taxi y dijo al conductor que le llevase directamente a los Jardines Lincoln, y Louis se sentó en el borde del asiento y contempló la ciudad que pasaba silbando. Se alejaron de la estación, bajaron por la

calle State, cruzaron lo que parecía un barrio de putas y al poco tiempo Louis tuvo la sensación de que estaban en plena zona sur, en Bronzeville, el Cinturón Negro, el nuevo hogar del jazz. Eran más de las diez de una noche laborable y las calles estaban atestadas, animadas como un sábado en Bourbon Street. El taxi pasó por delante de clubes de jazz, bares donde se tocaba blues, despachos de chop-suey y salones de billar y cines y teatrillos de variedades, todos con luces de neón de todos los colores que brillaban chillonas en la oscuridad.

Pasaron por debajo de vías férreas elevadas y al lado de tranvías; y a lo lejos, hileras e hileras de rascacielos que resplandecían en la noche le daban a Louis la sensación de que la ciudad entera cabalgaba sobre una chispa, brillante de electricidad, cromo y velocidad. Los negros y negras que se apresuraban por las calles con trajes y vestidos elegantes, la circulación y los trenes que pasaban zumbando y el destello de los rótulos de neón: todo era un nuevo y palpitante reino de posibilidades.

El taxi dobló a la izquierda en la calle 31 y le dejó a las afueras de los jardines. Louis alzó la vista hacia el edificio y distinguió el rótulo encima de las puertas:

KING OLIVER Y SU BANDA DE JAZZ CRIOLLO

Y entonces oyó el sonido inconfundible de la corneta de su antiguo maestro atravesando las paredes del edificio y derramándose por la calle. Era el mismo blues arrastrado del sur, de casa, pero en cierto modo diferente. Le llevó un momento descubrir a qué se debía: la velocidad. Era mucho, muchísimo más rápido, como las personas que había visto apresurándose por las calles; tenía un tempo más frenético, vertiginoso, para adaptarse a su nuevo hogar.

—Es el nuevo chico de King —gritó el taxista sobre el ruido a uno de los porteros, señalando con un dedo en dirección a Louis. El portero era enorme, y a pesar del calor llevaba puesto un abrigo de lana, con solapas de terciopelo y cuello de piel. Louis se bajó del taxi y el portero le echó una ojeada, y él fue consciente una vez más de su ropa y su destartalada maleta de cartón.

Pagó al conductor y, cuando el taxi se alejaba chirriando, Louis observó a los hombres que andaban arriba y abajo por la acera vendiendo con disimulo botellas de ginebra o envoltorios de marihuana, heroína o cocaína. Y en la cola delante del club vio algo que le hizo detenerse: blancos. Un grupo de desmañados jóvenes, con pinta de estudiantes, inquietos, escuchaban la música como si estuvieran escuchando a una especie de dios.

El portero miró fijamente a Louis e inclinó la cabeza unos dos centímetros hacia la entrada; Louis anduvo hasta el principio de la cola, el portero empujó la puerta para abrirla y es entonces cuando le golpea la música, como un tren de mercancías, ensordecedor e implacable.

Recorrieron el vestíbulo y llegaron a la pista de baile. Louis vio que estaba

abarrota de cientos de jóvenes modernos que bailaban con el sonido de la música delirante de Papa Joe, cuya corneta gruñía, se quejaba y retorció con su timbre y tono. El lugar atronaba con el jazz, giraba en una corriente de optimismo y hedonismo, enloquecido por el aquí y el ahora. Y en aquel momento una cosa destelló en la mente de Louis: a pesar de la diferencia de tiempo, todas aquellas personas del Norte tan sofisticadas estaban congregadas allí para escuchar la música del Sur, la música de Nueva Orleans, *su* música. Y pensó en aquel ejército de aspecto desharrapado de refugiados que se apeaban del tren en la estación de la calle 12. Podían haber sido pobres, pero le estaban dando a la ciudad algo que esta ansiaba, algo que adoraba.

Y una sonrisa asomó a sus labios. No estaba seguro de lo que iba a seguir, un intercambio entre personas de diferentes extremos del país, entre rápido y lento, negro y blanco, antiguo y moderno, una fusión de algo nuevo e importante. En Chicago estaba pasando algo, y sonrió de oreja a oreja ante la rareza de todo aquello.

PRIMERA PARTE

PRIMER CHORUS

«Hemos llegado a tal punto que es mejor que un policía dispare un par de balas a un hombre y le interroge después. Esto es una guerra. Y en una guerra uno dispara primero y habla después».

INSPECTOR WILLIAM SHOEMAKER
DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE CHICAGO, 1925

«La única ley efectiva en Chicago es la de la violencia, impuesta por criminales y asesinos. La mala fama de Chicago se está extendiendo por todo el mundo y hace que los americanos que desean estar orgullosos de esa ciudad sientan vergüenza. Se ven obligados a disculparse por la segunda ciudad más grande de Estados Unidos y a explicar que es un sitio especial».

Washington Post, 1928

Chicago, junio de 1928

MILES DE PERSONAS ATESTABAN las calles, bloqueando el tráfico, incomunicando barrios enteros, con el grueso de la multitud agolpada en los locales de la funeraria Sbarbaro y Cía. en el 708 de la calle North Wells. La gente llenaba las calzadas y aceras que rodeaban el edificio, unos se alineaban en la ruta del cortejo, otros ocupaban las puertas de Monte Carmelo o trepaban a las farolas o colgaban de los aleros. Algunas familias disponían sillas en torno a las ventanas de los pisos altos. En el cielo, un negro zumbido de deudos brotaba como mohó en los techos, coronando los actos.

Solo una mínima parte de ellos había conocido de verdad al muerto, un político de alto nivel con un historial de rumores que lo relacionaban con la mafia, que vestía trajes con bolsillos muy grandes hechos a medida para que cupiera el dinero en metálico con el que repartía en Navidades pavos y carbón a los pobres, incluidos los negros. Pero el entierro de un gánster suponía un espectáculo: miles en las calles; famosos y políticos; un desfile de flores y coches lujosos; un ataúd que costaba más que las casas de la mayoría de la gente; mafiosos que se matarían entre ellos cualquier otro día caminando codo con codo, respetando la tregua del día del entierro. Y eso convertía la ceremonia en un acontecimiento: Chicago, ciudad agitada, dinamó, hogar del rascacielos y la fábrica que opera veinticuatro horas, solo se detenía por el entierro de un gánster.

Entre las multitudes que invadían las calles aquella mañana, un hombre se había convertido en una molestia especial al empujar a la gente para pasar lo más educadamente que podía... *Excuse, señora... Odio tener que fastidiar... Le importaría...* al avanzar todo lo recto que podía por el centro de la tela de araña, hacia la puerta principal de la funeraria del juez John Sbarbaro. La gente a la que apartaba al pasar le miraba extrañada preguntándose si tenía una invitación para la ceremonia. No parecía un gánster ni un político, y aunque tenía el buen aspecto de un astro del cine, nadie le podía recordar de la pantalla del Uptown, o el Tivoli o el Norshore. Además, en realidad no iba vestido para un funeral, sino con un traje de verano de lino color crema, el cual, aunque un poco arrugado, era de un corte impecable.

El hombre, Dante Sanfelippo, tenía treinta y pocos años, estatura media y constitución esbelta, rasgos mediterráneos y mirada sobrecogedora. Llevaba un bolso de viaje de cuero colgado del hombro y tenía el aspecto cansado y confuso de un viajero que unas horas antes se había apeado del *Twentieth Century Limited* —el tren nocturno procedente de Nueva York— y hecho el trayecto hasta la parte norte entre la

multitud después de una breve parada en el hotel Metropole.

Allá en Nueva York, Dante era traficante de ron, jugador, contrabandista de altos vueltos, chulo, arreglatado y una especie de enigma, un hombre con muchos conocidos y muy pocos amigos. Se había criado en Chicago, pero había huido de la ciudad seis años antes y hoy volvía por primera vez a su ciudad natal; una ciudad natal que Dante se había dado cuenta, en las pocas horas desde su regreso, de que para él ahora no era más que una ciudad fantasma.

Tras unos cuantos minutos más luchando entre la multitud, por fin llegó al cordón policial que se había formado alrededor de la manzana de casas donde estaba situada la Sbarbaro. Apretados contra las barreras había hordas de chicos callejeros, vagabundos que tenían todo el día para estar apostados en un sitio desde el que poder distinguir a los gánsteres legendarios cuyos nombres circulaban por la ciudad en suspiros y disparos; chicos para los que Capone, Moran, O'Banion o Genna eran una especie de reyes, los hombres más grandes, más atractivos que nunca habían brillado en sus barrios.

Dante los examinó un momento, luego se volvió para mirar por encima del cordón y quedó pasmado por lo que vio: un océano de flores azules extendidas por el suelo delante del edificio en tan gran número que ni un centímetro de asfalto resultaba visible. Toda una manzana de casas de la ciudad cubierta de coronas, guirnaldas y ramos de flores. La marea azul se abría camino entre las barandillas de las fachadas de las tiendas, se extendía más allá de las bocas de incendio, farolas, cubos de basura; lamía porches y paredes. Todas las flores que se podían conseguir en el estado de Illinois, dispuestas en miles de ofrendas que debían de haber costado miles de dólares encargar, traer y distribuir.

Dante soltó un silbido, impresionado, luego buscó algún camino entre las flores y al cabo de un momento lo localizó: una delgada hilera de adoquines que llevaba a los escalones delanteros de la funeraria, donde tres pistoleros con traje y expresión impasible hacían guardia. Dante soltó un suspiro y pasó por debajo del cordón, y la multitud soltó un grito ahogado; la gente suponía que era un intruso, un desquiciado, un hombre con tendencias suicidas.

Se echó su bolsa sobre el hombro y anduvo entre el campo de acianos, campánulas, nomeolvides. Cuando se acercaba, los pistoleros se pusieron tensos, su actitud desganada desapareció, las manos se les movieron inquietas dentro de las chaquetas. Cuando Dante estaba a unos pocos metros del comienzo de los escalones, se detuvo, sonrió e hizo una inclinación de cabeza, y los hombres le devolvieron una mirada de expertos.

—He venido a ver al señor Capone —dijo Dante, y el pistolero más cercano le miró de arriba abajo.

—Está ocupado —contestó el hombre, con palabras cortantes.

—Dile que se trata de Dante el Caballero.

Ante la mención del nombre, el pistolero frunció el ceño, como si le acabara de

poseer un espíritu y luego una expresión de reconocimiento fue sustituida en su cara por una expresión de preocupación. El pistolero hizo una seña con la cabeza a uno de sus colegas, que se la devolvió y pasó entre las puertas de cristal para entrar en la funeraria.

Dante sonrió a los vigilantes que quedaban y encendió un cigarrillo. Oyó el ruido de un rugido en el aire y junto al resto de la gente alzó la vista y vio dos aviones que se elevaban como un aullido en el cielo. La multitud soltó un grito apagado y se agitó cuando los aviones de pronto bajaron en picado; luego los pilotos giraron sus aparatos hacia arriba y volaron hacia el sol, desapareciendo en su resplandor.

La multitud empezó a preguntarse qué estaba pasando, y Dante volvió a bajar la mirada al suelo, se quitó el sombrero y se secó algo del sudor de la frente, esperando que el pistolero volviera pronto y le admitieran en la funeraria para librarse del calor. Había esperado que al dejar Nueva York evitaría sus abrasadoras temperaturas, pero por alguna razón parecía que en Chicago este verano era incluso peor.

Cuatro días antes Dante había estado en su barco, que contrabandeaba ron en las aguas de Long Island. Incluso desde el comienzo de la ley seca, a tres millas de la costa, justo la distancia que marcaba aguas internacionales, había surgido una serie de barcos conectados que vendían alcohol. Con el nombre de Cadena del Licor, se extendían desde Florida, por el sur, hasta Maine por el norte, y el conjunto de barcos más atareado de toda la hilera era el *Rendezvous*, al que acudían en lanchas rápidas todas las noches los dueños de restaurantes y cabarés de Nueva York en busca de bebida importada de alta calidad.

Entre la flotilla de barcos de la que formaba parte el *Rendezvous*, Dante tenía fama de vender el mejor alcohol de alta graduación. Él probaba personalmente cada caja... con gran riesgo teniendo en cuenta los venenos que pasaban por alcohol. Y fue allí, cerca de la costa de Long Island, entre los almacenes flotantes, donde una noche se le acercó una motora y los hombres que iban a bordo le informaron de que en Chicago solicitaba su presencia su viejo amigo el señor Capone. La mente de Dante había volado a su ciudad natal, una ciudad en llamas por asesinatos y atentados con bombas del crimen organizado, un faro de caos urbano que iluminaba como una puesta de sol las llanuras del Medio Oeste. Dejó el negocio en manos de los dos hombres con los que trabajaba en el barco —un antiguo mariscador de Florida y su nieto— e hizo el equipaje para ir a Chicago.

Cuatro días después, parado a la entrada de los locales de la funeraria Sbarbaro y Cía., aún no sabía nada de lo que quería Capone. Había desplegado sus antenas en Nueva York antes de irse, intentando disimuladamente hacerse una idea de cuál podría ser el motivo, pero lo único que captó fue lo que ya sabía: que los atentados y asesinatos de ojo por ojo habían disminuido después de las elecciones de la primavera anterior, que la guerra a muerte de bandas entre Capone y Bugs Moran se había atenuado y que la ciudad estaba al borde de una tregua poco tranquilizadora; todavía dividida entre los dos, con ambos ejércitos a la espera, como un par de platillos listos

para tocar. Y a Dante lo había arrastrado hasta el centro de todo aquello una corriente que era imposible evitar.

Cuando estaba dándole vueltas, se abrió la puerta de la funeraria, el pistolero salió, hizo un gesto con la cabeza a su colega y este se volvió hacia Dante.

—El señor Capone le verá ahora mismo.

IDA DAVIS ESTABA JUNTO a la ventana de su despacho del noveno piso del edificio de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton tratando de captar un poco de brisa templada. Una fina capa de sudor estaba produciéndole picor entre los omóplatos y amenazaba con bajarle por la espalda y mojarle el algodón de la blusa. El sol solo llevaba alto unas pocas horas y los cielos ya estaban sedosos por el calor; la ciudad se asaba, dispuesta a soportar otro día la interminable ola de calor que se estaba imponiendo durante el verano.

Abajo, en la avenida, la circulación de la mañana avanzaba lenta. La luz del sol destellaba en los estribos y los radiadores de los coches, y hasta la propia calzada brillaba con una ferocidad desacostumbrada, formando una cinta de luz deslumbrante que se extendía en ambas direcciones, emborronando la visión de Ida y obligándole a entrecerrar los ojos.

En la esquina de enfrente, una mendiga negra estaba gritando sin dirigirse a nadie en concreto, con una voz difícil de entender y cascada, que el calor antinatural de aquel verano era el comienzo del fin de los tiempos, que Chicago —moderna Gomorra, ciudad de hombres malvados y avariciosos— iba a arder barrida por la abrasadora espada del arcángel san Gabriel. Un poco más allá, en la acera, dos patrulleros se le estaban acercando con las manos en sus porras, hombros dispuestos como los de boxeadores.

Ida cerró los ojos un momento y deseó el final del maleficio ardiente, el frescor del otoño, la luz azul del invierno. En algún punto lejano oyó la campana de una iglesia que daba las nueve, pero el sonido era débil comparado con el rugido de la ciudad. Llevaba casi diez años viviendo en Chicago, pero el ruido constante de la metrópolis, su gruñir sobrenatural, era algo a lo que nunca se acostumbraba del todo.

Entonces a lo lejos oyó como un quejido mecánico, abrió los ojos y vio dos aviones que trazaban un arco en el cielo igual que una pareja de tortolitos de acero. Frunció el ceño, los contempló un momento y luego dirigió su mirada hacia abajo para ver qué pasaba con la profetisa de voz áspera, pero ni la mujer ni los policías estaban en ningún sitio a la vista, solo el imparable flujo de peatones continuaba invadiendo las aceras, el tráfico soltaba su miasma de contaminación al aire, donde formaba centelleantes remolinos con el calor, deformando y distorsionando la visión.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz desde el interior del despacho.

Ida se dio la vuelta y vio a Michael, que estaba sentado a su mesa y alzaba la vista de unos documentos para mirarla.

Ella asintió con la cabeza.

—Solo aspirando los tubos de escape de los coches.

Michael sonrió; luego llamaron a la puerta y los dos se enderezaron.

—La señora Van Haren —anunció la recepcionista, asomando la cabeza por el

borde del marco de la puerta. Se retiró de la habitación, y una mujer alta, delgada y de mediana edad ocupó el espacio que había dejado vacío y avanzó hacia ellos. Vestía un traje de chaqueta de un gris plomo que no se le ajustaba al cuerpo, algo que sugería una pérdida de peso rápida, problemas recientes. En la cabeza llevaba un sombrero campana con una pluma de pavo real sujeta al borde que, según se acercaba, se iba moviendo al ritmo de sus pasos, un toque alegre que no parecía corresponder con su por otra parte aspecto sombrío.

—Señora Van Haren —dijo Michael, poniéndose de pie y ofreciendo con la mano las dos sillas que tenía enfrente.

La mujer se sentó en una, e Ida ocupó la otra, y cuando estuvieron instalados los tres intercambiaron una forzada sonrisa.

—Yo soy Michael Talbot y esta es mi colega, Ida Davis —dijo Michael, y la mujer echó una ojeada a los dos antes de que en su cara se impusiera una expresión de desconcierto. Ida sabía lo que significaba; la mujer estaba insegura de qué comportamiento era el adecuado, pues nunca antes había tratado con nadie tan extravagante como una pareja de detectives, en especial una pareja de aspecto tan extravagante como Michael e Ida.

—Gracias por dedicarme su tiempo —dijo la mujer, con una voz tan relamida como su aspecto—. ¿Les importa que fume?

Michael negó con la cabeza. Cuando la señora Van Halen sacó un cigarrillo de la pitillera de su bolso de mano, Ida se fijó en los anillos de platino y las uñas muy cuidadas de la mujer. Esta encendió su pitillo con una mano temblona y aspiró profundamente. Había algo frío en ella, algo elaborado y severo, una rigidez gélida con la que estaba tratando de ocultar su nerviosismo.

El día anterior, cuando se enteraron de que una tal señora Van Haren había concertado una cita con ellos, Ida había investigado un poco y se había enterado de que se trataba de una de *los Van Haren* la que venía a verles; una de las familias más distinguidas de Chicago y, hasta hacía muy poco, una de las más ricas. En la prensa financiera hubo informaciones de que estaban siendo mal administrados, que el valor de sus acciones se estaba desplomando; había pérdidas en los beneficios, inquietud en los inversores. También se informaba en las páginas de sociedad de que la hija de la heredera de la familia se iba a comprometer con un tal Charles Coulton hijo, miembro de una familia de mayor, pero más reciente, riqueza cuya categoría de nuevo rico había sido objeto de burlas y esnobismo en los artículos que había leído Ida.

—¿Ustedes son los detectives que resolvieron el secuestro de Brandt? —preguntó la señora Van Haren, y Michael asintió con la cabeza—. ¿Y el robo del oro en el First National? —continuó ella, y Michael asintió una vez más.

También habían resuelto docenas de casos más durante sus años en Chicago —chantajes, atracos, asesinatos, saqueos—, la mayoría de los cuales nunca habían aparecido en los periódicos, para gran contento de Ida. La mujer debía de haber preguntado a alguien quiénes eran los mejores detectives de Chicago, y había

apuntado su dirección. Y ahora estaba tratando de relacionar a los dos inverosímiles sureños que tenía delante con la idea que su imaginación se había formado de ellos a partir de los informes de prensa que había leído.

Michael, en la versión no imaginaria, tenía algo más de cincuenta años y era tan alto y delgado como la señora Van Haren; su cara, profundamente picada de viruelas, con cierta luz tenía aspecto macabro, con otra patético, pero tenía la ventaja de hacerle parecer extrañamente alguien sin edad. La característica principal de Ida, de veintiocho años y excepcionalmente guapa, si bien un poco desmañada, es que era una chica negra con la piel suficientemente clara como para pasar por blanca, un rasgo que le había hecho sentirse una inadaptada durante la mayor parte de su vida. Los dos hablaban con acento de Nueva Orleans, esa cadencia fluida que les delataba como emigrantes de la oscura ciudad del otro extremo del Mississippi desde Illinois, traídos a Chicago por el mismo río que antes que ellos había traído el vudú y el jazz, epidemias de cólera y decenas de miles de pobres del Sur.

Ida cruzó su mirada con la de la mujer cuando la de esta se detuvo en ella y sonrió, y la mujer le devolvió la sonrisa de un modo tenso antes de dar otra agresiva calada a su cigarrillo: el gris del humo se arremolinó en torno al gris de su vestido. Ida habitualmente se sentía incómoda en compañía de los ricos de cuna; su experiencia le decía que detrás de la elegancia siempre acechaba un desdén, una sensación de privilegio, la creencia de que el mundo estaba especialmente reservado para ellos. Pero con aquella mujer no estaba tan segura.

—Mi hija ha desaparecido —dijo al fin, con un temblor en la voz.

—¿Cuándo? —preguntó Michael.

—Hace tres semanas.

—¿Y la policía?

—La policía no ha hecho progresos en su búsqueda, y conociendo a la policía de esta ciudad, dudo que los haga nunca.

Michael cruzó su mirada con la de Ida. En Chicago era de esperar la incompetencia y la falta de interés de la policía... pero no cuando la familia con la que trataban era la de los Van Haren.

—¿Dónde se la vio por última vez? —preguntó Ida.

—En el Marshall Field's. Uno de nuestros conductores la dejó delante de esos grandes almacenes, y esa fue la última vez que la vio alguien.

—¿Se había estado comportando de modo anormal los días anteriores a su desaparición? —preguntó Michael.

—No, señor Talbot —dijo la mujer—. No parecía desgraciada, ni inquieta, ni angustiada.

Ida volvió a pensar en las páginas de sociedad que había leído el día anterior. A juzgar por los artículos, la chica parecía dividir su tiempo entre los acontecimientos habituales de la alta sociedad y largos turnos de trabajo haciendo obras caritativas en el Hogar fundado por la socióloga y pacifista Jane Adams y en un proyecto en Hyde

Park para ayudar a los negros jóvenes de la parte sur.

En las fotos Ida había distinguido algo raro —una pista en la ropa que vestía la hija perdida— que le hizo preguntarse si la señora Van Haren estaba diciendo la verdad sobre su desaparición.

—Mi hija iba a casarse pronto —continuó—. Y eso, quizá, sea lo extraño de esto... su prometido también ha desaparecido.

—¿Y no cree usted que se hayan fugado juntos? —preguntó Michael.

La señora Van Haren negó con la cabeza.

—Nosotros aprobábamos el matrimonio. La boda iba a ser uno de los grandes acontecimientos del verano. Y entonces, unas pocas semanas antes de la ceremonia, desaparecen los dos. De diferentes sitios. El mismo día.

—¿Y el prometido?

—Todavía desaparecido también —replicó ella inexpresivamente, bajando la vista hacia el cigarrillo de su mano—. He estado dándole vueltas un millón de veces. Si fue un secuestro, ¿entonces por qué ninguna nota sobre el rescate? Si estuviera en un hospital, o, Dios no lo quiera, en un depósito de cadáveres, ¿entonces por qué no ha sido reconocida? Si la estaban chantajeando, ¿entonces por qué no pidió dinero? Si se escapó con un amante, ¿entonces por qué ha desaparecido también su prometido? No tiene sentido. ¿Cómo puede una de las chicas más ricas, más guapas de la ciudad, desaparecer en una acera en pleno día? —La señora Van Haren los miró como si les planteara un acertijo, la definición de un crucigrama que le estaba enfureciendo—. No tiene sentido —repitió, con desesperación filtrándosele en la voz. Murmuró algo, luego empezó a temblar, e Ida pudo ver que el hielo se estaba cuarteando; un momento después se echó a llorar, y a su cara anteriormente gris afluyó la sangre. Sacó a tientas un pañuelo de su bolso, más para esconderse detrás que para secarse las lágrimas, e Ida se echó hacia delante y le puso la mano sobre los hombros, notando que el cuerpo temblaba y se convulsionaba—. Gwendolyn es mi única hija —continuó—. ¿Pueden imaginar el terror de no saber qué le ha pasado?

Abrió su bolso, sacó una fotografía y se la pasó a Ida. Era una de estudio que mostraba a una mujer de veintipocos años, sentada delante de un biombo con flores, que llevaba un vestido largo de crepé estampado y el pelo ondulado y salpicado de perlas. Ida reconoció a la chica de las páginas de sociedad de los periódicos. Gwendolyn van Haren era llamativamente guapa, un tipo de belleza graciosa con un toque de energía en sus elevados pómulos y su mirada franca.

Le pasó la foto a Michael, que la miró unos segundos y luego unió las puntas de los dedos índices, e Ida, viendo la señal, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Nos encantará ocuparnos de la desaparición de su hija —dijo él, y la señora Van Haren le miró con fijeza un largo momento, casi sin creerlo, antes de que se le dibujase una sonrisa en la cara, una sonrisa débil que indicaba inestabilidad, una sonrisa que despertó la simpatía de Ida simplemente porque parecía estar luchando con mucha fuerza solo para existir.

—Gracias, señor Talbot, señorita Davis —dijo, con una voz cálida debida a una esperanza reavivada—. Gracias.

Aspiró a fondo y se volvió a secar las lágrimas, y la pluma de pavo real de su sombrero se movió informalmente; Ida alzó la vista hacia ella, y el ojo del centro de la pluma pareció devolverle la mirada de un modo que parecía acusador.

—¿Puedo preguntarle dónde está su marido? —preguntó Michael.

—Está fuera, ocupándose de unos negocios en el oeste —respondió ella, tensa.

A Ida le gustaría saber a qué se refería exactamente. La familia había hecho su fortuna con el ferrocarril, contribuyendo a convertir Chicago en el principal centro de comunicaciones de la nación. Pero ahora el dinero de la familia parecía basarse únicamente en inversiones, y no buenas además, e Ida se preguntó qué negocios podían ser más importantes que la tarea de encontrar a su hija, y consolar a su afligida mujer.

—¿Qué pasos van a seguir ahora? —preguntó la señora Van Haren.

—Veremos qué tienen que decir los informes de la policía, y partiremos de ahí.

—¿Van a consultar este asunto con la policía? —preguntó ella, y por primera vez se apreció un tono nervioso en su voz, y el pañuelo de su mano aumentó su temblor aunque fuera ligeramente.

—Tenemos amigos en el departamento de policía —dijo Michael, utilizando la terminología más vaga posible para referirse al ejército de agentes corruptos con los que la agencia tenía componendas—. Dadas las circunstancias, estoy seguro de que estarán dispuestos a permitirnos el acceso a los archivos del caso.

Sonrió y la señora Van Haren le devolvió la sonrisa, indecisamente.

—Quiero pedirles discreción sobre esto —dijo—. La policía, a pesar de sus muchos defectos, se ha mantenido callada.

—Para nosotros toda la información de nuestros clientes es confidencial —dijo Michael, y la señora Van Haren asintió.

—Cuando nos dimos cuenta de que ella había desaparecido —dijo la mujer—, nosotros... esto es, mi marido y yo... reunimos una recompensa para su regreso sana y salva. Cincuenta mil dólares. Íbamos a anunciarlo en los periódicos, pero la policía nos lo desaconsejó. Ese dinero todavía sigue destinado a cualquiera que encuentre a mi hija, incluidos ustedes. Tengo que saber lo que le pasó —dijo, el tono de súplica había regresado a su voz—. Necesito saber dónde está.

—Es una oferta generosa, señora Van Haren —dijo Michael—, pero va en contra de la política de la empresa aceptar incentivos.

Ella asintió y buscó dentro de su bolso otro cigarrillo.

Unos minutos después, una vez que ellos obtuvieron más información, todos estaban de pie despidiéndose y la señora Van Haren salía, con la cara cenicienta de nuevo y la pluma oscilando con resolución en su sombrero.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Michael después de que se hubiera ido.

—Está ocultando algo —dijo Ida—. Y me da la impresión de que los cincuenta

mil que mencionó suenan a soborno. No quiere que la policía intervenga, y la ausencia de su marido resulta sospechosa.

—Como pasa con el prometido.

Ida asintió y se dirigió a la ventana para recibir la brisa una vez más. Pensó otra vez en las fotos de Gwendolyn van Haren que había visto en las revistas y en que no concordaban con la historia que había contado su madre. Miró por la ventana un momento y le alegró ver que la vagabunda estaba una vez más en la esquina gritando acerca de la apertura del Séptimo Sello, el trono de Dios, la tierra devastada.

Ida se dio la vuelta, se sentó en el alféizar y miró a Michael.

—¿Cómo puede desaparecer en plena calle una de las herederas de Chicago?

—No lo sé —dijo Michael—. Lo averiguaremos.

EL REGUERO DE SANGRE empezaba en pleno gueto de la calle Federal, una vía adoquinada cercana a las líneas de ferrocarril de Rock Island y New York Central. En gotas y chorros se dirigía hacia el norte y doblaba una esquina entrando en un estrecho callejón, pasaba junto a cajas rotas, cubos de basura, manchas de grasa y restos de comida putrefacta, hasta que al fin se detenía a unos metros del otro extremo del callejón en un copioso y espeso charco encima del cual yacía la fuente de toda aquella sangre: el cuerpo de un hombre blanco de mediana edad, vestido con elegancia, abierto de brazos y piernas, mutilado y muerto.

Había dos personas en el callejón con el cadáver: un agente de policía y un fotógrafo forense. Al resto de los agentes los habían mandado a interrogar al vecindario o a ocuparse del cordón a la entrada del callejón, y los inspectores encargados del caso habían ido a los billares de la vuelta de la esquina para llamar por teléfono y esperar a los médicos forenses.

El agente que estaba junto al cadáver, un tipo perezoso con señales en los nudillos, se suponía que no debería perder de vista al muerto, pero en realidad se estaba liando un cigarrillo mientras se apoyaba en la entrada de servicio a la cocina del Mai Wah Noodle Palace, cuya pared ocupaba medio callejón.

El fotógrafo, que se llamaba Jacob Russo, estaba ocupado montando su cámara en un trípode para sacar un primer plano de la cara del muerto.

Jacob tenía treinta y tantos años, era alto y astroso, y desempeñaba su trabajo con la indolencia propia de un corresponsal de guerra. Instaló su cámara, una Voigtländer Bergheil, en la placa de soporte del trípode; luego se fijó en la luz que le rodeaba y trató de calcular la exposición adecuada. El callejón era tan estrecho, y los edificios de cada lado tan altos, que conseguían impedir el paso de la luz solar, dejando la delgada tira de asfalto en que estaban tan sombría y oscura como una alcantarilla subterránea. Para más inri, el local de comida china en cuya pared estaba apoyado el policía tenía un enorme rótulo de neón en la esquina, y su luz inundaba el callejón desde la calle State, destellando púrpura y roja a intervalos de dos segundos y pasando sobre el cuerpo muerto como una marea eléctrica, que subía y bajaba: púrpura... roja... púrpura... roja...

—Como un jodido carnaval —dijo el agente, sonriendo a Jacob y metiéndose el cigarrillo en la boca. Jacob asintió, aunque pensaba que el neón parecía más una señal luminosa de advertencia, un eco de cosas que pasarían.

Se volvió para mirar la entrada del callejón, el rótulo que se alargaba nueve metros más arriba de la esquina del edificio:

CHOP SUEY... NOODLES... CHOP SUEY... NOODLES...

Las palabras se alternaban con la imagen de un dragón chino, con aspecto de estar perdido en un cuerpo eléctrico, analizando el suelo extranjero a sus pies.

Jacob volvió su atención del rótulo al cadáver y lo examinó un momento. La víctima tenía unos cincuenta años, supuso, e iba vestida como un gánster: traje cruzado adornado con un clavel en la solapa y un pañuelo en el bolsillo del pecho, zapatos de charol abotinados. Para nada el tipo de hombre que se espera encontrar muerto en un callejón de la zona con mayor número de delitos del Cinturón Negro.

Las cuchilladas cubrían la mayor parte de la tripa y el pecho del hombre, pero fue su cara —una cara dura, de líneas marcadas, con bigote— la que atrajo la atención de Jacob. Le habían sacado los ojos. Los globos oculares, situados, cuidadosamente, a unos centímetros de la cabeza, donde estaban caídos sobre el asfalto grasiento como un par de lichis pelados, captaban el reflejo del rótulo de neón, con el dragón apareciendo a intervalos en sus brillantes bóvedas blancas.

Después de acuchillarle y sacarle los ojos, habían terminado con el hombre poniéndole las manos en torno a su cuello, donde había un círculo de magulladuras azules y amarillas. Lo que quedaba de su cara estaba hinchado de un modo poco natural, pues la sangre se le había acumulado durante el estrangulamiento, haciendo que se le dilatasen los labios, la nariz y las mejillas y se le pronunciaran las venas convirtiendo su rostro en algo casi inhumano y más parecido a una careta de plástico del carnaval medio fundida por el fuego. Y por si fuera poco, la cara destellaba en púrpura y rojo a intervalos de dos segundos.

La mano izquierda del hombre estaba caída boca arriba detrás de su cabeza, y la derecha, extendida hacia un lado, casi tocando los cubos de basura del restaurante, que estaban alineados a lo largo de la pared y despedían un fuerte olor a carne y salsa de pescado podridas.

Había algo especial en esa mano.

Jacob se agachó para mirar más de cerca, apoyándose en el asfalto, que sintió extrañamente caliente al tocarlo. Sacó una linterna de su bolsa en bandolera, la encendió e iluminó la mano. Había esquirlas de cristal verde oscuro hundidas profundamente en la palma y los dedos del hombre, docenas de ellas, salpicadas por toda la superficie. Entonces Jacob lo olió: un tufo a champán despedido por la piel con cristal incrustado y, debajo de él, un olor a sustancia química, intenso y ardiente. Hacía años que no lo olía, pero se dio cuenta al instante de lo que era: el olor del alcohol alterado químicamente.

Hizo una pausa para respirar y un dolor agudo que le atravesó el pie le trajo de vuelta al aquí y ahora. Se levantó y estiró la pierna, flexionando los músculos doloridos que rodeaban su pantorrilla. Alzó la vista y vio al agente de policía sonriéndole con suficiencia, pero Jacob, acostumbrado a ser tratado en broma por el departamento de policía, ignoró al hombre y se puso a mover el trípode para sacar una foto de la mano de la víctima.

Preparó la Voigtländer, luego echó un poco de magnesio en polvo en su flash y lo levantó por encima de su cabeza. Apretó el obturador y cuando oyó el zumbido del temporizador de la cámara disparó el flash y se produjo un estallido como de fuegos

artificiales cuando explotó el magnesio y mandó una oleada de blancura que se extendió igual que una cascada por el callejón, transportándolos durante un instante a un reino de nada cegadora.

Luego la realidad púrpura-roja volvió a imponerse y Jacob observó cómo el polvo formaba una nube de humo al aire, flotaba hacia el policía y le producía un ataque de tos.

—Joder —dijo el hombre, lanzando una mirada venenosa a Jacob entre la penumbra y limpiándose unas gotas de saliva nacarada de los labios.

Jacob contuvo una sonrisa e hizo como si no se hubiera fijado. Introdujo una platina oscura en la cámara y sacó la placa, que echó dentro de su bolsa en bandolera. Luego se apoyó en la pared, encendió un cigarrillo y volvió a mirar el cuerpo: los dos cráteres horripilantes donde deberían haber estado los ojos, el tercer cráter de la boca del hombre, abierta como si todavía estuviese sorprendido por lo que le había pasado.

Jacob oyó un ruido y miró hacia la pálida luz niquelada de la entrada del callejón. Se había detenido un coche en la calle State del que se apearon dos hombres de la oficina del forense, con abultados maletines de cuero en la mano. Se reunieron con los inspectores, que estaban saliendo del salón de billares casi al mismo tiempo, y, después de intercambiar informaciones durante un momento, pasaron por debajo del cordón policial y entraron en el callejón.

—¿Es que no hay unas jodidas luces aquí? —dijo el mayor de los dos médicos forenses, entrecerrando los ojos entre la lúgubre niebla de neón, mientras indicaba a su ayudante que sacara una linterna de uno de los maletines. La encendió, y cuando su luz atravesó la oscuridad, los hombres empezaron a ocuparse del cuerpo.

—¿Cuál es la funeraria más cerca de aquí? —preguntó el teniente.

—Gracie's. A dos manzanas de distancia —contestó el más joven de los dos médicos sin alzar la vista—. Es un sitio muy pequeño.

—Servirá. Vamos a envolverlo para llevárnoslo de aquí enseguida. Antes de que los amarillos de la puerta de ahí al lado incorporen el cuerpo a su menú.

El teniente soltó una risita ante su broma, y Jacob cruzó la mirada con el inspector más joven. Se hicieron un gesto con la cabeza. El inspector joven se dio la vuelta y se dirigió hacia la boca del callejón, y Jacob le siguió. Salieron a la calle State y quedaron cegados un momento por la luz del sol; luego el inspector joven —Frank Lynott— sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta.

—Cojeas de mala manera —dijo—. ¿Estás bien?

Jacob asintió con la cabeza. Siempre le pasaba eso cuando estaba de rodillas demasiado tiempo. Si estaba estirado y se mantenía en movimiento, la gente raramente notaba su cojera, pero después de dormir, o después de estar de cuclillas, o después de cualquier período de inactividad, sus andares eran manifiestamente irregulares.

Lynott encendió el cigarrillo y observó lo que pasaba en la calle: un grupo de jóvenes se apretaba junto al cordón de la boca del callejón; otros entraban en los

billares o en el restaurante chino; había taxis esperando pasajeros.

Unas horas antes, cuando al hombre lo estaban matando en el callejón, solo a unos pocos metros la calle State había estado llena de vida y animación, con los clubes abiertos, la música a todo meter y vendedores clandestinos de ginebra trabajando en las colas. Pero nadie se había fijado en el estropicio del asfalto del callejón. O, si lo había hecho, no había considerado que tuviera nada que ver con ello.

—¿Te las arreglaste para sacar algo en limpio antes de que los de la oficina del forense se pusieran a trabajar? —preguntó Lynott, volviéndose para mirar a Jacob con una mueca maliciosa.

—Claro que sí —contestó Jacob, secándose el sudor de la frente.

A los médicos del forense se los elegía por recomendación personal de este, y las recomendaciones llevaban mucho tiempo siendo ocasión para los sobornos. Así, de los veintiséis que trabajan en la actualidad en Chicago, ninguno tenía la menor experiencia como patólogo, y únicamente uno tenía relación con un hospital: como asesor en una planta infantil. Todo eso significaba que solo era cuestión de tiempo que los dos médicos del callejón echaran a perder, contaminaran o destruyeran cualquier prueba que quedase. Y tanto Jacob como Lynott lo sabían.

—El ataque empezó en algún sitio cercano —dijo Jacob—. En un almacén clandestino de alcohol entre aquí y las vías del tren de Rock Island. Lo apuñalaron allí, pero consiguió escapar, probablemente destrozándole la cara al atacante con una botella de champán. Vino dando tumbos todo el camino hasta aquí, donde había perdido demasiada sangre por las puñaladas, así que se desplomó. El asesino siguió el rastro de sangre, dio con él, le arrancó los ojos y luego lo estranguló.

—Dios santo. ¿Le sacó los ojos mientras todavía estaba vivo?

—Eso creo yo. Los ojos de los estrangulados están llenos de sangre debido a la presión. Esos de la calle están blancos como el mármol.

—¿Algo demás? —preguntó Lynott.

—Tenía cristales incrustados en la mano. Cristales verde oscuro, gruesos. Y la mano le olía a champán. Eso significa que donde le atacaron había botellas de champán a mano. Él cogió una y contraatacó. El rastro de sangre lleva a las vías de tren. No hay bares ni burdeles por esa parte, así que el único sitio con champán a mano tiene que ser un almacén clandestino de alcohol. Además el hombre va vestido como un gánster, de modo que probablemente estaba haciendo negocios y algo salió mal. Comprobaré en los hospitales para ver si han atendido a alguien con pinta de que le hayan estrellado una botella en la cara. Si no era el asesino, por lo menos era un testigo.

Jacob hizo una pausa y pensó si contarle a Lynott lo del intenso olor de las manos del muerto, pero al cabo de un momento decidió que no; no estaba seguro de si un olor apagado, casi imperceptible, que podría haber imaginado él en realidad constituía una prueba fiable. Los dos fumaron en silencio y miraron fijamente la calle State un rato.

Ambos se habían criado en el mismo bloque de casas, ambos habían soñado con ser inspectores. Pero a Jacob le habían impedido el ingreso debido a su pierna, así que Lynott le había recomendado para el trabajo de fotógrafo forense, y Jacob acabó de eso. Reconocía las escenas del delito, tomaba las huellas dactilares, estudiaba los pequeños detalles, no perdía de vista lo que era importante. Y ese era el motivo por el que era objeto de burlas en el Departamento de Policía: Jacob era un marginado con cojera y más talento que cualquier inspector de la división.

En la acera de enfrente se abrió la puerta de uno de los hoteles baratos que bordeaban la calle y salió una pareja al sol deslumbrante; se frotaban los ojos, parecían agotados y somnolientos. El hombre, un negro, y la mujer, una rubia, se despidieron con un gesto de cabeza y tomaron caminos distintos sin intercambiar una palabra. Esa era otra de las cosas que ocurrían en el Cinturón Negro —hombres negros con mujeres blancas, hombres blancos con mujeres negras—: la mezcla que se producía en los clubes de jazz «Black and Tan» interraciales de la ciudad muchas veces terminaba en las habitaciones llenas de pulgas de los hoteles que daban a la avenida.

Algo relacionado con la escena acudió a los pensamientos de Jacob, un recuerdo agazapado entre las sombras, fuera del alcance del foco de su conciencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Lytton, que se fijó en el fruncimiento de cejas al mirar la fachada del hotel.

—No lo sé. Algo de esto me recuerda algo. Como si lo hubiera visto antes.

—¿Ya habías visto a un tipo cosido a puñaladas, con los ojos arrancados y estrangulado?

—Por como lo dices, crees que lo recuerdo.

Se sonrieron uno al otro y siguieron fumando.

—Hay algo más que me llama la atención de aquellos globos oculares —dijo Jacob.

—¿Que estaban mirando los cubos de basura?

—A la víctima la mataron en plena noche. Llevaba horas ahí. ¿Cómo es que no se los llevaron las ratas?

Se volvió para mirar a Lynott, que se encogió de hombros, y Jacob continuó dándole vueltas al asesinato. Por muy espantosa que fuera la escena del crimen, lo que atraía sus pensamientos era la imagen de la pareja que salía del hotel. Tenía la sensación de que estaba relacionada, y quería saber cómo.

—Conseguiré que alguien compruebe dónde empieza ese rastro de sangre —dijo Lynott al cabo de un momento—. Será mejor que volvamos.

Jacob asintió. Dejaron el sol de la calle State para volver a la sombra del callejón, convirtiéndose ellos mismos en sombras excepto por las puntas de sus cigarrillos, que brillaban rojas en la oscuridad.

DANTE SE SENTÓ al fondo de la sala del velatorio de la funeraria. Estaba solo, si se exceptúa el cadáver, al que habían instalado en un ataúd en la parte de delante, rodeado por unas espuelas de caballero e iris por valor de unos cuantos miles de dólares. La tapa del ataúd no tenía el pestillo echado y estaba abierta; algo importante para los sicilianos: el ataúd tenía que estar abierto durante dos días y dos noches para que el alma ascendiera a los cielos. La creencia había hecho que algunos de los sicarios más subnormales de los bajos fondos terminaran con sus víctimas con un disparo de escopeta en la cara, asegurándose la desfiguración, un ataúd cerrado, purgatorio, infierno.

La cara de aquel viejo, sin embargo, no estaba dañada más que por los estragos de la edad: unas cuantas arrugas, pelo blanco, manchas de vejez. El ataúd estaba forrado de terciopelo azul, y el cadáver llevaba puesto un traje azul con una rosa azul en la solapa. Dante ignoraba si el color repetido era un deseo del muerto o si a sus amigos simplemente se les había ido la mano.

En el silencio oyó una vez más el zumbido de los aviones por encima y luego, algo más cerca, pasos; se dio la vuelta y vio a tres hombres que entraban en la sala: Al, su hermano Ralph y su guardaespaldas Frank Rio. Al sonrió cuando vio a Dante, y Dante le devolvió la sonrisa, tratando de disimular su sorpresa ante lo mucho que había cambiado Al en los seis años que habían transcurrido desde la última vez que se habían visto.

Cruzaron la sala, se abrazaron y luego Al se estiró y se miraron uno al otro. Al estaba mucho más gordo de lo que recordaba Dante, más calvo también, y extrañamente pálido, con aspecto de tener diez años más de los que en realidad tenía. La buena comida, los puros, la bebida, la cocaína, la tensión constante por tener que protegerse de asesinos e intrigas: todos los ingredientes de *la malavita* estaban cobrándole su tributo a Al Capone.

—Cuánto tiempo, Dante —dijo Al con su característica voz baja marca de la casa, escasamente más sonora que un murmullo—. ¿Cómo está la Gran Manzana?

—Madura para la recogida.

Al sonrió fulgurante y le dio una palmada en la espalda.

Dante y Al habían ido a la par años atrás, los dos jóvenes promesas en la Banda Torrio. Pero mientras que Dante se había marchado de Chicago y vagado por el país como un alma en pena, Al se había quedado en la ciudad, se había convertido en el jefe supremo del hampa, y había terminado a cargo de una organización que controlaba la mayor parte del alcohol, el juego y la prostitución de Chicago, lo que le proporcionaba más de cien millones de dólares al año, con parte de los cuales compraba las elecciones a alcaldes, gobernadores y senadores. La ley seca había originado la mayor ola de delitos de la historia de Estados Unidos, y Al había

ascendido con ella hasta la cima. Si había un indiscutible vencedor del juego de la ley seca, era el prematuramente envejecido de veintinueve años parado delante de Dante, que medía uno sesenta y siete, con ojos grises, pelo del color de la caoba, una sonrisa cómplice en los labios.

Dante dijo hola a Frank, y luego a Ralph, hermano de Al, que le devolvió el saludo con un frío gesto de cabeza. Ralph *el Botellas* Capone solo era uno de los hermanos que se ocupaban de la organización. Mientras Al era la cara exterior de la banda, siempre vestido a la perfección con trajes llamativos, sonriendo para las fotos, apareciendo en fiestas, acontecimientos deportivos y reuniones políticas, Ralph se ocupaba de la distribución de cerveza.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Dante, haciendo un gesto con la cabeza hacia el ataúd.

—Se lo tenía merecido —dijo Al—. Esta es la última velada. Vamos a hablar.

Pusieron unas sillas en forma de herradura y se sentaron, y Al se inclinó hacia atrás, apartándose de un rayo de luz que entraba por las ventanas y destacaba con un brillante relieve las cicatrices del lado de su cara. Al era dolorosamente consciente de las cicatrices, tres de las cuales, abultadas y púrpuras, se marcaban desde su oreja hasta debajo de su barbilla. Fueron consecuencia de una pelea años atrás en un bar de Brooklyn, y utilizaba una mezcla de polvos de talco y corrector facial para taparlas. Ese intento de controlar su imagen no funcionaba, así que entre los numerosos apodos de Al —Sumergido, Rey Alphonse, Al Brown— había uno que detestaba: Cara Cortada.

Al miró a Dante un momento antes de hablar.

—Tenemos un traidor en la Organización —dijo—. Quiero que lo descubras.

Dante pensó un momento, sorprendido por la solicitud, pero tratando de que su cara no lo mostrase.

—Ralph —dijo Al—, ¿quieres poner al día a Dante?

Ralph asintió con la cabeza y se aclaró la garganta.

—Hace como unas tres semanas hubo un envenenamiento en el Ritz. Unos del grupo de Big Bill Thompson reservaron una sala privada para una fiesta. Comida, chicas, naipes, alcohol. Asistieron el alcalde, el gobernador, dos antiguos senadores, el fiscal del estado, el jefe de la patronal, un juez del tribunal municipal. Les sirvieron una ronda de champán antes de la comida y una hora más tarde dos de ellos estaban en el depósito de cadáveres, y el resto, en el hospital, donde les hacían un lavado de estómago.

Dante asintió. La lista de hombres incluía a lo más granado del partido republicano financiado por Capone. Si la bebida hubiera hecho su trabajo de forma más efectiva, los apoyos políticos de Capone habrían sido aniquilados. Y peor aún, la prensa y el gobierno habrían dirigido su atención a la Organización, y se habría ejercido una censura especial por parte de las oscuras agencias de Washington encargadas precisamente de este tipo exacto de crimen organizado.

—¿Bebida envenenada? —preguntó Dante.

Ralph asintió, y Dante hizo como que pensaba.

—Nuestro hombre en el hotel obstaculizó los informes a la prensa y trató de descubrir de dónde procedía la partida que habían servido. Siguió la pista a los camareros que sirvieron hasta la cocina y desde allí hasta uno de nuestros distribuidores.

Ralph se señaló el corazón, indicando que alguien de la organización había proporcionado el alcohol asesino.

—Llegué hasta el final, seguí la pista de la entrega. La partida procedía de uno de nuestros almacenes. Había sido transportada al Ritz en uno de nuestros furgones, por dos de nuestros chicos, y ni a ellos ni al furgón se les encontraba por ninguna parte. Hasta tres días después, cuando aparecieron en un campo de las afueras de Lockport, carbonizados y con agujeros de bala en la cabeza. Hemos estado profundizando en el asunto desde todos los ángulos, y nada tiene sentido. Como dijo Al, parece que alguien de dentro está tratando de quitarnos de en medio, pero no tenemos ni la menor idea de quién es.

Ralph mantuvo las manos quietas y Dante asintió.

—¿Y no es Moran? —preguntó, volviéndose para mirar a Al.

Bugs Moran era el jefe de la banda del norte, el rival más importante de Al en la ciudad. Tenía tendencia a llevar cazadoras de cuero y se le apodada Bugs («Bicho») porque estaba loco, era irritante, homicidamente violento y no muy listo. Moran había hecho más de una docena de intentos de terminar con Al en poco más de año y medio, hasta que Al celebró una conferencia de paz en el hotel Sherman y acordaron dividirse la ciudad entre ellos. La tregua todavía se mantenía, de forma vacilante, pues todos sabían que la más ligera sacudida podría terminar con ella.

—Si Moran estuviera detrás, alguien presumiría de ello —dijo Al, negando con la cabeza—. Orienté nuestras antenas, y nadie habló del asunto. Aparte de que no es su estilo y de que no iba a ganar nada haciéndolo a escondidas. Yo no puedo empezar otra guerra sin saberlo con seguridad.

—¿Y los dos muertos?

—Borelli y Scanlan no eran importantes. Borelli era un concejal anodino de uno de los distritos del río. Scanlan trabajaba en el consejo de comercio. Small, Ford y Crowe terminaron en el hospital.

—¿Y al alcalde no le pasó nada?

—Le lavaron el estómago —dijo Ralph—. Ahora está bien, pero su presencia allí complica la situación.

El alcalde, Big Bill Thompson —uno de los políticos más corruptos de Chicago—, había apoyado a Capone durante años, y Capone le había apoyado a él. Pero cuando Thompson fue reelegido la primavera anterior, se le metió en la cabeza que podría postularse para la presidencia. Empezó a construir puentes y carreteras, un aeropuerto, a crear empleo y tomar medidas drásticas contra sus antiguos amigos

mafiosos, haciendo redadas en clubes nocturnos y destilerías, aunque Capone había contribuido con más de un cuarto de millón de dólares a su campaña para la reelección, y Bugs Moran con cincuenta mil. Ahora que había sido envenenado en un hotel abastecido por Capone, el alcalde podría tener todos los motivos para sospechar que el propio Capone había estado detrás de aquello.

Al clavó la mirada en Dante, y los ojos de este volvieron a fijarse en el maquillaje y las cicatrices, y pensó en las caras pintadas de los pieles rojas antes de la batalla.

—¿Qué crees tú? —preguntó Al, y Dante soltó aire entre los dientes.

—Podría ser que a alguien resentido con uno de los asistentes a la fiesta se le ocurriera un jodido plan para envenenarlos. O podría ser lo que te preocupa... — Aquí Dante se interrumpió para mirar a los tres y notó el desasosiego en sus caras. La segunda posibilidad era que el envenenamiento fuese un ataque a los políticos porque, excluido el alcalde, eran lacayos pagados por Capone; entonces Al se estaba enfrentando a un ataque en todos los frentes a su organización—. Si la cosa se dirige contra ti —continuó Dante—, entonces creo que tienes un lío tremendo del que ocuparte. Y viendo que me has pedido que haga todo el camino hasta Chicago, supongo que también yo tengo un lío tremendo del que ocuparme.

Dante sonrió y Al le miró con fijeza un momento, y a Dante le preocupó que su frivolidad hubiera estado fuera de lugar. El buen humor era una cosa delicada con Al, que se venía abajo ante la menor dificultad. Al podía ser encantador y educado un segundo, y un asesino el siguiente. Con todo su refinamiento y toda su elegancia, allá en la época de Torrio, era Al el que se ocupaba de la cámara de tortura del sótano del club Four Deuces. Y recientemente Dante había oído rumores en Nueva York de sus amigos Lansky y Luciano según las cuales Al se había estado comportando cada vez de modo más imprevisible, incluso más desquiciado.

Pero entonces Al le devolvió una sonrisa radiante y se encogió de hombros, y Dante relajó un poco la tensión.

—Sí, la cosa parece de gran calado —dijo.

—¿Por qué yo? —preguntó Dante.

—No tiene sentido recurrir a nadie de dentro para que busque a un traidor. Si uno quiere enterarse, llama a alguien de fuera. Te has ganado fama de que eres un arreglatodo en Nueva York. Yo te pagaré, y cuando haya terminado todo, cancelaré tu deuda. Tenemos un traidor entre nosotros, Dante. Necesito que lo encuentres. ¿Qué dices a eso?

Dante hizo una pausa un momento para hacerse cargo de la situación. Ya se había reconciliado consigo mismo al aceptar el trabajo. Estaba en deuda con Al desde hacía seis años, cuando salió pitando de Chicago, y ahora Al estaba reclamando la deuda. Trató de calcular sus escasas posibilidades de encontrar al traidor, sus más escasas aún posibilidades de salir vivo de aquello y la posibilidad más escasa de todas: que durante toda la operación, Al no descubriera el secreto de Dante y se lo quitase de en medio. Entre Dante y su objetivo había un vacío insondable donde el futuro haría

trampas, pero su única posibilidad era dar el salto.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS SALÍA de la funeraria al calor y energía del ambiente exterior. A la multitud la habían echado hacia atrás para que se formara el cortejo, y había obreros cargando las coronas en carrozas y una escuadra de policías en motocicleta formaban la escolta. Dante se detuvo un momento a la sombra de la entrada de la funeraria, encendió un cigarrillo y se volvió para mirar al pistolero que estaba a su lado.

—¿Eres de verdad Dante el Caballero? —preguntó el pistolero.

—¿Por qué parece tan sorprendido?

El pistolero se encogió de hombros, y de pronto pareció joven e ingenuo.

—Porque todos creían que estabas muerto.

Dante pensó un momento.

—Pues mantenlo —dijo, y el pistolero se rio.

Entonces las puertas se abrieron a sus espaldas y ellos se pusieron a un lado mientras salían los que cargaban con el féretro esforzándose bajo el peso del ataúd de platino. Se las arreglaron para descender los escalones y colocaron el ataúd en una carroza tirada por caballos que encabezaba el desfile, que pasó por delante de cuatro hombres con bandas de seda que los identificaban como miembros de la compañía de ópera de Chicago. Dante los observó un momento y luego giró el cuello para ver hasta dónde se extendía el cortejo.

Cuando se iniciaba una guerra entre bandas, los asesinatos ojo por ojo venían seguidos por entierros ojo por ojo, con cada banda tratando de hacer la despedida de su miembro más impresionante que la de su rival de la semana anterior. Y de ese modo los entierros de las bandas iniciaban una espiral de opulencia haciéndose cada vez más monstruosos y con mayor número de flores.

—Veinticinco carrozas solo para los ramos de flores —dijo el pistolero—. También treinta limusinas. Sbarbaro dijo que el cortejo tendría dos kilómetros y medio de largo.

Dante asintió.

—Eso no es un cortejo, eso es un desfile de bienvenida.

El pistolero se rio, y Dante imaginó las molestias que originaría el cortejo cuando los veinte kilómetros de carretera desde allí hasta el cementerio del Monte Carmelo estuvieran cortados.

—Entonces, ¿de verdad que eres Dante el Caballero? —volvió a preguntar el pistolero.

—Puede que sí —dijo Dante, que hizo un saludo con el sombrero al chico y echó a andar por la acera. Pasó junto a la heterogénea mezcolanza de gente reunida allí —traficantes, mafiosos, concejales, asesinos, congresistas, chulos y curas—, tan unida que a cualquier persona que mirase no le quedaría ninguna duda del grado y

extensión de la corrupción que dominaba la ciudad. Incluso el propio encargado de la funeraria, John Sbarbaro, además de ser el director del establecimiento preferido por los gánsteres de la ciudad, era también uno de los jueces de la ciudad.

Dante se deslizó entre la multitud, que parecía haberse espesado, y llegó a la esquina de Grand Avenue. El jefe de policía hizo sonar su trompeta para indicar que la procesión se iniciaba, y los dos aviones volvieron, volando tan bajo que la multitud soltó gritos de miedo mientras miraba hacia arriba cuando los aparatos ya estaban a varias manzanas de distancia.

Entonces dieron la vuelta y volvieron a sobrevolar el desfile, y cuando estuvieron encima del gentío una vez más, el fondo de los aviones se abrió y de su interior llovieron pétalos de flores azules. Era como si las hélices de los aviones estuvieran batiendo el propio cielo, dividiéndolo en escamas azules que bajaban a tierra bailando un vals.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, la multitud soltó un grito ahogado, como si asistiera a un espectáculo de fuegos artificiales. Dante movió la cabeza y le volvió a extrañar la relación que había entre los gánsteres y las flores. E incluso cuando dio la espalda a todo eso y se dirigió al este, los pétalos cubrían sombreros, ropa y caras sonrientes, como si la ciudad se encontrara bajo una repentina tormenta de nieve azul.

COMO MUCHOS DE LOS veinticinco mil locales que servían bebidas ilegales en Chicago, el bar de la esquina de las calles Madison y Wells técnicamente era un «despacho de refrescos»; un sitio donde los adultos iban a beber soda, agua de seltz y cola hasta las cuatro de la madrugada. Los «despachos de refrescos» se extendieron tanto que la idea de cerrarlos era absurda, y se convirtieron en un aspecto aceptado de la vida de la ciudad que no molestaba a nadie excepto a los pocos miembros que quedaban de la liga antialcohólica de Chicago.

Para que la gente de la calle se detuviera a mirar el interior del local, las ventanas estaban abarrotadas con un surtido de las bebidas embotelladas que supuestamente vendían: Coca-Cola, Dr Pepper, Canada Dry, ginger ale, zarzaparrilla, zumo de lima. Un día soleado como hoy, la exposición de botellas originaba un efecto como de vidriera que inundaba todo el local: la barra, las mesas, el público de por la tarde, todo ello brillando con manchas de colores chillones que añadían un aire pícaro a las bebidas ilegales que se consumían dentro.

Michael estaba sentado a una de las mesas de la pared del fondo esperando a Ida mientras ella traía las bebidas. Resultaba que estaba sentado en una mancha de luz púrpura que producía una botella de soda de pomelo y eso hacía que la gente que pasaba andando le lanzara miradas de recelo. Por algún motivo el púrpura hacía que las marcas de viruela de su cara parecieran especialmente raras. Encendió un cigarrillo y observó a través de los espejos que había tras la barra a Ida, que esperaba su vez, parada junto a unas chicas que trabajaban en oficinas y se reían ante las bromas de unos cuantos empleados que probaban suerte.

Que hombres y mujeres bebieran juntos en los bares era una de las ironías de la ley seca. Allá en los viejos tiempos, los bares intentaban librarse de la acusación de que eran burdeles prohibiendo la entrada a las mujeres. Pero los locales que servían bebidas clandestinamente, ilegales, pues, por definición, no tenían motivos para hacerlo, de modo que las mujeres llenaban los nuevos bebederos, lo que indicaba que la ley que se suponía que iba a alejar a los hombres de los bares terminó atrayendo a las mujeres a su interior. Michael había oído decir a numerosos policías que el motivo por el que el número de mujeres asesinas se había triplicado era su presencia en los bares.

Ida pidió tres vasos grandes de cerveza, pagó y volvió a la mesa, moviéndose entre el gentío delgada como un cuchillo. Michael estaba orgulloso de su pupila, el mejor detective, el más innato con el que había trabajado nunca. Pensó en la inexperta chica de diecinueve años que había conocido casi una década antes, una sureña temblorosa, insegura por primera vez en la gran ciudad. En la agencia Pinkerton le habían enseñado a disparar un arma, forzar una cerradura, conducir un coche, ser la sombra de un sospechoso, interrogar, sobornar, coaccionar, sonsacar,

calcular; pero todas esas prácticas solo fueron perfeccionamientos de un talento natural.

Llegó a la mesa, se sentó, le pasó un vaso, y los dos bebieron. Entonces Michael sacó la foto de Gwendolyn van Haren del bolsillo y la extendió sobre la mesa.

—No es de esas mujeres que pasen desapercibidas —dijo Ida, cogiendo la pitillera de plata de encima de la mesa y sacando un cigarrillo Virginia Slim. Michael asintió y miró la foto una vez más: la heredera con su vestido perfecto, guapa, elegante y majestuosa. Pero a pesar de su aspecto natural, había algo que destacaba en sus rasgos: una melancolía, un desamparo, una lejanía que extrañamente le recordaron a las de Ida.

Hubo un estallido de risas en la barra, y Michael e Ida alzaron la vista y vieron a las chicas que trabajaban en oficinas muy animadas una vez más y a los funcionarios dándose palmadas en la espalda. Entonces se abrió la puerta de la calle y entró un hombre con un traje de algodón marrón. Les localizó entre el gentío y se dirigió hacia ellos. El teniente Ralph Stockman era bajo, rechoncho, de trato fácil, y trabajaba en el cuerpo de inspectores que buscan personas perdidas.

—¿Cómo están mis dos miembros de la Pinkerton favoritos? —dijo, sonriendo de modo deslumbrante a Ida.

—Nos va bien, Ralph. Te hemos pedido una cerveza —dijo Michael, empujando el vaso por encima de la mesa. Ralph se sentó y dio un largo trago.

—Este maldito calor —dijo, quitándose el sombrero—. Creo que me está trastornando.

Suspiró y les pasó una delgada carpeta de papel: la investigación del cuerpo de inspectores sobre la desaparición de Gwendolyn van Haren.

—Mullens y yo nos ocupamos del caso —dijo.

—¿Y?

—Pues que es un caso raro, incluso teniendo en cuenta los orígenes de la chica. Se despertó una mañana, pidió al chófer de la familia que la llevase de compras, se apeó en la acera de enfrente de los grandes almacenes Marshall Field's en pleno ajetreo del mediodía y desapareció. En el aire.

Ralph movió los dedos ligeramente, como un mago haciendo un truco.

—Hablamos con los empleados de Marshall Field's y nadie recuerda que entrara. Los Van Haren tienen cuenta allí... cuando uno de ellos se deja caer por allí, lo saben. Preguntamos a los de la zona y nadie recuerda haberla visto. Enseñamos su foto por todo el distrito. Nada de nada. Entonces fuimos en coche a casa de los Van Haren, y es cuando las cosas se pusieron interesantes. No encontramos nada especial, pero en aquella casa había un ambiente raro. Tanto Mullens como yo nos dimos cuenta.

—¿Raro en qué sentido? —preguntó Ida.

—No sé. No reinaba ese ambiente típico de la gente rica desgraciada. No lo puedo precisar. Pero era como si todos ellos tuvieran algo que ocultar: la madre, el padre, el chófer, el maldito mayordomo. No se le pudo sacar nada a ninguno. Así que

volvimos al cuerpo, pasamos a máquina nuestros informes y el jefe nos los quitó antes de que la tinta estuviera seca.

Ida y Michael se miraron. El capitán Hoban, jefe del cuerpo, era un conocido cómplice de Capone, y durante los últimos años había estado intentando hacer carrera política ocupando un puesto vacante en la Oficina del Fiscal del Estado; un puesto vacante que nunca parecía materializarse.

—Supongo que alguien del ayuntamiento lo respaldaba —dijo Ralph, expresando lo que estaban pensando los tres—. De todos modos, mi conclusión fue que la chica quería desaparecer. Se metió en un lío, huyó y o bien está ahora tomando margaritas en un hotel de La Habana o bien la realidad se impuso y está muerta y enterrada en una carbonera de vete a saber dónde. Hasta que surja algo nuevo, el caso está extraoficialmente cerrado.

Michael asintió. Los Van Haren tenían el suficiente peso político para hacer que despidieran a todos los agentes del cuerpo si querían, y sin embargo el capitán estaba dejando el caso de lado, y la madre había acudido a ellos suplicando respuestas.

—¿Alguna noticia de su prometido? —preguntó Ida, y Ralph negó con la cabeza.

—Nadie de nuestro grupo se ocupó del caso. Si el prometido desapareció, nadie informó al respecto.

Michael pensó un momento.

—Gracias por esto, Ralph —dijo.

—No hay problema.

—¿Y cómo va todo por la comisaría?

—De los nervios —dijo Ralph—. Todo el mundo está esperando que empiece la segunda parte del combate de Capone contra Moran.

Enarcó las cejas, luego terminó su cerveza de un largo trago y recogió su sombrero de la mesa. Michael le pasó un sobre lleno de billetes de cinco dólares. Ralph lo agradeció con un gesto de la cabeza y luego señaló la carpeta que estaba encima de la mesa.

—Necesito que me la devolváis a primera hora de mañana —dijo.

—Por supuesto —dijo Michael.

Ralph les sonrió, sus ojos se detuvieron en Ida un poco más de lo normal, luego se levantó de la mesa y, conforme se iba abriendo paso entre el gentío, chillonas manchas de color que entraban brillando por las ventanas recorrían su silueta.

Ida se volvió para mirar a Michael.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó.

—Lo primero que se me ocurre es que el prometido la mató y huyó. Eso explicaría la desaparición simultánea de los dos.

—O a lo mejor fue al revés.

—A lo mejor, pero ella parece demasiado delicada para hacer algo así.

—A lo mejor cometieron un crimen los dos y huyeron juntos —sugirió Ida.

—A lo mejor —contestó Michael—, pero eso no explica los nervios de la madre,

y los nervios del capitán de la policía, y una casa llena de gente que oculta algo. Y luego está lo que descubriste leyendo las revistas de chismorreos.

Ida le había contado su hallazgo: que en cierto momento, durante las pasadas Navidades, en todas las fotos de prensa Gwendolyn aparecía llevando guantes largos en todos los actos en que la habían fotografiado. Eso tenía sentido en invierno, pero cuando empezó la primavera, todavía seguía llevándolos, incluso en la fiesta de petición de mano, donde había mostrado su anillo de diamantes. Guantes largos, marcas de aguja, señales de pinchazos, cicatrices en las muñecas.

—El suicidio no explica la desaparición del prometido —dijo Ida.

—Tampoco una sobredosis.

—A lo mejor tienen deudas con una banda de traficantes.

Los dos se quedaron un momento en silencio. Luego Ida terminó su cerveza y miró fijamente el vaso vacío.

—¿Vamos a hablar del tema tabú de los cincuenta mil dólares? —preguntó, alzando la vista hacia él.

Michael había estado esperando que sacara a relucir el tema.

—¿Qué hay que hablar? —dijo—. Si aceptamos el dinero y se entera alguien, nos quedamos sin trabajo. Así que dejaremos constancia en nuestro informe del encuentro de que nos hizo la oferta y rechazamos cualquier pago.

—O —dijo Ida—, lo obviamos en nuestro informe y nos quedamos con el dinero que nos ofrece...

—Yo no estaría tan seguro de que la madre vaya a pagarlo, aunque encontremos a la chica. ¿Y si la encontramos y está muerta? ¿O si resulta que se mató porque el padre abusaba de ella? ¿Crees que la señora Van Haren va a pagar por enterarse de eso?

—Puede que no —admitió Ida—, pero merece la pena. Cincuenta mil, Michael. Podemos librarnos por fin de la Pinkerton, montar nuestra propia agencia, incluso jubilarnos. Podrías mandar a tus hijos a la universidad, dejar el Cinturón Negro.

Michael percibió la irritación en la voz de Ida. Los dos estaban hartos de trabajar en la Pinkerton. De vez en cuando había casos interesantes, pero la mayor parte del trabajo de la empresa era odioso: romper huelgas, coaccionar a testigos, actuar como miembros de seguridad para los políticos. Y además, la empresa refrenaba las ambiciones de Ida, subestimando su papel en los éxitos, a pesar de las protestas de Michael. Pero con una familia que mantener, y sin ahorros, Michael no podía dejar el trabajo, tan entrampado como ese otro millón o dos de esclavos del sueldo cuyas almas cosechaba la ciudad.

—Es una oportunidad que se presenta una vez en la vida —continuó Ida—. Cincuenta mil dólares no volverán a surgir. No para personas como nosotros. Digo que nos arriesguemos. No incluyas la oferta en el informe y veamos qué pasa.

—¿Y si se entera alguien y nos echan? Un trabajo de detective no es fácil de encontrar.

—Es mucho más fácil de encontrar que cincuenta mil dólares. No tenemos que presentar el informe hasta mañana —dijo Ida, en un tono de voz más suave—. Lo único que estoy diciendo es... que lo pienses hasta entonces.

Michael la miró y vio su frustración, vio todas las oportunidades que se le habían negado a lo largo de la vida, como mujer, como negra; unas frustraciones que él solo podía valorar. Y ahora había aparecido una rica dama blanca y ofrecía más dinero del que podían ganar en toda la vida, y lo único que se interponía entre ellos y eso eran los celos de Michael.

—De acuerdo —dijo él—. Voy a pensarlo.

—Háblalo también con Annette —dijo Ida con una sonrisa pícaro, suponiendo que la mujer de Michael podría ponerse de parte de ella en la discusión. Michael la miró, luego sonrió y movió la cabeza, ya con la sensación de que estaba siendo arrinconado.

—¿Cuándo nos pasaremos por la residencia de los Van Haren? —preguntó Ida.

—Mañana por la mañana —respondió Michael—. Pasaremos la tarde recorriendo hospitales, manicomios y depósitos de cadáveres. A lo mejor llamo a uno de la brigada de estupefacientes. Nunca se sabe, este caso podría estar terminado antes de empezar.

Acabó su cerveza y dejaron el despacho de refrescos, sumiéndose en el calor y la bruma de la calle Madison, donde los taxis, carromatos y coches de turismo estaban atrapados en un atasco que era incluso peor de lo normal. Las aceras estaban rebosantes de gente, miles, y Michael pensó en lo difícil que sería encontrar a una chica en una ciudad del tamaño de Chicago. Se puso el sombrero y pensó en su hija y el pozo de desesperación en el que se hundiría si alguna vez se perdiese. ¿Por qué conforme iba haciéndose mayor su mente frecuentaba con mayor asiduidad el camino al infierno?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por un ruido que llegaba desde arriba, y al alzar la vista distinguieron dos aviones que volaban hacia el sur en dirección al campo de aviación cerca del lago. Los miraron un momento al pasar y luego en el aire apareció una mota, algo pequeño y delicado que se arremolinaba en el calor. Michael frunció el ceño al verlo, tratando de imaginar lo que era, y al cabo de unos segundos, cuando planeó más cerca, se dio cuenta de que era un pétalo de rosa azul, un único confeti. Michael e Ida se miraron, preguntándose de dónde había venido. Luego lo vieron flotar los últimos centímetros hasta el suelo, aterrizar en la acera y convertirse al instante en aceite debido al incesante paso de los peatones.

JACOB TRABAJÓ EN LA escena del crimen hasta el mediodía. Luego recogió su cámara y trípode y se marchó de Bronzeville, tomando un tranvía hacia el norte que atravesaba la ciudad por calles asfixiadas por el tráfico. Apoyó la cabeza en el marco de la ventanilla, cerró los ojos e imaginó que el calor se volvía tan intenso que fundía la calzada y también los edificios, la piedra se ponía viscosa y la ciudad entera se desplomaba en un enorme fango gris de cemento. Entonces abrió sus soñolientos ojos, se dio cuenta de que se había quedado dormido y trató de mantenerse despierto hasta que llegara a su parada de la calle Taylor.

Al final llegó, descargó la cámara y el trípode del tranvía, y anduvo las últimas manzanas de casas hasta su edificio. Subió la escalera, abrió la puerta de su apartamento y entró en el cuarto de estar. Dejó el trípode y la cámara, se dirigió a las ventanas, las abrió y luego salió otra vez, bajando cinco tramos hasta la habitación del portero en el sótano. Como muchos de los residentes en el edificio, alquilaba un estante en el refrigerador del portero. Llamó y abrió la hija del portero, una quinceañera pelirroja, desganada e inquieta por el calor.

Le pidió que le diera un par de cervezas frías de las que tenía en la nevera, se apoyó en el marco de la puerta y observó cómo la chica se acercaba al voluminoso frigorífico de metal blanco de la cocina del apartamento, tiraba del mango que la abría y sacaba las botellas. Todo lo que veía Jacob eran aparatos nuevos y maravillosos que anunciaban el futuro: neveras, aparatos de radio, aspiradoras, máquinas de afeitar eléctricas. Pero Jacob no tenía dinero para adquirir la mayoría de ellos, no después de comprar su equipo fotográfico. La chica se giró, vio que miraba fijamente en su dirección y sonrió para sí misma antes de volver a la puerta y tenderle lánguidamente las botellas para que las cogiera. Él le dio las gracias y regresó escalera arriba.

Cuando volvió a su apartamento la pantorrilla le dolía, así que se sentó en el sofá y abrió una de las cervezas. Esperó un momento y luego olió la cerveza, que olía muy bien, así que tomó un sorbo. Encendió un cigarrillo y miró la enorme plancha de cobre con el plano de la ciudad que había sujetado con chinchetas en la pared de enfrente: el único cuadro del apartamento que había comprado. Lo adquirió cuando consiguió su primer trabajo como fotógrafo forense. Empezó a clavar pequeños alfileres rojos en él, uno por cada escena que había fotografiado. Pero a los pocos meses ya no quedaba espacio en torno a las zonas a las que habitualmente tenía que acudir, así que renunció al proyecto, quitó los alfileres, y ahora no había más que agujeros dispersos por el plano que perforaban con mayor espesor los barrios en los que los índices de violencia eran más altos.

Había algo un poco irregular en el plano de la ciudad, con la costa extendiéndose de arriba abajo, el lago a la derecha, la ciudad a la izquierda, como si el conjunto

estuviera dividido en dos mitades que casaban mal. Su ojo recorrió los barrios uno por uno: Bronzeville al sur, lleno de negros pobres; la Costa Dorada en el norte, llena de blancos ricos; el Loop en el centro, con sus bancos, oficinas y hoteles elegantes, y al lado de este, los mataderos y los depósitos de trenes, y más allá una mezcla de guetos.

Volvió a mirar los sitios donde los agujeros estaban más juntos y se dio cuenta de que los barrios con mayor número de delitos también tenían los apodos más llamativos: el Cinturón Negro, la Zona de los Espaguetis, El Sangriento Diecinueve, Pequeño Infierno.

Chicago era la tercera ciudad más grande del mundo, pero iba en cabeza en lo que se refiere a asesinatos, explosiones, secuestros, cambalaches, tráfico ilegal de alcohol y raptos. Los agentes de policía solo recibían un mes de formación antes de dejarlos sueltos por las calles, y como los departamentos andaban cortos de inspectores, a esos hombres sin formación se los ascendía pronto. Eso significaba que un tercio de todos los asesinatos quedaba sin resolver, que las condenas a gánsteres eran inexistentes y que el departamento de policía se las arreglaba para matar accidentalmente, de promedio, a un ciudadano inocente por semana.

La situación hacía sentir a Jacob que cada idiota, ladrón e inútil tenía trabajo en las fuerzas policiales mientras que a él —un héroe de guerra inteligente y con talento— se le prohibía la entrada solo porque tenía mal una pierna. No era de extrañar que esa injusticia le llenara de resentimiento y rabia. Con mucha frecuencia se descubría despotricando mentalmente sobre esa injusticia, esa estupidez. Intentó prepararse por su cuenta. Había decidido que el único modo de enfrentarse a la situación era trabajar en algunos casos, ignorar el hecho de que no se le permitiera llevar una placa y dedicarse únicamente a aquello para lo que estaba dotado. Se encargaba de delitos en los que su intervención sabía que podía cambiar la situación, de casos irresolubles de los que no se ocupaban los inspectores de plantilla, en los que a los parientes no se los tenía en cuenta.

Durante los años transcurridos desde su regreso de la guerra proporcionó pruebas que habían llevado a docenas de detenciones, todos ellos casos que la división había dejado enfriar, y puede que mejor aún, colaboró en evitar errores judiciales: ayudó a dejar en libertad a hombres inocentes a los que agentes perezosos o detestables habían decidido incriminar. Cualquier caso inusual que surgía era una oportunidad para demostrarles que estaban equivocados, para reafirmarse contra un sistema que quería mantenerlo aparte.

Terminó su cerveza y fue al cuarto oscuro. Bajó las persianas y sujetó láminas de yeso sobre las rendijas para evitar la entrada de luz. Luego encendió la luz del techo y la habitación quedó sumida en una mezcla de luz roja y espesas sombras. Cerró la puerta, empujó un burlete contra ella y se puso a trabajar.

En el calor sofocante del cuarto oscuro conjuró, como si procedieran de la tumba, las imágenes de muerte que había registrado aquella mañana, volviendo a dar vida al

horror, extendiendo su grito más allá de los límites del callejón, liberándolo otra vez al mundo por los mágicos productos químicos para revelar y fijar en fotografías una paleta de blancos y grises nacarados. Luego sacó las fotos de la cubeta de lavado una a una y las colgó con pinzas de madera para la ropa de los cables que se entrecruzaban en el espacio.

Cuando terminó, más de una hora después, estaba empapado de sudor y se sentía grogui. Ahora nada que hacer excepto esperar a que se secasen. Salió de la habitación al frescor relativo del resto del apartamento. Tomó una larga ducha fría, se puso unos pantalones de algodón y una camiseta blanca, se lavó los dientes y volvió al cuarto de estar. Cogió la segunda cerveza, salió por la ventana a la escalera de incendios, se sentó, encendió un cigarrillo y abrió la botella. Esperó, se la bebió, encadenó un Lucky Strike tras otro y pasó la tarde mirando lo que se veía: los edificios de apartamentos cercanos, los trenes elevados que serpenteaban entre sus techos, los rascacielos pálidos por detrás y las grúas que levantaban todavía más torres en el cielo.

Contempló a los niños que jugaban abajo, en la calle, a las amas de casa reunidas en los porches. Con el calor la gente se apresuraba a salir de casa. Unos iban al parque o al lago, o compraban entradas para los cines que tenían aire acondicionado, o se sentaban en los tranvías junto a las ventanillas, esperando una brisa artificial cuando los coches circulaban por la ciudad. Pero la mayoría se limitaba a sentarse en los escalones de entrada, o sacaba sillas a la aceras, o extendía mantas sobre las piedras del adoquinado y las briznas de hierba que crecían entre las grietas, últimos vestigios lamentables de la pradera.

Y cuando la tarde se hacía noche, la gente sacaba sus colchones a las escaleras de incendios o los techos para dormir en el fresco. En Nueva York, que compartía el peligroso tiempo tórrido, centenares de personas acampaban en Central Park todas las noches —colchones, mantas y despertadores a cuestas— y a las seis de la mañana el parque era un alarido de despertadores sonando. Jacob sabía cómo iban las cosas aquí: la sensación de comunidad que formaban las mujeres y niños por la tarde daría paso a peleas de hombres borrachos por la noche, el clima y la bebida calentaban su rabia hasta el punto de ebullición.

Alguien encendió una radio en alguna parte y una música ligera y una voz romántica llegaron traídas por el aire. Esa era otra de las cosas que tenía el calor: ventanas abiertas en todas partes significaba que una radio, un gramófono, un piano podían saturar a un vecindario entero.

Jacob comprobó su reloj de pulsera, volvió a bajar al cuarto oscuro y separó las fotos reveladas. Hizo tres grupos: uno para él, otro para la policía, otro para el *Tribune*. Como la mayoría de los fotógrafos forenses de la ciudad, trabajaba también para la prensa de Chicago sedienta de sangre. Se trataba de un conflicto de intereses que a nadie le importaba mucho: los periódicos se dedicaban a imprimir una corriente interminable de hechos sangrientos y la policía recibía mordidas y ayuda de los

directores si estos necesitaban algo alguna vez.

Cuando las fotos estuvieron en tres ordenados montones, Jacob las contempló, estudiándolas una a una, en busca de pistas entre la carnicería, pero lo único que vio fue un desfile de imágenes espantosas y rutinarias; salpicaduras de sangre; un traje de rayas finas; cristal incrustado en la piel; un sombrero de fieltro caído en el centro de un círculo blanco de tiza; los globos oculares, también bordeados por tiza, haciendo que parecieran una especie de extrañas viñetas de cómic.

Jacob soltó un suspiro y siguió, verificando los datos que llenaban las fotos, las tarjetas situadas junto a cada posible prueba con números de referencia, fechas, horas, distancias. Pero no se le ocurrió nada, y después de pasar más de una docena de veces todo el montón, lo dejó en una cuadrícula del suelo y lo volvió a comprobar; entonces, cuando aquello no funcionó, las lanzó al aire como confeti blanco y negro, esperando que la casualidad pudiera encender una chispa.

Pero no sirvió.

Mientras miraba fijamente la imagen del muerto, reparó en la canción que entraba por la ventana: *Deep Moaning Blues*, de Ma Rainey. Cerró los ojos y escuchó la música, y no pudo sino tener la sensación de que aquel blues había sido compuesto de modo especial para ese hombre, aquella víctima desconocida de la ciudad.

En la oscuridad vio una vez más a la pareja que salía del hotel. Conocía bien el sitio, habían requerido sus servicios allí con bastante frecuencia. Era solo un hotel en el más amplio sentido de la palabra. Más bien una pensión de mala muerte para borrachos, yonquis y gánsteres andrajosos, para presidiarios recién liberados y transeúntes de todo tipo, un sitio donde alcohol, armas de fuego y egos frágiles se mezclaban de tal modo que acababan dando mucho trabajo a fotógrafos forenses como Jacob que documentaban las consecuencias. El sitio también alquilaba habitaciones por horas a las putas, o a parejas impacientes que no tenían otro lugar al que ir.

Y cuando Jacob pensó en eso, la comprensión le inundó la mente.

Se levantó de un salto, se precipitó en el diminuto dormitorio en el que almacenaba su archivo de fotos antiguas y empezó a abrir los sobres en las que las guardaba. Cuatro años antes acudió a otra escena del crimen en el Cinturón Negro donde a un hombre lo habían matado a puñaladas y le habían sacado los ojos. Esa vez era un negro. En la pensión de mala muerte de la calle State.

Por fin encontró las fotos que buscaba. Paul Kellett. El hombre había ido al hotel con una blanca que se había ligado en un club nocturno a primeras horas de la mañana de un sábado de noviembre. Y otro hombre que había forzado la entrada de la habitación, había matado a Kellett y casi también a la chica y había dejado los globos oculares de Kellett encima del colchón, con las pupilas señalando la pared.

Jacob examinó atentamente las fotos, un poco descoloridas, un poco amarillas en las esquinas, pero allí lo tenía: un ataque casi idéntico.

Salió disparado al cuarto de estar y se puso en comunicación telefónica con el

cuerpo de inspectores de la comisaría del segundo distrito, en el cuartel general de la policía.

—¿Frank? Soy Jacob.

—¿Qué pasa?

—Paul Kellett.

—¿Qué?

—Un negro. Asesinado en la miserable pensión de calle State hace cuatro años. Alguien entró a la fuerza, lo mató a puñaladas y le sacó los ojos. Es idéntico.

Se produjo un silencio en la línea durante unos minutos antes de que se volviera a oír la voz de Frank.

—Joder. Comprobaré los archivos.

Lynott colgó y Jacob dejó el auricular, tamborileando con los dedos en él y pensando en cómo pasar el tiempo. Regresó al dormitorio y volvió a colocar todos los sobres en su sitio excepto los del asesinato de Kellett, maldiciéndose todo el rato por no haber establecido la relación antes y preocupado porque quizá haber olvidado un caso tan espantoso era una señal de que había visto demasiados asesinatos y atrocidades en su vida.

Entonces sonó el teléfono.

—No te lo vas a creer —dijo Lynott cuando descolgó—. A un hombre llamado Anton Hodiak le condenaron por el crimen. Trabajaba en un matadero. Odiaba a los negros, en especial a los que se acuestan con blancas. Mató a Kellett y casi acaba con la rubia con la que estaba en la cama. Hizo lo mismo unos días después con otra pareja. Excepto que esta vez además secuestró a la chica. La tuvo encerrada en su apartamento unas cuantas semanas. La torturó. Unos vecinos llamaron a la policía después de oírla tratar de escaparse. Fue condenado a muerte en 1925, pero le conmutaron la pena por cadena perpetua un año más tarde. El año pasado el gobernador Small lo indultó y lo soltaron de la cárcel de Joliet en enero. Desde entonces ha andado suelto por Chicago.

MICHAEL SE MANTUVO DE pie entre un grupo de pasajeros mientras el tranvía traqueteaba hacia el sur, sintiéndose ligeramente cansado por el trabajo de aquella tarde. Había llamado a todos los depósitos de cadáveres, hospitales y manicomios de la ciudad y sus alrededores para verificar con su personal si habían ingresado rubias jóvenes perdidas durante las últimas semanas, reclamadas o sin reclamar, pero no había conseguido nada en ninguno de ellos. Y durante todo el tiempo había estado pensando en Ida y en la señora Van Haren y el dinero, y si aceptarlo. Aunque sabía que no podría tomar una decisión hasta que llegara a casa y hablase con su mujer.

Estiró la espalda e hizo girar su cabeza a derecha e izquierda para aliviar la tirantez del cuello. Los años le estaban tensando el cuerpo, haciendo que lo notase pesado, difícil de manejar. Ahora cada hueso tenía un defecto, cada tendón un calambre, cada músculo un nudo. Solo Dios sabía lo que pasaría cuando lo demás empezara a fallar.

A medida que el tranvía se dirigía al sur, se apeaban más blancos y se subían más negros, hasta que Michael fue el único blanco que quedó. Cuando llegaron a las paradas al oeste de los mataderos, el tranvía se llenó de trabajadores que terminaban su turno, hombres duros, matarifes, maltratados por la vida, con aspecto de estar agotados y que despedían un hedor a sangre seca. El olor se mezcló con el terrible calor del día y el tranvía pronto apestaba a matadero, así que Michael tuvo que resistir las ganas de llevarse la mano libre a la nariz.

Cuando llegaron a la calle 47 luchó por abrirse paso y bajarse e inició el breve paseo hasta casa, desplazándose desde los grandes edificios de la avenida de la costa hasta las calles más decadentes y lejanas, pasando junto a las casas grises de piedra y los complejos de viviendas deteriorados, iglesias en ruinas y cubos de basura que apestaban con el calor del verano.

Ser uno de los únicos blancos que vivía donde lo hacía a Michael le suponía convertirse en objeto de desconfianza, recibir miradas de reojo y fruncimientos de cejas. Pero siempre iba bien vestido, y con su cara roja afeitada, algo que inspiraba temor. A los vecinos que le conocían no les importaba, y los demás suponían que para que un blanco viviera tan al sur tenía que ser policía o gánster o estar loco, todas ellas buenas razones para dejarle en paz. Cualquier animosidad dirigida contra él nunca iba más allá de miradas de desprecio y bromas a sus espaldas. Como mucho notaba cierta compasión por parte de la gente que conocía su historia: Ahí va ese blanco que fue lo bastante idiota para casarse con una negra y ahora tiene que vivir aquí, con nosotros. Era policía, además. Tuvo que dejar el trabajo y venirse al norte. Cuando la gente se enteró de que eran de Nueva Orleans, también surgieron rumores de brujería, de vudú, de que ella lo hechizó y él quedó marcado por el demonio debido a los problemas que tuvo.

Aquel era un sitio extraño para vivir después de criarse en Nueva Orleans. Los barrios de esa zona eran pobres, pero siempre lo habían sido; los suburbios se componen de chabolas construidas en el barro. Pero en el Cinturón Negro las casas deterioradas habían sido un tiempo lujosas, con mampostería ornamental, columnas y barandillas, todas construidas en grandes avenidas. Aquellas calles las habían hecho los ricos, y vivieron en ellas, pero luego se trasladaron a un sitio mejor y su abandono todavía revoloteaba por la zona, dejando una sensación de desolación en el aire, de echar en falta el éxodo.

Incluso después de casi diez años allí, Michael no se había llegado a acostumbrar, ni tampoco Annette. Había bastantes semejanzas entre Nueva Orleans y Chicago — las dos ciudades fundadas por comerciantes franceses, las dos ubicadas entre un río y un lago, las dos atiborradas de blues y jazz y hermosa arquitectura, el París del Sur y del Medio Oeste, respectivamente—, pero las similitudes nunca eran suficientes para conseguir que te sintieras realmente en casa.

Justo cuando doblaba la esquina de su calle, oyó jaleo avenida abajo, se volvió para investigar y se encontró con una multitud reunida junto a un edificio de ladrillo rojo de cuatro pisos. Había tres furgones de conducción de presos aparcados cerca del lugar, unos cuantos negros estaban sentados en la acera con esposas puestas y un grupo de vecinos se había detenido a contemplar el espectáculo. La puerta delantera del edificio había sido forzada, y entraban y salían policías. En el piso de arriba, donde estaban abiertas todas las ventanas, Michael distinguió a más agentes que se movían.

Había pasado por delante del edificio con bastante frecuencia, se había fijado en el vapor que salía por sus conductos de ventilación incluso los días más tórridos de verano, había reparado en las palomas alineadas en el techo en pleno invierno, había olido el vapor del centeno en el aire. Solo era cuestión de tiempo que la redada se llevara a cabo.

Un policía asomó la cabeza por una de las ventanas del piso más alto.

—¡Estamos listos! —gritó.

Los agentes de la calle formaron un cordón y empujaron a todo el mundo a la acera de enfrente, y un puñado de fotógrafos con acreditaciones de prensa metidas en las bandas de sus sombreros se arrodillaron en el bordillo y apuntaron sus cámaras hacia arriba. Cuando el agente asomado vio que la calzada estaba despejada, desapareció en el interior, y luego hubo un sonido como una explosión y un torrente de whisky salió disparado por las ventanas del piso más alto como una cascada derramándose por la parte frontal del edificio; miles de litros se estrellaron contra la acera, donde se formó rápidamente un lago de whisky que atascó desagües y rejillas.

Y entonces el torrente disminuyó hasta ser una corriente, un chorro, un goteo, y un pesado silencio se abatió sobre la multitud y todos quedaron en silencio excepto los fotógrafos, que continuaron disparando sus cámaras. Grandes borrones de humedad manchaban el enladrillado bajo las ventanas, confiriendo al edificio el

aspecto de una cara manchada de lágrimas, sus ojos arrancados, su boca abierta por el psmo; y el vapor que se alzaba del lago de whisky bastó para emborracharlos a todos.

Entonces los policías levantaron a los hombres esposados de la acera y se dirigieron con ellos hacia los furgones policiales mientras los fotógrafos recogían su imagen. Los hombres esposados no parecían indeseables ni amenazadores. En todo caso a Michael le recordaron a los trabajadores del matadero del tranvía. Y los policías que los llevaban parecían avergonzados, y cansados por la falta de sentido que tenía todo aquello. A la mañana siguiente a los propietarios los dejarían libres y repararían la destilería.

Michael recordó sus tiempos de policía y lamentó la estupidez de prohibir el alcohol en un país que tenía una fuerza policíaca irlandesa, la estupidez de dejar la quinta mayor industria de Estados Unidos en manos de delincuentes, obsequiándolos con dos mil millones de dólares anuales, acompañados generosamente de una exención de impuestos.

Michael se dio la vuelta y se encaminó a casa. Entró sin llamar en su apartamento y cruzó el cuarto de estar hasta la cocina. Annette estaba preparando la cena, todavía con su uniforme de enfermera puesto. Michael se dirigió a ella y le besó en la nuca, y ella se dio la vuelta y sonrió. Siempre les alegraba volver a verse incluso después de una separación, por breve que fuera; el mundo estaba en contra de ellos.

—Llegó un telegrama —dijo Annette, señalando con la cabeza la mesa de la cocina. Michael frunció el ceño, se dirigió a él y lo cogió:

LLÁMAME ESTA NOCHE LAGO VIEW 137586 WALKER.

Jim Walker era un ayudante de la Oficina del Fiscal del Estado, alguien con quien Michael intercambiaba información de vez en cuando. Era sumamente extraño que mandara un telegrama a casa. Se lo guardó en el bolsillo de la camisa y decidió llamarle después de cenar. Entró en el cuarto de baño, se dio una ducha fría y se puso ropa limpia, y cuando los niños volvieron de jugar con sus amigos, se sentaron a tomar mazorcas de maíz a la parrilla y jamón ahumado.

Mientras veía comer a sus hijos, Michael volvió a pensar en el dinero de la señora Van Haren. Siempre había sido consciente de la triste realidad de que las oportunidades que se les ofrecían a sus hijos eran menores que las suyas simplemente porque tenían diferente color. Thomas terminaría pronto en el instituto, y Mae no tardaría demasiado, y Michael temía lo que iba a ser de ellos. Chicago no ofrecía mucho a los negros sin estudios superiores en lo referente a sueldos decentes, pero sí mucho por lo que respecta a trabajos pesados de obrero y delitos. Con dinero para que estudiaran, los mandaría a la Universidad de Chicago o la del Noroeste —las dos admitían a gente de color—, y podrían ser médicos o abogados y mantenerse a salvo entre las filas de la clase media negra. En caso contrario, las únicas posibilidades para

Thomas eran terminar arruinado y viejo como uno de los trabajadores del tranvía, o dentro de un furgón de la policía, como los fabricantes ilegales de alcohol.

Al escuchar risas en la mesa, Michael alzó la vista y vio sonrisas, y se dio cuenta de que se había perdido una broma. Thomas estaba diciendo algo, dirigía la conversación, seguro como siempre. Mae se mostraba tímida. Annette los estaba mirando severa y maternal. Y Michael se estaba preocupando por el futuro.

Después de cenar se dispusieron a fregar los platos y Michael bajó a la tienda para usar el teléfono y llamar a Walker. Volvió a la avenida donde estaba la tienda, pasando junto a un grupo de chicas que jugaban a la rayuela y una reunión de viejas sentadas en sillas de la cocina que se abanicaban con periódicos. Con los años el barrio se había vuelto más populoso, reventando sus costuras con recién llegados del Sur, todos los cuales se trasladaban a estos bloques abarrotados, y la afluencia había aumentado con las inundaciones del Mississippi del año anterior. Y todos esos recién llegados no tenían más elección que instalarse en el Cinturón Negro debido a los prejuicios y la violencia con que se encontraban si trataban de instalarse en otro sitio.

La elevada demanda de espacio se tradujo en que los caseros podían subir de modo extraordinario los alquileres, así que a los negros no solo se les pagaban los sueldos más bajos de la ciudad sino que además tenían que pagar los alquileres más altos, y Michael, que tenía una mujer y dos hijos negros, era explotado del mismo modo. Y ahí estaba la raíz del lento deterioro del barrio: ¿acaso es de extrañar que los inquilinos que no tenían medios ni disposición para reparar los edificios que sus caseros estaban dejando estropearse no quisieran emplear su escaso dinero en mejorar los activos de los hombres que los estaban explotando?

Los sureños llegados a la gran ciudad tenían que ocuparse de todos esos problemas, y mientras lo hacían, se los consideraba unos vagos, torpes e incultos que abarrotaban las aceras que las personas con trabajo recorrían apresuradamente. El *Broad Ax*, uno de los más populares periódicos negros de Chicago, incluso publicaba una columna, «El búho listo», que ofrecía consejos a los recién llegados sobre cómo dejar de comportarse igual que campesinos paletos: «Evita llevar pañuelos en la cabeza y otros signos de esclavitud en público».

Michael dobló una esquina y pasó junto a un salón de limpiabotas, un negocio que en realidad encubría operaciones de venta de drogas, en el que un blanco muy pálido con traje de lino estaba comprando una papela de heroína. Michael saludó con la cabeza al limpiabotas, que sonrió y le devolvió el saludo, luego llegó a la tienda y dijo hola al veterano del barrio que llevaba el local. Entró en la cabina con paneles de cristal, descolgó el aparato, sacó el telegrama del bolsillo y dijo a la operadora el número de Walker.

—Un momento, por favor —dijo la operadora; mientras esperaba en la cabina, que era como una sauna, a Michael le fue entrando cada vez más sed. Pasaron unos cuantos segundos y le pusieron en comunicación.

—¿Walker? Soy Talbot.

—¡Michael! Me alegra que llames. He oído que hoy recibiste la visita de cierta dama rica. Tengo que hablar contigo antes de que aceptes el encargo.

—Ya he aceptado el trabajo.

—A lo mejor vas a tener que dejarlo. ¿Estás libre mañana por la tarde?

—Claro.

—¿Conoces el Delano's que hay junto al parque Comiskey?

—Claro.

—Nos veremos allí a las cinco. Y no le cuentes a nadie que hemos hablado.

Michael colgó el teléfono y salió de la cabina. Dejó una moneda para el viejo encima del mostrador y cuando abandonaba la tienda se fijó en que en los estantes del exterior de la tienda había un cubo lleno de melones metidos en agua helada; el cartel que tenían encima indicaba que eran de Luisiana. Se detuvo y los miró. Los globos amarillo claro subían y bajaban en el agua helada, prometiendo dulzura y frescor y un sabor de allá, su hogar. Buscó uno maduro.

Cuando llegó a casa, lo cortó y repartió las rodajas. Los niños se fueron a sus habitaciones y Michael y Annette se sentaron en el cuarto de estar; él le contó lo del dinero de la señora Van Haren, y lo del telegrama de Walker, y mientras trataban del asunto, vieron por la ventana el ardiente sol desplazándose a lo lejos detrás de las siluetas de las grúas y hundiéndose en una fina franja de cielo entre dos rascacielos, como si la ciudad hubiera capturado el enorme globo y le estuviera extrayendo la vida como una naranja en un exprimidor.

Entonces llegó la noche, una jungla de neón y cemento convertida en un azul borroso, océanos de luces eléctricas sobre la ciudad: los anuncios de los cines del centro, las luces de los techos de los rascacielos señalando a los aviones su altura.

Se preocuparon de las opciones de futuro que podrían tener sus hijos. Michael intentó calcular sus posibilidades de encontrar a la chica desaparecida. Hablaron de los peligros que podría suponer el caso para la familia. Por la mente de Michael desfilaron imágenes de Thomas como trabajador de los mataderos, como traficante de alcohol ilegal, como limpiabotas que vende droga, como licenciado en la universidad.

Poco después de las once salió del apartamento, volvió a la tienda e hizo una llamada a Ida, que había instalado una línea telefónica en su casa el año anterior.

—Soy yo —dijo Michael.

—¿Qué ha pasado?

Sonaba a dormida, con la voz confusa y chillona.

—Cuando llegué a casa esta tarde tenía un telegrama de Walker, el del fiscal del estado. Quería hablarme del caso Van Haren.

—Alguien se está moviendo rápido. La están siguiendo.

—A ella o a nosotros.

—A lo mejor a Ralph se le escapó algo en el cuerpo. O alguien se dio cuenta de que el archivo había desaparecido.

—O a lo mejor uno de los criados de los Van Haren está informando sobre ella.

Se quedaron en silencio un momento mientras consideraban las posibilidades.

—Hay algo más —dijo Michael—. Se lo conté a Annette. Lo de Walker. Y lo del dinero.

—¿Y?

Michael se secó el sudor de la frente, el calor de la cabina había cerrado sus dedos en torno a él.

—Estoy de acuerdo.

AL HABÍA RESERVADO UNA habitación en el hotel Drake, así que después del funeral Dante tomó un taxi hasta allí y se registró bajo la mirada de desconfianza del personal de recepción. El Drake era un sitio elegante, de moda, para famosos y gente de clase alta, y un hombre como Dante, con su traje arrugado, sudoroso y pálido, quedaba claramente fuera de lugar. Tomó el ascensor hasta su piso y entró en una *suite* tan grande que al botones le llevó un par de minutos enseñársela.

Dante se duchó, se sentó en el sofá, fumó un par de cigarrillos y hojeó el menú del servicio de habitaciones mientras esperaba. Entonces hubo una llamada en la puerta y entró el hombre, un chino calvo con traje de verano y pajarita y una anémona azul en la solapa. Dante miró fijamente la flor un momento, luego movió la cabeza y le dejó pasar.

El hombre entregó lo que habían acordado en la funeraria: un Colt 45, una Beretta del 38 de cañón corto, un silenciador Maxim, cinco cajas de municiones, un conjunto de ganzúas, quinientos dólares en metálico, el número de la línea directa con la *suite* de Al en el Metropole y las llaves de un Stutz modelo BB Blackhawk descapotable, que el hombre le informó de que estaba en el aparcamiento del hotel: matrícula 286-515.

—¿Le importa si le pregunto algo? —dijo el hombre cuando habían concluido el trato—. ¿Para qué es la Beretta?

Hizo un gesto con la cabeza hacia la pequeña pistola que estaba encima de la mesa. Importaciones baratas europeas como la Beretta se habían hecho populares durante aquella década, a pesar de que eran de mala calidad e imprecisas, y de un calibre tan bajo que casi no tenían potencia para detener a nadie. Habían recibido numerosos apodos: bulldogs británicos, revólveres de bolsillo, especiales para el sábado por la noche, especiales para el suicidio: los dos últimos se referían a las circunstancias en que con mayor frecuencia se usaban esas armas. Por lo general se vendían a las mujeres porque cabían dentro de un bolso, y a ningún gánster o policía se le podría matar con ellas.

—Me refiero —dijo el traficante de armas— a que probablemente usted no pueda matar a nadie con eso.

—Me viene bien —dijo Dante—. Puedo disparar primero y hacer las preguntas después.

Soltó una risita y el traficante de armas se la devolvió.

—Me parece bien —dijo el hombre—. Oiga, ¿no le pueden interesar unas granadas de mano, nitroglicerina, marihuana o cocaína?

—Creo que no —dijo Dante.

El hombre volvió a sonreír, asintió y emprendió su marcha.

Cuando se marchó Dante bajó al aparcamiento y buscó el Blackhawk. Lo

encontró con bastante facilidad: era grande, deportivo, tenía una larga cola, estaba pintado de negro y su tapicería roja brillaba con el sol. Lo que le faltaba de delicadeza le sobraba de velocidad: el coche había superado los ciento sesenta kilómetros en Daytona el año anterior. Dante no sabía exactamente en lo que estaba pensando Al para conseguirle aquel llamativo vehículo; luego sonrió, se subió y lo puso en marcha.

Condujo hacia el sur entre la circulación de media tarde camino del Cinturón Negro, un barrio de jazz y blues y otras sutiles exquisiteces, y buscó el nombre que le había dado su amigo en Nueva York. Encontró al hombre en una esquina de la calle State; regentaba un salón de limpiabotas. Dante aparcó, pagó un dólar a un chico para que le vigilara el coche, se sentó en el salón y pidió que le hicieran «el especial».

Cuando el hombre terminó, Dante le entregó el dinero y el hombre entregó a Dante un pequeño bloque marrón envuelto en celofán a cambio. Dante deseó un buen día al hombre y volvió en coche al centro, deteniéndose en una tienda de material sanitario y otra de comestibles. No siguió una ruta directa, anduvo dando vueltas, apreciando las cosas, volviendo a entrar en contacto con su ciudad natal, sorprendido de lo que había cambiado en solo unos pocos años. Desde la Costa Dorada hasta Bronzeville, desde la orilla del lago hasta la zona del río, la ciudad era un hervidero de transformaciones.

Hasta en los barrios bajos de las afueras del Loop las cosas habían sido sometidas a una modernización drástica. La ciudad siempre había sido una colcha hecha de retales de barrios del viejo mundo, recuerdos de ciudades natales del extranjero transportados a las llanuras del Medio Oeste. Ahora que el fárrago de comunidades estaba siendo desgarrado por el sello de la modernidad, hecho trizas por los dioses del progreso, quedaban las cicatrices perfectas de ferrocarriles elevados, bloques de rascacielos, grandes avenidas tan perfectamente rectas como en los diseños que imaginaron los que proyectaron la ciudad. Y los habitantes de Chicago no tenían otra posibilidad que adaptarse a aquellos destrozos de su ciudad, una ciudad siempre a caballo entre un pasado importado y un futuro imaginado.

Se volvió a dirigir al norte por la Magnificent Mile, donde se estaban elevando rascacielos por docenas, con su inconmensurable peso de acero y roca gritando cada vez más arriba. Chicago había inventado el rascacielos, lo había impuesto en el mundo, y ahora casi era como si la ciudad se sintiera con la obligación de seguir replicando su invento, en un millón de formas diferentes, en su incesantemente abarrotada línea del horizonte urbano. El sol, ya bajo, proyectaba líneas de luz oblicua a las calles por las aberturas entre los cañones de los rascacielos, así que mientras conducía pasaba alternativamente por extensiones de dorada luz del sol y de sombra azul claro.

Al final sobrepasó los límites de la ciudad, todavía en dirección norte, hasta el sitio al que iban él y su mujer cuando hacían novillos en el instituto: una playa aislada en una cala diminuta no muy frecuentada de la orilla del lago. Aunque durante su

ausencia la ciudad se había extendido incluso más allá de las praderas, devorando cada vez más la orilla del lago, le alegró ver cuando llegó a su destino que el ataque de la urbe a la tierra aún no había destruido un lugar que adoraba.

Se detuvo en el mismo terreno arenoso donde acostumbraba a aparcar cuando le robaba el coche a su padre para llevar a Olivia hasta allí y se quedó mirando un momento, más allá de las aguas y la ciudad aferrada al borde del lago. Podría haber buscado la tumba de Olivia para presentarle sus respetos, pero aquel día ya había estado en un entierro, y la triste verdad era que no sabía dónde estaba enterrada. Venir a la playa donde habían pasado el tiempo en las cariñosas tardes de su juventud le pareció algo que a ella le habría hecho sonreír.

Fijó la vista en el lago Michigan que tenía delante, con sus aguas tan inmensas como un mar, y observó cómo cambiaban de color con el sol poniente. En la playa, más arriba, en medio de la expansión urbana, había ricos tomando ostras y champán, parejas paseando por los senderos de madera, niños metiéndose en problemas, pero todo el camino desde allí era solo la inmensidad de la pradera uniéndose a la inmensidad del lago. Los únicos sonidos eran los del suave romper de las olas, el susurro del viento en la hierba, el lejano ladrido de perros.

Cuando se puso el sol y la oscuridad dominó la tierra, en la negrura aparecieron puntos de luz, de la ciudad hacia el sur y de los barcos en el interior del lago. Dante encendió las luces del coche, desenvolvió el celofán del bloque e inspeccionó lo que había comprado. Por el color, la textura y la firmeza podría decir que era del mismo material que conseguía en Nueva York: turco, procesado en Marsella e introducido de contrabando en el país por bandas de jóvenes emprendedores como sus amigos Lansky y Luciano allá en la Gran Manzana.

Dante deshizo un poco en una cuchara que había cogido en el hotel, la calentó con el encendedor y observó cómo la mezcla burbujeaba y se ponía líquida; y entonces volvieron a su mente los fantasmas de los que había huido seis años antes y la extraña ironía del trabajo que le había encargado Capone.

Cuando Dante era un joven traficante de alcohol en la ciudad, su socio en el asunto, Saul Menaker, le había hablado de un hombre que tenía contacto con dos químicos del Caribe. Los químicos habían inventado un método para cambiar la estructura química del alcohol, solo una ligera variación de las moléculas, suficiente para que el alcohol pasase los análisis de graduación alcohólica en la frontera pero sin alterar su sabor y su capacidad para emborrachar. Con el fin de fomentar el interés de los distribuidores, los químicos habían preparado una muestra, dándole un toque espectacular por aquello de la propaganda; la habían destilado como una remesa de champán.

A Dante y Menaker les pareció un buen negocio, un modo adecuado de evitar los venenos con los que otros productores disimulaban el alcohol: loción para después del afeitado, anticongelante, líquido para embalsamar, disolvente de pintura, tinte de alquitrán de hulla, ácido sulfúrico, formaldehído. De todos ellos el peor era el aceite

de fusel. Un subproducto de la fermentación que se añadía para darle el color del whisky y que hacía que la gente quedara ciega o enloqueciera.

Unas mil personas morían todos los años por beber licores adulterados: más muertes de las que producían los pistoleros. Cuando se distribuía una remesa, la rumorología acerca de lo que les había pasado a los que la bebieron era como un parte de bajas después de una batalla: muertes, ceguera, locura, parálisis, pérdida de miembros, mudez. La bebida resultaba tan venenosa y potente que los médicos empezaron a recetar morfina a la gente para que soportase la resaca, lo que acabó derivando además en un gran aumento de adictos.

Aquel champán, por otra parte, según les informó el representante de los químicos, solo era distinto al alcohol normal en el olor que despedía cuando se exponía al aire, un ligero efluvio cáustico que casi no se notaba.

Dante y Menaker se habían hecho con una docena de cajas para ver si era bueno, sin saber que los químicos habían exagerado sus resultados y que el proceso, con muchísima frecuencia, hacía tóxico el alcohol, más tóxico que cualquiera de las bebidas adulteradas que había en el mercado. Cuando Dante se dio cuenta de que el alcohol era venenoso, ya había vendido la mayoría de las botellas y matado sin saberlo a seis personas, incluidos tres miembros de su propia familia.

Fue mala suerte que pasara el día de la graduación en el instituto de su hermana pequeña; la chica había conseguido una beca para estudiar literatura en la Universidad de California, y los padres de Dante habían decidido organizar una comida para celebrarlo y le habían pedido que les consiguiera algo de alcohol. Dante dejó una caja de champán en casa de su familia mientras iba a hacer otra entrega y prometió pasarse por allí cuando hubiera terminado. Mientras él estaba fuera, sus padres habían abierto el champán para brindar por el éxito de su hermana y a los pocos minutos estaban vomitando sangre. Cuando llegaron al hospital la madre y la hermana de Dante ya habían muerto, y su padre y su hermano estaban inválidos.

En un estado de terrible confusión recorrió frenéticamente la ciudad intentando seguir el rastro de las demás cajas, y horas después volvió a casa, esperando egoístamente encontrar algún consuelo entre los brazos de su mujer. Pero no había tenido en cuenta que había dejado en su propia cocina una botella, así que al llegar a casa encontró a Olivia y su hermana caídas sobre el linóleo en un charco de vómito, orina ensangrentada, cristal roto y el fatídico champán.

Llevó a toda prisa a Olivia y a su hermana al hospital, sintiendo mareo cuando entraba en aquel sitio por segunda vez aquel día. Los médicos le preguntaron qué habían bebido y de dónde lo habían sacado. Recordaba haber estado sentado junto a su mujer en la cama del hospital cuando ella murió. Y su vuelta a casa a la mañana siguiente, sin dormir y trastornado, sintiéndose responsable del aniquilamiento de toda su familia.

Subió a su apartamento, se sentó en el sofá, mirando fijamente durante lo que parecieron horas las manchas del suelo de la cocina. Luego se había puesto de pie y,

todavía trastornado, había ido andando hasta la estación central de Illinois. Había dejado la puerta de su apartamento abierta, su coche en la calle, las cuentas bancarias, las operaciones con alcohol ilegal, sus demás intereses comerciales. En la estación llamó a Al para decirle que se daba a la fuga y que quedaría en deuda con él si podía arreglar las cosas y evitar que la policía le siguiera el rastro. Al estuvo de acuerdo, le preguntó adónde iba, y Dante colgó, se subió a un tren y nunca miró hacia atrás. Hasta ahora.

La mezcla de la cuchara alcanzó un estado líquido, y Dante acercó más su encendedor. Cogió la jeringuilla que había comprado en la farmacia, introdujo la aguja en la mezcla y tiró del émbolo; luego alzó la jeringuilla a la altura de sus ojos e inspeccionó el líquido dentro de su delgada cárcel de cristal. Se bajó del coche y se sentó en la arena, apoyando la espalda en el parachoques. Miró hacia el otro lado del lago y contempló las luces de un tren que se movía en el horizonte, con su hilera de ventanillas encendidas como un dragón iluminado. El viento susurraba entre la hierba de la duna, el agua chapoteaba, todo ello hipnótico y tranquilizador.

Se sujetó el cinturón en torno al brazo, encontró una vena entre su piel con cicatrices y metió la aguja, mientras las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal de la jeringuilla. Cuando terminó, sacó la aguja y alzó la vista hacia el dragón del tren nocturno que avanzaba silenciosamente en el claro de luna, y notó el fresco calor que le recorría, sus músculos relajándose, su mente tranquila, su identidad disolviéndose hasta que no fue más que un conjunto de sensaciones y respuestas, de redes nerviosas cálidas y hormigueantes, y en esa nada encontró la paz al fin, y escuchó el movimiento de las olas como si estuvieran chapoteando en su propia alma.

El tren dragón había desaparecido en la distancia, pero Dante todavía podía ver a lo lejos las luces de los barcos en el lago que trazaban un camino hacia el norte en dirección a las aguas heladas de St. Ignace, el lago Hurón, Canadá. Cerró los ojos y se preguntó si debería ir a ver a las personas de las que había estado huyendo todos aquellos años, ir a ver a lo que quedaba de su destrozada familia.

Había andado como una sombra sin rumbo por el país después de abandonar Chicago: un vagabundo que viajaba en trenes de carga, rebuscaba en los restos de comida, robaba. Intentó terminar con todo unas cuantas veces, pero siempre había surgido algo que le había echado para atrás. Se había liado con un grupo que se chutaba en un tren que cruzaba los Apalaches, y en el aire puro y fresco de la montaña había adquirido el hábito. Después de unos años terminó en Nueva York durante lo más duro del invierno, y se había venido abajo por falta de comida, congelado, en un parque frente a una iglesia del Bronx. Un cura lo había cuidado, alimentado y proporcionado trabajo y un sitio donde alojarse, y a partir de ahí había conseguido rehacer su vida, pero en realidad ya no era él, ahora solo era un vendaje que se ponía sobre sus heridas, y muchas veces se descubría interpretando el papel de sí mismo.

Aparte del negocio del barco en aguas de Long Island —él mismo participaba

personalmente probando cada caja que vendía—, empezó a ayudar a la gente, y de ahí vino su fama de persona que resolvía cosas, de arreglatodo: intervenía en disputas, encontraba a fugitivos y productos desaparecidos, inventaba historias nuevas y abortaba chantajes. Si la gente tenía un problema que necesitaba arreglo, acudía a Dante, dando por supuesto que respondía a la imagen que presentaba: buena persona, amable, un hombre con estilo, sin darse cuenta de que eso era solo una excusa para disimular que era un ser humano que se había fugado después de matar a seis personas y destrozar a su propia familia, y que era demasiado débil para terminar consigo mismo, un hombre que solo conseguía silenciar a la horda de demonios que atormentaban su alma inyectándose droga cada pocas horas.

Y cada vez que en Nueva York daba con alcohol en malas condiciones, lo perseguía celosamente, y por eso también disfrutaba de una buena reputación. Él suponía que quizá ese era uno de los motivos por los que Al le había pedido que viniese, además de su fama de persona que arreglaba cosas, aparte de que era un hombre que se mantenía al margen.

Volvió a preguntarse si Al sabía lo de su hábito a la droga y pensó en la reunión que mantuvieron aquella mañana. A lo mejor atribuyó el sudor de Dante al calor, las bolsas de debajo de los ojos al cansancio del viaje. Aunque consumía cocaína y alcohol, Al odiaba la heroína y a la gente que la usaba, a la que consideraba débil, afeminada, poco fiable. Por eso evitaba traficar con ese material, perdiendo todo el dinero que los amigos de Dante —Luciano y Lansky— ganaban en Nueva York. Al incluso se negaba a trabajar con colgados de la droga, los habría golpeado y expulsado de la banda si alguna vez se enteraba de que se dedicaban a eso.

Solo era cuestión de tiempo que se enterase de lo de Dante, que descubriera que el hombre en cuyas manos había puesto aquella misión delicada en extremo era débil y no se podía confiar en él. Dante no estaba seguro de lo que pasaría cuando Al se enterase de lo suyo. A lo mejor había mandado a su guardaespaldas Frank para que lo siguiera, o a lo mejor a Jack McGurn «El ametralladora» o a cualquiera de los otros psicópatas que tenía a sueldo en la banda. Dante había entrado en un mundo nuevo al volver aquí, a Chicago, un mundo peligroso y cambiado que le exigiría todo su ingenio para navegar por él.

A lo lejos el ladrido de los perros se hizo más intenso y rabioso, acompañado de aullidos y gañidos. Oyó un crujido en los juncos que le hizo salir de su ensueño, abrió los ojos y miró a sus espaldas. Se estaba moviendo algo entre los matorrales, algo que escarbaba. Se desplazó con cuidado hasta el lado del conductor del coche, buscó dentro y sacó el Colt del bolsillo de la puerta. Luego avanzó lentamente hasta donde se movían los juncos, y utilizó el cañón del arma para separarlos. Gracias a la luz de la luna vio a un perro callejero que se lamía las heridas, joven y pequeño, con un enmarañado pelo marrón. El perro tenía un corte en la cara, el pelo del lomo desgarrado. Alzó hacia él unos ojos temerosos, como preguntándose si tendría que volver a pelearse.

Dante se puso de cuclillas y examinó al perro desde más cerca.

—Todo va bien, pequeño. Todo va bien —dijo afectuosamente, pero el perro todavía seguía encogido.

Pensó durante un momento, volvió al coche y regresó con una lata de agua y un trapo. Echó algo de agua en la tapa de la lata y la puso en la arena delante del perro. El perro dudó un momento, luego se adelantó y lamió el agua. Luego Dante echó algo más en el trapo, sujetó al perro y le limpió las heridas.

Cuando terminó de hacerlo, Dante se estiró y miró al perro, y el perro le devolvió la mirada con una expresión que Dante no pudo interpretar. Luego Dante sonrió, se dio un golpecito en el sombrero y volvió a meter la lata y el trapo en el maletero. Ocupó el asiento del conductor con las dos puertas abiertas para que entrara la brisa. Mientras estaba encendiendo un cigarrillo, oyó un ruido, se volvió de lado y vio al perro sentado en el suelo junto a la puerta del acompañante con sus ojos negros brillantes fijos en él, mirando con agradecimiento, sin amo, abandonado. Dante pensó un momento antes de dar unos golpecitos con la mano en el asiento del acompañante y el perro saltó dentro del coche y se sentó a su lado. Dante sonrió, acarició la cabeza del perro y los dos clavaron la vista en el lago.

Por la mañana el sol machacaría sin piedad su superficie y se alzaría en el aire una bruma que se extendería sobre la playa, salpicando la ciudad de agua, corrosión y una humedad sofocante. Ningún alivio para Gomorra. Excepto allí, ahora, en aquellas escasas horas de frescor, en aquel terreno sin dueño entre los espíritus de la pradera y las ninfas del lago, con la luz del dragón atravesándolo rápidamente. Clavó la vista en la masa negra de las aguas, que llegaba hasta la inmensidad de Canadá y, más allá, del Ártico, en la masa negra del cielo, de la que el mundo solo era una mota colgada, y en su olvido pensó que sería mucho mejor que cada vacío estuviera amarrado con estrellas.

SEGUNDA PARTE

DÚO

«Todos los matices del arcoíris racial, negro, moreno y blanco, estaban bailando, bebiendo, cantando, a primera hora de la mañana del domingo en el Pekín Café. A la una el local estaba abarrotado. Entretanto un hombre de color había estado componiendo blues sincopados de campos de algodón al piano. Una chica morena cantaba. Negros con chicas blancas, blancos con chicas amarillas, viejos, jóvenes, todos víctimas del abandono motivado por whisky ilegal y música embriagadora».

NOTICIA DEL PERIÓDICO CITADA POR
LA COMISIÓN DE CHICAGO PARA
LAS RELACIONES RACIALES, 1922

«A las fiestas propias de barrios bajos aparentemente les gusta la atmósfera de sensualidad de los clubes nocturnos de Chicago y encuentran delicioso ver la mezcla de razas».

ASOCIACIÓN PROTECTORA DE LOS JÓVENES,
CHICAGO, 1923

LA MAÑANA QUE SIGUIÓ a su reunión con la señora Van Haren, Ida y Michael se agenciaron un coche en el parque de vehículos del sótano del edificio de la Pinkerton y atravesaron la ciudad hasta la mansión familiar.

—¿Qué opinó Annette? —preguntó Ida a Michael cuando habían dejado el Loop y se dirigían hacia el norte por la calle LaSalle. Le había sorprendido la llamada de Michael de la noche anterior, y le sorprendió incluso más que estuviera de acuerdo en poner en riesgo sus carreras al no informar de la oferta de dinero de la señora Van Haren.

—Ella dijo que era más fácil conseguir otro empleo que cincuenta mil dólares —respondió Michael, volviéndose para sonreír a Ida.

Ella asintió y luego se giró para mirar la calzada por la que avanzaban con una sensación de optimismo. Hacía tiempo que había comprendido que incluso cuando hubiese terminado su período de aprendizaje con Michael, no la iban a ascender, que nunca sería una detective de verdad, que los hombres que dirigían la organización opinaban que la única función en la empresa para una chica negra era la de ser ayudante, soldado de a pie, alguien muy adecuado para sacar información a testigos negros y nada más. Después de casi diez años trabajando en la Pinkerton, empezaba a sentirse atrapada. Si quería progresar en la vida, ella y Michael tenían que trabajar por su cuenta y montar su propia empresa. Pero no lo podían hacer sin dinero.

Ahora, sin embargo, con la recompensa de la señora Van Haren, existía la posibilidad de tener independencia, de ser todo lo que ella podía ser. «Autodeterminación» lo llamaban los comentaristas de *The Chicago Defender*. Mientras circulaba deprisa aquella mañana soleada con Michael, la sensación de que se abrían nuevas posibilidades le resultaba tan palpable como la brisa del lago que silbaba en el interior del coche, y casi contra su voluntad sus labios esbozaron una sonrisa.

—¿Objetivos para hoy? —dijo Michael, devolviéndola al aquí y ahora. Se volvió para mirarle y soltó la sonrisilla que era habitual en él cuando la ponía a prueba.

Ida pensó.

—Uno, interrogar al chófer que dejó a Gwendolyn el día que desapareció... comprobar si hay contradicciones en su relato. Dos, tratar de averiguar qué pasa con el padre ausente y por qué no anda por aquí. Tres, ver si somos capaces de distinguir en el ambiente de la casa lo que apreciaron Stockman y Mullens. Y cuatro, teniendo en cuenta la llamada del fiscal del estado de ayer por la noche, tratar de averiguar cómo se enteraron tan deprisa de que nos había contratado la señora Van Haren. ¿Olvido algo?

—Si lo olvidas, no se me ocurre qué.

Pronto estaban recorriendo calles bordeadas de lujosos bloques de apartamentos y

desmesuradas mansiones estilo Reina Ana, todas ellas en terrenos espaciosos y tan soleados que Ida imaginó que podrían estar en Florida o California. La Costa Dorada era el barrio de los millonarios de la ciudad, una zona con playas de arena y cuentas bancarias doradas poblada en su mayoría por los magnates de los negocios de Chicago. Estaba situada en la orilla norte del lago y por su posición elevada en cierto modo daba la impresión de que estaba separada del resto de la ciudad, sin contaminar por el humo de las fundiciones y la sangre de los mataderos. Pero quizá eso no era suficiente; si la Costa Dorada pudiera haberse separado del resto de Chicago y haber flotado una milla o dos en el interior del lago, probablemente lo habría hecho.

Ida comprobó la dirección y dejaron la calle principal, tomaron un cruce y Michael aparcó delante de una casa enorme cuyas paredes blancas resplandecían con el sol. Se apearon del coche y anduvieron por un largo camino de entrada en curva que atravesaba brillantes praderas, resplandecientes como joyas, un efecto que hacía que la casa pareciera una isla flotante en medio de un mar verde. Más adelante una hilera de altos abetos recorría los límites del terreno, demarcándolo, aislándolo.

La propia casa tenía tres pisos y en su parte frontal presentaba una hilera de columnas dóricas y a un lado una elegante entrada para vehículos donde un hombre bajo y fornido estaba lavando una serie de coches lujosos. El hombre hizo una pausa cuando los vio acercarse, e Ida se preguntó si sería el conductor que había dejado a Gwendolyn en Marshall Field's.

Llegaron a la entrada de la casa, subieron unos escalones de piedra y llamaron al timbre. Unos momentos después un viejo vestido de mayordomo abrió las puertas; era un negro anciano con un cuerpo retorcido, medio jorobado, hombros a distinta altura y una sonrisa en la cara que parecía congelada allí.

—¿Sí? —dijo.

—Buenos días —dijo Michael—. ¿Está la señora Van Haren?

—La señora Van Haren está indispuesta.

Michael e Ida fruncieron el ceño y cruzaron una mirada.

—Teníamos una cita.

—Sí —dijo el mayordomo, como si recordara algo—. Ustedes deben de ser los dos detectives. ¿Han venido para hablar con el señor Meeghan, nuestro chófer?

El mayordomo alzó una mano y volvieron por donde habían venido para dirigirse al lateral de la casa donde el hombre limpiaba los coches.

—George, los detectives —dijo el mayordomo, antes de situarse debajo de la entrada de vehículos, al alcance del oído, con las manos colgadas a sus costados, una más corta que la otra debido a la extraña inclinación de sus hombros. Michael se presentó a sí mismo y a Ida, y el conductor devolvió el saludo con la cabeza. Era rubicundo, con un pelo ralo del color amarillo del Sahara y una constitución más propia de un guardaespaldas que de un conductor.

Michael hacía las preguntas e Ida observaba. Siempre realizaban los interrogatorios así: uno hablaba, el otro examinaba la cara y cuerpo del interrogado

en busca de alteraciones en algo que mencionara. Michael le había enseñado cómo estudiar a un ser humano con suficiente atención para apreciar esas cosas, y ahora a ella no se le escapaba ni una mentira.

El conductor repitió la historia que ellos ya habían leído en los informes de la policía. Había recogido a la señorita Gwendolyn en el Duesenberg y la había llevado desde casa hasta el Marshall Field's; la última vez que la vio fue cuando desaparecía entre la gente a la entrada de los grandes almacenes de la calle North State.

—¿Parecía ansiosa o perturbada en el camino hasta allí? —preguntó Michael.

—No.

—¿Hizo algo desacostumbrado los días anteriores a su desaparición?

—No.

—¿Tiene usted alguna información que piense que podría ser útil?

—No.

Y solo durante un segundo, los párpados del hombre aletearon, tan rápidamente como las alas de un mosquito.

—¿Cómo era la señorita Gwendolyn?

Y ahora le inquietó otra cosa; una expresión de fastidio titiló en su cara, consecuencia del esfuerzo de tener que inventar una mentira.

—Muy guapa y alegre.

Michael consiguió obtener unos cuantos detalles más del hombre: después de dejarla en los grandes almacenes había vuelto a casa, donde permaneció hasta última hora de la tarde, cuando había llevado a la ópera al señor y a la señora Van Haren, a los que trajo de vuelta hacia la una. Nadie se dio cuenta de que Gwendolyn no había vuelto a casa hasta la mañana siguiente.

Mientras hablaban, Ida tuvo la sensación de que, además del mayordomo, alguien les estaba observando. Apartó la vista fija en el hombre, miró alrededor y distinguió a una persona apostada en una de las ventanas de arriba: una chica negra regordeta vestida de doncella que les observaba. Sus miradas de encontraron y una expresión preocupada cruzó el semblante de la chica. Esta saltó hacia atrás desde la ventana y desapareció en la oscuridad con tanta rapidez que Ida no estaba segura de si había visto una aparición.

Entonces Michael puso fin al interrogatorio y miró a Ida, que inclinó la cabeza un poco hacia la izquierda para indicar que el conductor había mentado. Entonces el mayordomo se les acercó y volvieron a tomar el sendero.

—Me gustaría hacerle unas preguntas a la doncella, haga el favor —dijo Ida al mayordomo.

—La señora Van Haren dijo que solo interrogaran al señor Meeghan —contestó el hombre, aún sonriendo.

—Lo sé y lo comprendo, pero es importante que hable con ella —dijo Ida—. Si la señora Van Haren estuviera aquí, estoy segura de que se mostraría de acuerdo.

El mayordomo la volvió a mirar con aquella sonrisa todavía clavada en su rostro

como si fuera un adorno permanente.

—Me temo que es imposible. Los acompañaré hasta su coche.

Continuó por el camino de entrada e Ida trató de entender la situación, concluyendo finalmente que quizá el ausente señor Van Haren había dado instrucciones al mayordomo de no dejar entrar a nadie en la casa.

—Comprendo su actitud —dijo—. El señor Van Haren le ha dicho que no nos dejara entrar.

—No sé de qué está hablando.

—Bien; pero la cosa es esta —continuó ella—: si no nos deja entrar, se lo contaremos a nuestros amigos del departamento de policía. Los tenientes Stockman y Mullens... los dos hombres que estuvieron aquí hace unas semanas. Tendrán que volver para ver qué está ocultando usted, y a lo mejor esta vez montan jaleo... coches patrulla, furgones para los detenidos, ruido de sirenas. A lo mejor aparecen a las cinco de la mañana. A lo mejor le llevan a usted detenido. Y todo porque no colabora con nosotros.

Le miró directamente, y advirtió que todavía se las arreglaba, aunque por los pelos, para mantener fija en su cara la sonrisa.

—Pero si nos deja hablar con la chica, no se lo contaremos a la señora Van Haren, y no le diremos nada a los inspectores de policía, y el señor Van Haren nunca lo sabrá, y las cosas volverán a ser como eran. ¿Qué me dice?

DOS MINUTOS MÁS TARDE estaban dentro de la casa atravesando un vestíbulo con aire acondicionado; los zapatos resonaban sobre un suelo de mármol color leche produciendo ecos estridentes en la inmensidad de aquel espacio. Se acercaron al comienzo de una gran escalinata y se detuvieron.

—Esperen aquí, por favor —dijo el mayordomo—. Iré yo a traerla.

Cuando se hubo marchado, Michael se volvió para mirar a Ida con expresión de perplejidad.

—La chica estaba mirándonos por una ventana —dijo ella—. Parecía muerta de miedo.

Michael asintió.

—¿Y el chófer?

—Mintió sobre que no tenía ninguna información que pudiera ser útil, y sobre que la chica estaba contenta.

—¿Suicidio?

—Eso explica por qué el señor Van Haren ordenó al mayordomo que no nos dejara entrar en la casa.

—¿Quieres que entretenga al mayordomo? —preguntó Michael—. ¿Dejarte algo de tiempo sola con la chica?

—Claro.

—Eso podría darme la posibilidad de echar una ojeada a este sitio. Buen trabajo, a propósito... coaccionando al mayordomo.

—Sí —dijo Ida—. Supongo que lo fue.

Se sonrieron uno al otro y mientras esperaban la vuelta del mayordomo echaron una ojeada al vestíbulo; aunque estaba lleno de muebles antiguos, lienzos al óleo y *objets d'art*, a Ida le hizo sentir que era algo vacío, en cierto modo estéril. Poseía la misma frialdad que había observado en la señora Van Haren el día anterior, la sensación de que aquel lugar, y las personas que lo ocupaban, tenían un capa de escarcha.

—Un mundo totalmente nuevo —dijo Michael, e Ida asintió.

Oyó el sonido de pasos que se acercaban y alzó la mirada, viendo que el mayordomo volvía.

—Pueden hablar en la sala de estar —dijo.

Les llevó por un pasillo, luego otro, y aun por otro durante lo que parecieron hectáreas de un parqué de madera de fresno. Al final llegaron a una puerta y el mayordomo la abrió, indicándoles con la mano que entraran.

—¿Puedo ir al servicio antes de que empecemos? —preguntó Michael, y el mayordomo le miró de modo raro.

—Muy bien. Por aquí, haga el favor. —Y mientras los dos hombres se alejaban por el pasillo, Ida entró en la sala de estar.

Era como una continuación del vestíbulo: amplio, de techo alto, lleno de muebles lujosos y con un aire acondicionado que congelaba. Había un par de ventanales en la pared más alejada por los que entraba el brillante sol de la mañana. Debajo de los ventanales había dos sillones, y de pie al lado de ellos estaba la chica que Ida había pillado antes espiándoles, con la misma expresión de miedo en la cara. Ida cruzó la habitación para saludarla, sonriendo al hacerlo para intentar que la chica estuviera menos tensa.

—Encantada de conocerte. Me llamo Ida.

—Encantada de conocerla también, señora. Soy Florence —dijo la chica con acento sureño.

Parecía incluso más joven con la luz del sol que entraba a raudales por los ventanales; un poco más regordeta también: el uniforme azul y blanco de doncella le quedaba tirante en las caderas.

—¿De dónde eres? —preguntó Ida.

—De Ocean Springs, Mississippi.

—Bien, yo soy de la costa, de Nueva Orleans —dijo Ida, esperando originar una sensación de solidaridad entre mujeres. Pero la actitud de la chica era cautelosa y defensiva, y en su cara había una expresión de desconcierto que Ida había visto incontables veces: estaba tratando de determinar la raza de Ida y, por extensión, exactamente cuánto respeto debía manifestar.

Ida se entretuvo un momento mirando su entorno y pensando en conseguir algo

más de tiempo. En las praderas del exterior vio un par de pistas de tenis, rodeadas de una cerca de tela metálica verde oscuro, que parecían tan desangeladas y faltas de uso como todo lo del interior de la casa. Y más allá, un sendero que desaparecía en claro entre la hilera de árboles.

—Oye, Florence, ¿has salido hoy?

—No, señora.

—Bien, hace un día tan estupendo... ¿Qué tal si hablamos en el jardín? ¿Está abierta esa puerta de ahí?

—Sí, señora.

Sin pensárselo mucho, la chica fue a las puertas correderas que se abrían a las praderas en la parte trasera de la casa, y las dos salieron al jardín. Ida cerró la puerta detrás de ellas, y supuso que podrían llegar a la fila de árboles antes de que volviera el mayordomo, y a su pesar, sonrió imaginándose al hombre volviendo y descubriendo que se habían ido.

—¿Llevas mucho tiempo en Chicago? —preguntó Ida cuando bordeaban las pistas de tenis.

—Unos dos años —dijo la chica con algo parecido a un suspiro. Ida conocía bastante bien lo que se siente estando muy lejos de casa, lo difícil que era adaptarse a un sitio nuevo, con sus propias y extrañas reglas y especiales formas de amar y odiar. Allá abajo, en el Sur, las personas como ella y esa chica tenían que entenderse con los prejuicios de los blancos (lo que ya eran suficientes prejuicios), pero aquí arriba estaban también los de los otros negros por el simple hecho de ser recién llegadas del Sur. Y la estratificación continuaba después con los límites, las divisiones que se producían entre los negros del Sur que habían llegado recientemente y los que ya llevaban un tiempo, y entre los procedentes de los estados de la zona superior del Sur que se oponían a los de los estados de la zona interior del Sur. Florence se encontraba en el escalón más bajo de todas esas escalas sociales, y sin embargo tenía un buen trabajo como empleada doméstica de una de las familias más notables de Chicago.

—¿Cómo conseguiste el trabajo? —preguntó Ida.

—El marido de la cocinera es primo mío. Me mandó que viniera.

—¿Y te gusta esto?

—Claro. El trabajo no está demasiado mal, y tengo una habitación para mí sola.

—¿Y qué tal la señorita Gwen? ¿Te gusta trabajar a sus órdenes?

—Oh, claro. Es muy agradable. No es creída ni mandona ni nada. Me daba clases en esa organización de caridad en la que trabajaba. Me enseñaba a leer y escribir.

—¿La organización de Hyde Park?

—Sí. Dan clase a los negros. Ella iba todos los días. No lo hacía por figurar, ya me entiende, como alguna de esas otras chicas ricas. Ella creía en eso. En cambiar el mundo.

Ida sonrió y trató de imaginar cómo era la vida para Florence y Gwendolyn. Las dos chicas, de edad no muy diferente, estaban protegidas a su modo, las dos a la

deriva en una casa que estaba vacía si se exceptúa un puñado de personas distantes, mayores. Si Gwendolyn había confiado en alguien, tenía que haber sido en su doncella.

—Eso suena estupendo.

—Ella lo es —dijo la chica un poco melancólica, como si se hubiera dado cuenta a media conversación de que había estado usando el pasado. Entonces una idea pareció pasar por la cabeza de la chica y la cara se le iluminó y sonrió.

—Me acuerdo de una vez que fuimos a una tienda de ropa del Loop. Yo había ido con ella al centro porque necesitaba recoger unos billetes en la estación para el señor Van Haren. Bueno, los dueños de la tienda no querían dejarme cruzar la puerta. Decían que los criados de color tenían que esperar en la calle, o casi mejor, a la vuelta de la esquina. Yo no me enfadé, pero era invierno y estaba nevando con fuerza. Era mi primer invierno en Chicago. No sabía lo que era el frío hasta que me marché de Galilee. Bien, pues la señorita Gwen montó un escándalo. Me refiero a un escándalo de verdad. Se negó a salir de la tienda o a gastar otro centavo allí hasta que me dejaran entrar con ella. Les dijo que cancelarían la cuenta de su familia. —Aquí la chica sonrió—. Me pusieron junto al fuego y hasta trajeron una silla para que me sentase.

Ida le devolvió la sonrisa y llegaron a la hilera de árboles y bajaron pegados a ella por una larga avenida en sombra.

—¿Te pareció diferente antes de que desapareciera?

La chica se detuvo.

—No, señora —dijo. Sus palabras estaban salpicadas de falsedad.

—Háblame del día en que desapareció.

La chica se encogió, luego se recompuso y le contó a Ida su versión de lo que había pasado, que coincidía bastante con los otros relatos, pero Ida pudo notar que la chica se estaba conteniendo y se le ocurrió una idea.

—¿Qué te dijo la señorita Gwen la mañana que se marchó? ¿Te dijo adónde iba?

—Solo que iba de compras.

Ida asintió y le pareció que había descubierto la gran falsedad de la historia de la chica. Ignoraba lo consentida que estaba Gwendolyn... si podía haberse escapado sin la ayuda de Florence, sin que Florence la ayudara a hacer el equipaje y sacarle los billetes.

—¿Qué pasó la noche en que desapareció? —preguntó Ida.

—¿Qué pasó sobre qué?

—Bueno, el señor Meeghan dijo que el señor y la señora Van Haren fueron a la ópera y luego volvieron a casa tarde y no se dieron cuenta de que la señorita Gwen no había vuelto hasta la mañana siguiente. ¿No es eso raro? ¿Que tardaran tanto en enterarse?

—Eso me parece.

—¿Tú no les dijiste nada?

La chica negó con la cabeza.

—Pero la señorita Gwen te dijo que iba de compras por la mañana. Tú estabas en casa aquella noche. Sabías que no había vuelto, ¿pero no le dijiste nada a nadie?

La chica permaneció en silencio e Ida apreció que callaba la boca, lo advirtió en el dibujo de sus hombros cuando la observaba tratando de descubrir si mentía.

—¿Sabía conducir la señorita Gwen?

—No, señora —dijo la chica, con un nuevo respeto en la voz.

—De todos los criados, ¿quiénes se quedan por la noche?

—Solo yo y el señor Richards, el mayordomo.

Ida dejó de andar y se volvió para mirar a la chica.

—Escucha, Florence, voy a ponerme en tu lugar porque me caes bien, y me recuerdas a mí hace diez años, y me detestaría si perdieras tu trabajo solo por tratar de ayudar a la señorita Gwen.

Mientras hablaba Ida veía que asomaban lágrimas a los ojos de la chica, y sintió una intensa culpabilidad por manipular sus emociones. Pensó en la distancia desde la casa hasta algún sitio donde fuese posible coger un transporte, en que Gwendolyn no sabía conducir, en que no había nadie en la casa aquella noche aparte de las dos chicas y el mayordomo, que probablemente estaría acostado. Ida dio con la explicación más probable que encajase con las mentiras: Gwendolyn había vuelto a casa de la ciudad aquella noche, cuando no andaba nadie por allí excepto Florence, y luego huyó. Sin autobuses cerca o un coche que la llevase, tuvo que llamar a un taxi. Ida decidió jugar fuerte y soltó una mentira.

—Hablamos con los vecinos —dijo—. Nos contaron que aquella noche vieron un taxi que venía a recoger a la señorita Gwen y que tú estabas con ella. Tienes problemas, chica. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

Las dos se quedaron quietas un momento, entre las dos hileras de abetos. Y la chica se echó a llorar, e Ida se acercó a ella y la abrazó.

DESPUÉS DE QUE JACOB hubiera establecido la relación entre el asesinato del callejón y el asesinato en el hotel años antes, Lynott había ido en busca de información sobre el autor del primer crimen. Había encontrado los datos de Anton Hodiak en la División de Identificación Criminal, pero los detalles que contenía eran escasos: no figuraba ningún compinche, y su antigua dirección ya no existía, la casa había sido demolida para hacer sitio a un bloque de apartamentos. Recogía, sin embargo, la dirección del antiguo jefe de Hodiak, e imaginaron que era un sitio tan bueno como cualquier otro para empezar a buscarle.

Se vieron a la mañana siguiente en la esquina de Halstead con la calle 42, y mientras iban andando hacia la entrada de los mataderos, Lynott le pasó una carpeta a Jacob.

—Ese es tu chico —dijo Lynott.

Jacob abrió la carpeta y vio que eran datos sobre Anton Hodiak; su expediente de la División de Identificación Criminal. Sujeta con un clip a la primera página había una foto del hombre al que estaban buscando. Hodiak era corpulento, con el cuello grueso, el pelo muy corto y orejas pequeñas que salían proyectadas torpemente de los lados de su cabeza. Pero lo más llamativo era la cicatriz en uno de los lados de su cara; iba desde el ojo hasta la oreja con la forma de la sonrisa que se echaba de menos en sus labios. Le daba un aspecto desarticulado, como si Jacob le estuviera mirando desde múltiples ángulos al mismo tiempo, como en aquellos cuadros cubistas franceses que había visto en el *Tribune*.

Cruzaron el arco románico que señalaba la entrada a los mataderos y se acercaron a la caseta de los vigilantes nada más entrar. Lynott habló con los vigilantes y uno de ellos consultó un plano y encontró la empresa que estaban buscando: una pequeña situada al oeste. Dijo que les acompañaría, pues lo más probable era que se perdieran sin él. Mataderos Unidos ocupaba casi dos kilómetros cuadrados en pleno centro de la ciudad, y era, desde cualquier punto de vista, el mayor matadero del mundo, sede de más de cincuenta empresas de procesado de carne, las cuales en conjunto producían por encima de las tres cuartas partes de la carne de Estados Unidos.

Dieron las gracias al hombre y este echó a andar desde la caseta de vigilantes y les condujo al corazón del matadero. Recorrieron un ancho sendero de barro endurecido, pasando junto a quienes conducían el ganado y a ejércitos de hombres empapados en sangre. Era una fuerza de trabajo multirracial, y el vigilante explicó las divisiones.

—Los del este de Europa y los negros trabajan en las plantas donde se mata —dijo—, los mexicanos trabajan en los congeladores y los depósitos subterráneos, y los irlandeses se ocupan del ganado. Los alemanes conducen los trenes y los barcos. Los diferentes grupos siempre están intentando matarse entre sí. Para los jefes el trabajo

va bien, sin embargo.

—¿Y eso? —preguntó Jacob.

—Cada vez que los trabajadores intentan sindicarse, la cosa fracasa porque no se pueden organizar superando las fronteras de raza, así que el sueldo y las condiciones de trabajo nunca mejoran. Divide y vencerás, chicos.

Enarcó las cejas y sonrió desganadamente, y los tres siguieron la caminata por el polvo. Pasaron junto a depósitos gigantescos, montones de estiércol, vías de tren y canales, pasarelas elevadas que resonaban con las pisadas de vacas y cerdos. Según avanzaban el aire se ponía más espeso todavía con los chillidos de animales, los olores a sangre y estiércol, desinfectante y gasóleo. Jacob empezó a tener la sensación de que estaban atravesando un sitio diferente, un círculo interior de Chicago, una ciudad dentro de otra ciudad, una versión más infernal, más destilada de la del exterior.

Y entre el hedor, el excremento y la matanza a escala industrial, Jacob se fijó en algo raro: turistas; grupos de ellos a los que enseñaban el lugar unos guías como si estuvieran visitando un estudio de Hollywood. Les bordeó una manada de ellos y el vigilante sonrió.

—Llevamos años siendo una atracción turística —dijo con autosuficiencia.

Puede que aquellos campos de exterminio sean el origen de uno de los muchos sobrenombres de Chicago, el Matadero del Lago, pero tras el nombre estaba una verdad de la que se enorgullecía la ciudad: era Chicago la que alimentaba a la nación.

—Esta es —dijo el vigilante cuando llegaron a una construcción que parecía un establo alargado con un techo de hojas de metal corrugado—. ¿Van a estar mucho?

—No demasiado —dijo Lynott.

—Esperaré para llevarles de vuelta —dijo el vigilante, apoyándose en el poste de una valla, encendiendo un cigarrillo y empujando su sombrero hacia abajo por delante de su cara.

Lynott y Jacob miraron al hombre un momento y luego entraron en la construcción, tomándose un momento para adaptarse a la penumbra y al monstruoso calor que hacía allá dentro. El lugar era largo, como un túnel, y estaba ocupado por hileras de hombres de pie delante de hileras de animales muertos que colgaban al revés de ganchos en una formación apretada, precisa.

Detrás de la sección más cercana un hombre andaba arriba y abajo, pendiente de todo, dando a entender vagamente que podría estar a cargo de la operación. Lynott se le acercó y hablaron, y mientras lo hacían Jacob observó los trabajos de la planta.

Cuando a cada hilera de hombres se acercaba una hilera de vacas muertas, levantaban unos cuchillos de carnicero de mango largo y daban un corte hacia abajo, realizando profundos tajos a lo largo de las tripas de los animales. Después de cada corte, había una pausa, luego las tripas de las vacas emitían un sonido sibilante y los tajos se ensanchaban, como de común acuerdo, y los intestinos, estómagos y otros órganos de los animales se desprendían cayendo en bandejas que los esperaban en el

suelo con un tremendo sonido seco.

Las bandejas tenían ruedas, y unos jóvenes, medio inclinados, se movían deprisa por el suelo empapado de sangre, empujando las bandejas hasta un grupo de hombres que las seleccionaban, y el ganado en ganchos era empujado por una fuerza invisible y otro conjunto de animales muertos llegaba en las cadenas móviles para que los hombres con cuchillos de carnicero se adelantaran para destriparlos.

Todo el proceso no llevaba más de diez segundos, del comienzo al final, y Jacob pensó en lo que debería de ser para aquellos hombres estar allí de pie y realizar la misma acción seis veces por minuto, durante doce horas al día, seis días a la semana, durante el resto de su vida.

Recordó haber oído en alguna parte que a John Ford se le ocurrió la idea de una cadena de montaje de coches viendo a los trabajadores de los mataderos de Chicago, lo complementados que estaban los trabajos divididos para conseguir la máxima eficacia, aunque, como la persona que se lo contó dijo bromeando, los mataderos, más que una cadena de montaje, eran una cadena de desmontaje.

Jacob oyó decir algo a Lynott, y al alzar la vista lo vio junto al supervisor dirigiéndose a una gran puerta de metal. El supervisor abrió la puerta empujando y los hizo entrar en un frigorífico, un espacio extenso refrigerado de cuyo techo colgaban más centenares de reses muertas. El hombre señaló con la cabeza una mesa de despacho y una silla en la esquina donde estaba sentado un segundo hombre; luego se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas, y el ruido de la matanza disminuyó hasta hacerse casi imperceptible. Fue entonces cuando Jacob apreció la maravillosa frialdad del lugar.

Jacob y Lynott anduvieron entre los animales congelados hacia la mesa donde estaba el hombre, que alzó la vista y sonrió. Vieron que llevaba puestos unos guantes y una bufanda encima de un traje y una corbata.

—El sitio más fresco del edificio —dijo el hombre—. ¿En qué puedo ayudarles?

Se buscó en el bolsillo y sacó una petaca con tabaco Bull Durham, se quitó los guantes y empezó a liarse un cigarrillo. Mientras lo hacía, Jacob aprovechó la oportunidad para mirarlo. De unos cincuenta años, bajo y rechoncho, con los ojos demasiado separados, pelo color granito, piel granujenta.

—¿Usted tenía de empleado a un hombre que se llama Anton Hodiak? —preguntó Lynott, mostrando la placa de policía.

—¿Anton? —preguntó el hombre—. Durante quince años. ¿Qué pasó?

—¿Qué trabajo hacía? —preguntó Jacob.

—Mataba ganado. ¿Qué se cree usted? Y encima lo hacía con una sonrisa en la cara. Y no me importaba la cicatriz. —El hombre soltó una sonrisita e hizo un movimiento circular delante de la cara con el dedo índice.

—Sabe usted que lo condenaron por asesinato, ¿verdad?

—Le acusaron falsamente. Lo condenaron equivocadamente y le indultaron.

—¿Le ha visto desde que lo soltaron?

—Claro. Le volví a dar su antiguo empleo.

Al oírlo, Jacob y Lynott intercambiaron una mirada.

—¿Está aquí? —preguntó Lynott.

—Estuvo. Dejó la ciudad hace un par de meses.

—¿Adónde fue?

—A Florida —dijo el hombre—. Dijo que quería ver si podía sacar adelante algunas cosas allá abajo, en el sur. Por eso volvió aquí cuando lo soltaron, para ahorrar dinero para el viaje.

—¿De modo que después de que lo soltaran tras haber asesinado a dos personas le dio usted su antiguo empleo? —dijo Jacob.

—Le habían indultado —dijo el hombre a la defensiva, encendiendo el cigarrillo que había liado—. El Señor dice que perdonemos. ¿Y qué había hecho más que matar a un par de putos negros que se acostaban con blancas? Deberían haberle dado una puñetera medalla.

—También torturó a una de las blancas —dijo Jacob.

El hombre se quedó un momento pensando, luego se encogió de hombros y dio una calada a su cigarrillo, y el olor a tabaco flotó en el aire gélido; en el silencio Jacob se dio cuenta de lo frío que se estaba quedando, el congelador hacía que el sudor que le cubría el cuerpo diera la sensación de hielo.

—¿Tiene registrada su dirección? —preguntó Lynott—. ¿La de aquí o la de Florida?

—No —dijo el hombre—. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Solo queremos hablar con él. ¿Conoce a alguien que nos pueda ayudar?

—Ya le he dicho que se fue de la ciudad —dijo el hombre, negando con la cabeza y volviendo a guardar en el bolsillo la petaca de Bull Durham.

—Digamos que queremos comprobar eso —dijo Lynott—. ¿Sabe dónde podemos encontrar a algún amigo o a su familia?

El hombre se encogió de hombros.

—En su ficha dice que lo detuvieron por agresión a otro trabajador de aquí. ¿Sabe algo de eso?

—Claro. Fue hace años. Por culpa de su hermana pequeña —dijo el hombre, sonriendo—. A la chica la preñó un negrata que trabajaba en el matadero de Armour y Cía. Ella gritaba que era una violación, pero ya saben cómo son las chicas hoy en día. Anton la obligó a librarse de aquello y el médico terminó matándola. Conque Anton decidió arreglar las cosas por su cuenta. Mandó al negrata al hospital pero no antes de que él desgarrara la mejilla de Anton con un gancho para el ganado. De ahí la cicatriz.

Jacob comprobó la carpeta, buscando las fechas. La agresión al compañero de trabajo había sido un año más o menos antes de que Hodiak empezase a agredir a otros negros que veía por la ciudad en compañía de blancas.

—Si se vuelve a poner en contacto con usted o se entera de que todavía está en

Chicago, llámenos —dijo Lynott, entregándole una tarjeta con un número.

—Claro —dijo el hombre, sarcásticamente, enarcando las cejas—. Y ahora, a no ser que quieran preguntar algo más, ahí tienen la puerta.

* * *

VEINTE MINUTOS DESPUÉS LYNOTT y Jacob estaban parados delante de los mataderos, en la calle Halstead otra vez, donde el sol brillaba dorado en los adoquines, coches y fachadas.

—Mandaré un cable a Florida —dijo Lynott— para ver de qué me puedo enterar, pero cuanto más pienso en ello, más me parece que Hodiak no es nuestro hombre.

—Las muertes son idénticas —dijo Jacob—. Su hermana pequeña muere porque se acostó con un negro y ahora él anda por la ciudad matando a cualquiera que cruce la frontera de la raza.

—No sabemos si el muerto de la calleja estaba saltándose la frontera de la raza. Y aunque lo hiciera, la cosa no encaja. Todos los ataques anteriores eran a negros con blancas, como su hermana pequeña. ¿Pero un blanco con una negra? Eso no le importa un carajo a nadie excepto a los negros.

—Vamos, Frank. Ya sabes cómo son estos chiflados. Empiezan una cosa y van de mal en peor. ¿Y si vio a otra blanca en la calle con un negro y la raptó y la tuvo encerrada en algún sitio, como la última vez?

—Entonces eso es problema de Florida, porque probablemente sea allí donde está. Vamos a esperar noticias tuyas, ¿de acuerdo?

—¿Puedo quedarme con la foto?

Lynott le miró fijamente, y entonces oyeron ruido detrás de ellos, se volvieron y vieron a un hombre de uniforme guiando a una manada ruidosa de turistas que salían de los mataderos y bajaban la calle hacia un autobús. Esperaron hasta que el grupo estuvo a unos metros de distancia y entonces Jacob se volvió para mirar a Lynott.

Lynott suspiró, desprendió la foto de la ficha y se la entregó.

—No hagas ninguna estupidez, Jake.

DESPUÉS DE QUE EL mayordomo hubiera llevado a Michael al cuarto de baño, este le dijo al hombre, educadamente, que podría encontrar por su cuenta el camino de regreso al cuarto de estar, y el mayordomo le había dejado solo, probablemente deseando volver enseguida con Ida y la doncella. Michael esperó unos segundos antes de alejarse con cuidado pasillo abajo en la dirección opuesta, encontrar una escalera y subir por ella. Recorrió otro pasillo, comprobando las puertas. La mayoría daban a dormitorios de invitados, muchas de ellas cubiertas de capas de polvo. ¿Para qué servían todas aquellas habitaciones si nadie vivía en ellas?, pensó.

Al cabo de un rato llegó a una puerta de dos hojas, las abrió con cuidado y echó una ojeada a un dormitorio grande casi a oscuras debido a que las cortinas estaban corridas. A pesar de la falta de luz, pudo ver que era una habitación muy cuidada, cubierta de tapetes y telas, como si el dueño estuviera haciendo esfuerzos por suavizar su mundo. Y tumbada en la cama estaba la señora Van Haren, dormida, completamente quieta. Michael frunció el ceño al fijarse en el tubo de pastillas y el vaso de agua de la mesilla de noche. Se acercó y comprobó de qué era el tubo: Pentotal, pastillas para dormir. ¿Las había tomado ella o alguien la había forzado para mantenerla alejada durante el tiempo que durase la visita de Michael e Ida? Las palabras del mayordomo recorrieron el interior de su cabeza —«la señora Van Haren está indispuesta»—, luego dio unos pasos hacia atrás y cerró la puerta.

Unos metros más adelante del vestíbulo encontró la habitación de Gwendolyn, que identificó por los cuadros desperdigados por allí. Entró, miró a su alrededor y luego avanzó hasta el tocador para examinar las fotografías alineadas dentro de marcos de plata. Había unas pocas de Gwendolyn con sus padres, con aspecto de estar aburrida durante unas vacaciones o vestida muy estirada en actos sociales. Había una de ella y una blanca de edad madura con aspecto de rica paradas delante de lo que parecía un colegio con un grupo de estudiantes negros. Pero la mayoría de las fotos eran de Gwendolyn y sus amigas, un conjunto de chicas modernas, todas ellas altas y rubias y con pinta de tener dinero. Michael dejó la última de las fotografías y notó lo que faltaba: ni una sola de su prometido.

Había una puerta que daba a una habitación adyacente y la cruzó para entrar en un cuarto de baño grande y luminoso cubierto de azulejos verde esmeralda. En el centro había una gran bañera con patas en forma de garras, que brillaba con un marrón dorado. Bajo una ventana de cristales esmerilados había un tocador con un espejo encima rodeado de bombillas. Michael miró los objetos que había encima: polvos faciales Max Factor, perfumes de Isabey and Charles of the Ritz, docenas de barras de labios con el nuevo formato de tapa giratoria: todas ellas perfectamente limpias de polvo. Si la chica había tenido un frasco de morfina en el tocador, un tubo con cocaína, unas cuantas pastillas de dormir de su madre, hacía tiempo que las había

quitado el servicio. Entonces se fijó en que faltaba otra cosa más: hojas de afeitar.

Volvió al dormitorio y rebuscó entre la ropa de la chica: se habían llevado incluso sus cinturones. Ninguna foto de su prometido y ningún objeto con el que se pudiera matar. Michael pensó en eso, y en la madre de la chica inconsciente en una habitación pasado el vestíbulo, y empezó a tener la sensación de que la casa era una jaula dorada. Miró su reloj e imaginó que todavía contaba con tiempo suficiente para buscar sitios ocultos en las dos habitaciones, escondites para lo que Gwendolyn podría haber estado ocultando. Volvió a la habitación y se puso manos a la obra.

* * *

—YO NO SABÍA QUE estaba haciendo algo malo —dijo Florence entre sollozos, e Ida la calmó dándole golpecitos con una mano en la espalda como a un niño. Todavía estaban solas, paradas en la avenida de abetos detrás de la casa.

—Todo está bien. No se lo diré a nadie. Solo cuéntame lo que pasó.

—La señorita Gwen volvió a casa aquella noche, cuando todos habían salido, y estaba hecha un lío. Lloraba toda descompuesta.

—¿Dónde había estado?

—En Bronzeville.

—¿El Cinturón Negro? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Había ido a buscar a Chuck... el señor Coulton... que es su prometido... para verlo, para decirle que rompían.

—¿Qué estaba haciendo Chuck en Bronzeville?

—Él no estaba allí. Verá, Chuck no había aparecido las últimas semanas. Había desaparecido o algo así. Hace esas cosas. La señorita Gwen quería saber dónde estaba, y... ella se había enterado de algo sobre él pero de todos modos no estaba segura de lo que era, y al final decidió seguirlo y decirle que habían terminado, romper el compromiso. Pero no lo podía romper porque Chuck había desaparecido. Pero había un hombre en Bronzeville, un negro, Randall Taylor. Mantenía contacto con Chuck. No sé cómo. La señorita Gwen fue hasta allí para verlo, para enterarse de dónde estaba Chuck. Se le había metido en la cabeza que Taylor podría decírselo. Así que fue a verlo, para enterarse de dónde estaba Chuck, luego ir a ver a Chuck y decirle que rompían. Pero... —La chica dejó escapar un sollozo, e Ida esperó—. Esa noche pasó algo. Lo que fuera. Algo espantoso. La señorita Gwen vio algo.

—¿Qué vio?

—No lo sé. Ella no era capaz de decirlo. Y lo que dijo no tenía sentido. No paraba de hablar de sangre y manos con sangre, y tenía sangre en las manos. Estaba muy asustada. Dijo que tenía que marcharse de la ciudad o la mataría alguien.

—¿Quién era ese alguien? ¿Coulton? ¿O ese tal Taylor?

—No lo sé. Ya le he dicho que decía muchas cosas sin sentido. Dijo que tomaría un tren a Montreal, que se marcharía mientras no hubiera nadie y que yo no le

contase nada a nadie. Ni a sus padres, a nadie. Dijo que llamaría a la señorita Lena cuando estuviera segura, y que la señorita Lena llamaría aquí y me lo haría saber.

—¿La señorita Lena?

—Lena Jansen. Es una amiga de la señorita Gwen. Luego ocurrió como usted dijo. Me pidió que le hiciera las maletas, llamara a la estación y le reservara una cabina en el tren a Montreal vía Detroit de aquella noche. Luego llamé a un taxi y cuando llegó subió a él y esa fue la última vez que la vi.

—¿Qué nombre utilizaste para reservar el billete?

—El mío. Florence Smith.

—¿A qué hora era el tren?

—No recuerdo a qué hora salía. Las once, las once y media. Era el último de la noche que salía de la Illinois Central.

—¿Y cómo se llamaba la empresa de taxis?

—Coches Costa Dorada.

—Muy bien, lo estás haciendo muy bien, Florence. Solo una última pregunta... ¿qué fue lo que la señorita Gwen descubrió de Coulton? Lo que hizo que rompiera el compromiso.

—No sé, señorita Ida. De verdad que no lo sé —dijo Florence, sorbiéndose las lágrimas—. Me porté mal, ¿no? La dejé irse y no se lo dije a nadie y ahora la señorita Lena no sabe nada de nada de ella. Nada en tres semanas.

—¿Has hablado con la señorita Lena?

Florence asintió.

—Ella es buena. La señorita Gwen me refiero. Es una buena persona de verdad, ¿sabe? No tiene nada de maldad. ¿Por qué siempre les pasan las cosas malas a las personas que son buenas?

—No lo sé.

Y justo entonces oyeron unos ruidos al final del sendero e Ida alzó la vista y vio al mayordomo y al chófer doblando la esquina de la avenida y dirigiéndose enfadados hacia ellas.

UN PAR DE HORAS después de que Jacob hubiera vuelto de los mataderos recibió una llamada de Lynott.

—El muerto del callejón ha sido identificado. Benjamin Roebuck. Saqué su ficha.

—¿Y?

Lynott hizo una descripción a grandes rasgos de la vida de Benjamin Roebuck, una vida que había consistido en ir dando tumbos por lo más bajo de la escala delictiva de Chicago.

—¿Hay una dirección? —preguntó Jacob.

—Sí, pero es de hace seis años. Pasé el aviso. Ningún resultado.

—¿Algún compinche conocido?

—Uno. Basil «George el Tres dedos» Georgiev. A los dos los detuvieron un par de veces. Una se los llevaron en la redada en un burdel, y luego volaron una caja fuerte. ¿Quieres que te cuente esto? Merece la pena.

—Claro —dijo Jacob.

—Estaban intentando volar una caja fuerte en las oficinas principales del sindicato de tipógrafos, en Halstead, pero Georgiev la jodió al calcular la nitroglicerina y se quedó sin media mano en la explosión. De ahí su apodo. Después de que los soltasen, a Georgiev lo detuvieron varias veces por borrachera y nada más. Entretanto Roebuck consiguió un trabajo de matón de Capone. No consigo imaginar cuál de los dos era el cerebro de la operación.

—¿El muerto trabajaba para Capone?

—Para la banda, sí —contestó Lynott.

—¿Vas a ir a hacerle una visita a Georgiev? —preguntó Jacob.

—No, porque del asesinato de Roebuck ahora se ocupa el cuerpo de inspectores como si se tratara de un atraco callejero que salió mal.

Jacob hizo una pausa y se frotó las sienes.

—Todavía tenía su cartera y joyas, Frank. Le habían sacado los ojos.

—A lo mejor por eso salió mal —dijo Lynott.

—¿Tienes alguna idea de lo que hay detrás? —preguntó Jacob, inquieto por la noticia de que alguien de la división estuviera intentando encubrir el crimen.

—Gimbrel.

Jacob asintió. Pete Gimbrel era un policía matón del cuerpo de inspectores, un capitán que conseguía confesiones de sospechosos con unos puños americanos que tenían grabada una cita del Eclesiastés: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas». Una elección de agente interesante para cualquiera que estuviese intentando encubrir el crimen.

—A lo mejor Capone ha corrido la voz de que quiere que el asunto se entierre —dijo Frank—. De todos modos, no debería estar hablando de esto contigo. Algo en

todo esto huele mal, Jake, y no estoy en situación de seguirlo.

—¿Tienes la dirección del compinche? —preguntó Jacob.

—Claro. ¿Tienes una pluma?

Jacob escribió la dirección conocida del compinche en un trozo de papel y se lo guardó en el bolsillo del pecho.

—¿Todavía no ha aparecido ningún testigo del asesinato? —preguntó.

—Es el Cinturón Negro, tío, ¿qué quieres? Y por lo que respecta al hospital, tampoco se consigue nada. Los informes llegaron mientras estábamos en los mataderos. Averiguamos que ingresaron a seis personas con heridas semejantes anteanoche. Pero ninguno de ellos coincide. Parece que todo lleva a un camino sin salida.

* * *

CUANDO TERMINARON DE HABLAR, Jacob salió de su apartamento y tomó un tranvía eléctrico a Little Poland, esperando que el compinche conocido de la víctima, Basil Georgiev, pudiera proporcionar algún dato de por qué Benny Roebuck había terminado sin ojos y muerto en un callejón de Bronzeville. Se apeó al final de la línea y anduvo las últimas manzanas de casas hasta la calle Augusta. Era ancha, estaba bien conservada y dominada a los dos lados por altísimos edificios residenciales cuyas paredes, diseñadas como si estuvieran cubiertas de madera, hacían que la calle pareciera bordeada de dos hileras de graneros gigantescos, transplantados de las praderas y dejados en la ciudad para criar monstruos.

Jacob llegó a la dirección, llamó al timbre y una mujer de edad madura abrió la puerta secándose las manos en un mandil, con aspecto de agobiada y perpleja. Jacob preguntó por Basil Georgiev y la mujer, con una expresión amarga cruzándole la cara, le dijo que probara en uno de los bares del barrio, soltando una lista de tabernas cercanas con una voz irritada y huidiza antes de cerrar dando un portazo en las narices de Jacob.

Este hizo la ronda y encontró al hombre en el bar número tres, una cervecería polaca que había sobrevivido a los ocho años de ley seca sin ningún problema. Jacob entró y preguntó al barman si estaba allí Basil Georgiev, y cuando este le lanzó una mirada inexpresiva, probó con el apodo —George el Tres Dedos— y entonces el barman señaló a un hombre bebido del extremo de la barra, encorvado sobre ella con una desilusión producto del alcohol escrita en la cara. Jacob se dirigió hacia allí, y cuando estaba cerca, le llegó el olor a alcohol en oleadas. Se sentó en el taburete de al lado y el hombre alzó la vista y Jacob le dijo hola sonriendo.

—Tiene esa expresión en los ojos —dijo el hombre con una voz clara que sorprendió a Jacob por su falta de titubeo y temblor.

—¿Qué expresión?

—La expresión de alguien que quiere algo. ¿Qué es?

—Soy periodista. Quería hacerle unas preguntas sobre Benny Roebuck. —Jacob sacó del bolsillo el pase de prensa que había conseguido de su redactor jefe del *Tribune* y se lo enseñó al hombre—. Hay un par de copas para usted en juego.

Georgiev miró fijamente a Jacob como si le hubiera insultado con la oferta y luego una sonrisa amarga le asomó a la cara. Asintió, y vació lo que quedaba en el vaso que tenía delante.

—Tomaré un Canadian Club de los grandes. Del auténtico.

Jacob llamó al barman y pidió dos vasos. Extrajo sus cigarrillos y ofreció uno a Georgiev, que lo aceptó, sacándolo del paquete con su mano maltrecha, una mano dividida: pulgar, índice y medio en su sitio y luego nada, solo una línea dentada que desaparecía en la oscuridad de su manga.

Georgiev pilló a Jacob mirando y este apartó la vista, sintiendo algo del embarazo que supuso sentían las demás personas a las que descubría mirando su deformación.

Los dos hombres encendieron los pitillos y llegaron las copas. Jacob paseó la vista alrededor. Era un lugar cavernoso y polvoriento, con un olor a rústico —centeno y lúpulo— que hizo pensar a Jacob si no estarían fabricando cerveza en el sótano. Planchas de madera sin desbastar ni barnizar cubrían todas las paredes, haciendo que el local pareciera sombrío, como si hubiera entrado en el estómago de un monstruo de madera. Aparte de Jacob y Georgiev, solo había otros dos clientes, los dos en una mesa de las sombrías profundidades, inclinados encima de un tablero de ajedrez.

—No veía a Benny desde hacía unas cuantas semanas —dijo Georgiev después de tomar una copa—. Me enteré de que quedó convertido en una mancha sobre la acera.

Jacob asintió, sorprendido por la frivolidad, y se preguntó si los dos amigos estaban peleados.

—Es por lo que estoy aquí —dijo Jacob—. Antes que nada intento averiguar qué estaba haciendo Benny en el Cinturón Negro.

—Medio Chicago baja al barrio de los negros. Para bailar con esa música de la jungla.

—Pero Benny no estaba donde se toca esa música.

—El periódico dijo que lo encontraron en la calle State —contestó Georgiev con una rapidez que sorprendió a Jacob.

—Lo encontraron en la calle State, pero lo habían atacado en el gueto de la calle Federal. Eso no está cerca de los clubes. Allí no va nadie si no es por negocios.

Georgiev pensó un momento, y mientras lo hacía Jacob le examinó, fijándose en las venas rojas como una tela de araña de sus ojos vidriosos, en su piel descolorida, de un tono entre Jack Daniel's y bilis. El hombre estaba enfermo, advirtió Jacob, moribundo.

—Tenía una chica por esa parte —dijo Georgiev. Una negra de mierda. Trabajaba en los cabarés.

Jacob frunció el ceño y Georgiev soltó una risita.

—La vieja trampa y los nuevos idiotas —dijo.

—¿Andaba ella detrás de su dinero?

Georgiev se rio.

—Benny no tenía anda. Él y el dinero nunca estaban juntos mucho tiempo. ¿Qué pasa, es que no bebe? —dijo Georgiev, señalando con un dedo el whisky sin tocar de Jacob.

Jacob levantó el vaso, removi6 el whisky, lo olió y se lo llevó a la boca.

—¿Entonces por qué estaba con él? —preguntó, volviendo a poner el vaso en la barra.

—No sé. Lo único que sé es que era raro. La chica era guapa, tenía la mitad de su edad. Traté de decírselo pero no quiso escuchar.

—¿Cuánto tiempo se llevaban viendo?

—No mucho.

—¿En qué tipo de cuestiones estaba trabajando Benny cuando murió?

Georgiev negó con la cabeza.

—No sé. Siempre tenía cien cosas en marcha, todas ellas, según él, importantes.

—¿Alguna que pudiera provocar que alguien le quisiera matar?

—Podría ser.

—Oí que a veces trabajaba para Capone.

Al oírlo, Georgiev frunció el ceño y se mantuvo callado un momento.

—Trabajaba para un montón de gente.

—¿Estaba trabajando para Capone cuando murió?

—No sé y no me gustan las preguntas sobre el señor Capone. ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?

—Se lo estoy preguntando a usted.

—Mire, Benny nunca hizo nada importante para nadie. Trabajos de mierda para el sindicato, a veinticinco dólares cada uno. Partir caras, romper dedos, arrancar uñas. Cosas feas. Y más feo todavía el gesto de su cara cuando las hacía. Como la sonrisita que se le pone a un hombre cuando está con una mujer. A lo mejor hizo algo que terminó provocando que le mataran, o a lo mejor no.

Georgiev se encogió de hombros y miró fijamente a Jacob. La cara se le endureció y Jacob se dio cuenta de que estaba empezando a molestar al hombre.

—¿Sabe cómo puedo localizar a la chica? —preguntó antes de perder a Georgiev en una nube de animadversión.

—Actúa en el coro del teatro State-Congress. Las Chicas de Algodón de Azúcar, o las Chicas Pirulí. Algo así.

—¿Tiene nombre?

—Esther algo. —Georgiev se apartó de Jacob y terminó lo que quedaba de su Canadian Club—. Usted me ofreció dos copas si respondía a sus preguntas —dijo, y su tono dejaba bien a las claras que la entrevista había terminado. Jacob pidió otro whisky largo, y en el silencio que se impuso entre su demanda y el tiempo que tardó

en estar satisfecha, Jacob observó que Georgiev clavaba la vista en la barra, en el dibujo de la madera, los cercos dejados por los vasos de la mañana que se reducían inexorablemente a nada—. ¿Sufrió? —preguntó repentinamente Georgiev, alzando la vista hacia Jacob, con preocupación y ternura en la voz, y a Jacob le volvió a sorprender aquel hombre.

—Estaba muerto antes de que su cabeza chocara contra el suelo —mintió Jacob, y Georgiev asintió y se quedó callado; y en el silencio vacío que siguió, Jacob examinó su cara, la piel amarillenta, los ojos enrojecidos bañados por una penetrante tristeza, lo que le hizo sentir pinchazos de culpabilidad por haber interrogado al hombre.

Llegó la bebida y Jacob pagó, se despidió y dejó a Basil Georgiev en las frías tripas de madera de la cervecería, con su whisky Canadian largo, para que continuara solo su carrera hacia el vacío.

* * *

MIENTRAS SE DIRIGÍA DE vuelta a la parada del tranvía, Jacob se fijó en un Cadillac que rodaba lentamente calle abajo y luego se detenía a unos metros de la entrada de la cervecería. Apresuró sus pasos por la acera, suponiendo que un coche tan caro en un sitio tan miserable solo podía significar una cosa: gánsteres. Llegó a la esquina de la manzana y se dio la vuelta para ver qué pasaba. El coche se detuvo un momento en la calle y luego se abrieron las puertas de atrás y salieron tres hombres, y Jacob reconoció al tercero por su cazadora de cuero: Bugs Moran, el jefe de la banda del Norte. Tenía unos treinta años, era rechoncho y llevaba el pelo peinado con raya al medio. Su expresión era de abatimiento.

Jacob se mantuvo al margen apoyado en la entrada de una tienda, tratando de pasar lo más desapercibido posible. Vio que Moran y los dos hombres entraban en la cervecería y el conductor apagaba el motor del coche. Cinco minutos después volvieron a salir, se subieron al Cadillac y se alejaron, dejando a Jacob preguntándose si Moran había ido allí para ver a Georgiev y, si era así, por qué iba a ver al amigo de un secuaz muerto de Capone.

Mientras regresaba a casa le daba vueltas al asunto, preguntándose si a Benny Roebuck lo había asesinado Anton Hodiak o si el muerto estaba implicado en algo que afectaba a lo más alto de la jerarquía gansteril de Chicago.

DESPUÉS DE QUE A Ida y a Michael los hubieran echado prácticamente de casa de los Van Halen, fueron en coche a la Illinois Central para ver si Gwendolyn se había subido en efecto al tren con destino a Montreal. Si lo había hecho, existía una posibilidad de que todavía estuviera viva, a salvo de lo que estuviera huyendo, de que ellos pudieran hacer el viaje a Montreal y seguirle la pista; puede que de ofrecerle cierta protección.

Aparcaron a un par de manzanas de la estación, anduvieron a la sombra de su torre del reloj de trece pisos, cruzaron su gran arcada y, ya dentro, se mezclaron con la gente que se movía por los andenes. Treinta empresas de ferrocarriles prestaban servicios en las seis estaciones de Chicago, haciendo de la ciudad el centro de la red ferroviaria del país, una estación de paso, una especie de oficina para los marginados del mundo, y en ninguna parte se hacía eso más evidente que en la Illinois Central, donde eran incontables y embrolladas las rutas abiertas a cualquiera que huyera de la ciudad.

Consultaron los horarios situados en enormes libros de registro sujetos a una pared de la estación, consultaron los planos de las rutas y decidieron que solo había un par de servicios a los que podía haber recurrido Gwendolyn a aquella hora de la noche: el *Twilight Limited* y el *Wolverine*. Una empleada de los mostradores de la Michigan Central Railroad les dijo que alguien que utilizaba el nombre de Florence Smith había reservado en efecto una cabina en el *Wolverine* nocturno a Detroit, con un billete para seguir hasta la estación central de Nueva York con destino a Montreal, pero que en realidad la mujer nunca se había subido al tren. En algún punto entre su casa y la estación, Gwendolyn había desaparecido.

—Supongo que tendremos que hablar con el taxista —dijo Ida cuando se alejaban de los mostradores.

—Supongo que sí. Te toca conducir —dijo Michael, tirándole las llaves.

Media hora después estaban de vuelta en la Costa Dorada, deteniéndose en el garaje y estación de servicio que era la sede de Coches Costa Dorada. Recorrieron el patio de cemento donde estaba aparcada la flota de la empresa, formada por berlinas Modelo 06, todas ellas pintadas de amarillo y negro, lo que les confería el aspecto de un enjambre de abejorros.

Se apartaron del sol entrando en un espacio lleno de coches sometidos a reparaciones, equipo para repararlos, partes de repuesto. Había gente en pequeños grupos —mecánicos y conductores con el uniforme de botones de la empresa—, pero nadie les prestó atención. Distinguieron en un rincón una mesa de despacho, cubierta de documentos y teléfonos, detrás de la cual estaba sentado un hombre gordo que parecía estar a cargo. Se dirigieron allí y él los miró alzando la vista de sus papeles.

—¿Destino? —preguntó, agarrando una pluma. Tenía unos sesenta años, supuso

Ida, unos ojos legañosos y el bigote teñido de un color mostaza debido a décadas de nicotina.

—Somos de la agencia Pinkerton —dijo Ida, enseñando su identificación.

—No hacemos descuentos a empresas —contestó el hombre con un tipo de voz raro.

—Hemos venido a hablar con uno de sus conductores —dijo ella, ignorando el sarcasmo—. Alguien que recogió a una chica en casa de los Van Haren el veintisiete, en algún momento después de las diez de la noche. ¿Lleva un registro de ese tipo de cosas?

—Claro que lo llevo. ¿Por qué lo pregunta?

—Es algo confidencial.

El hombre la miró fijamente durante un momento. Le pasó la mirada desde la cara hasta los tobillos y vuelta, e Ida casi pudo notar sus globos oculares arañándole la piel.

—¿Qué es usted? —preguntó el hombre, mirando con el ceño fruncido la piel y el pelo de Ida, siempre tan rizado—. ¿Italianini o negrata?

Por mucho que hubiera madurado, sentía una punzada de tristeza cuando pasaba algo así, un desaliento al notar que algunas cosas nunca cambiarían. La rabia seguía intacta.

Michael avanzó hacia el hombre, e Ida levantó la mano para detenerle.

—¿Va a ayudarnos o no? —preguntó ella.

—¿Están aquí por asuntos del fiscal del estado? —respondió el hombre.

Los de la Pinkerton muchas veces trabajaban con el fiscal del estado, y cuando lo hacían, se trataba de un asunto oficial, de modo que podías tener problemas si no colaborabas. Pero estaban por un asunto privado, no tenían esa autoridad legal, y el hombre parecía saberlo.

—No —dijo Ida—, es una cuestión privada.

—Bien, entonces no tengo por qué ayudarles, ¿verdad?

El hombre soltó una sonrisita y se echó hacia atrás en su sillón cruzando los brazos delante del pecho, como si los desafiara.

—No, supongo que no —dijo Ida con un suspiro—. Como usted dice, las cosas serían distintas si estuviéramos aquí por cuenta del fiscal del estado, o de la Delegación de Tráfico. ¿No es así, Michael?

—Sí, así es.

—Trabajamos mucho con el departamento de transportes —continuó ella—. Verificando matrículas de coches desaparecidos, investigaciones sobre accidentes, estafas a las compañías de seguros. ¿Cuál fue el que hicimos hace unas semanas?

—Ah, sí, fue fantástico. Lo pillaron —dijo Michael—. El dueño de un garaje de Calumet City. Lo pillaron poniendo tachuelas en la carretera que viene de Gary. A un kilómetro de su taller de reparaciones. Hizo un negocio de escándalo vendiéndoles neumáticos nuevos a los pobres a los que había pinchado los antiguos.

Ida asintió y se volvió para mirar una vez más al hombre.

—Una cosa divertida de nuestros amigos del departamento de transportes —dijo—. Otra cosa que hacen es verificar las condiciones en que circulan los vehículos públicos. Como los taxis. ¿No sería una coincidencia que mañana por la mañana unos cuantos de nuestros amigos del departamento se personaran aquí y retuvieran todos sus coches para realizar una comprobación?

Se volvió para mirar a Michael.

—Sería una coincidencia —dijo él.

Entonces los dos se dieron la vuelta para mirar al hombre, con la cara tan inexpresiva como la puerta de un horno. El hombre les echó una ojeada durante un momento, luego se levantó y recorrió con aire ofendido el piso principal del garaje.

—Jodidos idiotas sureños —murmuró al pasar.

Se volvieron y observaron que se dirigía a un estante, agarraba un libro de registro y lo consultaba. Luego gritó por las puertas a los hombres del patio.

—¡Que busque alguien a Weiler!

Luego volvió con Ida y Michael y se sentó a la mesa, sin dejar de mirarles.

Unos segundos después un negro de unos cuarenta años, alto, de constitución sólida y el pelo muy corto entró al garaje. Su jefe le miró como un halcón cuando se acercaba a ellos.

—Estas dos personas tan listas son de la Pinkerton —dijo el jefe—. Cuéntales lo que quieren saber.

—Claro —dijo el negro. Se volvió hacia Ida y Michael y sonrió—. Donald Weiler —dijo, extendiendo la mano para estrechar la de ellos.

Cuando Michael estiraba la suya, Ida bajó la vista y se fijó en algo que la hizo detenerse: la piel de las manos del hombre era de un blanco fantasmal, como descolorida hasta la altura del codo, donde presentaba unos centímetros de un color indeterminado, y luego recuperaba su color oscuro hasta donde tenía las mangas de la camisa enrolladas.

—Los mataderos —dijo el hombre, mirando a Ida con una sonrisa en los labios—. Hago turnos en los pozos donde se sala.

Ida ya había oído eso antes, pero nunca lo había visto: años de trabajo en los mataderos frotando sal a los cerdos habían descolorido los pigmentos de los brazos y manos del hombre.

—Lo siento —dijo ella—. No pretendía mirar.

—No importa. Llama la atención ¿eh? —dijo el hombre, mirándose las manos y haciéndolas girar como si estuviera valorando algo antiguo—. A lo mejor si le pasara lo mismo al resto de mi cuerpo no seguiría trabajando aquí —dijo, antes de soltar una carcajada que hizo que el jefe alzara la vista de sus papeles con el ceño fruncido.

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar donde haya menos ruido?

—Claro —dijo Weiler.

Les llevó al patio y doblaron la esquina del edificio, donde una mancha de asfalto

bajaba hasta una cerca que separaba del garaje vecino. Había unas cuantas mangueras tiradas, y el asfalto estaba mojado y brillaba con la luz del sol.

—Supongo que se trata de la chica de los Van Haren —dijo Weiler, apoyándose en la cerca y sacando un paquete de cigarrillos de sus pantalones. Michael lanzó al hombre una mirada perpleja y se encogió de hombros—. No hay otra razón por la que dos miembros de la Pinkerton quieran hablar conmigo —dijo Weiler, volviendo a sonreír, pero esta vez más cauteloso. Encendió el cigarrillo y dio una calada—. ¿Qué pasó? ¿Mató alguien a la chica o algo?

—¿Por qué dice eso? —preguntó Ida.

—Porque estaba jodidamente claro que ella andaba metida en un lío y escapaba de alguien.

—¿Por qué no nos cuenta lo que pasó desde el principio? —dijo Ida.

—Claro —contestó el hombre—. Recibí el aviso y fui con el coche hasta la casa, donde la doncella estaba esperando fuera, en la calle. Conocía la casa. Me refiero a que sabía qué casa era, qué familia vivía allí. La doncella me dijo que diera la vuelta a la casa y mantuviera el motor en marcha. Di la vuelta hasta allí y la doncella empujó a la chica para que saliera de los jardines. La chica llevaba una maleta en la mano. Parecía desconcertada, ya me entienden. Fui a guardar la maleta en el maletero pero ella dijo que quería llevarla en el asiento, a su lado. Como usted quiera, dije yo. Ella se subió atrás y me dijo que la llevara a la Illinois Central, y eso es lo que hice.

»Se pasó todo el camino mirando hacia atrás, mordiéndose las uñas, agitada, nerviosa. Cuando estábamos a unas cuantas manzanas de la estación, se produjo un atasco en Clark y empezó a ponerse más nerviosa, ya saben. Y entonces me dice que irá andando las últimas manzanas, y agarra su bolso y me tira uno de cinco. Dice que me quede con el cambio. Pregunté si iba todo bien, pero ella no hizo más que asentir y se bajó de un salto.

—¿Se acuerda de la hora que era? —preguntó Ida.

Weiler pensó un momento.

—No puedo decir que lo recuerde. La recogí hacia las diez. Puede que las diez y media. Yo y los chicos de la central de taxis estábamos oyendo el partido por la radio y me fastidió tener que atender la llamada antes de que terminara. Puede que ya fueran las once cuando me pagó y saltó fuera.

—¿Recuerda exactamente dónde estaban cuando ella saltó fuera?

Weiler dio una calada a su cigarrillo, frotándose la barbilla.

—No estoy seguro. Puede que entre la calle Nueve y la Once. No puedo decir más que eso.

—Y después de que se apeara, ¿vio adónde iba? —preguntó Ida.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Notó algo más después de eso?

—No. Volví con el coche a la central y me puse a la cola para cobrar el precio de la carrera.

—¿Habló de esto con alguien? ¿La policía?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hablar?

—Bien, pues si viene alguien a hacerle preguntas, mantenga la boca cerrada y llámenos.

Michael le entregó una tarjeta y el hombre la cogió con sus extrañas manos, la miró un momento y asintió.

—Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer —dijo él, devolviéndole la sonrisa.

—¿Usted trabaja aquí y en los mataderos? —preguntó ella.

—Cuando puedo hago turnos de noche en los mataderos, viendo que ningún trabajo paga bastante.

Muchas de las empresas de los mataderos trabajaban las veinticuatro horas del día, pues se habían dado cuenta, siguiendo el ejemplo de las acerías y fundiciones que rodeaban como un anillo de fuego Chicago, de que resultaba más barato y más rentable no parar nunca.

—Tiene que ser duro —dijo Ida.

—Bueno, ya sabe: «silba mientras trabajas» —dijo, señalando con la cabeza hacia el garaje—. No es el peor trabajo de los mataderos. Podría estar barriendo la grasa.

—¿Qué tiene eso de malo?

—El olor. Nunca se quita. Hay gente que lleva diez años jubilada y todavía apesta.

LA MEJOR REVISTA MUSICAL de Chicago era un espectáculo «refinado» que tenía lugar durante un tiempo ilimitado en el teatro State-Congress, un local ruinoso en el extremo más sórdido del sur del Loop que proyectaba dos rollos de película entre las actuaciones en directo. Jacob se dirigió a la sesión matinal y encontró el local medio lleno de clientes que eran exclusivamente hombres y estaban todos borrachos. Cualquier pretensión de que la Mejor Revista de Chicago fuera un espectáculo «refinado» quedó reducida a nada: Jacob se tuvo que sentar para ver a un grupo de miserables cantantes escoceses con la cara pintada de negro, un par de antiguas comedias de la Keystone y un «concierto de pollos» de gaitas irlandesas, que el resto del público disfrutó.

Al fin salieron las Chicas Pirulí, entre gritos, silbidos, escandalosas groserías y desenfrenados aplausos. Las Pirulí eran ocho chicas negras con vestidos muy cortos con lentejuelas y gorros de plumas, que bailaban una variación tipo jazz del cancán mientras la orquesta del local tocaba ragtime a un ritmo rápido. Jacob examinó las caras de las chicas, tratando de imaginar cuál de ellas había estado saliendo, hasta su asesinato en un callejón de Bronzeville, con Benny Roebuck. Ninguna parecía lo suficientemente desesperada o estúpida.

Jacob esperó un poco antes de que las chicas hubieran terminado su segundo número de baile y luego se dirigió a una tienda de comestibles de la calle. Había tres o cuatro filas de estantes en el exterior que contenían frutas y verduras ajándose con el calor del verano y cubriéndose del humo de los tubos de escape de los coches que circulaban por la calle State. También se ofrecía una selección de ramos de flores hechos a toda prisa. Jacob compró uno de los menos marchitos y volvió al teatro, rodeando el exterior hasta encontrar la entrada al escenario.

Llamó un par de veces y abrió la puerta una mujer de edad madura y aspecto de amargada con un traje de chaqueta gris y un maquillaje en la cara que tenía la consistencia y el rosa intenso de una tarta decorada. Jacob observó que llevaba bien sus siete décadas, con cierta arrogante dignidad. Le miró atentamente y luego las flores de aspecto lamentable e imaginó que le había calado.

—Las chicas no reciben visitantes —dijo, en tono cortante, dando una calada al cigarrillo con filtro de corcho que tenía en la mano—. Pero si deja las flores, estaré encantada de entregárselas.

—Son para Esther.

—Oh... —Ante la mención del nombre, la mujer quedó desconcertada—. Esther hace varias noches que no se pasa por aquí —dijo en un tono diferente, más dubitativo.

—¿Dónde ha estado?

—Ninguna lo sabemos.

Jacob pensó un momento y decidió cambiar de planes. Sacó su pase de prensa y se lo enseñó a la mujer.

—Al novio de Esther lo mataron hace unas semanas y lo estoy investigando. Me preocupa que Esther tenga problemas. ¿Puedo hablar de ella con usted?

La mujer le miró con cautela, sin moverse.

—Por favor —dijo Jacob. Las palabras salieron de su boca con mayor exasperación de la que se proponía, y esperó que eso no hiciera más desconfiada a la mujer.

—Yo en realidad no conozco a la chica —dijo ella al cabo de un momento. Dio otra calada a su cigarrillo, se quedó pensando y luego, bajo la capa de maquillaje, su expresión se ablandó—. Será mejor que hable con Geneva —dijo—. Entre. Veré si quiere hablar.

La mujer abrió la puerta y condujo a Jacob a la parte trasera del escenario. Anduvieron por un estrecho pasadizo que aún hacían más angosto elementos del decorado y equipo del escenario apoyados en las paredes. Doblaron una esquina y la anciana abrió una puerta que daba a un pequeño vestuario intensamente iluminado.

—Espere aquí —dijo, y desapareció dentro.

Medio minuto más tarde la puerta se volvió a abrir y la mujer le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

—No toque la mercancía —dijo, antes de darse la vuelta y alejarse renqueando por el camino por el que había venido.

Jacob entró en la sala y le saludaron las ocho Pirulí en diversos estados de desnudez, una hilera de espejos, bombillas de cien vatios, humo de tabaco, barras con ropa ligera y paredes de ladrillo visto. Al final de la sala, junto a un biombo de papel chino, una chica escultural con una bata de seda cruzó la vista con Jacob y levantó la mano. Jacob se dirigió a ella, pasando junto a las demás chicas sentadas delante de los espejos.

—¿Geneva? Soy Jacob.

—Siéntese.

Señaló una silla de mimbre de aspecto frágil que estaba en una esquina detrás de ella. Jacob se sentó y ella le examinó un momento antes de reparar en las flores.

—Hay un cubo de la basura ahí —dijo, volviéndose otra vez hacia el espejo. Jacob tiró el ramo y miró su reflejo. Tenía curvas generosas, y unas piernas de bailarina con medias de color melocotón. En el otro lado de su cara había manchas de purpurina que se estaba quitando con una bola de algodón—. ¿Sabe lo que le pasó a Esther? —preguntó, viendo la mirada de Jacob en el espejo.

—No. Lo único que sé es que a su novio lo mataron hace unos cuantos días. Más o menos cuando ella desapareció, supongo.

—¿Benny ha muerto? ¿Qué pasó?

—Le estrangularon. ¿Lo conocía?

Se quedó callada un momento, asumiendo la noticia, y luego negó con la cabeza.

—No. Solo lo que me contaba Esther.

—¿Que era?

—Que no era bueno. Lo único que hacía era quejarse siempre de él, pero ella era así, se quejaba del aire que respiraba.

Hablaba con una sequedad ensayada, limpiándose el maquillaje con toques rápidos y enérgicos.

—¿Le importa si fumo? —preguntó Jacob.

—No, si me ofrece uno a mí.

Jacob sacó sus Luckies, le pasó uno a Geneva y se echó hacia delante para encendérselo. Cuando lo hacía, ella le miró a los ojos y sonrió, y Jacob distinguió una boca con demasiados dientes. Volvió a echarse hacia atrás, encendió su propio cigarrillo y Geneva empezó a quitarse las horquillas y pasadores que le mantenían el pelo en su sitio.

—¿Cree que Esther tiene problemas? —preguntó.

—Podría ser. Me gustaría enterarme, pero no sé mucho de ella. ¿Puedes darme algunos detalles?

—¿Cuáles?

—Su apellido, su dirección, qué aspecto tiene...

Geneva dio una calada a su cigarrillo, lo dejó en el cenicero que tenía al lado, rebuscó en un cajón y sacó un trozo de papel que pasó a Jacob.

—Es de hace un par de años —dijo—. Entonces trabajaba en el Sunset.

Jacob miró el menú que le había entregados en cuyo reverso había una fotografía de dos bailarines. El Sunset Café era un club de jazz no segregado de Bronzeville dirigido, indirectamente, por la banda de Capone. Como muchos clubes no segregados, ofrecía un entretenimiento especial: unos bailarines profesionales subían al escenario, interpretaban unos pasos de baile nuevos y luego abrían la pista para los clientes, que intentaban imitarlos. Como ayuda, los pasos de baile y las fotografías de los bailarines que los interpretaban estaban impresos en los menús.

La foto de este mostraba a Esther bailando el heebie-jeebie, la danza popularizada por la canción de Louis Armstrong del mismo nombre un par de años antes. En la foto Esther estaba vestida como una negra de la jungla, con una falda de paja con bandas de piel en torno a sus tobillos y muñecas. Su compañero masculino sujetaba una lanza. Era una chica menuda, guapa, de piel clara y bien proporcionada, con una mirada fogosa bajo sus largas pestañas.

—¿Sabe su apellido? ¿Su dirección? —preguntó Jacob.

—Esther Jones —dijo Geneva—. Vive cerca de la calle Federal. No estoy segura de dónde. Pregunte a la encargada... es la mujer que le trajo aquí. Esther tendría que haber puesto su dirección en el formulario de empleo.

—¿Edad?

—Veinticinco, veintiséis.

—¿Algún otro sitio que conozca donde pueda preguntar por ella?

Geneva pensó un momento.

—Hay un colegio en Hyde Park. Una especie de sitio para obras de caridad que lleva un grupo de ricos de la Costa Dorada. No sé cómo se llama. Pero Esther solía dar clases de baile allí. Inténtelo si quiere.

Jacob tomó nota de todos los detalles en el cuaderno. Geneva se puso de pie, se quitó bruscamente la bata y la tiró encima de las barras para ropa, y Jacob tuvo una visión de su cuerpo escultural, un destello de pantorrillas que habían quedado accesibles. Se puso un vestido de noche negro con flecos dorados y se subió la cremallera. Luego se volvió para mirar a Jacob y sonrió; sus ojos brillantes reflejaban las llamas de un fuego que no había en la sala, haciendo que Jacob pensase que una tonelada de maquillaje y medio litro de sangre española no podrían haber hecho su mirada más seductora.

Geneva estaba a punto de decir algo cuando se abrió la puerta y una chica asomó la cabeza y gritó desde el otro lado de la habitación.

—¡Date prisa, Geneva!

Geneva asintió a la chica y luego se volvió hacia Jacob.

—Es mi coche —dijo—. Cuando localice a Esther, díglele que me llame. Todas estamos muy preocupadas.

—Lo haré —dijo Jacob con una sonrisa, y Geneva se la devolvió. Agarró un sombrero campana, se metió el pelo dentro, cogió un bolso y se dirigió a la puerta dando unos pasos tan largos como sus piernas. Jacob se guardó el cuaderno de notas en el bolsillo y pasó junto a las chicas, siguiendo el camino de Geneva hacia la salida. Anduvo por el pasillo hasta que encontró a la encargada, que estaba parada delante de un almacén discutiendo algo con uno de los cantantes escoceses pintados de negros, que todavía llevaba su falda y no se había quitado el betún de la cara. Interrumpió la conversación cuando vio acercarse a Jacob y le miró expectante.

—Esperaba conseguir la dirección de Esther. Geneva dijo que usted la tenía. —La mujer le miró un momento, decidiendo si dársela o no—. Solo quería hablar con ella —dijo Jacob—. Si averiguo que está bien, la llamaré para que lo sepa.

La mujer siguió pensativa y al final miró al hombre de la cara pintada de negro.

—Espera aquí —dijo, y, conduciendo a Jacob a un abarrotado y desordenado despacho, sacó la ficha de Esther de un archivador. La miró y la perplejidad asomó entre las arrugas de su cara.

—Bueno, aquí la tengo. Dejó la dirección en blanco.

La mujer le pasó la ficha a Jacob y este la miró. Figuraban el nombre y la fecha de nacimiento, pero nada más. Jacob se la devolvió.

—Muchas gracias, de todos modos —dijo él, y la mujer asintió, todavía con aspecto de perplejidad.

* * *

CUANDO SALIÓ, JACOB SE dirigió directamente a la tienda donde había comprado las flores, en la que había visto un teléfono de pago. Comprobó la hora y llamó a Lynott a la comisaría. Mientras esperaba que se pusiera, sacó el menú del bolsillo y miró la foto de Esther una vez más, sin entender por qué una chica como ella salía con un hombre como Roebuck: un hombre maduro, un rufián de medio pelo y un perdedor.

La voz de Lynott llegó por la línea telefónica.

—¿Diga?

—¿Lynott? Acabo de enterarme de que la novia de Roebuck desapareció casi al mismo tiempo que le mataron a él. Su novia «negra». Creo que también podría tener problemas.

—Mierda.

—Esto está empezando a parecer como lo de Anton Hodiak. ¿Puedes llamar para que investiguen?

—Claro, deja que coja una pluma... vale...

—Esther Jones, nacida el trece de enero de 1904. Negra, en torno a uno sesenta y cinco, me parece, cuerpo de bailarina. Necesitamos mover esto rápido, Frank. Sabe Dios a quién más puede haber secuestrado él.

BABE RUTH HIZO GIRAR su bate en el aire, lo conectó con la pelota haciendo un estruendoso ruido seco y en un segundo esta estaba al otro lado de la cancha de béisbol, con la gente corriendo hacia ella, un torbellino en las gradas, un remolino. La escena estaban observándola desde el lado opuesto del estadio dos personas con la expresión resignada de hombres que han visto a su equipo derrotado gran cantidad de veces en el pasado, al menos mientras Ruth, Gehring y Combs jugaban en el contrario.

—Esto es bochornoso —dijo Walker, el amigo de Michael en la Fiscalía del Estado, que le había mandado un telegrama la noche anterior para pedirle que dejara el caso de los Van Haren.

—Lo es —dijo Michael—. Lo es.

Cascó un cacahuete entre el pulgar y el índice, dejó que los fibrosos trozos de cáscara cayeran al suelo y se lo metió en la boca. Todavía no había tenido oportunidad de comer. Después del viaje hasta la empresa de taxis se había dirigido al centro para reunirse con Walker, mientras Ida había ido a ver a la amiga de Gwendolyn que en cierto modo estaba implicada en el plan para que la chica se escabullera a Montreal.

—¿Te acuerdas de McCue? —preguntó Walker, y Michael asintió, evocando la imagen de un dublinés delgado, ocurrente, investigador del fiscal del estado—. Consiguió un trabajo con los Yankees —dijo Walker, señalando con la cabeza al hombre gordo que se movía torpemente por el polvo muy por debajo de ellos—. Cuidando de Babe Ruth. Tienen siete detectives que trabajan por turnos, siguiéndole a todas partes, para asegurarse de que no se mete en líos. Por lo que cuenta McCue, hay un auténtico tumulto siguiendo los pasos de Ruth: chupones, putas, chulos, estafadores, chantajistas, timadores, apostadores... todos se echan encima de él en cuanto los Yankees llegan a una ciudad. Y Ruth es demasiado estúpido para ver el problema que se le viene encima.

Michael asintió y miró hacia el campo, viendo a la lejana persona regordeta que se dirigía al banquillo con el mismo aspecto de atleta que el tipo gordo que les vendió los cacahuetes.

—Parece un buen trabajo para McCue —dijo Michael. Walker le estaba entreteniéndolo con la historia sobre Ruth y su grupo de detectives. Le había estado entreteniéndolo desde que se encontraron antes del partido y compraron las entradas, y la opinión de Michael era que la gente solo te entretiene cuando tiene malas noticias, así que quería que Walker abordara el asunto—. No me has traído aquí para hablar de los Yankees —dijo, puede con algo de demasiada tensión, y Walker se volvió y medio se encogió de hombros de un modo peculiar.

—Me han pedido que te ofrezca un trabajo —dijo Walker—. ¿Cuánto estás

ganando en la Pinkerton? ¿Cuatro de los grandes al año?

—Algo así.

—Nosotros te pagaremos seis.

—¿Seis de los grandes anuales a un investigador?

—Investigador jefe. Tendrás tu propio equipo —dijo Walker—. Harás algo útil: contribuir a condenar delincuentes. ¿Qué estás haciendo en la Pinkerton? ¿Atisbar por los ojos de cerraduras? ¿Boicotear huelgas? Vales mucho más, Michael. Será como volver a trabajar con la policía. Tendrás cierta autoridad.

—¿Y cuáles son las condiciones?

—Las condiciones son que tienes que dejar el caso de los Van Haren.

—¿Solo eso? ¿Por qué?

—No me lo han dicho.

—¿Y cómo lo tengo que hacer exactamente?

—Entreteniéndola. A la madre, me refiero. Decirle que estás investigando y dejar que la cosa se enfríe. Ya sabes cómo funciona eso, has estado en la policía.

Michael asintió. Si le decía a la señora Van Haren que rechazaba el caso, ella recurriría a otro, y entonces Walker mantendría la misma conversación con otro investigador privado. No querían que él dejase el caso, querían mentirle a ella.

—¿Y si me niego? —preguntó Michael.

—Pasarán cosas que yo no estoy en situación de impedir. No importa lo amigo mío que seas.

Walker se volvió para mirarle y volver a encogerse de hombros a medias.

—Nos conocemos desde hace años, Walker... Cuéntame qué pasa.

—Ya te he dicho que no lo sé.

—Bueno, entonces dime lo que sepas.

—Nada. Dios santo. Ayer por la tarde yo estaba en la oficina y entró el senador Deneen para ver a Schmidt. —Michael asintió. Schmidt era el jefe de Walker, el que mandaba en el departamento de investigación criminal, y estaba aliado con la facción de Deneen del partido republicano—. Schmidt cerró las persianas de su despacho y tuvieron una larga conversación; media hora más tarde Deneen sale dando zancadas del despacho y la secretaria de Schmidt dice que este quiere hablar conmigo. Entro y empieza a hacerme preguntas sobre ti, asegurándose de que nosotros dos todavía somos amigos, y luego me dice que debería hacerte una oferta de trabajo a cambio de que dejases un caso. Dijo que hiciera la oferta y que, si no funcionaba, te asustara.

Michael hizo una pausa para pensar. Ayer por la tarde, justo unas cuantas horas después de que les fuera a ver la señora Van Haren. El que estuviera informando sobre ella estaba haciendo un trabajo muy rápido. Y ahora ella se encontraba inconsciente en pleno día, con un frasco de pastillas para dormir en la mesilla de noche.

—¿Qué relación hay entre el senador y Van Haren?

—Ni idea. Van Haren es financiero, ¿no? Probablemente contribuyó a llenar los

cofres del senador durante la campaña —dijo Walker. Luego se volvió para mirar a Michael y, cuando habló de nuevo, su tono era distinto, más suave—. No me gusta ser transmisor de este mensaje, nada de nada, ¿pero qué puedo hacer?

—No parece que ninguno de nosotros esté en situación de hacer mucho —dijo Michael, con los ojos en el partido.

—Puedes dejar el caso y aceptar el trabajo.

Michael se mantuvo en silencio, cascó un cacahuete entre los dedos y se lo metió en la boca.

—¿Y qué pasa con Ida? ¿Va a formar parte de mi equipo?

—Sabes que no podemos tener a alguien así en la Fiscalía del Estado. Puede seguir en la Pinkerton. A una chica como ella le irá bien en cualquier sitio.

Walker se encogió de hombros. Había mujeres de sobra trabajando en el sistema judicial, ayudantes del fiscal del Estado, abogadas, médicas, patólogas, pero ninguna de la raza de Ida.

Michael pensó en su ayudante, en cómo un par de horas antes se las había entendido con el encargado de la empresa de taxis, cómo había reaccionado ante las burlas de él, con cuánta habilidad le había obligado a que trajera al conductor, y sin pedirle a él que interviniera, ni siquiera alzar la voz.

—¿Sabes mucho de un hombre que se llama Charles Coulton? —preguntó.

—¿Cuál de ellos?

—¿Hay más de uno?

—Está Charles Coulton padre, el banquero, y luego está Charles Coulton hijo, el vago. Nunca sabré por qué los tipos ricos les ponen siempre su mismo nombre a sus hijos.

—Me supera —dijo Michael—. Uno de ellos estaba comprometido con la chica desaparecida. Supongo que el hijo. Por cierto, él también ha desaparecido. ¿Sabes algo de él?

—¿Del hijo? No mucho —dijo Walker—. Uno de los chicos ricos de la ciudad, bebe mucho, asiste a muchos actos sociales, se despierta tarde muchas veces.

—¿Y del padre?

—Que es rico y no es trigo limpio. Un hombre que se lo hizo por sí solo y ha trepado en la escala social.

—¿De dónde es?

—Del lado oscuro del lado más alejado del peor lado del camino. —Michael le miró con el ceño fruncido y Walker sonrió antes de explicar—: De Washington D. C. —dijo—. Oí que estuvo implicado en una de esas estafas de Florida... ya sabes, venta de pantanos a personas que piensan construir un hotel en ellas. Luego estuvo implicado en el escándalo de las reservas de petróleo con todos aquellos ministros de Harding.

Michael asintió. La administración del presidente Harding a principios de la década había resultado la más corrupta de la historia de Estados Unidos. El presidente

solo había nombrado a amigos personales para su gabinete y durante los veintinueve meses de gobierno se las arreglaron para desfalcar o despilfarrar más de dos mil millones de dólares, bien porque el presidente participaba, bien porque era demasiado estúpido para enterarse. El mayor de todos los escándalos de corrupción se centró en la concesión fraudulenta de permisos para las reservas de petróleo de la marina. Al final, a algunos de los políticos y petroleros que habían participado en el fraude los juzgaron, pero la mayoría escapó sin que los condenaran, con el dinero todavía en el bolsillo, y dejaron que el contribuyente tuviera que pagar las deudas.

—Al parecer, Michael, tus opciones son, por un lado, un montón de problemas —dijo Walker—, y por otro un trabajo mejor pagado con mucho más dinero. ¿Por qué quieres ir contra un senador, un millonario, el fiscal del Estado y cualquier otro que esté implicado?

Michael pensó en los dos caminos que tenía delante, e imaginó que tomaba los dos. Él e Ida habían archivado los informes de su encuentro inicial con la señora Van Haren. Y no mencionaban su oferta de una recompensa, o soborno, o lo que fuera, algo que significaba que los despedirían si se enteraba alguien. Y ahora resultaba que en el asunto estaba implicado un senador y un financiero con relaciones en Washington, y Michael tenía la sensación de que estaban arriesgando el empleo por algo cuyas intenciones se les escapaban. Pero a pesar de todo eso, o puede que debido a eso, la resolución de Michael se endureció como una magulladura.

—¿Tienes hijos, Walker?

—Tengo dos.

—Entonces entenderás mi postura al no querer engañar a una madre muerta de dolor dejando la investigación.

Walker le miró y la sorpresa recorrió su cara con una especie de triste comprensión. Al final asintió y volvieron a centrarse en el partido, y Michael pensó que tenía que contarles a Ida y Annette que las circunstancias habían empeorado.

—No creía que aceptases —dijo Walker—. Dominas perfectamente las costumbres del testarudo.

—¿Testarudo?

—Eres el único hombre que he conocido que mantiene su palabra.

EL CLUB ATLÉTICO FEMENINO ILLINOIS era uno de los muchos edificios nuevos y ostentosos de Magnificent Mile, parte de una década de construcción compulsiva que había visto brotar rascacielos a los dos lados de la calle, como dedos huesudos que tocaban el cielo. Un alto y delgado trozo de brillante ladrillo rojo se elevaba diecisiete pisos en el aire, y estaba dotado por todas partes de motivos góticos elegidos con gusto: ventanas en voladizo, arcadas, pretilas, adornos de piedra, pináculos y, en cada una de sus esquinas, torres de castillo coronadas de crucifijos. Los ocho pisos superiores eran los que ocupaba el Club Atlético y era en su recepción donde Ida esperaba aquella tarde mirando por una ventana que daba al este de la Tower Court, por encima de los techos, el brillo del lago de más allá.

—¿Señorita? —dijo una voz titubeante, e Ida se dio la vuelta y vio a una recepcionista que revoloteaba hacia ella—. La señorita Marlena está en el solárium. Si hace el favor de seguirme —dijo, señalando con una mano el interior del club.

—¿El solárium? —dijo Ida cuando cruzaban unas puertas.

—Es una sala que da al sur, para tomar el sol.

Ida asintió otra vez, tratando de quitar importancia a la condescendencia. Anduvieron por un pasillo con paredes de mármol *fleur de rose* y un suelo de resplandeciente parqué de arce. Pasaron por vestidores, comedores, salas de ejercicios, salas de recepción, luego atravesaron una biblioteca con paredes de caoba, subieron unos escalones y llegaron al solárium. La recepcionista abrió la puerta, se quedó a un lado mientras Ida entraba, luego señaló a la señorita Marlena Jansen, sentada en la esquina más alejada, y se marchó con una sonrisa.

El día anterior, cuando la señora Van Haren estuvo en su oficina, uno de los detalles que habían registrado fue el nombre de la mejor amiga de Gwendolyn, Lena Jansen. La llamaron y concertaron una cita para la tarde siguiente. Luego, por la mañana, la doncella de Gwen había mencionado que Lena estaba al tanto del plan de la fuga de Gwendolyn. Así que lo que se suponía que iba a ser una conversación para conseguir información sobre los antecedentes se había convertido en algo más. Ida tenía que descubrir lo que sabía: por qué había huido Gwen; cómo había pasado sus últimos días en la ciudad; qué relación tenía el negro al que fue a ver a Bronzeville con todo eso, y lo más importante: qué había visto Gwendolyn que la había asustado tanto.

Ida cruzó la larga habitación rectangular, pasando junto a sillones y sofás en los que charlaban grupos de mujeres, algunas de ellas con ropa deportiva, otras vestidas de calle. En la parte sur de la habitación había una enorme hilera de ventanas que daba a la ciudad y por las que entraba como una cascada el sol de la tarde, proporcionando justamente su nombre a la habitación. Las ventanas estaban abiertas y en el techo, imposiblemente alto, zumbaban grandes ventiladores eléctricos que

hacían todo lo posible por dispersar el calor. Ida pasó junto a unas plantas colocadas en grandes macetas metálicas y se detuvo en una esquina donde dos tumbonas de bambú estaban dispuestas en torno a una mesa de centro, también de bambú. En una de ellas, de espaldas a Ida, estaba sentada una forma femenina que leía una revista, e Ida se fijó en que a pesar del calor llevaba puestos unos guantes de gamuza que le subían hasta los codos.

—¿La señorita Jansen? —dijo Ida, y la mujer se volvió, la examinó un momento y soltó una risita traviesa.

—¿Es usted la detective? —dijo un poco incrédula.

Ida avanzó y le entregó su tarjeta. La mujer la cogió y la miró un momento con una sonrisa.

—Por favor, siéntese —dijo, señalando la tumbona de enfrente—. Y haga el favor de llamarme Lena.

Ida se sentó y esperó mientras Lena continuaba examinando la tarjeta con una sonrisa en la cara que sugería que encontraba la idea de ser interrogada por una mujer detective deliciosamente bohemia, e Ida no pudo evitar sentir que se convertía en un hecho anecdótico. Paseó la vista por la habitación una vez más, fijándose en la pared empapelada de un verde oscuro con dibujos de cola de pavo real.

—Es usted muy guapa para ser detective —dijo la mujer al fin, alzando la vista de la tarjeta—. ¿Le gustaría beber algo? Yo estoy tomando un refresco de zumo de lima. Es lo que toman en la India para refrescarse.

—Tomaré lo mismo entonces. Gracias.

La mujer levantó la mano y al momento tenía una camarera a su lado y pedía la bebida. Mientras lo hacía, Ida echó una mirada a Marlena Jansen. Tenía veintipocos años y resultaba bastante guapa, con ojos color pizarra y un pelo rubio con ondas artificiales que brillaban al caerle sobre la frente y bajarle hasta el cuello.

—¿Es usted la misma Ida Davis que resolvió el secuestro de Brandt? —preguntó Lena cuando se hubo marchado la camarera. Ida asintió—. Mis elogios. Seguí el caso por los periódicos. No soy quién para juzgar esas cosas, pero parece una auténtica hazaña. Bien, ¿en qué la puedo ayudar?

—Bueno, la madre de la señorita Gwendolyn nos pidió que investigásemos su desaparición, y nos dio su nombre, diciendo que era su mejor amiga. Y su nombre también surgió cuando hablamos con la señorita Florence, la doncella de Gwendolyn.

Ida mantuvo los ojos clavados en la cara de Lena y notó cierta crispación debajo de su piel que alteró la belleza de su superficie.

—¿No necesito mentirle entonces?

Ida negó con la cabeza.

—Florence nos contó los planes para que Gwendolyn se marchara a Canadá. ¿Todavía no sabe nada de ella?

—Desgraciadamente no.

—Nos contó también que el día que desapareció, Gwendolyn estaba buscando a

su prometido para romper su compromiso. Fue a ver a un hombre a Bronzeville que se llama Randall Taylor y que ella creía que podría saber el paradero de Charles Coulton. Luego, horas más tarde, volvió a la casa de los Van Haren en un estado muy alterado. Entre el momento en que la dejaron en el Marshall Field's y su regreso no se tiene constancia de dónde estuvo... Eso supone medio día y la mayor parte del anochecer. ¿Sabe dónde estuvo esas horas?

—Sinceramente no lo sé. Buscando a Chuck, supongo... ese es Charles Coulton.

—¿Por qué mintió diciendo que iba al Marshall Field's?

—Supongo que no quería que sus padres supieran que iba a Bronzeville. Fuera lo que fuese lo que le pasó, cuando volvió a casa estaba histérica. Su doncella no sabía qué hacer, así que me llamaron. Gwendolyn despotricó por teléfono hablando conmigo, decía cosas sin sentido sobre que había visto algo espantoso y tenía que marcharse. Hablé con Florence e hicimos los arreglos para que tomara el tren mientras sus padres estaban fuera. Se suponía que iba a llamar cuando llegase, pero nunca lo hizo.

—¿No dijo lo que había visto?

Lena negó con la cabeza.

—Algo sobre manos ensangrentadas y una cara ensangrentada. Utilizó la palabra «matanza».

—¿Sabe si se encontró con Charles Coulton? —Lena volvió a negar con la cabeza—. Y a ese hombre que fue a ver, Randall Taylor... ¿lo conoce?

—Lo conozco muy bien. Es un intermediario negro que utilizamos a veces, cuando vamos a divertirnos a Bronzeville.

Ida frunció el ceño, sorprendida de que aquellas personas fueran a divertirse a los barrios bajos y que utilizaran intermediarios: negros que organizaban fiestas nocturnas para blancos ricos en Bronzeville. Los hombres conseguían alcohol y narcóticos, entradas para los clubes nocturnos con los mejores asientos y prostitutas en apartamentos —locales ilegales— una vez que cerraban los clubes nocturnos.

—¿Gwendolyn también iba?

Lena asintió.

—Hay más vida en el Cinturón Negro que en toda la ciudad entera, señorita Davis, pero supongo que usted ya lo sabe —dijo, sonriendo.

—¿Y cómo es?

—Guapo. Agradable. Con la piel clara para ser negro. Pero no tan clara como la suya —dijo, volviendo a sonreír.

—¿Sabe dónde puedo ponerme en contacto con él?

—Me temo que no. Chuck y Lloyd siempre se ponen en contacto con él.

—¿Lloyd?

—Lloyd Severyn... un amigo de Chuck.

En ese momento volvió la camarera con la bebida de Ida. La colocó en la mesa de centro que había entre ellas: un vaso alto y fino con un pequeño plato de metal

ornamentado.

—¿Por qué Montreal?

—Ha ido muy a menudo, conoce bien la ciudad. Está fuera del país también... supongo que era un factor importante. Y no creo que tenga parientes allí, nadie que les diga a sus padres dónde se esconde.

—¿Por qué era tan importante que no la encontrara su familia?

—Porque la habrían obligado a quedarse en Chicago, a seguir adelante con la boda.

Lena se quitó los guantes, revelando unos dedos delgados rematados con una manicura en forma de luna donde la base de la uña se dejaba sin pintar. Buscó en un bolso de mano y sacó una pitillera de él, una delicada caja de jade siberiano. Extrajo un cigarrillo, lo encendió y ofreció la pitillera a Ida. Esta sonrió y cogió uno de los cigarrillos; cuando se lo llevaba a la boca advirtió que tenía filtro de corcho... No necesitaba preocuparse por tragar hebras sueltas.

—¿Cómo son? —preguntó, encendiendo el cigarrillo.

—¿Los Van Haren? —preguntó Lena—. Una familia normal de la Costa Dorada, tremendamente ricos y tremendamente aburridos. La madre es histérica, el padre distante. Gwendolyn no tiene ni hermanos ni hermanas. Eran solo ella y ellos. No es de extrañar que terminara confiando en su doncella.

Ida sonrió y asintió. Cogió el vaso y dio un sorbo, y el cítrico con soda burbujeó en su boca, ácido y fresco con un sabor metálico fuerte.

—¿Y la boda con Charles Coulton? ¿Era un matrimonio concertado entre ellos?

—No estoy segura de que «concertado» sea la palabra adecuada. Los Van Haren necesitan el dinero de Coulton. Lo necesitan lo suficiente para pasar por alto el hecho de que el compromiso les daba un poco de vergüenza.

—¿En qué sentido?

Lena sonrió con tristeza y dio una calada a su cigarrillo.

—Coulton padre es un arribista, y tiene un pasado turbio —dijo—. Hay una clase alta en la sociedad de Chicago, y por estúpida que pueda parecer, esas personas que solo son ricas desde hace un par de generaciones miran por encima del hombro a los «nuevos» ricos. Son esnobs y se creen con derechos, y para ellas Coulton padre es objeto de burlas. Por sus intentos de adaptarse, por su acento, por sus modales. He oído que le describían como todo tipo de cosas: «un mono con traje», «tan rígido como el *rigor mortis*», «más basto que un cobrador». Los Van Haren forman parte de ese grupo, así que puede imaginar lo que se rieron todos cuando se hizo público que sus hijos estaban comprometidos.

—¿Entonces Gwendolyn quiso romperlo porque la estaban obligando?

—Bueno, sí, pero había algo más. —Aquí Lena se apagó un poco, dio una calada a su cigarrillo y miró fijamente a Ida mientras fruncía los labios y soltaba el humo—. Los gustos románticos de Chuck no incluían a personas como Gwen. Hubo ciertos incidentes con Chuck cuando él estaba en la universidad. El padre lo barrió todo

debajo de la alfombra. Obligó a Chuck a participar en los negocios familiares y a casarse con Gwen. Supongo que él lo aceptó todo por llevar una vida tranquila, y se reunía con sus chicos aparte.

Ida asintió y pensó en las fotos del compromiso, en la expresión de Gwendolyn.

—¿Cuándo se enteró Gwen de lo de Chuck? —preguntó.

—Creo que simplemente se dio cuenta. Vino a verme y hablamos de eso, y no estaba segura de lo que hacer. Unos meses después le pidió a su madre que anulara la boda, pero su madre se mostró firme insistiendo en que siguiera adelante. Creo que a su madre también la obligaron a casarse sin amor y consideraba esa circunstancia una especie de obligación. Supongo que por eso se afligió tanto cuando Gwen escapó... sentía culpabilidad.

Justo entonces se oyó un jaleo a sus espaldas, el sonido de una puerta que se abría con violencia, voces, un coro de risas. Ida se volvió y vio a un grupo de cuatro o cinco chicas que habían irrumpido accidentalmente en la habitación y estaban apresurándose para tratar de salir de nuevo. Goteaban agua, llevaban trajes de baño y toallas. Ida frunció el ceño pensando que reconocía a una de las chicas. Pero antes de que pudiera estar segura, volvieron a salir y cerraron la puerta, y lo único que quedó fueron las leves protestas en el aire de algunas de las mujeres mayores y unos pocos charcos de agua en el suelo, a los que ya se acercaba la camarera con una bayeta en la mano y una expresión de desagrado en la cara.

Ida se volvió de nuevo hacia Lena, frunciendo el ceño.

—¿Una de esas chicas era Clara Bow?

—Eso creo —dijo Lena—. La ciudad está llena de famosos debido al combate de boxeo que se celebra dentro de un par de semanas. Algunas de las estrellas jóvenes utilizan esta piscina.

—¿Hay una piscina aquí?

Lena asintió.

—Un derroche, ¿no? Un depósito de miles de litros de agua que suben hasta aquí, mientras en las profundidades de abajo la ciudad se achicharra. —Soltó una risita, como si se hiciera cargo de la decadencia que suponía, y más satisfecha precisamente por eso—. Si quiere nadar, puedo conseguirle un pase —continuó—. Estoy segura de que la mayoría de las mujeres no se fijarán en su piel. Por lo menos las mayores, que son las únicas con las que se debe andar con cuidado. También hay tumbonas en la terraza de la azotea, para baños de sol. Creo que era adonde se dirigían la señorita Bow y sus acompañantes cuando tomaron el camino equivocado.

—Gracias por la oferta —dijo Ida, devolviendo la condescendencia con algo de la suya—. Pero...

—Pero prefiere volver a sus asuntos. ¿Qué más le gustaría saber?

—Hábleme del intento de suicidio de Gwendolyn.

Lena enarcó las cejas.

—Ha hecho bien su trabajo de detective —dijo—. Aunque se trata de «intentos»,

en plural. Lo intentó dos veces, aunque tuvo momentos malos desde que éramos niñas. Se llevó una hoja de afeitar a los brazos las Navidades pasadas y unos pocos meses después robó algunas de las pastillas para dormir de su madre.

Ida asintió, extrañándose de lo mal que hay que encontrarse para buscar el consuelo en hojas de afeitar y pastillas. En el silencio escuchó el zumbido de los ventiladores del techo, el sonido gaseoso del refresco y el hielo encima de la mesa.

—¿Y sus padres?

—¿Qué podían hacer? ¿Meterla en un manicomio? La reputación de la familia no podía consentirlo. Ya estaba lo bastante desprestigiada por tener que casarla con un nuevo rico. Yo sugerí que la llevaran a un psicólogo, pero ellos lo rechazaron porque era demasiado judío. Entonces sugerí que la llevásemos a algún sitio de vacaciones, pero la querían tener cerca, por si lo volvía a intentar. La chica era su salvoconducto para el dinero de Coulton. Ordenaron al personal de la casa que no la perdiera de vista, después de retirar cualquier cosa con la que pudiera hacerse daño.

Ida asintió. Entonces Lena se echó hacia delante para apagar su cigarrillo e Ida vio que en una cadena que llevaba alrededor de su cuello tenía un colgante en forma de cucharilla muy pequeña, de plata y brillante. Ida había visto a otras chicas jóvenes de la ciudad que las llevaban; las usaban para esnifar cocaína, la droga preferida entre las más modernas y las de alta sociedad más a la última. Ida supuso que, además de su uso práctico, las pequeñas cucharillas eran una especie de contraseña, una señal de que se era miembro de una hermandad secreta y díscola.

Lena terminó de apagar su cigarrillo y alzó la vista, observando que Ida la miraba con atención. Sonrió, se echó hacia atrás en su tumbona otra vez, alzó la mano y pidió otra bebida.

—Hábleme del amigo de Chuck, Lloyd Severyn.

—Chuck lo conoció durante la guerra. Sirvieron en Francia juntos. No es el tipo de hombre del que Chuck se hubiera hecho amigo bajo ninguna circunstancia, pero supongo que la guerra une a la gente de un modo que no podemos imaginar.

—¿Y una descripción física?

—Alto y delgado. Pelo castaño. Tiene unas cicatrices en el cuello y una voz apagada. Debido al gas mostaza que inhaló en la guerra. Afectó a sus cuerdas vocales y ahora solo puede hablar, bueno, supongo que se puede llamar hablar a hacerlo en susurros, pero ni siquiera eso. Algo entre el murmullo y el gruñido. Como si el interior de su garganta estuviera cubierto de óxido. Resulta muy inquietante.

—Parece un hombre extraño para ser amigo de Chuck.

—No son solo amigos —dijo Lena, enarcando una ceja—. Y tiene que entender a Chuck para entender por qué mantienen una relación.

—¿Qué significa eso?

—Significa que Chuck está aplastado por las expectativas de su padre. Le ha mandado a los mejores centros de enseñanza para que pudiera integrarse en la clase alta. Supongo que su padre quería que terminara los estudios universitarios como un

buen jinete, un regatista, un capitán de la industria implacable, alguien que se hiciera cargo del imperio familiar. En lugar de eso terminó como un tipo sensible, blando y aterrorizado por su padre, al que ve como una especie de ogro. No pueden estar juntos. Luego está la duda de cómo hizo su padre su fortuna. Supongo que Lloyd es un puente para Chuck entre el pasado del viejo y las expectativas que tenía para su hijo.

Ida frunció el ceño, tratando de entender las insinuaciones de Lena de que el padre de Chuck era un delincuente, y quizá el amante de Chuck también lo fuera. Lena, notando su confusión, movió la mano en el aire, dando a entender que no le hiciera caso, que era una fantasía suya.

—Chuck desapareció el mismo día que Gwen... según la madre de esta —dijo Ida—, pero Florence dijo que desapareció antes. Y nadie informó de la desaparición de una persona. No entiendo por qué.

—Yo creo que la señora Van Haren está equivocada. Chuck desapareció un tiempo antes que Gwen. Por eso Gwen fue a buscarlo. Y respecto a no informar de la desaparición de una persona, supongo que el orgullo de su padre no se rebajaría para ponerse a buscarlo.

—¿Qué pasa con la madre de Chuck?

—Murió al darle a luz. Otro motivo por el que el padre es menos paternal con él.

En ese momento la camarera volvió, recogió el vaso vacío de Lena y lo reemplazó por uno nuevo. Mientras lo hacía, Ida echó una ojeada a la habitación una vez más y su mirada se posó en el empapelado de cola de pavo real de la pared. Los círculos del centro de cada cola parecían ojos dispersos por todas las paredes, y a Ida le dieron la sensación de que la estaban observando, de encontrarse en el centro de una granja de aves de corral.

Al cabo de un momento la camarera se marchó e Ida volvió a mirar a Lena una vez más.

—Gracias, señorita Jansen, ha sido de gran ayuda.

—Me alegra ayudar. He estado enferma de preocupación por Gwendolyn. Cualquier cosa que pueda hacer... —Sonrió a Ida, que le devolvió la sonrisa mientras pensaba que la mujer se había comportado como si no estuviera nada preocupada por su amiga.

—Y si le apetece venir a bañarse conmigo... —dijo Lena, sacando una tarjeta de visita de su bolso—, aquí están mi datos.

Le entregó su tarjeta y sonrió, con un brillo en los ojos, con esa misma mirada inquietante que normalmente Ida solo veía en los hombres. Lena encendió otro cigarrillo e Ida contempló el humo subiendo lánguidamente en espiral hasta el ventilador del techo, cuyas aspas lo cortaron en trozos con la lúgubre eficiencia de un verdugo. Ida recordó las máquinas de procesado que había visto en los mataderos, la precisión de su cadencia, el rítmico reparto de muerte.

CINCO MINUTOS DESPUÉS ESTABA en un ascensor que la llevaba de vuelta a la ciudad, lejos de las nubes, planteando lo siguiente como la explicación más probable de lo que había pasado: Gwen había estado con el intermediario el día que desapareció. Este le proporcionó algún modo de dar con Chuck. Ella encontró a Chuck, le dijo que quería romper con él y algo había ido espantosamente mal. Tras volver a casa, hizo las maletas y trató de dejar la ciudad, pero Chuck, o Severyn, o el intermediario, o puede que los tres, la habían atrapado en la estación y secuestrado. El padre de Coulton estaba intentando encubrirlo, había recurrido a la policía para impedir la investigación, había implicado al fiscal del estado.

La explicación casaba con todas las pruebas. Pero eso es todo lo que había, una explicación, una hipótesis, una conjetura. Tendrían que investigar al prometido de Gwendolyn, pero también a su padre y su turbio pasado. Al principio pensó que los Van Haren eran raros, pero ahora la familia Coulton parecía que lo era incluso más, lo mismo que pasaba con el amigo, Lloyd Severyn, y el intermediario, Randall Taylor. Demasiadas pistas que seguir.

El ascensor llegó al piso bajo, las puertas se abrieron e Ida atravesó el vestíbulo. Los amigos de Gwendolyn, caprichosos y ricos, iban de juerga al Cinturón Negro, y utilizaban a un intermediario con el que Gwendolyn había hablado el día que desapareció. Ida sonrió. Si estaban implicados intermediarios y clubes de jazz de Bronzeville, ella sabía a quién llamar en su ayuda.

TERCERA PARTE

PUENTE

«Chicago es la ciudad imperial del mundo de las bandas, y Nueva York un lugar de una provincia remota gobernada por un procónsul... La cerveza ha conseguido que el gánster pase de ser el líder local de una banda de tipos duros y pistoleros a convertirse en un gran ejecutivo que controla una gran organización interestatal e internacional. La cerveza, la cerveza de verdad, como la distribución del agua o el teléfono, es un monopolio natural».

ALVA JOHNSTON, revista *New Yorker*, 1928

«Había muchas pruebas de que el departamento de policía estaba desmoralizado; de que existían evidentes y bien conocidas alianzas entre la policía y los famosos de los bajos fondos; de que el juego y la venta de alcohol no debían interferir el uno en el otro, y de que era arriesgado para cualquier agente de la policía tomar cualquier iniciativa por su cuenta en su distrito sin órdenes específicas del cuartel general. Queda demostrado anteriormente en el informe que la oficina del fiscal del estado estaba siendo utilizada en gran parte con objetivos políticos, y muchos delincuentes habituales y criminales peligrosos estaban siendo puestos en libertad con escaso o ningún castigo».

ASOCIACIÓN DE ILLINOIS
PARA LA JUSTICIA CRIMINAL, 1928

UNA FIESTA PARA PAGAR el alquiler estaba en pleno apogeo en el piso más alto de los Apartamentos Mecca, un complejo de viviendas que ocupaba una manzana en la esquina de la calle 34 con la calle State. Los Mecca se habían construido para la Exposición Universal de la década de 1890, y algo de su anterior grandeza todavía se podía adivinar en sus suelos de mármol y sus adornos de forja metálica *art nouveau*. Pero como la mayoría de la parte sur, los apartamentos se habían ido deteriorando lentamente, y sus inquilinos de clase media se habían trasladado y habían sido reemplazados por trabajadores manuales, prostitutas y chulos y un grupo de bohemios con aspiraciones artísticas, escritores y músicos.

Cuando esos mismos inquilinos debían el alquiler y no tenían dinero, organizaban una fiesta y cobraban una entrada para salir del apuro con ese dinero, que evitaba tener avisos de expulsión pegados a la puerta durante unos cuantos días. Lo típico era que, además de la bebida, los asistentes pusieran la música, que debido al tamaño de los apartamentos normalmente consistía solo en un gramófono o un piano vertical, que tocaba al estilo boogie-woogie, así que el sonido era bastante fuerte para bailar. Era un estilo que resultaba excepcionalmente difícil de tocar, pues las manos tenían que recorrer grandes distancias sobre el teclado a la velocidad de la luz. El hombre al piano de la fiesta de aquella noche estaba haciendo un buen trabajo, y el sonido atronaba en el apartamento y resonaba en el amplio patio.

En cierto momento después de la medianoche, cuatro jóvenes con trajes elegantes atravesaron la multitud reunida en la terraza, entraron en la fiesta propiamente dicha —Louis Armstrong, Earl Hines, Zutty Singleton y Wild Bill Davidson— y descubrieron que en el lugar hacía un calor sofocante, estaba peligrosamente abarrotado y desbordando diversión.

A Earl Hines lo rodeó el gentío en cuanto lo reconocieron. Era el mejor pianista de Chicago, así que lo condujeron inmediatamente al piano vertical y, con gran disgusto del hombre que ya estaba sentado ante el instrumento pusieron a Earl en el taburete y le mandaron que tocara con su «estilo trompeta» marca de la casa. La multitud se puso a bailar aún más frenéticamente cuando la emprendió con su primer número, una interpretación a ritmo rápido de *Muskrat Ramble*. Una chica que había estado apoyada en el piano y parecía un poco pasada de copas se animó al oír la melodía, estiró la espalda y empezó a cantar la letra, haciendo esfuerzos para que su voz se impusiera al sonido de Earl. Louis, Zutty y Wild Bill —el único blanco de la fiesta— se escabulleron hasta el extremo más alejado de la pista de baile y reclamaron un sitio junto a las ventanas, donde esperaban que pudiera soplar algo de brisa. Wild Bill se sentó en el alféizar y empezó a liar un petardo y Louis se abrió paso apretujándose entre el gentío para invitarles a todos a unas copas.

Pasó empujando a los que bailaban y charlaban, y a las parejas en los rincones

que se tocaban por todas partes uno al otro, y llegó a la cocina, donde una multitud estaba esperando a que les rellenaran las tazas. Se puso en la cola y unas cuantas personas miraron en su dirección y le reconocieron, saludándole y dándole palmaditas en la espalda. Hacía seis años que Louis había dejado Nueva Orleans y llegado a Chicago. Seis años que se había apeado del tren, había entrado en los Jardines Lincoln y había quedado deslumbrado por lo que había visto, y en aquellos seis años se había convertido en una especie de estrella, no solo para la gente de la parte sur, sino para los aficionados al jazz de todo el mundo.

Llegó a la primera fila de la cola, agarró algunas bebidas y volvió al cuarto de estar. Se sentó en el alféizar de la ventana junto a Wild Bill y Zutty, les entregó las bebidas y contempló a la multitud. Eran el tipo de personas que siempre acudían en manada a esta clase de fiestas: negros con ganas de marcha que trabajaban seis días a la semana por sueldos de subsistencia, aniquilados entre las piedras de molino de la pobreza y el odio de raza, que se liberaban las pocas horas libres que mediaban entre la salida del trabajo el sábado por la tarde y la iglesia el domingo por la mañana.

Notó algo que le rozaba la espalda y se dio la vuelta para ver lo que era. Papel matamoscas. Habían pegado media docena de tiras en la parte superior del marco de la ventana, dejándolas colgar. Las largas tiras marrones estaban llenas de montones de moscas muertas, y el ruido de los pies de los que bailaban estaba agitando las tiras de papel haciendo que todas aquellas moscas muertas se movieran al ritmo de la música. Louis las miró un momento: las tiras daban saltos delante del cielo despejado de la noche.

—Louis, no pretendo alarmarte —dijo Wild Bill cuando terminó de liar el petardo—, ¿pero no es Lil esa que acaba de entrar?

Ante la mención del nombre de su esposa, de la que estaba separado, el corazón de Louis se paró momentáneamente. Se enderezó e hizo girar el cuello para mirar entre la multitud. Y allí estaba con un vestido ajustado y perlas, el pelo peinado con un perfecto corte a lo *garçon*. A Louis le entró pánico, se quedó desconcertado. Tenía previsto reunirse con Alpha, su novia, en la fiesta, y no podía encarar la escena.

—¿Qué coño está haciendo aquí? —preguntó, y Wild Bill se encogió de hombros.

Lil era una de esas chicas con aires de grandeza, de buena familia, con estudios universitarios. Pasaba las noches en el teatro, en la ópera, en recitales de música clásica. Una astrosa fiesta para recaudar dinero del alquiler en la parte sur era el último sitio en que Louis esperaba encontrarla.

—No lo sé —dijo Bill—, pero te ha visto y viene hacia aquí.

Soltó una risita y junto a Zutty se levantó del alféizar y desapareció entre la multitud, dejando a Louis solo. Mientras Lil se deslizaba entre la gente hacia él, Louis notó que al pasar junto al piano se volvía para mirar quién lo estaba tocando. Cuando vio que era Earl Hines, intentó impedir que el resquemor asomara a su cara: Earl era el hombre que la había reemplazado a ella como pianista en la banda de Louis.

—Hola, Louis —dijo, con su arrogante tono de voz—. ¿Cómo te va?

—Me va bien, Lil. ¿Y a ti? —dijo él, esforzándose por sonreír.

—Estupendamente —contestó ella, y los dos parecieron cohibidos por lo incómodos que se sentían, tan tímidos como cuando se conocieron por primera vez, cuando Lil era la pianista de la banda de Joe Oliver y Louis todavía era un torpe novato del sur profundo—. Una gran fiesta —dijo ella, y Louis no estaba seguro de si lo decía con sarcasmo y en realidad se estaba burlando de los trabajadores manuales que había y del toque tan vulgar que adquiriría su diversión—. Ya veo que uno de tus chicos, Earl, no tiene problema para adaptar su talento al estilo de la casa —dijo, señalando con la cabeza en dirección a Earl, y Louis siguió en silencio sin picar el anzuelo.

Asintió y los dos se quedaron un momento viendo tocar a Earl Hines, que soltaba una cascada de melodía y ritmo. Hines era un pianista de formación clásica, lo mismo que Lil, pero, a diferencia de la esposa de Louis, tenía un talento extraordinario, tanto talento como Louis. Su cadencia era tan perfecta que los baterías con los que tocaba se quejaban por tener que seguirla, y sus cambios de acordes, tan inventivos y sorprendentes que la banda se quejaba por tener que adaptarse a su línea melódica. Louis era el único que podía acompañarle, los dos se estimulaban el uno al otro. Cuando tocaban juntos, con el tono perfecto de Louis y el estilo trompeta de Hines imponiéndose al resto de la banda, el efecto era parecido al de un tornado.

—Oí que estás tocando en el Savoy —dijo Lil.

—Claro que sí —dijo él—. Yo, Earl y Zutty. Nos está yendo bien. —La miró y sonrió. Quería preguntarle qué coño estaba haciendo allí, y le asaltó la idea paranoica e irrefrenable de que le había seguido. Intentó pensar en algo que decirle e imaginó que debería preguntarle por alguien, ¿pero quién?—. ¿Cómo está tu madre? —dijo al fin, y antes incluso de que las palabras le salieran de la boca, el corazón se le encogió. Lil le echó una mirada. La madre de Lil le había transmitido todos aquellos aires de grandeza, y cuando se enteró de que su hija estaba saliendo con un músico de jazz ignorante (y de Nueva Orleans, encima), había hecho todo lo posible por impedir que siguieran juntos.

—Muy bien... —dijo Lil, todavía un poco confusa, y los dos se sumieron en otro incómodo silencio mientras miraban a la gente. Earl terminó la canción que estaba tocando, la multitud manifestó su entusiasmo y el músico abordó directamente los primeros acordes de *Apartamentos Mecca Blues*, la canción de Jimmy Blythe sobre el complejo de viviendas en el que estaban. Cuando la multitud reconoció la melodía, soltó gritos de alegría y empezó a bailar una vez más, y la chica que estaba junto al piano se puso a cantar la letra.

*... Hablas de que estás con los blues, pero yo lo tengo peor
Con blues y fastidiada, la insatisfecha mayor...*

—Es bueno —dijo Lil, señalando a Earl con la cabeza.

—Lo sé.

—He estado oyendo esos discos que habéis grabado los dos —dijo ella—. Son realmente estupendos, Louis.

Algo en el modo en que lo dijo hizo que Louis tuviera la sensación de que había un «pero» al final de la frase que había quedado sin decir. No piques, pensó él, y un segundo después ignoró su propio consejo.

—Pero... —dijo.

—¿Pero qué?

—Ibas a decir «pero» y al final no lo has hecho.

Él se volvió para mirarla y ella se encogió de hombros, su cara toda inocencia.

—Bueno, no era nada —dijo, y el modo en que pronunció el «bueno», tan rotundo, tan bien articulado, le irritó.

... Mi hombre de los apartamentos Mecca no lo entiende...

—¿Sabes?, el otro día estaba en Lion and Healy's —dijo ella animadamente—, y tenían un gramófono, y estaban poniendo una pieza de Feltcher Henderson, y uno de los clientes dijo que solo había oído auténtico jazz desde que empezó a comprar discos, y yo pensé que era muy raro, ¿sabes? Así que le pregunté a qué se refería y él dijo que lo había oído en clubes y fiestas, tocado en directo, pero que solo una vez que estaba grabado, en la tranquilidad de su casa, había sido capaz de sentarse y oírlo de verdad, ¿sabes? Ser capaz de estudiarlo.

—¿A qué te refieres, Lil? —dijo Louis, molesto porque ella mencionara a Henderson.

—Me refiero —explicó Lil— a que creo que hay una oportunidad ahí. De momento solo se trata de jazz grabado en discos, pero antes o después va a aparecer alguien y convertirlo en más que eso, convertirlo en arte, en cultura, en algo duradero. La única cuestión es: ¿quién va a ser esa persona? ¿Quién va a sacar el jazz de los clubes nocturnos y convertirlo en arte? ¿Algo que supere la prueba del tiempo?

*... a la mujer del apartamento Mecca el jazz le va a encantar
Te engañará conmigo y yo te voy a dejar...*

Louis la miró y sonrió tímidamente.

—Tú eres mejor que cualquier otro intérprete de jazz de la ciudad —dijo Lil, con un tono apesadumbrado, como si estuviera hablando de algo que había perdido—. Sería estupendo que estuvieras a la altura de tu potencial.

Lo dijo con tanta determinación, tanto desconsuelo, que Louis no consiguió enfadarse por la superioridad de la que ella estaba haciendo gala. Detrás de las palabras, tuvo la sensación de que para Lil Louis Armstrong era algo que había contribuido a construir ella, algo en lo que tenía interés. Y Louis sabía que había algo de cierto en su punto de vista. Él siempre había sido tímido, había querido

mantenerse fuera del centro de atención. Estaba contento tocando la segunda corneta, disimulando los errores de Joe Oliver. Fue Lil la que le convenció de que Oliver se estaba aprovechando de él, financiera y artísticamente. Fue la que le persuadió para que emprendiera el vuelo en solitario y recibiera clases con el profesor de Kimball Hall, el alemán al que a su vez había enseñado Brahms. Le había comprado partituras para que perfeccionara su técnica, le hizo practicar interminables meses para que aprendiera los estilos de digitalización clásicos, le empujó a ser tan bueno como podía, y aunque ahora estuvieran separados, en la cuesta abajo hacia el divorcio, todavía le daba ánimos, le estimulaba, le dirigía.

*... la mujer de los apartamentos Mecca pica como un pez.
Los dientes de mujer de los apartamentos Mecca
no me muerden ni una vez...*

—Lil... —Louis volvió sus ojos hacia ella y vio su expresión, una mezcla de sorpresa y ansiedad, y siguió su mirada por la pista de baile hasta el último extremo de la habitación, pero no pudo descubrir lo que la había alarmado.

—Me tengo que ir —dijo repentinamente. Le miró y sonrió—. Te veré cuando toques.

Louis volvió a examinar el otro extremo de la habitación. ¿Había visto a Alpha? Lil se levantó. Se internó entre la multitud y Louis la perdió de vista. Luego volvió a surgir en el otro lado de la habitación y todo quedó claro. Estaba a la puerta de la cocina, hablaba con un hombre tratando de convencerle de algo, tratando de convencerle de que se fueran. El hombre era guapo, alto, de piel clara y unos cuantos años más joven que Louis. Cogió a Lil por el brazo y los dos se dieron la vuelta y se dirigieron a la salida.

—Joder —dijo Louis, y el corazón se le encogió. Por eso ella había terminado en las profundidades de la parte sur: estaba citada con un hombre que era todo lo que no era Louis.

*... Hoy a mi hombre del apartamento Mecca voy a encontrar
Tengo los blues del apartamento Meca y alguien lo va a pagar...*

—Creía que no se iba a marchar nunca —dijo una voz, y Louis alzó la vista y vio a Wild Bill y a Zutty parados delante de él, los dos sonriendo.

—¿Te ha estado poniendo a parir? —preguntó Zutty, pasándole un petardo a Louis. ¿Cómo podía haberle sacado de sus casillas en tan poco tiempo?

—No lo sé —dijo Louis, con lo que debía de ser una expresión desolada porque sus dos amigos se echaron a reír.

Unas cuantas copas después, Louis todavía estaba desplomado sobre el alféizar viendo pasárselo bien a los demás, con las moscas muertas bailando. Todavía se sentía incómodo, todavía molesto, todavía oía las palabras de Lil repitiéndose una y otra vez. ¿No estaba a la altura de su potencial? ¿No estaba haciendo discos de éxito?

¿No estaba tocando en locales abarrotados todas las noches? ¿No se había convertido en el máximo exponente del florecimiento artístico que se estaba produciendo en la ciudad? ¿Qué más esperaba ella de él? Estaba molesto por no haberse justificado ante ella, pero las justificaciones que se le ocurrían ahora llegaban demasiado tarde ¿entonces cuál era la cuestión? ¿Debería aprendérselas de memoria para la próxima vez que se tropezara con ella? ¿Desperdiciar toda aquella energía cargando con las justificaciones dentro de la cabeza?

Luego asumió que a lo mejor estaba molesto porque ella estaba diciendo la verdad. Él estaba buscando un progreso artístico: un modo nuevo de elaborar solos, de integrarlos en una canción. Había estado experimentando con Earl, que también intentaba innovar, elevar el piano para que fuera más que un simple acompañamiento rítmico, y lo habían conseguido, pero todavía se le escapaba algo, y Lil le había llamado la atención al respecto: la innovación que él sabía que estaba allí, al acecho en algún sitio de la incipiente forma artística que estaban arriesgándose a crear.

Entonces pensó en la mención a Fletcher Henderson que había hecho Lil; en si eso era una pulla contra él, un recuerdo de su humillación en Nueva York. Cuando Louis llevaba un par de años en Chicago, la banda de Joe Oliver se había dispersado y Louis encontró trabajo en una de las principales orquestas del país: la banda de Fletcher Henderson, que tenía su base en Nueva York. Pero el traslado a la Costa Este resultó un desastre. Louis se convirtió en un chiste entre sus colegas, y un fracaso para el público, y al cabo de un año lo habían echado de la banda y, humillado, había tenido que volver a toda prisa a Chicago. Cuando llegó a la ciudad por segunda vez, se enteró de que Lil había estado jugando a dos bandas durante su ausencia, algo que Louis había estado haciendo igualmente en la Gran Manzana.

En cierto momento después de la una, localizó a Alpha, que llegaba a la fiesta. Se animó al verla, sonrió y le hizo seña de que se acercara. Estaba guapa con el vestido de verano que llevaba, piel oscura, siete años más joven que él, desbordante de expectativas juveniles. Solo entonces Louis se dio cuenta de que había dejado a Lil por su opuesta; Alpha era casera, humilde, sin estudios, con los pies en la tierra, nada pretenciosa, inculta. Supuso que eso no era una señal de fracaso, sino una toma de conciencia de sí mismo. Le faltaba un mes para los veintiocho años y ya había dejado atrás a dos esposas, y si las cosas iban bien con Alpha, tendría una tercera antes de los treinta.

—¿Qué pasa? —preguntó Alpha cuando llegó junto a él y le vio la cara.

—Nada —dijo él—. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Tuve que esperar a que mamá llegara a casa antes de poder dejar sola a Clarence —dijo.

—¿Va todo bien? —preguntó él, y Alpha asintió—. Bien. ¿Qué quieres beber?

—Bourbon —dijo ella, y Louis se levantó y estaba volviendo la cabeza hacia la cocina cuando Alpha le tocó el brazo.

—Casi lo había olvidado —dijo—. Ida llamó a casa.

—¿Ah, sí? —dijo él, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere?

—Negocios. Dijo que volvería a llamar mañana a primera hora.

Louis se quedó pensativo un momento y luego se dirigió a la cocina echando una ojeada a las moscas muertas que bailaban delante del cielo nocturno cuando se iba.

TODO SE DEBIÓ a una chica, justo en la vertiente oscura de los dieciséis. Griega y rubia... ¿Con cuánta frecuencia se ve eso? Al le había quitado la virginidad, la había instalado en una *suite* de lujo del Metropole y la mantenía encerrada bajo llave; sabía que ninguno de sus hombres era lo bastante estúpido para tocarla, así que cuando ella empezó a tener mucha fiebre y fue a ver al médico, que le hizo la prueba de Wassermann y le diagnosticó sífilis, eso significaba que solo la había podido contraer de Al. Ella se quejó, lloriqueó y refunfuñó hasta que Al accedió a que le hicieran también el análisis, aunque creía saber lo que diría el médico.

Encontró una clínica en las afueras de Chicago, en un pueblo vulgar de un sitio muy apartado, y abandonó el nombre de Capone y se registró con el de Al Brown. Lo llevaron allí una tarde en el Rolls-Royce verde esmeralda, le mandaron que se desnudara, le sometieron a una serie de pruebas y ahora había vuelto para enterarse de los resultados. Solo él, su conductor, Jack y Frank en el Rolls. El convoy con el que viajaba normalmente —un coche antiguo delante, un turismo detrás— lo dejó en Chicago, imaginando que para aquellos dos viajes sería suficiente el Rolls, con sus ventanillas a prueba de bala, carrocería de acero, cerraduras con clave y una ametralladora sujeta al asiento del conductor.

Entró en la clínica, escuchó veinte minutos al médico, hizo unas cuantas preguntas, volvió a salir aturdido, se detuvo en los escalones de la entrada y se quedó allí mirando la calle, con las palabras del médico rugiendo todavía como motos en torno al tambor metálico de su cerebro.

Sífilis terciaria, lo más probable. Esto es, tercer grado. Eso significa que se está extendiendo. Puede que hasta el sistema nervioso y el cerebro. Para los primeros grados hay un medicamento basado en el arsénico: Salvarsan. Pero para el último grado, me temo que no hay cura. ¿Qué sabe exactamente usted de la enfermedad?

El Rolls verde estaba aparcado en la acera, y dentro Jack y Frank, que fumaban cigarrillos, se volvieron para mirarle y se les mudó el semblante.

—¿Jefe? —dijo Frank inmediatamente—. Joder, parece como si hubiera visto a un aparecido. ¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

Le llevó un par de segundos, pero Al se espabiló.

—Vayámonos de aquí, hostias —dijo, rozándose con Frank al entrar en el coche.

Se metieron entre el tráfico. Al miraba por las ventanillas.

La sífilis la produce una espiroqueta, una bacteria como un gusano, en forma de sacacorchos. (En este punto el médico hizo una espiral en el aire con el dedo). El primer grado aparece poco después de la infección. A uno le sale un chancro o furúnculo en los genitales. Luego desaparece. El segundo grado se manifiesta unas semanas después, y se pueden tener erupciones en manos y pies. Síntomas como de gripe. De nuevo vuelve a desaparecer, y la enfermedad entra en un estado latente. Y

luego, en más o menos un tercio de las personas contagiadas, al cabo de unos quince años después de la infección, vuelve como sífilis terciaria. Por desgracia, parece que usted es una de ellas.

Quince años. Fogonazos de Brooklyn. Burough of Churches. Calle Navy en Red Hook, el barrio bajo donde se había criado Al. Estaba junto al mar, humedecido por el aire salobre del Atlántico, lleno de cagadas de gaviotas y el olor a petróleo quemado de los astilleros y los demás negocios que surgían atraídos por los muelles y los marineros —bares, salones de tatuaje, casas de juego, burdeles—. Entre las putas de la calle Sands estaba una chica irlandesa, pelirroja, el océano en sus ojos. Su hermano Ralph también había cogido algo. Pero como en el caso de Ralph, Al se había curado. Recordaba que salía de casa de ella, a la calle, con una sonrisa en la cara.

Si se convierte en neurosífilis, la espiroqueta puede entrar en el cerebro, atacar los lóbulos frontales; su personalidad se puede exacerbar. Puede sufrir alteraciones del estado de ánimo, irritabilidad, ansiedad, pérdida de memoria, discapacidad mental. A juzgar por lo que usted ha contado, ha experimentado la mayoría, si no la totalidad de esos síntomas. Al final eso deteriora la personalidad por completo, y usted perderá la cabeza. Después de eso, solo es cuestión de tiempo.

Rememoró las palabras del médico, como si repitiéndolas una y otra vez pudieran adquirir un significado nuevo; podría darse cuenta de que las había entendido mal, que no era inevitable que se volviera loco y muriera. Alzó la vista y vio que el conductor le lanzaba una mirada extraña por el retrovisor. La ojeada del hombre volvió a centrarse en la carretera en cuanto establecieron contacto ocular.

Al miró por la ventanilla y vio que estaban circulando por el Cinturón Industrial. Después venía el Cinturón de Bungalós, el anillo de casas de clase media de las afueras que rodeaba la ciudad en forma de luna creciente, donde se trasladaba la gente que tenía medios para escapar del caos urbano. Al siempre había pensado en ellos como mamones, esclavos que tenían que trabajar para vivir, pero recientemente había empezado a envidiarlos; se dio cuenta demasiado tarde en la vida que, a diferencia de *suites* de lujo y mansiones y vacaciones, uno no podía adquirir paz mental y tranquilidad doméstica con dinero y violencia.

Más o menos el seis por ciento de los estadounidenses tienen la enfermedad. Cuando a los reclutas se les hicieron análisis para ir a la Gran Guerra, esa cifra subió al diez por ciento. La gran mayoría se recuperó. Lamento decirle que en su caso, señor Brown, se trata de entendedérselas con la enfermedad más que de curarla.

Cuando estaban circulando por los barrios bajos de las afueras de Chicago, se dio cuenta de que no quería volver todavía al Metropole para enfrentarse con la cuestión y bromear con los hombres. Necesitaba estar solo un poco más.

—Llévame a la *schvitz*.

—Ya es casi de noche. Estará cerrada.

—Entonces abrirán.

SE DETUVIERON DELANTE DE la Casa de Baños de la calle 14, cerca del gueto de la calle Maxwell. Al se había enterado de la existencia de las *schvitz* por Jack Guzik, uno de los muchos judíos de los que era amigo y que la Organización empleaba. Jack los había llevado y se hicieron clientes, aunque hacía años que Al había estado en el local por última vez.

Entraron en el vestíbulo y Frank y Jack hablaron con el dueño, un viejo judío encorvado que, tras un gesto de asentimiento y una ojeada a Al, cerró la puerta con llave y colgó un cartel: «Cerrado por reparaciones en la caldera». Al dijo a sus hombres que esperaran fuera; entró solo en el vestuario, colgó su ropa en los oxidados armaritos metálicos solo, entró en la *schvitz* solo y se sentó en el calor infernal y la oscuridad y el vapor de la sauna principal solo. No conseguía recordar la última vez que le había pasado algo así; estar rodeado de guardaespaldas era parte de su vida. Siempre con guardaespaldas delante y detrás, desde el momento en que se despertaba hasta el que se quedaba dormido. Esa era otra cosa que tenían aquellos mamones del Cinturón de Bungalós y él no: intimidad y espacio para pensar.

Pero entonces se dio cuenta que de no estaba completamente solo. Había otro cliente que todavía no se había marchado; un hombre de mediana edad sentado en un banco en el otro extremo de la sauna. Sonrió a Al entre las columnas de vapor, y Al se preguntó si el hombre sería un marica. Le miró agresivo entre la oscuridad, pero el hombre no debía de haberle visto; siguió sentado allí, sonriendo, con el sudor goteándole desde el pelo hasta el pecho, negro y áspero. Luego el vapor aumentó, el hombre desapareció y Al se quedó solo una vez más.

Había estado en bandas de Brooklyn, pero entonces la mayoría de los chicos del barrio lo estaban también. Había conocido a Frankie Yale y Johnny Torrio, pero incluso entonces se había mantenido por lo general dentro de la ley. Después de dejar el instituto en sexto grado, trabajó tres años en una fábrica de municiones y otros tres de cortador de papel. Conoció a Mae, se casó con ella y se trasladaron a Baltimore, donde Al consiguió un trabajo de contable en una empresa de construcción. Llevaba traje, aprendió contabilidad, pasaba el tiempo libre jugando al billar y bailando. Esa fue la parte anodina de su vida, y podría haber seguido siendo así: Al Capone el contable. Pero entonces murió su padre y eso sacó a la luz algunos impulsos y ansiedades profundamente enterrados. Dejó su empleo de nueve a cinco y llamó a su antiguo amigo Torrio y le pidió trabajo. Torrio le dijo que fuera a Chicago a dirigir uno de sus burdeles. A partir de eso consiguió riqueza, mala reputación y de hecho el control de la tercera ciudad mayor del mundo.

Si se convierte en neurosífilis, la espiroqueta puede entrar en el cerebro, atacar los lóbulos frontales; su personalidad se puede exacerbar.

Al siempre había pensado que su decisión de dejar de ser un trabajador normal y convertirse en gánster había sido motivada por la muerte de su padre, que le hizo profundamente consciente de su propia mortalidad. Ahora, en la oscuridad de la

schvitz, pensó en las espiroquetas. ¿Y si el hecho de que le estuvieran corroyendo el cerebro había determinado su decisión? Las imaginó como gusanos diminutos, largos y delgados, no las espirales que había sugerido el médico. Serpientes o dragones, como esos chinos que veía serpentear por los palillos o pegados a los pedazos de chop-suey. Miles de ellos dentro de su cabeza, comiéndole el cerebro, decidiendo sobre su personalidad y el curso que seguiría su vida.

Pensó en toda la gente a la que había pegado, torturado y matado, en todas las vidas que había cambiado... ¿Había sido todo obra también de las espiroquetas que intrigaban en secreto en la oscuridad de su cráneo? Y si todas las cosas malas que había hecho hubieran sido obra de los gusanos, ¿qué posibilidades tenía entonces de entrar en los cielos? Si eran ellas las que estaban al mando, qué importaba eso... ¿El bien o el mal?

No podía estar perdiendo la cabeza. No podía *no* estar al mando de las cosas. No ahora que luchaba en una guerra con tres frentes: con Bugs Moran, que parecía que podría entrar en acción en cualquier momento, y con el alcalde, que retiraba su apoyo, y el posible combate con Nueva York, que estaba al acecho.

Al se quitó el sudor de la cara y buscó en la oscuridad el recipiente metálico con agua fría. Lo encontró cerca de los pies; sacó las ramas de abedul, se golpeó con ellas y el frescor goteó por su torso, enfriándole, relajándole.

Cuando Al se trasladó por primera vez a Chicago años antes, la idea era establecer allí un puesto avanzado para la banda de Nueva York. Pero a Torrio y a Al les había ido tan bien que Chicago terminó siendo la más poderosa de las dos ciudades. Ahora Al estaba oyendo que Nueva York iba a intentar luchar por el control, que Frankie Yale y algunas jóvenes promesas —Meyer Lansky y Lucky Luciano— participaban en el plan. Al sabía que a los gánsteres de Nueva York su actitud les abochornaba: un hombre que cortejaba a la prensa, que se había hecho famoso, que causaba sensación, que atraía la atención hacia ellos de las personas menos adecuadas de Washington. ¿Era esa necesidad de ser famoso también obra de las espiroquetas? ¿Esa búsqueda de grandeza? ¿Esa importancia que siempre parecía fuera de su alcance, entre la niebla de la cima de la montaña?

... su personalidad se puede exacerbar.

Y ahora, en mitad de una posible guerra con Nueva York y otra con Moran, a medio partido republicano lo envenenan en el Ritz. Al había llamado a Dante para que viniera desde Nueva York a investigar, y Dante había venido sin sospechar que le tendían una trampa. Si Dante llegaba al fondo del asunto del envenenamiento, mucho mejor. Pero Dante también era amigo de Lansky y Luciano en Nueva York. De modo que si ellos intentaran hacer un movimiento, Al tenía a uno de sus amigos en Chicago, y estaba dispuesto a secuestrarle, hacerle hablar, mantenerle como rehén, matarle. Y si Dante estaba al tanto de ello y trataba de traicionarle a él, los hombres a los que Al había elegido para que le siguieran lo descubrirían.

Era una situación en la que Al no podía perder: invitaba al amigo de sus enemigos

a su mesa. Era el tipo de jugada de la que estaba orgulloso, el tipo de estratagema que le había llevado a la cima y le mantenía en ella. Pero ahora no estaba seguro de si no sería solo una estupidez; un plan excesivamente elaborado que habían urdido las espiroquetas. El diagnóstico del médico había debilitado la confianza que tenía en su ingenio. ¿Cómo era capaz de distinguir la diferencia entre los actos inteligentes y los estúpidos si se estaba volviendo loco?

En la oscuridad las columnas de vapor se separaron y Al alzó la vista y vio al hombre del banco de enfrente que le volvía a mirar fijamente sonriendo, con un brillo en los ojos. Al devolverle la mirada pensó si el hombre estaría mal de la vista y no veía la expresión de la cara de Al. Entonces el hombre le mandó un beso y una rabia infame brotó en su interior, e imaginó que agarraba el recipiente de bronce con agua fría del final del banco, le daba la vuelta y pegaba al hombre en la cabeza con él.

Puede sufrir alteraciones del estado de ánimo, irritabilidad, ansiedad, pérdida de memoria, discapacidad mental.

Al trató de calmarse; el vapor se interpuso una vez más entre los hombres y Al bajó la vista hacia los dedos de sus pies, apoyados en el ardiente suelo de azulejos. Entonces le vino a la mente la imagen de Frankie Yale, año y medio antes en Nueva York, cuando estaban haciendo el trato. Fue el mismo viaje en que Al había llevado a su único hijo, Sonny, para que los cirujanos de la ciudad se ocuparan de la infección del mastoide de su oído izquierdo. Se apoderó de él la culpabilidad y de nuevo las palabras del médico empezaron a dar vueltas por su cabeza, haciendo que las espiroquetas se agitaran como sauces con la brisa.

La sífilis congénita se transmite de madre a hijo. ¿Puede decirme cuáles eran los síntomas de su hijo?

Lo mismo que su instructor, Torrio, Al había elegido a una chica irlandesa por esposa. Se casó con Mae cuando él tenía diecinueve años y ella veintiuno, en St Mary Star of the Sea. Recordaba la firma de la licencia de matrimonio. *Declaro que estoy libre de cualquier enfermedad e infección venérea.* Ahora estaba claro lo que había pasado: Al había contagiado a su mujer, y ella había dado a luz a un niño con la enfermedad. Por eso la vida de Sonny había estado llena de enfermedades. Enfermedades que había originado Al. Eso también explicaba por qué él y Mae no tuvieron más hijos: las espiroquetas los habían dejado estériles.

Ahora Al no sabía qué sentido tenía construir un imperio si lo único con lo que contaba para mantenerlo eran los hombros enfermos de Sonny.

Suspiró. Y algo sobre la idea de un imperio tocó la fibra de su desánimo. Estuvo un buen rato reflexionando y luego de su desesperación surgió la esperanza. Había estado considerándolo todo de un modo equivocado. Ahora se daba cuenta. Si las responsables eran las espiroquetas, él era libre de hacer lo que le apeteciera. Si te lo planteas así, no tener el control podía ser una forma de libertad. Lo único que exigía era considerar las cosas desde una nueva perspectiva, y esa perspectiva, paradójicamente, podía controlarla él. Le invadió un enorme calor y sonrió,

entusiasmado con la alegría de un hombre liberado.

Se levantó con una prisa repentina por volver a su imperio, con sus hombres, a la buena vida y la intriga de la *malavita*. Se sujetó la toalla alrededor de la cintura y se dirigió al cuarto de duchas. El marica le vio marcharse con una expresión de desencanto en la cara.

Al entró en las luces brillantes y los fríos azulejos blancos del cuarto de duchas y quedó paralizado, dándose de pronto cuenta de algo, algo que hizo que la inclemencia del cuarto de duchas pareciera incluso más infernal que la sauna. Su estado de ánimo había pasado del desaliento a la alegría solo en cuestión de segundos. ¿Se debía también a que las espiroquetas estaban funcionando? ¿Estaban jugando también ellas con sus sentimientos? Su alegría fue reemplazada por una sensación de injusticia. Después de todo lo que había trabajado para llegar adonde estaba, ¿viviría para poder disfrutarlo?

Se dio la vuelta e irrumpió en el calor y la oscuridad de la sauna. Agarró el recipiente de bronce y, dominado por la rabia, golpeó con él al marica hasta matarlo.

CUARTA PARTE

SOLO

«El gánster solo justifica su modo de vida cuando entra en contacto con el mundo legal exterior. Solo entonces se hace consciente de un modo de vida conflictivo. En su propio grupo, por el contrario, consigue categoría al ser un gánster, con actitudes de gánster, y aumenta su reputación por medio de sus hazañas criminales».

ASOCIACIÓN DE ILLINOIS
PARA LA JUSTICIA CRIMINAL, 1928

EL VESTÍBULO DEL RITZ Carlton era tan espacioso y había en él tanta gente que parecía un gran bazar oriental o la estación de un tren Continental. Hacia media mañana Dante entró por las puertas giratorias llevando en brazos al perro, al que dejó saltar al suelo cuando estuvieron dentro del vestíbulo. El perro había pasado la noche en el coche, negándose a moverse cuando Dante había arrancado el motor para volver a su residencia, así que se lo había llevado al Drake, lo había bañado y pedido un *steak tartare* al servicio de habitaciones. A la mañana siguiente, cuando Dante tenía que salir para su reunión con el detective del Ritz, el animal le miró con ojos de corza herida.

Dante esquivó a botones y maleteros y pasó con disimulo junto a los clientes, con el perro escabulléndose tras él todo el rato. Llegó a la barra, se sentó en un taburete y llamó la atención del barman, un hombre alto con una nariz aguileña que mantenía muy elevada en el aire y el pelo dividido por una raya en medio tan recta que Dante imaginó al hombre parado delante de un espejo con un peine y una regla.

—¿Le apetece al señor algo especial del menú? —preguntó con un tono de voz de lo más esnob.

—Sí, me apetece —contestó Dante—. Una cerveza, por favor. Elaborada en Chicago.

El barman se dio la vuelta y le trajo la cerveza, que sirvió en una taza metálica alargada con agua de condensación por fuera, y acompañada de un cuenco de porcelana lleno de anacardos salados. Dante dejó unos cuantos anacardos sobre el alfombra para el perro y luego dio un sorbo a su cerveza.

Chicago era una de las pocas ciudades del país donde era más fácil conseguir cerveza que licores fuertes. Las destilerías eran bastante fáciles de esconder, pero en una ciudad tan llena de fábricas ilegales de cerveza como Chicago, exigía que todo un ejército de policías y políticos miraran para otro lado y no se fijaran en los ruidos y el humo que salían de los edificios que se suponía habían sido cerrados años antes, no repararan en las caravanas de camiones que entraban y salían el día entero. La mitad de los barrios de la ciudad, en especial los alemanes y checos, estaba permanentemente atufada por el aroma dulzón de malta, lúpulo y levadura de cerveza fermentada. Conseguir que fuera tan fácil adquirir cerveza suponía una corrupción auténticamente a gran escala, pero con unas ventas de cerveza que en la ciudad superaban los treinta millones de dólares al mes, los fabricantes ilegales tenían dinero de sobra para mantener engrasada la máquina.

—*Il cavaliere!* —gritó una voz entre el estruendo, y Dante alzó la vista y distinguió a un hombre con un traje blanco y un clavel en la solapa que se acercaba entre las hordas. Dante sonrió al verle, y los dos se estrecharon la mano calurosamente.

Inigo Vaughn tenía unos cincuenta años, el pelo negro y liso y era un inmigrante de Cardiff que llevaba más de veinte años de detective del Ritz.

—No me lo creía cuando oí que estabas de vuelta en la ciudad —dijo Inigo con su sonsonete galés—. Todos creíamos que estabas muerto.

—Sí, yo no dejaba de oír eso.

Inigo bajó la vista a los pies de Dante y vio al perro acurrucado en la parte inferior del taburete.

—Oye, si tú eres Dante, ¿quién es ese? —dijo, señalando al perro—. ¿Virgilio?

Esbozó una sonrisa. Dante se la devolvió, se encogió de hombros y se metió un par de anacardos en la boca.

—¿Y a ti cómo te va? —preguntó Dante.

—Haciéndome viejo y no más rico. —Inigo pidió una copa y se sentó en un taburete al lado del de Dante—. Supongo que quieres saber lo de esa fiestecita con envenenados que celebramos.

—Así es —dijo Dante, e Inigo le dio su versión de la misma historia que le había contado Ralph Capone el día anterior en la funeraria. Inigo añadió algunos detalles más, explicando que él consiguió que vinieran médicos de urgencia a hacer lavados de estómago a toda velocidad, que consiguió que a los casos más graves los llevaran a un hospital privado y que fueran transportados por el hotel sin que nadie hiciera preguntas. Trató con los forenses y los médicos del hospital para que inventaran historias que disimularan lo ocurrido y prometió dinero a todo el personal del Ritz que tuvo que ver con el asunto. Dante lo escuchó y al final asintió y expresó su respeto por lo que había hecho Inigo: trece miembros de la élite política de Chicago casi habían muerto mientras él estaba de vigilancia, pero Inigo había intervenido con tanta habilidad que ni un susurro se había filtrado a los periódicos o a los informes a la policía.

—¿Alguna idea de quién fue el responsable? —preguntó Dante.

Inigo se encogió de hombros.

—Tienes a trece de los hombres más poderosos y más odiados de Chicago en una habitación. Media ciudad quiere que mueran. Podría ser cualquiera. Incluso tu colega Capone.

—Eso no parece probable teniendo en cuenta que él me ha encargado que investigara.

Inigo le frunció el ceño.

—Termina lo que estás bebiendo y nos pondremos en marcha —dijo, antes de echar una ojeada al perro—. Pero no se permiten chuchos en la cocina. Déjale con la chica del guardarropa, le enloquecen esas cosas.

Cinco minutos después estaban recorriendo una cocina del tamaño de un campo de fútbol, con docenas de cocineros, ayudantes y camareros en movimiento, el aire impregnado del sonido de llamas de gas y del olor de delicados platos franceses. Llegaron a una esquina donde había una escalera que bajaba a la bodega y a una

puerta de madera de aspecto desvencijado. Inigo llamó y entraron en un despacho pequeño y estrecho, de techo bajo y sin ventanas.

Había un hombre sentado a una mesa al que Inigo presentó como Patrick Harris, el encargado de la cocina. Harris se levantó y estrechó la mano de Dante. No había sillas para que se sentasen Dante e Inigo, de modo que se subieron al borde de un aparador que ocupaba un lado del despacho.

Dante examinó a Harris un momento. Era rechoncho, tenía la cara roja y parecía asustado, con una expresión que Dante reconocía de los restauradores que acudían a su barco de Long Island: el aspecto de un hombre que, debido a la ley seca, no tenía más remedio que tratar con delincuentes. A Harris le habían dicho que le iría a ver un hombre del entorno de Capone para investigar el envenenamiento, así que el encargado de la cocina se mostraba receloso, pues consideraba a Dante el tipo de gánster despiadado que la Organización tenía fama de emplear.

—Deje que empiece pidiéndole disculpas en nombre del señor Capone —dijo Dante, tratando de que el hombre se sintiera cómodo—. Nos enorgullece proporcionar únicamente lo mejor a nuestros clientes, y cuando pasa algo como esto, solo podemos decir que nos desagrada tanto como a usted. —Harris frunció el ceño, sorprendido, y se relajó un poco al darse cuenta de que Dante no era el psicópata que había esperado—. ¿Por qué no me cuenta lo que pasó el día que trajeron la bebida?

—Fue hace unas cuantas semanas —dijo Harris—. La entrega se produce una vez a la semana. El miércoles por la tarde. Dos hombres en un camión Modelo T. Descargan las cajas, yo firmo el recibo y ellos se van.

—¿Eran los mismos dos tipos que entregan la mercancía normalmente?

Harris asintió.

—Muy bien; entonces, una vez que llegan, las cajas van al almacén, ¿no?

—A la bodega, sí.

—¿Quién tiene acceso a la bodega?

—Encargados y jefes de camareros.

—Muy bien, vamos a la noche en que se produjo el envenenamiento. ¿Cómo fue a parar la bebida envenenada a esa fiesta? ¿Se trató solo de mala suerte?

Harris movió la cabeza a los lados.

—El pedido de bebida es especial. Celebran la fiesta cada tres meses o así, es una especie de reunión de un club o algo parecido. Cada vez que reservan la sala, perdimos el champán y lo ponemos aparte. Era siempre solo para ellos.

—Y de su personal, ¿quién sabía lo del champán?

—Todo el mundo. No era un secreto.

—¿Cuándo hizo usted la reserva para la fiesta?

—No sé, hace un par de meses.

—Muy bien. ¿Cómo funciona lo del servicio? Hábleme de eso.

—Las cajas las abren los empleados de la cocina por la tarde y las botellas se meten en hielo en la bodega; luego los camareros las llevan al salón para fiestas, de

modo que están listas para cuando lleguen los invitados.

—Muy bien —dijo Dante—. Me gustaría que me diese una lista de todos los que estaban trabajando en la fiesta aquella noche... nombres y direcciones. ¿Puede conseguirlo?

—Claro —dijo Harris, y recuperó la expresión preocupada—. Oiga, ¿no creará que tenemos algo que ver? Me refiero al hotel.

—Por el momento no lo creo —dijo Dante, tratando de resultar convincente—, pero hay que estar seguro. Una última pregunta... ¿Desde el envenenamiento ha dejado el hotel algún miembro del personal? ¿Dejó de venir alguien al trabajo? ¿Desapareció? ¿Tomó vacaciones de repente?

—No, nadie... —dijo Harris antes de que la voz se le apagara, como si se le acabara de ocurrir algo—. Excepto Julius. Julius Clay. Se fue de vacaciones después del envenenamiento.

Dante se volvió hacia Inigo, que le lanzó una mirada... Aquello también era nuevo para él.

—¿Quién es Julius?

—Uno de nuestros jefes de camareros.

—¿Estaba trabajando la noche del envenenamiento?

Harris asintió.

—¿No pensó usted en decir algo? —dijo Inigo, mirando penetrantemente a Harris.

—Ya las había solicitado meses antes —dijo Harris—. Toma tres semanas de vacaciones todos los veranos para ir a Michigan City. Es su ciudad natal. Solo que...

—¿Qué pasa?

—Tenía previsto volver ayer. Y no apareció.

—¡Dios santo! —dijo Inigo. Dante vio que estaba a punto de atacar a Harris, así que le puso una mano en el brazo para tranquilizarle, dándose cuenta de que los dos habían iniciado inadvertidamente el juego del poli bueno y el poli malo.

—Probablemente solo sea una coincidencia —dijo Dante—. En esta época del año va mucha gente a Michigan City.

—Lleva dos décadas trabajando aquí como camarero —dijo Harris—. No lo creo capaz de estar implicado en algo así.

—Yo estoy seguro de que no —dijo Dante, sonriendo, tratando de no hacer creer que Julius Clay era el sospechoso número uno.

—¿Normalmente deja usted que sus empleados se tomen tres semanas libres?

—Son los turnos de trabajo. Toman semanas libres siempre que pueden.

—Muy bien. Inigo me ha dicho que usted todavía tenía algunas botellas aquí —dijo Dante—. ¿Le importaría enseñármelas?

Harris asintió, salieron del despacho y bajaron unos escalones hacia la bodega. Cuando Harris empujaba la puerta para abrirla oyeron pasos detrás de ellos y al darse la vuelta vieron a un botones mirándoles en la oscuridad.

—Señor Vaughn —dijo el botones—. Hay un hombre en el bar que quiere verlo, señor.

—Estoy ocupado.

—Él, bueno, parece como... furioso, señor. Dice que trabaja con el señor Small, el gobernador.

Inigo se detuvo un momento y luego miró a Dante.

—¿Te importa?

Dante negó con la cabeza e Inigo desapareció escalera arriba. Entonces Harris abrió la cerradura de la puerta y entraron los dos. Harris encendió una luz y las bombillas de lo alto del techo adquirieron vida, iluminando partes de lo que Dante pudo ver que era un amplio espacio con paredes de ladrillo lleno de estantes y cajas de bebidas alcohólicas. Harris agarró una palanqueta que estaba caída debajo de la llave de la luz y se dirigieron hacia una pila de cajas de una esquina.

Harris buscó detrás de la pila y sacó una caja arrastrándola. Estaba cerrada con clavos y habían escrito NO ABRIR en cada uno de sus lados con pintura negra. Harris introdujo la palanqueta debajo de la tapa la levantó con mucho esfuerzo, sacó una botella de champán de la caja y se la pasó a Dante. Cuando Dante la vio, el mundo empezó a dar vueltas y tuvo que agarrarse a uno de los estantes para no caer al suelo: la botella era igual que las que habían matado a su mujer y a su familia seis años antes.

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Señor?

La voz de Harris sonaba lejana, como si llegara desde el fondo del agua, sepultada por el millón de ideas que recorrían la mente de Dante. Se centró en las losetas que formaban el suelo de la bodega, en las líneas rígidas entre ellas; luego respiró profundamente y asintió con la cabeza como respuesta a la pregunta de Harris.

Le llevó un momento recuperar la compostura; luego mantuvo la botella levantada en el aire, esperó un momento y la dejó caer al suelo. Se estrelló con un bang de cristales y líquido espumoso y Harris dio un paso atrás. Dante observó el alcohol expandiéndose por las losetas y entrando paulatinamente en contacto con el aire. Se agachó sobre el charco y esperó, con el intenso olor del champán llenándole las fosas nasales. Luego, tras medio minuto o así, se impuso un olor diferente, cáustico e intenso, la señal que indicaba que el alcohol había sido alterado químicamente; el mismo olor que había impregnado la cocina de Dante seis años antes.

DANTE SALIÓ DE LA bodega, subió las escaleras y atravesó el caos de la cocina sin dejar de pensar que no podía ser una coincidencia, que tenía que haber un vínculo detrás de aquello. Regresó a la barra, se sentó en un taburete, sacó un cigarrillo de su paquete y lo encendió. Llamó al barman para que se acercara y pidió un whisky doble, cuando terminó, pidió otro. Se frotó las sienes y esperó que se le calmara el corazón, que el torbellino de imágenes dejase de girar como un carrusel dentro de su cabeza —la botella, su mujer, el suelo de la bodega, la botella, su mujer, el suelo de la bodega—, pues cada latido le asestaba una puñalada de culpabilidad y remordimiento. Había tenido esos mismos ataques mentales incontables veces con anterioridad; sabía que solo era cuestión de tiempo que se le pasasen, y que el alcohol y la nicotina no ayudaban, pero cuando el barman volvió con su segundo whisky, Dante se lo quitó y se quedó encorvado sobre la barra, bebiendo y fumando.

Cuando hubo apurado el cigarrillo, el torbellino dentro de su cabeza se atenuó, el corazón dejó de golpearle con tanta fuerza contra las costillas y volvió a ser consciente del ambiente que le rodeaba. Alzó la vista y le sorprendió comprobar que el mundo continuaba en marcha igual de bien sin él: la gente pedía copas, charlaba en las mesas, iba y venía. Nadie prestaba ninguna atención al hombre de aspecto pálido que estaba en la barra con la cabeza entre las manos.

Los ojos de Dante recorrieron el lugar buscando algo en que descansar la vista e interrumpir sus ideas, algo que mirar que no fuese un recuerdo espantoso, y al otro lado de la separación de cristal que atravesaba el centro del bar lo encontró: Inigo. Estaba discutiendo con un hombre enorme con un traje de sarga azul al que Dante reconoció de tiempos pasados como un asesino a sueldo llamado Corrado Abbate. Un hombre que tenía más músculos de los que podía usar, así que alquilaba los que le sobraban a cualquiera que los necesitase. Abbate parecía estar bombardeando a Inigo con ira e indignación, agitando con el dedo el aire que los separaba. Dante recordó que el botones que había ido a buscar a Inigo a la bodega había dicho que el hombre furioso trabajaba para el señor Small, el gobernador, uno de los que habían sido hospitalizados después de haber sido envenenado en la fiesta.

Dante observó la escena, recuperando lentamente la calma. Inigo, siempre eficiente, parecía mantener el tipo frente al mucho más grande Abbate. En cierto momento una mujer se acercó a Abbate y habló con él rápidamente. Era alta, con una figura escultural, vestida como de noche con un vestido negro, mangas negras de raso y un sombrero negro de ala ancha con un velo cubriendo la cara.

La mujer preguntó algo a Abbate y este, molesto, hizo un gesto en dirección a la barra sin interrumpir apenas su alocución. La mujer esperó un momento, luego rodeó la separación de cristal y todos los hombres del bar la miraron de arriba abajo cuando entró. Buscó con la vista un sitio para sentarse y su mirada se encontró con la de

Dante. Se detuvo y luego se dirigió hacia él, dejando a su paso un reguero de corazones rotos.

Cuando estuvo cerca, Dante pudo verle la cara por detrás del velo y al fin la reconoció: Loretta Valenti, la mejor amiga de Olivia, parte del grupo de amigos con los que Dante se había criado. Ella le miró fijamente durante un minuto entero, sin creer en absoluto lo que estaba viendo, y luego le dedicó una sonrisa como unos fuegos artificiales, y Dante se la devolvió. Una multitud de recuerdos se arremolinaron en su mente, el corazón le volvió a latir con fuerza y el carrusel de imágenes empezó a girar una vez más. Olivia de adolescente, Loretta de adolescente: un Chicago hace mucho tiempo perdido conduciéndolo en pendiente hacia el pasado.

—¿Dante? Casi no me lo puedo creer.

Él se puso de pie y los dos se abrazaron, se separaron y se estudiaron uno al otro. A través de la sombra del velo, Dante pudo ver que uno de los ojos de ella estaba magullado, morado, amarillo e hinchado; el maquillaje y el velo no bastaban para ocultarlo. Ella se dio cuenta de que Dante lo había notado y se ruborizó, poniéndose tensa un momento.

—Supongo que no engaño a nadie con esto —dijo, levantándose el velo y sujetándolo a un ala del sombrero.

—No lo había notado hasta que estuviste cerca —dijo Dante, y Loretta sonrió—. ¿Quieres una copa? —preguntó, ofreciéndole su taburete.

Ella sonrió y se sentó. Dante llamó al barman y Loretta pidió un martini. Cuando se hubo marchado el barman se volvió para mirar a Dante, que, sin el velo, pudo ver lo guapa que era todavía: ojos perfectamente verdes y grandes como un lago, pelo metido en el sombrero excepto un solo mechón, una espiral pelirroja que le caía por delante de una mejilla.

—Creía que habías muerto, Dante. Todos lo creían.

—Eso he estado oyendo.

—Al acercarme creía estar viendo un fantasma. Habría estado bien haber sabido de ti, ya sabes. Una postal o algo. ¿Dónde estuviste?

—Anduve viajando un poco y luego me apalanqué en Nueva York.

—¿Cuándo volviste a Chicago?

—Ayer.

—Estupendo, bienvenido a casa, supongo.

—Gracias. Eres la primera persona que me ha dicho eso de corazón.

—¿Dónde estás alojado? —preguntó ella.

—En la *suite* Lindbergh del Drake.

—Me gusta.

—¿Y tú?

—En Pilsen.

Él asintió.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos seis años? —preguntó—. Aparte de

trasladarte a Pilsen.

—No hacerme mayor. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Los dos sonrieron y, por algún motivo, Dante tuvo una sensación de mutua culpabilidad.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó él, señalando con la cabeza el atuendo de Loretta.

—Nadie. Me he vestido así para ir a juego con mi ojo. El velo era lo único que tenía a mano para ocultarlo, de modo que me lo puse y lo demás vino después o algo así. Creo que en cierto modo esto debe de encerrar alguna enseñanza.

Él le miró el ojo negro una vez más y luego hizo un gesto hacia la separación de cristal, más allá de la cual Inigo y Abbate todavía seguían entregados a su acalorada discusión.

—¿Tú y Abbate? —preguntó.

—Sí —dijo Loretta, y Dante apreció un trasfondo de desilusión en su voz de la mujer, que también miró al otro lado del bar para observarlos.

Al cabo de un momento Inigo se marchó, dirigiéndose hacia la recepción, y Abbate se dio la vuelta buscando a Loretta. Se detuvo cuando la localizó y vio que estaba con Dante. Entonces se dirigió hacia ellos.

—Dante —dijo Abbate cuando llegó.

—¿Cómo te va, Corrie?

—Estupendamente.

—Dante y yo solo nos estábamos poniendo al día de nuestras cosas —dijo Loretta.

Abbate le lanzó una mirada corrosiva y Dante examinó al hombre. Tenía cara de boxeador, asimétrica y marcada, con la nariz como una ciruela roja aplastada en el centro.

—Oí que habías vuelto —dijo Abbate a Dante.

—Las buenas noticias viajan muy deprisa. ¿Una copa?

—No. Nos vamos —dijo Abbate, agarrando a Loretta por el brazo.

Loretta tiró de su codo para soltarse, luego miró enfadada a Abbate, y al final se dio la vuelta hacia Dante y sonrió.

—Ha sido estupendo volver a verte —dijo.

—Breve pero estupendo.

Dante los vio atravesar el tumulto del vestíbulo, y justo cuando desaparecían por las puertas giratorias llegó el barman con el martini de Loretta. Paseó la vista por la barra y luego frunció el ceño a Dante, que le hizo seña con un dedo de que lo dejara allí. Lo pagó y cuando el barman desapareció Dante trató de ordenar lo que acababa de pasar. La bebida que mató a su mujer había reaparecido, y diez minutos después la mejor amiga de su mujer. Se preguntó si tenía algún sentido lo que había pasado y se quedó reflexionando. Aquello formaba parte del acuerdo cuando aceptó volver a

casa: recuerdos dolorosos y fantasmas del pasado.

Dio un sorbo al martini, encendió otro cigarrillo, y llevaba consumida más de la mitad de los dos cuando apareció un botones diciendo su nombre. Dante hizo un gesto al chico, que cruzó el bar y le entregó una de las botellas de champán metida en una caja y envuelta en papel marrón y un sobre que contenía la lista de nombres de Harris. Dante dio una propina al chico, se terminó el martini y salió del bar.

Cruzó el vestíbulo hasta el guardarropa y le pidió el perro a la chica. Ella lo cogió en brazos y se lo entregó a Dante.

—Es precioso —dijo—. ¿Cómo se llama?

Dante se quedó callado un momento.

—No estoy seguro. ¿Virgilio?

La chica le lanzó una mirada rara. Dante le dio una propina y volvió al Blackhawk.

Abrió las ventanillas, ocupó el asiento del conductor y recorrió la lista de empleados que le había dado Harris. Veinte nombres más o menos. Encontró la dirección del camarero desaparecido, encendió un cigarrillo, arrancó el coche y se puso en marcha.

EL APARTAMENTO DE JULIUS Clay era un alojamiento pequeño, ordenado y con dos dormitorios en Hyde Park. Dante desplegó todo su amabilidad con la portera del edificio para que le dejara pasar y luego usó sus ganzúas para conseguir entrar al propio apartamento. En el armario ropero Dante detectó un gran hueco donde debería de haber estado colgada media docena de trajes y camisas, y comprobó que el hombre parecía haberse llevado también todos sus zapatos. Demasiada ropa para una estancia de tres semanas en la playa de Michigan City. El tipo se había fugado.

Dante no encontró más pistas sobre dónde podría haberse ido, excepto unas cartas de su hija en cuyo remite figuraba una dirección de Detroit. Posiblemente podía haber ido allí a esconderse, poniendo a su hija en peligro. Dante memorizó el nombre, la dirección y unos cuantos detalles mencionados en las cartas por si acaso en el futuro tenía que inventar una historia para justificar que conocía a su padre.

En el alféizar de la ventana encontró señales de dedos en el polvo y, justo debajo, algo de barro de la calle en la madera del suelo. Debía de haber entrado alguien por la escalera de incendios un par de semanas después de que el camarero hubiera desaparecido, lo que significaba que otra persona seguía el rastro del hombre.

DANTE PASÓ UNOS CUANTOS días siguiendo sus pistas. Habló con los colegas del camarero en el Ritz, intentando descubrir si alguno de ellos tenía que ver con la desaparición. Se mantuvo cerca de Inigo. Reunió información sobre los trece hombres envenenados, tratando de descubrir cuál de ellos podría haber sido el objetivo. Intentó ponerse en contacto con quienes habían conseguido el champán hacía seis años... Suponiendo que quizá el origen fuera el mismo. Pero el antiguo socio de Dante por entonces, Saul Menaker, estaba a la espera de juicio, acusado de asociación delictiva, en la cárcel del condado de Cook. Cuando fue a verlo, lo único que pudo hacer su antiguo socio fue decirle que al hombre que había conseguido la remesa original se lo había llevado por delante Jack McGurn «El ametralladora» cuatro años antes en la guerra de la cerveza de la parte oeste.

Y lo mismo había pasado con todos los demás.

Todos los antiguos contactos de Dante estaban muertos, en la cárcel o habían desaparecido. En Chicago la esperanza de vida de un gánster era de veintisiete años, y los amigos de Dante no parecían superar mucho esa estadística. Sus vidas eran cortas, y la ciudad se movía a una velocidad brutal, mortífera. Barrios enteros habían cambiado de color. En solo seis años había surgido una generación nueva que había reemplazado a la anterior. El sitio que él conocía ahora había desaparecido, existía únicamente en sus recuerdos, sepultado.

Se mantenía alejado de los barrios donde le podrían reconocer. Mantuvo contacto lo mejor que pudo con el viejo pescador que le estaba cuidando su barca en Long Island. Fue a ver al limpiabotas.

Nada de eso sirvió de ayuda.

Cuanto más frustrado se sentía por su falta de progresos, más pensaba Dante en lo extraño que era que Al le hubiera pedido que emprendiera aquella misión, lo que le llevó a considerar si le habrían llamado a Chicago por otros motivos, y así a la frustración se sumó una sensación inquietante, una sensación de fatalidad inminente que ni siquiera la droga conseguía aliviar.

Cuando dormía, todo un carrete de imágenes fantasmales se desplegaba dentro de la cabeza: Olivia el día de su boda, Loretta en el bar, un pasillo interminable en la cárcel del condado, el ojo negro de Loretta, la chica del guardarropa, el perro, una bodega abovedada llena hasta arriba de champán, Olivia en la playa tan perfecta y fácilmente espachurrable como un pétalo. Olivia en un charco de sangre.

Durante su cuarta noche en la ciudad un *ring ring* insistente le sacó de su inframundo; cuando abrió los ojos, estos salieron disparados instintivamente hacia la mesa de centro: aguja, material, jeringuilla, cuchara. Los timbrazos continuaron y a Dante le dominó el pánico. Lo cubrió todo con las páginas abiertas de un periódico y corrió hacia la puerta, y ya estaba a medio camino cuando se dio cuenta de que no

llamaban a la puerta sino que lo que sonaba era el teléfono. Todas las habitaciones del Drake tenían teléfono. Dante maldijo su cerebro desconcertado por la droga, giró y agarró el auricular.

—¿Diga?

—Señor Sanfelippo, lamento molestarle tan tarde —dijo la voz nasal de un empleado del hotel—. Tenemos a la señorita Loretta Valenti en la línea.

—Póngame con ella.

La línea hizo craccrac durante un momento antes de que Dante oyera la voz de Loretta.

—¿Dante? —Parecía desfondada, y tenía la voz ronca—. Lo siento. No sabía a quién llamar.

—¿Qué ha pasado?

—Es Corrie... Llegué a casa y hay... Dios santo... hay sangre por todas partes. —Soltó un sollozo y se hizo el silencio durante un momento. Dante supuso que Loretta había puesto la mano sobre el auricular; unos segundos después la línea volvió a adquirir vida—. Lo siento. No sabía a quién llamar —repitió ella.

El cerebro de Dante intentó abrirse camino entre los restos de opio y encontrar sentido a lo que estaba pasando.

—¿Estás todavía en el apartamento? —dijo.

—No. Salí corriendo de allí. Estoy en una tienda de comestibles de la calle.

—¿Estás sola? —preguntó Dante.

—Sí.

—¿Hay cerca algún sitio al que puedas ir? ¿Una cafetería o algo?

—Sí, claro. Eso creo.

—¿Eso crees?

—Quiero decir... sí. Hay una cafetería.

—Muy bien. ¿Cuál es la dirección?

—Entre Blue Island y la Veintiuno. En la misma esquina.

—Muy bien. Estaré ahí lo más pronto que pueda. Aguanta.

Colgó el teléfono, se rascó la cabeza y miró la hora en el reloj de la pared. La una y cuarto.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS ESTABA conduciendo hacia el sur, atravesando los barrios pobres que se extienden al oeste del Loop. En las calles los vendedores ambulantes, compradores y comerciantes habían sido reemplazados por los desechos humanos de la ciudad, como bebedores de ginebra borrachos, drogadictos colgados, vagabundos y prostitutas, todos ellos surgidos al abrigo de la oscuridad, como si se materializaran con la textura de la noche.

Dante no había atravesado en coche aquella parte de la ciudad desde su regreso, y en un punto se perdió, desorientado por la distancia entre sus recuerdos y la realidad.

Tuvo que detenerse y pedir indicaciones a un repartidor de la compañía telegráfica que iba andando por la otra parte de la calle desierta. El chico le indicó el camino y Dante advirtió que en cierto modo la calle le servía al muchacho de tapadera, y recordó que cuando era chaval, los chicos de su barrio conseguían trabajos de repartidores nocturnos de telegramas como excusa para pasar la noche entera en la calle y disimular los robos y atracos que cometían.

A lo mejor no todo había cambiado, a fin de cuentas.

Por fin encontró el cruce que había mencionado Loretta. Aparcó y entró en la cafetería, un local sucio, destartado y grasiento abierto toda la noche, que olía a cigarrillos rancios y comida todavía más rancia. Paseó la vista alrededor, vio a Loretta encogida en la esquina de una mesa y se dirigió hacia ella.

Se miró en el espejo más de cien veces mientras conducía para asegurarse de que no parecía drogado, pero todavía estaba paranoico cuando se acercó a ella y la abrazó. Loretta le devolvió el abrazo, se sentaron y él la miró. Llevaba un chal color café con leche echado por encima de los hombros, y el pelo metido bajo un gorro de encaje; tenía las manos alrededor de una taza de café. Dante pidió otro al hombre que estaba tras el mostrador y preguntó a Loretta si se encontraba bien. Ella asintió.

—¿Llamaste a la pasma? —preguntó Dante.

Ella negó con la cabeza, y Dante imaginó que Corrado le había enseñado a no hacerlo.

—Cuéntame lo que pasó.

—Yo llegué a casa. La puerta estaba abierta de una patada y había sangre... por todo el cuarto de estar.

—¿Y Corrado tenía que estar en casa? —Ella asintió—. Está bien. Me acercaré y veré qué pasa. Dame las llaves y dime dónde es.

Ella buscó en su bolso y le entregó un juego de llaves.

—Es una manzana en Blue Island. Siete veintidós. Apartamento cuatro.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? Volveré pronto.

Terminó su café, esperando que le espabilaría, luego dobló la esquina hasta el Blackhawk, abrió el maletero y cogió la Colt. Ajustó el cañón de la pistola y luego el silenciador Maxim a este, se metió el arma en el cinturón y se dirigió al número 722.

Entró y subió los dos tramos, pisando con cuidado el borde de los escalones para no hacer ruido. El apartamento cuatro estaba entreabierto y Dante vio que tanto la puerta como el marco estaban forzados. Se inclinó para ver los daños. Señales de arañazos, madera dentada, un marca de barro de la bota que había dado la patada. Se levantó, sacó la 45 del bolsillo, la mantuvo a un lado y escuchó durante más o menos un minuto.

Silencio.

Empujó la puerta con cuidado y la abrió con el ligero tirón que se da a un diente suelto. Anduvo por un corto vestíbulo con las paredes pintadas de un tono intenso de verde y entró en el cuarto de estar; se mantuvo a oscuras, sin moverse, esperando oír

algún movimiento.

Al cabo de unos momentos de inmovilidad, el ruido de insectos era el único sonido que llenaba el aire, y entonces encendió la luz, que dejó ver una habitación espaciosa en el centro de la cual se arremolinaba lo que parecían los restos de un tornado: una mesa de centro destrozada, un sillón dado la vuelta, una alfombra arrugada en un montón, cristales rotos y tanta sangre que parecía que el suelo había sido pintado de rojo. La ventana estaba abierta y gran cantidad de insectos habían entrado para alimentarse de la sangre, haciendo que el apartamento zumbara con una detonación de vida.

En el extremo más alejado estaba la cocina americana, en su mayoría oculta a la vista por una encimera, detrás de la cual se podrían esconder fácilmente uno o dos pistoleros. Dante pasó por encima de la mesa de centro rota, con la 45 apuntando a la encimera. Cuando estuvo debajo de la lámpara que colgaba del techo, levantó la mano libre hacia ella, agarró el borde de la pantalla y orientó la luz en dirección a la cocina, desplazándola a izquierda y derecha en busca de las sombras en forma de cuerpo que pudieran proyectarse en la pared del fondo.

Nada.

Soltó la luz, que volvió oscilando a su sitio, y él se acercó para confirmar que allí no había nadie. La cocina americana estaba vacía, pero había una lata de cacahuets y un cuenco encima de la encimera. Registró el resto del apartamento. Estaba completamente vacío e intacto. Volvió al cuarto de estar y lo inspeccionó otra vez bajo la amarillenta luz de la lámpara de sodio.

La sangre formaba un charco pero también se extendía por el suelo y manchaba una de las paredes en dirección a la puerta principal. Se agachó y miró los cristales rotos: una botella de whisky y dos vasos. Se levantó y trató de imaginar la disposición de los muebles antes de que el lugar estuviera medio destruido. Luego fue al cuarto de baño en busca de manchas de sangre, no encontró ninguna, y volvió al cuarto de estar.

Encendió un cigarrillo, se apoyó en el alféizar de la ventana e intentó reconstruir lo que había pasado. Los dos vasos y los cacahuets significaban que Corrado había estado con alguien y luego otra persona irrumpió y los atacó. En la habitación había la suficiente sangre para pensar en algo más que una simple pelea: hubo puñaladas o tiros. Pero si se hubiesen disparado tiros, habría agujeros de balas y olor a cordita y los vecinos habrían llamado a la policía. De modo que habían entrado dos hombres, había habido una pelea y ellos le apuñalaron, lo dejaron allí el tiempo suficiente para que se formara el charco y lo arrastraron fuera.

Dante agarró una bayeta y un cubo y limpió el revoltijo lo mejor que pudo mientras los insectos revoloteaban a su alrededor. Cogió una bolsa para ropa de la cocina, entró en el dormitorio y metió todas las prendas de vestir de Loretta que pudo. Luego volvió al cuarto de estar, apagó las luces y quedó otra vez sumido en la oscuridad.

Salió al pasillo, se arrodilló delante de la cerradura y examinó el mecanismo. Empujó el marco de la cerradura para ponerlo en su posición con el talón de la mano y metió la llave. Luego cerró la puerta e hizo girar la llave. La sacó e inspeccionó la puerta una vez más. Las señales de líneas dentadas que se extendían como una tela de araña por medio panel de la puerta podrían ser vistas por cualquiera que pasase, pero al menos la puerta ya no estaba entreabierta, y no se podría abrir a no ser que alguien empujara con el hombro.

Cuando se marchaba, examinó el descansillo y la escalera con más atención. Había gotas de sangre y un par de rayas en la pared como a quince centímetros del suelo. Si a un cuerpo lo arrastraban un par de hombres y una mano ensangrentada rozara contra la pared, las rayas quedarían más o menos a esa altura.

Dante volvió al coche, dejó la bolsa con la ropa en el maletero, regresó a la cafetería y encontró a Loretta sentada donde la había dejado.

—¿Estás segura de que Corrado estaba allí esta noche? —preguntó en cuanto se hubo sentado.

—Claro que estoy segura —dijo ella—. Me contó que se quedaba en casa a oír el partido de béisbol.

—¿Quién estaba con él?

—Estaba solo. ¿Qué pasó, Dante?

No era cuestión de contarle la verdad, o al menos la verdad que sugerían las pruebas: que su novio estaba muerto o pronto lo iba a estar.

—Todavía no estoy seguro —dijo él—. ¿En qué estaba trabajando Corrado últimamente?

—No lo sé.

—¿Se comportaba de un modo extraño?

—Sí. Ha estado muy nervioso las dos últimas semanas por lo que le pasó a su jefe.

—¿El gobernador Small? ¿Trabajaba para el gobernador?

Loretta asintió. Corrado debía de haber estado investigando el envenenamiento en la fiesta por cuenta del gobernador Small. Por eso estaba en el Ritz el otro día tratando con tanta dureza a Inigo. Corrado debía de haberse acercado demasiado a la verdad y por eso lo habrían quitado de en medio, lo que le proporcionaba a Dante nuevas pistas. Pero por mucha curiosidad que sintiera Dante, no le parecía adecuado hacerle más preguntas a Loretta justo entonces.

—No creo que sea buena idea que te quedes allí —dijo—. ¿Puedes quedarte con tu hermana o tu madre o alguien?

—Mamá murió. Hace cuatro años. Podría ir con mi hermana, pero... No puedo aparecer allí en plena noche, y así... Buscaré un hotel.

—Puedes ocupar mi cama en el Drake —dijo Dante.

—No, no puedo.

—Está bien. El sitio tiene un sofá más grande que tu apartamento. Te cogí unas

cuantas cosas mientras estaba allí.

Loretta se quedó pensando durante un momento y sonrió.

—Gracias.

Dante dejó algo de dinero suelto en la mesa y se dirigieron a la salida. Salieron al caliente aire nocturno, cruzaron la calle hasta el coche y se subieron. Dante iba a girar la llave pero se detuvo y miró la casa de Loretta calle abajo. Imaginó al coche arrancando haciendo chirriar los neumáticos y saliendo disparado calle abajo, y luego imaginó una vez más la lucha que debía de haberse producido, todo aquel ruido.

—¿Cómo son tus vecinos? —preguntó.

—Hay una vieja en el apartamento de enfrente. No conozco a los demás. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Dante.

Arrancó el motor, pisó el acelerador, el Blackhawk rugió vivo y él inició el trayecto hacia el norte. Llevaba solo unos días en Chicago y en ese tiempo se había hecho con una *suite* en un hotel, dos armas, un coche deportivo y un perro, y ahora un montón de pistas y la chica en fuga de un gánster. Se preguntó si había algún motivo por el que su vida tuviera que discurrir así, y mientras conducía avenida Blue Island arriba, pensó que un hombre que siempre cae de pie todavía es un hombre que siempre cae.

CUANDO ESTUVIERON DE VUELTA en el hotel, Dante sugirió un trago de whisky para que Loretta calmara un poco los nervios y el trago se convirtió en una botella vacía, dos paquetes de cigarrillos y la pareja traspuesta en el sofá hacia el amanecer.

Mientras bebían, hablaron de los viejos tiempos para evitar referirse a lo que le había pasado a Abbate. Loretta protestó porque Dante hubiese dejado la ciudad tras la muerte de Olivia, hablando borracha de que le había dejado a ella sola a cargo de todo aquello. Dante a su vez habló de su confusión cuando huyó de la ciudad, de sus años viviendo de mala manera y de cómo tocó fondo en un parque cubierto de nieve del Bronx. No evitó nada excepto su adicción, que todavía le producía una profunda vergüenza.

Loretta le contó cuánto le había afectado la muerte de Olivia, que después no era capaz de concentrarse, lo que la llevó a retrasarse en los estudios y terminar dejando el instituto. Otro elemento más que añadir a la lista de culpabilidades de Dante. Le contó que estaba trabajando de camarera en una cafetería de la playa para ahorrar dinero suficiente con el que volver al instituto y terminar el último semestre. La putada era esa —dijo—, que solo le faltaba un trimestre para graduarse. Pero el dinero del trabajo parecía irse por el desagüe todos los meses antes de poder pagarle algo al banco. Entonces había aparecido Corrado y empezó a verse con él pensando que podría ofrecerle cierta protección, y ahora esa protección era un charco de sangre recogido a toda prisa de su cuarto de estar. Así que al final, a pesar de sus intenciones, la conversación había derivado de nuevo en Corrado. Loretta lloró y se quedó callada, al igual que Dante, y en un determinado momento los dos se quedaron dormidos.

SE DESPERTARON UNAS HORAS después con la luz del sol y el perro subido a la mesa de centro mirándoles fijamente. Dante ofreció llevar en coche a Loretta a casa de su hermana y ella aceptó, aunque antes tenía que pasarse por su trabajo y explicar por qué se iba a tomar un par de semanas libres. Durante el trayecto inventaron la excusa de que ella tenía que cuidar a un familiar enfermo, y discutieron si su jefe se lo iba a creer.

Cuando llegaron, Loretta entró para soltarle sus mentiras a su jefe mientras Dante ocupaba un asiento en la terraza que daba a la playa. La gente se apretujaba en la arena, y entre ella vendedores ambulantes y rateros se movían con pasos expertos, en apariencia sin que les afectase el ardiente calor. Había niños chapoteando en donde no cubría, y más allá, en sus yates, los ricos eran los primeros en apreciar que la brisa se acercaba sobre el agua. Mientras Dante miraba adormilado la multitud, se dio cuenta de que la playa era el último sitio donde le apetecía estar después de pasar una

noche bebiendo mucho y durmiendo poco, con aquel calor, un sol abrasador y el ruido estrepitoso.

Una camarera con uniforme de sarga azul recorrió la terraza y colocó una taza metálica alargada en la mesa de Dante con una servilleta de papel pegada a la condensación exterior.

—Cortesía de la señorita Loretta —dijo la camarera con una sonrisa coqueta.

Dante frunció el ceño con desconfianza ante la bebida. Una espuma con aspecto de leche se estaba formando en la parte de arriba de la taza, derramándose por el borde.

—¿Qué es esto? —preguntó, con una voz todavía ronca debido a una noche de whisky y cigarrillos.

—Una vaca negra. Zarzaparrilla y helado de vainilla —dijo la chica, antes de añadir con un susurro—: Es estupenda para las resacas.

—Gracias —dijo él, desconfiado, y cuando la chica volvió al interior, apartó la taza y dio otra calada a su cigarrillo.

Recorrió la playa con la vista y se fijó en que en cierto punto del sur, en un límite claramente señalado pasada la calle 29, los cuerpos rojos se tornaban marrones. Las playas de Chicago habían acabado imponiendo la segregación con el tiempo, no por una ley oficial, sino debido a cierto consenso social, lo que llevó a Dante a sentir extrañeza ante la inclinación de la gente por segregarse una de otra a falta de leyes que lo hicieran por ella.

—Oiga, señor, ¿no necesita unas gafas de sol? —preguntó una voz.

Dante se dio la vuelta y vio a un vendedor ambulante parado en la arena delante de él que llevaba una tabla con gafas de cristales oscuros.

—En Hollywood las lleva todo el mundo. Tome estas, le sentarán estupendamente.

El hombre agarró unas gafas de la tabla y se las pasó a Dante, que se inclinó y las cogió por una abertura de la barandilla de la terraza. Eran redondas, con montura de concha de tortuga y una fina capa de celulosa sujetando los cristales. Dante se las puso y quedó sumido en un mundo verde. Miró a los lados, arriba y abajo, y el resplandor del sol había desaparecido mágicamente. Notó que los músculos de su cara y cuello se destensaban, y que su dolor de cabeza parecía disminuir.

—La primera vez que se pone unas, ¿eh? —preguntó el hombre—. Algo que merece la pena, ¿verdad? Tome.

Sacó un espejo de bolsillo de una de las correas de la tabla y se lo pasó a Dante, que se miró. Con las gafas y el canotier en la cabeza, tenía un aspecto ridículo, pero de todos modos las compró y se echó hacia atrás en su asiento para mirar el mundo de un modo nuevo.

Uno o dos minutos después Loretta salió a la terraza y cuando él se volvió para mirarla, ella frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? —dijo—. ¿Te has quedado ciego mientras esperabas?

—Son para mi resaca.

Sonrió a Loretta, que se dejó caer en la silla de al lado, cogió un cigarrillo del paquete de Dante que estaba encima de la mesa y lo encendió.

—¿Qué te ha dicho tu jefe?

—Ha dicho que entendía mi problema y luego me ha echado por falta de formalidad.

—¿Quieres que entre ahí y hable con él? —preguntó Dante, y ella le cortó con una mirada de reojo—. ¿Te ha pagado por lo menos? —Loretta asintió. Agarró el líquido con helado y dio un largo sorbo con la paja.

—No lo has probado —dijo, y Dante hizo una mueca—. Sienta bien para las resacas —añadió, pasándole la taza. Dante la cogió y volvió a echar una mirada a la bebida: la espuma de arriba estaba empezando a desvanecerse, el helado cuajado se hundía en la zarzaparrilla, formando unos remolinos como de petróleo en la superficie. Pensar en toda aquella leche y azúcar le revolvió el estómago, así que se la devolvió a Loretta.

—¿Cómo coño va a ser bueno para la resaca? —preguntó.

—Porque la mitad es vodka —dijo ella, volviendo a agarrar la taza y bebiendo otra vez. Los dos se quedaron callados y miraron la playa.

—¿Está siempre tan llena los días de semana? —preguntó Dante.

—Para nada. Es por la ola de calor —dijo ella—. La gente se muere de calor en la ciudad, así que viene aquí para escapar de él. Solo que ahora la playa está tan llena de gente que ahoga con la aglomeración. *C'est la vie*.

Loretta agarró el líquido otra vez, sorbió la mezcla de vodka y helado y miró a lo lejos, hacia las aguas del lago Michigan y los barcos de placer llenos de gente pasándose bien deslizándose por el horizonte.

—Tiene que estar muy bien pasar el verano en barco —dijo. Dante pensó en su propio barco flotando en el mercado ilegal de la noche, y supuso que su rostro debió de traslucir una expresión nostálgica porque la cara se le relajó—. ¿Piensas en Nueva York? —preguntó ella, y Dante asintió; los dos se quedaron un momento en silencio y Loretta dio una calada a su cigarrillo—. ¿Es peligroso? —preguntó.

—¿El *Rendezvous*?

—Todo en general.

Dante negó con la cabeza.

—No tan peligroso como trabajar para Al —dijo—. A la gente se la ve venir a una milla de distancia. Y la ley no nos molesta. Frankie Yale paga a las autoridades, y aunque no pagara, el guardacostas tiene treinta y cinco mil millas de costa que vigilar. Y solo cincuenta y cinco barcos. Además, si nos persigue alguno, tenemos una lancha rápida con un motor de avión por si acaso.

Se volvió para mirarla y vio que no le estaba prestando atención.

—Corrie siempre dijo que me llevaría a uno de esos barcos de placer —dijo, señalando con la cabeza el lago. Terminó su cigarrillo y dio otro sorbo a su bebida

con vodka—. Supongo que será mejor que vayamos a casa de mi hermana.

FUERON EN COCHE A Little Italy con Loretta en el asiento del pasajero y el perro en su regazo sacando la cabeza por la ventanilla y siguiendo con los ojos el ritmo de los rascacielos que señalaban su marcha calle adelante haciendo vertiginosa su perspectiva.

—Tienes que pensar un nombre para él —dijo ella.

—¿El perro? ¿Por qué? No es mío.

—Sí, lo es.

—Inigo lo llamó Virgilio en el Ritz —dijo Dante—. Virgilio era el otro personaje del *Inferno*.

—Sí, ya lo sé —dijo Loretta.

—¿Lo has leído? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. Lo vi en una librería y pensé que lo habías escrito tú, así que me llevé un ejemplar.

Le miró y los dos sonrieron. Luego ella volvió a mirar al perro.

—Claro que no es un Virgilio —dijo.

Quince minutos después se detuvieron delante de una modesta casa de madera en una calle tranquila que salía de la avenida Racine, justo a unas cuantas manzanas de donde los dos se habían criado. Dante apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Gracias por traerme —dijo Loretta—, y por todo lo demás.

Dante se encogió de hombros.

—¿Estás segura de que no sabes en lo que estaba trabajando Corrie? —preguntó—. ¿No has recordado nada desde la noche pasada?

Ella negó con la cabeza.

—Muy bien. ¿Tienes un número donde me pueda poner en contacto contigo?

—Claro.

Loretta abrió su bolso y escribió un número en el dorso de un recibo. Él lo metió en su cartera y luego ella pareció ponerse pálida.

—No va a volver, ¿verdad? —dijo.

—No lo sé.

—Estás mintiendo.

Y Dante no supo qué decir, así que se quedaron allí sentados en un incómodo silencio.

—¿Cómo vives con eso? —preguntó ella, y Dante supo que estaba hablando de Olivia, pero fingió que no.

—¿Vivir con qué?

—Con algo que tienes delante y al momento ha desaparecido.

—Si lo descubro, te lo haré saber.

Loretta le miró con fijeza brevemente, luego se inclinó a un lado y le dio un beso

en la mejilla.

—Tú eres un buen hombre, Dante. Odiarse a uno mismo no sirve de nada.

—Yo no me odio a mí mismo.

—Claro que no. Todo eso... no es por ti. Tienes que aceptar lo que eres y lo que has hecho y dejar de sentirte culpable por estar vivo.

Ella se bajó del coche y Dante la siguió con la vista hasta que se metió en casa. Luego encendió un cigarrillo y trató de pensar; se encontró con la mirada del perro en el retrovisor y los dos la mantuvieron. Pensó en lo que Loretta había dicho y pensó en Olivia enterrada en un cementerio cuya ubicación no conocía, y pensó en los planes que habían hecho de tener una familia, planes que ahora centelleaban, con la intensa y dentada belleza del cristal roto. ¿Qué hacía uno con los sueños hechos trizas? ¿Barrerlos, arreglarlos para convertirlos en uno nuevo o dejarlos rotos en el suelo y ensangrentarse los pies andando por encima de ellos?

Y entonces se enfrentó con el hecho del que no se podía esconder: que estaba a solo unas manzanas de donde se había criado, de donde murieron todos, de donde vivía lo que quedaba de su familia. Podría acercarse hasta allí, y solucionarlo de una vez por todas. Verlos a todos y suplicar su perdón. Pensó en hacerlo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces se hizo una promesa: si salía vivo de la investigación, iría a verlos. No tenía sentido aparecer ahora solo para terminar figurando en una necrológica unos días más tarde.

Arrancó el Blackhawk y se dirigió de vuelta al centro, deteniéndose en una cafetería para darse un toque en los servicios.

EN LA LARGA E ilustre lista de políticos corruptos de Illinois, el gobernador Len Small figuraba sin duda en lo más alto. Como tesorero general del Estado desfalcó más de seiscientos mil dólares de los fondos estatales metiéndolos en un banco que los fiscales descubrieron más tarde que en realidad no existía.

Como gobernador seguía un plan consistente en conceder indultos a cambio de dinero. Durante los ocho años que llevaba en el cargo vendió centenares de indultos y libertades provisionales, incluso a los criminales más peligrosos de la ciudad: Harry Guzik, Fur Sammons, Spike O'Donnell, Bugs Moran habían comprado su salida de la cárcel, junto a otros incontables gánsteres, asesinos y violadores.

En su juicio por desfalco había conseguido que sus abogados sostuvieran que como gobernador estaba por encima de la ley, que podía invocar el derecho divino de los reyes. Cuando esa táctica no funcionó, compró al jurado. Fue absuelto, y un año después ocho de los jurados fueron premiados con cargos gubernamentales. Aunque el *Tribune* lo consideró el peor gobernador que había tenido nunca el estado, fue reelegido para un segundo período con el apoyo de Al Capone y el Ku Klux Klan, que respaldaron su campaña electoral.

Aunque su residencia oficial era la Mansión Gubernamental, en Springfield, el gobernador pasaba todo el tiempo que podía en Chicago, donde estaban el tráfico financiero, la corrupción y la riqueza. Así que Dante solo necesitó tres llamadas telefónicas para localizarle; estaba en el Loop, almorzando en el St. Hubert English Chop House del piso más alto del hotel Majestic.

Cuando Dante llegó y entró en el local, descubrió que era un sitio sombrío; los techos eran bajos, y los muebles y el revestimiento, de madera oscura. Tuvo que forzar la vista entre aquellas tinieblas para encontrar la mesa donde estaba sentado Small en uno de los recovecos privados del fondo. Estaba acomodado al estilo gánster, con la espalda pegada a la pared, visión de todo el restaurante y fácil acceso a la salida trasera.

Dante se acercó por el suelo de azulejos blancos y negros y vio a Small sentado con un guardaespaldas que tenía el físico de un saco de cemento. Cuando estuvo al lado de ellos, los dos hombres alzaron la vista de su comida y Small le echó un vistazo.

—¿Dante el Caballero, supongo? —dijo.

Dante asintió y Small le hizo un gesto con el tenedor para que se sentase. Cuando Dante lo hizo, Small lanzó una mirada al guardaespaldas, que se levantó y ocupó un lugar de espaldas al recoveco con las manos cruzadas delante de la tripa.

—¿Has comido?

—Sí —dijo Dante mirando los platos servidos dispuestos sobre el mantel blanco: filetes de solomillo, bacalao asado, bizcochos de trigo, huevos rellenos, macarrones

con queso, una cesta con pan francés, una ensalada sin tocar.

—Estás delgado, chico. Deberías comer. Un hombre necesita tener peso.

El gobernador cogió uno de los filetes con un tenedor y lo puso en un plato que le pasó a Dante.

—Gracias.

El gobernador le sonrió y volvió a centrarse en su comida, cargando un tenedor con un trozo de filete, un trozo de pescado y algo de bizcocho de trigo. Luego utilizó el cuchillo para untarlo de macarrones con queso como si eso fuera pasta para sellar y se lo metió todo junto en la boca.

Dante le observó mientras masticaba. Small era un sesentón con sobrepeso, calvo y con bigote, y vestía un traje a medida de burócrata gris. El hombre tenía una gran papada que le caía sobre el cuello. Cuando comía, la barbilla le subía y le bajaba, y con cada oscilación quedaba oculto primero y luego a la vista el nudo rojo de su corbata. Un efecto tan raro que descolocó momentáneamente a Dante.

—¿Para qué querías verme? —preguntó el gobernador.

—¿Tenía usted a su guardaespaldas, Corrado Abbate, investigando el envenenamiento de hace unas semanas en el Ritz?

—Aciertas, joder, lo tenía. Aquella noche casi me muero. Tuvieron que hacerme un lavado de estómago. ¿Nunca te han hecho un lavado de estómago, muchacho? —preguntó el gobernador, vaciando otro tenedor lleno de comida en la boca—. No es una experiencia agradable.

El hombre se puso a masticar otra vez y Dante observó cómo el nudo rojo de su corbata desaparecía y reaparecía en destellos detrás de su barbilla.

—La noche pasada alguien se llevó de paseo a Corrie —dijo Dante.

Small dejó de comer y levantó la vista hacia él, con su enorme mandíbula colgante y un trozo de comida a medio masticar visible en su lengua.

—¿Qué pasó?

—La noche pasada recibí una llamada de la amante de Corrie. Es una antigua amiga de mi mujer. Dijo que llegó a casa tarde y encontró el apartamento abierto a la fuerza y un charco de sangre en el suelo. Fui hasta allí y se lo limpié. Sé que Corrie estaba investigando el envenenamiento por encargo suyo... lo vi discutiendo con Vaughn en el Ritz hace unos días. Imagino que usted quiere saber lo que le pasó, y como los dos estamos investigando lo mismo, también podríamos hablar.

—¿También lo estás investigando tú? —preguntó Small—. ¿Encargado por Capone?

Dante asintió, y mientras Small se tomaba un momento para pensar, pudo ver alarma en su cara. El hombre había sido víctima de un envenenamiento semanas atrás y ahora a su mejor guardaespaldas lo habían hecho desaparecer. Dante supuso lo agobiado que se debía de sentir. Además de los acontecimientos recientes, el gobernador había perdido con el senador Deneen la candidatura en las violentas elecciones primarias de aquella primavera y perdería su cargo a finales de año. El

gobernador más corrupto de la historia de Illinois sería un político inútil en enero, y alguien estaba disparando a su línea de flotación.

—¿Tienes alguna idea de quién lo hizo? —preguntó Small.

—He venido aquí a hacerle la misma pregunta.

Small le miró tranquilamente durante unos cuantos segundos y luego rellenó su vaso de vino.

—Supongo que has venido aquí porque no estás al tanto de los acontecimientos recientes —dijo Small.

—Póngame al día.

—Capone y yo ya no vemos las cosas del mismo modo. Que hayas venido aquí siendo un empleado suyo significa que o no estás bien informado o que tienes un par de cojones.

—O puede que las dos cosas —dijo Dante.

Small le miró un momento y se echó a reír.

—Me gusta eso —dijo—. Me gusta eso, sin duda.

—¿Qué pasó entre ustedes dos? —preguntó Dante.

—¿Quieres decir aparte de envenenarme con su bebida? Muchas cosas. Digamos que mientras has estado fuera, las cosas se han puesto en contra de tu jefe.

—Aunque así sea —dijo Dante—, nosotros dos perseguimos lo mismo... descubrir quién estaba detrás de la fiesta del envenenamiento. Podríamos compartir nuestra información. —Dante se encogió de hombros, se echó hacia atrás en su silla y sacó sus cigarrillos del bolsillo.

—No fumes mientras estoy comiendo, muchacho —dijo Small—. Y no me gusta que la llames «fiesta» del envenenamiento. Casi muero.

Dante asintió, tratando de parecer suficientemente escarmentado.

—Yo te cuento lo que descubrió Corrie, ¿y luego qué? —preguntó Small.

—Yo voy y encuentro al envenenador.

—Y luego se lo entregas a Capone —dijo Small, agarrando otra vez el tenedor—. ¿Pero dónde me deja eso a mí? Y más interesante para ti, ¿dónde deja eso a Dante el Caballero?

Dante frunció el ceño.

—No le sigo.

Small le miró fijamente y Dante dedujo que sabía algo importante que no iba a contar, un gran secreto que no estaba seguro de que debiera revelar.

—Al principio creía que era alguien de Illinois —dijo Small—. Llevo años recibiendo amenazas de muerte debido a los indultos.

Dante asintió. Podía entender la lógica de lo que pensaba Small: alguien que había sido víctima de uno de los hombres que Small había dejado en libertad siguiendo su plan de conceder indultos a cambio de dinero había decidido vengarse del gobernador.

—¿Usted cree que el objetivo del envenenamiento era usted? —preguntó Dante.

Small asintió.

—Lo creía. Bill Thompson creyó que el objetivo era él. Capone creyó que era él. Supongo que eso evidencia nuestra vanidad. Por eso le pedí a Corrie que lo investigara.

—¿Y qué descubrió Corrie?

—Lo que descubrió Corrie te podría molestar, muchacho —dijo Small, con una mirada que indicaba que sabía algo.

—Siga —dijo Dante, y el miedo empezó a acelerarle el corazón.

—Dos días después del envenenamiento un asesino a sueldo venido de fuera apareció en Chicago y se alojó en un hotel. Corrie supuso que ese asesino había sido contratado por el que había organizado el ataque. El envenenamiento había salido mal y ahora esa gente había contratado al asesino para que viniese a rematar la cuestión. La última vez que vi a Corrie iba a mantener vigilado el hotel para intentar encontrar a ese asesino.

—¿Por qué me podría molestar eso? —preguntó Dante.

—Corrie suponía que el asesino era de Nueva York. Que el objetivo del envenenamiento no era yo, ni el alcalde ni ninguno de los otros. Se trataba de un intento de desestabilizar a Capone. Ahora pregúntate, ¿quién de Nueva York quería hacer eso?

—No lo sé.

—Tu viejo colega, Frankie Yale.

Dante frunció el ceño. Él trabajaba estrechamente con Yale en Nueva York. Si Capone y Yale estaban en guerra, Dante quedaría atrapado entre los dos.

—¿Por qué iba Yale a iniciar una guerra con Capone? —preguntó Dante.

—Hace como año y medio Capone estuvo en Nueva York —dijo Small—. Fue para que le hicieran una operación en la cabeza a ese chico retrasado que tiene. Pero también fue a firmar un acuerdo con Yale.

Dante asintió. Conocía el acuerdo que habían firmado los dos traficantes de licores. Al tenía suficientes fábricas de cerveza en Chicago para proporcionarle la que quisiera, y había suficientes fabricantes de alcohol en la ciudad para producir las bebidas infectas que se vendían baratas en sus burdeles y casas de juego. También estaba el licor que llegaba de Minneapolis y Milwaukee. Y de noche había lanchas rápidas que transportaban whisky de Canadá a Estados Unidos por el río Detroit, un estrecho de solo una milla de ancho. Pero el licor de buena calidad —el whisky escocés e irlandés, la ginebra inglesa, el ron caribeño— que Capone vendía a restaurantes y hoteles tenía que ser importado, y eso significaba traerlo desde Nueva York.

En el este, Frankie Yale tenía sobornados a los guardacostas, y eso significaba barcos llenos de bebidas alcohólicas que hacían el camino costa abajo todas las semanas desde Canadá, llenando la ciudad de alcohol de primera calidad, tanto que los almacenes de Yale en Brooklyn estaban repletos de bebidas. El acuerdo al que

habían llegado los dos hombres era que Capone compraría el exceso de bebidas de Yale y sus hombres lo llevarían a Chicago en un viaje de seis días por carreteras secundarias.

—Los últimos seis meses cada vez robaban más camiones de Capone en su trayecto desde Nueva York —explicó Small—. Y Capone cree que Yale está detrás de esos robos. Hace unos meses mandó a Jimmy D’Amato «El limas» a Nueva York para investigar lo que pasaba. ¿Oíste lo que le pasó? —Dante asintió—. Lo mataron a tiros en la calle delante de un local de Coney Island donde se jugaba a los dados. —Dante se encogió de hombros—. Así que puedes entender que la situación entre las dos ciudades es un poco tensa. Y en medio de todo eso se produce el envenenamiento. Y si Capone sospecha que Nueva York anda detrás de él, entonces no te habría llamado a Chicago para investigar el envenenamiento...

—Me mandó venir aquí para tenerme de rehén en caso de que se declarara la guerra entre él y mis amigos del este —dijo Dante, terminando la teoría del gobernador por él.

El gobernador asintió.

—Me has preguntado por qué podría molestarte la noticia, muchacho, y ahí lo tienes... tu situación en Chicago parece, en el mejor de los casos, precaria.

Dante volvió a asentir, y la cabeza le daba vueltas. Sabía que Yale y Capone habían llegado a un acuerdo, y sabía que a D’Amato le habían matado a tiros en Nueva York a principios de aquel año, pero no relacionó los dos hechos, y no tenía ni idea de los robos que supuestamente suponían una plaga en la ruta de Nueva York a Chicago. Si todo lo que estaba diciendo el gobernador era cierto, entonces no solo le había apuñalado por la espalda Capone, sino también sus amigos de Nueva York.

De repente tuvo sentido que Capone le hubiera hecho venir del este... No había ninguna ironía en el trabajo que le había encargado, y desde luego no era casualidad. Capone lo había planeado todo, y los amigos de Dante en Nueva York le habían abandonado. Se frotó las sienes un momento, deseando poder fumarse un cigarrillo.

—¿Tiene usted los detalles del hotel donde se aloja el asesino? —preguntó.

—¿Y por qué debería dárteles a ti? —preguntó Small.

—Porque en realidad usted todavía no sabe quién está detrás de todo. Y aunque fuera la gente de Nueva York, usted fue uno de los hombres envenenados, y la noche pasada mataron a su guardaespaldas. Así que se puede decir que ahora es algo personal que nos incumbe a los dos.

—Y a cambio, ¿me pasarás toda la información que descubras?

—Claro.

—¿Antes de pasársela a Capone?

—Si resulta que he sido traicionado por los dos, sin duda.

Small le miró fijamente, y mientras Dante esperaba una respuesta, se fijó en que estaba empapado de sudor.

—Muy bien —dijo finalmente Small. Sacó un recibo de su cartera, escribió el

nombre y dirección del hotel y se lo entregó a Dante, que los miró y frunció el ceño. El hotel estaba en la parte norte—. Territorio de Moran —dijo Small, leyendo los pensamientos de Dante—. ¿Dónde puedo encontrarte?

—Estoy en la *suite* Lindbergh del Drake.

Small asintió. Cuando Dante se levantó, Small miró su plato.

—No te has comido el filete, muchacho.

—Me lo llevaré.

CUANDO DANTE VOLVIÓ A la calle, puso el filete en la acera, al lado del Blackhawk, y el perro saltó por la ventanilla abierta y se puso a comérselo.

Dante le observó un momento, encendió un cigarrillo y trató de ordenar sus pensamientos. ¿Eran sus amigos de Nueva York los que estaban detrás del envenenamiento? ¿Había traído Capone a Dante a Chicago para tenerlo de rehén, a lo mejor para torturarlo con objeto de obtener una información sobre un complot del que él no sabía nada, puede que para matarlo y arrojarlo en un agujero en algún lugar de las interminables llanuras?

Luego estaba el asesino en la ciudad para atar algunos cabos sueltos. Él mató a Corrado, que también estaba investigando el envenenamiento, lo que significaba que probablemente después iría detrás de Dante.

Y luego estaba el hecho de que acababa de ponerse de acuerdo con el gobernador para traicionar a Capone.

Dio otra calada a su cigarrillo, y pensó en marcharse de la ciudad, subirse al Blackhawk y largarse de allí. Pero si lo hacía, tendría a Capone dedicado a cazarle el resto de su vida, y quizá a sus «amigos» de Nueva York también.

Cuando el perro terminó el filete, Dante se quedó expuesto al sol y el resplandor de la calle, sin saber lo que debería hacer. La sensación de miedo que pendía sobre él desde que llegó a la ciudad empeoró, haciendo que el corazón le latiera más deprisa, reduciendo su energía y obligándolo a preguntarse si no era ya un hombre muerto.

QUINTA PARTE

SEGUNDO CHORUS

«Uno puede bromear sobre Chicago y sus delincuentes, pero es la ciudad que tiene el modo más inteligente de tratar a sus delincuentes. Dejan que las bandas rivales se maten entre sí y lo único que tiene que hacer la policía es servir de árbitro y contar los cuerpos. En Chicago no quieren delincuentes que no estén dispuestos a matar a otros delincuentes. Así que, ¡viva Chicago!».

WILL ROGERS,
carta al *New York Times*, 1928

Chicago Herald Tribune

EL MEJOR PERIÓDICO DEL MUNDO

DOS NUEVAS BOMBAS ARRASAN LA CIUDAD

El número total de bombas en la ciudad este año supera las 65

(Foto en la página de atrás)

Por JAMES O'DONNELL BENNETT

La pasada noche una bomba fue detonada justo después de las 12 en la zona norte, en el Servicio fotográfico de la Cooperativa Droguera, calle Congress, 2641. La bomba destrozó la fachada de la tienda y rompió las ventanas de los edificios de media manzana a cada lado, aunque afortunadamente el edificio estaba vacío y la explosión no hirió a nadie. La policía de la avenida Warren se inclina a creer que el bombazo tuvo origen en disputas laborales. Los daños se calculan en 1.500 dólares.

Poco después cerca de las 2 de la mañana, una segunda explosión de una bomba de pólvora negra tuvo lugar en la heladería de A. Giancane, en la calle Taylor, 1510. Una represalia por el apuñalamiento de Edward Divis, gánster de la zona norte, se considera esta vez el motivo, según la policía de la calle Maxwell. La explosión fue lo suficientemente ruidosa para que se oyera en el Loop.

Estas nuevas explosiones elevan el número total de bombas en la ciudad a 65, con unos daños totales estimados que superan los 50.000 dólares, frustrando las esperanzas de los ciudadanos, que pensaban que habían asistido al final de la avalancha de bombas que arruinaron la fase previa de las elecciones republicanas a gobernador de marzo, que vieron la explosión de más de 60 bombas durante los seis meses anteriores a las elecciones, incluidas las explosiones en las casas del supervisor de Finanzas, el responsable de los Servicios Públicos, el secretario del fiscal general, los jueces Swanson y Sbarbaro y de modo especial el senador Deneen.

G. L. Hostetter, secretario ejecutivo de la Asociación Patronal, que ha estado siguiendo los números, dijo en un comunicado que la mitad de las bombas fueron dirigidas a negocios, sugiriendo como motivo principal la agitación de los trabajadores y los sindicatos, y la otra mitad fue originada por *vendettas* personales o de bandas, grupos delictivos de protección y guerras raciales por el territorio. Su uso por terroristas anarquistas —un fenómeno que recientemente ha supuesto una plaga en Nueva York, Baltimore y Filadelfia, entre otras ciudades— no se menciona como motivo de ninguna de las bombas de Chicago.

«La fabricación y lanzamiento de bombas se ha convertido en una ocupación profesional, llevada a cabo por un gremio cuyos servicios se alquilan —dijo Hostetter en el comunicado emitido por la asociación la semana pasada—. Las bombas se pueden comprar y “servir” (esto es, lanzar) en cualquier sitio donde se indique».

De todas las zonas de la ciudad, la calle Halstead, entre el bulevar del parque Irving y la calle 63, fue objeto de la mayor violencia, con 12 bombas lanzadas ya este año, lo que ha llevado a la asociación a denominarla «Camino de la pólvora».

JACOB SE DESPERTÓ POR el sonido del teléfono, su opaco timbre metálico penetró en su sueño tan afilado como un cuchillo. Se levantó, se frotó los ojos y corrió al cuarto de estar para descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Jacob? Soy Pete Geary, de la comisaría de la 32. Frank Lynott dijo que andabas siguiendo la pista de una mujer de unos veinticinco años.

—Sí —dijo Jacob.

—Apareció una en Bridgeport.

—¿Viva?

—No. Más muerta que un faraón. Había provocado un atasco en el canal de desagüe. La tarea se las trae. ¿La quieres?

—La quiero. ¿En qué parte del canal?

—Justo pasado South Fork, sigue y lo verás.

—Gracias, Pete.

Jacob colgó el teléfono de un golpe y se apresuró a prepararse para otra noche larga y llena de sangre. Estaba en la calle en menos de cuatro minutos, y dentro de un taxi de la parada que estaba a un par de manzanas de su apartamento en menos de siete. Solo cuando estuvo instalado en el asiento trasero del taxi se le ocurrió mirar la hora en su Hamilton: las tres cuarenta y dos. Jacob suspiró, echó la cabeza atrás y contempló la ciudad pasar como una flecha, las luces de la noche formando rayas en la oscuridad a sus espaldas. El taxi iba deprisa porque las calles estaban vacías, si se exceptúan unos cuantos vagabundos y borrachos y grupos de almas solitarias que esperaban en las paradas de tranvía para coger los coches búho de vuelta a las afueras.

Después de que Lynott hubiera buscado en la Oficina de Identificación a la desaparecida bailarina de cabaré novia de Roebuck sin encontrar nada, puso una nota en los boletines diarios de las comisarías para que la gente estuviera atenta a la aparición de cualquiera, viva o muerta, que coincidiese con la descripción. Habían pasado quince días desde entonces y Jacob seguía sin saber nada de la chica desaparecida ni del secuaz muerto, y a pesar de todos sus esfuerzos para seguir otros caminos, su investigación se había atascado. Hasta ahora.

Un cuarto de hora después estaba pasando por Bridgeport, y cuando cruzó el río en South Fork Jacob pudo ver luces que brillaban en la orilla sur del canal, coches de la policía, un grupo de agentes. Dijo al taxista que se dirigiese al jaleo; cuando estuvieron cerca, el taxista se detuvo en lo más alto de la orilla y Jacob le pagó y bajó andando hacia las luces, avanzando con rapidez por el barro, que el calor del verano había secado y puesto duro como el macadán.

Cuando llegó al grupo de personas que estaban en la zona más baja de la orilla, la

ropa de Jacob estaba empapada de sudor, como si los propios rayos de luna despidieran calor. Buscó a alguien que mandara, y vio a un inspector al que conocía y que supuso que estaba a cargo. Jacob se dirigió a él y le saludó. El inspector miró atentamente a Jacob un momento antes de asentir y alejarse a consultar algo con dos patrulleros que estaban parados detrás de un arco voltaico que habían instalado en el techo de uno de los coches y mandaba un rayo de luz a las aguas.

Los dos hombres se habían atado pañuelos en la cara para protegerse del olor que llegaba del agua. El canal había sido construido el siglo anterior, en parte para proporcionar un enlace navegable entre el Mississippi y los Grandes Lagos, pero principalmente para que arrastrase los desperdicios industriales y los restos de los mataderos de la ciudad, de modo que las aguas corrían espesas con sangre, vísceras y entrañas de animales, excrementos y residuos de las fundiciones de la ciudad.

Entre el borde de la orilla y el propio canal había metros de suelo cenagoso que parecían suponer un peligro, tachonados de basura y de altos hierbajos. El rayo del arco voltaico, una luz amarillo limón, salía disparado sobre el erial hasta un punto en el centro del canal donde una isla diminuta de barro se alzaba del agua que corría y el cuerpo desnudo de una chica negra aparecía medio hundido.

Jacob examinó un momento lo que pudo ver del cadáver, se dio la vuelta y vio a un joven parado cerca, puede que un ayudante del médico forense, que también estaba observando el paisaje infernal. El joven notó que le estaba mirando y se dio la vuelta.

—¿Quién hizo la llamada? —preguntó Jacob, sin saber cómo la habían localizado en plena noche en el centro del canal.

—Un aviso anónimo —dijo el joven—. Los encargados de la presa en Lockport abrieron las compuertas por la tarde y el nivel del agua estuvo disminuyendo toda la noche. Lo suficiente para que se viera. Nosotros solo estamos esperando que vengan los de la sanidad local y se hagan cargo de ella.

Jacob asintió y el hombre volvió la vista otra vez hacia el oeste, en dirección a la lejana ciudad. Jacob siguió su mirada hacia el oscuro horizonte, donde de vez en cuando, en la distancia, el cielo se iluminaba con bolas de metano en llamas que estallaban en la noche desde las chimeneas como torres de las fundiciones de las afueras de la ciudad, fundiciones que producían acero las veinticuatro horas del día. El efecto resultaba inquietante; el silencio y la oscuridad, luego el destello enfurecido, imposiblemente alto y lejano, como si un dragón estuviera echando basura a la tierra.

Pasados unos cuantos minutos se oyó el sonido de un motor, y Jacob y el hombre se dieron la vuelta y vieron llegar una furgoneta con «Sanidad Local de Chicago» pintado en un costado. Se apearon dos hombres, hablaron brevemente con el policía y acto seguido se pusieron botas, monos y mascarillas en la cara. Uno de los hombres se sujetó un arnés, que el otro conectó a un torno de la furgoneta, y con un hastío y una eficiencia propios de quien ha repetido el procedimiento centenares de veces

anduvo por el sucio pantano, colocó una cuerda en torno al cuerpo y lo arrastró.

Cuando al fin el cuerpo fue llevado hasta la orilla, todos los reunidos se acercaron a examinarlo. Zonas de la piel de la chica habían quedado desteñidas por los productos químicos de las industrias vertidos al canal. Las partes que habían estado expuestas al aire —un lado de la cara, un brazo, un pecho, un muslo— presentaban un tono marrón más claro, pero el resto poseía un matiz enfermizo de blanco, los dos colores diferentes arremolinados uno con otro produciendo un extraño efecto como marmóreo. Uno de los hombres del forense sacó un cubo de agua de alguna parte y cuando lo vertió sobre el cuerpo, eliminando el lodo marrón del canal, el efecto fue incluso más marcado y todos, hasta los hombres más curtidos del cuerpo de inspectores, se quedaron quietos mirándolo en silencio.

Aparte de los remolinos desteñidos, esparcidos por todo el cuerpo desnudo de la chica aparecían otras señales de daños: magulladuras y cortes provocados por su paso por el canal; piel reblandecida, con escamas; picaduras de insectos, mordeduras de peces y picoteos de las gaviotas; el cuello, claramente roto, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo espeluznante; señales de cuerda donde le habían atado un peso para mantener el cuerpo bajo el agua, y finalmente dos agujeros donde deberían haber estado sus ojos, los dos llenos de agua del canal, hechos por el picotazo de un pájaro, o comidos por una rata, o arrancados, como los de su novio, por Anton Hodiak.

Jacob se apartó del grupo sin estar seguro de si aquella era la novia del muerto o no. Sacó del bolsillo el menú del Sunset Café para comparar a la bailarina de aspecto sano con el cuerpo de miembros retorcidos, hinchado que tenía delante. Era el suyo, aunque muy transformado. Del folleto de presentación del Sunset al coro del Mejor de Chicago y a una muerte lamentable en un canal de aguas residuales.

Jacob volvió a guardar el menú en su bolsillo antes de que alguien se fijara en él y luego el grupo se puso a trabajar. Los hombres del forense realizaron un reconocimiento rápido, después del cual Jacob hizo unas fotos. Había metido su Leica en la bolsa que llevaba en bandolera, una cámara portátil de 35 milímetros que no necesitaba placas ni un pesado trípode o una lámpara de flash pues, como esperaba, los patrulleros habían dirigido su luz al cuerpo para facilitarle el trabajo.

Mientras trabajaba se mantuvo cerca de los inspectores para así oír sin que se dieran cuenta lo que decían. El consenso era que a la chica la habían tirado corriente arriba, en algún sitio cerca de la boca de Bubbly Creek, Burbujas donde el río Chicago dobla hacia el sur y se une con el comienzo del canal. La habían tirado atada a un peso, lo que explicaba las marcas de cuerdas de sus tobillos y muñecas. Pero después de unos días en el agua, el cuerpo se había soltado de algún modo e iniciado su trayecto hacia el oeste. Los inspectores discutieron si con las primeras luces debían mandar a los patrulleros al arroyo situado más arriba para buscar testigos, y lamentaron que el asesino hubiera elegido un vertedero desolado.

Bubbly Creek Burbujas, estaba más cerca de la ciudad, pero era una zona de

fábricas, poblado de noche por vagabundos y los desesperadamente pobres que vivían junto a la orilla de la corriente de agua en construcciones de ladrillo derruidas, refugios pegados a los edificios y chabolas. El lugar se ganó su nombre décadas atrás, cuando empresas de los mataderos vertían desperdicios a tal ritmo que toda la sangre, las vísceras y las entrañas lanzadas entraban en combustión y soltaban gases carbónicos, haciendo que la superficie burbujeara y desprendiese vapor como un agujero del infierno.

Jacob se quedó pensativo y volvió a mirar el cadáver, los arañazos, las magulladuras y el cuello roto, que los hombres del forense atribuyeron a su viaje canal abajo. Por rápido que corriese el canal, no tenía la fuerza suficiente para romperle el cuello de aquel modo, con tanta limpieza. Jacob reflexionó y algo se abrió camino a través de su conciencia: un recuerdo de un daño similar que había fotografiado una vez.

Una hora después, cuando habían terminado el trabajo, el recuerdo al fin se materializó. Otra víctima de asesinato, otra mujer, lanzada desde el puente de la calle Adams el año anterior. El asesino había arrojado su cuerpo de cabeza desde el puente y el cuello se le había roto del mismo modo exacto cuando golpeó contra el agua. Jacob intentó pensar en los puentes que había corriente arriba desde donde estaban. Y entonces se le ocurrió: el puente de la avenida Ashland. Pasaba justo por encima del canal, entre donde estaban ellos y el arroyo. La policía estaría buscando testigos en el lugar equivocado. Si se daba prisa, podría adelantárseles.

MICHAEL E IDA CONTINUARON investigando la desaparición de Gwendolyn van Haren haciendo prospecciones por los alrededores de la estación de tren donde la chica había desaparecido. Hicieron un plano de las manzanas en las que Gwendolyn podría haberse bajado basándose en el camino que había seguido el taxi; luego las recorrieron de arriba abajo con el sofocante calor, hora tras hora, entrando en tiendas y quioscos, enseñando la foto, preguntando si alguien recordaba a la guapa heredera que se había dado a la fuga. Volvían también de noche, pero nadie había visto nada.

En las horas de luz continuaban comprobando los hospitales, cárceles y depósitos de cadáveres, pero no había aparecido por allí. Su prometido y el amigo de este, Lloyd Severyn, también seguían desaparecidos. Era imposible localizar a ninguno de sus conocidos para interrogarle. Y por lo que respectaba al padre de la chica todavía estaba fuera de la ciudad. Comprobaron el pasado de todos los que trabajaban en la casa, y todos lo tenían limpio. Llamaron a sus colegas de Montreal, imaginando que a lo mejor ella había llegado a su destino utilizando una ruta distinta, pero sus colegas del norte de la frontera no tenían constancia de que estuviera en la ciudad.

De modo que dirigieron su atención al senador Deneen. A Michael le habían ofrecido trabajo en la oficina del fiscal del estado para que abandonase el caso Van Haren, y si lo que había dicho el amigo de Michael, Walker, era correcto, el fiscal del estado había hecho la oferta porque el senador Deneen les había presionado. Michael llamó a un contacto en el partido republicano y le pidió una lista de los que contribuyeron a la campaña de la elección del senador Deneen, y allí, se uno de los lugares más destacados figuraba el nombre de Charles Coulton. El padre del prometido de Gwendolyn, el padre cuyo hijo había desaparecido sin que hubiera un informe donde constara tal circunstancia, tenía estar detrás de todo aquello. Desde Coulton hasta el fiscal del estado, pasando por Michael, el poder se había ejercido a través de relaciones. Chicago era así, una ciudad de líneas y fuerza.

Resultó que la dirección empresarial de Coulton solo estaba a un par de manzanas de la oficina principal de la Pinkerton, al final de la calle LaSalle, así que Michael había bajado hasta allí a primera hora de la mañana siguiente y ahora estaba parado delante, viendo los coches que entraban y salían del edificio. Coulton era su dueño, lo había construido él, los veinticinco pisos, alquilando veintitrés de ellos a otros negocios y reservando los dos más altos para sí mismo.

Michael dio una calada a su cigarrillo y giró el cuello para mirar el edificio. Estaba revestido de piedra caliza de Connecticut y, como tantos otros edificios construidos en los años posteriores al descubrimiento por Carter y Carnarvon de la tumba del rey Tut, estaba decorado con un estilo de influencia egipcia con líneas *art déco* que recorrían su mampostería y representaban juncos del Nilo, hojas de papiro, lotos, escarabajos, soles y dioses con cabeza de chacal, lo que hacía que pareciese un

nuevo templo de una antigua religión.

En el mismo pináculo del edificio había una especie de estatua dorada que Michael no podía distinguir. Se puso la mano encima de las cejas para oscurecer el resplandor y tener una mejor vista, pero la luz que caía del cielo era demasiado fuerte; rebotaba en el asfalto y en las paredes formando un millón de desordenados zigzags que incidían en sus ojos y se los secaban. Más líneas de fuerza presionaban desde arriba, perturbándole y oscureciendo todo el conjunto.

Delante del vestíbulo del edificio estaban parados Rolls-Royce, Cadillac e Isotta Franchini para descargar en la entrada a los capitanes de la industria. Las puertas de los coches las abrían porteros con guantes blancos impecables, y los hombres se apeaban sobre una alfombra roja y se dirigían a unos ascensores que los subían a su nuevo Monte Olimpo en lo más alto del edificio. Al cabo de unos momentos se detuvo un Bentley del que se apearon dos hombres. Michael dejó caer su cigarrillo al suelo y atravesó la calle al trote.

—¿El señor Coulton? —dijo, y los dos hombres se detuvieron y se volvieron para mirarle. A pesar del calor, los dos iban vestidos con trajes formales negros. Coulton era alto y tenía buena planta, y si no hubiera sido por el entorno y el traje, Michael lo habría tomado por un matón callejero de cierta edad—. Me llamo Michael Talbot. Soy detective de la Agencia de Detectives Pinkerton.

—Ah, sí, el hombre que rescató al pequeño de los Brandt de aquellos secuestradores.

Michael se interrumpió. El acento, la entonación, la elección de palabras parecían inadecuados. Eran más toscos de lo que esperaba, con más influencia callejera, de la Costa Este, de los barrios bajos de Washington, Filadelfia, Baltimore. El hombre estaba intentando disimular su auténtico acento. Michael le volvió a mirar y otra vez le pareció un gánster con un traje bien cortado.

—Así es, señor —dijo Michael.

—Los Brandt son buena gente. Todos nos sentimos muy aliviados. Bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Solo quería darle las gracias por mi nuevo trabajo en la oficina del fiscal del estado, y me gustaría saber si podríamos discutir los detalles.

Michael observó con atención que los músculos de la cara de Coulton se contraían confusos. El hombre ya debía de haberse enterado por sus informantes del fiscal del estado de que Michael había rechazado la oferta de trabajo, y sin embargo allí lo tenía, dándole las gracias, segándole la hierba bajo los pies. Coulton ignoraba si había habido un malentendido, y Michael estaba esperando que la curiosidad del hombre le proporcionara atención.

Mientras Coulton miraba a Michael, decidiendo qué hacer, el hombre que había salido del coche con él se adelantó y sonrió.

—Señor Talbot. Soy el señor Smith, el secretario personal del señor Coulton. En este momento estamos muy ocupados, pero si quiere concertar una cita, haga el favor

de llamar a este número.

Le dio una tarjeta de visita y le miró a los ojos. La entrega la hizo con soltura, y Michael sonrió ante la ironía; tenía la desenvoltura y la actitud de un rico, el acento del que carecía Coulton y que este tanto se esforzaba por imitar.

Michael devolvió la mirada a Smith y reparó en que uno de los ojos del hombre era de cristal, una imitación cara de su ojo bueno, lo suficientemente perfecto para que casi no se notara.

Cuando Michael cogía la tarjeta, uno de los porteros del edificio se acercó.

—¿Va todo bien, señor Coulton? —preguntó, cuadrando espalda y hombros. Detrás de ellos un par de coches se habían detenido a la entrada, esperando para descargar más hombres dentro del edificio, y la interrupción estaba impidiéndoselo.

Coulton miró fijamente a Michael unos segundos más y luego levantó un dedo tembloroso, corto y gordo.

—Todo bien —dijo al portero. Y luego a Michael—. Tiene cinco minutos.

Se dieron la vuelta y entraron al vestíbulo del edificio, un vestíbulo abovedado y lo bastante alto para que cupiese una gran piedra gris pero que en lugar de eso estaba presidido por la corriente fría como el hielo de un sistema de aire acondicionado que atravesó la ropa empapada de sudor de Michael y le alcanzó la piel.

Lo cruzaron hasta un grupo de ascensores bajo un mural con el ojo de Horus, entraron en un ascensor privado y subieron directamente hasta el piso veinticuatro en silencio. Luego recorrieron un pasillo impecable y pasaron por una puerta de cristal a un despacho del tamaño del apartamento de Michael. A diferencia del vestíbulo de temática egipcia, allí el decorado era el de una casa de campo aristocrática: madera oscura muy brillante, sillones de damasco, cortinas de terciopelo, todo un alarde para obtener un toque *ancien régime*. Lejos de conseguir que Coulton pareciera lo que aspiraba a ser, el decorado ponía de manifiesto el abismo que le separaba de ello, evidenciando más incluso su naturaleza de estafador callejero.

Y en aquel momento a Michael se le ocurrió por qué no había podido averiguar gran cosa cuando había rastreado los orígenes de Coulton: el hombre se había cambiado de apellido. Aquel era exactamente el tipo de apellido que habría elegido el hombre de haber tenido la oportunidad, un apellido que encajara con los muebles, el acento, el traje y el coche. Michael fabricó mentalmente el recorrido vital estándar: un chico de la calle que hace dinero, se traslada al oeste, lava el dinero y se cambia el apellido; después se hace más rico, construye rascacielos y casa a su hijo con alguien que, según las normas de Chicago, pertenece a las familias ricas de toda la vida. Pero resultó que a su hijo no le gustaban las chicas y estaba más interesado por frecuentar los clubes de jazz de los barrios bajos, así que todos los planes de una sucesión respetable se habían venido abajo. Y ahora el chico y su futura esposa habían desaparecido, y el hombre tenía que entenderse con un detective de la Pinkerton en su despacho.

—¿Qué está haciendo aquí, señor Talbot? —preguntó Coulton una vez que

estuvieron sentados a su mesa de despacho, con el secretario cerniéndose detrás de Michael, cerca de la puerta.

—Quería saber por qué usted no informó de la desaparición de su hijo cuando este se esfumó. Por lo que sé, es su única familia directa y hace semanas que no le ve nadie.

—Mi hijo tiene la costumbre de desaparecer. Es un inútil. Desaparece solo para reaparecer unas semanas después en una celda de la policía o el calabozo para los borrachos, o en algún sitio peor. Mientras usted está preguntando dónde está, probablemente esté tomando cócteles en un burdel mexicano. Al final aparecerá, y cuando lo haga será sin duda con una factura añadida. Una nota con la fianza que tiene que pagar, una amenaza de chantaje, una deuda de juego, un periodista al que hay que sobornar para que mantenga la boca cerrada. Si llamara a la policía cada vez que desaparece el chico, no habría agentes en las calles. ¿Por qué no informé de su desaparición, pregunta usted? He estado a punto de desheredarle la última década, por eso.

—Pero esta vez también ha desaparecido su prometida...

—Su prometida es tan estúpida y caprichosa como él. En eso forman una pareja excelente. Por sus preguntas compruebo que no ha aceptado la oferta de trabajo con el fiscal del estado.

—No.

—¿Antes me ha mentado?

—Si no lo hago, usted no habría hablado conmigo.

Al oírlo, Coulton se quedó callado un momento y luego asintió.

—Usted ha elegido un camino peligroso, señor Talbot. ¿Y todo por qué? Una chica sensiblera con la cabeza hueca que decide huir y un chico descarriado que andará borracho en algún tugurio. ¿Por qué está interesado en todo eso?

Michael se encogió de hombros.

—Me interesa hacer lo que debo por la chica y por su madre.

Coulton se rio, una risa burlona, despectiva.

—Usted me engañó con esa cara que pone. No le había tomado por un bienhechor. Mire por la ventana, señor Talbot. Estamos en Chicago. Aquí no hay sitio para los bienhechores. Tenemos casi el doble de asesinatos que en Nueva York y explotan más bombas que en cualquier otra ciudad del país. Tenemos una cárcel de la que se pueden largar los internos, un manicomio del que se escapa uno de cada cuatro pacientes, un gobernador que te indultará si le pagas bastante, un senador que es tan corrupto que no se le permite ocupar su escaño en el senado, y celebramos una elección donde se utilizaron más granadas de mano que en una guerra. Si usted cree que en esta ciudad hay sitio para los bienhechores, es un jodido idiota.

Michael miró al hombre cuando terminó su diatriba. Aquel era el típico discurso preparado con antelación que la gente elabora durante su tiempo libre y que le gusta soltar siempre que encuentra la oportunidad, y a Michael le había tocado escucharlo.

—Y ahora, a menos que tenga algo que hacer aquí, me gustaría seguir con mis asuntos.

—Solo una pregunta antes de irme. ¿Usted construyó este sitio?

—Lo construí.

—Es muy impresionante. Fuera, justo arriba del todo, hay una estatua de oro. Desde la calle no pude distinguir lo que era. El edificio es realmente alto, y con el sol brillando...

Michael se encogió de hombros y tuvo dudas sobre si estaba llevando demasiado lejos el papel de sureño torpe. Coulton frunció el ceño, inseguro de si se estaba burlando de él. Luego apretó los dedos formando una torre.

—Es Pluto, el dios de la riqueza. El edificio de la Bolsa tendrá su escultura de Ceres, y yo tengo mi Pluto.

—Entiendo —dijo Michael, sin saber por qué el hombre había puesto a un dios griego encima de un antiguo edificio egipcio. Michael supuso que debía de haberlo dicho en tono desagradable, porque Coulton le miró furioso.

—¿Tiene algo en contra de la riqueza, señor Talbot? ¿Es usted uno de esos pardillos que leen la Biblia y piensan que el dinero está en la raíz de todo mal?

Era la segunda vez que Coulton sugería que Michael era tonto, y el hombre probablemente ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho. Michael siempre había tenido la impresión de que era posible salir adelante en la vida con escasos modales o con poco dinero, pero nunca sin las dos cosas. Michael, al no tener mucho dinero, había optado por ser bien educado. Coulton, al parecer, era su opuesto.

—Yo no diría eso —contestó Michael.

—Sin embargo rechazó un trabajo que podría hacerle mucho más rico de lo que es ahora. El dinero podría haberle llevado a usted y a esa familia mestiza suya a un sitio algo más respetable.

—Bueno, la parte sur para mí es bastante respetable.

—No lo dudo —dijo Coulton—. Usted parece la misma imagen de la felicidad. Un autor de teatro de la antigua Grecia escribió una obra sobre Pluto. El dios estaba ciego y distribuía la riqueza al azar. Luego recuperó la vista y empezó a distribuirlo a quienes lo merecían, ¿y sabe lo que pasó? Caos. La sociedad se vino abajo.

Michael asintió, entendiendo el planteamiento.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿cómo consiguió usted su dinero? Cuando me estuve informando sobre usted, los periódicos no tenían mucho que decir con respecto a ese asunto.

Michael vio un destello de ira en los ojos de Coulton.

—No me gusta mucho su actitud, señor Talbot.

—A mí tampoco me gusta.

Coulton siguió mirándolo furioso un poco más y luego, como si se diera cuenta de algo —puede que Michael estuviera intentando sacarle de quicio—, sonrió.

—Hice un poco de dinero en mi juventud —dijo— trabajando duro. Invertí ese

poco dinero y eso atrajo más dinero. Ese es el modo en que funcionan las cosas.

—El dinero atrae al dinero —dijo Michael.

—Exactamente. Como la gravedad.

—O el vudú —murmuró Michael, queriendo sacar más de quicio al hombre para observarle cuando estaba enfadado. Pero Coulton no picó en el anzuelo.

—Usted es de Nueva Orleans, ¿no es así, señor Talbot? —dijo, enarcando las cejas.

—Así es.

—Fui una vez a su ciudad. Vi a un brujo. Me leyó el futuro. Por diversión. Supongo que hay un vudú para el dinero, una magia, una fuerza. ¿Quiere saber qué semejanza hay entre el vudú y el dinero?

—Claro.

—Solo funcionan si la gente cree en ellos —dijo Coulton sonriendo, y Michael se quedó pensativo y devolvió la sonrisa.

—Supongo que usted cree en eso —dijo.

—Creo, en efecto. El dinero es vida, señor Talbot. Sin él, ¿quién sabe qué terrores nos aguardan?

Michael le examinó un momento pasando el ala de su sombrero por los dedos. No necesitaba estar más tiempo con aquel hombre. Era evidente que tenía que ver con todo aquello. La única cuestión era cómo.

—Bien, será mejor que me vaya. Gracias por su tiempo.

Michael sonrió y Coulton le siguió con la vista cuando se levantó y se dirigió a la salida. El secretario del ojo de cristal se acercó a la puerta y la abrió, pero justo cuando Michael llegaba a ella recordó algo.

—Casi me olvidaba de ello —dijo, deteniéndose, y Coulton alzó la vista hacia él—. Usted citó mal las escrituras. El dinero no está en la raíz de todo mal. «El amor al dinero» está en la raíz de todo mal. Una gran diferencia, estoy seguro de que usted estará de acuerdo.

Michael sonrió y Coulton le miró furioso. Michael se ajustó el sombrero a la cabeza y salió por la puerta de cristal; después siguió el pasillo, bajó en el ascensor, pasó por debajo del ojo de Horus y llegó a la agitación y ruido de la calle LaSalle, que se asaba bajo el calor.

CUANDO JACOB CAMINABA JUNTO al canal, llegó el amanecer, rubí y blanco, que prometía otro día de calor y neblina, y la luz dio forma a los colosales depósitos de almacenamiento de gas, las fábricas y las refinerías alineadas en el descampado a ambos lados del curso de agua. Más allá de ellas estaba el puente. Había sido levantado para dar paso a un barco de vapor, así que en cada orilla sus mitades apuntaban hacia el amanecer como dos enormes dedos de hierro.

En el lado de Jacob, justo delante del puente, se levantaba un conjunto de cabañas viejas y chabolas que se extendían a lo largo del borde del agua, frente a un muelle improvisado donde había unas cuantas balsas atadas. Las balsas eran chapuceras y poco sólidas, hechas de trozos de madera y bramante, manejadas por vagabundos que rescataban de las aguas residuales vertidas en el canal por los mataderos grasa animal y pelos que flotaban en la superficie para vendérselos a los fabricantes de lubricantes y empaquetadores.

Jacob supuso que si el cuerpo de la bailarina lo habían tirado al canal, había tenido que ser de noche, de modo que las únicas personas que podrían haber estado en el exterior y ser testigos de ello eran los vagabundos que vivían debajo del puente. Anduvo de prisa orilla abajo hasta las chabolas y se puso a buscar gente a la que preguntar.

Las personas con las que dio estaban borrachas, medio dormidas o locas, y Jacob pronto supuso que los habitantes de aquel barrio de chabolas que estuviesen en sus cabales probablemente ya estarían en la corriente de agua rebuscando algo con lo que conseguir comida.

Llegó el mediodía, transcurrió la tarde y Jacob seguía sin encontrar a nadie que le diera alguna información útil. Dejó la orilla del canal y entre las fábricas encontró una cafetería donde tomó una cena temprana. Cuando cruzaba el puente de regreso al barrio de chabolas, se detuvo un momento para mirar el canal de debajo, recto como una carretera al abrirse paso en su camino para unirse al río Des Plaines, a cuarenta y cinco kilómetros hacia el sudoeste. El canal solo era una parte de la red de vías férreas, cursos de agua y carreteras que la ciudad proyectaba hacia las tierras del interior y utilizaba para llevar personas y mercancías con la lúgubre determinación del patrón de un barco de pesca, redistribuyendo el paisaje para que Chicago se mantuviera en el centro, como principio organizador.

Una sensación conocida se apoderó de él, una que experimentaba con frecuencia cuando contemplaba la gigantesca fuerza industrial de la ciudad: que estar en Chicago significaba ser un eslabón de una máquina colosal, inconmensurable, que fabricaba, construía y fundía sin cesar, y a una escala tan enorme que a cualquier hombre le resultaba imposible entender por completo la extensión de lo que había planeado la ciudad. Era una sensación desorientadora, una sensación de impotencia,

insignificancia, desapego.

Volvió a mirar las enormes fundiciones, que expulsaban al aire explosivos chorros de fuego que dejaban detrás rastros de humo púrpura divididos por los rayos del sol color herrumbre. Las nubes de hollín y humo que se cernían sobre el canal y la ciudad, y empeoraban la sensación de humedad, solo se dispersaban si el viento decidía soplar del modo adecuado y empujar las nubes encima del lago. Se secó el sudor de la cara, miró el barrio de chabolas y bajó a la orilla otra vez.

Un poco después de la puesta de sol, una balsa se detuvo en el muelle y un viejo con barba la ató, se echó un saco al hombro y atravesó las planchas de madera tendidas sobre el barro del borde del canal. A pesar del calor, el hombre llevaba puesta una gruesa cazadora de invierno y un gorro de lana, y la mugre y el hollín le manchaban tanto la cara que Jacob ni siquiera consiguió distinguir el color de su piel. Jacob pensó en la chica, blanqueada por el canal, y en aquel vagabundo, cubierto de mugre negra por la misma causa.

Anduvo hacia el hombre y mantuvo el paso a su lado.

—Perdone que le moleste —dijo Jacob.

—No, no me molesta —dijo el hombre, con la vista clavada en el sendero que tenía delante.

Jacob, desconcertado, sacó su tarjeta de prensa del bolsillo.

—Soy periodista —dijo—. Quisiera hacerle unas preguntas, y puede que haya algo de dinero para usted.

—¿Ah, sí?

Jacob miró al hombre. El saco que llevaba al hombro olía muy mal y de él goteaba agua del canal, salpicando el barro reseco de la orilla.

—Me estaba preguntando si estaba usted por aquí una noche hace ya unas semanas. A lo mejor vio que tiraban un cuerpo al canal desde el puente.

—¿Y si lo vi?

—Entonces, como dije, hay algo de dinero para usted.

El hombre se detuvo delante de una de las chabolas, una grande, medio hundida y sin puerta, situada en una pendiente entre los juncos y hierbajos.

—Entonces mejor entre.

Jacob le siguió al interior de la cabaña. Estaba en penumbra y cerrada por dentro, con el olor fétido de una habitación de enfermo. El hombre descargó el saco y lo abrió. Luego se sentó, sacó una botella de whisky del bolsillo de su cazadora, dio un trago y clavó la vista en Jacob. Su mirada le recordó a Jacob un dibujo que había visto una vez en una revista: una ilustración de un brujo vudú que acompañaba a un cuento de terror que tenía lugar en los pantanos de Luisiana. El artista había trazado unas líneas que salían de los ojos del personaje, dando a entender que había algún tipo de poder en la mirada del hombre, una capacidad hipnótica.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el hombre, agarrando el saco y acercándose.

—Quiero saber lo que vio —dijo Jacob, sentándose en el suelo.

—Dos hombres en un Cadillac tiraron a una chica desnuda desde el puente. Eso es lo que vi. —Empezó a sacar puñados de algo del saco, y a Jacob le llevó un momento darse cuenta de lo que era debido a la falta de luz: pelo empapado y grumos de grasa—. En plena noche. Hace tres o cuatro semanas. Un ruido fuerte al zambullirse. ¿Cuánto paga? —preguntó, sin levantar la vista, separando el pelo en tiras sobre el barro para secarlo.

Jacob sacó su cartera, extrajo dos billetes de cinco dólares y se los entregó en la penumbra. El hombre miró los billetes y luego la cara de Jacob; su mirada de vudú era tan intensa como la de la luz del arco voltaico de la policía que atravesaba la oscuridad del canal.

—Soy pobre y estoy borracho —dijo el hombre, con la mirada emponzoñada por la burla—, pero no soy idiota.

Jacob sacó otros dos de cinco y el viejo asintió con un simple temblor en la barbilla. Se estiró y cogió el dinero.

—¿Está seguro de que era un Cadillac? —preguntó Jacob.

—Conozco uno en cuanto lo veo —dijo el hombre, plegando los billetes y metiéndolos en el bolsillo interior. Cuando lo hizo, su cazadora se movió un poco y Jacob distinguió brevemente unos viejos periódicos podridos que servían de forro—. Y no es que haya muchos Cadillacs por aquí —continuó el hombre—. Uno negro, era. Uno de los nuevos con las placas de la matrícula naranja. No me fijé en el número, antes de que lo pregunte.

Jacob pensó... matrículas naranja solo se habían puesto una vez, el año anterior, 1927. ¿Cuántos Cadillacs negros había en Chicago con matrículas del 27?

—¿A qué hora?

—No sé, justo antes del amanecer. El sol estaba saliendo.

—¿Qué estaba haciendo usted fuera a esa hora? —preguntó Jacob.

—Preparándome para el trabajo —dijo el viejo, levantando un puñado del pelo recogido a modo de explicación—. Iba andando por el barro cuando vi el Cadillac parado en mitad del puente, con las luces y el motor apagados, y me pareció raro, así que me detuve para mirar un rato y entonces se bajaron dos hombres y sacaron un cuerpo del maletero, una chica negra, buen aspecto. Desnuda salvo por una cuerda con la que la habían atado y una especie de adoquín o algo sujeto a ella. La tiraron por un lado, se quedaron un momento mirándola y luego volvieron al Cadillac y se marcharon. En total la cosa no duró más de un minuto.

Jacob buscó en sus bolsillos la foto que tenía de Anton Hodiak. La enseñó y el vagabundo la miró en la penumbra. Jacob encendió su mechero, y lo mantuvo junto a la foto.

—¿Es uno de los hombres? —preguntó.

El vagabundo miró la foto un rato y negó con la cabeza.

—No. No es él.

—Vuelva a mirar.

—Le estoy diciendo que no es él. Recordaría una cara como esa —dijo, alzando la voz y dando unos golpecitos con el dedo en la foto de Hodiak—, con esa jodida sonrisa grabada a un lado.

Jacob guardó la foto de Hodiak, suspiró y apagó el encendedor. Se pasó la mano por el pelo y trató de pensar.

—De acuerdo —dijo, un poco exasperado; su teoría de que Hodiak era el asesino no coincidía en absoluto con lo que estaba diciendo el hombre—. ¿Qué aspecto tenían los hombres?

—Uno era alto y delgado. El otro era más bajo, solo un muchacho. Puede que pareciera mexicano. Y el alto tenía cicatrices por todo el cuello. Conocí a un hombre en los furgones del tren que era así. Le había entrado gas venenoso en los pulmones durante la guerra y tenía cicatrices en los puntos donde los médicos le habían intentado curar. A lo mejor le pasó lo mismo al hombre que vi en el puente.

Jacob pensó un momento sin creérselo del todo.

—¿A qué distancia estaba usted de él para poder verle las cicatrices?

El hombre le volvió a mirar furioso, molesto de que Jacob estuviera dudando de lo que contaba.

—Le he dicho que yo estaba en el barro —dijo con un tono irritado—. Donde es más alto para acercarse al puente. Ellos estaban en lo alto del puente. A diez, quince metros.

Jacob asintió, sacó su paquete de Luckies, encendió uno y ofreció otro al hombre para intentar aplacarle. El viejo, tras pensárselo un momento, aceptó, y Jacob le pasó su encendedor. Cuando la llama se acercó a la cara del hombre, vio que era mucho más joven de lo que en principio había supuesto. Le faltaban unos dientes, tenía unas arrugas alrededor de los ojos y aquella espesa capa de mugre metida en todas las hendiduras de su cara como aplicada por una pala, pero no era mucho mayor que Jacob.

—¿Qué edad tenían los hombres? —preguntó Jacob.

—El que estaba al mando tenía más o menos su edad, me parece. El mexicano veintipocos años.

—¿Y cómo iban vestidos?

—¿Qué quiere decir?

—¿Iban elegantes? ¿Con ropa de trabajo? ¿Uniforme?

—Elegantes. Elegantes, sin duda. Y no elegantes como gánsteres. Elegantes como chicos ricos, universitarios.

EL HOTEL ESTABA SITUADO en los barrios bajos cerca de la calle Mohawk, una zona demasiado deprimida para ir con el Blackhawk y no llamar la atención, así que Dante dejó el coche en el Drake y llevó el perro a dar un paseo. Se dirigió al centro, zigzagueando entre las manzanas de casas, esperando despistar a quien le siguiera, y luego tomó el tranvía hacia la parte alta. Hizo el trayecto hasta el final de la línea, cerca de Little Hell, el trozo de tierra en forma oval del centro del río Chicago donde se encontraba Death Corner, un cruce llamado así porque se producía una media de un asesinato a la semana.

Desde allí, caminando hacia el este, avenida Chicago abajo, sorteó los montones de estiércol sin recoger apilados en la acera y luego dobló hacia el norte por una de las calles más pequeñas que salían de la avenida. Dante pasó andando por un descampado y después por una chatarrería delante de la cual había una fila de hombres macilentos de ojos hundidos esperando para vender al chatarrero trozos de metal que habían robado o recogido y apilado en carretillas y cajones que tenían delante. Los hombres parecían sin techo, harapientos, andrajosos, sucios, y Dante los reconoció como yonquis: adictos a la heroína que financiaban su hábito recogiendo trozos de metal y vendiéndolos a las chatarrerías.

El fenómeno había empezado en Nueva York, y a Dante le sorprendió comprobar que se había extendido hasta Chicago. La droga se estaba extendiendo por todo el país, y con un ojo cínico de gánster, se preguntó quiénes eran los que surtían a los yonquis. Cuando los vio temblando con aquel calor, pensó que en realidad solo había una diferencia entre él y ellos: el dinero. Sin dinero él estaría tan desesperado, sucio y desquiciado como ellos.

Dobló una esquina y vio un hotel de mala muerte al final de la manzana. Se detuvo, comprobó la dirección que le había dado el gobernador y confirmó que era el sitio donde se alojaba el sicario, el hombre al que los traidores habían mandado a la ciudad para solucionar las cosas después del envenenamiento fallido, el hombre que probablemente había matado a Corrado Abbate.

Dante estaba un paso más cerca de averiguar lo que estaba pasando y quién le estaba traicionando a él.

Unas puertas más allá, en la acera de enfrente, había otro hotel de aspecto igual de decrepito. Dante entró, pidió una habitación con vistas a la calle y se sentó junto a la ventana, vigilando la puerta del hotel del sicario por si entraba o salía alguien que él reconociera o pudiera reconocer como asesino a sueldo.

Pasó aturdido las primeras horas. El sol arrastró el día en dirección oeste, hacia otra parte del mundo, y cuando anocheció Dante estaba empapado de sudor frío; empezaba a sentir la necesidad de pincharse. Se preparó la jeringuilla allí mismo, en la ventana, y cuando se clavó la aguja el perro empezó a ladrarle con lo que Dante

consideró una decepción airada.

Luego se sacó la aguja, el perro se calmó y Dante se quedó observando las consecuencias: la gota de sangre en su piel, la vena hinchada. Se quitó el cinturón del antebrazo y notó que el sudor de la tela de su camisa se había secado dejando señales como las de la marea alta que formaban anillos blancos en el algodón azul, como olas con cresta de espuma recorriendo un océano. Al bajar la vista hacia ellas, imaginó que estaba flotando sobre las aguas de Long Island. Sintió el aliento salado del mar, el relajante sonido de las olas. Estaba en su barco, pacíficamente anclado por las puntadas de los puños de su camisa. Se mantuvo absorto un momento y luego volvió al presente. Por eso era por lo que no debía drogarse en el trabajo.

Pasó las catorce horas siguientes sentado junto a la ventana, fumando sin parar hasta la mañana, inyectándose más dosis hasta que pasado el mediodía su empeño tuvo recompensa: un hombre salió del hotel y se dirigió a la parada del tranvía, y Dante reparó en cuatro detalles que le dijeron que era un sicario en acción: una pajarita en lugar de una corbata, que se podría usar en su contra durante una pelea; una barba bastante reciente y hacía poco lista para ser afeitada una vez terminado el trabajo; un traje muy ancho en la cintura para ocultar armas, y en los pies unas botas pesadas con la puntera metálica.

Dante se arregló rápidamente, salió de su habitación y cruzó la calle hasta el otro hotel; pasó por delante de él, mirando el interior mientras lo hacía. Por la ventana vio un vestíbulo y un mostrador de recepción con casillas detrás. A cargo del mostrador estaba un chico con acné que leía un ejemplar de *Moby Dick* mientras se hacía simultáneamente la manicura con los dientes.

Dante volvió sobre sus pasos, sacó un billete de cinco dólares de la cartera y entró en el hotel.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo el chico en un tono animado.

—Un hombre acaba de salir de aquí y al subirse a un tranvía dejó caer este billete de cinco dólares en la calle. Por lo menos, creo que se le cayó a él.

Dante enseñó los cinco dólares. El chico los cogió y sonrió a Dante.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó.

—Alto. Con barba. Pelo castaño.

—Vale. Es uno de nuestros clientes. Se lo haré llegar.

El chico plegó el billete y lo metió en un sobre, y cuando lo hacía Dante echó una ojeada al lugar: un vestíbulo anticuado, una escalera, un pasillo que llevaba al fondo. Volvió su atención al chico cuando este metía el sobre en un casillero. Habitación 414.

DANTE ENCONTRÓ LA ENTRADA trasera del hotel en un callejón estrecho y tranquilo bordeado de cubos de basura. La puerta estaba cerrada con un pasador de seguridad por dentro, así que recorrió con la vista el edificio para encontrar un modo de entrar.

En cada piso había tendederos extendidos sobre el callejón llenos de camisas blancas lavadas que brillaban entrecruzándose en el cielo azul, como almas que flotaran en el cielo. Se preguntó durante un momento cómo era posible que toda aquella tela brillara tan blanca en una ciudad con espesos remolinos de contaminación; luego miró entre los tendederos a las escaleras metálicas para incendios que zigzagueaban por la pared de ladrillo hasta el techo.

Comprobó el resto de la manzana. Tres edificios más abajo alguien había dejado una puerta trasera entreabierta con una silla de madera muy estropeada. Dante se deslizó dentro, subió un tramo de peldaños hasta llegar a una ventana y luego trepó por la escalera de incendios hasta el techo de la manzana.

Anduvo por allí, pasando junto a las cosas que dejaba la gente entre las chimeneas y los tendederos: plantas en botes de hojalata, mesas y sillas, una cama de camping, un despertador junto a un colchón, jaulas para palomas amontonadas una sobre otra, abandonadas y oxidadas.

Cuando llegó al techo del hotel, bajó por la escalera de incendios hasta que encontró una ventana abierta, saltó dentro de un pasillo y se dirigió a la habitación 414.

Le llevó un momento recuperar la respiración, luego puso la oreja pegada a la puerta y escuchó. Silencio. Se agachó e inspeccionó la cerradura. Una barata de hotel comprada al por mayor: pan comido para una ganzúa. Sacó su estuche del bolsillo, se puso a trabajar y un minuto después estaba dentro.

Era una habitación pequeña, limpia y ordenada, con una ventana que daba al callejón de atrás. Dante se puso a registrarla. No tenía mucho tiempo para los sicarios; eran los tontos del pueblo de los bajos fondos, rufianes que no podían encontrar más trabajo que matar a la gente. Muchas veces eran retorcidos y malintencionados, de esos hombres que se aseguraban de que las heridas de sus disparos fueran peores mordiendo las puntas de sus balas, o que las frotaban con ajo o cebolla para que las heridas de la víctima se infectaran. Pero de vez en cuando Dante se tropezaba con uno que era inteligente, concienzudo, profesional, peligroso. El hecho de que Dante no encontrara ninguna posible prueba en la habitación del hotel que revelara la identidad del hombre indicaba que pertenecía a esta segunda categoría.

El dato que estaba buscando apareció cuando abrió la maleta del sicario, donde encontró una caja de zapatos llena de cachivaches. Se sentó en la cama, rebuscó entre ellos y al cabo de un par de segundos se dio cuenta de lo que eran: un conjunto de objetos que pertenecían al camarero desaparecido.

Era el sicario quien había ido a la casa del camarero antes que Dante, el que había dejado aquellas señales en el polvo. Y esto era lo que había conseguido el sicario: una foto que Dante supuso que debía de ser del camarero, sobres de cerillas de varios bares y restaurantes, una carta de su hija de Detroit, un extracto bancario, un recibo de un garaje y un boleto de apuestas con un número de teléfono garabateado en la

parte de atrás.

El sicario no había tirado los objetos que había robado, lo que significaba que todavía estaba buscando al camarero. Dante repasó otra vez lo que había encontrado, dándole la vuelta a cada objeto. Luego volvió al boleto de apuestas con el número de teléfono en uno de los lados. Miró el número, se lo aprendió de memoria, dio la vuelta al boleto y comprobó la apuesta, el nombre del caballo escrito con una mano tan malhumorada que Dante solo pudo distinguir: Ganímedes. Posibilidades de veinte a uno, menos de veinte dólares. La hora y la fecha de la carrera, el nombre del hipódromo y el día en que se hizo la apuesta. Y encima de toda esa información, un sello de goma. Todos los corredores de apuestas ponían a sus boletos un sello que tenía el estilizado logotipo para evitar que se los copiaran. Aquel sello era de tinta roja y tenía el dibujo de un caballo de perfil, con un anillo de estrellas alrededor. Dante lo reconoció como perteneciente a Michigan Red, un traficante de drogas y corredor de apuestas que operaba en una sala de billar de Cottage Grove.

Dante volvió a meterlo todo en la caja de zapatos y guardó otra vez la caja dentro de la maleta. Luego fue al armario y comprobó los trajes del hombre. Todos estaban hechos a medida y las etiquetas cosidas al forro correspondían a sastrerías de la parte baja de Manhattan, Little Italy. Examinó las botas alineadas al fondo del armario y era la misma historia. El sicario era de Nueva York.

Justo lo que Dante había temido. Una distante sensación de pánico se apoderó de él, unida a la claustrofobia y el temor a que el sicario volviera en cualquier momento.

Lo dejó todo tal y como lo había encontrado y volvió al callejón por el tejado, contento de encontrarse otra vez fuera. En su camino de vuelta por la calle, pasó despacio por delante del hotel del sicario y echó una ojeada al vestíbulo. El desgarrado chico seguía allí, todavía leyendo *Moby Dick*, pero la casilla de la habitación 414 estaba vacía. Como Dante había imaginado, la tentación de quedarse con el dinero se había impuesto, y el sicario no lo vería.

INFORME GENERAL DE UN CASO

CENTRO GENERAL DE DATOS
DEPARTAMENTO DE POLICÍA
DE CHICAGO

1. DELITO Asesinato	2. DIST 9	3. PATRULLA 907
4. LUGAR Fábrica de hielo Pullman, lago Calumet		
5. FECHA Y HORA EN QUE SE PRODUJO Desconocidas		6. FECHA Y HORA EN QUE LLEGÓ LA POLICÍA 21 junio 28 0230
7. NOMBRE DE LA VÍCTIMA (NOMBRE DE LA EMPRESA SI PROCEDE) Abbate, Corrado. Hombre/Bianco/1888		
8. DIRECCIÓN Desconocida		9. TELÉFONO Desconocido
10. PERSONA QUE INFORMÓ DEL DELITO A LA POLICÍA Wilson, Leonard, Hombre/De color/1878		
11. DIRECCIÓN Apartamento 9, Calle 55, 340 E		12. TELÉFONO No consta
13. PERSONA QUE DESCUBRIÓ EL DELITO Wilson, Leonard, Hombre/Bianco/1878		
14. DIRECCIÓN Apartamento 9, Calle 55, 340 E		15. TELÉFONO No consta
16. APELLIDO DEL TESTIGO Ninguno		
17. DIRECCIÓN No procede		18. TELÉFONO No procede
19. OCUPACIÓN DE LA VÍCTIMA Seguridad privada/guardaespaldas		
SEXO Varón	RAZA Blanca	FECHA NACIMIENTO '88
20 a. TIPO DE INSTALACIONES DONDE SE PRODUJO Fábrica de hielo		

20 b. SITUACIÓN EXACTA Cabaña #43 exterior		
21. ARMA O MEDIOS EMPLEADOS Navaja		
22. MÉTODO USADO PARA COMETER EL DELITO Véase descripción		
23. OBJETO DEL ATAQUE O PROPIEDADES LLEVADAS No consta		
24. VALOR DE LA PROPIEDAD LLEVADA No consta		
25. SEÑALES ESPECIALES O ACONTECIMIENTO INUSUAL No consta		
26. VEHÍCULO USADO POR LOS AGRESORES Desconocido		
AÑO	MARCA	ESTILO
COLOR Oscuro		MATRÍCULA
OTRAS SEÑALES DE IDENTIFICACIÓN		
27. DESCRIPCIÓN La patrulla 907 fue enviada al lugar que figura arriba por la Central después de un aviso de altercado. A la llegada se encuentran con Wilson hombre/blanco/1878, vigilante de noche de la antigua fábrica de hielo Pullman. Wilson manifestó que durante su ronda a las 0200 notó que una parte de la cerca había sido derribada, y dos hombres que escapaban por la cerca entraron en un coche que esperaba y que estaba demasiado oscuro para identificarlo. Llamó para informar y luego descubrió el cuerpo en una zanja que rodea a una de las cabañas para el hielo. Nos llevó a la cabaña en cuestión (la #43). Se encuentra el cuerpo en el «foso» de la cabaña, tumbado de espaldas. Numerosas puñaladas en la camisa/pecho y cortes en el cuello. Sin sangre en la escena del delito.		

El agente #601 llamó a la Central a las 0215 pidiendo ayuda y médicos forenses y agentes del cuerpo de inspectores acudieron a la escena del crimen. Al investigar el cuerpo encuentran cartera, corbata, paquete de cigarrillos.

Objetos en la cartera:

- 1) Tarjetas de visita que identificaban al hombre como Corrado Abbate, guardaespaldas privado
- 2) Fotografía de mujer desconocida (blanca)
- 3) Monedas sueltas
- 4) Tarjeta del club Gayners, bar/restaurante

Los ayudantes del forense se llevan el cuerpo después de esperar a los inspectores hasta las 0330.

Completado el 21 de junio del 28 a las 0630 horas.

AGENTE QUE INFORMA	PLACA	AGENTE QUE INFORMA	PLACA
Hunter, F.	433	Kirby, B.	601

SUPERVISOR QUE LO APRUEBA
Sullivan, M.

HARTO DE ESTAR ATASCADO por el tráfico, Jacob se bajó del tranvía y se introdujo en el caos de la avenida Michigan. Dio rodeos entre seis carriles de coches deportivos, biplazas, utilitarios y sedanes que pasaban lentamente, unos pegados a otros, y cuando llegó a la acera se mezcló con el loco remolino de peatones y continuó hacia el sur hasta que llegó a la Torre Trib, el rascacielos recientemente terminado que era la sede del *Chicago Tribune*. Era una flecha de treinta y seis pisos de piedra y cristal disparada hacia las nubes, coronada por una *tour de beurre* en el techo modelada según la catedral de Ruan y adornada por tantos trabajos de mampostería que era como si algún cocinero descuidado hubiese rociado de esculturas su fachada.

Jacob se refugió del deslumbrante sol y entró en el vestíbulo del edificio; a sus ojos les llevó un momento adaptarse a la luz y entonces pudo ver el vestíbulo: techo alto abovedado, espacioso y brillante. El vestíbulo era la cara pública del periódico y estaba destinado a provocar admiración. Chicago tenía un montón de periódicos, pero el que importaba era el *Tribune*, al tercero más distribuido en el mundo, y el único periódico importante de la ciudad del que no era dueño Randolph Hearst.

Jacob subió de prisa los escalones que llevaban al propio vestíbulo, pasó las filas de gente que se agolpaban ante los mostradores de madera de pino y cruzó hacia el fondo. Tomó el ascensor hasta el cuarto piso y llegó a la sala de redacción, el estruendoso epicentro del periódico, un caos de hombres, maquinaria y ajeteo estridente.

Si había algún sitio que se pudiera llamar el corazón de la ciudad, ese era la sala de redacción del *Tribune*, el lugar donde toda la información generada en Chicago se ordenaba y tenía sentido, condensada cada veinticuatro horas en cuarenta páginas de tres mil palabras cada una. La enormidad del esfuerzo y la velocidad vertiginosa que exigía dejaban a la mayoría de sus trabajadores destrozados: los periodistas y jefes de sección, reporteros, correctores, mensajeros y montadores, todos ellos tirando a base de una dieta constante de alcohol, cigarrillos y cinismo, catorce horas de trabajo diarias y matrimonios inexistentes.

Jacob atravesó todo aquel lío, pasando junto al flujo de gente y las mesas de los periodistas, cada una bullendo con hombres y mujeres, desprovistos de sus chaquetas, gritando por los teléfonos, tecleando en ruidosas Remington Modelo 12 o colocando en los tubos neumáticos paquetes de iban de un piso a otro, cintas transportadoras de cestas resonando por encima. El ruido era ensordecedor y la gente tenía que gritar para oírse unos a otros, lo que empeoraba las cosas.

Se dirigió al despacho del director artístico y recogió el cheque que pagaba las últimas fotos que había entregado. Luego cruzó hasta el otro extremo de la sala de redacción, se introdujo en el ascensor de servicio y apretó el botón del sótano. Las puertas se cerraron y desapareció el ruido de la sala de redacción. Jacob cerró los ojos

y se dio cuenta de lo cansado y soñoliento que estaba.

Supuso que debía de haberse quedado dormido unos segundos porque la sacudida del ascensor al llegar al sótano le despertó. Salió a un largo pasillo de cemento, fresco y silencioso, húmedo y con grandes tuberías metálicas a los lados. Abrió uno de los armaritos de una hilera y sacó un frasco de líquido para revelar que había dejado allí. Se lo guardó en la bolsa en bandolera y luego continuó andando hacia las profundidades del sótano, donde un silencioso y húmedo despacho albergaba al hombre más culto e inteligente del edificio.

Jacob llamó a la puerta y entró en un espacio cavernoso lleno de ficheros y libros de referencia en medio del cual había una mesa de despacho y una pizarra de cinco metros de largo donde estaba trabajando Lowenthal. Era alto y estaba un poco encorvado debido a la edad, y el pelo gris se acumulaba en torno a sus orejas. Iba desaliñado de un modo profesional, un efecto ampliado por su pajarita y su chaqueta de punto marrón, que llevaba porque en el despacho hacía un agradable frescor subterráneo.

Lowenthal se volvió para sonreír a Jacob, dejando ver detrás de sí una red de cuadrículas blancas y negras que había dibujado en la pizarra y, al lado, un garabato de instrucciones, respuestas y letras contadas, una babel de palabras separadas por guiones y paréntesis entre sus sílabas.

—¿Y cómo está el fotógrafo curioso? —preguntó Lowenthal.

—Bien —dijo Jacob, desplomándose en una de las sillas de la mesa de despacho y tirando el sombrero encima de los papeles. Cerró los ojos un momento, disfrutando del frescor del sótano—. No sé cómo pueden trabajar allí —comentó Jacob—. Con este calor.

—¿En la sala de redacción? —preguntó Lowenthal, con la barra de tiza en la mano y dirigiéndose a su mesa—. No está tan mal. Conocía a un jefe de sección de uno de los periódicos de Hearst que creía firmemente que el alcohol producía mejores artículos, así que animaba a los trabajadores a que bebieran durante el trabajo. La sala de redacción resultaba insoportable con su peste a vómito.

Cuando se sentó al otro lado de la mesa, Jacob abrió los ojos y se miraron uno al otro a través del campo de batalla del tablero de la mesa de trabajo de Lowenthal. Eran amigos por casualidad. Jacob era uno de los pocos empleados que utilizaba los armaritos del sótano, y el suyo resultó que estaba en el camino hacia el despacho de Lowenthal. La amistad había aumentado en cierto modo desde que los dos se entregaban a sesiones de bebida durante las que Jacob escuchaba las historias de las guerras en las salas de redacción del siglo anterior, cuentos del viejo Chicago, los millones de datos insignificantes que el hombre había almacenado dentro de su cabeza.

—Te inquieta algo —dijo Lowenthal.

Jacob se quedó pensando y señaló con la cabeza la vitrina de las bebidas, donde la visera verde de celuloide que usaba Lowenthal estaba colgada de un gancho.

Lowenthal le sirvió un Hennessy y Jacob le contó su investigación. Cuando hubo terminado, Lowenthal consideró todo aquello.

—Un secuaz de Capone muerto en un callejón —dijo Lowenthal—, y su novia, una bailarina negra de un cabaré, muerta también. Los dos con los ojos sacados. Puede que Bugs Moran esté implicado, y puede que Capone esté implicado, y como está siendo encubierto, alguien del departamento de policía sin ninguna duda está implicado. Pero yo no creo que ese asesino, Anton Hodiak, tenga nada que ver.

—Vamos, vamos. Los ojos, Lowenthal. Y el secuaz tenía una novia negra.

Lowenthal negó con la cabeza.

—El secuaz quizá. Pero he visto muertos de sobra sacados de los canales o dejados pudrir en el campo con los ojos arrancados por algún pájaro o roedor. Dijiste que el secuaz tenía cristales en la mano. A lo mejor estrelló una botella en los ojos de alguien y que se los arrancasen fue una venganza. Y en lo que se refiere a su novia negra..., la mitad de la ciudad va a Bronzeville de safari sexual. Además, están los dos chicos ricos tirando el cuerpo de la muchacha desde el puente. Hodiak es un asesino de la peor especie... lo más bajo de lo bajo.

—Bien, pero tiene amigos ricos en alguna parte, habida cuenta de que pagó al gobernador por un indulto.

Lowenthal rechazó la sugerencia con un gesto de la mano.

—Probablemente consiguió ese indulto porque el Ku Klux Klan hizo una colecta, o apeló al gobernador... Después de todo, es uno de los suyos. No, eso no encaja. — Lowenthal juntó las manos delante de su cara y continuó lentamente—. Lo único que sabes seguro... siempre y cuando el vagabundo del muelle no esté mintiendo... es que dos chicos ricos en un Cadillac tiraron el cuerpo de la chica desde el puente de la avenida Ashland. Lo que significa que son los únicos que sabes seguro que están implicados. Si me lo preguntas, te diré que este asunto apesta a dinero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jacob.

—Los encubrimientos cuestan dinero. Lo mismo pasa con los Cadillacs. Y sin duda pasa con los niños ricos. En Chicago las cosas solo pasan porque hay dinero. Fíjate en lo que está ocurriendo en esta ciudad: rascacielos, detectives privados, líneas de montaje, derivados financieros, compra por correo, carne envasada... todo ello inventado aquí y relacionado, de uno u otro modo, con la eficacia y su hijo el dólar. Incluso bautizamos a nuestros barrios con el nombre de ciertos productos... los blancos ricos viven en la Costa Dorada, y los negros pobres en Bronzeville, la Villa del Bronce. El dinero es la magia que hace girar las ruedas. En Chicago nunca es *cherchez la femme*, Jacob, es *cherchez el botín*. Necesitas preguntarte quién tiene el dinero para hacer que maten al secuaz y a su novia, o, más probablemente, quién tiene dinero que perder si siguen vivos.

Jacob asintió. Había estado convencido de que el asesino era Hodiak, pero Lowenthal ofreció un argumento convincente de que no lo era, y ahora Jacob estaba perdiendo confianza en su hipótesis y, por extensión, en su propia capacidad de

deducción. Se frotó las sienes, miró el crucigrama medio terminado de la pizarra y examinó las respuestas con que se había rellenado: Queensbury, pegador, tensor, Schmeling. Cuestiones de boxeo. A Lowenthal le gustaba hacer crucigramas de actualidad.

—¿Es para contribuir al combate? —preguntó Jacob, señalando la pizarra con el dedo. La pelea para el campeonato del mundo de los pesos pesados iba a tener lugar en Chicago a comienzos de julio.

Lowenthal asintió.

—El combate te vendría bien —dijo—. Se ha corrido la voz, y todos los famosos del mundo van a venir a Chicago para verlo. Podrías estar haciendo fotos a famosos en hoteles en lugar de a cadáveres en callejones.

—En realidad no es a lo que me dedico.

—No, no creo que lo sea.

Mantuvieron un agradable silencio, y Jacob cerró lo ojos y su mente fue arrastrada por el torbellino del sueño.

—Pareces cansado —dijo Lowenthal al cabo de un momento.

—Esa sensación tengo —dijo Jacob abriendo los ojos—. ¿Puedo utilizar el teléfono un momentito antes de irme?

Lowenthal asintió y volvió a la pizarra, y Jacob se puso en contacto con el cuerpo de inspectores.

—Soy yo —dijo cuando Lynott descolgó al otro lado—. Ha habido novedades.

Le contó lo de la novia muerta del secuaz en el canal y lo de los dos chicos ricos con un Cadillac del 27.

—Haré una llamada a la división de automóviles —dijo Lynott—. Podría tener una lista de ellos en un día o así. ¿Cuál es la descripción de los dos chicos?

—Uno hispano, veintipocos años, estatura media. El segundo quizá en la treintena. Alto y delgado, cicatrices en el cuello. Puede que un veterano de guerra.

—Muy bien, me mantendré en contacto con la central y la división de automóviles. Te llamaré en cuanto sepa algo.

A JACOB LE LLEVÓ una hora llegar a casa, y cuando lo hizo, pasó el resto de la mañana examinando las fotos de la chica muerta en el canal que había revelado la noche anterior, buscando detalles, tumbado en el sofá en medio del calor tomando una cerveza que consiguió de la hija del portero. Era un método infalible para quedarse dormido en el trabajo, y funcionó, hasta que en un determinado momento del atardecer fue despertado por el sonido del teléfono.

—¿Jacob? Soy Frank. Tengo algo para ti. En primer lugar, recibí una llamada de nuestro contacto en Florida. A Anton Hodiak lo detuvieron en Jacksonville hace un mes por atacar a un negro a la salida de un burdel. Lleva encerrado desde entonces, esperando la fianza. Es imposible que esté implicado.

Jacob se quedó callado un momento para digerir la noticia, sintiéndose estúpido e indignado.

—Muy bien —dijo, tratando de que su voz sonara firme.

—Lo siento, tío —dijo Lynott—. Todos elaboramos teorías que luego no funcionan.

—Ya, ya. ¿Cuál es la otra noticia?

—Nada sobre el Cadillac todavía, pero tengo algo sobre tu veterano con cicatrices en el cuello. Resulta que tú no eres el único que lo busca. Al parecer una de la Pinkerton está buscando al mismo hombre... un veterano delgado y alto con la voz cascada y cicatrices en el cuello. La de la Pinkerton hizo una investigación a principios de esta semana. También conoce su nombre... Lloyd Severyn. ¿Sabes algo de eso?

—La primera vez que lo oigo.

—Bien, la de la Pinkerton se llama Ida Davis. Completamente fascinante según todos los testigos. Trabaja con ese tipo raro con marcas de viruela. Son los que resolvieron el secuestro de los Brandt hace un par de años. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. El *Tribune* nos tuvo al tanto las veinticuatro horas del día.

—A lo mejor podrías llamarla. Podrías estar investigando el mismo caso los dos. ¿Quieres su número?

IDA SE REUNIÓ CON Louis aquella tarde a última hora en una ajetreada esquina del Loop y dieron una vuelta por la avenida Michigan. Se pusieron al día, e Ida le contó a Louis lo que había investigado sobre la desaparición de Gwendolyn, el hecho de que el día que había desaparecido la chica se había visto con un intermediario en Bronzeville cuyo nombre era Randall Taylor.

En todo esos años desde que los dos se habían trasladado de Nueva Orleans a Chicago, Ida había pedido ayuda de vez en cuando a Louis en una investigación. Louis no era en ningún sentido una figura de los bajos fondos, pero los clubes de jazz en los que trabajaba servían bebida, y la bebida la proporcionaban delincuentes, de manera que el entorno de la vida nocturna y el del delito se habían entretejido durante los años de la ley seca, lo que significaba, la mayoría de las veces, que Louis conocía a alguien que conocía a alguien que podía ayudar a Ida a encontrar lo que estaba buscando.

—¿Y tú crees que ese intermediario podría estar implicado? —preguntó Louis.

Ida se encogió de hombros.

—Ella le fue a ver el día que desapareció para averiguar dónde estaba su prometido. Luego, unas horas después, volvió a casa completamente aterrorizada.

Louis asintió.

—No sé nada de ese Randall Taylor —dijo—, pero preguntaré por ahí.

—Gracias —dijo Ida, y siguieron paseando—. ¿Cómo os van las cosas a ti y a Alpha? —preguntó al cabo de un rato.

—Bien. He llevado a Clarence con ellos y le va bien. Ha recuperado la sonrisa después de todos estos meses.

Clarence era el hijo adoptivo de Louis. El chico era el resultado de la violación de una prima de Louis por el blanco al que servía. El padre se negó a reconocer al chico, y cuando la prima murió unos cuantos años después de dar a luz, Louis lo había adoptado para evitar que fuera al orfanato, incluso aunque, en aquel tiempo, el propio Louis solo era un adolescente. Tras unos años de custodia, el chico había caído desde una terraza de la casa de Louis en Nueva Orleans y se había golpeado la cabeza mientras se suponía que Louis debía estar cuidándolo, y la caída había dejado al chico retrasado. Louis, que siempre se había sentido culpable de lo que había pasado, había gastado la mayor parte de su dinero en médicos para que curasen al chico, y cuando se instaló en Chicago, le había traído a la ciudad, y Alpha y su madre le ayudaban a cuidarle.

Ida recordó que Louis le contaba que a Clarence no le gustaba vivir con Lil y la madre de esta: la mujer de Louis y su suegra habían intentado obligar a Clarence a vivir según las normas de la casa, sin hacer concesiones al hecho de que tenía una herida en el cerebro. La familia de Alpha, por el contrario, le trataba con cordialidad

y afecto, como a uno de los suyos.

—¿Has visto mucho a Lil desde que os separasteis? —preguntó Ida.

—Sí —dijo Louis, con una expresión rara en la cara—. Puede que demasiado.

Ida asintió y tuvo la sensación de que no debía hacer más hincapié en ello. A ella Lil le caía bien, y lamentaba oír que su relación no había funcionado. Lil había sido importante para Louis, le había impulsado a formar su propia banda, a ensayar, a ser una estrella. Cuando la madre de Louis estuvo enferma en Nueva Orleans el año anterior, fue Lil la que se trasladó al sur para cuidarla, enfrentándose a las peores inundaciones que hubo nunca en el país. Cuando la enterraron, fue Lil la que se ocupó de disponerlo todo.

Doblaron por la calle Lake y se encontraron debajo del ferrocarril elevado. El sol brillaba entre las vías y convertía todo lo que estaba abajo en rectángulos de luz y sombra, que se deslizaban por los contornos de la calle según andaban, deformándose sobre los coches, las bocas de incendio y los aleros como franjas de aceite.

—¿Cómo te va a ti? —preguntó él.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo te va en cuestiones sentimentales? —dijo él, enarcando una ceja. Ida sintió la misma vergüenza que sentía siempre cuando le hacían esa pregunta. No le pasaba nada al margen del trabajo. Nunca le pasaba. Ni amores ni ligues, nada de escarceos amorosos ni de amoríos o aventuras de una noche. No era algo que le importase, pero notaba que las demás personas esperaban más, y que esa espera significaba que ella no podía responder a la pregunta sin incomodidad, sin tener la sensación de que quizá hubiera un vacío, que quizá estaba flotado por la vida arriesgándose a convertirla en un cuento cuya moraleja era un corazón solitario.

—No hay muchas —dijo—. Estoy más bien entregada al trabajo.

—Ya, claro —dijo Louis, asintiendo sarcásticamente y sonriendo; ella también sonrió y le dio un golpecito en el brazo, y siguieron andando en silencio mientras contemplaban la prisa de la gente, los edificios y los rótulos luminosos que parpadeaban en el crepúsculo artificial de la sombra del ferrocarril elevado.

Cuando llegaron a la estación L, doblaron por la calle State y se encontraron delante del Palacio del Cine Balaban & Katz. Louis se detuvo para leer el rótulo encima de la entrada: «Buster Keaton en *El moderno Sherlock Holmes* —Proyecciones cada hora en punto».

—¿La has visto? —preguntó Louis, e Ida negó con la cabeza—. ¿No has visto una de Sherlock Holmes? —dijo sarcásticamente, burlándose de la adoración de ella por el detective—. Vamos a entrar —dijo—. El local tiene aire acondicionado, podemos refrescarnos un poco.

—No puedo, Louis —se oyó decir Ida. Louis captó su recelo y la miró con severidad. Y el silencio que se instaló entre ellos fue interrumpido por un tren elevado que pasó haciendo mucho ruido por los carriles de arriba, una tormenta de hierro que rodaba por el cielo.

—Nos arriesgaremos —dijo él, una vez que el tren se hubo detenido en la estación—. Aparte de que sea de Sherlock Holmes, podría darte alguna idea para tu caso.

Sacaron dos entradas y entraron en el vestíbulo, sintiendo al instante el frío del aire acondicionado. Louis fue al puesto de chucherías a comprar un cubo de palomitas e Ida paseó la vista por el lugar. El edificio tenía siete pisos de altura y el vestíbulo ocupaba cinco de ellos, que contenían entresuelos, palcos y una escalera que, según aseguraba un cartel, seguía el modelo del Teatro de la Ópera de París.

La manía por levantar grandes edificios que se había extendido por el país durante aquella época incluía la construcción de una serie interminable de salas de cine lujosas. Solo en Chicago estaba el Congreso, de estilo renacentista; el Norshore, de estilo rococó; el Tivoli, de estilo barroco, y, como respuesta a toda esa influencia europea, el Oriental se construyó para que pareciera la casa de un príncipe indio. Cada uno de ellos tenía un auditorio con más de tres mil quinientos asientos.

Louis volvió del puesto ya masticando las palomitas, y los dos fueron hacia los acomodadores, que los llevaron al anfiteatro, donde otro acomodador los mandó a la fila de asientos en un extremo del rincón más alejado del espacio, donde unos cuantos negros que habían tenido la temeridad de entrar en un cine del centro habían sido agrupados juntos.

—Bueno, fíjate en esto —dijo Louis, sentándose—. Hacen un pequeño gueto con nosotros. No está bien. —Y se echó a reír; algunas de las personas sentadas a su alrededor también se rieron, mientras que otras se dieron la vuelta para lanzarles miradas de desaprobación. Él se encogió de hombros y extendió la mano por delante, señalando los demás centenares de asientos del cine, la mitad de los cuales estaban vacíos. Tanto Ida como Louis estaban acostumbrados a esas cosas porque se habían criado en Nueva Orleans, pero se suponía que en Chicago no había segregación en los cines. Y ellos habían sacado entradas centrales y de las primeras filas del patio de butacas.

Louis se acomodó y miró la pantalla cuando empezaron los cortos. Luego se echó hacia delante y señaló con la cabeza un par de grandes cajas negras que había a cada lado de la pantalla en la parte de abajo.

—Un sistema de altavoces —dijo—. Reproducen un sonido grabado, así que no se necesitan músicos que acompañen la película. Los cines están despidiendo a orquestas en toda la ciudad. Tampoco están contratando a organistas. El sindicato está poniendo el grito en el cielo.

—¿Y qué ocurre en el Vendome? —preguntó Ida. Louis tocaba en el foso de la orquesta del cine Vendome, del Cinturón Negro, todas las tardes antes de ir a hacerlo en los clubes nocturnos.

—De momento estamos seguros, parece. Pero con el sistema de sonido y los altavoces y las restricciones en los clubes nocturnos, los chicos se están poniendo muy nerviosos y andan preguntándose quién va a pagar el próximo cheque. Todo el

mundo está hablando de trasladarse a Nueva York.

Ida asintió. Sabía que Nueva York era un sitio al que Louis dudaba en volver después de su breve estancia allí unos años antes.

Vieron el último de los cortos y luego empezó el pase de la de Buster Keaton. Con una estructura de película dentro de otra película, presentaba a Keaton como un proyccionista de cine que se queda dormido mientras proyecta una película de Sherlock Holmes y sueña que él es Sherlock Holmes que interviene en una extraña y misteriosa aventura.

Ida y Louis se secaban las lágrimas de los ojos cuando Keaton esquivaba trenes de carga, saltaba desde edificios, recorría Los Ángeles subido al manillar de una motocicleta. Hacia el final del primer rollo, Louis sacó un petardo del bolsillo, lo encendió y se lo pasaron entre ellos, y eso aún les hizo reír más; cuando se encendieron las luces y volvieron al esplendoroso vestíbulo, tenían los ojos enrojecidos y estaban agotados de tanto reírse.

Salieron a la calle y el calor les cayó encima, así que tardaron un momento en adaptar los sentidos al resplandor del sol, la prisa de la gente y el ruido de la calle State. La marihuana que habían fumado no contribuía a ayudar a Ida, le aceleraba el corazón y le embotaba la cabeza. Se despidieron. Louis saludó con el sombrero de fieltro y ella le vio desaparecer en el torrente de gente que avanzaba como una cascada entre los rayos de sol. Luego dio la vuelta, se dirigió a las escaleras de la estación del tren elevado y esperó para coger el próximo que llegara.

Ida había conocido a Louis por medio de su padre. Cuando Louis tenía doce años, había sido condenado a una estancia indefinida en el Hogar para Niños Abandonados de Color —una institución correccional victoriana de las afueras de Nueva Orleans— por disparar una pistola durante la celebración del día de año nuevo. El padre de Ida era el profesor de música del hogar y había tomado bajo su protección a Louis, le había instruido y llevado a casa para que tocara a dúo con Ida al piano, y los dos niños solitarios se habían hecho amigos. Siguieron siendo amigos durante su adolescencia en Nueva Orleans y cuando ya tenían veinte años en Chicago.

Cada vez que Ida pasaba un tiempo con él le llamaba la atención lo que habían cambiado sus caracteres en esos años transcurridos desde que se habían trasladado al norte; Louis había perdido su aire de chico campesino y había conseguido contentarse con lo que era. A Ida, sin embargo, todavía la dominaban las inseguridades que sentía cuando era más joven. Siempre había creído que en determinado momento su baja autoestima desaparecería y sería igual que los adultos que veía desenvolverse bien en la vida, competente, segura de sí misma. Pero allí estaba: se acercaba a los treinta años y se daba cuenta de que nunca perdería la sensación de que no era capaz de cambiar; que la experiencia, desgraciadamente, no era igual a la confianza. Todas aquellas cosas para desprenderse de las cuales conforme se fuese haciendo mayor había rezado formaban parte de lo que era: una mujer atemorizada, sola, en una esquina del mundo.

Reunirse con Louis, que mantenía tan buenas relaciones con la vida, que conseguía todo lo que se proponía y de todo corazón, le recordaba sus propias limitaciones, pero también la ayudaba a tranquilizarse. Sola, tenía la sensación de que las cosas buenas siempre estaban en otra parte; con Louis se sentía en el meollo de las cosas, invitada a la fiesta.

Llegó el tren, se subió y miró por la ventanilla mientras atravesaba el South Loop. El sol se estaba poniendo, de modo que cuando el elevado serpenteaba entre los techos de Bronzeville, el cielo estaba oscuro y borroso. Se apeó en el bulevar Garfield y bajó fatigosamente la escalera hasta la calle.

Se había hecho de noche y la calle zumbaba llena de gente. Salía música estridente de bares y clubes, lo bastante alta para disipar sus pensamientos. El olor a comida china y barbacoa flotaba en el calor. Hombres de parranda con ojos entrecerrados por efecto de la droga o la bebida daban tumbos por las aceras, balanceándose al entrar y salir del neón que se derramaba coloreando las calles como vitrales eléctricos.

Ida se alejó del alboroto, como siempre. Cruzó unas cuantas manzanas hasta su pequeño apartamento de un dormitorio en el quinto piso de una casa de piedra del parque Washington, un barrio tranquilo habitado en su mayor parte por negros.

Cuando entró, abrió todas las ventanas, puso en marcha el ventilador eléctrico y trató de imaginar qué hacer aquella noche. La CBS no transmitía *En directo desde el Cotton Club* hasta mucho más tarde, así que se contentó con buscar en otras emisoras para ver qué había, con el zumbido del petardo todavía dentro de la cabeza y una sensación de agrado.

Cualquiera podía montar una emisora de radio, así que las ondas estaban pobladas de todo tipo de locutores: de periódicos, iglesias, tiendas, compañías de gas. En Chicago se hablaban más de treinta idiomas, e Ida estaba segura de que cada uno de ellos estaba representado en algún sitio del dial. Se detuvo para escuchar una cálida voz masculina que hablaba en un extraño idioma que parecía eslavo. Aquel idioma desconocido que flotaba en su apartamento dentro de un mar de estática tenía una especie de áspera musicalidad. Intentó adivinar cuál era, distinguiendo entre el confuso conjunto de sílabas cuyas consonantes se rozaban unas con otras y soltaban chispas: ¿checo, polaco, ruso?

Al final se detuvo en una emisora que transmitía música ligera de baile. El intérprete estaba cantando con un estilo suave y romántico, el sonido nuevo y más ligero especial para la radio, que no era tan fuerte como para distorsionar los conductos de vacío del aparato, como ocurría con las voces de los cantantes de ópera y cabaré, que estaban perdiendo popularidad. Algo que no cambió hasta que Duke Ellington despertó en Harlem.

Cerró los ojos y trató de pensar en el caso, dejar que las pistas, indicios y posibilidades se le arremolinaran en la cabeza, chocaran unas con otras, establecieran conexiones, fracturas, se reordenaran, lo mismo que moléculas de información. Pasó

el tiempo, y en un determinado momento Duke se impuso tocando un nocturno o fantasía, y ella miró por la ventana y vio los rascacielos a lo lejos, destacando sobre la ciudad, encendidos por un millón de luces. El puntillismo eléctrico le produjo pinchazos en la piel y una multitud de sensaciones salieron de las sombras. Cada punto de luz del exterior de su ventana era una vida que se desarrollaba sin ella, una vida con la que ella nunca tendría contacto, y el vacío que significaba eso, la pérdida que suponía, le hizo llorar. Eso era lo que tenía la ciudad: vivir en un océano de desconocidos hacía la soledad en cierto modo más dura, más triste.

Esa sensación no duró demasiado. Nunca lo hacía. La inundaba pero luego pasaba, ella se secaba los ojos y al final se sumía en una extraña duermevela. Soñó entonces en Chicago como una ciudad de cuento de hadas, bajo la sombra de un rey lleno de cicatrices, una ciudad de castillos centelleantes que se alzaban entre nubes, lagos en el cielo, príncipes mercaderes, monstruos, campesinos, princesas encerradas en castillos dorados: pobres damiselas solitarias a la espera de su destino.

La despertó el sonido del teléfono. Se frotó los ojos y lo descolgó.

—¿Diga?

—Oiga, ¿es usted la señorita Davis?

—Sí.

—Oiga, señorita Davis. Me llamo Jacob Russo. Soy fotógrafo del *Tribune* y del cuerpo de inspectores. Bueno, veré, lamento llamarle tan tarde, pero tengo la impresión de que podríamos estar buscando a la misma persona.

Tenía una voz grave, y hablaba con rapidez, nerviosismo e inseguridad.

—¿Y de qué persona se trata?

—De Lloyd Severyn.

Ida guardó silencio y se mantuvo un momento pensativa, con ganas de seguir todavía adormecida, de no haber bebido tanto bourbon ni fumado marihuana. Recorrió una lista de personas que sabían que ella estaba buscando información sobre Severyn y que tenía acceso al número de teléfono de su casa.

—¿Por qué cree que estoy buscando a Lloyd Severyn?

—Digamos que conocemos a la misma persona de la Oficina de Investigación.

—¿Y por qué le está buscando usted?

—Quería hacerle la misma pregunta. ¿No podríamos vernos?

CUANDO DANTE VOLVIÓ AL Drake de su puesto de vigilancia, se quitó la ropa empapada en sudor que había llevado puesta los dos últimos días, tomó una larga ducha fría y se metió un pico. Luego pidió comida para él y el perro, comió y quedó inconsciente.

Se despertó por la mañana y pidió más comida. Mientras tomaba un café hojeó el ejemplar gratuito del *Tribune* que había traído el servicio de habitaciones y encontró la noticia de que el cuerpo de Corrado Abbate había aparecido en la antigua fábrica de hielo Pullman. Dejó el periódico y se quedó pensando.

Tenía que ir a Bronzeville para reponer su material y seguir la pista del boleto de apuestas, pero justo cuando lo estaba planeando sonó el teléfono. Era Frank Nitti, informándole de que Al quería que le pusiera al día y que estaría jugando al golf aquella mañana en Burnham, de modo que esperaba reunirse con Dante en el campo.

Dante aceptó el encuentro y colgó el teléfono. Pensó en todo lo que había pasado y en qué coño le podría contar a Al. Desde su conversación con el gobernador, Dante se había dado cuenta de que probablemente Al había ordenado que le siguieran, lo que explicaba el regalo de un coche tan llamativo. El que le hubiera seguido probablemente le había contado a Al que Dante había pasado los dos últimos días en un hotel del territorio de Moran. De ahí la llamada telefónica. Al quería saber qué coño pasaba. Dante no podía hablarle del contacto de Nueva York porque eso le incriminaría a él, y tampoco podía decirle que no había conseguido nada.

Volvió a mirar el montón de droga cada vez más escaso encima de la mesa, luego sus manos temblorosas, y se planteó si era preferible ir a la reunión temblando o drogado. El perro le miró con severidad, y Dante decidió esperar.

Les llevó más de una hora llegar a Burnham, un suburbio al sur de la ciudad cuyo alcalde era amigo de Al. Además la Organización poseía un campo de golf de nueve hoyos y la hermana del *caddie* de Al trabajaba de camarera en la sede del club y le hacía favores especiales a Al.

Dante aparcó delante de la sede del club y recorrió sin prisa los *greens* hasta el cuarto hoyo, donde Al, Jack Mc Gurn «El ametralladora», Frank Nitti y Johnny Patton, el alcalde de Burnham, estaban dando el golpe inicial. Todos llevaban ropa de jugar al golf de colores chillones, la de Al de un tono lima especialmente llamativo. Los cuatro estaban rodeados de un pequeño ejército de *caddies* y guardaespaldas con cuellos de toro. Cuando Dante se acercó, se fijó en que uno de los rufianes le seguía con la vista; era un hombre de más o menos su misma edad, con un espeso bigote negro, que vestía un traje marrón con bombín a juego. Dante cruzó su mirada con la de él, le sonrió y el hombre le devolvió una mirada hosca.

Dante llegó al grupo justo a tiempo de ver a Al hacer un *swing*, y todos observaron como su pelota hacía un arco en el aire antes de desaparecer entre un

grupo de árboles de un lado de la calle.

—Creo que has matado a otra ardilla —dijo Jack, y todos soltaron risotadas. Al movió la cabeza, entregó el palo a su *caddie* y solo entonces se dio cuenta de que Dante estaba parado en el borde del grupo.

—¿Qué pasa con ese chucho? —preguntó Al, señalando con la cabeza el perro a los pies de Dante—. ¿Te dejan entrar en el Drake con eso?

Dante se encogió de hombros. Entonces miraron a Jack «El ametralladora», que colocaba la pelota, hacía un *swing* y conseguía que esta trazara una elegante curva en el aire y aterrizara en el centro del *green*. Jack era uno de los mejores golfistas de Chicago. Daba clases en el club de golf Evergreen, y podría haberse ganado la vida como profesional si no hiciese más dinero como asesino a sueldo de Al. Después de él, el alcalde dio el golpe inicial, dejando la pelota en la calle, y el grupo fue en busca de sus pelotas. Al, su *caddie* y Dante se dirigieron hacia la línea de árboles.

—¿Y bien? —preguntó Al, cuando se separaron de los demás.

—Pues —dijo Dante— resulta que participó un camarero del Ritz que se llama Julius Clay. Se largó el día después del envenenamiento y cuando me di una vuelta por su apartamento ya había sido registrado. Un trabajo de profesional.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Preguntaste por ahí?

—Es lo que he estado haciendo. Hay algo más. Small, el gobernador, se alteró mucho por todo el asunto... imaginó que era algo dirigido contra él... Así que puso a su guardaespaldas, Corrado Abbate, a investigar. Abbate encontró algo pero entonces alguien se lo llevó y su cuerpo apareció en la fábrica de hielo Pullman el otro día. Conque fui a ver al gobernador, que me contó que Abbate había encontrado cierta relación con un hotel de la parte alta de la ciudad. He estado vigilándolo estos dos últimos días pero no he encontrado nada, así que supongo que Abbate estaba equivocado.

Dante miró a Al, tratando de averiguar si se había tragado la historia. Pero Al se mantuvo en silencio, no demostró nada, se limitó a tener clavada la vista en el paisaje que tenía delante. Llegaron a la línea de árboles, se internaron bajo la sombra y buscaron la pelota de Al. Mientras lo hacían, Al encendió un puro.

—Entonces, si Abbate estaba equivocado, ¿por qué terminó en la fábrica de hielo? —preguntó.

—No sé —dijo Dante.

Al pensó un momento y empezó a remover con su palo el sotobosque, tratando de encontrar la pelota.

—¿Entonces cuál será el siguiente paso? —preguntó.

—El camarero —dijo Dante—. Encontramos al camarero y descubrimos quién está detrás de esto. Se me ha ocurrido por dónde puede andar.

Al se detuvo un momento a pensar, haciendo girar el puro entre los dedos, y luego dio una calada. Dante se secó el sudor frío de la frente, notando que le temblaba la mano. Y en aquel momento se dio cuenta de que si Al había hecho que le siguieran,

conocería ya sus visitas al limpiabotas. Alzó la vista y vio que Al le miraba.

—No tienes buen aspecto, Dante.

—He estado viviendo en la habitación de un hotel de mierda los dos últimos días mientras vigilaba y comiendo judías de lata. ¿Qué aspecto quieres que tenga?

Al continuó mirándole, y Dante notó que algo había cambiado en su viejo amigo, que había un vacío en su expresión, que algo lo tenía distraído. Entonces Al se volvió hacia su *caddie*.

—¿La encontraste?

—No —dijo el *caddie*, un chico larguirucho que parecía haberse afeitado un mes entero en los últimos cinco minutos.

—Pon otra.

El *caddie* asintió, sacó una bola nueva de la bolsa de golf y la colocó en la extensión de terreno cercana a la línea de árboles, desde donde Al tenía una buena vista del *green*. Dante miró a Al y Al se encogió de hombros.

—Nos jugamos quinientos dólares el hoyo —dijo—, y ya estoy perdiendo dos de los grandes.

Dante asintió. Sabía que todos los hombres hacían trampas en el golf, no solo Al, y en más de una ocasión habían sacado la pistola en plena partida.

Al eligió un palo, golpeó y la pelota aterrizó a cierta distancia del *green*. Al jugaba mal al golf y a otros juegos. Cuando andaban hacia el resto del grupo, Dante se fijó en que el hombre con el bigote espeso le estaba mirando fijamente otra vez.

—¿Quién es ese del traje marrón y bombín y la rata muerta encima del labio? —preguntó Dante.

Al sonrió.

—Sacco. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Dante, memorizando el nombre.

Al fin llegaron al *green*, donde los demás continuaron pinchando a Al por su falta de destreza en el golf. Cuanto más se burlaban de él, más irritado veía Dante a Al, dispuesto a estallar en cualquier momento. Dante necesitaba marcharse de allí, volver al coche, inyectarse un pico antes de que empeoraran sus temblores.

—Al, creo que debería volver a la ciudad.

—¿Qué prisa hay?

—Tengo pistas que seguir.

—También nos iremos pronto nosotros. Juega un poco.

—No sé jugar.

—Tampoco sabe Al —dijo el alcalde, y los hombres soltaron risotadas otra vez. Dante se fijó en la cara de Al y comprobó que su enfado había ido en aumento hasta alcanzar el punto de ebullición, de modo que ya no podía contenerlo más.

—El siguiente hoyo lo jugamos por turnos —dijo Al en voz bastante baja, antes de irse ofendido y solo hacia el hoyo siguiente—. Quédate, Dante.

Dante frunció el ceño y se volvió hacia los otros, notando que el buen humor del

grupo había desaparecido y había sido reemplazado por un miedo compartido. Miró a los otros para encontrar sentido a las palabras de Al, pero no lo consiguió. Todos siguieron en silencio, intercambiando furtivas miradas nerviosas, hasta que llegaron al hoyo siguiente.

—¿A quién le toca hacer de *tee*? —preguntó Al cuando llegaron. Nadie dijo nada durante un momento hasta que habló Frank.

—A Johnny —dijo.

Todos se volvieron hacia el alcalde, y una expresión de preocupación se impuso en la cara del hombre.

—Vamos, Al, ¿qué es esta mierda? Siempre con el jodido por turnos —dijo—. Déjalo ya de una vez.

—Ya sabes las reglas —dijo Al—. Es tu turno de hacer de *tee*.

El alcalde paseó su mirada desde Al hasta el resto de los reunidos, que se negaron a encontrarse con ella; le dejaban que se las arreglara él solo.

—Vamos, Al.

Ahora el alcalde estaba rogando, pero Al no contestó, ni siquiera volvió la vista hacia él, se limitó a tener fija la mirada en la calle planeando el golpe.

El alcalde miró de nuevo a los demás hombres, esperando tener en esta ocasión algún tipo de respuesta, pero otra vez ninguno de ellos cruzó su mirada con la suya excepto Dante, el cual, al no entender lo que estaba pasando, alzó las manos y se encogió de hombros.

Entonces, al cabo de un momento, el alcalde aceptó su destino. Se arrodilló en la hierba y se tumbó boca arriba.

—Supongo que soy el primero —dijo Al, haciendo un gesto con la cabeza a su *caddie*.

El *caddie* se acercó y colocó una pelota en la barbilla del alcalde, deteniéndose un momento para asegurarse de que estaba equilibrada. Luego se apartó, eligió un palo y se lo pasó a Al.

Al alineó su golpe. Balanceó su palo varias veces, deteniéndose muy cerca de la cara del alcalde, lo que hacía que el hombre se encogiera cada vez y contuviera un gemido para evitar que la bola se tambalease.

—Vamos a ver cuántas ardillas mato de esta —dijo Al.

Una expresión de lúgubre determinación asomó a su cara. Se puso tenso y, con lo que pareció toda su fuerza, bajó haciendo un *swing* su palo en dirección a la cara del alcalde.

Golpeó la bola y la mandó calle adelante, y el alcalde soltó un grito cuando comprendió que el palo no le había dado en la cara por un pelo, un grito que parecía contener todo el miedo y terror que había ido acumulando en los últimos momentos, y el alivio porque Al no le hubiera deshecho la cara.

Dante miró la cara del alcalde y vio miedo e impotencia en ella; luego alzó la vista y observó que Al le estaba mirando fijamente a él con ojos enfurecidos, y Dante

no supo si el número lo había montado Al solo porque se había cabreado con sus amigos, o si también se trataba de un mensaje para Dante, una demostración de quién mandaba allí. Incluso podía ser otra cosa: que quizá estuviera perdiendo la cabeza, volviéndose loco de verdad. Dante tuvo un escalofrío cuando pensó en lo que eso supondría para él, y para el resto de Chicago.

—¿Quién es el siguiente? —dijo Al.

Jack dio un paso adelante y su *caddie* colocó una bola en la barbilla del alcalde. Dante se dio cuenta de que el número aún no había terminado, que iban a jugar otra ronda entera igual, y que en el hoyo siguiente sería otro el que haría de *tee*. Y en lo único que pudo pensar Dante fue en cuánto tardaría en estar en Bronzeville para hacerse con unas pequeñas porciones marrones de inconsciencia.

OFICINA DE IDENTIFICACIÓN
DEPARTAMENTO DE POLICÍA
CIUDAD DE CHICAGO

Nombre: Severyn, Lloyd	Reg. núm.: 98282
Alias:	Color: Blanco
Residencia: Calle Halsted, 4702, Apt. 1	Ocupación: Comerciante de carbón
Residencia/s anterior/es conocida/s	Fecha de nacimiento: 3/2/1894

SISTEMA DE IDENTIFICACIÓN DE BERTILLION Y DATOS

Estatura: 1 m 85	Longitud cabeza: 18,7	L. pie: 27,0	Color de ojos, círculo: Grisáceos
Edad: 22	Estatura inglesa: 6' 1"	Ancho cabeza: 16,4	L. Med. P.: 12
Col. de ojos: Pardo	Edad aparente: 22	A. exterior: 88,5	Ancho mejillas: 14,4
L. Lit. P.: 9,2	Tronco: 91,7	Oreja d: 6,6	Frente: 48,8
Incl. frente:	Proyección nariz:	Dientes:	Tez: Norm.
Ancho frente;	Aliento nariz:	Barbilla:	Peso: 79 kilos
Pecul. frente:	Pecul. nariz:	Barba: No	Constitución: Med.
Marcas, cicatrices, otras peculiaridades:			

Fecha en que se realiza la descripción: **20/4/1916**

SOCIOS CONOCIDOS

Nombre: Brandel, Adam	Nombre: Malloy, Shaun
Alias:	Alias:
Dirección: Calle Sedgwick, 1542	Dirección: Calle Division, 780
Ocupación: Desconocida	Ocupación: Florista
Fecha nacimiento: 15/6/1888	Fecha nacimiento: Desconocida
Reg. núm.: 97284	Reg. núm.: 87712
Naturaleza de la relación:	Naturaleza de la relación:
Crim. ref.: CHC-29763	Crim. ref.: CHC 29763
Reg. núm.: 97761	Reg. núm.: 89734

REGISTRO DE DETENCIÓN Y PROCESO

Fecha	Acusación	Pronunciación sobre caso	Ref.
13 feb. 1908	Agresión (riña callejera)	Condenado a 6 semanas en Pontiac Reformatory	23-JoP-2892a
8 ago. 1910	Agresión (riña callejera)	Trabajos sociales	—
5 sept. 1912	Robo (robo de monedas para fichas de teléfono público)	Condenado a 6 meses y multa de 50 dólares y costas	CHC-29763
17 jul. 1914	Vandalismo	Desconocida	SAA-987346-01
20 abril 1916	Fraude (en la facturación de equipajes)	Trabajos sociales	CPD-14-899

EL FOTÓGRAFO SE SENTÓ junto a la mesa del despacho de Michael e Ida y contó su historia con la misma voz cálida y nerviosa que Ida había oído por teléfono. En persona el nerviosismo venía acompañado de vehemencia física: movimientos de mano y cabeza y encogimientos de hombros, que le convertían en una presencia simpática. Era un poco mayor que Ida, tenía una constitución enjuta y ojos verde claro rodeados por cercos rojos debido a la falta de sueño.

Les habló del asesinato de un secuaz de Capone llamado Benjamin Roebuck en un callejón tres semanas antes, de la muerte de la novia de Roebuck, una bailarina de cabaré, y de cómo a dos chicos con aspecto de ricos, uno con cicatrices en el cuello, se los había visto tirar el cuerpo de la chica desde el puente de la avenida Ashland. Les contó los pasos que había dado en su investigación y cuando terminó de hablar, Michael hizo la pregunta cuya respuesta deseaban conocer tanto él como Ida.

—Usted dijo que el primer asesinato tuvo lugar hace tres semanas, ¿no? ¿Cuál fue la fecha exacta?

—El veintisiete.

Michael se volvió para mirar a Ida: la noche en que desapareció Gwen.

—¿Y a qué hora se produjo el asesinato?

El fotógrafo se encogió de hombros.

—El cuerpo lo encontraron por la mañana, pero hacía ya tres horas. En algún momento entre las doce de la noche y las cuatro o cinco de la madrugada.

Ida intentó poner algo de orden al horario, y al cabo de unos momentos alzó la vista y vio al fotógrafo mirándola fijamente.

—Les he contado mi versión de la historia —dijo—. Quizá ustedes me puedan contar la suya.

Ida se volvió para mirar a Michael, que asintió, y entonces ella le contó lo de la desaparición de Gwendolyn la misma noche, y que Coulton y Severyn probablemente tenían algo que ver, y el fotógrafo sonrió mientras la oía hablar.

—Entonces tienen relación —dijo cuando hubo terminado Ida—. Coulton y Severyn mataron a Roebuck y luego su chica desaparecida se tropezó con ellos cuando estaban limpiando.

Ida negó con la cabeza.

—Las fechas coinciden, pero la hora no —dijo—. Nuestros hombres estaban en la estación central de Illinois pasadas las once. No pudieron ir desde allí hasta la parte sur con Gwendolyn ya dentro del coche, matar a Roebuck y volver en coche al centro. Además Gwendolyn dijo que se los encontró con sangre en las manos esa misma tarde. Eso fue horas antes de que mataran a Roebuck.

—Podrían haberse separado —dijo el fotógrafo—. No puedo creer que haya dos hombres distintos, altos, delgados y con cicatrices en el cuello, que cometan dos

asesinatos diferentes la misma noche. Si la lista de propietarios de Cadillacs negros que envía la División de Automóviles incluye el nombre de Coulton o Severyn, la relación será evidente.

—Supongo que sí —dijo Michael—. ¿Cuándo tendrá esa lista?

—No lo sé. Puede que hoy mismo más tarde, o mañana.

—Tenemos a una heredera desaparecida —dijo Michael— y un secuaz de Capone muerto, y los dos probablemente estén relacionados con Coulton y Severyn. La cuestión es cómo.

—Ustedes tienen la ficha de Severyn, ¿no es así? —preguntó el fotógrafo.

Michael asintió. La habían conseguido el día antes y desde entonces habían pasado mucho tiempo examinándola. Cogió el informe de la mesa y se lo tiró al fotógrafo.

—No hay gran cosa —dijo Ida, que había tomado la voz cantante—. La dirección es de hace muchos años y sus socios han muerto. Ninguno de los demás inspectores del cuerpo sabe mucho de él aparte de eso.

Jacob recorrió rápidamente las páginas del informe. Luego alzó la vista de nuevo hacia ellos cuando terminó.

—¿Qué es lo que quiere, señor Russo? —preguntó Ida.

—Por favor, llámeme Jacob. O Jake. Me gustaría que me mandasen cualquier información que les llegue sobre el secuaz muerto y sobre Severyn. A cambio, si yo descubro algo mientras investigo la parte que me toca, se lo haré saber. Si le preocupa divulgar información a alguien que no pertenezca al departamento de policía, entonces mándela a mi amigo del cuerpo de inspectores, el teniente Lynott.

Se buscó en los bolsillos, encontró una tarjeta de visita y se la pasó a Ida. Ella la cogió, la inspeccionó y vio que era de ese amigo suyo del cuerpo que acababa de mencionar.

—Puede preguntar en el cuerpo. Todos responderán por mí, aunque tengo la sensación de que ya lo ha hecho.

—Lo hemos hecho —dijo Ida.

—¿Y qué dijeron?

—Unos dicen que usted es un pesado que trata de resolver casos sin solución. Otros dijeron que era el mejor inspector que ha tenido nunca el cuerpo.

—He oído que la gente dice lo mismo de ustedes dos.

Los miró y sonrió de un modo levemente avergonzado.

—¿Le puedo preguntar cuál es su interés en esto, Jacob? —preguntó Ida, sonando más sarcástica de lo que pretendía—. ¿Por qué está tan interesado en localizar al asesino de Roebuck? Solo era un gánster de poca monta.

—Todos los días voy a trabajar y veo a policías perezosos e incompetentes que no hacen su trabajo —dijo él—. Y hay personas inocentes que mueren por eso. Solo quiero cambiar las cosas.

Les sonrió con pena, y Michael e Ida se miraron. Podía haber sido un buen

detective, y parecía un joven sincero en todos los aspectos, pero su respuesta parecía preparada de antemano, demasiado sensibla. Había otro motivo por el que estaba investigando todo aquello que no quería revelar.

—Muy bien —dijo Michael—, si damos con algo relacionado con los asesinatos, se lo haremos saber, y si averiguamos algo concreto sobre Coulton y Severyn, se lo pasaremos a Lytton, al cuerpo de inspectores.

Jacob sonrió.

—Gracias —dijo. Se levantó y puso el informe sobre Severyn encima de la mesa. Cuando dio un paso adelante, Ida se fijó en su ligera cojera, como si la pierna se le hubiera quedado dormida mientras hablaba con ellos. Se estrecharon las manos y una vez que se hubo ido Michael se volvió para mirar a Ida.

—¿Qué piensas tú? —preguntó.

—Hay algo en él que no me encaja —dijo ella, haciendo gala de su escepticismo nato—. No me trago eso del ciudadano preocupado por los demás.

—¿Y eso de su papel como inspector *amateur* frustrado?

—Eso me lo creo. A mí me pasó lo mismo. Entiendo que él y su amigo Lynott trabajen en casos por su cuenta, pero ¿por qué está tan interesado en este?

—¿Curiosidad profesional? —dijo Michael—. Es un caso interesante. Ojos arrancados. Bailarinas de cabaré muertas.

—Podría ser —dijo Ida—. Toda su historia lleva a Bronzeville. Gwendolyn iba a verse con un intermediario allí, el secuaz murió allí y la novia del secuaz fue bailarina del Sunset Café.

—Del que es dueño Capone.

—Para quien trabajaba el secuaz —dijo Ida—. Todo gira alrededor de ese club y de Capone. ¿Crees que Capone tiene que ver con la desaparición de Gwendolyn? Alguien muy importante está intentando encubrir todo eso.

—Podría ser —dijo Michael—. ¿Qué tal si le damos el nombre de la bailarina a su amigo? Veremos si él puede encontrar algo.

DANTE VOLVIÓ AL DRAKE del campo de golf de Burnham pasando por el limpiabotas de Bronzeville. Se picó, esperó un momento a que los nervios desaparecieran de su cuerpo y luego se dispuso a seguir la única pista que tenía para encontrar al camarero desaparecido: el boleto de apuestas descubierto en la habitación del hotel. Llamó a algunos corredores de apuestas que conocía, para preguntarles las posibilidades del boleto y descubrió al hacerlo que el veinte a uno que había elegido el camarero nunca había ido más allá del dieciséis a uno en ninguna de las demás apuestas. Dante les dio las gracias y se dirigió directamente a Cottage Grove, atravesando en coche la ciudad mientras se ponía el sol, cuyo color bañaba los edificios, cubriéndolos de oleadas rojas.

Mientras conducía, dio unos cuantos rodeos y comprobó el retrovisor, intentando ver si le seguía alguien de la Organización. Pero no pudo distinguir a nadie, y empezó a preguntarse si Al había recurrido a él de verdad, si quizá la tensión por haber vuelto a su ciudad natal estaba despertando su paranoia. Entonces se dio cuenta de lo absurdo que era que el hecho de que al parecer no le estuviese siguiendo nadie le hiciese perder los nervios.

Aparcó delante de la sala de billares, que estaba situada en el sótano de un edificio de la calle 64 y señalada por un gran rótulo de neón verde en forma de flecha que indicaba dónde se encontraba la entrada.

Bajó los escalones y cruzó la puerta situada bajo la punta de la flecha. El lugar era espacioso y tranquilo y tan escasamente iluminado que resultaba imposible distinguir nada excepto un barra a un lado y más allá un conjunto de mesas de billar, docenas de ellas, que descendían a las profundidades, cada una alumbrada por una lámpara que colgaba sobre el tapete verde, como una malla de cuadrados esmeralda flotando en un mar de oscuridad.

Dante se dirigió a la barra, atrayendo, al pasar cerca, las miradas de los jugadores de billar, todos ellos de color, que le tomaron por uno de la pasma hasta que vieron al zaparrastroso perro que le seguía. El barman le fulminó con la mirada. Medía uno ochenta, era calvo y llevaba un chaleco blanco que ceñía su corpachón. Dante le sonrió y se quitó el sombrero.

—Estoy buscando a Red.

—No está aquí.

—Dígale que soy su viejo amigo Dante.

—No está aquí.

—¿Siempre es tan rápido con sus respuestas?

—¿Quiere que tartamudee?

Dante mantuvo la sonrisa fija en la cara mientras se dejaba caer en un taburete y colocaba el sombrero encima de la barra.

—Bien, entonces supongo que le esperaré. Póngame un whisky, ¿quiere?

El barman le miró enfadado unos segundos más, luego soltó un suspiro y se dirigió sigiloso hasta un teléfono caído sobre la barra. Lo cogió, intercambió susurros con alguien al otro lado de la línea, colgó, se volvió hacia Dante y señaló con la cabeza las profundidades. Dante agarró su sombrero de la barra y se dirigió al fondo del local, forzando la vista al ser incapaz de distinguir hasta dónde se extendía.

Bajó por una de las hileras, y a los pocos segundos al fin pudo distinguir la pared del fondo, a lo largo de la cual había una hilera de cabinas, todas tapizadas de terciopelo rojo con su propia luz encima. En una de ellas Dante vio a Michigan Red, sentado entre una espiral de humo, y a cada lado un par de forzudos y un chico con camisa blanca que parecía simultáneamente muy colocado y la hostia de aburrido.

Cuando Red vio acercarse a Dante, sonrió abiertamente.

—Dante el Caballero —dijo Red—. Vuelves de entre los muertos y traes un perro.

—El perro no es del más allá, Red, es de Chicago.

—¿Y hay diferencia? —Red soltó una risita—. Toma asiento.

Hizo un gesto con la cabeza a los dos fortachones, que se levantaron y se dirigieron a una puerta donde terminaba la hilera de cabinas. El chico siguió donde estaba, sentado en el interior, caído contra la pared, con los ojos a media asta y tres o cuatro botones de la camisa abiertos en el cuello, dejando ver carne fresca y músculos flexibles. Dante se sentó enfrente de Red, que dio una calada al porro que estaba fumando. Luego se lo ofreció a Dante, que negó con la cabeza.

—Me pone nervioso —dijo.

—¿Sí? A mí y me hace lo contrario —dijo Red, y volvió a soltar una risita. Era un hombre delgado, con la cara larga y esquelética, y cuando sonreía la piel se le tensaba sobre los altos pómulos que un modo de le hacía parecer delicado y amable, casi femenino. No tenía la piel suficientemente clara para pasar por blanco, pero su cara estaba llena de pecas, y lo que le quedaba de pelo era pelirrojo —de ahí el sobrenombre de Red— y estaba peinando hacia atrás con gomina. Llevaba puesto un traje con chaleco color borgoña, un pasador de corbata dorado y unos gemelos con diamantes que brillaban y lanzaban destellos al incidir en ellos los rayos de la lámpara.

Ante una repentina riada de brillante luz blanca y ruido, Dante se dio la vuelta y vio que los dos fortachones habían abierto una puerta y entraban en un despacho muy concurrido. Dante distinguió a docenas de trabajadores; un grupo de teléfonos, listas de carreras sujetas a la pared; una pizarra llena de cálculos escritos con tiza; un plano del barrio con anotaciones. Y luego la puerta se cerró, apagando el sonido y la luz, y ellos volvieron a quedar sumidos en la oscuridad.

—¿Y bien? ¿A qué debo el honor? —preguntó Red.

—¿Sabes algo de un camarero que se llama Julius Clay? —dijo Dante, y antes de que pudiera evitarlo la cara de Red se había crispado.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Sirvió bebida envenenada a unos cuantos peces gordos de la ciudad en el Ritz hace unas cuantas semanas y luego desapareció. Tengo que hablar con él antes de que le echen mano otras personas y le hagan callar para siempre.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque tú eres de Michigan y él es de Michigan, y encontré un boleto de apuestas suyo con tu sello y las más generosas jodidas probabilidades que he visto jamás. Veinte a uno por un caballo por el que ningún otro corredor de apuestas de la ciudad subiría más que a dieciséis. Eso me llevó a preguntarme por qué le dabas unos porcentajes tan altos en una apuesta a un camarero huído del Ritz.

Red se mantuvo en silencio. Dio una larga calada al porro, retuvo el humo unos cuantos segundos y luego lo soltó hacia el rayo de luz que caía de arriba.

—¿Para quién trabajas, Dante? —preguntó Red, echándose hacia delante y pasando el petardo al chico.

—Trabajo para Al.

—Y eso es lo que me hace preguntarme si el calor se te ha subido a la cabeza. Por lo que he oído, Al probablemente quiera matar también a ese camarero. Así que no veo cómo voy a ayudar a ese hombre ayudándote a ti.

Dante frunció el ceño, sorprendido de la postura de Red. Casi todos los gánsteres negros de la ciudad mantenían buenas relaciones con Capone; este les dejaba ocuparse de sus propios asuntos como les apeteciera mientras le comprasen la bebida a él. Se aseguraba de que la policía no les molestase, les ayudaba a estructurar sus operaciones y a aumentar sus ingresos. La negativa de Red a acceder a una petición de la Organización sugería que había pasado algo entre ellos dos.

—Al no sabe nada de esta pista —dijo Dante—. Todavía no. Dame su dirección. Te garantizo que no le tocaré y tendrá unos días de ventaja antes de que yo lo cuente.

Red le miró atentamente.

—¿Has venido a la ciudad por tu cuenta, Dante?

—Claro.

—¿Y de verdad estás trabajando para Al? ¿No para otro?

Dante se quedó callado ante la pregunta, ante la insinuación.

—¿Qué quieres decir con eso?

Red se encogió de hombros.

—Últimamente han venido unos cuantos tipos de la Gran Manzana. A liar las cosas. Me preguntaba si tú eras uno de ellos.

—He venido porque Al me lo pidió —dijo Dante—. Pero si quieres contarme algo más de los otros, soy todo oídos.

—Bueno, no es nada —dijo Red, con una repentina timidez, y Dante se fijó en la preocupación que mostraba su cara, porque el tono de Red revelaba repentinamente una falsa seguridad—. Solo es que veo las cosas desde el punto de vista de mi trabajo. Veo cómo está cambiando la ciudad, cómo cambia la gente. Chicago siempre

está cambiando, excepto en un aspecto.

—¿Cuál?

—Que siempre tiene el hambre suficiente para darte un mordisco en el culo. — Red sonrió, y enarcó las cejas y luego se volvió para reclamarle el petardo al chico—. Tu jefe, Dante, está prendiendo fuego a la ciudad —dijo—. Lo peor que le ha pasado nunca a esta ciudad fue que se retirase Torrio.

Dante había oído a muchos veteranos expresar sentimientos semejantes. Cuando en la ciudad mandaba Johnny Torrio, predecesor y jefe de Capone, había impuesto una política de vivir y dejar vivir. Había dinero suficiente para que se aprovechase cada banda siempre y cuando todas se mantuvieran dentro de los límites mutuamente acordados de su dominio de bebidas ilegales. Pero cuando Torrio se retiró, Capone inició un proceso de consolidación implacable, dando lugar a una serie de conflictos entre las bandas que se conocieron como las Guerras de la Cerveza y que se saldaron con la eliminación de una banda tras otra, incorporando cada pequeño reino al suyo. Y ahora, de todos aquellos pequeños reinos solo quedaban en la ciudad dos bandas, la de Capone y la de Moran.

Eso es lo que se contaba en los bajos fondos, pero no era exactamente la verdad. Torrio nunca cedió su imperio a Al Capone, se lo cedió a los hermanos Capone. A todos ellos. Pero Al asumió el protagonismo. Si a Frank, el hermano de Al, no le hubieran matado años antes en un tiroteo que tuvo lugar el día que se celebraban unas elecciones, es probable que él hubiera asumido el mando de la Organización. Y en la época de Torrio también había habido su parte correspondiente de violencia y guerra de bandas, algo que parecía haberse olvidado.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta desde que me trasladé a Chicago? —dijo Red—. El funcionamiento básico de esta ciudad consiste en que un hombre trata de quitar lo mejor a otro hombre. Se alimenta de eso. De toda esa disputa, de todos esos hombres que intentan atrapar un dólar antes que el hombre de al lado. Ese es el vudú que saca de la cama a un millón de trabajadores todas las mañanas, construye los edificios, hace girar el mundo.

»¿Quieres aceptar esa mierda hasta el extremo al que la lleva Capone? Entonces lo único que tendrás es guerra. Que es lo que tenemos desde que él decidió convertirse en rey. ¿Y sabes lo que es divertido? Que la gente le quiere por eso. Se ponen de pie y le vitorean cuando se sienta en los partidos de béisbol, ¿lo sabías? Había una encuesta en una revista el otro día que preguntaba a los estudiantes de Harvard a quién respetaban más. Tu amigo Capone estaba en la lista. Allí, entre los diez primeros, con Gandhi y Ford. Entiéndeme; sé muy bien cómo se consigue eso: hacerse famoso, regalar pavos en Navidades, organizar comedores de beneficencia... Así tiene a la gente de su parte. Incluso consigue que los putos negros crean que, a pesar de todo, es un tipo cojonudo. Pero toda esa publicidad, ¿para un gánster? Eso no puede durar. Lo que estoy diciendo es que el barco en el que vas se está hundiendo. Y si te doy información sobre el camarero fugado, en cierto modo acepto

subirme también a bordo.

Dante se quedó pensando y asintió. Luego se inclinó para hablar a Red en voz baja.

—La situación es esta —dijo—. Esté quien esté detrás de ese envenenamiento, han mandado a un sicario a buscar a tu amigo Julius. Un sicario contra el que no tiene ninguna posibilidad. Si pudiera hablar con ese hombre, a lo mejor sería capaz de contener al sicario y a Capone. Si no, está prácticamente muerto. Y esto no te lo pide Capone... sino yo. Estoy metido hasta el cuello en esto y necesito algunas respuestas, y necesito tu ayuda.

Incluso mientras hablaba Dante podía oír la emoción que dejaba traslucir su propia voz y quedó sorprendido por ello... el trasfondo del estrés. Red le miraba, aparentemente solo sorprendido, luego como reflexionando, considerando las posibilidades que se le pasaban por la cabeza.

Años atrás Red había montado una centralita telegráfica en una habitación que estaba encima de una estación de tren y mandaba telegramas con los resultados de las carreras a sus oficinas de Chicago seis o siete minutos antes que todos los demás corredores de apuestas de la ciudad recibieran la noticia. Alquiló un auténtico ejército de hombres para que hicieran en el último minuto centenas de apuestas mínimas en las carreras, un fraude que exprimía y dejaba secos al resto de los corredores de la ciudad. Si Dante podía confiar en alguno de los gánsteres de la ciudad para que evaluara la situación y tomase una decisión racional, ese era Red.

Este se echó hacia delante, mirando con aplomo a Dante y dando golpecitos con los dedos en el tablero de la mesa.

—Dante el Caballero... —dijo, casi para sí mismo—. Un hombre en cuya palabra se puede confiar. ¿No es por eso por lo que conseguiste el nombre?

—No sé cómo conseguí el nombre. Y la verdad sea dicha, no me gusta mucho. Pero nunca he dejado de cumplir mi palabra.

—Muy bien —dijo al fin Red—. Hablaré con mi hombre, y si él quiere verte, prepararé un encuentro. Pero si no te atienes a tu palabra, te encontraré y te haré pedazos. Tanto si tienes el apoyo de Al como si no. ¿Entendido?

Dante asintió.

—¿Qué os ha hecho estar tan unidos a ti y a ese camarero, dicho sea de paso? —preguntó. Y Red soltó una risita y se echó hacia atrás en su silla, relajándose.

—Vinimos juntos aquí desde Michigan. En el tren nos asaltó un grupo de chicos blancos a la caza de negros. Él me salvó la vida. Se rompió una mano al impedir que me dieran un martillazo en la cabeza. —Red levantó la mano y se la puso delante de la cara para reproducir la intervención de aquel hombre tantos años atrás—. Le proporciono buenas oportunidades en las apuestas como agradecimiento. Tampoco significa mucho para mí teniendo en cuenta la mierda de caballos a los que siempre apuesta, pero... —Red terminó encogiéndose de hombros...—. ¿Qué puede hacer uno?

Dante asintió.

—¿Y vino a pedirte dinero antes de largarse de la ciudad porque los responsables del envenenamiento nunca le pagaron? —Y cuando observaba a Red esperando una reacción, en alguna parte detectó el ligero tirón de un músculo.

—Espabila, Dante —dijo Red, de modo desenfadado—. Hice un favor a un amigo, no se puede considerar un pecado.

Dante asintió, de repente pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Red.

—Me recuerdas una antigua máxima judía que decía Menaker: «Si el Día de la Expiación no tienes pecados, fíjate en tus buenas acciones».

Red se quedó pensando y luego dijo:

—Eso no es verdad. ¿Cómo está el viejo?

—Está en el condado de Cook esperando una condena perpetua. Gracias de nuevo por toda tu ayuda.

Dante tendió la mano. Red la estrechó, le guiñó el ojo y luego miró al perro.

—Supongo que sabes lo que dicen de los compañeros, que terminan pareciéndose uno al otro.

—¿Sí?

—Sí. Es un perro inquieto, igual que tú.

DE TODO LO QUE había descubierto en el Chicago de los años veinte, nada había desconcertado más a Louis que las relaciones en los barrios bajos. Los negros del Sur como Louis habían llegado al Norte y les había parecido un lugar frío, solitario y poco acogedor, de modo que habían contribuido a crear una cultura nueva en sus ciudades, una cultura que recordaba el Sur y miraba el futuro, una cultura que era vibrante, moderna, sofisticada y, sobre todo, negra. Aquello era tan nuevo y emocionante que multitudes de blancos iban a Bronzeville a experimentarlo.

Los primeros blancos en llegar al Cinturón Negro eran aficionados al jazz, estudiantes de música, jóvenes, hombres y raros, capaces de enfrentarse a los peligros de los barrios bajos con tal de oír la música del mañana; una rebelión de blancos adolescentes, con la banda sonora de canciones negras, urbanas.

Muchos de estos blancos empezaron a apropiarse de la música que oían en la parte sur y a tocarla en los hoteles y cabarés del centro de la ciudad, donde el racista Sindicato de Músicos prohibía las bandas de negros. Su música sonaba en la radio y sus grabaciones se vendían en la sección principal de las tiendas de discos, no en las dedicadas a «discos raciales». Se estaban haciendo ricos con la música que habían inventado los negros, y debido a su entusiasmo, la explotación financiera de la cultura de otros hizo que muchos de los músicos de jazz originales se sintieran estafados, así que se inventaron un nombre para los blancos que les robaban su música: «caimanes». La apropiación del jazz fue tan completa que gente de todo el país que llevaba unos cuantos años bailando con esa música, suponía que la habían inventado los blancos.

La difusión de la popularidad de la música trajo inevitablemente un cambio en el tipo de personas que acudían a Bronzeville, de fanáticos del jazz a turistas, de blancos pobres a ricos ociosos. El chorro se convirtió en torrente, y luego pareció que la ciudad entera escapaba del Loop para ir a bailar a la parte sur, ante el cabreo del Sindicato de Músicos.

Al final incluso los que vivían en la Costa Dorada empezaron ir allí multitudinariamente, y los hijos de los dueños de las fábricas y empresas que explotaban de modo despiadado a los trabajadores del Cinturón Negro acudían a Bronzeville y lo consideraban un parque de atracciones. Y por eso las personas que vivían allí originariamente se quejaban amargamente de que aquellos recién llegados no solo estaban echando a perder el barrio sino que también estaban destruyendo la cultura.

Fue la influencia de estos blancos ricos lo que llevó al surgimiento de los intermediarios, negros que les organizaban noches en Bronzeville. A muchos de los colegas de Louis esta situación les resultaba desagradable y consideraban a estos intermediarios algo parecido a guías, el tipo de nativos amigables que se contratan si

vas de safari a África. Pero si la parte sur era la jungla, y los intermediarios eran los guías, ¿qué era lo que hacía la gente que vivía allí?

A juicio de Louis, la triste realidad de todo aquello es que se saldara con chicas ricas desaparecidas, madres apenadas e investigaciones criminales. Y eso era lo que amargaba sus pensamientos mientras se arreglaba aquella noche, una noche extraña, pues no tenía actuación en el Vendome, parado delante del espejo en el cuarto de baño del Ranch, el apartamento que había alquilado con Earl y Zutty, los otros dos miembros de los «tres infames».

Louis se había pasado allí todo el día, fumando marihuana y trabajando en unos arreglos nuevos con Earl para las sesiones de grabación que tenían contratadas para la semana siguiente. Luego comieron, él se lavó y ahora estaba listo para salir.

Se dirigió hacia el norte por la avenida Calumet, en pleno calor de Bronzeville, hasta la calle 35 y el Sunset Café. Las calles vibraban de música y gente; colas delante de los clubes; *hipsters* tomando tragos de petacas con bebida que escondían en bolsos, bolsillos, ligueros; vendedores de bourbon ilegal a ocho dólares la botella trapicheando entre la lluvia de neón que caía sobre las aceras desde los anuncios. Louis atravesó el tumulto saludando con la cabeza a la gente que conocía: los gorilas de los locales, fans, rateros y chulos, los veteranos sentados en sillas de cocina golpeando con fichas de dominó mesas poco estables.

Cuando llegó al Sunset, se encaminó al principio de la cola y los gorilas de la puerta le saludaron con la cabeza y levantaron la cuerda para que entrara. Cruzó el vestíbulo y al llegar a la sala principal fue asaltado por un muro de ruido procedente de la banda que tocaba en el escenario, los centenares de bailarines que iban lanzados por la pista y la gente sentada en las últimas mesas.

Se dirigió a la barra y pidió una copa, y mientras esperaba paseó la vista por la pista de baile y las personas frenéticas allí congregadas. Nunca conseguía acostumbrarse del todo a aquello. En Nueva Orleans la gente bailaba lento con el blues, pues la música así la pedía. Pero en Chicago era mucho más rápida; la gente lanzaba sus cuerpos con abandono, sin tiempo para pensar en romances.

La trajeron la copa y Louis la pagó, dio un trago y encendió un cigarrillo. Contempló el escenario, donde un coro de bailarinas formado por veinticuatro chicas de piel lo bastante clara para pasar casi por blancas llegó al final de su número de baile y un joven presentador —Cab Calloway— se adelantó e introdujo el número siguiente. Al final de su larga parrafada, Cab distinguió a Louis al fondo, y cuando el número siguiente ya estaba en marcha, se abrió paso entre la multitud para saludarle.

—Hola, Cab —dijo Louis—. ¿Cómo le va al segundo mejor intérprete de jazz de Chicago?

—No lo sé, Louis, dímelo tú.

Se rieron y se abrazaron. Cuando Louis había trabajado en el Sunset el año anterior, había proporcionado a Cab su gran oportunidad, y ahora que Louis se había trasladado al Savoy, el más joven se había convertido en la atracción estelar del local.

—¿Cómo te va en el Sunset? —preguntó Louis.

—Todo va bien salvo las redadas. La mitad de la banda está hablando de dejar esto y largarse al este.

—Sí, les pasa lo mismo a todos. ¿Crees que vamos a terminar todos en Nueva York? —preguntó Louis, que volvió a pensar en su temporada en esa ciudad con algo parecido al miedo.

—Todos hemos terminado en Chicago, ¿o no?

Cab dio unos golpecitos al cigarrillo que sacó de una pitillera, lo encendió y los dos pasearon la vista alrededor y distinguieron a un grupo de jóvenes ricos de la Costa Dorada que entraban ya borrachos y armando escándalo. Vieron que los instalaban en las mejores sillas de una mesa cerca del escenario desde donde podían pedir canciones y lanzar propinas con más facilidad (las propinas muchas veces superaban lo que se les pagaba a los intérpretes).

—Ese intermediario que estás buscando se ha dado el piro —dijo Cab, y Louis se volvió para mirarle. Louis había llamado a su amigo aquella tarde, sabiendo que todavía trabajaba en el Café, y le había pedido información.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso? —preguntó Louis.

Cab se encogió de hombros.

—Nadie le ha visto hace semanas. Se esfumó. Con el tiempo justo, así que el hombre debía de esperar malas noticias.

—¿Por qué se largó? —preguntó Louis.

—Estaba chuleando a unas cuantas chicas que trabajaban aquí sin contárselo a Capone. Así que lo demás te lo puedes imaginar.

Louis asintió. Aunque Capone no era dueño legalmente del Sunset Café — Capone no era dueño legalmente de nada excepto de una modesta casa familiar en las afueras de Chicago cuya hipoteca aún tenía que pagar—, el Sunset Café era una empresa de la Organización, y Capone había invertido personalmente en él. Cuando Louis y Earl habían tocado allí, Capone había sido su jefe de un modo indirecto; iba con frecuencia al club y llegaron a considerarle más un cliente del establecimiento y un aficionado al jazz que el dueño del club nocturno.

Capone también controlaba la mayor parte de la prostitución de la ciudad, y si Randall Taylor estaba chuleando a chicas que trabajaban en uno de sus clubes sin la intervención de este, tenía todos los motivos para esconderse.

—¿Así que la Organización lo descubrió? —preguntó Louis.

—No lo sé —dijo Cab—. Imagino que un hombre lo bastante estúpido para controlar a las chicas de un local de la Organización probablemente sea lo bastante estúpido para haber hecho una docena de cosas más por las que quiera escapar. Corren rumores sobre ese tipo.

—¿Cómo cuáles?

—Como que no era un intermediario normal. Terminó trabajando exclusivamente para esa panda de chicos ricos, y me refiero a ricos de verdad, incluso de la Costa

Dorada. Según rumores, les organizaba fiestas en apartamentos privados ilegales. Pagaba a chicas, y a veces también a chicos, para mantenerlos entretenidos y después, o eso se cuenta, algunas de esas chicas y esos chicos nunca volvían a casa. Como digo, solo son rumores. Pero todas las chicas del coro, todas, dicen que conocen a alguien que conoce a alguien que fue a una de esas fiestas y desapareció. Una de esas chicas incluso habla de vudú.

Louis frunció el ceño y un pesado silencio se instaló entre ellos. Cab dio una calada a su cigarrillo mientras ambos observaban a un par de camareros que se apresuraban hacia la mesa de los de la Costa Dorada para llevarles champán en cubos con hielo.

—¿Qué es de esa chica? ¿Esther Jones?

—Era una de las bailarinas que trabajaban aquí. También era una de las chicas a las que estaba chuleando Randall Taylor.

Louis asintió. Ida le había llamado para darle el nombre y pedirle que averiguase lo que pudiera. Ahora resultaba que la bailarina muerta estaba relacionada con el intermediario, y el intermediario estaba relacionado con la heredera desaparecida.

—¿Conoces a alguien que pueda saber adónde se ha largado ese intermediario?

—Sí. Tiene un hermano pequeño, Stanley. Es un cocinero borrachuzo que destila aguardiente ilegal en el sótano de un burdel donde Randall tiene encerradas a unas cuantas de sus chicas. Podría merecer la pena ir a mirar.

—Sí, supongo que sí.

Cab le dio la dirección y luego se apoyaron en la barra y se quedaron contemplando el espectáculo un poco más.

—Será mejor que vuelva. Casi han terminado —dijo Cab. Los dos se abrazaron—. Oye —añadió Cab, cuando estaba a punto de irse—. Tengo unas entradas gratis para el concierto de Whiteman la semana próxima. ¿Quieres venir?

—¿Es que Whiteman viene a la ciudad?

Cab asintió.

—Toca en el Teatro Chicago. Viene con Bix Beiderbecke. A lo mejor podrías ir y comprobar cómo está la competencia —dijo sonriendo a Louis de modo travieso.

—Puede que vaya.

Cab volvió a soltar una risita, luego se dio la vuelta y desapareció entre la multitud, y Louis se volvió para inspeccionar el ambiente una vez más. En la pista de baile distinguió a unos cuantos negros que bailaban entre los blancos. Aunque era el local con mezcla de razas más famoso de Chicago, los elevados precios del Sunset —un dólar la entrada los fines de semana, y las copas aparte— impedían que la mayoría de los negros pudiera entrar. Louis los contempló mientras meditaba, mareando su copa. Para los músicos de Nueva Orleans como Louis que compusieron la banda sonora de la mezcolanza racial de Chicago —músicos que se habían criado en una cultura de violenta segregación— entrar en un club nocturno y ver a blancos y negros bailando juntos despertaba una mezcla inquietante de emociones.

En los clubes los negros y los blancos podían bailar juntos, reírse juntos, tal vez ir a uno de los hoteles cercanos y pasar la noche juntos. Pero por la mañana lo más probable era que despertaran y volvieran a sus propios mundos segregados. El Sindicato de Músicos continuaba impidiendo a los negros tocar en los hoteles y salas de baile del Loop; los contratos de alojamiento seguían impidiendo a los negros moverse de las afueras; playas, cines y parques de atracciones seguían estando segregados, y cuando bandas como la de Whiteman venían a la ciudad, a Louis no se le permitía tocar en ellas: de modo muy parecido a los boxeadores y jugadores de béisbol, a negros y blancos se les prohibía compartir un escenario como iguales.

No es que eso les importase mucho a personas como Louis. Para sortear las leyes, bandas de jazz de diferentes colores se reunían después de la hora en que se suponía que los clubes habían cerrado; los gorilas cerraban las puertas y los músicos subían juntos al escenario y tocaban hasta el amanecer para un público de enterados. Si Louis y el trompetista de Whiteman, Bix Beiderbecke, que en realidad eran los dos mejores trompetistas del mundo, iban a estar en Chicago aquel verano, solo tenía sentido, con fronteras de raza o no, que los dos tocaran juntos en una *jam session*.

Louis terminó su copa, salió del local, se despidió con un gesto de cabeza de los porteros y volvió a bajar andando por Calumet hacia el Savoy, pasando junto a los juerguistas y las parejas que, de puntillas en el borde de la acera, trataban de parar un taxi. Y por encima de todos ellos brillaba una luna creciente que parecía hinchada y grasienta en un cielo nocturno que estaba como untado de calor.

En la esquina Louis pasó junto a una pareja de policías y las palabras de Cab sobre las redadas zumbaron dentro de su cabeza. Nuevas leyes promulgadas el año anterior, las llamadas leyes contra «las petacas con bebida», hacían más fácil a los agentes federales detener en cualquier parte a personas que ellos sospecharan que estaban bebiendo alcohol, y desde luego las utilizaban para cebarse especialmente con los locales de jazz, como si la música de jazz fuese en cierto modo la causa de todos los problemas de Chicago.

Y puede que lo fuera para los que tenían autoridad. En Chicago se imponía la segregación, con las fricciones que suponía, ¿y qué era el jazz sino un oasis en medio de eso, un bálsamo para una ciudad herida, el unguento que disolvía las limitaciones? Resultaba, pues, natural que los que mandaban, los que se aprovechaban del modo en que estaba dividida Chicago lo consideraran una amenaza.

Así que tenía sentido que la ciudad estuviera tratando de librarse de ellos, aquellos músicos de jazz que durante diez años habían contribuido a convertirla en el lugar más vibrante del país. Los acontecimientos recientes llevaban a muchos a preguntarse si la gran época de Chicago estaba llegando a su fin.

Se decía entre los músicos de jazz que el jazz había nacido en Nueva Orleans y había crecido en Chicago. Ahora Louis se estaba preguntando si tendría que ir a Nueva York para adquirir la madurez. Un sitio donde los clubes de jazz estaban impregnados de racismo. En los clubes nocturnos de Harlem, como el Cotton Club, a

los únicos negros que dejaban entrar era a los que trabajaban allí. Era como hacer un viaje de vuelta a la época de la esclavitud. Hasta el nombre tenía ecos de ella.

Y en Broadway las cosas no estaban mejor. Todos habían oído a algunos intérpretes que volvían de tocar temporadas en musicales como *Shuffle Along* contar que los músicos de las orquestas tenían que aprenderse de memoria sus intervenciones y no usar partituras para que el público blanco pudiese así confirmar sus prejuicios sobre que los negros no eran capaces de leer música, que su musicalidad era primitiva, y no producto de años de disciplina y trabajo.

Louis sabía que su actitud al respecto respondía a sus prejuicios por la mala temporada que pasó en Nueva York con Fletcher Henderson. El líder de la banda y sus miembros habían menospreciado a Louis, considerándolo un chico campesino y no lo suficientemente sofisticado para la Gran Manzana, a pesar de que la música de Louis era más moderna y vanguardista que la suya. Louis había tenido que soportar que se burlaran de su ropa y sus modales, de su piel oscura, aunque eran sus compañeros de banda quienes llegaban a las actuaciones tarde o borrachos, quienes vestían y tocaban descuidadamente, quienes adaptaban su sonido para que atrajera a la masa.

Cuando Louis se levantó para interpretar su primer solo en el Roseland de Broadway, había tocado tan fuerte que se reunieron multitudes en las calles de fuera, y todo el auditorio dejó de bailar y se limitó a mirarle, desorientado. Louis estaba intentando nuevos modos de construir un solo, nuevos fraseos, tomando sonidos que normalmente solo aparecían en los cortes y uniéndolos para formar pasajes completos. Pero la gente no entendía lo que estaba oyendo: era demasiado revolucionario para ellos. El mismo sonido que era alabado en Chicago por revolucionario fue ignorado en Nueva York. Con los meses las cosas siguieron una espiral descendente: Henderson intentaba limitar sus solos y moderaba sus intervenciones y Louis se sentía cada vez más humillado, hasta que al final presentó su dimisión y volvió a Chicago.

Al recordarlo tres años después, con todos los trompetistas del país copiando su estilo, Louis sabía que tenía razón. Los meses que pasó en Nueva York no habían sido un fracaso total; había hecho algunos amigos, ganado algo de dinero, había grabado algunos discos de los que estaba orgulloso como músico acompañante de Bessie Smith y Ma Rainey. Pero la humillación total quedó para el final: en una fiesta de despedida se había emborrachado tanto que había montado una escena y, antes de quedar grogui, había vomitado en los zapatos de Henderson.

Mejor quedarse en Chicago, donde los clubes eran libres, imperaba una actitud moderna y, a pesar de los límites existentes, subsistía en realidad una mezcla de razas. Rezaba porque las autoridades, con sus prisas por echar a los gánsteres de Chicago, no destruyeran accidentalmente aquella cosa tan bella que había creado la ciudad. Sobre todo porque Louis tenía un interés personal en ello. Tenía la sensación de que él estaba en la cúspide de algo importante, una cristalización de todas las

innovaciones y pasos hacia el futuro a los que había contribuido en los últimos años. Rezaba porque las cosas no se vinieran abajo antes de que se las arreglara para alcanzar la cima que consideraba que estaba en algún sitio entre la niebla que le cubría.

JACOB FUE A LA Torre del *Tribune* para entregar unas fotos y hacerle una visita a Lowenthal en el sótano, donde encontró al viejo trabajando en la pizarra.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó cuando vio entrar a Jacob.

Los dos se sentaron y Jacob contó a Lowenthal su encuentro con los de la Pinkerton y que aquella mañana le había llamado Lynott a primera hora para decirle que la Delegación de Tráfico tenía registrado a Charles Coulton hijo como propietario de un Cadillac negro sedán deportivo, Serie 314, inscrito el año anterior. Ante la mención del nombre de Coulton, Lowenthal frunció el ceño y, una vez que Jacob hubo terminado de hablar, se quedó callado para pensar en ello.

—Traté con el abogado del chico una vez —dijo al fin—. Hace seis años, puede que siete, cuando yo todavía era jefe de sección del turno de madrugada. La policía había hecho una redada en un bar de locas de Hyde Park y había detenido a una docena de hombres, algunos de ellos vestidos de mujeres. Los sacaron a rastras para procesarlos y uno de nuestros fotógrafos les hizo unas fotos cuando entraban en la comisaría. Esa mañana, más tarde, aparecieron unos abogados con una orden del juez que nos obligaba a devolver las fotos que había sacado nuestro hombre. Se las dimos, aunque nos quedamos en secreto con unas copias y tratamos de entender lo que estaba pasando, imaginando que había intervenido alguien con poder para sacar a un juez de la cama a aquella hora de la mañana.

—¿Y? —preguntó Jacob.

—Al final alguien reconoció al hijo de Coulton en las fotos y supusimos que todo lo había arreglado él. Yo vi las fotos del chico y de su amigo con las cicatrices en el cuello. Recuerdo haber pensado en la extraña pareja que formaban. Y vi a un tercer chico, mucho más joven, de aspecto mexicano y vestido como una mujer gitana. Solo por curiosidad, unos días después comprobamos los informes que tenía la policía del incidente. De los informes había sido borrada toda mención a Coulton, junto con el nombre de su amigo. Se me quedó grabado lo rápido que habían actuado, con cuánto poder. Eso y el adolescente vestido como una chica del coro de *Carmen*.

Lowenthal soltó una risita, que fue secundada por Jacob, y al cabo de un momento una expresión solemne se apoderó de la cara del viejo.

—Esas personas tienen poder, Jacob. Si tienen que hacerlo, pueden movilizar a jueces y a departamentos de la policía enteros. Ándate con cuidado.

UNA HORA MÁS TARDE, cuando Jacob subía andando la escalera de su apartamento, oyó sonar el teléfono. Renqueó los últimos peldaños y consiguió agarrar el auricular antes de que dejase de sonar.

—¿Diga?

—¿Jacob? Soy Ida Davis, de la Pinkerton. Nos vimos el otro día.

—Sí, lo recuerdo. ¿Cómo está, señorita Davis?

La imagen de la chica volvió a su mente. Guapa, intensa y excesivamente juiciosa.

—Muy bien. Llamaba porque ha surgido algo. Un amigo mío consiguió cierta información. Resulta que la novia del muerto, Esther Jones, era una prostituta que trabajaba para el intermediario implicado en mi caso, el intermediario con el que estaba Gwendolyn van Haren justo antes de desaparecer. Tenemos la dirección de un burdel de Bronzeville donde trabajan algunas de las chicas del intermediario. Estaba pensando en acercarme hasta allí y, según los términos de nuestro acuerdo, pensé que lo debía saber.

—¿Cuándo tiene planeado ir?

—Hoy. Ahora. ¿Es una molestia para usted?

Tenía una voz sedosa a la que su acento de Luisiana dotaba de suavidad y calidez, y había cierta afectación en el modo de expresarse, en su elección de palabras anticuadas.

—Ninguna en absoluto. ¿Qué tiene pensado?

—Al parecer en el sótano hay un alambique donde el hermano del intermediario destila aguardiente ilegal. He pensado en hablar con el hermano y pedirle que nos ponga en contacto con el intermediario. El intermediario es la clave de todo esto. Una vez que le localicemos, creo que nuestras dos investigaciones se solaparán bastante. ¿Qué cree usted?

—El hermano se ha fugado —dijo Jacob—. ¿Cómo va a dar con él para hablar?

—Venga y lo encontraremos.

JACOB COGIÓ UN TRANVÍA a Bronzeville y esperó donde habían quedado; entonces la vio doblar la esquina y acercarse con aspecto de estar un poco nerviosa, vestida con un traje de chaqueta azul y una boina a juego. Sonrió cuando le vio, él le devolvió la sonrisa, y anduvieron juntos las últimas manzanas de casas hasta la dirección que tenían.

—¿Dónde está su jefe? —preguntó Jacob.

—Investigando en la estación donde desapareció Gwendolyn. Todavía no hemos encontrado a ningún testigo de su secuestro.

Jacob asintió.

—A propósito, conseguí la lista de la Delegación de Tráfico esta mañana —dijo Jacob—. Coulton hijo tiene un Cadillac negro que coincide con el que vio en el puente el vagabundo del canal. También me he enterado de una historia interesante sobre Coulton hijo sucedida hace unos cuantos años.

Jacob contó a Ida la anécdota de Lowenthal sobre el chico y el bar de locas y la orden del juez. Ella asintió, y pareció que iba a hacer algún comentario sobre la

historia, pero antes de que pudiera empezar a hablar aparcó un coche junto a la acera dentro del cual estaban sentados dos hombres con trajes arrugados que fumaban cigarrillos y parecían muy acalorados y de mal humor.

Ida se acercó al coche y saludó con la cabeza a los hombres de dentro, que le devolvieron el saludo.

—Caballeros —dijo.

Los hombres se apearon del coche e Ida se volvió hacia Jacob y los presentó.

—Estos son los agentes Eriksson y Dressner, de la Oficina de Prohibición. Me deben un favor. Agentes, les presento a Jacob Russo, adjunto al cuerpo de inspectores.

—¿Adjunto? —dijo Eriksson.

—Es fotógrafo forense —explicó Ida, y los dos agentes se miraron uno al otro un momento.

—Muy bien —dijo Eriksson, apoyándose en el coche y metiendo las manos en los bolsillos—. Hemos echado una ojeada al sitio. Hay chicas en todos los pisos de arriba. Al fondo hay un callejón que corre paralelo al tren. Allí hay una trampilla que lleva al sótano y por donde sale olor a aguardiente.

—De acuerdo —dijo Ida—. Jacob y yo iremos delante. Vosotros dos quedaos en el callejón.

Los dos hombres asintieron y todos ellos recorrieron andando la última manzana hasta la casa.

Ida y Jacob se detuvieron al llegar a los escalones de la entrada y esperaron a que Eriksson y Dressner ocuparan su posición en otro lado de la casa.

—¿Has traído un arma? —preguntó ella, tuteándole.

—No. ¿Y tú?

—Sí. He traído dos. —Abrió su bolso de mano y le pasó un Derringer del 38—. ¿Sabes disparar? —preguntó.

—Estuve en la guerra —dijo Jacob, metiéndose el arma en el cinturón.

Ella asintió y, tras subir juntos los escalones, Jacob apretó el timbre.

Al cabo de unos segundos abrió una chica de color vestida con un salto de cama, descalza, el pelo sujeto atrás en un moño y los ojos algo hinchados.

—Hola —dijo Ida—. Lamento molestarla. Hemos venido a hablar con Stanley Taylor.

—Aquí no vive nadie que se llame así —dijo la chica.

—Sí, vive. Destila licor en el sótano. Unos hombres andan detrás de él y de su hermano Randall. Y la policía también. En realidad probablemente ya esté en camino. Estoy aquí para ofrecerles a todas cierta protección.

—¿Y quién coño es usted?

—Ida Davis. Trabajo para la Pinkerton.

Jacob vio que Ida sacaba una tarjeta y trataba de dársela.

—¿Entonces usted no es de la policía? —preguntó la chica, sin hacer ni un

movimiento para coger la tarjeta.

—No.

—Entonces no voy a hablar con usted. Puta negra de piel clara.

Y, tras decir eso, le cerró la puerta a Ida en las narices.

Ida esperó un momento, con la mano que sujetaba la tarjeta vacilando en el aire.

—Supongo que la chica se lo está pensando —dijo, devolviendo la tarjeta al bolso—. Le doy unos cuantos segundos antes de que corra al sótano para contarle a Stan Taylor que hay unos detectives en la puerta, y puede que la policía en camino.

—¿Y entonces Taylor saldrá corriendo al callejón?

—Probablemente.

Se dirigieron a la parte de atrás del edificio, donde encontraron a los agentes Eriksson y Dressner parados delante de la trampilla abierta. A sus pies, sentado en el suelo, estaba un tercer hombre empapado en sudor con las manos esposadas a la espalda. Stanley Taylor era un negro obeso de veintipocos años, con el pelo muy corto y una expresión de cabreo en la cara. Se las había arreglado para echarse una chaqueta sobre una camiseta de tirantes y unos pantalones antes de escapar, lo que le daba un aire de vagabundo. Alzó la vista cuando Ida y Jacob se acercaron y los músculos de la frente se le tensaron.

—¿Quién cojones sois? —preguntó.

—Yo soy Ida Davis, de la Pinkerton. Este es Jacob Russo, adjunto al cuerpo de inspectores.

—¿Adjunto? —preguntó Taylor, pero Ida ignoró la pregunta y se arrodilló delante de él, mientras Jacob permanecía de pie, intrigado por ver cómo se las entendía la chica con el hombre.

—No te buscamos a ti, Stanley —dijo—. ¿Puedo llamarte Stanley?

—Puedes —dijo él, sarcásticamente, imitando burlón el modo de hablar sureño de Ida.

—Buscamos a tu hermano Randall. Tenemos que hablar con él sobre una amiga suya que ha desaparecido.

—¿Randall? Yo no sé dónde coño está Randall. Hace semanas que no lo veo.

—Claro. Sabemos que se ha escondido y tenemos que hablar con él. Antes de que lo haga Capone y la policía, y puede que alguien más que lo ande buscando. Tú estás destilando en este sótano, así que hay posibilidades de que sepas cómo ponerte en contacto con él. ¿Nos vas a ayudar?

—¿Y tú qué crees? —replicó el hombre sarcásticamente.

—Muy bien, entonces —dijo ella—. Déjame que te explique tus opciones. Una, nos cuentas lo que queremos saber y te dejamos marchar, libre para que vuelvas directamente al sótano a seguir destilando. Dos, te niegas a cooperar y estos agentes te detienen y quedas bajo custodia federal. Te acusan de tener el alambique y ocuparte de todas las chicas que trabajan en las habitaciones de arriba. Eso es un delito grave.

—Yo no tengo nada que ver con esas chicas —protestó Stanley.

—Y entonces, una vez fichado, los agentes te meterían en una celda junto a un recluso que trabaja para Capone... Todos sabemos que no hay celda en Chicago que no tenga a alguien de la banda de Capone encerrado dentro... Y cuando los agentes hablen, podrían no tener cuidado y escapárseles tu nombre y de quién eres hermano. Entretanto, estos agentes federales volverán a tu sótano y se llevarán todo tu equipo como prueba, y lo que no se lleven lo tendrán que destruir. De modo que, consideradas así las cosas, creo que a todos nos interesa que hables. Especialmente a ti. ¿Qué dices?

Stanley la miró furioso un momento, tratando de hacerse el duro, pero Jacob pudo ver que su resolución parpadeaba como una bombilla a punto de fundirse.

—Piénsatelo mientras vamos a echarle una ojeada a tu sótano —continuó Ida.

Se levantó y se volvió para mirar a Jacob, que, impresionado, asintió. Pasaron por la trampilla, que todavía estaba abierta, y llegaron al sótano, que apestaba al olor cáustico del alcohol. Con las armas preparadas, registraron el espacio, pero dentro no había nadie, solo los tubos y goteros y otros elementos típicos de una destilería casera.

El vapor del alcohol se filtraba de los tubos, lo suficientemente espeso para que el clic de un encendedor o la bala de un arma hiciera estallar el sótano, lanzándolo por los aires.

—El alambique tiene una fuga —dijo Jacob.

Volvió a meterse el arma en el cinturón y miró detenidamente el aparato; encontró la caldera y los quemadores abajo y los desconectó.

Registraron las demás habitaciones del sótano, pero no encontraron señales del intermediario desaparecido. Entonces subieron la escalera hasta el primer piso, donde vieron a la chica que había abierto la puerta parada en el vestíbulo, fulminándolos con la mirada.

—Stanley está detenido ahí abajo —dijo Ida—. Enséñanos la sala o también te pasará lo mismo.

La chica se lo pensó un momento y luego se puso a andar de forma provocativa vestíbulo adelante; ellos la siguieron al cuarto de estar, que estaba ocupado por cuatro chicas, jóvenes y negras, a medio vestir y con aspecto asustado. Delante de las ventanas habían colgado unas sábanas rojas que lo bañaban todo de un cálido color rosáceo, y también habían suspendido de las paredes rollos de tafetán ablandando las esquinas; el efecto que todo ello producía le hizo a Jacob pensar en bombones y algodón de azúcar.

—No les quites ojo —dijo Ida—. Yo registraré el resto de las habitaciones.

Se marchó y Jacob encendió un cigarrillo mientras esperaba, mirando a las chicas. Todas tenían los ojos hundidos y el físico esquelético de los adictos a la heroína, y le miraban fijamente, asustadas y cautelosas. Jacob, no queriendo mirarlas demasiado, paseó la vista por la habitación y se fijó en que la luz roja que entraba por las

ventanas contribuía a disimular lo estropeados que estaban los muebles y la capa de suciedad que cubría paredes y suelo.

Al final Ida regresó, le miró y negó con la cabeza: el intermediario no estaba escondido en el edificio.

—Vayámonos de aquí —dijo ella—. Da la impresión de que estamos en un útero.

Salieron por el sótano al callejón, donde los dos agentes fumaban cigarrillos mientras Taylor permanecía sentado en el suelo, esposado y de mal humor.

—Ha dicho que cooperaría —explicó Eriksson—. Pero tiene que hacer unas llamadas telefónicas. Le llevaremos a la comisaría y le tendremos allí hasta que aparezca el hermano. ¿Cómo quieres que sea el encuentro?

—Deja que el hermano disponga los detalles —dijo ella—. Quiero que esté cómodo cuando hable. Llámame a la oficina cuando sepas más.

Eriksson la saludó con el sombrero, se volvió e hizo una señal a Dressner, que puso a Taylor de pie. Todos rodearon el edificio hasta la parte de delante, y los agentes metieron a Taylor dentro del coche y se marcharon con él, dejando a Ida y Jacob solos en la calle.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Ida.

—Volver a casa, supongo. ¿Y tú?

—Volver a la oficina. Tengo que hablar con Michael. ¿Quieres que te lleve? —preguntó Ida cuando llegaron a un turismo Chevrolet verde aparcado junto a la acera.

—¿Tienes coche? —preguntó Jacob, sorprendido.

—No, no tengo dinero bastante para comprar un coche. Lo saqué, firmando, del parque de automóviles de la Pinkerton.

Circularon entre el tráfico del mediodía hasta la casa de Jacob. Al principio él sintió un poco de vergüenza por ir en el asiento del acompañante mientras conducía una chica, pero al cabo de un rato se acostumbró, más o menos.

—Te las arreglaste bien con Taylor —dijo Jacob—. Y con los dos agentes.

—Es mi trabajo —contestó ella.

—¿Cuánto llevas en la Pinkerton?

—Bueno, ya va para diez años —dijo ella.

—¿Y te gusta?

—Cada vez menos.

Hablaron un poco más del caso, y luego del calor que hacía y de otras cosas sin importancia de esas que se consideran superficiales. Mientras charlaban, ella pareció destensarse un poco, y el exceso de formalidad que él había advertido antes desaparecía. Jacob se preguntó si en la raíz de esa actitud no habría algún trauma de su pasado; pensó en sus propios traumas y se preguntó si ella, lo mismo que él, había aprendido a establecer una distancia entre su identidad interior y el mundo exterior.

Antes de lo que Jacob esperaba estaban en su calle. Ida se detuvo delante de un

bar ilegal a un par de puertas de la casa de Jacob y dejó el coche en punto muerto, con el motor haciendo un ruido parecido al de la tos de un fumador empedernido.

—Gracias por traerme.

—De nada. Te haré saber lo que pasa con Taylor.

—Claro. Me gustaría.

Se estaban sonriendo el uno al otro cuando se produjo un revuelo delante de ellos: dos hombres salieron disparados por la puerta del bar ilegal y corrieron por la calle hasta un coche que los esperaba. Jacob se fijó en las miradas decididas de las caras de los hombres y vio que el coche arrancaba haciendo chirriar los neumáticos en cuanto saltaron dentro. Tanto Ida como Jacob se dieron cuenta de lo que estaba pasando un segundo demasiado tarde.

Cuando la bomba explotó, estaban aparcados justo en la trayectoria del estallido, junto a las ventanas del bar ilegal. La onda expansiva lanzó cristales, metal ardiente y metralla a la calle, atravesando el aire, y el tremendo ruido hizo que los oídos les pitaran y sangraran.

SEXTA PARTE

TERCER CHORUS

«Las bombas, combinadas con rotura de cristales, disparos y tiroteos, se han convertido en una profesión practicada por grupos especializados o bandas. La detención de los que ponen bombas se ha hecho difícil debido a la rápida huida que proporciona el automóvil. Condenarlos es muy difícil debido al terror de los testigos, la desaparición de estos después de la acusación y el hecho de que los gánsteres sean capaces de reunir fondos para la defensa, con frecuencia enormes, como elementos para pagar la guerra contra la autoridad constituida».

ASOCIACIÓN DE ILLINOIS
PARA LA JUSTICIA CRIMINAL, 1928

A LA MAÑANA SIGUIENTE Dante aún no había sido informado por Red de si el camarero desaparecido quería reunirse o no. La espera le puso ansioso, lo mismo que la sensación de que le estaban cercando lentamente, de que en las turbias profundidades se estaba tejiendo poco a poco una red a su alrededor.

Necesitaba algo para quitarse de la mente todo eso, y también necesitaba darle el pésame a Loretta, así que saltó dentro del Blackhawk y condujo hacia la casa de su hermana en Little Italy. Durante el trayecto el perro asomaba la cabeza por la ventanilla, dejando que el mundo golpeará contra su lengua. El sol estaba alto, doraba las calles, y Dante se entregó a la velocidad y los latidos de una ciudad durante una mañana de verano dirigiéndose confiadamente hacia el futuro.

En el corazón del Loop las aceras y las tiendas bullían gente, riqueza y comercio lujoso. El país vivía una década de gasto desenfrenado, entregado por completo a cualquier cosa nueva y emocionante a la que pudiera echar mano, pero por debajo de esa urgencia todo era ansiedad, y Dante la podía notar incluso allí, la sensación de que, con todo su glamur y velocidad, la vida moderna estaba destrozando almas y aumentando la soledad con una fuerza cada vez más acelerada y frenética.

Al cabo de veinte minutos llegó a Little Italy, aparcó y llamó al timbre de la deteriorada casa donde había dejado a Loretta. Cuando eran niñas, Mary —la hermana de Loretta— era la guapa, y Loretta la hermana desgarbada y estudiosa, y cuando Dante miró detenidamente la casa de la anodina calle de Little Italy le extrañó que la hermana hubiera acabado así con todas las posibilidades que había tenido tan cerca de donde vivía.

Dante oyó jaleo de niños dentro y luego una mujer que parecía agobiada abrió la puerta. Las hermanas solo se llevaban un par de años, pero Mary parecía mucho mayor: arrugas en la cara, hombros hundidos, pelo escaso y cubierto por un pañuelo. Miró a Dante de arriba abajo y sonrió.

—Hombre, caramba —dijo, apoyando la cadera en la jamba de la puerta—. ¿Qué tal tus enredos, Dante?

—Los enredos van bien, Mary. ¿Cómo te va la vida a ti?

—Bueno, bien. Deseando que llueva, y cociéndome como una langosta mientras tanto. Entra...

Apartó la cadera de la jamba y abrió la puerta de par en par; Dante entró a un cuarto de estar abarrotado de muebles y sembrado de juguetes. Todas las ventanas estaban abiertas y un ventilador eléctrico hacía todo lo posible por mantener el lugar fresco.

—¡Lorrie! ¡Ha venido *il cavaliere*! —gritó Mary hacia la escalera antes de darse la vuelta para sonreír a Dante con complicidad. Dante le devolvió la sonrisa incómodo luego recorrió con la vista la habitación. Tres niños estaban tumbados en el

suelo de madera junto a la chimenea, delante de una radio Serenader colocada encima de una mesa que transmitía un serial del Oeste; el ruido de disparos y cascos de caballos en la polvorienta llanura llenaba el aire.

—Tienes una casa agradable.

—Deberías haberla visto antes de que la destrozaran los mocosos —dijo ella, señalando con la cabeza a los niños. Hubo ruido de pasos que bajaban al trote la escalera, y los dos alzaron la vista y vieron a Loretta, vestida de negro de la cabeza a los pies.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Dante, imaginando que ella ya se había enterado de que la muerte de Abbate estaba confirmada.

—Que se vaya con viento fresco —dijo Mary, y Loretta la atravesó con la mirada. Entonces Mary se encogió de hombros y se dirigió a la cocina.

—Me alegra verte, Dante —dijo, volviendo la cara por encima del hombro.

—¿Estás bien? —preguntó Dante a Loretta. Ella asintió sin ganas—. ¿Estás a gusto aquí?

—Esto está bien —dijo ella—. Me encanta estar con los niños, aunque estamos un poco apretados, ya sabes.

Dante asintió. En la radio sonaron disparos y los niños chillaron.

—¿Quieres ir a algún sitio? —preguntó él y Loretta volvió a asentir.

—Espera un segundo. Iré a por mi bolso.

Se dio la vuelta para subir la escalera y Dante se apoyó en la barandilla y paseó la vista por la habitación, fijándose en los rayados muebles cubiertos de tapetes y en los tres niños tumbados sobre la tripa con los pies moviéndose en el aire mientras escuchaban el serial. Loretta volvió. Se había puesto unos zapatos de tacón, metido el pelo bajo una boina y llevaba un bolso en la mano.

—¿Recuerdas cuando te encontré en el Ritz? —dijo, sonriendo con desgana—. También ibas vestida de luto.

—Claro que me acuerdo.

Ella se volvió hacia los niños.

—Decidle a mamá que he salido —anunció, y uno de ellos se dio la vuelta y asintió.

Dante abrió la puerta y los dos salieron al húmedo día.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Dante.

—No sé. Demos un paseo en coche.

—¿Fuera de la ciudad?

—Sí.

Cuando subieron al Blackhawk el perro saltó al regazo de Loretta, que le acarició el cuello. Dante arrancó el coche y durante un momento se quedó pensando si les estaría siguiendo alguien, o si solo se trataba de su ansiedad, o si eso importaba algo.

Luego puso el coche en marcha y con las ventanillas bajadas, se dirigieron hacia el oeste de la ciudad notando la brisa, en busca de consuelo en los amplios espacios

despejados y los cielos ilimitados.

EN LOS AÑOS QUE llevaba en la Pinkerton a Ida le habían disparado, intentado estrangular y atacado con una navaja, una barra de hierro, un martillo y un bote de pintura lleno de ácido; pero nunca se había enfrentado a la explosión de una bomba. Cuando los efectos de la onda expansiva pasaron, se encontró entre una bruma de humo y polvo de ladrillos, sentada dentro del coche cubierto de esquirlas de cristal, con un pitido que le taladraba los oídos y martilleaba su cabeza.

Alzó la vista hacia el origen de la explosión: la destrozada fachada del bar ilegal. Las ventanas habían salido disparadas, de las llamas surgía un asfixiante humo negro y entre sus nubes distinguía a ratos el infierno carbonizado del interior.

Mientras intentaba hilar una línea de pensamientos con que suprimir el caos, vio que Jacob estaba junto a ella con las manos cubriéndose la cara. Estaba diciendo algo que Ida no podía oír por culpa del zumbido de sus oídos, y luego se apartó de ella y se apeó del coche. Le vio andar entre las columnas de humo en busca de supervivientes, y fue solo entonces cuando vio que tenía sangre en las manos, de modo que se tocó la cara y comprobó que tenía un corte en la sien.

Se bajó del coche y trató de mantenerse de pie mientras el mundo se le escapaba, por lo que se agarró al pomo de la puerta del coche para mantenerse fija. Respiró lentamente y trató de poner tensos los músculos de las piernas, y fue entonces cuando notó las abolladuras del costado del Chevrolet debido a la explosión y la metralla. Apartó la vista del coche y distinguió una fila de personas que entraban precipitadamente en el bar; otras salían corriendo, cargando con los heridos. Y de repente Jacob estaba junto a ella otra vez.

«¿Te encuentras bien?», parecía decir él. Ida bajó la vista para comprobarlo. Dos brazos, dos piernas, nada de sangre saliendo por ninguna parte excepto aquel corte en la sien. Asintió y Jacob dijo algo más que tampoco pudo oír, pero le dio un pañuelo y ella se lo llevó a la cabeza. Entonces Jacob le pasó la mano por el hombro y la alejó de allí.

Y luego se vio con Jacob subiendo unos escalones e Ida comprendió que iban al apartamento de él. ¿Era a eso a lo que había dado su asentimiento? Estaban en el descansillo, después cruzaron una puerta y se encontraron en un cuarto de estar. Jacob la llevó al sofá y ella se sentó, y luego Jacob, sentado en la mesa de centro delante de ella con un botiquín, le curaba el corte de la cabeza. Ida oyó primero el roce del algodón en la piel, y luego pudo oír la voz de él.

—¿Cómo te encuentras? ¿Puedes oírme ya?

Ella asintió.

—Voy recuperando el oído —dijo, y la voz le sonó lejana, apagada, como si no fuese la suya. Notó el picor del yodo en la herida, que él cubrió después con una gasa y sujetó con una venda.

—Gracias —dijo ella—. ¿Qué tal estás tú?

—Estoy bien. Si quieres, podemos volver a bajar. Llamar a la policía. —Ida negó con la cabeza y notó extraño el vendaje cuando la movió, al desequilibrarle el cráneo—. ¿Quizá un poco de whisky? —propuso él—. Para la conmoción.

Ella asintió otra vez y Jacob volvió con dos vasos llenos de un líquido claro: whisky ilegal. Bebieron, ella en el sofá, él en la mesa de centro. A Ida le sorprendió descubrir que estaba sentada con las piernas recogidas debajo de las rodillas. Él se levantó y se dirigió a las ventanas para abrirlas, y fue solo entonces cuando ella oyó los gritos y la agitación de fuera.

—Solo voy a ver lo que está pasando —dijo.

Ida no contestó y Jacob se subió a la escalera de incendios y se quedó allí con su vaso, mirando el caos de abajo. Fue entonces cuando ella recordó que Jacob había estado en la guerra. Puede que hubiera visto docenas de escenas así y se hubiera acostumbrado a ellas, razón por la cual estaba tan tranquilo. Y entonces se dio cuenta de que también ella se estaba comportando con calma y se preguntó por qué. Puede que estuviese tan sobresaltada por la explosión de la bomba que le costaba algún tiempo dar rienda suelta a sus emociones, sentir los efectos del terror recorriéndole el cuerpo.

Miró fijamente la alfombra persa bajo sus pies, los dibujos descoloridos del tejido donde se había deshilachado. Encontró su geometría rígida e inquietante, y una sensación desgarradora de soledad la dominó. Entonces alzó la vista hacia la ventana una vez más y vio que Jacob terminaba su bebida y saltaba de nuevo dentro.

—Ahora está la policía. También hay médicos. ¿Quieres bajar y ofrecer tu ayuda profesional? —Ella negó con la cabeza, temiendo echarse a llorar—. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres usar el teléfono para llamar a alguien?

—Quiero irme a casa —dijo Ida.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó él, y antes incluso de que Ida lo pensara, asintió. Quería estar en algún sitio donde se sintiera segura, pero no deseaba estar sola, ni cuando la conmoción desapareciese.

Dejaron el apartamento unos minutos después y se apresuraron a pasar junto a la escena. Los médicos estaban atendiendo a los heridos y la policía estaba conteniendo a la multitud. En medio de los escombros estaba el Chevrolet verde de Ida, agujereado y abollado, que parecía un bote de hojalata que alguien hubiera apretado con la mano. Llegaron a un cruce, Jacob paró un taxi y se dirigieron la casa de Ida. Se mantuvieron en silencio la mayor parte del tiempo, tratando de asumir, cada uno a su modo, lo que había pasado.

Cuando llegaron a casa de Ida se sentaron en el sofá y se pusieron a beber bourbon y a fumar Luckies sin parar, eliminando el olor a muerte que se les había quedado impregnado en la nariz. Cuando la bebida empezó a hacer efecto, comenzaron a hablar.

Ella le preguntó cómo había terminado de fotógrafo, y él le contó que quiso ser

policía pero que no le admitieron por lo de su pierna; ella, por su parte, le contó que también quiso ser policía pero que no le admitieron por el color de su piel. Ida se rio por primera vez desde la explosión, y un poco después a Jacob se le contagiò la risa.

Entonces ella le preguntó qué le había pasado en su pierna, y él le contó toda la triste historia: que había ido a luchar en la guerra a Francia, que al volver se había esforzado mucho para curarla, que había pasado horas y horas haciendo ejercicios con su tobillo dañado, tratando de recuperar la mayor fuerza y control posibles, y que después de todo había sido suficiente para que lo admitieran en la policía. Luego comentaron el caso, y las razones que los habían llevado a investigarlo. Él le habló de la violencia y brutalidad que veía en su trabajo todos los días, y de todos los traumas que había superado a lo largo de su vida.

—¿Y cómo afrontas todo eso? —preguntó Ida—. ¿Todo ese horror? ¿Todas las escenas del crimen y los campos de batalla?

Él permaneció en silencio y pensativo durante un momento, con la cara enrojecida por el bourbon.

—Tienes que mirarlo de frente. El infierno. Si cierras los ojos, estarás siempre asustado. Pero si lo miras fijamente, por lo menos puedes salir fortalecido del hecho de haber tenido el valor de no apartar la vista. El único peligro es que quizá te pervierta, ¿entiendes? Puede que mirarlo te deje vacío por dentro.

—¿Es eso lo que te pasó a ti?

Él negó con la cabeza y luego guardó silencio mientras meditaba.

—Podría ser. Al principio —dijo—. Pero el vacío es el punto de partida. Puede que no tenga sentido, pero al menos tienes espacio para darle tú el significado que quieras. Por lo menos es lo que me digo a mí mismo.

Se volvió hacia ella y sonrió incómodo, e Ida notó que estaba avergonzado por lo que había dicho, pero no estaba segura de por qué. El hecho de que él se mostrase tan abierto con ella, tan sincero, hizo que se sintiera cómoda y le apeteciera hacer lo mismo, así que empezó a hablarle de Nueva Orleans, del desprecio y la pobreza, y de todas las demás cosas que le habían decidido a cambiar huracanes brutales por inviernos brutales.

El tiempo pasaba, y el sol siguió su abrasador camino por el cielo, asomándose y escondiéndose entre los edificios, hasta que al final se hundió en el crepúsculo de la pradera del oeste y llegó la noche. Ida encendió la luz y la radio, que estaba todavía sintonizada en la CBS, y la mantuvo allí, y en un determinado momento, cuando estaban callados y escuchando la música, se miraron uno al otro y se besaron. Y cuando lo hicieron el mundo giraba a su alrededor, y se dieron cuenta de lo borrachos que estaban.

Se las arreglaron para llegar al dormitorio, tambaleándose y quitándose la ropa uno al otro, e hicieron el amor con una especie de necesidad, aferrándose uno al otro, reafirmando su propia existencia y su apego a la vida.

Y después se quedaron tumbados en las sábanas de algodón y escucharon la

orquesta de Duke Ellington en la radio. Hacia la medianoche Jacob se levantó y fue al cuarto de estar a por el bourbon y cigarrillos, e Ida, tras preguntarse por qué había dejado que pasara aquello, supuso que era producto de lo cerca que habían estado de la muerte que les había acechado aquella tarde.

Jacob volvió y ella contempló su cuerpo a la luz de la luna, atlético y flexible. Se tumbó al lado de Ida, sirvió dos vasos de bourbon, le pasó uno a ella y encendió un par de cigarrillos, y fumaron y bebieron en silencio durante un rato, mirando la oscuridad.

Duke tocó un blues, triste y sin palabras, tan melancólico que a Ida le pareció que era un blues sobre la muerte. Y su mente volvió a deslizarse por su propia vida, dejando atrás los cuerpos quemados que había visto aquella tarde, todos los muertos que le habían rodeado.

—En Nueva Orleans una vez asesiné a un hombre —dijo. No miraba a Jacob, pero con el rabillo del ojo podía ver que él se había tomado la revelación con calma.

—¿Por qué? —preguntó Jacob.

—Porque intentaba matarme a mí.

—Entonces no fue un asesinato.

—Supongo que no... Pero yo me siento como si lo fuera.

Entonces dejaron sus cigarrillos en el cenicero, se abrazaron y escucharon a Duke tocar *Creole Love Call* y *Black and Tan Fantasy*. Y mientras los cigarrillos se consumían en el cenicero, soltando líneas de humo que subían y se enrollaban en torno a ellos en una fantasmal hélice doble, ellos siguieron unidos uno al otro, flotando en un trasfondo de soledad.

EL PÚBLICO DEL VENDOME, en la esquina de la calle State con la 31, era casi exclusivamente negro, y soltó gritos de alegría y aplaudió cuando el presentador anunció que había llegado el momento culminante del espectáculo de la velada: un solo de Louis Armstrong. Louis se puso de pie y sonrió a la multitud antes de abrirse paso desde el foso donde estaba sentado con el resto de la orquesta.

Subió los escalones hasta el escenario y se quedó solo de pie delante del telón corrido, en el espacio circular iluminado por el foco. Miró los rostros expectantes dispuestos delante de él y trató de tomar una decisión sobre lo que tocaría aquella noche.

A veces en su actuación estelar cantaba una canción, con frecuencia una titulada *Little Ida*, pero aquella noche concreta no le apetecía cantar, así que se llevó la trompeta a los labios y tocó los primeros acordes de una música que se había hecho famosa por tocarla él, una pieza de *Cavalleria Rusticana*, la ópera de Mascagni. Cuando el público reconoció la melodía, gritos y aplausos se extendieron por el auditorio de mil quinientos asientos.

Mientras Louis se desenvolvía con la pieza que empezaba a fluir de él, se fijó en dos hombres que entraban por las puertas del fondo y se acercaban al único par de asientos vacíos de la primera fila. El primero era un hombre corpulento con chaqueta que parecía indiferente a su tamaño; el segundo era delgado y oscuro, e iba vestido con un traje color lima. Louis los conocía a los dos; eran enterradores nocturnos, hombres a los que los delincuentes pagaban para que se deshicieran de los cuerpos. También trabajaban para Capone; dos de los numerosos gánsteres negros que tenía empleados el italiano y a los que, al decir de todos, trataba bien.

Mientras Louis tocaba, los dos hombres ocuparon sus asientos y luego empezaron a mirarle fijamente, con tal insistencia que aunque había otras mil quinientas caras que atraían su atención, los ojos de Louis, en contra de sus deseos no dejaban de volver a aquellos dos hombres, como una lengua a una llaga. Se preguntó si su presencia estaba relacionada con la visita que Louis había hecho al Sunset Café. Puede que alguien hubiera hablado con Joe Glaser, el encargado del Sunset, y Glaser se lo hubiera contado a Capone. Y ahora Capone había mandado a unos tipos duros al Vendome. Tal vez estaban allí por una razón completamente distinta. Rezó porque fuera así.

Hizo todo lo posible por continuar con el solo, sintiéndose observado, nervioso e inseguro de sí mismo. Cuando por fin lo terminó, el público se puso en pie y lanzó gritos de entusiasmo, aunque no había sido una de sus mejores interpretaciones.

Hizo una reverencia, volvió al foso, ordenó sus partituras y alzó la vista para ver a los dos matones, que todavía le miraban entre el bosque de flautas, clarinetes, trombones y atriles que se clavaban en el aire. Entonces se alzó el telón y dejó a la

vista la pantalla de cine: el Vendome era tanto un local de música en directo como un cine, con su orquesta de veinte intérpretes que proporcionaba acompañamiento musical a películas y noticiarios y también daba recitales entre las proyecciones.

En el escenario la pantalla se llenó con la imagen plateada del logotipo de los noticiarios de Pathé, y cuando el logotipo fue reemplazado por el plano de una polvorienta reserva india de Oklahoma, Erksine Tate, el director de la banda, hizo subir y bajar su batuta en el aire y la orquesta se lanzó a tocar una de las *Danzas húngaras*, de Brahms. Entre el mar de manos, codos y cabezas que se movían en el foso de la orquesta, Louis seguía manteniendo contacto visual con los dos matones, uno de los cuales levantó un dedo y lo hizo girar en el aire. Louis entendió su significado y asintió, y quedaron de acuerdo. Louis se destensó. Quisieran lo que quisiesen, se enteraría de ello al final de la interpretación.

Cuando terminó el noticiario, la orquesta interpretó otra pieza clásica y luego empezó la película, *El ángel de la calle*, una producción alemana sobre una chica que huye de la policía. Louis se las arregló para seguir la película entera sin perder el compás, a pesar de la presencia de los dos hombres en la primera fila.

Por fin terminó la proyección y hubo un breve recital de cierre, y cuando dieron las once el espectáculo acabó y los músicos salieron del foso hacia su camerino. Louis fumó un cigarrillo rápido y salió por la puerta del escenario. Al abrirla, vio que los dos matones le esperaban en el callejón. Les sonrió, saludó con el sombrero y se dirigió a cada uno por turnos.

—Eubie. Johnson. ¿Os ha gustado el espectáculo? —preguntó.

—Fue soberbio, Louis —dijo Eubie, el más grande de los dos.

—Tremendo —intervino el otro—. Esos alemanes sí que saben rodar películas.

—¿Para qué me queréis ver? —preguntó Louis.

—Capone quiere hablar contigo —dijo Eubie—. Mañana en el Metropole. Habitación cuatro-cero-seis. ¿Está claro?

—Claro como la ginebra. ¿Ha dicho de qué se trata?

Eubie le miró, saludó con el sombrero a Louis, y los dos se dieron la vuelta y se alejaron por el callejón. Louis los contempló mientras andaban entre la basura del suelo, vio que doblaban en dirección a la calle State y desaparecían en el resplandor de sus brillantes luces.

Movió la cabeza, lamentó su mala suerte, y anduvo cansinamente por el callejón también hacia la calle State, camino de su actuación en el Savoy. Le llamaban, y la perspectiva le llenaba de miedo, aunque él y Al habían mantenido buenas relaciones cuando Louis trabajaba en el Sunset. Como la mayor parte de los jóvenes de la ciudad, Al era gran aficionado al jazz. Cuando él y su séquito aparecían por los clubes, se mezclaban con los músicos como si fueran, más o menos, sus iguales.

Cuando el trompetista Doc Cheatham necesitó trabajo, Louis recurrió a Al, y Al se lo consiguió. Cuando Earl iba de viaje y le preocupaba su seguridad, Al mandaba dos guardaespaldas para que estuviera a salvo. Cuando el bajista Milt Hinton estaba

en el hospital después de un accidente de coche, Al se aseguró de que los médicos le trataran bien. Corría el rumor de que para el cumpleaños de Al celebrado unos años antes, unos amigos suyos secuestraron al pianista Fats Waller y le obligaron a tocar durante los tres días que duró la fiesta en el Hawthorne Inn, mandándole irse al final de la orgía con un saco lleno de billetes de dólar.

No obstante, aún existía un trasfondo de racismo en todo eso. Louis recordaba una ocasión en que Al pidió al antiguo compañero de banda de Louis, Johnny Dodds, que tocara un número y Dodds le había dicho que no lo sabía. Entonces Al partió en dos un billete de cien dólares y le dio una mitad a Dodds con las palabras «puto negro, será mejor que lo sepas la próxima vez». Dodds estuvo muy molesto durante días, y todavía estaba resentido con Al por eso. ¿Pero qué podía hacer el resentimiento contra un hombre como Capone? Lo mismo que dudar cuando te llamaba.

EL DÍA ANTERIOR DANTE había recorrido en coche con Loretta el laberinto de rascacielos hasta salir al campo por la parte oeste de la ciudad. Encontraron una pradera, detuvieron el coche, se sentaron en la hierba y bebiendo de una botella de Canadian Club. Se quedaron allí toda la tarde. Loretta durmió un poco, y Dante la dejó un rato y se arriesgó a meterse un pico. Y puede que fuera el ambiente pacífico, o el whisky, o la droga, pero con las horas Dante al fin se destensó.

Luego ella se despertó y los dos se quedaron contemplando la puesta de sol y el océano de estrellas que tenían encima, el cielo nocturno enmarañado en los árboles, los surcos de los campos difuminados por la luz de la luna. Loretta había llorado y Dante la había consolado, y cuando se sintieron cansados se durmieron y volvieron a la ciudad en plena noche.

Loretta había dicho que no quería ir a casa de su hermana, así que él la llevó al hotel, y cuando el sol ya asomaba eliminando las últimas briznas de noche del cielo, aparcaron delante del Drake y entraron. Ella se tumbó en la cama para dormir y Dante vio que un botones le había dejado un mensaje: un número de teléfono. Dante llamó al número a pesar de lo temprano que era y la llamada le conectó con el salón de billar de Hyde Park de Red. Allí alguien le dio un sitio y una hora y colgó.

El alivio recorrió a Dante. Se lavó, desayunó y se dirigió sin dormir a la estación para tomar el tren de la mañana a Michigan City. Dio unas vueltas por la estación varias veces, asegurándose de que no le seguía nadie. Luego se subió al tren.

Dos horas y un viaje en tren de ochenta kilómetros después, estaba sentado en un banco delante del Espectáculo de Fenómenos de Feria Deluxe de Hagenbeck bajo el calor abrasador, deseando que el camarero desaparecido hubiera elegido un sitio mejor para verse. El paseo recorría la parte delantera del lago y contaba con las atracciones habituales —espectáculos de variedades, salones de tatuaje, tiendas de caramelos y de recuerdos—, todas ellas atestadas de gente, en su mayoría excursionistas de un día procedentes de Chicago, Gary y South Bend.

Dante dio gracias a Dios por poder ver todo eso parapetado tras los cristales verdes de sus gafas, que protegían sus ojos del resplandor del sol que rebotaba en la playa blanca y las planchas resacas de madera de las pasarelas.

Al cabo de unos minutos se acercó un hombre negro en la cincuentena de constitución menuda y bien vestido, con el pelo gris corto y muy peinado. Dante le reconoció por la foto que había visto en la habitación del asesino a sueldo del hotel. El hombre cruzó la vista con Dante y se saludaron con la cabeza uno al otro antes de que se acercara.

—¿Es usted el amigo de Red? —preguntó el hombre.

—Sí. ¿Es usted Julius?

El hombre asintió.

—Demos una vuelta —dijo, y señaló con la mano el paseo. Dante se puso de pie y los dos echaron a andar. Cuando el hombre sacó un cigarrillo, Dante vio una gran cicatriz en su mano, un surco entre los huesos del centro, y supuso que era un recuerdo del ataque con el martillo que había mencionado Red.

Después de haber andado unos metros, llegaron a un punto de observación donde la pasarela formaba un semicírculo sobre la playa y había una hilera de bancos con telescopios que funcionaban con monedas alineados junto a la barandilla para contemplar las olas. El hombre encontró un banco vacío y se sentó en uno de los extremos, y Dante se sentó en el otro.

—Red dijo que usted era un hombre en el que se podía confiar.

—Mantendré lo que le dije a Red —dijo Dante—. Usted me cuenta todo lo que pasó y le ayudaré. Los hombres que mataron a los que hicieron la entrega andan detrás de usted, y lo localizarán bastante pronto. No tengo duda de eso. Y cuando la Organización le encuentre..., y lo hará... entonces tendrá dos grupos de asesinos siguiéndole el rastro. Yo puedo detener a la Organización durante un tiempo, pero a esos otros hombres, ni loco.

Julius asintió con solemnidad.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Empecemos por el principio. ¿Cómo se enredó en esto?

—Fue cosa de Dorsey y Pete. Los dos que hacían las entregas. Un día se quedaron después de una entrega y me preguntaron si quería ganar algo de dinero. Yo no los conocía bien. Descargaban la bebida en la cocina y a veces yo lo supervisaba. Así era la cosa. Pero al final acepté, y fuimos juntos a un bar.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Dante.

Julius se encogió de hombros.

—Debió de ser hace un par de meses —dijo—. No lo puedo recordar. —Dante asintió e hizo un gesto para que continuara—. Total que fuimos a un bar ilegal y tras tomar unas copas me dijeron que tenían una oferta para dejar algo de bebida en la cocina de la remesa habitual y asegurarse de que la remesa se serviría en una fiesta que tendría lugar unas semanas después. Ellos se ocuparían de la entrega. Lo único que tenía que hacer yo era asegurarme de que su caja con la bebida era la que se iba a servir. Pregunté de qué fiesta se trataba, y ellos me dijeron que del banquete republicano.

—¿Le pidieron que sirviese a una persona concreta en la fiesta? —preguntó Dante—. ¿Por ejemplo, asegurarse de que el gobernador Small o el alcalde o alguien tuvieran un vaso?

—No. Nunca me dijeron nada de eso. Solo dijeron que me asegurase de que se sirviera. Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de un asesinato. Supongo que ellos lo notaron en mi cara porque dijeron que nada de eso, que no iba a morir nadie. La idea era que terminaran en el hospital, que la historia saliera en los periódicos, hacer que todos quedaran mal. No les creí pero... Ellos dieron a entender que eran

órdenes del propio Capone. ¿Cómo iba a decir que no un camarero negro sin dinero a un hombre como Capone? No me di cuenta hasta que hablé con Red de que esos dos me habían engañado.

Dante asintió. Muchos estafadores de la ciudad fingían trabajar para Capone, utilizando el nombre para forzar a la gente a hacer lo que ellos querían. Era un juego peligroso para los estafadores —si los atrapaban, podían darse por muertos—, pero eso demostraba que solo el nombre de Capone ya tenía poder, como una palabra mágica, un hechizo vudú capaz de conjurar a un demonio. Tal era la amplitud de la sombra que Capone proyectaba sobre la ciudad y la mente de las personas que vivían en ella.

—¿No dijeron para quién trabajaban? —preguntó Dante.

Julius negó con la cabeza.

—Solo que era un trabajo para la Organización —dijo. Dio la última calada a su cigarrillo, dejó caer la colilla en la pasarela y la aplastó con el zapato—. El trato era que yo recibiría cincuenta dólares por adelantado y otros cincuenta después. Esa fue la primera vez que imaginé que me iban a timar. Decidí pedir mis vacaciones para el día después, así podía salir pitando si todo iba mal. Hice muy bien, joder. Cuando vi aquellos cuerpos que sacaban en camilla del hotel, supe que tenía razón la primera vez, y entonces de verdad comprendí que me seguirían.

»Al día siguiente se suponía que debía pasarme por aquella dirección para cobrar los otros cincuenta. Yo ya había tenido tratos de sobra antes con ese tipo de gente, y desconfiaba de ella, así que decidí que me pasaría por allí deprisa y corriendo. Para ver qué pasaba.

—¿Y la dirección?

—El treinta y tres treinta de la calle South Morgan. Nunca voy a olvidar esa mierda. Era una de esas calles donde los escalones del sótano están en la parte delantera de las casas, ¿sabe? Así que bajé los peldaños de una de las casas de enfrente y me limité a vigilar un poco desde allí. No vi a Dorsey y Pete, pero como treinta minutos antes de la hora a la que se suponía que yo debía estar allí, se detuvo un coche del que se bajaron tres hombres que se dirigieron a la casa, todos ellos cargando con unas bolsas grandes y pesadas. Es cuando supe con seguridad el lío en que me encontraba.

El hombre movió la cabeza a los lados y Dante pudo notar que todavía estaba asustado, que todavía actuaba con la energía nerviosa de alguien que se las había arreglado para escapar de la muerte por un pelo. Y puesto que estaba contando su historia a cambio de la ayuda de Dante, Dante comprendió que además quería librarse de sus secretos, encontrar alivio al revivirlos a una distancia segura.

—Tenía que irme de allí. Fui a ver a Red. Nos conocemos hace mucho. Tengo esto por salvarle la vida. —Alzó la mano y esta vez Dante vio la herida de la palma, donde supuso que le había golpeado el martillo. El hombre se fijó en que Dante miraba fijamente la herida y, tras bajar la mano, continuó hablando—. Red me dio

algo de dinero y tomé un tren hasta aquí, y un par de días después leí en el periódico que Dorsey y Pete estaban muertos. Desde entonces trato de pensar qué coño hacer, y entonces llama Red y me cuenta que anda buscándome un hombre, un hombre de la Organización, pero que se puede confiar en él.

Se volvió para mirar a Dante con una expresión inquisitiva, y Dante recordó que el hombre había comentado antes que desconfiaba de «ese tipo de gente», así que se preguntó si se refería a gánsteres, a italianos o a los blancos en general. Dante asintió, asegurándole una vez más que mantendría el secreto.

—Muy bien —dijo Dante—. Necesito hacerle un par de preguntas más.

—Dispárelas.

—¿Le dijeron alguna vez de quién conseguían la bebida?

—No —dijo Julius, negando con la cabeza—. Nunca dijeron de quién. Pero dijeron de dónde. Dijeron que tenían que subir hasta el restaurante de carretera Millersville antes de pagarme. ¿Lo conoce? —Dante negó con la cabeza—. Conduciendo hacia el norte por la carretera de Milwaukee. Llegas a Millersville en dos o tres horas, dependiendo de lo rápido que vayas.

—¿Ha estado allí?

—No. Pasé por delante una o dos veces. Un hombre como yo no maneja asuntos que le hagan detenerse allí.

—De acuerdo. Los hombres con las bolsas que vio entrar en la casa, ¿qué aspecto tenían?

—No lo sé. Yo estaba bastante lejos y mi vista ya no es buena. Tres tipos grandes. Daban miedo. Tipos de la Organización.

—¿Y el coche?

—Un sedán Cadillac negro.

Dante asintió y le dio las gracias. Se quedaron callados y la mente de Dante empezó a dar vueltas, así que encendió un cigarrillo por hacer algo. Si el envenenamiento no tenía un solo objetivo, entonces era un ataque a Capone. La información del camarero abría nuevas vías de posibilidades, y ahora Dante tenía la sensación de que no estaba lejos de resolver el misterio. Solo un paso o dos más y lo resolvería, y a lo mejor entonces podría largarse del infierno de Chicago.

—¿Y ahora? —dijo Julius—. El trato era que yo contaba lo que pasó y usted me ayudaría. Todavía estoy esperando la ayuda.

Dante siguió en silencio y suspiró. ¿Cómo contarle al hombre lo demás, que su vida podría terminarse perfectamente, y todo por cincuenta pavos?

—Soy el encargado de investigar este asunto para la Organización —dijo Dante al fin—. Soy el parapeto para impedir que Capone se le eche encima. No voy a contar nada. Se lo prometí a Red. Usted es libre de ir adonde quiera y yo mantendré en silencio todo el tiempo que pueda lo que ha contado. El tiempo suficiente para que usted se largue. Pero al final alguien de la Organización va a venir en su busca... solo puedo detenerles un tiempo. Lo peor de todo es que también van a buscarle otras

personas. Las personas que mataron a los que hicieron la entrega, los mismos hombres que usted vio en la casa aquel día. He visto a uno de ellos y sé que si se enfrenta usted a ellos, no tiene ninguna oportunidad. —Dante se interrumpió y dio una calada a su cigarrillo—. Si yo fuera usted —continuó—, me marcharía a algún sitio que esté mucho más lejos de Chicago que Michigan City, puede que me fuera a la costa. Y que lo hiciera hoy, ahora mismo. Me cambiaría de nombre. Pasaría desapercibido. Y puede que dentro de unos años sea capaz de salir de casa sin volver la cabeza para ver si le siguen. La vida que ha llevado hasta ahora se ha terminado. Lo siento. —Dante miró al hombre y le vio contemplarse las manos, que tenía entrecruzadas encima del regazo. Podía notar el miedo, que se daba cuenta de que aquello solo era el comienzo, que hasta entonces había tenido suerte, pero que si quería sobrevivir necesitaría más años de suerte—. También le dije a su hija que fuera a la policía —continuó—. Los hombres que registraron su apartamento encontraron su dirección en un sobre. Se pondrán a buscarla. Tratarán de utilizarla para encontrarle a usted.

Dante volvió a mirarle y vio que había lágrimas en los ojos del hombre, captando el reflejo del sol que incidía en el lago. Dante se levantó, se inclinó hacia delante y apretó el hombro de Julius, esperando que el gesto no resultara paternal, esperando que al menos le proporcionara cierto consuelo. Luego sacó su cartera, extrajo cinco billetes de veinte dólares y se los entregó al hombre.

—Son de parte de Red —mintió Dante, sin querer ofenderle—. Dijo que se los diera como un regalo suyo. Utilícelos para encontrar algún lugar seguro.

MICHAEL SUBIÓ LA ESCALERA hasta el despacho de Linnemann con una leve sensación de inquietud; le habían llamado para que se reuniera con el jefe, y eso solo pasaba cuando algo había ido realmente mal.

—Hola, Michael. Entra sin más —dijo la secretaria de Linnemann, y había algo lastimero en su voz que confirmó la sospecha de Michael de que iba a oír malas noticias. Llamó con los nudillos y al entrar vio a Linnemann en la mesa de su despacho sentado enfrente de un par de hombres mayores, que se dieron la vuelta para mirar a Michael cuando este se acercaba. Linnemann sonrió y señaló un sillón vacío, y Michael se sentó, sintiéndose acorralado por todos ellos.

—Quiero presentarte al señor Jennings y al señor Edelhart, ambos miembros del consejo de administración —dijo Linnemann.

Michael saludó con la cabeza a los hombres. Los dos tenían más de setenta años, aspecto aristocrático y una expresión ilegible en sus rostros con profundas arrugas.

—Te he convocado para que nos pongas al día del caso Van Haren —dijo Linnemann.

—Ya veo —contestó Michael—. ¿Y cuál es el interés del señor Jennings y del señor Edelhart en él?

—Como he dicho, son miembros del consejo de administración de la empresa, y también son amigos los dos del señor Coulton, al que hiciste una visita recientemente. Al señor Coulton le molestó tu comportamiento y solicitó que nos reuniéramos todos para discutirlo.

—Ya veo.

—¿Podrías explicar por qué te comportaste así?

—Pensé que el señor Coulton podría tener alguna información útil sobre la desaparición de su futura nuera, así que fui a sus oficinas para hacerle unas preguntas. Él no es sospechoso y resultó que tampoco tenía ninguna información útil, pero era una pista que merecía la pena seguir. No creo que me comportara de modo impropio. Al menos, no de un modo que pudiera molestar al señor Coulton y a sus amigos del consejo de administración no ejecutivo.

Linnemann se quedó callado un momento y miró a Michael.

—¿Qué sospechosos tienes? —preguntó.

—Todavía ninguno, e indudablemente no el señor Coulton —contestó Michael, y hasta al decirlo tuvo la sensación de que estaba utilizando un falso comportamiento educado excesivamente forzado.

—Bien, pero no podemos permitir que acosas a miembros importantes de la sociedad de Chicago. Tú y la señorita Davis quedaréis a prueba mientras se lleva a cabo una investigación.

—¿A prueba?

—Mientras tanto, el caso Van Haren será derivado a otros.

El corazón de Michael se disparó, y durante un momento pensó en protestar, dar un puñetazo en la mesa y soltarle cuatro gritos. Pero al tiempo que aumentaba su indignación, lo hacía también su sentido práctico, así que apretó los dientes y permaneció sentado.

—¿Encargado a quiénes?

—A cualquiera que esté libre. Creo que Clancy y Becker tienen poco trabajo en este momento. —Michael asintió. Clancy y Becker tenían poco trabajo porque eran unos incompetentes. A la señora Van Haren la estaban menospreciando si entregaban el caso a dos hombres que eran incapaces de encontrar a su hija—. Cualquier intervención tuya o de la señorita Davis en este caso tendrá como consecuencia la cancelación de vuestros contratos. De inmediato —añadió Linnemann—. Por favor, hazle saber esta decisión a la señorita Davis. Y transmítele mis deseos de una pronta recuperación. Oí lo de la explosión.

—Claro que lo haré —dijo Michael, con petulancia, y Linnemann le volvió a mirar seriamente.

—Habla con Mankowski para que os asigne algunos casos nuevos. Gracias, Michael. Puedes irte.

Michael asintió, se levantó y, tras lanzar una mirada dura a los dos directivos, volvió a su despacho dominado por la rabia. Cuando entró, Ida levantó la vista del papeleo para el parque de coches que tenía sobre la mesa.

—¿Qué tal? —preguntó.

Todavía tenía los ojos hinchados y una cicatriz recorría la piel de su sien. Cuando llegó al trabajo aquella mañana le contó la explosión y dijo que se encontraba bien. Pero a Michael le pareció que no había dormido y que estaba ligeramente traumatizada, y el hecho de que no quisiera hablar del asunto le preocupó. Y ahora él iba a añadirle más problemas.

—Estamos a prueba y nos quitan el caso.

—¿Por qué?

—Mi visita a Coulton. Dos de los directivos estaban con Linnemann, y son amigos de él.

Él se sentó en el sillón frente a ella y se miraron uno al otro por encima de la mesa, y de cerca Michael pudo ver lo agotada que parecía.

—¿Ha dicho que no nos volviéramos a poner en contacto con la señora Van Haren? —preguntó Ida.

—No.

—¿Entonces qué tal si le hacemos una visita? Para que sepa que estamos fuera del caso. Y que tenemos plena confianza en la habilidad de Clancy y Becker para que continúen nuestro trabajo.

Ella le miró y sonrió y Michael le devolvió la sonrisa, preguntándose por qué no se le había ocurrido a él antes.

LOUIS APARCÓ A LA sombra en la calle 23, apagó el motor y miró hacia el hotel Metropole del otro lado. Tenía siete pisos de altura, con miradores que sobresalían de sus paredes y recorrían lo alto del edificio dando la impresión de torretas medio integradas en el enladrillado, como si la construcción estuviera metamorfoseándose a medias en un castillo. Frunció el ceño y respiró profundamente para imponerse a la sensación de miedo que le recorría. A pesar de que Al y Louis habían sido amigos, una reunión con Al Capone todavía era una reunión con Al Capone.

Louis suspiró, se apeó del coche, anduvo hacia la entrada entoldada del hotel, subió los escalones delanteros y entró en el vestíbulo. Había guardaespaldas por todas partes —apoltronados en sillones y sofás— que siguieron con la vista a Louis cuando se dirigía al mostrador del conserje. El hotel había sido ocupado casi completamente por Capone, que tenía alquiladas cincuenta habitaciones de los pisos más altos e incluso había construido un gimnasio para que se entrenasen sus hombres. Los domingos, políticos y jueces esperaban en el vestíbulo a que se les concediera audiencia, como vasallos a un rey.

—He venido a ver al señor Capone —dijo Louis.

—El señor Capone no vive aquí —dijo uno de los hombres.

— Habitación cuatro cero seis. Se me espera.

El conserje le miró un momento, examinándolo con detenimiento.

—¿Nombre? —dijo al fin.

—Louis Armstrong.

Agarró el teléfono y marcó un número, y mientras esperaba, Louis paseó la vista por el lugar, considerando una vez más a los hombres con traje. Todos parecían tensos, como un ejército a la espera de la orden de marcha, y Louis volvió a pensar en castillos, en fortalezas sitiadas.

El conserje colgó el teléfono y señaló con la cabeza los ascensores. Louis se dirigió hacia ellos, y el ascensorista sonrió y Louis entró.

—¿Ha venido a ver al señor Capone? —preguntó el ascensorista, y Louis asintió. El ascensorista tiró de una palanca y pulsó un botón y los dos fueron llevados rápidamente al cuarto piso. Las puertas se abrieron y Louis salió a un rellano alargado sin ventanas, con moqueta roja y revestimiento de madera, al final del cual había dos grandes puertas de madera adornadas con complicadas tallas, flanqueadas por matones trajeados, cada uno de ellos con la constitución y el porte de militares haciendo guardia.

—¿Por ahí? —preguntó Louis, señalando a los hombres. El ascensorista asintió.

—Buena suerte —dijo, cuando el ascensor se cerraba e iniciaba su descenso haciendo un ruido sordo.

Louis recorrió el pasillo sintiendo cómo aumentaba su inquietud a cada paso.

Llegó hasta los hombres, que le cachearon y abrieron las puertas. Entró en el despacho de Al: una espaciosa habitación en una de las torretas de la esquina que estaba llena de muebles caros. El suelo estaba cubierto de pared a pared por una moqueta y el lugar estaba frío, maravillosamente refrescado por un sistema de aire acondicionado que zumbaba en algún sitio invisible. En el extremo más alejado había una mesa de despacho de caoba donde estaba sentado Al charlando con unos cuantos hombres.

Al alzó la vista y, tras ver a Louis en la puerta, le hizo un gesto para que se acercara. Louis cruzó la habitación; la espesa moqueta daba la sensación de que se hundía a cada paso. Llegó a la mesa y frunció el ceño un momento al contemplar la pared con agujeros de bala sobre la que se había clavado una bandera americana gigantesca.

Al indicó a Louis que se sentara, y este lo hizo; mientras esperaba a que Al terminara la conversación, observó el lugar: la bandera y los agujeros de bala, las gigantescas ventanas de la torreta, el tablero de la mesa sembrado de ceniceros y vasos de whisky y periódicos, y documentos, y una caja de puros cubanos y un montón de cocaína, y un billete de banco enrollado descansando en un cenicero de plata; y, extrañamente, esculturas de elefantes, docenas de ellas, de todas las formas y tamaños encima de la mesa, pero también en los alféizares de las ventanas, sobre mesas de centro, encima de la moqueta junto a las paredes, subidos a pedestales a cada lado de las puertas, elefantes descansando y caminando solos o en grupo, la mayoría alzando la trompa.

—Símbolos de la buena suerte —dijo una voz apagada, y Louis se dio la vuelta y vio que Al le estaba mirando fijamente y que los hombres se habían levantado y se dirigían a otras partes de la habitación. Louis asintió, soltó una risita y examinó a su antiguo jefe. Aunque los dos eran de la misma edad, Al parecía que ya había pasado los cuarenta. Probablemente aquella era la primera vez que Louis le veía fuera de un club nocturno, y la penetrante luz del día que entraba a chorros por las ventanas acentuaba el maquillaje aplicado a un lado de la cara del hombre, haciendo que Louis se esforzara por no parpadear ante los feos bultos de sus cicatrices.

Al clavó la vista en él, dio una chupada a su puro y se quedó pensando un momento.

—¿Un habano? —preguntó, señalando la caja de puros encima de su mesa.

—Claro, jefe. Gracias —dijo Louis. Se inclinó y cogió un puro, pensando que si le iban a liquidar por lo que había hecho, sería mejor que lo hicieran mientras fumaba un Romeo y Julieta. Cortó la punta del puro con un aparato de oro que estaba sobre la mesa de Al y lo encendió con una cerilla.

—¿Te gusta? —preguntó Al sin dejar de mirarle, con una sonrisa peculiar en la cara, sus rasgos inquietantemente plácidos.

—Claro. Es realmente bueno —dijo Louis, después de darle una chupada.

—Supongo que fumas mucho, con esa voz tan grave que tienes.

—Bien traído, jefe. Pero no es por fumar. Cogí un resfriado hace mucho y se me irritó la garganta. Unos días después el resfriado había desaparecido, pero se me quedó esta voz. Y así sigue desde entonces. Tenía la voz más puñeteramente clara antes del resfriado.

Louis dio otra chupada al puro, que le supo bien de verdad, y le dedicó su más amplia sonrisa a Al, fingiendo que en realidad solo eran dos amigos que mantenían una charla, que no se sentía cada vez más ansioso con toda aquella conversación sin sentido.

—¿Es eso cierto? —dijo Al, haciendo como que le daba vueltas a las cosas. En el silencio Louis distinguió el rumor de la avenida Michigan que entraba por las ventanas, el ruido de la circulación y de la gente que pululaba por esa auténtica sala de exposiciones de vehículos que la habían convertido en la Vía del Automóvil.

Al de pronto se echó hacia delante, y Louis no estaba seguro de si se debía a la rapidez de su acción, o a sus propios nervios exacerbados, pero el movimiento casi le hizo encogerse.

—Oí que habías estado preguntando sobre el Sunset.

—Sí. Sí. He preguntado —dijo Louis, empezando a sentir pánico—. Por un intermediario al que he estado buscando.

—¿Randall Taylor? ¿Por qué lo estás buscando?

—Le debe dinero a un amigo mío. Huyó de él. Mi amigo sabe que Taylor y yo trabajamos en el Sunset, así que me pidió que preguntara por él. No pretendía molestar a nadie con eso.

—¿No recuerdas a Taylor de cuando trabajabas allí?

—No puedo decir que lo conociera.

Al le miró un momento.

—¿Entonces todavía no lo has encontrado? —preguntó.

—No, jefe. Todavía anda perdido.

—Y ese amigo tuyo, ¿todavía le busca?

—Sí.

—Bien, si alguno de vosotros lo encuentra, quiero saberlo. Yo y ese intermediario tenemos asuntos sin resolver. Ese Taylor es mala gente, Louis.

—No lo estaría buscando si no lo fuera.

—Dile a tu amigo que no pierda el tiempo con un hombre como él. Uno duerme con perros y termina con pulgas.

—Claro, jefe —dijo Louis—. Le pasaré el mensaje.

Se preguntó qué ocultaba todo aquello, si Al andaba detrás del intermediario simplemente porque el hombre había estado aprovechándose de las chicas de uno de sus establecimientos, o si había otra razón, algo mucho más serio. Fuera lo que fuese, Louis sabía que estaba en deuda con Al, su nombre constaba en la lista de favores escrita en tinta indeleble.

Al continuó observándole con la misma extraña calma que daba la sensación de

que podría explotar en cualquier momento, y Louis notó que tenía una mirada de loco más pronunciada de lo que recordaba. Había oído rumores de que Al se estaba haciendo cada vez más inestable y se preguntó si quizá sería cierto o si solo se trataba de su imaginación desbocada. Si Al se perdía, él no quería estar cerca para ser testigo de las consecuencias. Había visto en Nueva Orleans, años antes, que la locura de un hombre podía desplegar su sombra sobre la ciudad, una oscuridad que se extendía como un incendio, apoderándose primero de la mente de una persona y luego de otra, llenándolas de miedo, como en el vudú. Pero el hombre de Nueva Orleans había resultado ser un don nadie. Este hombre, por su parte, era el rey de Chicago.

Louis volvió a pensar en lo distinto que parecía, y en lo viejo que estaba, y todas sus demás diferencias y similitudes le pasaron por la mente. Los dos eran de la misma edad; los dos habían nacido en la pobreza; los dos habían padecido prejuicios raciales; los dos se habían trasladado a Chicago con unos años de diferencia uno respecto del otro en busca de fortuna, tratando de dejar atrás los barrios bajos en que se habían criado; los dos eran padres de hijos únicos minusválidos; los dos consiguieron gran éxito; los dos vivían bajo la sombra de Nueva York, y sus caminos al fin se habían cruzado el año anterior cuando Louis había aceptado el trabajo en el Sunset Café, de Al. Pero los dos también tenían diferencias fundamentales, en temperamento, personalidad y actitudes, y eso era lo que preocupaba a Louis.

Al fin Al se echó hacia atrás en su sillón y la cara se le relajó. Louis tuvo la sensación de que Al había cambiado de opinión sobre algo, que su estado de ánimo oscilaba. Louis se destensó un poco, y cuando los dos dieron chupadas a sus puros, esperó que Al no apreciara el temblor de su mano.

—Oí que la banda de Paul Whiteman viene a la ciudad —dijo Al inesperadamente—. Toca unas cuantas noches en el Loop.

—Sí —dijo Louis—, eso he oído.

—También he oído —continuó Al, con un destello en el ojo, dando vueltas al puro entre los dedos— que Whiteman viene con un cornetista que se llama Beiderbecke. Oí que la gente anda diciendo que es el mejor cornetista del mundo.

Al se calló un momento y sonrió maliciosamente y Louis pensó en cómo picar el anzuelo.

—Bueno, eso solo es porque yo me pasé a la trompeta el año pasado —dijo Louis; durante un largo momento los dos hombres se miraron el uno al otro, y luego se echaron a reír—. A lo mejor nos encontramos en el concierto, señor Capone.

—Sí, puede que vaya. Y si tú y Whiteman decidís organizar alguna *jam session* a última hora de la noche, házselo saber a uno de los chicos.

—Lo haré, jefe —dijo Louis.

—Y si tu amigo encuentra a Taylor, quiero ser el primero en saberlo.

Acto seguido, Al sacó un rollo de billetes del bolsillo, separó dos de cien dólares y se los tendió a Louis. Pero Louis, aunque quería, sabía que no podía aceptar el dinero, que cogerlo solo sería subrayar que estaba en deuda con Al Capone.

—No, me va bien, jefe. No lo necesito.

Al se encogió de hombros.

—Tampoco yo lo necesito —dijo.

Entonces se miraron uno al otro y volvieron a reírse.

CUANDO LOUIS VOLVÍA ANDANDO a su coche, le inundó una gran sensación de alivio. Todavía no estaba completamente fuera de peligro, pero le alegraba haber dejado la reunión, haber salido a terreno despejado. La sensación de ansiedad y claustrofobia que había sentido en la habitación le abandonó, dejando espacio para que sus músculos recuperaran algo de fuerza.

Pasó junto a un grupo de personas que doblaban la esquina de la avenida Michigan andando por mitad de la calzada y deteniendo el tráfico. Los coches que circulaban cerca del cruce de calles hacían sonar sus claxones, y sus conductores soltaban gritos. Al cabo de un momento Louis comprendió lo que era: una marcha de protesta. Hombres y mujeres llevaban pancartas: «Cerveza para la nación, cerveza para impuestos; La ley seca ha fracasado. Actúen».

Cuando Louis se acercó más, una mujer salió de la multitud y le entregó un panfleto. Lo cogió, dio las gracias y siguió su camino. Cuando dejaba la multitud atrás, los oyó iniciar un cántico: «Queremos cerveza, queremos cerveza», y recordó las concentraciones que había visto en Nueva Orleans diez años antes, en las que hombres y mujeres recorrían las calles y coreaban y entregaban panfletos a favor de la ley exactamente opuesta, a favor de que se impusiera la ley seca.

Una década después la marea se desplazaba en el otro sentido; opinión pública, afrentas morales y estadísticas de delitos hablaban a favor de los partidarios del alcohol, lo que llevó a Louis a preguntarse qué había pasado. Lo único que había conseguido la ley seca fue poner a millones de negocios y ciudadanos en contacto con elementos criminales. Dormir con perros, en efecto. Louis se preguntó si provocaría rechazo trabajar para Capone si se convirtiera en un vendedor legal de alcohol o volviera a ocuparse exclusivamente de dirigir burdeles y casinos. Luego se preguntó cómo le iría también al resto de los gánsteres del país, y si no estarían planificando ya en qué tipo de actividades se iban a centrar.

Louis plegó el panfleto, se lo guardó en el bolsillo y llegó a su coche. Abrió las ventanillas y las puertas y se apoyó en el costado mientras esperaba a que se refrescase el interior y la marcha de protesta despejara la calle. Dio una chupada a su puro y vio un cartel a unos metros de distancia:

**GENE TUNNEY CONTRA JACK DEMPSEY POR
EL CAMPEONATO DEL MUNDO DE LOS PESOS PESADOS
AQUÍ EN CHICAGO
SOLDIER FIELD
ENTRADAS YA A LA VENTA**

Louis se acercó deprisa a verlo y miró las fotografías de los dos boxeadores debajo de las letras. Ninguno parecía tan duro como Jack Johnson y Harry Wills. Miró a los dos blancos un poco más y pensó que Chicago prosperaba a base de enfrentar a una persona con otra: Tunney contra Dempsey, Al contra Moran, Louis contra Bix. La ciudad entera funcionaba con la energía de un humano combatiendo con otro, como si eso fuera lo que hacía girar al mundo.

Louis había sacado buen partido de eso en el pasado: trompetistas de todo el país habían venido a enfrentarse con él en concursos sobre el escenario, y Louis los dejó fuera de combate a todos con facilidad, habitualmente tocando las complicadas piezas para trompeta que había aprendido con Lil, o con el alumno de Brahms en Kimball Hall, o con Tate en el Vendome. Así que sabía cómo se sentían Al y Tunney al tener que competir con tantos aspirantes al trono.

Louis tenía la sensación de que todos compartían el mismo anhelo: la atormentadora sensación de que siempre había algo mejor fuera de vista, a la espera de producirse. Pero la diferencia radicaba en la forma en que cada uno intentaba calmar ese anhelo. Louis no compartía el implacable individualismo de los otros, aunque fuera Louis quien estuviera enseñando al mundo a tocar un solo. Las cosas no tenían que avanzar recurriendo al enfrentamiento y al choque entre opuestos; el progreso también se producía por medio de la disposición. Aquella era la década del yo, de construir tu propia línea melódica para suprimir el ruido, y era Louis el que estaba enseñando al mundo a hacerlo, pero hasta él sabía que los solos no eran nada sin chorus.

UNA HORA DESPUÉS DE su charla en el despacho de la Pinkerton, Michael e Ida estaban sentados enfrente de la señora Van Haren dentro de un invernadero en la parte de atrás de la casa de esta. Michael estaba seguro de que la habían sedado a fondo a lo largo de las últimas veinticuatro horas. La inquietud de que dio muestras cuando se reunieron con ella en su despacho había disminuido hasta convertirse en una especie de languidez temerosa. Mientras le contaban los detalles de su investigación, los escuchó desplomada en su butaca, dando largas caladas a su cigarrillo y mirando fijamente los arbustos y flores de los tiestos desperdigados por aquel espacio.

Le contaron que Gwendolyn había intentado huir a Montreal, pero que había sido secuestrada en su camino hacia la estación. No le dijeron que Coulton o Severyn eran probablemente los que la habían secuestrado, ni que Gwendolyn había sido testigo de algún tipo de crimen sangriento. Le contaron, sin embargo, que estaban intentando apartarlos de la investigación —Coulton padre en primer lugar— y que, a juzgar por la velocidad con la que le habían ofrecido a Michael trabajo con el fiscal del estado, probablemente alguien estaba espiando a la señora Van Haren.

Al oír esto último, ella revivió al fin.

—Dios santo —murmuró. Se frotó las sienes y luego dio otra larga calada a su cigarrillo antes de mirarles al fin, asustada—. Mi marido ha estado intentando hablarme de eso todo el tiempo. Dijo que los de la Pinkerton no eran de fiar. Se puso furioso cuando se enteró de que había obrado a sus espaldas y les había contratado.

Michael frunció el ceño y se volvió para mirar a Ida, que le devolvió la mirada con una expresión igual de perpleja.

—¿Está diciendo que es su marido? —preguntó Ida—. ¿Que está tratando de obstaculizar la investigación?

Pero la señora Van Haren parecía no haber oído la pregunta y había recuperado el aturdimiento que invadía su cara, regresado al infierno mental que se había construido.

—¿Señora Van Haren? —insistió Ida.

Pero la mujer siguió mirando algún terror invisible que tenía a media distancia, cerca de los tiestos de terracota junto a los ventanales.

—¿Señora Van Haren? ¿Por qué su marido obstaculiza nuestra investigación?

Entonces al fin se volvió para mirarles y frunció el ceño.

—Porque él está de acuerdo con Coulton, claro —dijo, como si estuviera perpleja porque Ida le hiciese esa pregunta. Los miró un momento, antes de que la resignación apagase su voz—. Necesito que ella vuelva. Necesito decirle que lo siento —dijo.

Entonces empezó a llorar, y extrañamente Michael sintió alivio al comprobar que al menos las emociones de la mujer no habían sido suprimidas completamente por el

tiopentato de sodio.

—He tenido sueños —continuó entre lágrimas—. De Gwendolyn, muerta. Dentro de un sudario blanco. Rezo para que no sean verdad. Rezo para que no la haya matado esta ciudad. Es hosca y peligrosa y ella anda perdida por ahí y necesito decirle que lo siento.

Se llevó el pañuelo a la cara y sollozó en él, y Michael e Ida se miraron.

—Señora Van Haren —dijo Ida con ternura—. ¿En qué están de acuerdo su marido y Coulton?

—Tienen que encontrarla.

—Señora Van Haren. Nos han retirado del caso —dijo Ida—. Eso es lo que hemos venido a decirle.

Y por algún motivo las palabras calaron en ella, que levantó la vista para mirarlos, repentinamente alerta.

—¿Por qué?

—El señor Coulton se quejó de mi comportamiento cuando le interrogué —dijo Michael—. Ese es el motivo oficial. Nuestra sustitución, sin embargo, fue decidida porque no querían que hiciéramos progresos en el caso.

—No —dijo ella, con una voz sorprendentemente firme—. Ustedes tienen que continuar. ¿No pueden trabajar en él durante su tiempo libre? Les pagaré más si es necesario. Tengo que encontrar a Gwendolyn. Tengo que arreglar las cosas con ella.

—¿Dónde está su marido, señora Van Haren? —preguntó Michael.

—Está aquí, en Chicago. Probablemente volverá a casa en cualquier momento —dijo ella, sacudida por otro ataque de miedo—. Deberían marcharse. No soy capaz de enfrentarme a otra discusión con él. Todavía no. —Se echó hacia delante de pronto, agarrando la mano de Michael—. Pero, por favor. Se lo ruego, siga buscando a Gwendolyn. No deje el asunto en manos de esos otros hombres. Tengo mucha necesidad de hablar con ella. Le daré todo el dinero de la recompensa. No se preocupe por mi marido. El dinero es mío. De mi propia cuenta personal. Será todo suyo si averigua dónde está.

Michael asintió, haciendo un esfuerzo consciente para no evitar el contacto físico con ella; a pesar del calor sofocante, sus dedos estaban fríos como el hielo, y fue entonces cuando notó otra cosa extraña en la señora Van Haren. No estaba sudando. La luz del sol entraba a raudales por el techo de cristal del invernadero, por lo que tanto Michael como Ida estaban muertos calor. Pero la señora Van Haren, sentada en su butaca de mimbre, con un vestido blanco de algodón, no sudaba ni una gota.

CINCO MINUTOS DESPUÉS IDA y Michael estaban sentados en su coche a unos cuantos metros de la mansión y con la vista clavada en la silenciosa calle bordeada de olmos que tenían delante.

—Cuando vi esas pastillas de pentotal encima de su mesilla de noche el otro día

—dijo Michael—, supuse que alguien la estaba drogando para quitársela de en medio.

—Ocultaron los problemas mentales de la hija —dijo Ida—. Parece que están haciendo lo mismo con su madre.

Michael sacó su pitillera del bolsillo y compartieron un par de cigarrillos.

—Pero me da la impresión de que sabe algo —dijo Ida—. Y de que está demasiado asustada para contárnoslo. Sabe que su marido está implicado, y Coulton, pero no quiere decir por qué.

Michael asintió, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. El sol caía implacable y notaba que estaba empapado en sudor. Pensó en la mujer sentada dentro del calor asfixiante del invernadero, fría y húmeda al tocarla, trastornada por los demonios del miedo, la culpabilidad, el tiopental sódico y Dios sabe qué otros tormentos.

Volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo y, mientras lo hacía, distinguió una limusina Duesenberg que doblaba la calle a lo lejos, deformándose por la bruma que se alzaba del asfalto. Disminuyó la marcha cuando llegó a la casa de los Van Haren y tomó el camino de entrada.

Ida abrió la guantera y, tras sacar los prismáticos que guardaban allí, le pasó unos a Michael y se llevó los otros a sus ojos. Michael los agarró, miró por ellos y los enfocó en el Duesenberg cuando este se detenía delante de los escalones delanteros. Un hombre con traje y sombrero de fieltro negro se apeó de detrás. Adolphus van Haren era un hombre de constitución media y debió de ser alto en otro tiempo, pero ahora su apostura se había visto afectada por la edad y estaba tan encorvado que a Michael le sorprendió que se las arreglara para andar sin un bastón. Al menos debía de tener setenta y cinco años, y a Michael le extrañó la diferencia de edad entre el hombre y su mujer, mucho más joven.

Cuando Van Haren llegó a las puertas de entrada, estas se abrieron; entonces salió el mayordomo y ambos hombres comentaron algo en el porche que provocó la furia de Van Haren, quien agitaba los brazos a su alrededor con la cara enrojecida.

—Supongo que se acaba de enterar de que hemos estado de visita —dijo Ida.

—Supongo lo mismo.

Los dos hombres entraron en la casa e Ida y Michael se quitaron los prismáticos de los ojos.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —preguntó Michael, volviéndose hacia Ida. Él ya sabía qué camino iba a tomar, pero no quería poner en peligro también la carrera de su protegida.

—Seguir buscando a Gwendolyn —dijo Ida, sin querer perderse nada—. Averiguar si su padre está implicado o no. Si la madre sabe o no más de lo que nos cuenta... La pena le ha anulado sus mejores cualidades.

—El problema es que nos pueden pillar —dijo Michael.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—¿Por el dinero que ofreció? Cuando más habla esa mujer de él, más convencido estoy de que el dinero nunca se va a materializar.

—Aunque no nos pague, quiero ayudar a esa mujer —dijo Ida—. Y quiero saber lo que le han hecho a Gwendolyn esos hombres. Y quiero saber quién es el que está tratando de terminar con nosotros. Además, ya casi lo tenemos. —Se volvió para mirarle, toda sinceridad y determinación—. Casi tenemos al intermediario. Él es la clave de todo esto y casi lo tenemos. Sigamos y veamos qué tiene que decir.

—Si lo hacemos, no hay vuelta atrás —dijo Michael—. Se trata de todo o nada.

—Yo voy a seguir —dijo Ida—. Pero no tengo mujer e hijos.

—Ella ya me dijo que continuara —dijo Michael.

Se miraron uno al otro un momento y sonrieron con tristeza. Luego Michael arrancó el coche y se dirigieron a la calle LaSalle, en el centro, el corazón abrasador de la ciudad.

DANTE ESTABA DE PIE en la barra del Drake tomando un martini a la espera de que Loretta bajase de la *suite*. Cuando volvió de Michigan aquella tarde, le sorprendió encontrársela todavía en su habitación, tumbada en el sofá, leyendo un libro, con el perro acurrucado debajo del brazo.

—Si voy a estar enjaulada —dijo—, es mejor estar en una *suite* de lujo.

Dante no pudo poner objeciones a esa lógica. No tenía tiempo para preparar un viaje a Millersville aquella noche; quería hacer unas cuantas llamadas antes, verse con algunas personas y hacer unas discretas preguntas; averiguar si alguien en Chicago sabía algo de aquel albergue de carretera. Así que decidió pasar la tarde con Loretta, cenar, fingir que era una persona normal, civilizada, esperando que el pretexto pudiera hacer que se convirtiera en realidad.

Tomó una ducha, se vistió y dejó la *suite* para prepararse en soledad; quedó con Loretta en verse en el bar cuando estuviera arreglada. Pidió las copas y paseó la vista por la gente; la élite adinerada y las personas que la imitaban.

Cuando estaba tomando un sorbo de su copa, escuchó jaleo en el vestíbulo y se volvió para mirar por la gran arcada que conectaba el bar con la recepción del hotel y ver lo que pasaba. Vio que de la calle entraba un grupo de gente: un hombre elegante con un impecable traje negro a la cabeza del grupo, acompañado por una chica delgada y guapa a la que seguían algunos empleados y luego un montón de botones y maleteros que llevaban rodando su equipaje en unos carritos sobrecargados. Dante reconoció al hombre, pero no lo pudo situar.

—Charlie Chaplin —dijo una voz cerca de él, y Dante se dio la vuelta y vio a un hombre bajo sentado en un taburete a su lado, con un traje a rayas, un *Cosmopolitan* en una mano y una boquilla en la otra. El hombre sonrió a Dante, dejando ver unos dientes de un blanco poco natural que parecían aún más blancos debido al contraste con un bronceado asimismo poco natural.

»La ciudad está plagada de famosos —continuó— por el combate de boxeo, ya sabe. Ayer por la mañana se registró Al Jolson, y yo estaba en la tienda de regalos esta tarde y vi a Douglas Fairbanks echándoles una ojeada a los pisapapeles.

Dante asintió y sonrió, y se quedó mirando a Chaplin mientras su cortejo se dirigía al mostrador de recepción para registrarse. Era incluso más bajo de lo que Dante había imaginado, pero tenía mucho mejor aspecto del que mostraba en sus películas. El hombre del taburete que estaba al lado de Dante dio un sorbo a su copa y una calada a su cigarrillo, y el modo en que mantuvo la boquilla tan horizontal al dar una calada como picoteándola le hizo pensar a Dante en un pájaro en un comedero.

—¿Sabe?, me vine a Chicago de Hollywood creyendo que me libraría de todas las estrellas y estoy tropezando aquí con más que en casa. —El hombre soltó una risita, se sujetó la boquilla en la boca y tendió la mano—. Sam Halpert —dijo.

—Dante Sanfelippo —dijo Dante, y se estrecharon la mano—. ¿Y qué le trae a Chicago, señor Halpert?

—Sam, por favor. Negocios. Soy productor de cine.

—¿Está rodando una película aquí?

—No. Hay un escritor joven en la ciudad al que he venido a ver. Está escribiendo un libro sobre Capone y estamos pensando en adquirir los derechos para hacer una película. Tengo que reunirme con el chico, leer el borrador y decidir si deberíamos hacer una oferta.

—Una película sobre Capone parece un proyecto peligroso.

—Bueno, cambiaremos los nombres —dijo el hombre con un encogimiento de hombros, dando otro picotazo a la boquilla.

—Entiendo.

En el vestíbulo, a Chaplin y la chica los estaban conduciendo desde el mostrador de recepción hacia los ascensores.

—No entiendo por qué la gente hace películas sobre gánsteres —dijo Dante.

—Es una nueva moda —dijo Halpert, suspirando—. Veremos cuánto dura. También estoy aquí buscando actores, o más bien, a gánsteres que quieran dedicarse a la interpretación. —Dante le miró—. La gente quiere autenticidad, la cosa real. ¿Conoce a Al Jennings? ¿El ladrón de trenes? Consiguió trabajo en el cine. Y a Spike O'Donnell le está tanteando un estudio británico para que sea la estrella de una serie que van a lanzar.

—¿O'Donnell, el fabricante de bebidas ilegales? —preguntó Dante, perplejo, y Halpert asintió. O'Donnell poseía destilerías en Chicago y Wisconsin. Había estado implicado en explosión de bombas y palizas el día de las elecciones, había matado a gente durante la Segunda Guerra de la Cerveza y todavía estaba cumpliendo condena en Joliet por robo a mano armada en espera de resolver los trámites para conseguir el perdón del gobernador Small—. O'Donnell en el cine... —murmuró Dante.

—A lo mejor se ha hartado y está cansado de que le disparen —dijo Halpert.

—Tal vez —dijo Dante—. Pero debe de ser muy raro pasar de ser un gánster de verdad a uno falso.

—Bueno, él no quiere ser un gánster falso, será el auténtico Spike —dijo Halpert, tomando otro sorbo de su copa y dando otro picotazo a su cigarrillo. Miró a Dante, intrigado porque parecía saber algo de Spike O'Donnell.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó, y sus ojos examinaron a Dante como si estuviera valorando a una *starlette*.

—Trabajo en restaurantes de Nueva York.

—¿Y qué le ha traído al oeste?

—Me crie aquí. Solo estoy en la ciudad visitando a viejos amigos.

—¿Sabe? Me resulta conocido. ¿Ha actuado alguna vez?

—No, señor Halpert. Por lo menos no en algo que se proyectase en la pantalla.

Dante sonrió y el hombre le devolvió la sonrisa. Entonces Dante vio que Loretta

entraba en el bar por la gran arcada y pasaba junto al puesto de los puros, buscándole. Llevaba un vestido verde claro que nunca le había visto y se preguntó de dónde coño lo habría sacado si se había pasado el día entero en el hotel. Dante levantó la mano y ella le vio y se dirigió a ellos.

—¿Su pareja? —preguntó Halpert.

—Una amiga.

—Es una amiga muy guapa. Le dejaré con ella... ¿Por qué he olvidado su nombre ya?

—Dante Sanfelippo.

El hombre volvió a fruncir el ceño, saludó con la cabeza, se bajó del taburete y se perdió entre la gente.

—¿Quién era ese? —preguntó Loretta cuando llegó.

—Un productor de cine de Hollywood. Y también te acabas de perder a Charlie Chaplin.

EL COMEDOR DEL HOTEL parecía salido de un cuento de hadas, con candelabros como flores de cristal y grandes columnas que se extendían hasta el techo decoradas con pinturas como las de una iglesia rusa. Tomaron coquilles Saint Jacques y bisque de setas y langostinos a la parrilla con limón y mantequilla, y hablaron de Olivia, y de la hermana de Loretta, y de gente de su barrio, y de Nueva York y Chicago, y de lo que pensaban hacer con su vida, como si alguno de ellos lo supiera. Hablaron mucho de nada y se emborracharon con vino blanco.

—¿Por qué te cambiaste el apellido? —preguntó Loretta cuando iban por la mitad de sus primeros platos y los candelabros y el efecto del vino empezaban a hacerles sentir como si estuvieran en su propio mundo, íntimo y cálido.

—¿Cómo sabes que me cambié de apellido? —preguntó él.

—Aquella primera noche que llamé al hotel, no sabían quién eras hasta que mencioné que te alojabas en la *suite* Lindbergh.

Dante se encogió de hombros.

—Lo consideraré un nuevo comienzo.

—¿Por qué Sanfelippo?

—Es el nombre de la iglesia del Bronx donde el cura me salvó de la hipotermia... iglesia de san Felipe. ¿No te gusta?

—No te pega —dijo ella—. Prefería tu antiguo apellido.

—Puede que algún día.

—Bien. Los nombres son importantes. ¿Sabes que eres la única persona que no me abrevia el nombre y me llama Lorrie?

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Siempre me gustó eso de ti.

Cuando terminaron, dijeron al camarero que añadiera la factura a la cuenta de él y mientras Loretta iba al servicio, Dante la esperó junto a las puertas del vestíbulo. Observó a las parejas que se dirigían a la sala de baile y asomó la cabeza para echar una ojeada. La gente estaba bailando un jazz aguado, ese que tocaban en los hoteles con pretensiones como aquel, jazz para blancos, jazz de alcohol rebajado, una imitación pálida de las piezas que habían robado a los músicos negros de Bronzeville.

Cuando Dante y Loretta cruzaron el vestíbulo y salieron del hotel, respiraron el aire fresco, y el frescor intensificó los efectos del alcohol que habían bebido, así que giraron la cabeza y los dos comprendieron que aquella noche no iban a ir a ninguna parte.

—¿Podríamos esperar en la *suite*? —dijo él.

Cinco minutos después estaban en la cama, besándose y desnudándose. Loretta tiró de la camisa de Dante, él se la quitó, sin pensarlo, y ella le pasó las manos por los brazos y se detuvo, frunciendo el ceño, hasta que Dante se dio cuenta de que tenía la vista clavada en las señales de los pinchazos de aguja, en el odio a sí mismo grabado en sus brazos.

—Oh —dijo ella, molesta, decepcionada, y él no pudo decir nada para dejar de sentirse desdichado. Loretta pasó los dedos suavemente por las señales, alzó la vista hacia él, le besó y empezaron de nuevo, esta vez más despacio, de modo distinto.

Después, cuando estaban tumbados uno en los brazos del otro, Dante le contó todo aquello; las malas compañías de sus amigos de la aguja. Ella le escuchó con la cabeza sobre el pecho de él y después, Dante sintió como si se hubiera librado de un gran peso, y se dio cuenta de que era la primera vez que le contaba a alguien su historia, de principio a fin. Cuando terminó, Loretta no dijo nada, solo volvió la cabeza y le besó, y los dos se quedaron en silencio.

Cuando estaba tumbado con el brazo por encima del hombro de Loretta, Dante pensó repentinamente en Olivia y una avalancha de culpabilidad le recorrió el cuerpo con tal fuerza que se contrajo. Se había acostado con muchas mujeres desde que Olivia había muerto, incluso se había sentido muy cerca de algunas. Pero Loretta era la mejor amiga de Olivia y de pronto le dominó la sensación de que había manchado todos sus recuerdos compartidos, una sensación de traición, de suciedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Loretta, volviéndose para mirarle.

—Nada —dijo él, sin saber cómo abordar el asunto.

—Estás pensando en Olivia —dijo ella de modo terminante, y Dante vio lágrimas en sus ojos.

—Sí —dijo.

—Yo también.

Se apartó de él, y los dos se quedaron tumbados, mirando al vacío.

—A lo mejor no está tan mal —dijo Loretta al cabo de un rato—. Ella quería que fuéramos felices.

—Claro —dijo él, con indiferencia.

—¿Tuviste una chica en Nueva York?

Dante se quedó callado un momento, tratando de que se le ocurriese algún modo de mejorar el estado de ánimo.

—Claro. Tuve montones de chicas. No me faltaron. —Él sonrió y ella puso los ojos en blanco—. No, no tuve muchas chicas en Nueva York —dijo con mayor solemnidad—. No tuve mucho de nada en Nueva York.

—Tampoco yo tuve mucho aquí en Chicago —dijo ella. Dante no contestó, y se quedaron así, buscando refugio uno en otro, y las horas oscuras se desvanecieron.

CON LA DORADA LUZ del amanecer, un grupo de hombres con traje arrugado, cargados con instrumentos musicales en estuches y aspecto cansado y un poco deteriorado irrumpió en el estudio de Okeh Records, de Chicago, para iniciar un largo día de sesiones de grabación. Los hombres grababan con el nombre de los Hot Five de Louis Armstrong, aunque eran seis. Todos habían tocado en la orquesta de Carol Dickerson, en el Savoy, la noche anterior, habían ido a cenar comida china y a tomar copas cuando el club nocturno ya había cerrado y se habían trasladado directamente desde el restaurante hasta el estudio sin haber dormido, lo que les tenía confusos y pensativos, sobre todo a Louis, que había estado dándole vueltas en la cabeza a los acontecimientos recientes más de lo que debiera, y era consciente de ello.

Mientras preparaban el estudio de grabación, y los demás miembros de la banda bromeaban, Louis se sentó en una silla en un rincón, sacó su trompeta del estuche y la montó sin dejar de pensar en la muerte de su madre el año anterior, en la muerte de su primera esposa, en la muerte de su matrimonio con Lil.

Recordó lo esperanzado que estaba cuando llegó por primera vez a la ciudad, cuando se apeó del tren que le traía de Nueva Orleans y se encontró en los Jardines Lincoln y tuvo la sensación de que amanecía un día nuevo. Recordó cómo se había ido diluyendo esa esperanza en las fiestas de los barrios bajos y las que se organizaban para pagar el alquiler, y en los intermediarios, la explotación y las personas que mandaban en la ciudad y que hacían todo lo posible para acabar con los clubes de jazz y los músicos que trabajaban en ellos.

—Estamos listos en un segundo —dijo uno de los técnicos al pasar disparado junto a Louis camino de la cabina de grabación cargando con una caja de cartón llena de material.

—Seguro que sí, jefe —dijo Louis, en realidad nada molesto por la espera. Miró la trompeta que tenía en la mano, miró el estudio, animado por el bullicio que armaban sus compañeros de banda al instalar sus atriles, disponer las partituras y afinar sus instrumentos, y la mente le transportó a la primera vez que entró en un estudio de grabación, un año después de llegar a Chicago, cuando tocaba todavía de segundo corneta con Joe Oliver.

Su antiguo maestro había dispuesto que la banda hiciera una gira rápida por las salas de baile de Illinois, Indiana y Ohio. La iniciativa era peligrosa considerando el odio enconado que se respiraba en las antiguas ciudades polvorientas que jalonaban su camino. Si pasaban por un sitio y no veían una cara negra, seguían adelante, sabiendo por amarga experiencia que pararse y preguntar dónde podían comprar algo de comer en un poblacho habitado solo por blancos podía suponer que los echasen de allí, les dieran una paliza o les lincharan. Así que gran parte del viaje transcurrió a salto de mata, hambrientos, en busca de negros y comida.

Louis mataba el tiempo la mayor parte del viaje mirando por la ventanilla de trenes, autobuses o furgonetas, viendo pasar el vasto océano de praderas interiores. Los paisajes estaban por lo general vacíos, eran campos con un silo o granero ocasionales instalados acá o allá, interrumpidos por postes de teléfono que se inclinaban tristemente hacia el interior, como si supieran que su intento de atravesar una extensión interminable estaba inevitablemente condenado.

Era aburrido, especialmente para un chico de veintidós años, aunque Lil —hacia la que Louis se sentía atraído— viajaba con ellos. Pero cuando llegaron a Indiana, con su cuarto millón de miembros del Ku Klux Klan y su aplastante odio racial, y se dirigieron a Richmond, se detuvieron en la sede de la empresa de grabación de los hermanos Gennett y Louis entró por primera vez en un estudio.

Se trataba de un local de renta baja, situado en los bajos de una fábrica de pianos, donde los hermanos contrataban a cualquier músico de paso y lo grababan allí mismo. El estudio estaba construido de cualquier manera, con alfombras, tapices y serrín en las paredes para mantener el lugar más o menos aislado del sonido; las sesiones de grabación se tenían que detener siempre que un tren pasaba traqueteando por las vías de fuera.

El propio equipo de grabación consistía en una especie de trompa cónica que estaba conectada por medio de tubos a una aguja en otra habitación que grababa las vibraciones sonoras en un cilindro de cera. Era una instalación tan primitiva y sensible que cualquier instrumento con sonido intenso hacía saltar la aguja y echaba a perder la grabación. Así que Baby Dodds tenía que cambiar sus tambores por bloques de madera, y Bill Johnson reemplazar su contrabajo por un banjo, y Louis estaba exiliado en el fondo de la sala porque su corneta se imponía a la de Joe. Y por si fuera poco, la habitación tenía que mantenerse a treinta grados constantes para que la cera estuviera blanda, así que se pasaban las horas sudando, a punto de desmayarse de calor.

Las sesiones de grabación acabaron con la banda: Joe Oliver les estafaba en los pagos de *royalties* y los hermanos Dodds amenazaron con atacarle si no se les pagaba, así que Oliver compró una pistola para mantenerlos a raya. La banda se separó y Lil convenció a Louis de que siguiera solo. Cinco años después tenía su propia banda y a todos les pagaban un dineral por grabar en un estudio de lo más moderno equipado con tecnología de grabación Western Electric de Bell. No había miembros del Ku Klux Klan fuera, ni trenes que pasaran traqueteando, ni un calor asfixiante, ni un líder de la banda que les robara el dinero, y, afortunadamente, grababan en un micrófono en lugar de un megáfono puesto del revés.

Con todo, Louis añoraba aquellos primeros días, aunque sabía que la nostalgia era estúpida, pues suponía echar en falta un lugar al que no puedes volver.

—Louis, ¿listo? —preguntó Earl desde su asiento detrás del piano. Louis alzó la vista hacia él y sonrió.

Aunque todos los demás estaban hechos un desastre, Earl no tenía un pelo fuera

de sitio. Estaba sentado en su taburete con un traje immaculado, su sombrero hongo marca de la casa y un bastón apoyado en la pared a su lado. Earl siempre era el músico mejor vestido de Chicago. Venía de Pittsburg, donde los que daban trabajo elegían a los músicos de la calle, así que parecer bien vestido y respetable muchas veces significaba la diferencia entre pagar el alquiler o no.

—Estoy listo —dijo Louis.

Se instalaron y pasaron la mañana preparando partes de *Don't Jive Me*; después del almuerzo se instalaron en la parte de atrás del edificio para fumarse unos petardos, y luego volvieron al estudio y se dispusieron a grabar una canción titulada *West End Blues*. Era un número de Joe Oliver, que este había grabado por primera vez a principios de mes en Nueva York con los Dixie Syncopators. Earl y Louis habían estado ensayando su propia versión toda la semana en el Ranch. La letra, que no estaban grabando aquel día, contaba la historia de una mujer que, enfadada con un hombre que la ha engañado, y borracha de ginebra, agarra una pistola y se dirige al barrio del placer de Nueva Orleans, el West End, en busca del hombre y la mujer que está con él y les pega un tiro. Louis había estado dándole vueltas a aquella letra: si la mujer nunca iba a tener a aquel hombre, entonces le pegaba un tiro; si la canción, además de ser la queja de una mujer engañada, era también un blues de un hombre muerto.

Repitieron varias veces el arreglo hasta que todos lo tuvieron bien aprendido y estaban listos para grabarlo. Entonces Louis abrió la válvula de la saliva de su trompeta y limpió la que había condensada dentro. Miró a cada intérprete uno a uno y ellos asintieron indicando que estaban listos, así que se volvió hacia el técnico, que tenía la cera preparada, y cuando hizo la señal, Louis se dirigió al micrófono, se llevó la trompeta a los labios y, durante un momento, se impuso el silencio.

Hizo sonar una floritura para empezar el tema, una cadencia, un sonido rápido, una fanfarria cromática que hizo girar y dio espacio al aire, y después de doce segundos de elasticidad rítmica, el resto de la banda se lanzó siguiéndole a noventa compases por minuto, lento para lo habitual en ellos pero adaptando la canción y su brumoso y cambiante arreglo para que pareciera más una rapsodia que el blues sugerido por el título y la letra. La melancolía la imponían la trompeta de Louis y la voz sin palabras, el trombón de Fred Robinson, el ritmo apagado de Zutty, los trémolos al piano cortesía de Earl.

Después de la cadencia y el primer chorus vino un dúo, luego un solo, inmediatamente un segundo y tercer chorus y un espacio para improvisaciones, y luego un *chorus* final seguido de una coda, que lo redondeó todo.

Tres minutos después de empezar, se estaban mirando entre sí, sonrientes y colocados, bañados por la hermosa calma de la canción, sabiendo que estaban grabando algo digno de su talento, algo que superaría la prueba del tiempo.

Hasta que Zutty tocó a destiempo el platillo que se suponía que remataba la canción y la grabación entera quedó arruinada, haciendo que todo se detuviera

repentinamente, chupando la energía de la sala. Todos alzaron la vista en silencio como si hubieran sido sacados de un trance, de un voluptuoso sueño con el que les había hipnotizado la canción.

Cuando se dieron cuenta de lo que había pasado, uno a uno se volvieron para mirar furiosos a Zutty, que se encogió de hombros. Luego volvieron a mirarse entre sí preguntándose sin palabras qué coño acababa de pasar, cuando habían estado tan cerca de captar la perfección que todos sabían que tenían a su alcance.

Entonces fue Earl el primero que se echó a reír y a mover la cabeza; los demás suspiraron, Louis se frotó las sienes y todos insultaron a Zutty y le llamaron idiota, dando rienda suelta a su exasperación y Zutty sonrió avergonzado.

En la habitación de al lado el técnico cargó un nuevo trozo de cera y todos volvieron a prepararse, listos para grabar otra vez, para intentar volver a alcanzar la perfección que casi habían atrapado unos pocos minutos antes.

—Muy bien, vamos a intentarlo de nuevo —dijo Louis, tratando de sonar alegre, e hizo una señal al técnico y todos empezaron de nuevo. Y al segundo intento se encontraban a mitad de canción cuando Zutty la estropeó otra vez.

—Estas cosas pasan —dijo, en respuesta a los insultos que le lanzaron—. Todo el tiempo.

Así que se prepararon otra vez y trataron de contenerse, sabiendo que estaban a punto de hacer algo grande, algo intemporal, y que tenían que hacerlo bien.

Y al tercer intento lo consiguieron.

STANLEY TAYLOR, EL HERMANO del intermediario, todavía se encontraba en custodia semioficial dentro del Edificio Federal de la calle Adams, pero se las había arreglado para ponerse en contacto con su hermano huido y habían concertado un encuentro. Ida y Michael estarían en un restaurante chino cerca de Cottage Grove, donde se encontrarían con el intermediario huido; si este les contaba todo lo que querían saber, Stanley saldría de la celda en la que lo retenían.

Cuando Ida y Michael se enteraron de los detalles, dejaron los casos que les habían asignado, consiguieron un coche en el parque de la agencia y se dirigieron al sur para la reunión. Mientras circulaban entre el tráfico de media tarde, Ida tuvo la sensación de que los estaban siguiendo y, sin estar segura de si la explosión de la bomba todavía le estaba afectando a los nervios, no dejaba de mirar el retrovisor y los espejos laterales, sin perder de vista un sedán gris que iba media manzana por detrás de ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Michael.

—El sedán gris del carril izquierdo, unos cinco coches detrás.

Michael miró el retrovisor.

—¿Deberíamos desviarnos?

—No, nos detendremos después del próximo cruce y le echaremos una ojeada.

Michael asintió, condujo hasta el siguiente cruce, esperó hasta que el sedán hubiera pasado —no tenía sitio para dar la vuelta— y luego se detuvo junto a la acera. El sedán los adelantó y distinguieron a dos hombres dentro: uno en la treintena, con bigote y un sombrero hongo marrón, y otro, el que conducía, más joven y totalmente afeitado, que llevaba una camisa y chaleco.

—¿Los conoces? —preguntó Michael cuando hubieron pasado, e Ida negó con la cabeza—. ¿Te fijaste en la matrícula? —dijo, e Ida asintió.

Continuaron su trayecto, aparcaron en la calle 63 y cruzaron una manzana de casas hasta un viejo edificio ruinoso con un rótulo de neón fuera: «Chu Gow. Auténtica cocina mandarina».

El local tenía docenas de mesas dispuestas en una ordenada cuadrícula, y terciopelo rojo cubría las paredes por completo, lo que le daba un aire en cierto modo furtivo, misterioso. Eligieron una mesa desde la que se veía la puerta y esperaron. Ida encendió un cigarrillo y miró detenidamente las pinturas de las paredes: dioses y sabios chinos, mujeres hermosas con vestidos delicados y sueltos y dragones enrollados entre bancos de nubes.

Entonces se abrió la puerta delantera y entró un hombre de la calle, alto, joven, de buen aspecto, con la piel clara. Recorrió las caras de la gente de todas las mesas en busca de alguien.

—Creo que es nuestro hombre —dijo Ida, y Michael asintió.

Él los localizó, Michael levantó una mano y el hombre se acercó.

—¿Son ustedes los de la Pinkerton? —preguntó, y ellos asintieron. Él los fulminó con la mirada y se sentó.

—Soy Randall Taylor. ¿Han detenido a mi hermano?

—Le han acusado de algo —dijo Michael—. Pero dejarán de hacerlo si usted nos cuenta lo que queremos saber.

El hombre se les quedó mirando fijamente unos instantes, valorándolos. Ida le devolvió la mirada y le pareció que podía ser un buen intermediario; con su piel clara y su pelo liso, era el tipo de negro guapo nada amenazador en el que podían confiar los de la Costa Dorada para ir de safari a la parte sur.

La camarera les trajo la carta e Ida y Michael la rechazaron, pero Randall la cogió y recorrió los platos con la vista.

—¿Lo pagan ustedes? —preguntó. Michael asintió y Randall pidió cerdo asado y arroz, un acompañamiento de verduras en salsa de ostras, y cerveza para todos. Ida podría asegurar que no había pedido la comida para demostrar nada; el hombre tenía hambre, parecía como si llevara días sin comer.

—¿De dónde son? —dijo a Michael, debido a su acento.

—Los dos somos de Nueva Orleans.

—¿En serio? —dijo, mirando fijamente a Michael e Ida—. ¿Y qué es eso tan importante que quieren saber para haber encerrado a Stanley?

—Estamos buscando a Gwendolyn —dijo Ida con calma—. Hemos sido contratados por su madre. Oímos que usted la vio el día de su desaparición.

—¿Gwen desapareció? ¿Cuándo?

—El veintisiete. El día que fue a Bronzeville para encontrarse con usted. Buscaba a Coulton. Nadie la ha visto desde entonces.

Ida contó con detalle a Randall los acontecimientos de aquella tarde, que culminaron con el probable secuestro de Gwen en las afueras de la estación de tren. Randall lo escuchó todo y su enfado pareció disminuir. Ida se dio cuenta de que le importaba Gwendolyn y estaba preocupado por lo que le hubiera podido pasar.

—Me llamó el día antes —dijo, cuando Ida terminó de hablar—. Dijo que estaba buscando a Chuck, que necesitaba hablar con él, dijo que quería verme para averiguar dónde estaba.

—¿Por qué creía que usted lo sabía?

—Ni idea. No tenía ninguna pista de dónde estaba.

—Pero de todos modos quedó con ella.

—La chica me caía bien —dijo Randall—. La quería ayudar. Chuck me había hablado de ella. Ustedes saben que ella se intentó matar varias veces, ¿no? Me preocupaba que lo pudiera intentar otra vez, y por eso decidí verla. Se puso a contarme que iba a romper con Chuck. Que ya no le importaba lo que pensarán sus padres.

—De acuerdo —dijo Ida—. ¿Después qué pasó?

—Pues que hablamos un poco, la tranquilicé y luego ella siguió su camino.

—¿Siguió su camino adónde?

Randall soltó un suspiro de exasperación, como si Ida le hubiera hecho una pregunta a la que no quería responder. En ese momento llegó la camarera con las bebidas. Dejó una tetera de porcelana azul y blanca y tres tazas muy pequeñas a juego y volvió a la barra. Michael cogió la tetera e Ida contempló cómo servía cerveza en las tazas.

—Me preguntó si sabía dónde podría estar Chuck —continuó Randall—. Verán, Chuck y Lloyd tenían un piso para fiestas alquilado en Bronzeville, un sitio temporal, pero hace unos meses dejaron de pagar el alquiler y alquilaron uno nuevo, no dijeron a nadie dónde, excepto a mí. No querían que sus nombres figuraran en el contrato de alquiler, así que me pagaron para utilizar el mío. Gwen había estado en el piso antiguo, pero se había enterado de que ya no lo tenían alquilado e imaginó que yo sabía la dirección del nuevo. Así que le dije la dirección del nuevo piso y dejé que fuera.

Randall tomó un sorbo de cerveza e Ida le miró. Sabía que estaba contando la verdad, pero aun así la historia carecía de sentido.

—Así que le dijo la dirección a Gwen, ella fue hasta allí, los encontró participando en algún delito sangriento y ellos la secuestraron. Y ahora ha desaparecido. ¿Sabe lo que estaban haciendo ellos allí? —preguntó Ida.

—No.

—¿Sabe dónde está el piso?

—Claro. En Back of Yards.

Ida frunció el ceño y se volvió para mirar a Michael; el Back of Yards no era un barrio en el que un hombre de la ciudad quisiese tener un piso temporal.

—¿Por qué allí y no en Bronzeville?

—Chuck y Lloyd dijeron que querían un sitio un poco más privado. —Sonrió al decir eso, y hubo algo retorcido en su expresión, como si le hubieran apretado un tornillo en la mejilla y sus labios se hubiesen levantado con un automatismo siniestro. Ida le miró una vez más —un hombre atractivo que hacía dinero vendiendo las experiencias urbanas de los negros a los blancos— y advirtió que algo en él no encajaba, pero no estaba segura de si solo era el hombre quien la estaba haciendo sentir aquellas cosas o si los efectos de la explosión todavía seguían activos en la sombra.

—¿Por qué necesitaban algo privado? —preguntó, pero Randall no respondió; se limitó a mirar fijamente la tetera encima de la mesa, sus dibujos de montañas, nubes y mares azules—. Oímos ciertos rumores sobre ellos dos —dijo Ida—. Sobre las cosas que montaban en esos pisos para fiestas que les dispuso usted. Que desaparecía gente. ¿Es verdad eso?

—Verdad de la buena —dijo él, volviendo a sonreír, aquel mismo giro mecánico de un tornillo. El modo despreocupado en que lo dijo, y la expresión de su cara,

hicieron que un estremecimiento gélido recorriera la columna vertebral de Ida.

—¿Es para eso para lo que utilizan el piso? —preguntó ella.

—¿Cuánto sabe de Chuck y Lloyd?

—¿Por qué no nos lo aclara?

Randall hizo una pausa antes de volver a hablar.

—Hay algo oscuro en esos chicos. Saben cómo se conocieron, ¿verdad? En la guerra. Lloyd le salvó la vida a Chuck. Luego a Lloyd le envenenó el gas mostaza, que le destrozó la garganta, y por eso terminó con las cicatrices y la voz cascada. De todos modos, yo no sé lo que vieron en la guerra, o a lo mejor no fue ni siquiera allí, a lo mejor lo llevaban dentro, pero esos dos... Se provocaban uno al otro hasta que empezaron a buscar entretenimientos retorcidos. Si uno va por la vida haciendo acopio de experiencias, y ya ha probado todas las normales... ¿hacia dónde te diriges? ¿Cuando las únicas experiencias que quedan por tener son las oscuras? Lo vi. Traían a chicos y chicas a aquel apartamento y hacían cosas solo por hacerlas. Estaban aburridos de la vida y tenían dinero para gastarlo así. Me crie rodeado de delincuentes y asesinos, personas que te degüellan por cuatro cuartos, pero ellos no tienen nada contra esos chicos. Si le ha pasado algo malo a Gwen, esos dos están detrás.

Él se quedó mirándolos y el brillo de sus ojos le dijo a Ida que había sido tan deformado por el hedonismo como Severyn y Coulton, que aquellas noches de desenfreno Randall era más que un simple espectador, que todas las veces que ellos habían organizado algo él se había involucrado completamente.

Ida sintió un escalofrío de repulsión, se volvió para mirar a Michael y vio que él reaccionaba del mismo modo ante lo que había dicho Randall. Entonces llegó la camarera con la comida. Puso un bol de verduras y un plato de arroz cocido pegajoso y cerdo asado y Randall cogió sin gana su tenedor; al parecer, había perdido el apetito.

—No lo entiendo —dijo Ida—. Usted debía imaginar que Chuck y Lloyd se indignarían por haberle dado a Gwen esa dirección, y sin embargo lo hizo.

—Lo sé —dijo Randall—. Pero me caía bien la chica. Me refiero a que me gustaba. Y yo le gustaba a ella. Y no podía soportar verla tan disgustada. Y hay algo más. Los últimos meses Chuck y Lloyd me contaron que estaban trabajando en algo, algo importante, y que no tenían tiempo para más juegos. Yo no los veía mucho, y entonces un día, así como así, me pusieron en la calle. —Randall levantó una mano y chasqueó los dedos—. Me dijeron que estaba despedido. No me querían ver nunca más. Y eso fue lo último que supe de ellos.

—¿Entonces le dio la dirección a Gwen para volver con ellos?

—Imaginé que ella se pasaría por allí, vería a lo que se estaban dedicando y volvería corriendo conmigo. Ellos quedarían al descubierto y yo tendría a la chica. Dos pájaros de un tiro. No imaginaba que la secuestrarían.

Se encogió de hombros e Ida le miró fijamente, triste por el hecho de que también

aquel hombre hubiera usado a Gwendolyn para sus propios fines.

—¿Cuándo le echaron a usted? —preguntó.

—Hace un par de meses. Y no he vuelto a verlos desde entonces.

—¿Y lo de Esther Jones?

Ante la mención del nombre, Randall se crispó. Primero sorprendido, luego irritado.

—¿Quién? —preguntó, haciendo como que nunca había oído el nombre de la chica.

—Era una bailarina del Sunset Café. Apareció muerta en el canal sanitario y de desperdicios. Usted se la estaba chuleando a un secuaz de Capone que se llamaba Benny Roebuck. Él también terminó muerto en un callejón de la calle State. La misma noche que desapareció Gwendolyn.

—Esa mierda también es obra de Lloyd y Chuck —acabó confesando Randall cuando se dio cuenta de que no tenía sentido mentir sobre eso—. Vinieron a verme hace tres o cuatro meses, diciendo que necesitaban tender una trampa a alguien para algo importante en lo que estaban trabajando. Sabían de ese blanco al que le gustaban las cosas siniestras. Querían que yo encontrara una chica que fingiera estar con él durante unos meses mientras ellos preparaban lo que habían planeado para ese rufián. Conocía a Esther de cuando yo trabajaba en el Sunset. Le dije que había un buen dinero si fingía un encuentro con ese Roebuck y se mostraba cariñosa con él, y así lo hizo.

—¿Le contaron para qué querían que ella hiciera eso? —preguntó Ida.

Él negó con la cabeza.

—No. Pero sé que tenía relación con ese asunto importante que se traían entre manos.

—Cuéntenos más detalles.

—No hay más que contar; ellos mantuvieron el asunto muy en secreto. Salvo que una mañana, cuando llevábamos con esta historia unos días y los dos estaban borrachos y colocados, empezaron a presumir y a decir que iban a hacer algo que cambiaría la ciudad, que iban a hacerla arder. Eso es lo que dijeron. Eso fue después de que me despidieran. Imaginé que todo estaba relacionado. Fuera lo que fuese lo que estuvieran planeando, no querían que yo lo supiera. Ahora Esther está muerta, y ese tal Roebuck está muerto, y Gwen desaparecida. Me parece que están tratando de atar cabos sueltos, ¿pero qué coño soy yo sino un cabo suelto? Así que me mantengo al margen hasta que todo esto pase.

Ida asintió, admitiéndolo. Miró a Randall y luego centró la vista en las pinturas de la pared de detrás de él, apenas visibles en la penumbra, en los dragones enredándose en la niebla.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a Chuck y Lloyd? —preguntó.

—No. Pero imagino que si buscan pistas, las habrá de sobra en el apartamento de Back o' Yards.

—Denos la dirección, Randall.

Él negó con la cabeza.

—No hasta que suelten a mi hermano. En cuanto él me diga que está libre, les mandaré la dirección. Déjenle salir hoy y tendrán la dirección mañana por la mañana.

Ida se volvió para mirar a Michael. Este se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo Michael—. Diremos a los agentes que dejen salir a su hermano, pero si no tenemos la dirección mañana, le volveremos a detener, y le acusaremos, y también conseguiremos una orden de arresto contra usted. ¿Entendido?

—Claro —dijo Randall, antes de tomar otra taza de cerveza—. A propósito —añadió—. Se equivocan en algo. Benny Roebuck. No era un hombre de paja de Capone. Trabajaba para Moran.

Ida frunció el ceño y miró atentamente a Randall, tratando de descubrir si estaba mintiendo.

—¿Está seguro de eso? —preguntó—. Hemos oído otra cosa.

—Puede apostar lo que quiera a que estoy seguro. Sea lo que sea lo que preparen, eso no tiene que ver con ningún hombre de paja de Capone. El hombre trabajaba para Moran, por eso era el blanco de ellos. Y ahora, gracias por la comida. Estaré esperando noticias de mi hermano.

Y, dicho esto, se limpió la boca y salió del restaurante.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Ida a Michael cuando estuvieron fuera otra vez.

Michael se encogió de hombros, sacó sus Virginia Slims del bolsillo y encendió uno.

—Nos ha contado bastantes cosas —dijo, pasándole la pitillera a Ida.

—¿Crees eso de que Roebuck trabajaba para Moran y no para Capone?

—Claro. Era un guardaespaldas de alquiler. Vivía en la parte norte. ¿Quién nos dijo que trabajaba para Capone?

—Jacob. El fotógrafo del *Tribune* —dijo ella, encendiendo el cigarrillo y devolviéndole la pitillera.

—¿Y de dónde sacó él eso?

—No sé. Puede que de la comisaría.

—Tal vez deberíamos preguntarle —sugirió Michael cuando se dirigían de vuelta al coche—. Lo has hecho muy bien —dijo, cuando iban andando por la acera—. Has llevado todo el peso del interrogatorio.

—¿En serio?

—Claro. Yo no dije ni palabra. Un interrogatorio difícil, además. Testigo hostil. Hubo un momento al principio en que pensé que se te escapaba, pero conseguiste reconducirlo. Lo hiciste muy bien, pequeña. —Dijo lo último con un tono paternal impostado y los dos se rieron.

—¿Crees que nos dará la dirección? —preguntó Ida.

—De eso no estoy tan seguro. Pero incluso si no lo hace, podemos rastrear los registros de alojamiento de Back o' Yards para ver si conseguimos encontrar algo.

Llegaron al coche y, mientras Ida esperaba que Michael lo abriera, alzó la vista al cielo y por primera vez en semanas vio nubes reuniéndose por encima, escasas y sueltas.

—Eso anuncia lluvia —dijo Michael, que había seguido la mirada de ella. Ida asintió y las palabras de Randall sobre un plan para incendiar la ciudad le vinieron a la mente.

Michael entró en el coche, dejó que entrara ella y, cuando estuvieron instalados, vieron, un poco más allá de la manzana, que un automóvil aparcado junto a la acera arrancaba y se dirigía al centro. Se miraron uno al otro.

—¿Era el mismo? —preguntó Ida.

—No estoy seguro. No pude ver la matrícula.

—Yo tampoco.

Los dos se quedaron sentados un momento en silencio. Luego Michael arrancó el motor y se pusieron en marcha; circularon y fumaron sin hablar durante unos minutos, contemplando cómo se preparaba la ciudad para entregarse a otra noche.

—Lo que no me encaja en todo esto es Chuck —dijo Ida después de haberle estado dando vueltas a las cosas—. Me refiero a que Lloyd Severyn sí. Procede de la parte más pobre de la ciudad. Va a la guerra y conoce a Chuck, que es el chico más rico que ha conocido, y se hacen amigos. Severyn piensa que ha encontrado la solución económica de su vida y cuando los dos vuelven a Chicago las cosas van que chutan. Pero Chuck... Cada persona con la que hemos hablado da una descripción diferente de su carácter. Randall sostiene que es una especie de niño rico sádico, para su padre es un borracho inútil, Lena piensa que un universitario blando y consentido...; y luego está lo que contó Gwen, que le vio haciendo algo tan espantoso que ella tuvo que marcharse de la ciudad. Lo que quiero decir es: ¿cómo coño es?

Michael se encogió de hombros.

—No sé. Puede que todo a la vez. Pero imagino que acabaremos descubriendo cómo es, y dónde está, y lo que le pasó a Gwen.

Continuaron circulando y en determinado momento Michael se volvió para mirarla.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó—. ¿Quieres que te deje en tu casa?

—No, he quedado con un amigo.

IDA SE REUNIÓ CON Jacob en un restaurante de Little Italy. Pidieron *tagliatelle* con salsa de tomate, que llegaron en grandes raciones, acompañados por un cuenco de queso parmesano, una ensalada, aceitunas negras, pan blanco y una botella de vino tinto Dago. Al principio estaban incómodos uno con otro, pero a medida que iban comiendo y bebiendo las dudas que habitualmente acechaban a Ida desaparecieron, y los dos encontraron coincidencias en sus personalidades inadaptadas; los dos eran personas sensibles con trabajos inhumanos, trabajaban entre los horrores de la ciudad, la realidad espantosa de la vida diaria.

Terminaron la botella de vino, pero no el montón de *tagliatelle*. Cuando salieron vacilantes del restaurante y alzaron la vista al cielo, vieron la tormenta que anidaba entre las nubes. Luego fueron a casa de Jacob, pasando junto al bar ilegal donde se produjo la explosión. Su fachada estaba cerrada con tablones y un cartel decía que volvería a abrir pronto.

Se sentaron en el sofá de Jacob, volvieron a beber licor ilegal y una hora más o menos después de que cayera la noche empezó la tormenta, torrencial y eléctrica, que repiqueteaba contra los edificios y las aceras.

Se levantaron a cerrar las ventanas, pero escucharon los ruidos de fuera y salieron a la escalera de incendios. El barrio entero había revivido con la lluvia, iluminado por los fogonazos de los relámpagos, y todo estaba frío y refrescado por primera vez en semanas; como si alguien hubiera encendido un aparato de aire acondicionado gigante en el cielo.

Dejaron que la lluvia les salpicara, disfrutaron del frescor de la tormenta y contemplaron las calles llenas de niños, salpicándose unos a otros y jugando bajo las nubes amarrotadas. Cuando Ida y Jacob estuvieron completamente empapados entraron en el dormitorio, se quitaron la ropa y se acostaron otra vez, esta vez sin la sombra de la explosión colgando como una losa encima de ellos; por eso las cosas discurrieron de forma diferente, más íntima, más segura.

Al terminar, quedaron tumbados en la cama, escuchando el fragor de la tormenta, el ocasional estallido de un trueno, y vieron la lluvia correr ventanas abajo, envolviendo las luces del exterior de la ciudad con una fina capa líquida de un brillo azul.

—No creo que sea capaz de dormir —dijo Jacob.

—Yo tampoco —contestó ella—. ¿Quieres que salgamos?

CUANDO ENTRARON EN EL auditorio del Savoy les golpeó un rugido de trompetas y tambores, tan caliente como el que despiden un horno. Louis estaba en el escenario con un blanco, y lo primero que pensó Ida fue en lo raro que era: un negro y un

blanco compartiendo el escenario. Reconoció a unos cuantos músicos de la banda que eran amigos de Louis, pero también había blancos sentados entre ellos, dos bandas mezcladas. Jacob también se había quedado parado mirando el escenario, igual que ella, que se volvió hacia él, y los dos se abrieron paso entre la multitud hasta la barra, donde la gente esperaba en filas de cinco en fondo. Ida escuchó la música y reconoció la canción, *Poor Little Rich Girl*, de Noël Coward, una favorita tanto de Louis como de los aficionados al jazz de Chicago. Incluso de espaldas al escenario, ella podía asegurar que Louis se estaba abandonando en el punto más alto de su chorus: nadie en la tierra podía tocar notas do más altas de una tacada.

Por fin consiguieron sus copas y se dieron la vuelta para mirar a la banda. Louis estaba en mitad de su solo mientras la gente o bien estaba bailando enloquecidamente o bien permanecía quieta como hechizada escuchando con asombro cómo salía cada nota, perfectamente clara, lo mismo que su tono, su compás, su relación con las notas que la acompañaban. Y mientras escuchaba el solo, que cambiaba con el ritmo como una piedra pulida, Ida se fijó en que las frases se hacían más rápidas y más complejas, cada una subiendo más alto que la anterior, hasta llegar a un *crescendo* que explotó con la fuerza de una tormenta.

La multitud gritó y latió con energía. Louis sonrió, hizo una reverencia y dio un paso atrás; el blanco se adelantó y se llevó una corneta a los labios, y a Ida le dio pena: ¿cómo coño iba a ser capaz de seguir uno de los solos de Louis?

—¿Quién es ese de ahí? —preguntó a un chico que estaba a su lado con los ojos fijos en el escenario.

—Ese es Bix —dijo—. Bix Beiderbecke. —Y la sonrió; ella le devolvió la sonrisa, volvió a mirar el escenario y al fin reconoció a la banda de blancos: la orquesta de Paul Whiteman. Entonces Beiderbecke empezó su solo, lentamente, avanzando contra el ritmo, luego volviendo a recuperarlo, y mientras Ida escuchaba se dio cuenta de que no estaba intentando superar a Louis, sencillamente buscaba su propio estilo, y cuando lo encontró, la multitud se contagió, y las notas llegaron más rápidas, saliendo como a saltitos de la corneta, claras y con garra, desarrollándose hasta un final con una cascada serena de precisión.

El público gritó entusiasmado una vez más y los metales ascendieron uno sobre otro y explotaron en un *chorus*, y la canción llegó al final como un muro de sonido. Una gran energía recorrió el local e Ida pensó en algo que le había dicho Louis una vez: que el jazz había nacido de los huracanes de Nueva Orleans y que grupos de sureños desharrapados habían traído esos huracanes al norte ocultos en las válvulas de las trompetas y las almas de los contrabajos, y cuando los tocaban liberaban esas tormentas, dando rienda suelta a toda aquella energía solo con el toque de los labios en la boquilla, el roce de los dedos en las teclas, el pellizco en las cuerdas.

Tal vez por eso Louis se arriesgaba a tocar con aquellos músicos; compartían unos con otros sus técnicas —los tonos del pedal, o los semitonos, o las variaciones con los labios—, que se añadían a la energía que, como ella podía apreciar, recorría el

local y se advertía en las sonrisas de la gente y los movimientos de sus cuerpos, y aquella energía era más importante que las normas sociales, que la raza, que la separación, que ser detenido.

En el escenario Louis y Bix hicieron una reverencia. Bix fue a buscar una copa y Louis encendió un petardo y se lo pasó a sus compañeros de banda. Luego Whiteman consultó con Earl, que estaba al piano, y los dos asintieron y se lanzaron a interpretar *Basin Street Blues*, un blues lento, estrepitoso de Nueva Orleans. Solo en esas actuaciones a horas muy avanzadas las bandas tocaban con estilo sureño, cortante y lo bastante lento para conseguir que sus instrumentos gimieran y se quejaran, para que se deslizaran y soltaran murmullos melismáticos.

La gente se puso a bailar una vez más, ahora de modo más lento; las parejas se abrazaban, con los torsos más juntos y acercándose más al suelo. Louis subió a la parte delantera del escenario para cantar la letra y entonces localizó a Ida y una sonrisa se le dibujó en la cara.

*Un viaje a la tierra de los sueños haremos,
cruzando el río a Nueva Orleans llegaremos.*

La masa de cuerpos se separó durante un instante, e Ida pudo ver las mesas dispuestas delante de la pista de baile, las primeras sillas, donde estaba sentado un grupo de hombres que reconoció: Al Capone, Frank Nitti, Jack McGurn «El ametralladora», y una docena de otros parásitos, y novias y amantes escasamente vestidas, todos en una mesa sembrada de botellas de whisky y ceniceros en erupción por las colillas de los puros. Estaban mirando el escenario y bromeaban entre sí, con los brazos echados por encima de las sillas, las corbatas aflojadas. Y entre ellos estaba un hombre con un bigote espeso: el hombre que los había seguido a ella y Michael aquella tarde dentro del sedán gris.

*La banda allí está esperándonos,
viejos amigos saludándonos.*

Ida le miró fijamente, conmocionada, esperando estar equivocada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jacob cuando se dio cuenta de que Ida se había distraído por algo.

—Ese hombre de la mesa de Capone —dijo Ida—. Era el que nos seguía esta tarde.

—¿Qué hombre?

Ella se lo señaló a Jacob, que se dio la vuelta para mirar al hombre.

—Le conozco. Se llama Sacco. Hace unos meses yo estaba en la comisaría del Segundo Distrito cuando a él lo metieron a rastras y montando un lío tremendo.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho. Solo que es el encargado de uno de los grupos que distribuyen alcohol de la Organización.

Mientras Jacob hablaba, se volvió a producir una separación entre la gente, y por ella Sacco les vio, y durante un instante él e Ida se miraron y el tiempo pareció hacerse más lento.

*Allí es donde los tipos oscuros aman.
Un cielo en la tierra, Basin Street lo llaman.*

Entonces la gente volvió a juntarse e Ida y Jacob se miraron uno al otro, y cuando se abrió de nuevo un hueco, Sacco estaba de pie, se despedía de sus amigos y se dirigía hacia la salida. Le vieron aparecer y desaparecer entre la gente y luego salió por la puerta principal y se esfumó.

*Ahora estás feliz conmigo,
allá junto al Mississippi amigo.*

Jacob se volvió para mirar a Ida con una expresión preocupada en la cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Claro. Estoy perfectamente.

—A lo mejor quieres volver a casa.

*Un viaje a la tierra de los sueños haremos,
cruzando el río allá a Nueva Orleans llegaremos.*

—No. Me encuentro bien —dijo Ida, moviendo la cabeza. Pensó una vez más en huracanes y tormentas, y se dio cuenta de que ella era hija de todo aquello, y no tenía nada que temer. Sonrió, condujo a Jacob a la pista de baile y se balancearon al ritmo de la música y de la energía que estaba invadiendo el local igual que lluvia.

DANTE SE PUSO UNA ropa oscura que pasara desapercibida y en compañía del perro salió del hotel y saltó dentro del Blackhawk. Fuera estaba diluviando, justo el tiempo menos apropiado para su viaje al albergue de carretera de Millersville. Condujo por las vacías calles bañadas por la lluvia de la Costa Dorada durante alrededor de un cuarto de hora, esperando despistar a cualquiera que le estuviese siguiendo, y luego se dirigió hacia el norte de la ciudad, por el Cinturón de Bungalós de casas prefabricadas Bennett y por el anillo de fundiciones y acerías que enlazaban con la zona de las afueras.

Unas tres horas de coche después llegaron a Millersville, un lugar insignificante delante del lago donde la única señal de vida era la estación de servicio al final del pueblo. Dante se detuvo para repostar y preguntar al empleado si había algún sitio por allí cerca donde pudiera tomar una copa; el hombre suspiró y dijo que había un restaurante de carretera a unos tres kilómetros y le explicó cómo llegar.

Dante continuó conduciendo y al cabo de unos minutos dobló a la derecha por un camino de grava que bajaba hacia el lago y ofrecía una perspectiva a vista de pájaro del agua, que se extendía hasta el horizonte. A cada lado del camino había un espeso bosque de pinos de los que goteaba la lluvia, entre los que pudo ver brillar unas luces. Dobló una curva y el restaurante de carretera quedó a la vista: una construcción alargada de un solo piso, achaparrada y de madera, coronada por un techo de tablillas. Había un espacio despejado delante donde estaban aparcados docenas de coches, iluminados por los focos de unos postes. Entre los sedanes y cupés, había camiones y furgonetas, un antiguo tractor y coches preparados para ir muy rápido con la suspensión elevada: coches superpotentes que usaban los contrabandistas de licor para recorrer senderos y caminos del condado bloqueados.

Dante aparcó lo más cerca del camino que pudo, no sin antes dar la vuelta al coche y dejarlo dispuesto para salir a toda marcha de allí si tenía que hacerlo. Se guardó la Colt y el silenciador en el bolsillo, se expuso a la lluvia y el pie se le hundió en el barro del aparcamiento. Cuando levantaba el pie del lodazal, el perro saltó entre los asientos y desapareció en la oscuridad, y Dante maldijo su suerte. A pesar de la lluvia, dejó una ventanilla a medio abrir para que el perro pudiese volver a entrar si lo necesitaba y luego se dirigió al restaurante.

Cuando se acercaba, oyó el ruido sordo de la música que salía del edificio imponiéndose al sonido del chaparrón. Había un hombre parado delante de la entrada, un hombre enorme con barba de cinco días que llevaba pantalones vaqueros y una camisa roja de leñador. Examinó rápidamente a Dante, abrió la puerta empujándola y el ruido de la diversión se derramó en la noche. Dante asintió, se limpió los pies en el saco de lona extendido delante de la puerta y entró en el local, espacioso y brillantemente iluminado.

Había gente por todas partes, hombres, chicos de las granjas cercanas, tipos mayores apiñados en mesas, chicas deportistas en busca de ligue. Había una banda en el escenario que tocaba música country, y una pista de baile delante del escenario donde bailaban parejas borrachas.

Dante se movió entre la gente examinando las caras en busca de alguien conocido. Llegó a la barra y pidió una cerveza, y mientras le daba sorbos inspeccionó el ambiente con el mayor disimulo posible, tratando de distinguir si había algo que pudiera estar relacionado con el envenenamiento de Chicago. Había pasado el día haciendo llamadas telefónicas y viendo a gente, intentando indagar lo que se sabía de aquel local. Nadie sabía nada, pero Dante estaba allí, en un sitio que parecía demasiado lejano y rústico para tener relación con un sofisticado golpe contra los políticos de Chicago, y empezaba a preguntarse si el camarero se había equivocado, si había oído mal a los que hacían la entrega cuando mencionaron el restaurante de carretera como el origen de la bebida envenenada.

Dante terminó su cerveza y pidió otra. Llegó la medianoche, pasó y vino más gente, así que el local se alborotó, la música se aceleró, el baile se hizo más frenético. Terminó la cerveza y se dirigió a los retretes exteriores del patio en la parte de atrás de la construcción. Salió al aire de la noche y correteó bajo la lluvia por una franja de barro hasta una hilera de cuatro casetas alineadas encima de una fosa séptica. Entró, se alivió y esperó a que salieran los hombres de las casetas de al lado. Entonces volvió a salir, comprobó que estaba todo despejado y paseó la vista alrededor. Justo detrás de las casetas había una cerca que corría en paralelo al propio restaurante, impidiendo la visión de lo que estaba oculto en el resto del patio. Dante se puso a andar junto a la cerca y oyó ladridos. Supuso que había perros vigilando el otro lado de la cerca y le extrañó que allí pudiera haber algo que proteger.

Se subió a la cerca, que estaba resbaladiza por el agua de lluvia, se sujetó en la parte de arriba y miró. Al otro lado había un espacio despejado, tan grande y embarrado como un campo de fútbol, que se extendía hasta una hilera de árboles a lo lejos, donde la colina descendía hacia la orilla del lago. No podía ver a los perros que vigilaban, pero más o menos en mitad del campo había un cobertizo bajo de madera donde supuso que debían de estar encerrados.

Se estiró por encima de la cerca y se dejó caer lo más silenciosamente que pudo en el espacio despejado.

A un lado había un camino que conducía a la parte delantera del edificio, y al lado de ese camino estaban aparcadas tres furgonetas. Dante se acercó a inspeccionarlas. Eran el mismo tipo de furgonetas que usaba la Organización para hacer las entregas en Chicago. Lo bastante poco llamativas hasta que uno miraba dentro y las veía llenas de cajas que extrañamente carecían de cualquier marca o etiqueta. Dante pensó en las rutas del whisky de la Organización. La mayor parte de las bebidas alcohólicas venían de Nueva York, cortesía de Frankie Yale, y había otra ruta a través de Detroit, con canoas que cruzaban el río por allí. Pero también había una tercera, una ruta

mucho más pequeña que traía bebida garantizada de los almacenes y las destilerías de Minneapolis y Milwaukee a Chicago. Esas furgonetas tenían que seguir esa ruta, desviarse para parar en este restaurante. El que estuviera a cargo de esa ruta tenía que conocer el restaurante, y en cierto modo tenía que participar.

Dante examinó las furgonetas con más cuidado, y fue entonces cuando se fijó en dónde estaban aparcadas: al final de un sendero que llevaba cuesta abajo hasta la orilla del lago. Vinieran de donde viniesen las furgonetas, lo hacían por el lago. Se agachó al lado de una furgoneta mientras sacaba la Colt del bolsillo y le ajustaba el silenciador. Este no serviría de mucho para impedir que se oyeran los disparos, pero amortiguaría el fogueo del cañón, lo que significaba que podía disparar el arma en la oscuridad de los bosques sin que su posición fuera tan evidente.

Cuando la Colt estuvo lista, se la metió en el cinturón y se dirigió hacia el lago, describiendo un amplio círculo entre los bosques. Al cabo de unos minutos llegó al otro extremo del campo, donde la espesura descendía hasta el lago. Desde donde estaba parado podía ver un camino sinuoso entre los árboles que desembocaba en una aislada bahía por debajo de él, donde, medio oculta entre la hierba de la playa, una lancha rápida estaba varada sobre los guijarros. Aquel era un buen sitio para descargar los envíos. Un barco procedente de Canadá podía fondear a una milla más o menos de distancia, y la lancha rápida hacer viajes hasta el barco para acercar el cargamento a la orilla. Pero la lancha rápida era muy pequeña; un cargamento importante de alcohol significaría trayectos de ida y vuelta al barco durante toda la noche.

Entonces ¿qué estaban trasladando a aquel lugar si no era bebida? ¿Qué era menos voluminoso que la bebida pero de tanto valor?

Y en un instante encajó todo, como si todas las pistas y los fragmentos de información que había ido recopilando desde su llegada a Chicago hubieran sido lanzados al aire y hubiesen caído al suelo en una posición perfecta. Pensó en la facilidad con la que conseguía su droga del hombre de Bronzeville; en que se trataba del mismo material que conseguía en Nueva York; en la fila de andrajosos yonquis que esperaban delante del desguace; en que la ciudad estaba empezando a inundarse de droga a pesar del desagrado que eso le producía a Capone. Pensó en lo que le había contado Red en el salón de billar sobre los cambios de la ciudad y sobre la gente que llegaba de Nueva York, y comprendió lo que significaba. Red era un traficante de heroína, sabría de primera mano lo que estaba pasando.

Dante volvió a pensar en sus contactos en Nueva York, en las rutas que habían establecido para introducir el material en el país, desde Turquía hasta Marsella, Canadá, Nueva York. Pero ahora alguien había empezado a trasladarlo también desde Canadá hasta Chicago. En contra de los deseos de Capone. Lo traían en barco, lo descargaban en aquel restaurante, lo trasladaban por carretera a la ciudad en unas horas y se distribuía allí por medio de una red que ya estaba bien establecida. Y esa era la gran ironía: lo hacían en las furgonetas del propio Capone, unas furgonetas a

las que la policía sabía que no debía poner obstáculos.

Eso explicaba el envenenamiento. Alguien estaba intentando quitar a Capone del medio. Él era el gran obstáculo para consolidar la distribución de la heroína en la ciudad. El que estuviera a cargo del transporte del whisky de Al que llegaba por el norte era el traidor. Dante solo necesitaba volver a Chicago para hacer una llamada telefónica y todo quedaría resuelto. Algo sencillo si no fuera porque ponía en peligro a Dante. Era la misma droga franco-turca que él conseguía y la misma ruta a través de Canadá; lo que significaba que los que estaban detrás eran los hombres con los que estaba asociado en Nueva York.

Sus amigos.

Le invadió un vacío helador, una sensación de soledad más que de traición. No sentía ansiedad ante la revelación de que tenía menos amigos de lo que suponía, y más enemigos. Se sentía estúpido. Pero suponía que la ansiedad no tardaría en llegar.

Cuando se dirigía de vuelta al coche, oyó un ruido y vio la luz de una linterna que atravesaba el bosque. Se agachó todo lo que pudo y examinó el entorno. Vio al hombre con la camisa de leñador que estaba en la entrada junto a otro hombre examinando las furgonetas del patio, mirando las pisadas marcadas en el barro. Dante se maldijo por ser descuidado, y se arrastró a cuatro patas entre los árboles. Entonces oyó un ruido delante de él. Ladridos. Habían puesto a los perros en su busca y por el sonido los perros habían localizado su olor.

Se dio la vuelta y echó a correr, viendo la luz de la linterna y unas formas negras que saltaban hacia él. La pendiente hizo que rodillas y muslos le dolieran y que se quedase sin respiración, pero los hombres se acercaban y los ladridos eran más fuertes. Cuando se volvió para comprobar dónde estaban, tropezó con la raíz de un árbol y un agudo dolor le desgarró el tobillo, y ya luego solo fue consciente de que estaba en el suelo y la tierra embarrada le golpeaba un lado de la cara.

Se giró y vio a los dos hombres, que cruzaban la línea de árboles y se detenían. El de la camisa de leñador sujetaba dos correas, de cuyos extremos tiraban dos dóberman, negros y delgados, todo músculos, uñas y dientes. El otro hombre era mayor, llevaba puesto un Stetson y un traje de verano gris claro; tenía una escopeta en una mano y una linterna en la otra. Miró fríamente a Dante un momento y luego dirigió el rayo de luz a la cara de este, cegándole.

—¡Quietos! —gritó el hombre de la camisa de leñador—. ¡Quietos!

Y los dos perros interrumpieron sus ladridos, se sentaron sobre sus patas traseras y jadearon. Los dos hombres clavaron la vista en Dante, y en la silueta del mundo este oyó la lluvia y la lejana música country desgarrando la noche.

—Deje caer al arma o soltaremos a los perros —dijo el hombre mayor.

Dante frunció el ceño y vio que aún tenía la Colt en la mano. No recordaba haberla sacado del cinturón. Si tiraba el arma, era hombre muerto. Sería torturado hasta que les contara lo que sabía y luego le pegarían un tiro y le enterrarían en el bosque, o dejarían que se lo comieran los perros. Pero si no la tiraba, los perros le

harían pedazos, y lo mismo haría la escopeta. Era indudable que no podría escapar de ellos con el tobillo herido.

—No lo voy a decir dos veces —dijo el hombre.

Dante no se movió y el hombre soltó un suspiro, se volvió hacia su compañero y asintió; el compañero se dispuso a soltar la cadena de los dóberman y al hacerlo los perros se pusieron a ladrar y gruñir y tirar de sus correas, derribando casi al hombre con su fuerza. Dante miró a los perros, dos proyectiles musculosos.

Y entonces llegó un ruido procedente de los árboles y el hombre con la linterna se dio la vuelta y una forma le saltó encima. Era el perro de Dante, pero en cierto modo cambiado; era feroz, todo dientes y garras, el perro de pelea que había visto aquella primera noche en la playa. Saltó y hundió sus dientes en el puño del leñador. Dante disparó un tiro al hombre del traje, se produjo un fogonazo delante de él, y el hombre hizo un giro y cayó, mientras el rayo de la linterna hacía piruetas en la oscuridad y se golpeaba contra la maleza.

Dante disparó otra vez, alcanzó al segundo hombre, y entonces los dóberman quedaron libres. Los apuntó y vació el tambor. Pero era demasiado tarde. En el trozo de suelo iluminado por la linterna caída vio que los dos dóberman ya habían destrozado a su perro. Con una sensación de escalofrío, sabiendo que no podía hacer nada, apoyó su peso en el tobillo y corrió todo lo que pudo entre el bosque embarrado.

Llegó al restaurante, corriendo por el lateral, y rezó porque no hubieran rajado los neumáticos del Blackhawk o lo hubieran dejado inservible de algún otro modo. Llegó a él, buscó las llaves en el bolsillo, las introdujo, pisó el acelerador, se lanzó por la carretera cercana y se marchó de aquel infierno.

Cuando viró para tomar la carretera principal y volver a Chicago, le invadió una sensación de nerviosismo mezclada con una de seguridad y los efectos posteriores de la conmoción producida por el miedo. Y solo entonces se dio cuenta de que el volante estaba pegajoso de sangre. Se miró las manos y el brazo y vio que la manga le goteaba con la sangre que le salía por un agujero de la parte superior del brazo.

Se detuvo a un lado de la carretera, se quitó la chaqueta y el dolor repentinamente se hizo espantoso. Se enrolló la manga de la camisa y se examinó el brazo, pero no pudo ver nítidamente la herida de la escopeta debido a la sangre y la carne desgarrada. Intentó pensar a qué podía recurrir para hacerse un torniquete. Se quitó la camisa, le arrancó una manga y, después de doblarla unas cuantas veces, se las arregló para atársela encima de la herida; la sangre empezó a salir más despacio. Luego buscó en su chaqueta la caja metálica con su aguja y la droga, consiguió pincharse a pesar del temblor de sus manos y al cabo de unos momentos el intenso dolor del brazo había desaparecido, así que se tomó un momento para respirar.

El cóctel de la droga mezclada con su adrenalina se impuso en su interior, acompañado de un torrente de emoción que le hizo derrumbarse encima del volante y por primera vez en años llorar, aunque se sintió avergonzado por hacerlo.

No estaba seguro de cuánto tiempo pasó, si se movía deprisa o despacio; pareció entrar en un estado intemporal, con la tristeza, el pánico y el alivio dominándole y, acelerándole el corazón, con cada sollozo más doloroso que las sordas punzadas de su brazo y tobillo. Sabía que tenía que moverse o moriría desangrado, pero, aun así, el cuerpo no actuaba. Puede que quisiese quedarse donde estaba y perder el conocimiento y no volver a sentir nada nunca más.

Pero al final, aunque sin esfuerzo por su parte, las lágrimas se secaron, dejó de jadear y abrió los ojos; fue como si hubiera despertado de un sueño. La lluvia había cesado, el aire estaba fresco y limpio, y olía a los pinos del bosque. Miró la solitaria carretera bañada por la lluvia que tenía delante y vio que sobre la tierra estaba empezando un nuevo día y la luz del sol espolvoreaba el cielo tan suave y amarilla como serrín.

Y la belleza le hizo sollozar otra vez. Pero bajó el cristal de la ventanilla, apoyó su brazo herido en ella y trató de centrarse en el dolor, sabiendo que eso le mantendría en el aquí y ahora.

Luego arrancó el coche y se preguntó si conseguiría volver a Chicago antes de desmayarse.

IDA Y JACOB DESPERTARON con el frescor de la mañana, calmados, renovados, despojados de sus sueños. Desayunaron en la mesa de la cocina y cuando terminaron ella llamó a la oficina y se enteró de que el intermediario les había dejado un mensaje con la dirección del apartamento de Coulton.

Escribió los detalles en un trozo de papel y miró fijamente la dirección. Allí se encontraba el apartamento manchado de sangre en el que estuvo Gwendolyn antes de desaparecer. Ella conocía a grandes rasgos dónde estaba: una de las inhóspitas calles entre la 47 Oeste y la línea férrea Grand Trunk, parte de la hendidura con chabolas que se extendía al borde de los mataderos como una cicatriz.

Ida se sintió aliviada cuando lo miró, segura de que allí se les ofrecía una oportunidad, que el misterio estaba en aquel apartamento, que solo estaban a un paso de enterarse de lo que le había pasado a Gwendolyn.

Llamó a Michael, se pusieron de acuerdo en los detalles y salieron. Anduvieron por calles frescas que había limpiado la lluvia donde las escaleras de incendios y los rótulos callejeros todavía goteaban; el bienestar todavía dominaba el ambiente. Rodearon charcos de lodo debido a semanas de polvo veraniego, llegaron a la parada de tranvía y esperaron, alzando la vista al cielo todavía cargado de nubes, calculando las posibilidades de otra tormenta.

El tranvía los dejó cerca de la esquina de la 47 con South Loomis, a una manzana de la dirección de Coulton. Michael llegó en un coche de la Pinkerton, aparcó y se encaminaron hacia el apartamento pasando junto a los edificios de industrias y fábricas que bordeaban el otro lado de los mataderos. Una industria lucrativa de subproductos de la matanza había emergido a la sombra de los mataderos —empresas que usaban los desechos para producir cuero y jabón, betún para el calzado, goma de pegar, cuerdas de violín y perfumes—, y estas fábricas invadían la zona.

Mientras andaban hacia la dirección, sorteando los charcos y baches que llenaban la calle, Ida comprendió por qué la había elegido Coulton; toda la zona parecía abandonada, llena de viviendas vacías, y la desolación debía acentuarse al oscurecer. Imaginó lo que debió suponer para Gwen ir allí la noche que desapareció.

Cuando llegaron a la dirección, vieron que estaba en una calle deteriorada, de alquileres bajos, no mucho más que un camino embarrado que terminaba en una zona periférica con almacenes y talleres de maquinaria. A pesar de la lluvia nocturna, el aire estaba impregnado del olor de los mataderos cercanos.

Llegaron al edificio y comprobaron las puertas: cerradas con llave. Ida se agachó y miró por el ojo de la cerradura: un vestíbulo vacío, polvoriento y descuidado. Comprobaron los nombres junto al timbre, pero todos estaban emborronados. Llamaron a los apartamentos, pero no respondió nadie. Entonces Michael miró arriba y abajo la calle desierta y se encogió de hombros.

—Nadie por los alrededores —dijo—. ¿Ida?

Ella, que estaba arrodillada delante del ojo de la cerradura, sacó las ganzúas del bolsillo y se puso a trabajar en la puerta. Al cabo de unos minutos la cerradura se abrió con un clic y Michael e Ida entraron. Habían acordado que entrarían los dos y registrarían la casa mientras Jacob se quedaba vigilando. Miraron dentro de los buzones del portal: todos vacíos y cubiertos por una capa de polvo de semanas.

Subieron la escalera hasta un pasillo sin luz, llegaron a un apartamento e Ida se puso a trabajar otra vez con las ganzúas. Cuando consiguió abrir la puerta, vieron que las habitaciones eran grandes y tenían pocos muebles, con el extraño vacío de un escenario teatral. Recorrieron todas las habitaciones para comprobar que en la casa no había nadie y no había trampas a la vista, y mientras Michael hacía una última verificación en uno de los dormitorios, Ida se mantuvo de guardia junto a las ventanas del cuarto de estar.

Vio a Jacob abajo en la calle, fumando un cigarrillo bajo la llovizna que empezaba a caer. Frente a la calle se alzaba una hilera de fábricas y, pasadas estas, los mataderos. Ida nunca los había visto desde arriba, y con la nueva perspectiva pudo apreciar de verdad su inmensidad: los interminables mataderos, los canales y vías férreas, los apartaderos donde se descargaba a los animales; y más cerca, en el mismo borde, los rediles donde encerraban a los animales antes de llevarlos a las plantas donde los mataban.

Cada redil estaba hecho con cercas de madera dispuestas en cuadrados perfectos, conformando una cuadrícula que cubría centenares de hectáreas de terreno. La geometría de todo aquello estaba tan estructurada y planeada que a Ida le recordó las manzanas de casas de la ciudad.

Michael volvió al cuarto de estar, hizo un gesto de asentimiento a Ida y los dos empezaron a poner la casa patas arriba. Lo hicieron sistemáticamente, inspeccionando habitaciones y pasillos, armarios y cómodas. Pasaron las manos por encima de las lámparas, debajo de los fregaderos, la espalda de los sofás, los somieres de las camas, las costuras de los trajes colgados en los armarios. Igual que ciegos, palparon cada superficie, esculpieron cada vacío.

Ida había esperado encontrar en el apartamento algo que les sirviera, algo que les ayudara a averiguar el paradero de Coulton, o el de Severyn, alguna pista de lo que le habían hecho a Gwendolyn, o detalles de su plan para prender fuego a la ciudad.

Y sin embargo no había nada.

Cuando terminaron, se miraron encolerizados.

—Un auténtico fracaso —dijo ella.

Michael asintió con idéntico aspecto de frustración ante aquel último punto muerto.

Cuando se dirigían a la puerta de la calle, Ida entró rápidamente en el cuarto de baño para lavarse la porquería de las manos. Cuando estaba a punto de abrir el grifo, se fijó en algo del lavabo: una línea delgada de residuos que se deslizaba hacia el

desagüe. Llamó a Michael, que se acercó para mirarlo también: una especie de alquitrán pegajoso formado por negras partículas secas.

—¿Barro? —dijo él, frunciendo el ceño, e Ida pensó en la lluvia de la mañana. ¿Acababa de estar alguien allí? ¿Se les había escapado por una fracción de minuto alguien que había entrado de la calle y se había lavado el barro de las manos o las botas? Michael la miró y reemprendieron su marcha hacia la puerta; pegaron una oreja a esta, esperaron.

Silencio, excepto la lluvia de fuera.

Salieron del apartamento y vieron que la llovizna se había convertido en chaparrón, lo que había obligado a Jacob a resguardarse en el alero de una casa enfrente de la calle.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó cuando se le unieron.

Pero antes de que pudieran responderle, un hombre dobló la esquina andando con tranquilidad, un hispano de veintipocos años, e Ida pensó en la descripción que hizo el vagabundo de los dos hombres que habían tirado a la chica desde el puente. El hombre alzó la vista, vio a los tres refugiados debajo del alero, y una expresión de sorpresa asomó en su cara; se fue deteniendo, se dio la vuelta y echó a correr.

—Vosotros dos seguidle —dijo Michael—. Yo iré a por el coche.

Ida y Jacob esprintaron detrás del chico. Mientras corrían, ella oyó un coche detrás; demasiado pronto para ser Michael. El pulso se le aceleró y al darse la vuelta vio un cupé lanzado contra ellos con sus ruedas aplastando el barro. Pudo distinguir que los hombres que iban dentro asomaban unos subfusiles por las ventanillas y se dio cuenta de que habían caído en una emboscada.

Justo cuando el sonido de los disparos atravesaba el aire por detrás de ellos, se metieron en un callejón de la parte de la calle que daba a los mataderos. Pero fueron a dar a un camino sin salida: una cadena se extendía de un lado al otro del callejón por el otro extremo. Más allá de la cerca Ida vio la cuadrícula de los corrales de madera para el ganado.

—Ven —dijo Jacob. Y los dos corrieron callejón adelante y empezaron a trepar por la cerca, que estaba resbaladiza por la lluvia, rezando porque pudieran llegar a tiempo al otro lado. Ida oyó que el cupé se detenía chirriando detrás de ellos y al volverse vio a tres hombres entrando en el callejón. Ella y Jacob escalaron hasta lo más alto de la cerca y se dejaron caer dentro de los corrales para el ganado del otro lado. Cayeron encima de un lodazal de barro y estiércol, y Jacob hizo una mueca cuando el dolor le recorrió la pierna mala. Entonces las armas rugieron, haciendo que los animales mugieran y se alborotaran.

Ida hizo un gesto con la cabeza a Jacob y los dos salieron corriendo disparados, manteniéndose agachados; saltaron fuera del corral y siguieron corriendo por el camino lateral, que estaba embarrado. Detrás de ellos, los hombres estaban pulverizando el espacio con balas, y mientras Ida y Jacob corrían entre la bruma del fuego de metralleta y la neblina de la lluvia, ella echó una mirada a la sangre de

animales encerrados, a los que destrozaban mientras soltaban horribles quejidos al aire.

Llegaron al último de los corrales, se dejaron caer detrás de él y se tomaron un momento para recuperar el aliento. Delante de ellos había un espacio vacío, una tierra de nadie entre los corrales y las docenas de vías férreas y cables de telégrafo que se extendían ocupándolo todo hasta los mataderos más lejanos. En el otro lado de las vías, había algunos apartaderos, llenos de furgones y contenedores de carga, y más allá la estación, donde había gente, espacios públicos y seguridad.

Detrás de ellos los disparos se interrumpieron; al darse la vuelta, vieron que los tres hombres se habían colgado del hombro sus armas y estaban trepando la cadena de la cerca. Uno de ellos era alto y delgado, con el pelo negro peinado hacia atrás, pero desde aquella distancia Ida no podía distinguir si tenía cicatrices en el cuello o no.

—¿Cómo tienes la pierna? —preguntó a Jacob.

—Me duele la hostia, pero puedo correr si tengo que hacerlo.

—Lo que pasa es que no tenemos tiempo para correr.

—Lo sé.

O bien se quedaban donde estaban y entablaban una pelea a tiros con los hombres, en la que era seguro que perderían, o echaban a correr por el espacio abierto, y entonces los abatirían.

En ese momento una de las vacas del corral en el que estaban apoyados dio una coz a un poste, que osciló violentamente, haciendo que Jacob frunciera el ceño.

—Dispara con tu pistola un par de veces a los hombres —dijo.

—No puedo desperdiciar balas.

—Fíate de mí.

Ella frunció el ceño, sacó su Colt y la mantuvo firme en las manos; luego dio un salto, giró, distinguió a los tres hombres entre la lluvia e hizo dos disparos. Los hombres la vieron y el lugar entró en erupción otra vez con el rugido de las armas de fuego; con el sonido, el ganado se excitó todavía más.

Ida volvió a agacharse detrás de la cerca y Jacob corrió por el borde de los corrales, abriendo los cierres al pasar. El ganado salió disparado en todas direcciones. Había iniciado una estampida. Una devastación. Defensa.

Regresó, agarró a Ida de la mano y ambos empezaron a esprintar saliendo del descampado y corriendo hacia las vías del tren por el lado más alejado. Poco después estaban saltando las vías en dirección al apartadero. Llegaron al primero de los furgones y se subieron.

A salvo. Por ahora.

Recuperaron el aliento, se miraron uno al otro y luego contemplaron por los huecos del furgón la carnicería del otro lado de las vías. El ganado debía de haber destrozado otros corrales y liberado a más animales porque ahora había docenas de vacas y cerdos corriendo por el espacio, y docenas tumbados boca abajo en el suelo.

Y entre los cuerpos en movimiento pudieron ver a los hombres acercándose, escupiendo con sus armas un fuego de tono anaranjado por efecto de la intensa lluvia azul. Pronto estaban a su alcance y las balas producían un sonido metálico al chocar con el hierro de los furgones.

Entonces el tiroteo se interrumpió, y solo quedaron los lejanos quejidos y gemidos de los animales, el agudo violín del viento entre los cables del telégrafo, las gotas de lluvia golpeando el barro.

Oyeron el sonido de alguien que corría por el lado más alejado de los furgones. Entonces recorrieron la vía, mirando dentro de cada furgón por el que pasaban, cada uno de los cuales era un cubo de vacío perfecto. Hasta el cuarto, donde encontraron la fuente del ruido: un grupo de vagabundos, de hombres sin techo, que habían hecho de las viviendas rodantes de los trenes su casa, sobresaltados por el caos mientras esperaban que unieran los furgones a las locomotoras y los transportaran por el continente. Los hombres alzaron la vista entre la oscuridad que los protegía.

Entonces el mundo estalló a sus espaldas en una salva de proyectiles y el aire se llenó de la vertiginosa rabia de las armas produciendo ruidos metálicos a ambos lados de los furgones. Se agacharon y corrieron, hasta que decidieron hacerse un ovillo debajo de uno de los furgones, y se quedaron allí a oscuras mientras los disparos brotaban en el barro a su alrededor, haciendo un ruido metálico al chocar con los raíles.

Al final el tiroteo se interrumpió. Ida oyó pasos y se volvió para mirar a Jacob. Pero Jacob no estaba. Se encontraba sola debajo del furgón. El corazón se le disparó, latiéndole de miedo. Había notado la mano de Jacob en la suya mientras corrían. Ahora estaba sola sin un arma y alguien se estaba acercando.

Entonces se dio cuenta de que había dejado huellas en el barro, huellas que cualquiera con dos dedos de frente podría seguir. Se apoyó en los codos y reptó por debajo del vagón. Y entonces vio un par de botas embarradas que se acercaban, se detenían y se arrodillaban para examinar las huellas. Se fijó en los charcos de agua sobre el barro. En su superficie se reflejaban las últimas nubes del cielo, y la cara de un hombre como a dos metros de distancia de ella. Una cara larga, delgada y ojerosa, y por debajo, cicatrices en todo el cuello.

Severyn.

Solo con que mirase debajo del furgón la encontraría. Entonces, extrañamente, Severyn alzó la vista y sonrió con tanta dureza como el mármol blanco. Se quedó de pie y se volvió en la otra dirección, pero Ida no podía ver lo que pasaba.

—Fuera —dijo, pronunciando la orden con aquel susurro del que tanto había oído hablar, ronco y cortante, como filtrado por un cristal roto. Luego oyó pasos, un solo estampido de arma de fuego y a alguien derrumbándose en el barro delante de ella, a solo unos centímetros de su cara, y se dio cuenta con una espeluznante sensación de que era Jacob.

La realidad se impuso y a Ida le dio un vuelco el corazón y le entraron ganas de

gritar. Jacob se volvió para mirarla, y sonrió, pero ella vio que ya estaba delirando; la sangre le brotaba por un agujero del pecho. Tosió sangre y se estremeció y entonces una segunda ráfaga de disparos reventó el aire justo al lado de ella, que cerró los ojos. Y cuando los abrió, supo que Jacob nunca más volvería a moverse.

Su mundo se desgarró y sintió pinchazos de miedo recorriéndole la columna vertebral, y luego una ira diabólica se apoderó de ella. Salió a rastras rápidamente por el otro lado del vagón, volvió andando a su rincón, levantó el arma, respiró a fondo y corrió dispuesta a matar de un tiro a Severyn.

Pero ya no estaba; el espacio estaba vacío salvo por el cuerpo de Jacob. El corazón se le encogió y tuvo que obligarse a no bajar la vista hacia él. Pero no lo pudo evitar y entonces volvió a soliviantarse. Miró alrededor y vio como una docena de furgones a los que arrastraban hasta la estación, protestando y chirriando, moviéndose con tanta lentitud como una manada de elefantes. Anduvo hacia ellos con las manos tensas mientras sujetaba la Colt, con los brazos estirados y los músculos tirantes para mantener el arma lo más lejos posible del corazón.

Al paso del convoy se percató de que durante medio segundo se abría un hueco entre el final de un furgón y el comienzo del siguiente, una abertura por la que podía ver lo que había al otro lado de las vías. Pasado el quinto vagón distinguió en la fugaz abertura a uno de los hombres. Estaba de espaldas a ella, pero supo que no era Severyn.

Tenía un par de segundos hasta que se abriese otro hueco. Amartilló el arma. Apareció el hueco. Ahora el hombre estaba de cara a ella. Le disparó instintivamente dos veces en la frente. La apertura se cerró. Pasó un furgón. La apertura reapareció. Un cielo vacío. Luego otro furgón. Luego la manada de mamuts oxidados había desaparecido desplazándose hacia la estación y allí estaba el hombre muerto caído al otro lado de las vías.

Ida se acercó a él y le quitó el subfusil que aún tenía agarrado. Lo notó mucho más pesado en la mano en contraste con su pequeño 45. Comprobó que el arma funcionaba, tenía balas en el tambor y estaba listo para disparar. Guardó la Colt en la pistolera y durante un momento examinó al hombre que había matado.

Luego se encaminó a los montones de carga, apoyó la espalda en uno de ellos y miró alrededor en busca de señales de movimiento. Oyó el sonido de sirenas a lo lejos, más cerca, a los animales, la lluvia. Y luego pasos.

Siguió el sonido con la mirada y vio a Severyn, en mitad del descampado, dirigiéndose de vuelta hacia los corrales. Hizo una mueca, apretó el gatillo y el subfusil adquirió vida; y el retroceso la mandó de espaldas contra las cajas, mientras las balas volaban enloquecidas. Soltó el dedo del gatillo e iba a echarse a correr detrás de él cuando oyó una voz.

—Suelte el arma.

Ida se volvió y vio al tercer hombre entre el laberinto de montones de carga que tenía detrás. La había localizado por el sonido del arma, por su estupidez al indicar su

posición. Era un hombre alto, con una barba oscura cuidadosamente recortada, que llevaba traje, pajarita y pesadas botas.

—Suelte el arma —repitió él de modo terminante.

Se sintió abatida y tiró el subfusil al suelo, dejando que se hundiera en el barro. Él soltó una risita que dejó a la vista unos dientes amarillos, uno de los cuales estaba partido por la mitad, con el borde rugoso por donde se había roto manchado de nicotina. Se colgó el subfusil al hombro y cerró un ojo, y las arrugas surcaron el lado de su cara. A Ida el corazón casi le salía del pecho y a lo lejos oyó el mugido de una vaca.

Entonces brotaron en la frente del hombre dos rosas rojas, se oyó ruido de disparos y con expresión de sorpresa el hombre cayó hacia atrás, apretó el gatillo y una ráfaga de balas formó un arco en el aire y resonó en el montón de carga que Ida tenía al lado. Luego las balas se agotaron, la lluvia cayó sobre el ardiente cañón del arma, convirtiendo al instante las gotas en vapor, y volutas de humo se alzaron en el aire.

Ida se dio la vuelta y vio a Michael de pie detrás de ella, paralizado, azotado por la lluvia, con los brazos todavía levantados, su Colt todavía apuntando al hombre al que había disparado. Michael la miró e Ida miró al muerto; la sangre le corría desde la frente hasta su boca abierta, sobre aquellos dientes amarillos. Luego Ida se puso a llorar en el pecho de Michael, que la tenía abrazada, y se quedaron así hasta que llegó la policía. Y cuando al fin ella abrió los ojos, lo que vio fue el espacio por encima del hombro de Michael, el espacio donde había desaparecido Severyn, el campo embarrado donde yacían cadáveres de animales de cuyas desparramadas entrañas emanaba vapor, los corrales vacíos, la enorme ciudad detrás de ellos, los edificios pálidos por la neblina de la lluvia.

Intentó hacer acopio de fuerza para centrarse en lo que veía y no en la imagen del interior de su cabeza, con Jacob caído muerto en el barro. Pero no lo consiguió y su sensación de pérdida aumentó, lo que le hizo sollozar todavía más.

SÉPTIMA PARTE

IMPROVISACIÓN

«Por primera vez se instruyó a varios grupos del cuerpo de inspectores sobre el funcionamiento del subfusil automático Thompson. Esa instrucción incluía el conocimiento del arma; el montaje y desmontaje, transporte y manejo del arma, además de cómo dispararla».

INFORMACIÓN ANUAL DEL DEPARTAMENTO
DE POLICÍA DE LA CIUDAD DE CHICAGO, 1928

MICHAEL, SENTADO EN LA sala de interrogatorios de la comisaría del Distrito 18, cogió el teléfono y marcó.

—Hospital Provident. Dígame.

—Oiga, señora, quisiera hablar con la enfermera Annette Talbot, por favor. Es enfermera de la unidad de quemados.

—¿Quién la llama?

—Soy su marido.

—Un momento, le pasaré con esa unidad.

Mientras Michael esperaba, el silencio solo lo disturbaba el tictac del reloj de la pared. Se dio la vuelta para mirarlo: las cinco y cuarto de la tarde. Solo habían pasado unas horas desde el tiroteo, pero a él le parecía toda una vida.

—Unidad de quemados. Dígame.

—Oiga, señora. Me llamo Michael Talbot. Quisiera hablar con mi mujer Annette, si hace el favor. Es enfermera de esa unidad.

—Lo siento, señor, esta línea no es para llamadas al personal.

—Lo entiendo, señora, pero se ha producido una emergencia familiar. Tengo que hablar urgentemente con ella.

Hubo un silencio del otro lado de la línea mientras la mujer tomaba una decisión.

—Un momento, por favor —dijo finalmente—. Ahora no está en la unidad. Tendré que ir a buscarla.

Michael oyó que al otro lado de la línea dejaban el teléfono, luego pisadas en el suelo que iban atenuándose al alejarse y unos segundos después unos pasos cada vez más audibles.

—Michael —dijo Annette, y su voz susurraba por el teléfono—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Todo está bien... Lo siento de verdad, pero... Vas a tener que marcharte.

—¿De la ciudad?

—Sí.

Hubo un silencio. Ella sabía lo que eso significaba. Ya lo habían tenido que hacer una vez, tres años antes. Desde entonces siempre estaban preparados: había dinero escondido en casa, y en el banco; había bolsas con ropa en casa de una de las amigas de Annette, había otra amiga en Detroit que tenía una pensión; ya tenían excusas preparadas para su ausencia. Annette tuvo la delicadeza de no preguntarle a Michael de qué peligro se trataba, pero él era consciente de que cuando volvieran a verse discutirían, y ya se sentía muy mal debido a eso.

—¿Tiene que ver con esa chica rica?

—Sí.

—Entiendo —dijo ella—. ¿Detroit?

—Sí. Saca a los niños del colegio ahora mismo.

—¿Es seguro que vaya a casa antes de marcharnos?

—Mejor que no.

Silencio.

—¿Mejor que no? —repitió ella.

—Siento que tengas que pasar por esto —dijo Michael sin alzar la voz, preguntándose qué clase de hombres asediarían así a su familia. Y más de una vez—. Te llamaré esta noche cuando estés instalada —añadió.

—De acuerdo.

—Annette, esta será la última vez. Te lo prometo.

Pero ella colgó el teléfono y cortó la comunicación.

Michael se frotó las sienes y se quedó pensativo. Imaginó a Annette yendo al colegio y diciéndoles a los niños que tenían que marcharse, los imaginó corriendo por un andén para coger un tren. Luego la imagen de Ida acudió a su mente. Después del tiroteo la había conducido tras el cordón policial, estuvo sentado con ella durante el interrogatorio inicial y luego la llevó en coche a la comisaría. Ella se mantuvo todo el tiempo callada, como al margen de todo, conmocionada, con la manta que le habían dado echada por encima de los hombros. Hicieron su declaración por separado, y luego Michael pidió que le dejaran usar el teléfono, y lo habían traído a la habitación donde estaba ahora.

Escuchó el tictac del reloj una vez más e hizo otra llamada, esta a la Pinkerton. Explicó lo que había pasado, dónde estaba, y dijo que necesitaba un coche y una casa segura. Una vez arreglado eso, se dio la vuelta, salió al pasillo y se sorprendió al ver a Walker, su amigo de la Fiscalía del Estado, parado allí. Michael no lo había visto desde el partido de béisbol y por algún motivo le resultó inquietante su reaparición en la comisaría. Walker estaba hablando con dos inspectores, y debía de haber notado que Michael le miraba fijamente porque se dio la vuelta hacia él, interrumpió la conversación de inmediato y se le acercó.

—Acabo de leer tu informe como testigo y el de Ida —dijo, señalando los documentos que tenía en las manos—. Lo siento, Michael.

—¿Puedo echarle una ojeada al de Ida?

Walker pasó uno de los documentos a Michael. Solo al examinarlo fue consciente de todo el horror de lo sucedido en los mataderos. Severyn había disparado contra Jacob justo delante de Ida, a solo unos centímetros de su cara. No era extraño que estuviese tan obsesivamente encerrada en sí misma.

Lo leyó una vez más. Puede que Ida estuviese conmocionada, pero los datos que había proporcionado eran lo más imprecisos posible: la dirección, las descripciones de las personas que intervinieron, el motivo por el que ellos estaban allí, sus sospechosos. Los inspectores debieron darse cuenta de que estaban intentando despistarlos, pero probablemente se contuvieron hasta que hablaron con los mandos de la Pinkerton y averiguaron lo que estaba pasando. Y cuando los jefes de Michael se enteraron de que habían estado investigando el caso Van Haren en contra de sus

órdenes, los suspendieron y luego los echaron.

—¿Han sido identificados los dos pistoleros muertos? —preguntó.

—Uno de ellos —dijo Walker.

—¿Puedo echar una ojeada a sus expedientes?

Walker asintió.

—Pero aquí no. Hay una sala para interrogatorios arriba. La 47. Dame cinco minutos.

Michael asintió y se dirigió a la escalera, deteniéndose junto a los servicios al pasar. Entró y se echó agua en la cara. Se miró en el espejo, pasando la mirada por las marcas, las arrugas y las bolsas debajo de sus ojos enrojecidos; la pasó por los negros vacíos de sus pupilas; pasó la mirada por todo hasta que se percató de que la tenía clavada en la nada, y un vacío escalofriante le inundó. Y en ese vacío se materializó la imagen del hombre al que había mandado al abismo unas horas antes, y no estuvo seguro de si era el quinto o sexto hombre que había matado, y sintió un tremendo desasosiego por no tener la decencia de recordarlos a todos.

Luego otro sentimiento más intenso: culpabilidad por haber puesto en peligro a su familia. Debería haberlo visto venir, debería haber previsto el riesgo. Pero no lo hizo. Se prometió que, pasara lo que pasase, dejaría la Pinkerton. Abandonaría el caso, y lo dejaría así. Buscaría un modo de ganarse la vida menos peligroso.

WALKER YA ESTABA EN la sala 47 cuando llegó Michael. Tenía los expedientes encima de la mesa, dos vasos de plástico con un café espantoso y una expresión de preocupación en la cara.

—Antes de que te los dé, quiero que me cuentes qué pasó —dijo Walker—. No lo que consta en tu declaración... La verdad de todo esto.

Michael decidió confiar en el hombre y se lo contó todo, no como una excusa para cubrir el expediente, sino porque necesitaba hablar a alguien de aquello. Mientras hablaba, Walker escuchaba y asentía, y al final soltó ruidosamente aire entre los dientes.

—Es un auténtico embrollo.

—Sí, lo es.

—Y puede que esté más embrollado de lo que crees. Las armas que tenían los que dispararon... eran de la policía. Eso va a complicar las cosas. —Michael se quedó pensando y asintió—. Entonces será mejor empezar —siguió Walker—. A uno de los que dispararon todavía no lo hemos identificado. Los inspectores están mandando sus datos al Servicio de Identificación por si acaso es alguien de fuera de la ciudad.

Walker agarró una de las carpetas y la abrió.

—El otro era Abraham Roth —dijo, pasándole el expediente a Michael. Michael examinó la fotografía policial sujeta con un clip en la parte de arriba—. Era el hombre al que disparó Ida. Un sicario de poca monta. Peleas sin importancia durante

su adolescencia hasta que fue detenido en un bar de homosexuales hace unos cuantos años, y después de eso se mantuvo callado.

Michael frunció el ceño, hojeó las páginas del informe y volvió a mirar la foto. Era joven, de veintipocos años, con la boca retorcida siniestramente. Y algo más raro: maquillaje, rímel, en su mayor parte eliminados antes de que le sacaran la foto, pero todavía lo bastante evidentes para hacerle parecer extrañamente andrógino. Michael comparó la fecha estampada en la foto con la fecha en que lo detuvieron en el bar de homosexuales y constató que era la misma.

Volvió a pensar en la emboscada. El chico hispano caminando por un extremo de la calle, el coche llegando por el otro. Luego recordó la historia que le había contado Ida acerca de que a Coulton hijo lo habían detenido en una redada en un bar de homosexuales unos años atrás. Podía ser una coincidencia que a uno de los que dispararon le condenaran por lo mismo, o puede que eso fuera lo que los relacionaba.

—Esa redada de hace unos años en el bar... —dijo Michael—. ¿Puedes conseguirme una lista de todas las personas detenidas allí? Creo que el chico hispano fue una de ellas. Podemos conseguir el nombre del chico y quizá una dirección y algunos compinches.

—Claro —dijo Walker—. Dame una hora.

Los dos dejaron la sala y Michael fue en busca de Ida. La encontró en el centro de detención con aspecto de estar todavía traumatizada, sentada con una policía. Michael no soportaba ver a su protegida tan conmocionada, sujetando una manta. Había algo infantil en el gesto, algo impropio de Ida.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, sentándose al lado de ella, que se encogió de hombros—. He conseguido una casa segura.

—Gracias.

—He mirado el expediente de uno de los que dispararon. Creo que tiene que ver con el chico mexicano.

Ella asintió, desinteresada.

—¿Has puesto a salvo a Annette y los chicos? —preguntó, y Michael asintió. En algún momento tendría que contarle a Ida los detalles de la promesa que le había hecho a Annette, que había decidido que, aunque se las arreglasen para salir de todo aquello sin perder su trabajo, él de todos modos iba a dejarlo.

La puerta se abrió y entró un policía de uniforme joven, contento y sonriente... todo lo que ellos no querían tener cerca.

—Hay un coche fuera —dijo—. Un conductor de la Pinkerton.

Fueron en el coche a la casa segura en completo silencio, los dos mirando de modo ausente por las ventanillas. Cuando llegaron, Michael vio que era bastante decente para lo que acostumbraba la Pinkerton: un apartamento sin ascensor de dos habitaciones en un tercer piso de una casa de piedra gris. Dentro del apartamento estaban apostados dos hombres, y otras dos fuera.

Ida se instaló en el sofá y no dijo nada.

—¿Quieres que llame a alguien para que esté contigo? —preguntó Michael.

Ida negó con la cabeza.

—Voy a salir y seguir esas pistas —dijo él. Ella asintió y Michael la dejó allí, sintiéndose culpable por lo que le había pasado, culpable por dejarla, culpable porque ella no pudiese seguir de momento la investigación, y preocupado porque tal vez ya nunca podría.

Salió a la calle e hizo un gesto con la cabeza a los dos de la Pinkerton aparcados enfrente. Ida estaba a salvo. La mujer y los hijos de Michael estaban abandonando la ciudad. Era el momento de volver al trabajo.

ENCONTRÓ UN BAR E hizo una llamada a un armero que conocía; luego volvió en coche a la comisaría y la recorrió rápidamente hasta que localizó a Walker y los dos hombres encontraron una habitación para hablar tranquilos. Walker tenía en la mano el expediente de un mexicano que se llamaba Arturo Vargas.

—Busqué entre todos los nombres de esa redada. Este era el único que coincidía —dijo, pasándole a Michael el expediente. Michael lo cogió y al abrirlo reconoció la cara de Arturo Vargas como la del chico furtivo de la emboscada, probablemente el que había ayudado a Severyn a tirar el cuerpo de la bailarina desde el puente. Comprobó el expediente. Un chapero con un historial de delitos por prostitución y de detenciones en bares y burdeles. Michael anotó la dirección de su casa, sus compinches conocidos. La dirección ya no sería la misma dado el tiempo que había pasado, pero era un punto bastante bueno para empezar.

—¿Puedes conseguirme alguna información de esos compinches conocidos? —dijo Michael.

—Ya lo he hecho —dijo Walker, y le entregó una lista de nombres y direcciones.

—Gracias. ¿Está la policía al tanto?

Walker negó con la cabeza.

—No mientras yo tenga los expedientes. Además, están muy ocupados haciendo un control de daños de las armas procedentes de la policía, intentando descubrir a quién echarle la culpa de todo.

—¿Cuánto puedes mantener ocultas estas pruebas?

—¿Cuánto tiempo quieres?

Michael pensó.

—¿Veinticuatro horas?

Walker sonrió.

—Veré lo que puedo hacer.

LA CASA DE MICHAEL estaba a oscuras cuando llegó: a oscuras, vacía, sin vida, con su familia en el *Wolverine* camino de Detroit. Entró en la cocina, encontró el escondite

debajo del fregadero y sacó el fajo de billetes guardados allí. Luego fue al cuarto de estar, se sentó en el sofá y no se molestó en encender ninguna de las luces. Prendió un cigarrillo y esperó, paseando la vista por la habitación. Era extraño estar allí solo; podía recordar la última vez que le había pasado. Pensó: ¿para qué sirve una casa sin una familia que viva en ella?

Terminó el cigarrillo, encendió otro e hizo girar la cabeza de izquierda a derecha, relajando los músculos del cuello, soltando los nudos que notaba en ellos. Notaba el cansancio en músculos y huesos, como si llevase décadas agotado.

Entonces sonó el timbre de la puerta. Se levantó y al encender las luces la luminosidad hizo que le empezasen a picar los ojos; entonces hizo pasar al armero. El hombre entró trabajosamente a la habitación con una gran saca de lona colgando del hombro. Era un hombre menudo, chino, perfectamente afeitado y calvo, con un traje de algodón, pajarita azul y un clavel amarillo en la solapa. A Michael siempre le pareció uno de esos hombres que trabajaba en el teatro, o uno de los que están delante de un teatro de variedades en el paseo de la playa de Michigan City intentando convencer a la gente de que entre.

—Bonito lugar —dijo el hombre, dejando la saca en el suelo.

Michael sonrió forzosamente y asintió. El hombre abrió la saca y dejó su contenido delante de él.

—Un chaleco antibalas, una Chesterfield automática del calibre veinte, un subfusil con bocacha, dos cajas de munición y cincuenta cargadores redondos para el subfusil.

—¿Cuánto?

—Todo ello..., digamos que cuatrocientos.

Michael le entregó el dinero.

—Gracias. Bien, en el mercado hay granadas de mano, nitroglicerina, marihuana, cocaína, ¿le interesan? —preguntó, y Michael negó con la cabeza—. Está bien —dijo el hombre—. El alquiler es de setenta para la semana siguiente.

—De acuerdo —dijo Michael—. Oiga ¿ha tenido recientemente tratos con alguien de la policía sobre subfusiles?

El hombre negó con la cabeza.

—Me mantengo lejos de la policía. Demasiadas preguntas.

Cuando el hombre se hubo marchado, Michael guardó el armamento en una bolsa. Luego cerró con llave el apartamento y salió al atardecer de Chicago.

Tenía un coche, una bolsa llena de armas y una lista de personas a las que ver.

DANTE ENTRÓ RENQUEANTE EN el vestíbulo del Drake hacia el mediodía. Su chaqueta tenía el agujero de un disparo y estaba cubierta de sangre, y los pantalones y la camisa estaban manchados de barro; el pelo se le pegaba a la cara debido a la lluvia, y cojeaba de mala manera. La escena hizo que los conserjes, los botones y los clientes del bar que tomaban café o té dejaran lo que estaban haciendo y clavaran la vista en él mientras cruzaba el vestíbulo.

—Buenos días, Pete —le dijo al ascensorista. El chico le miró asombrado y puso el ascensor en marcha, y un momento después Dante estaba abriendo la puerta de su habitación y entrando en ella. Se quitó la chaqueta, se dirigió al teléfono y llamó a la línea directa del Metropole. Descolgó una voz brusca que no reconoció.

—¿Sí?

—Soy Dante. ¿Quién es?

—Soy Tony. Suenas mal. ¿Estás bien?

—Necesito un médico de confianza. Ahora.

—¿Qué ha pasado?

—Me han pegado un tiro. Lo necesito aquí ahora.

—¿Ese «aquí» es el Drake?

—Sí.

—Me pongo a ello. Dame quince minutos. Veinte, como mucho.

Dante colgó el teléfono y la cabeza le dio vueltas. Vio un paquete de cigarrillos junto al teléfono, cogió uno y lo encendió. Se desprendió de la camisa con cuidado. Luego rebuscó en su chaqueta hasta que encontró sus cosas, se preparó un pico, se lo puso y, mientras esperaba que desapareciese el dolor y llegara la ayuda, fumó el cigarrillo y miró el polvo que revoloteaba en la habitación a la luz del sol.

Debió de quedarse inconsciente porque al oír que llamaban a la puerta se recuperó y gritó que estaba abierta. Entró un hombre menudo y rechoncho que tenía en la mano un maletín negro de cuero; su expresión era severa, y su traje, gris oscuro.

—¿Es usted Dante?

—Sí, ¿y usted el médico?

—Así es —dijo el médico de confianza—. Me llamo Herschel.

La Organización contrataba a docenas de médicos de confianza, que en su mayoría practicaban legalmente la medicina, los cuales, por un precio, proporcionaban servicios urgentes sin hacer preguntas. El hombre cruzó la habitación hasta donde estaba caído Dante en el sofá y se sentó frente a él en la mesa de centro. Se ajustó en la nariz unas gafas con montura de plata y reconoció el brazo de Dante.

—¿Solo es el brazo?

—El tobillo también.

El médico miró un momento la pierna.

—Nos ocuparemos del disparo primero —dijo, sonriendo. Fue al cuarto de baño y volvió con un recipiente de agua caliente que humeaba. Extendió una toalla sobre la mesa de centro, colocó el recipiente encima y sacó sus cosas de la bolsa, disponiéndolas sobre la toalla una a una. Luego levantó otra vez el brazo de Dante y lo examinó de arriba abajo—. Normalmente sugiero una inyección de morfina antes de empezar, pero veo que usted ya se ha automedicado —añadió.

El médico limpió la herida con algodón y yodo y luego sacó unos fórceps, los esterilizó y los introdujo en la herida. Dante dio un respingo ante el intenso dolor y al cabo de un momento el médico sacó un trozo de proyectil, y luego otro, y luego otro. Cada vez que sacaba el fórceps de la herida lo abría del todo y un trozo de metal chocaba sobre el cristal de la mesa de centro.

—Bien, lo más fácil está hecho —dijo el médico, refiriéndose a la herida más grande—. Estos agujeros más pequeños van a resultar bastante más dolorosos.

Después de los veinte minutos más insoportables de la vida de Dante, el médico examinó las heridas y consideró que todos los proyectiles habían sido extraídos. Las volvió a limpiar todas con yodo, cogió algo de gasa y la sujetó con vendas.

—Por ahora está bien —dijo—, pero todavía existe gran riesgo de infección. Cambie los vendajes cada pocas horas para mantenerlos limpios y secos, y si ve cualquier señal de infección, como aumento de flujo de la herida, cambio de color, mal olor, hinchazón, rayas rojas en el brazo, fiebre, llámeme inmediatamente. —Sacó una tarjeta de visita de su bolsillo interior y la colocó sobre la mesa de centro—. Y si no contesto —continuó—, vaya directamente al hospital. No me perdonaría que perdiese su brazo porque me pille fuera atendiendo la llamada de un paciente. —Dante asintió—. Ahora déjeme mirar ese tobillo.

El médico confirmó lo que Dante ya sospechaba: un esguince importante, pero no fractura. Recomendó reposo y mantener en alto el pie unos cuantos días y bolsas de hielo para reducir la hinchazón. Luego, con otra sonrisa y un saludo con la cabeza, se marchó, dejando vendas y gasas de repuesto y yodo.

En cuanto se fue, Dante se dio la vuelta en el sofá para que su pierna mala se apoyara en el reposabrazos, descansó el brazo herido encima del pecho y se sumió en un profundo sueño febril durante el que soñó que lo perseguía por un bosque interminable, primordial, una jauría de perros infernales, y corriera adonde corriese, siempre llegaba a un barranco y tenía que enfrentarse a la elección de saltar al abismo o ser destrozado por los perros.

Un ruido de timbrazos le despertó horas más tarde y al abrir los ojos vio que la habitación estaba sumida en una completa oscuridad, iluminada únicamente por la luz de luna que entraba por la ventana. Tuvo dudas sobre si debería molestarse en levantarse a contestar, pero los timbrazos continuaron, una y otra vez, penetrantes y agudos. Levantó las piernas del reposabrazos y, cuando lo hizo, la sangre afluyó a su tobillo dañado, que le latió de dolor; pensó en llamar al servicio de habitaciones y pedir que le trajesen algo de hielo. Luego se levantó y apoyó la pierna para ver si

soportaba su peso; al hacerlo, las heridas de su brazo empezaron a dolerle mucho, y lamentó no haberse puesto el brazo en cabestrillo antes de quedarse dormido.

Anduvo a trompicones por la habitación, pero justo cuando llegaba al teléfono, este dejó de sonar. Dante maldijo su suerte, se dejó caer en la butaca que estaba al lado y miró por la ventana. Vio en el reloj del edificio de enfrente que acababan de dar las once. Llamó a recepción y pidió hielo y algo de comer —una hamburguesa con queso y patatas fritas y un par de botellas de cerveza—, y el hombre le preguntó si quería algo para el perro. Dante soltó un no ahogado y colgó el teléfono, abrumado por una sacudida de soledad.

Encendió las luces y de pronto el cuarto le pareció desconocido, como si lo estuviera viendo por primera vez, como si estuviera en la habitación de otro; pensó otra vez en su sueño y en aquel momento no consiguió comprender quién era, qué estaba haciendo allí, qué calamitosa serie de acontecimientos le habían llevado a estar medio desnudo y ensangrentado en la habitación dorada de un hotel flotando sobre una ciudad a oscuras. Conocía el significado de la palabra «epifanía» desde la infancia porque tuvo que acudir a las clases dominicales ante la insistencia de su madre —un momento de comprensión, un súbito conocimiento de sí—, y se preguntó si la palabra tendría una opuesta, si habría una palabra que definiese una súbita pérdida de conocimiento, la constatación de que uno estaba desorientado y había perdido el camino, perdido cualquier sensación de quién coño era.

Y cuando estaba luchando por entendérselas con esa sensación, el teléfono reinició sus agudos timbrazos, y se acercó a él y lo descolgó.

—¿Diga? —murmuró.

—Dante, soy Loretta. Ay, Dios santo. ¿Dónde has estado? ¿No te has enterado?

—He estado fuera de la ciudad. ¿Enterado de qué?

—Ay, Dios. Sale en el periódico. Jacob ha muerto.

A Dante se le paralizó el corazón ante la mención del nombre de su hermano, y el pozo de desesperación se hizo más grande.

—¿Jacob? —repitió.

—Sale en el periódico —volvió a decir Loretta—. Un tiroteo en los mataderos. Ay, Dios, lo siento mucho.

OCTAVA PARTE

CHORUS FINAL

«Desde hace mucho tiempo está instalada en esta ciudad de Chicago una colonia de personas desnaturalizadas, hostiles a nuestras instituciones y leyes, que han formado un supergobierno propio, que extorsionan a los ciudadanos y les hacen chantaje aterrizándoles con secuestros y asesinatos. Hay múltiples pruebas diariamente de que muchos funcionarios públicos mantienen una alianza con los bajos fondos, y sus asesinos, pistoleros, traficantes de ron y licores ilegales, sicarios, especialistas en pucherazos y rotura de urnas, y que un grupo de políticos y funcionarios públicos dirigen muchas cervecerías y están vendiendo cerveza bajo protección policial».

SOLICITUD AL CONGRESO,
ASOCIACIÓN PARA LA MEJORA DEL GOBIERNO DE
CHICAGO Y EL CONDADO DE COOK, 1926

Chicago Herald Tribune

EL MEJOR PERIÓDICO DEL MUNDO

INFORMACIÓN GENERAL

ASISTENTES AL COMBATE LLEGAN POR AIRE, TIERRA Y AGUA LOS HOTELES DEL LOOP PONEN EL CARTEL DE COMPLETO

Noticias detalladas del combate de Dempsey y Tunney
Campos de entrenamiento, etc., en la sección de deportes

Por KATHLEEN MCLAUGHLIN
(Servicio de prensa del *Chicago Tribune*)
(Foto en la página de atrás)

Jack Dempsey, que perdió el campeonato mundial de los pesos pesados bajo un intenso aguacero en Filadelfia el año pasado, intenta recuperarlo mañana por la noche en su combate contra Gene Tunney en Soldier Field, y no es exagerado decir que ese acontecimiento deportivo es el más importante que se haya visto en Chicago, y en Estados Unidos. El número de asistentes previsto es de unos 150.000, con unos ingresos estimados en 2.500.000 dólares, los más altos de la historia. Aficionados a los deportes han movilizad trenes, barcos, aviones y flotillas de automóviles para que los trajeran al combate; numerosos grupos de todo el país han alquilado sus propios trenes —más de un centenar—, y las locomotoras asistentes a la ciudad circulan con el doble y a veces el triple de su longitud (esta noche el *20th Century Limited* está previsto que salga de Nueva York con el triple de los vagones habituales). Y los aficionados al boxeo no son los únicos que organizan su propio transporte. El *Tribune* cuenta con una lancha rápida para que informadores y fotógrafos puedan evitar a las multitudes por el lago y conseguir las primeras noticias antes.

Entretanto, hombres de todo el país se han congregado en estancos, bares, vestíbulos de hoteles, esquinas de las calles y trenes para comentar el combate, y la policía ha informado de que se ha producido un marcado incremento de peleas callejeras cuando las discusiones sobre los méritos de cada púgil fueron a más. En los hoteles del Loop se han registrado miles de visitantes, con una ocupación superior a las 5.000 personas esta noche. Los taxistas se han quejado de que los recién llegados hacen más lenta la circulación.

Entre las personas que vienen a Chicago para el combate hay numerosos personajes famosos. Hasta el momento nuestros reporteros han localizado en diversos hoteles y restaurantes a Charlie Chaplin y Douglas Fairbanks, Al Jolson, Gloria Swanson, Clara Bow, Harold Lloyd, Damon Runyon, Walter Chrysler, Ty Cobb, Somerset Maugham, nueve senadores, diez gobernadores, los alcaldes de Minneapolis, St. Paul, San Francisco, Nueva Orleans, Memphis y Kansas City. Duques y condes de Inglaterra. Príncipes de África y hasta un maharajá indio.

Mientras la afluencia continúa, el promotor del combate, Tex Rickard, ha comunicado que por todo Chicago circulan entradas falsificadas, y que tres agentes secretos del servicio federal confiscaron más de 1.000 entradas falsas en estancos y salones de billar del Loop. Recomienda a los aficionados que adquieran las entradas legítimas en la taquilla de la Palmer House Arcade y en los tres despachos de entradas adicionales que se han abierto hoy en el bulevar Michigan entre las calles 10 y 11.

Con entradas falsas o no, si se alcanzan los ingresos calculados, Tunney recibirá una bolsa de un millón de dólares por el combate, la mayor que haya habido nunca. Por su parte, el aspirante Dempsey cobrará la mitad. Los dos púgiles abandonaron sus respectivos campos de entrenamiento de Fox Lake y Lincolns Fields ayer por la tarde para asistir a una rueda de prensa en el Club Atlético de Illinois, en la avenida Michigan, que congregó a multitudes y bloqueó el tráfico. En la rueda de prensa se revelaron unos cuantos detalles. Para una información completa vaya a la sección de deportes:

1) Tunney, antiguo marine, se ha comprometido a proporcionar a todos los marines incapacitados de Chicago entradas y transporte gratis para el combate.

2) Dempsey reveló más sobre su adopción por parte de la tribu de indios Pies Negros en su campo de entrenamiento a principios de este mes. Dempsey, que asegura tener sangre de los cherokee de Utah, fue bautizado Jefe del Trueno por los veintisiete guerreros y un jefe que hicieron todo el camino para la ceremonia desde su reserva en Glazier Park.

3) Cuando se les preguntó cómo pasarían el día del combate, Tunney, el campeón, de Greenwich Village, Nueva York, conocido por llevar siempre consigo un ejemplar de *Los Rubaiyat* —un libro de un antiguo poeta persa—, contestó que correría ocho kilómetros y luego pasaría la tarde leyendo manuscritos raros en la biblioteca de la casa de Fred Lundin con el novelista británico Somerset Maugham. Por su parte, el favorito de la gente, Jack Dempsey, reveló que, después de correr también ocho kilómetros, pasaría la tarde jugando una partida de cartas con miembros de la prensa y personas que le desean lo mejor.

4) El *Tribune* ha instalado 100 líneas telefónicas especiales para responder a las llamadas de los aficionados al combate que quieran noticias de última hora. Se calcula que se producirán 20.000 llamadas, y esperamos ser capaces de atender a todas las demandas.

IDA SE SENTÓ SEGURA en el borde de la silla de mimbre del cuarto de baño de la casa y miró el vestido de luto colgado de la tubería de la ducha. Desde donde estaba sentada, le dio la impresión de que el vestido flotaba por encima de ella, balanceándose con la brisa que entraba por la ventana, negro como una bandada de cuervos, más negro todavía debido a la cuadrícula de azulejos blancos que brillaba al sol detrás de él.

Aún no podía afrontar tener que ponerse el vestido, así que encendió un cigarrillo y se miró los dedos de los pies, luego la destrozada parte de abajo de su blusón y la ventana encima de la bañera, un rectángulo de brillante luz solar, una insinuación del azul del cielo. El día del entierro de Jacob debería ser lluvioso, un día gris de frío y viento. Sin embargo, el tiempo parecía bueno: cálido, soleado, sin una nube en todo el cielo. Había cierta tristeza en ello, en que los elementos se negaran a unirse a su pena.

Al no tener familia, le tocó a la policía hacer los preparativos. Puede que por eso se hubiese hecho todo tan deprisa. Con la autopsia resuelta, el entierro estaba previsto para aquella tarde, solo unos pocos días después de la muerte de Jacob. Durante ese tiempo Ida no había salido ni un momento de la casa segura, y el día y la hora se le habían echado encima.

Aquella mañana una chica del departamento de personal de la Pinkerton había venido con el vestido y un sombrero a juego. Ida pensó que el vestido no era adecuado para ella, pero aun así era un bonito detalle. Lo volvió a mirar, flotando por encima de ella, levantando ecos de muerte. Dio una última calada al cigarrillo, lo apagó echándole agua del grifo por encima y lo tiró a la papelera. Luego se puso de pie, se quitó el blusón, estiró una mano hacia arriba, quitó la muerte de donde estaba colgada y se la puso. Encontró la cremallera en la espalda, la subió y se miró en el espejo que estaba encima del lavabo. Cuántos años se había echado encima en solo unos días. Bolsas en los ojos, cara hinchada. Seguramente la cara recuperaría su tamaño una vez que hubiera soltado todas aquellas lágrimas.

No se molestó en maquillarse; el sombrero que le había traído la chica de personal tenía un velo sujeto. Ida se sentó en el borde de la silla, se subió las medias y se puso los zapatos. Esperó un momento y salió al vestíbulo.

Las dos noches que habían transcurrido desde la muerte de Jacob había tenido insomnio, y en total puede que quizá hubiera dormido un par de horas. Las imágenes y sonidos de lo que había pasado continuaban dando vueltas en su cabeza, haciendo que sollozara, girando en la inmensa oscuridad de la que provenían. No sabía si podría haberle salvado de algún modo. Elaboró listas de todas las cosas que podría haber hecho de otro modo, maldiciéndose por cada uno de los mil millones de pasos que llevaron a su muerte.

Por lo que más se maldecía fue por su decisión de cerrar los ojos en el momento

fatal. Había visto que el arma se alzaba, y había cerrado los ojos. Oyó los disparos, y vio las consecuencias, pero el momento de la muerte era un vacío, estaba en negro. ¿Y si él se hubiera vuelto hacia ella en ese momento buscando apoyo, y sus ojos estaban cerrados? Aunque sabía que era imposible, iba a ser un peso que llevaría en el alma el resto de su vida. Había cerrado los ojos, y ahora solo podía imaginar el momento en que pasó, cómo fue, y quizá el imaginarlo, la grieta dentro de la que estaba cayendo, fuera peor que el recuerdo que tendría si hubiera permitido conservarlo.

Recordó lo que había dicho Jacob aquella noche después de la explosión de la bomba sobre el valor que había que tener para no apartar la vista, y el hecho de que ella hubiese fallado de modo tan miserable en los últimos momentos hacía su angustia más intensa.

En las escasas ocasiones en que se había quedado dormida, se había despertado segundos después preguntándose dónde estaba, y entonces recordaba dónde y por qué, y la muerte de Jacob, y recordarla era como volver a pasar por ella otra vez, lo que la obligaba a superar de nuevo la conmoción de todo lo que había pasado y a empezar el duelo otra vez, no solo por Jacob, sino por el tiempo, porque solo unos segundos antes ella todavía ignoraba todo lo que había ocurrido. Mejor no dormir nada a tener que pasar por un trauma cada vez que despertaba.

En el cuarto de estar había dos empleados de la Pinkerton: uno de los guardaespaldas sentado en el sofá y la chica de personal mirando por la ventana con una mano en la barbilla. Se volvieron para mirar a Ida cuando entró, y la chica le sonrió, dándole ánimos, condescendiente. Ida había notado que tenía la claridad y concentración que a veces produce la falta de sueño, pero también la irritabilidad. Hizo esfuerzos para devolver la sonrisa a la chica, que se acercó a la mesa, cogió el sombrero de Ida y se lo entregó. Ida se lo puso, quitó el alfiler del velo, se lo dejó caer por delante de la cara y la chica le ayudó a sujetárselo otra vez. Ida le dio las gracias y entonces hubo movimiento en el vestíbulo. Ida se dio la vuelta y vio a Michael entrando del pasillo.

Tenía mal aspecto, como si llevara años sin dormir, como si estuviera agotado y harto de todo aquello, como si estuviera camino de los reinos inferiores. Observó a Ida para ver cómo estaba. Cuando se acercó a ella, Ida vio que se había afeitado con prisa, y tenía bolsas en los ojos que hacían juego con las suyas, y rasguños y cortes en los nudillos, las manos magulladas. Supuso que había estado siguiendo pistas desde la última vez que le había visto, y sus manos dejaban bien a las claras cómo había ido ese seguimiento. Momentos después la agarró del brazo y sin decir ni una palabra los dos salieron del apartamento.

Cuatro agentes de la Pinkerton acordonaban la calle junto al coche que los estaba esperando. Se subieron y el conductor los llevó al cementerio.

—¿Cómo va el caso? —preguntó Ida una vez que estuvieron en marcha, no porque le importara realmente, sino porque no se le ocurrió nada más que decir.

—He estado trabajando con Walker... Conseguimos dar con el chico de la emboscada. Está en un escondite en Pilsen. Walker no le pierde de vista.

—¿Has hablado con él?

Michael negó con la cabeza.

—Le atrapamos esta mañana. Antes quería pasarme por aquí. Para verte.

—No hay mucho que ver.

Ida reclinó la cabeza en el hombro de Michael y se mantuvieron en silencio un buen rato.

—Si quieres hablar... —dijo Michael, que tenía una cálida preocupación en la voz, una dulzura que ella supuso que empleaba cuando hablaba con sus hijos.

—No —dijo Ida—. ¿De qué hay que hablar? Él estaba allí mismo y no lo pude salvar. Solo a la distancia de un brazo. Y cerré los ojos...

Y en cuanto lo dijo, volvió a echarse a llorar y Michael la apretó con fuerza.

—No fue culpa tuya —dijo.

Ella asintió pero no dijo nada, y los dos se mantuvieron así durante el resto del trayecto. Poco a poco, conforme recorrían la ciudad, las lágrimas se interrumpieron y no tuvo que volver a secarse los ojos, y en un determinado momento levantó la cabeza y se dio cuenta de que habían llegado al cementerio.

El sol de la tarde brillaba en los arriates de flores, el césped y las capillas, conformando lo que parecía una imagen perfecta, lo que hizo que le entraran ganas de sollozar otra vez..., como también que el lugar estuviera invadido de policías y agentes de la Pinkerton.

Mientras la gente deambulaba por allí esperando el comienzo de la ceremonia, Ida vio a Severyn disparando a Jacob por enésima vez y el corazón le dio un vuelco; tuvo la sensación de que iba a desmayarse, y pensó, egoístamente, en que todo aquello le debía estar echando años encima, y deseó ser capaz de quemar sus recuerdos y convertirlos en ceniza. Luego uno de los empleados de la capilla les pidió que entraran y allí delante estaba Jacob dentro de su ataúd. Con la tapa cerrada.

El sacerdote se abrió paso entre los que rezaban por el muerto, celebró la misa, pronunció la absolución... Y volvían a salir lentamente camino del cementerio, hacia la tumba, hacia el vacío.

Cuando llegó el ataúd, el sacerdote rezó un padrenuestro y otras oraciones más cortas, hizo una petición final para que Jacob descansara en paz y todos se pusieron en fila para echar tierra encima del féretro. Mientras esperaban, Ida se fijó en un hombre parado a cierta distancia de los demás, cerca de la tumba de una familia, que observaba la ceremonia. No era uno de los agentes de la Pinkerton y no parecía de la policía. Tenía un brazo en cabestrillo y llevaba sombrero y unas extrañas gafas de sol verdes. ¿Un periodista tal vez? No entendía cómo había pasado el cordón de seguridad.

Aunque el sombrero y las gafas le oscurecían la cara, había algo en él que le resultaba familiar, y a pesar de su caos mental se dio cuenta de lo que era: le

recordaba a Jacob. Volvió a dirigir su atención a la tumba y se preguntó con inquietud si se iba a convertir en un nuevo hábito en su vida reconocer a Jacob en la gente que encontraba, sabiendo además que los fragmentos dispersos nunca se unían para formar un ser humano entero, lo que la dejaría con sus incontables recuerdos dolorosos, con un vacío incompleto.

Pronto terminó el acto junto a la tumba, la gente se apiñó alrededor y Michael le dijo que iba a haber un velatorio en la comisaría del Segundo Distrito. Ella le dijo que quería quedarse un poco más y él asintió y poco a poco los demás asistentes se esfumaron e Ida se quedó sola junto a la tumba, mirando los sencillos ramos de flores.

Pensó en los entierros de Nueva Orleans, grandiosos, bellos y llenos de música, y en los entierros de los gánsteres de Chicago, con desfiles de coronas de flores, y su sensación de vacío aumentó. Aquello no era una despedida. Y eso la hizo sentirse triste y desesperanzada al mismo tiempo.

Y entonces oyó un ruido a sus espaldas y al volverse vio al hombre del sombrero y las gafas de sol acercándose a la tumba, solo, con un ramo de crisantemos blancos en la mano. Cuando se acercó, la saludó con la cabeza y entre la niebla del interior de su cabeza Ida volvió a sentir algo familiar. El hombre puso las flores en la tumba, se quitó el sombrero y las gafas, murmuró una oración y se santiguó. Luego se dio la vuelta para irse y en ese momento Ida le distinguió la cara, vio su parecido con Jacob —el pelo negro, los ojos verdes, los rasgos delicados— y el mundo se convirtió en una gota de rocío, y ella empezó a caer, a desvanecerse, a dar vueltas, y todo se puso negro.

DANTE VIO DESMAYARSE A la chica y se estiró para sujetarla, pero antes de que pudiera hacerlo todo aquello adquirió vida con hombres corriendo hacia él, que salían de entre los árboles, gritando, sacando las armas reglamentarias de sus cartucheras. Él alzó las manos, ignorando el dolor de su brazo, y trató de explicar que ella había perdido el sentido, pero los hombres seguían corriendo y pronto se encontró en el centro de un círculo de policías y agentes de la Pinkerton que le apuntaban con sus Colt.

Le mantenían en su punto de mira cuando un hombre alto con marcas de viruela en la cara se acercó; tenía aspecto de estar a cargo de todo. Lanzó una mirada rápida a Dante y luego se arrodilló para ver cómo se encontraba la chica. Ella ya se recuperaba; parecía mareada e inquieta.

—¿Tiene alguien algo de whisky? —preguntó él con acento sureño, y uno de los hombres del círculo sacó una petaca con líquido del bolsillo y se la pasó al hombre alto, que la acercó a los labios de la chica—. ¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué ha venido?

—He venido al entierro —dijo Dante—. Era mi hermano.

El hombre alto se volvió hacia uno de los policías del círculo de armas, el cual asintió, confirmando la identidad de Dante.

—Regístrenle —dijo el hombre alto, y otro de los policías guardó su arma en la pistolera, cacheó a Dante y confirmó que no llevaba armas encima.

Entonces la chica se sentó y se llevó una mano a las sienes.

—Estoy bien —dijo—. Supongo que me desmayé.

Al oír esto, el hombre alto hizo seña a los demás de que bajaran sus armas y Dante pensó que ya no era necesario seguir con las manos en alto.

La chica se puso en pie, temblorosa, apoyándose en el hombre alto, y cuando estuvo completamente incorporada se limpió un poco de barro de uno de los lados de su vestido con la palma de la mano.

—¿Usted es hermano de Jacob? —preguntó, y Dante asintió—. Él me habló de usted —dijo Ida en un tono de voz melancólico, y Dante supuso que la chica estaba turbada por su parecido con Jacob.

—Lamento haberla perturbado —dijo él.

La chica negó con la cabeza.

—Me dijo que usted había desaparecido.

—He vuelto. No hace mucho.

Ida volvió a echarle una ojeada e intercambió una mirada cautelosa con el hombre alto. Dante observó su cara y vio que tenía una extraña mezcla de delicadeza y dureza, exactamente el tipo de chica que Dante imaginó que elegiría Jacob.

—El periódico decía que Jacob estaba en compañía de detectives de la Pinkerton

cuando murió. Supongo que uno es usted —dijo Dante, volviéndose para mirar al hombre alto.

—Los dos —dijo la chica. Había un hilo de soledad colgado que unía sus palabras, y Dante no estuvo seguro de que fuera la novia de Jacob, como imaginó primero, o solo alguien con quien trabajaba.

—Entonces me gustaría hablar con usted —dijo él—. Saber lo que pasó.

La chica y el hombre alto volvieron a intercambiar una mirada.

—Hablaré yo con él —dijo Ida, y el hombre alto se quedó pensativo un momento y se apartó. La chica se estiró el vestido y echó una mirada a su alrededor—. Puede que un paseo me aclare la cabeza —dijo, señalando un sendero que serpenteaba entre las tumbas. Dante sonrió, y cuando empezaron a andar sus zapatos crujieron en la grava conforme avanzaban.

—Me llamo Ida.

—Y yo Dante.

—Lo sé. Jacob me habló de ti.

—¿Y qué te contó? —dijo él, tuteándola también.

—Que envenenaste accidentalmente a tu familia, que fuiste el responsable de los daños en el tobillo de Jacob y que luego te marchaste.

Lo dijo de modo tan inexpresivo que Dante no sabía si se estaba burlando de él o no. Se encogió de hombros.

—Sí, eso es más o menos lo que pasó —dijo.

Ella le miró, pero no dijo nada, y Dante no supo si era su personalidad —tranquila e intensa— o si la conmoción por la muerte de Jacob le había afectado al carácter.

Anduvieron junto a hileras de lápidas, cuyo granito centelleaba con el sol, y Dante inspeccionó los alrededores, constatando que los de la Pinkerton y los policías estaban repartidos por los setos y céspedes perfectamente recortados, todos ellos sin perderlos de vista a él y a la chica, con las armas preparadas.

—Me resulta imposible creer que me desmayara —dijo ella—. Creí que eras Jacob. Durante un momento... —Y dejó de hablar y se apartó.

—Yo era catorce meses mayor que él —dijo Dante, tratando de explicar el parecido, pero ella no parecía oírle, así que cambió de tema—. ¿Estabas con él cuando lo mataron? —preguntó, y la chica asintió—. ¿Te importaría contarme lo que pasó? —añadió.

Ella bajó la vista a sus pies, como si sus recuerdos estuvieran entre la hierba. Luego alzó la vista hacia él y le contó su historia, que había estado investigando el caso de una persona desaparecida y el caso la había llevado a Jacob. Habló con el mismo tono inexpresivo, serio, como si todo le hubiera ocurrido a otra persona, como si estuviera en un tribunal exponiéndole los detalles a un abogado. No se destacaba a sí misma, o pasaba por alto hechos, o titubeaba con las palabras, y Dante no llegaba a entender cómo podía parecer tan distante de todo aquello. Pero hablaba, se enteró de cómo había pasado sus últimas semanas Jacob, buscando a un asesino en Bronzeville,

y supo que eso estaba relacionado en cierto modo con la desaparición de la heredera a la que la chica estaba buscando.

—¿Por qué tenía tanto interés Jacob en eso? —preguntó Dante, y la chica inclinó la cabeza a un lado.

—Yo al principio tampoco estaba segura —dijo ella—. Pero Jacob me lo explicó antes de que lo mataran. Tenía que ver con Roebuck. El sicario de Moran al que mataron en el callejón. Había roto una botella de champán en la cara de alguien la noche que murió, y cuando Jacob examinó su cuerpo vio trozos de cristales en sus manos y olió el alcohol. Se dio cuenta por el olor de que era la misma bebida químicamente alterada que había matado a su familia. Me lo contó. Que tú habías traído el mismo champán para la fiesta de graduación de tu hermana, y que eso... pero bueno, supongo que tú sabes mejor que nadie lo que pasó. Jacob prometió que si alguna vez encontraba una bebida similar, le seguiría la pista.

Ella siguió hablando, pero Dante no la escuchaba: sus pensamientos eran un auténtico aullido, el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho.

—¿Bebida envenenada? —dijo—. ¿Jacob estaba investigando bebida envenenada? —y él mismo apreció la emoción de su voz, y la chica se volvió para mirarle.

—Sí —dijo ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué noche murió el sicario? —preguntó Dante.

—La del veintisiete.

La noche de la fiesta del veneno. Un torbellino de ideas empezaron a dispararse en su cabeza como fuegos artificiales. Un sicario de Moran había muerto con bebida envenenada la noche del envenenamiento. Moran estaba detrás de aquello. Moran se había puesto en contacto con gente de fuera de la ciudad y con un traidor de la Organización. Jacob lo había averiguado gracias a su trabajo en la policía y había seguido la pista por el mismo motivo que Dante: la bebida envenenada que mató a su familia. Los dos estaban investigando el mismo caso, por los mismos motivos. Después de tantos años, aquello todavía los estaba obsesionando a los dos, y fue entonces cuando se sintió afectado de verdad: Jacob había muerto investigando la bebida envenenada; Jacob había muerto, sin darse cuenta, por lo que había hecho Dante todos aquellos años antes. El último miembro de su familia también había ido a la tumba por culpa de Dante.

Movió la cabeza a los lados de modo instintivo, como si al hacerlo quizá pudiera librarse de la idea. Sabía que no podía permanecer con ella, que tenía que ocupar su mente en otra cosa si no quería caer al agujero una vez más.

—Cuéntame otra vez lo del asesinato de Roebuck —dijo él, con voz tensa.

—¿Por qué?

Durante una fracción de segundo, Dante pensó en contarle la verdad, pues la venganza era lo único que se le ocurría que pudiese evitar que se hundiera en su culpabilidad.

—Porque creo que tú, Jacob y yo estábamos investigando el mismo delito —dijo. Ella frunció el ceño al escucharlo.

—¿Tú estás investigando un delito? ¿Por cuenta de quién?

—De Capone.

Ida se quedó callada un momento y luego negó con la cabeza.

—Creo que quizá deberías contarme primero qué es lo que estás haciendo en Chicago.

Cuando lo dijo, Dante alzó la vista y vio que estaban llegando al final del sendero, que terminaba en las puertas del cementerio, y al otro lado de ellas, un poco más allá, carretera adelante, había una cafetería.

CINCO MINUTOS DESPUÉS LOS dos estaban sentados uno frente al otro en una mesa del fondo. La chica sujetaba su taza de café con una mano y se llevaba el cigarrillo a los labios con la otra, siguiendo un movimiento casi mecánico. Dante dio una calada a su cigarrillo y paseó la vista por el local: era luminoso, amplio y de techo alto, con grandes ventanas por las que entraba el sol a chorros. Dos agentes de la Pinkerton estaban al lado de la puerta, y otros dos junto a un coche aparcado fuera. Una camarera estaba de puntillas detrás de la barra, delante de un ventilador eléctrico, tratando de refrescarse.

Dante dio un sorbo a su café y empezó a contarle a Ida lo del veneno de la fiesta, que era la misma bebida, la misma noche, que eso apuntaba a alguien de fuera de la ciudad y a un traidor, y ahora a Moran. La chica le hizo algunas preguntas y llegaron a la cuestión de los dos hombres, Coulton y Severyn, a su relación con la desaparición y a un plan que supuestamente tenían para poner la ciudad patas arriba. Y todo eso encajaba perfectamente con lo que había estado investigando él, así que la solución al misterio se desplegó como una alfombra enrollada.

—Chuck y Severyn descubrieron a un traidor en la Organización —dijo Ida—, y entre este, Moran y gente de fuera de la ciudad relacionados con la heroína, iban a librarse de Capone. Pero aquella noche algo salió mal con el secuaz y Gwendolyn se tropezó con ello.

—Todo eso tiene sentido —dijo Dante— si dejamos de lado de dónde sacaron la idea esos dos hombres que andas buscando. No parecen ser gente de la que interviene en asuntos de tan alto nivel.

—Puede que estén relacionados con alguien... Moran, o el traidor, o los traficantes de heroína.

—Puede —dijo Dante.

Los dos se quedaron callados y pensativos, y al cabo de un momento la chica frunció el ceño como si se le acabara de ocurrir algo. Entonces alzó la vista hacia él.

—El traidor —dijo Ida—. Creo que sé quién es. Alguien de la Organización nos estaba siguiendo los dos últimos días anteriores a la muerte de Jacob. Puede que fuera

él. Un hombre que se llama Sacco. Yo no le conocía, pero Jacob lo reconoció.

—¿Estatura media, bigote moreno? —preguntó Dante, recordando el nombre y al hombre del campo de golf de Burnham. —Ida asintió—. Tiene pinta de que sea él —dijo Dante—. ¿Contó Jacob algo de él?

—Solo que vio que lo detenían hace unos meses. Y que estaba a cargo de una de las distribuidoras de whisky de la Organización.

—¿De cuál?

—No lo dijo. —Dante se quedó pensando y la chica le miró desconcertada—. Hay algo más —añadió—. Si intentaron librarse de Capone una vez y fallaron, probablemente lo intentarán de nuevo.

Se miraron el uno al otro y a Dante le pareció que los dos sentían que un nuevo peso se les echaba encima.

—¿Entonces qué vas a hacer ahora? —preguntó ella.

Si se estaba planeando otro golpe contra Al, él tenía que terminar con el asunto lo más pronto posible, tanto si él estaba implicado como si no.

—Necesito saber si Sacco es en realidad el traidor. Y si lo es, encontrarle —dijo—. Antes de que muera alguien más. Luego me centraré en Severyn. Si lo encuentro, no te lo dejaré a ti.

—Imaginaba algo así —dijo ella.

Dante pensó en los hombres del bosque y en el profesional en cuya habitación del hotel había entrado.

—Habrán más personas implicadas —dijo.

—También imaginaba algo así —contestó ella, y dio otra lenta calada a su cigarrillo y le miró.

Dante le devolvió la mirada, imaginando que él era Jacob mirándola, tratando de sentir lo que había sentido su hermano, y durante el silencio, en alguna parte de su cuerpo, tan real como un hueso roto o un músculo desgarrado, el abismo se volvió a abrir.

—Él te perdonó —dijo ella como sin venir a cuento, y Dante frunció el ceño.

—¿Jacob?

Ella asintió.

—Me contó que huiste después del envenenamiento y que nunca volvió a verte. Dijo que al principio estaba muy enfadado, pero que luego el enfado disminuyó y te perdonó. Te echaba de menos.

Dante la miró, sin creérselo. Solo era algo que necesitaba oír, lo único que podría calmarle, razón que debía de haberle movido a ella a decírselo, fingía para que él se sintiera mejor.

Negó con la cabeza.

—Es verdad —dijo Ida—. Dijo que después del enfado y de saber que eras culpable, lo más triste era que te echaba de menos.

Ella le miró con tanta sinceridad, tan libre de artificio, que se dio cuenta de que la

chica carecía de hipocresía para mentir sobre algo como aquello, y empezó a convencerse de que podría ser verdad. Se tragó la emoción que estaba surgiendo en su interior, aquella misma desesperación que tenía desde su paso por el restaurante de carretera. No quería dejar que la sensación se apoderase de él, ahora no. Quiso decirle que se había prometido ir a ver a Jacob cuando el caso estuviera cerrado, pero sabía lo patético que habría sonado, y sabía que si se lo intentaba explicar a sí mismo, podría venirse abajo. Así que se tragó el sentimiento y no dijo nada, y los dos se miraron, cada uno reconociendo sin palabras los destrozados que estaban. Dos extraños a los que el dolor había unido.

Entonces los ojos de ella se humedecieron y se ruborizó, y algo en la intimidad de aquella escena hizo que Dante sintiera lo despreciable que era su intento de suprimir sus propias emociones. Ella miró la mesa y se secó los ojos con la manga.

—No puedo soportar echarme a llorar delante de un desconocido —dijo, con su acento sureño más marcado debido a la angustia.

—¿Cómo me puedo poner en contacto contigo? —preguntó él, y ella abrió su bolso y escribió un número de teléfono y un nombre en un papel. Dante se lo guardó en el bolsillo y le dijo que a él podría encontrarle en el Drake. Luego se puso de pie y dejó unas monedas sueltas encima de la mesa para pagar los cafés. Se quedó unos instantes pensativo y luego sacó las gafas de sol del bolsillo del pecho y se las entregó—. Tómalas —dijo—. Son buenas para ocultar las lágrimas.

Salió de la cafetería y, cuando iba andando por la calle hacia su coche, de pronto sintió que la soledad y la desesperación regresaban a toda prisa, y le apeteció mucho que Loretta estuviera allí con él. Se suponía que iba a venir al entierro, pero no había aparecido, y por primera vez él se preguntó qué le habría pasado.

Se subió al Blackhawk, bajó las ventanillas y se quedó sentado un momento; y fue entonces, en el silencio, con nada que le distrajese, cuando todo se le vino encima: la soledad, el horror porque su único hermano estaba en una tumba y no habían arreglado las cosas entre ellos, tener que encarar lo que sucediera solo, con un tobillo hecho polvo y un brazo hecho polvo y ninguna esperanza en absoluto.

El corazón se le aceleró y le dominó el pánico, convirtiendo sus piernas en gelatina. En aquellos momentos de sumo miedo, se dio cuenta de que prácticamente ya estaba muerto, de que lo único que le mantenía activo era la idea de que antes tenía que detenerlos.

IDA CONTEMPLÓ AL HERMANO de Jacob salir de la cafetería y movió la cabeza a los lados. Tuvieron seis años para arreglar las cosas, para volver a ser hermanos, y ahora nunca se reconciliarían. Terminó lo que le quedaba de café y llamó a la camarera para que se acercara con la cuenta; al hacerlo se fijó en algo que tenía en la mano: una tira de barro que le rayaba la palma de la mano; tierra del entierro.

Cuando la camarera llegó, Ida le entregó las monedas que Dante había dejado sobre la mesa. Luego se dirigió a los servicios, notando los ojos de los de la Pinkerton clavados en ella. Entró y vio que uno de los lavabos estaba ocupado por una camarera que se estaba maquillando. Sus miradas se encontraron en el espejo y la camarera le sonrió, llevándose una mano a la cara para aplicarse kohl a las pestañas.

Ida le devolvió la sonrisa y se acercó al lavabo libre; abrió el grifo y los ojos de la camarera bajaron la vista hacia las manos de Ida, donde había distinguido el barro.

—¿Carbón? —preguntó la camarera, mientras se daba unos toques con el pincel en las pestañas.

—¿Perdona?

—¿Polvo de carbón? ¿Lo de tu mano? Me pasa lo mismo en casa todo el tiempo... Es una auténtica lata. —La camarera le sonrió e Ida se miró las manos. Ahora estaban bajo el chorro de agua y poco a poco la mancha se convertía en nada: partículas negras salpicaban la porcelana blanca del lavabo.

—No, no —dijo Ida—. Es barro, del cementerio.

—Ay, lo siento —dijo la mujer, azorada, mirando otra vez la ropa de luto de Ida—. Mi más sentido pésame —añadió, sonriendo de nuevo, antes de volverse hacia el espejo—. Claro —añadió murmurando—. Por qué ibas a usar carbón con este tiempo que hace.

Terminó de maquillarse y salió contoneándose del servicio, dejando a Ida sola mirándose las manos bajo el chorro de agua del grifo. Pensó en lo que había dicho la mujer y volvió a mirar el lavabo: el agua que corría ahora era clara.

Cerró el grifo, atravesó la cafetería, pasó junto a los de la Pinkerton, que estaban en una mesa y salió a la calle, donde Michael estaba apoyado en el capó del coche que los había traído, fumando un cigarrillo.

—Sé dónde está Gwendolyn —dijo Ida, con su mirada dirigida a Michael—. ¿Tienes coche?

Michael negó con la cabeza.

—Está en la casa segura.

—Entonces vamos a por él.

Los de la Pinkerton salieron de la cafetería mientras Ida hablaba, Michael les hizo un gesto y todos se subieron al coche y volvieron a la casa segura.

Cuando llegaron, los hombres llevaron aparte a Michael, que habló con ellos en

privado para ponerse de acuerdo en los detalles que contarían en el cuartel general. Michael tenía más antigüedad que los hombres y, más importante aún, su respeto, y cuando estuvo todo hablado, se acercó a Ida y asintió.

—¿Quieres ir a cambiarte antes de marcharnos? —preguntó.

—No.

Michael la miró un momento y luego se dirigieron hacia un Chevrolet aparcado al otro lado de la calle.

—¿En qué quedaste con ellos? —preguntó ella.

—En que te perdimos en el cementerio. Tú echaste a correr entre las lápidas cuando terminó el entierro. Te perseguimos, pero desapareciste.

—Eso no se lo va a creer nadie.

—No, supongo que no se lo creerán.

—Además, eso me hace quedar como una histérica.

—Lo sé.

Mientras Michael conducía rápido, Ida le contó todo lo que le había revelado el hermano de Jacob y, tras discutirlo, los dos estuvieron de acuerdo en que estaba diciendo la verdad, y planearon qué hacer a continuación. En menos de media hora estaban otra vez en el apartamento de Coulton, en la calle embarrada cerca de los mataderos donde les tendieron la emboscada. Cuando llegaron, el sol se estaba poniendo y la luz tenebrosa proporcionaba al lugar un aspecto incluso más deprimente del que tenía la primera vez que estuvieron. Rodearon la manzana un par de veces dentro del coche para asegurarse de que no había nadie escondido al acecho y luego aparcaron y rodearon el coche hasta el maletero. Dentro había una bolsa grande de cuero que Michael abrió, permitiendo que Ida viera el surtido de armas que contenía.

—¿Vas armada? —preguntó. Ida negó con la cabeza, y Michael cogió un 38 y se lo entregó, después de lo cual sacó una linterna del maletero y lo cerró. Ida comprobó el arma y la guardó en su bolso. Luego se acercaron al edificio.

Michael abrió la puerta mientras Ida vigilaba y entraron una vez más en el polvoriento y viejo portal. Michael encendió la linterna y encontró la puerta del sótano. Lo abrió con una ganzúa y bajaron un tramo de escaleras.

Michael hizo girar la luz de la linterna tratando de calcular el tamaño del espacio en el que habían entrado. Parecía el depósito de carbón, que ocupaba la planta entera del edificio, y el sitio estaba lleno: un mar de carbón cubría cada centímetro y se alzaba en las esquinas, donde se amontonaba contra las paredes, así que casi llegaba a la altura de la cabeza. Había suficiente para que pasaran el invierno todos los apartamentos del edificio, si es que alguno de ellos estaba ocupado.

Ida debería haber pensado en eso antes; Coulton era el único que vivía en el edificio. Él y Severyn podían ir y venir sin que los molestara nadie, podían dejar lo que quisieran en aquel sótano. Tenían el apartamento inmaculado si se exceptúan los residuos del lavabo que Ida había tomado por barro debido a la lluvia de aquel día.

Fue el comentario que había hecho la camarera lo que le hizo darse cuenta de la relación, y el único motivo que explicaba que hubiera restos de carbón en el lavabo en mitad de una ola de calor.

Bajaron cuidadosamente los escalones hasta la capa de carbón y miraron alrededor. Junto a ellos había un hueco abarrotado de cubos y palas. Cogieron dos palas y se volvieron para mirarse, reconociendo la situación. Podían notar en el aire, bajo las capas de polvo y carbón, un ligero olor a muerte. Emprendieron su avance por el carbón hasta donde el olor era más fuerte, Michael centró la luz de la linterna en la superficie y los dos utilizaron la punta de sus palas para retirar las capas superiores de carbón.

Al cabo de unos minutos el olor se fue haciendo cada vez más nauseabundos, y un trozo de tela blanca sucia quedó a la vista. Y luego, dentro de esa tela apareció un brazo, una manga, una pulsera de oro rota, una mano con manicura, todo ello cubierto por una capa de hollín. Debajo de la primera mano estaba la otra, las dos unidas.

Ida se volvió hacia Michael y los dos dejaron las palas y continuaron removiendo los carbones con la mano uno a uno, hasta que pudieron verle la cara, mugrienta, hinchada debido al estrangulamiento, despojada de su belleza. Michael suspiró, agarró su linterna y dirigió el haz de luz a su descubrimiento. Fue entonces cuando apreciaron cómo la habían enterrado; de lado, con las manos delante de la cara y las palmas juntas, la postura de alguien en oración. Le habían cerrado los ojos, le habían apartado el pelo de la cara. La colocaron boca abajo con cuidado, con remordimiento, con amor, e Ida trató de relacionar esa escena con lo que ella sabía de Coulton y Severyn y no le encontró ningún sentido.

—Fíjate en cómo la han enterrado —dijo Ida—. Como si les importara.

—Puede que les importara —dijo Michael—. Es un buen sitio para esconder un cuerpo. Los nombres de Coulton y Severyn no aparecen como los arrendatarios, no hay otros inquilinos, el carbón evitaría que se filtrara el olor, y aunque se filtrara, de todos modos el barrio entero apesta por la cercanía de los mataderos. Ella podría estar aquí años antes de que alguien la encontrara. Pero, con todo... podemos pensar que en determinado momento volvieron y la movieron.

—Puede que lo hicieran pero algo salió mal —dijo Ida.

Miraron otra vez el cuerpo de Gwendolyn, sus manos unidas en oración, su pelo rubio destrozado sobre los carbones. Ida empezó a sentirse mal, indignada y enfadada por lo que le habían hecho a la chica.

—Vamos a volver a taparla —dijo—. No quiero que les ratas den con ella. — Michael asintió—. Y luego vamos a averiguar lo que pasó —añadió.

—¿Vamos a hablar con el chico? —preguntó Michael, e Ida asintió a su vez.

Una lúgubre determinación a conseguir acercar todo aquello a un final se había apoderado de ella, y aquel chico al que había encontrado Michael, el que colaboró la emboscada, el que ayudó a deshacerse del cuerpo de la bailarina..., tenían que hablar con él.

Cuando volvían a colocar cuidadosamente el carbón encima del cuerpo de Gwendolyn, Ida pensó en el entierro de Jacob, en su muerte, y también en el modo en que habían despojado a Gwendolyn de su vida y dignidad... todo obra de un grupo de hombres que no buscaban más que dinero.

La rabia que se había estado incubando en su interior se había convertido en deseo de venganza, el mismo deseo que se apoderó de ella en los mataderos justo después de morir Jacob, el deseo que durante los últimos días casi había desaparecido. Ahora quería encontrar a Severyn más que nunca, hacerle pagar por lo que les había hecho a Gwendolyn y Jacob. Recordó lo que Jacob había dicho sobre tener el valor de no apartar la vista. Ella cerró los ojos en los mataderos, pero nunca más.

CUANDO LLEVABA CINCO MINUTOS conduciendo desde el cementerio al Metropole, Dante comprobó que le seguían: un sedán negro, tres o cuatro coches más atrás, que cambiaba de carril con impaciencia. Dobló a la izquierda, desviándose de su camino, y de nuevo a la izquierda, y el sedán le siguió; y cuando hizo un tercer giro a la izquierda para regresar a la calle donde había iniciado la maniobra, el sedán negro dobló la esquina detrás de él una vez más. O bien eran unos aficionados, o le estaban mandando un mensaje, o simplemente no les importaba.

Aparcó delante del Metropole y se metió dentro lo más deprisa que le permitía el dolor de su tobillo. Subió en el ascensor hasta los pisos más altos, y cuando se abrieron las puertas quedaron a la vista las *suites* de Al en un estado de desorden semivacío. Cajas de embalaje estaban amontonadas en el vestíbulo, y una cadena de empleados de una empresa de mudanzas las estaba cargando en el ascensor de servicio.

Dante se abrió paso entre los hombres y entró en la *suite* principal, pero la habitación estaba vacía si se exceptúa un grupo de lugartenientes de Al, unos chicos y unos cuantos de las mudanzas. Dante vio a Frank Nitti guardando documentos en una caja fuerte. Se acercó cojeando hasta él y Frank alzó la vista para mirarle.

—¿Qué coño te ha pasado? —preguntó.

—Me dispararon.

—Pues no hicieron un buen trabajo.

—¿Dónde está Al?

Frank frunció el ceño.

—Está en el Lexington. Nos trasladamos.

—¿Al Lexington?

—¿No te lo contó Al? Ha ocupado diez habitaciones. Le ha asustado todo este asunto de Moran. Supone que estará más seguro allí cuando empiece la guerra.

Dante se fijó en el uso de «cuando».

—¿Qué hace tan seguro al Lex? —preguntó, pues el Lexington solo estaba a un par de manzanas de la calle.

—Los túneles para el carbón —dijo Frank—. En el sótano. Tienen salida por todo el barrio. Al supone que podemos usarlos como vía de escape. ¿Quién te disparó?

—No lo sé —dijo Dante—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con Al?

—Vete cojeando hasta allí.

—¿Ya tenéis teléfono?

—Claro. Llama y pregunta por George Phillips. Y ahora, ¿me vas a contar lo que te pasó?

—Todavía no. ¿Quién está a cargo estos días del transporte de whisky desde Minneapolis-Milwaukee?

—Sacco. George Sacco —dijo Frank.

—¿Qué historia es esa?

—No hay mucho que contar. Es el que manda en la zona. Él y su hermano pequeño llevan años trabajando para nosotros.

—¿Cuánto tiempo lleva ocupándose del transporte?

—Un par de años, más o menos —dijo Frank, encogiéndose de hombros.

Aquello era todo lo que necesitaba Dante para confirmarlo, y coincidía con lo que le había contado la chica. Sacco era el traidor.

—¿Dónde está? Tengo que atraparlo.

—¿Por lo de la bebida envenenada o porque te disparó? —preguntó Frank.

—Puede que por las dos cosas.

—¿Lo relacionas con el envenenamiento? —preguntó Frank.

—Puede ser. ¿Dónde está, Frank?

—No lo sé. Se suponía que estaría aquí hoy para ayudar con la mudanza, pero no ha aparecido. ¿Quieres que se lo pregunte a su hermano?

—¿Está su hermano aquí?

Frank asintió e hizo un gesto hacia un grupo de hombres al otro lado de la habitación, unos cuantos pistoleros que llenaban de ficheros un baúl para el traslado calle abajo.

—¿Cuál es? —preguntó Dante.

Frank frunció el ceño.

—Hay que joderse. Estaba ahí hace un momento —dijo, antes de gritar a los hombres del otro lado de la habitación—. ¡Eh! ¿Dónde ha ido Sacco?

—Se acaba de marchar —respondió gritando uno de los hombres—. No dijo adónde.

Frank se volvió para mirar a Dante dándose cuenta al fin de lo urgente de la situación.

—Si yo quisiera echarle mano, ¿adónde iría? —preguntó rápidamente Dante.

—Regenta un bar del Near West Side. El Schiller's. Si quieres la dirección de su casa, puedo preguntarla.

—Hazlo. Deja un mensaje en el Drake. Y mantente cerca de Al. Creo que alguien va a intentar atacarle. Puede que Sacco.

Dante se dio la vuelta y salió corriendo lo mejor que pudo. Cuando llegó al descansillo, comprobó el indicador del ascensor: iba dos pisos más abajo que el suyo. Tomó la escalera, tratando de quitarse de la cabeza el dolor del tobillo, y corrió por el vestíbulo cuando una silueta salía por las puertas giratorias a la luz del sol.

Dante llegó a la calle y vio a un hombre que cruzaba corriendo y entraba en un cupé color crema. El hermano menor de Sacco. Dante cojeó hasta el Blackhawk, lo puso en marcha, pisó el acelerador y consiguió meterse en el carril solo un par de coches detrás de él.

Entonces distinguió el coche que le seguía antes —el sedán— otra vez detrás de

él. Sacco giró por una estrecha calle lateral y Dante le siguió, y fue entonces cuando Sacco disminuyó la velocidad delante de él y Dante comprendió su error. El coche que le seguía giró detrás de él y Dante quedó atrapado en la estrecha calle entre los dos coches, una presa fácil.

Pisó el acelerador a fondo y su coche salió disparado hacia delante, se subió a la acera con dos ruedas y embistió contra el cupé de delante; los costados de los coches se rozaron y chirriaron y una de las manillas de la puerta salió despedida por los aires. Pero Dante había conseguido pasar y se desvió volviendo a la calle medio segundo antes de que se estrellara contra una farola. Su coche patinó, pero él consiguió controlarlo y salió por el cruce siguiente; entonces volvió a perder el control otra vez, chocó contra la parte de atrás de un coche aparcado y se golpeó la cabeza contra el volante.

El mundo dio vueltas a su alrededor, su visión fue un caleidoscopio desenfocado de borrones brillantes. Luego, cuando el cerebro le volvió a funcionar, abrió la puerta y saltó a duras penas del coche a la acera. Unos metros detrás, al otro lado de la calle, vio que el sedán se detenía chirriando y los hombres se bajaban, dos de ellos con Colts, uno con un subfusil; de pronto la calle era un estruendo de balas y confusión; la gente gritaba y corría para ponerse a cubierto; los conductores frenaron para evitar a los pistoleros; el coche de Dante se llenó de agujeros en medio de un fragor de fuego y ruido.

Alzó la vista y miró la calle de un extremo a otro y distinguió una tienda un poco más arriba: «Jones e Hijos: Medicamentos, Ungüentos, Armas de Fuego, productos variados». Entre él y la tienda, una hilera de coches aparcados. Tocó la Beretta de su bolsillo, se agachó, corrió medio doblado hacia la tienda y entró a toda marcha.

Paseó la vista por el local y vio que estaba vacío. Cerró la puerta y cojeó hasta el mostrador, detrás del cual estaban alineados varios subfusiles en una vitrina del estante más alto. Cuando trataba de llegar a las armas, le sorprendió ver a un hombre mayor y una chica escondidos detrás del mostrador.

—Necesito un subfusil. Y munición. Ahora.

El viejo le miró, paralizado de miedo, y, tras reponerse, se puso de pie y se apresuró moviéndose por el suelo. Dante echó una ojeada a la chica, que no le perdía de vista aterrorizada, luego regresó a la parte delantera de la tienda y miró por la ventana. Los hombres atravesaban caminando la calle hacia donde suponían que estaba tumbado detrás de su coche, para terminar con él. Dante reconoció a uno de ellos: el hombre de traje del bosque de Millersville. Lo examinó cuidadosamente, buscando señales de una herida de bala, la que el mismo Dante le había infligido cuando le había disparado en el bosque, pero no encontró ninguna.

Se dio la vuelta y vio al viejo poniendo el arma encima del mostrador y colocando una caja de tambores de cartuchos junto a ella. Dante cojeó hasta él y sacó su cartera.

—¿Cuánto es? —preguntó.

El hombre pareció sorprendido.

—El arma, doscientos diez. Los cartuchos son tres dólares por cada tambor de veinte disparos, veintidós dólares por los de cincuenta.

Dante dejó trescientos sobre el mostrador.

—Quédese con la vuelta.

Cargó uno de cincuenta disparos en el arma y volvió caminando a la parte delantera de la tienda. Miró otra vez a través del cristal y vio que los tres hombres habían dejado de soltar balas y volvían apresuradamente a su coche. Dante abrió la puerta y la chica le miró fijamente.

—¿Qué le hicieron? —preguntó, y Dante se quedó un momento pensativo.

—Mataron a mi perro —dijo.

Salió a la calle y la cruzó cuando los hombres se estaban acercando al sedán. Se alejaban de él, pero no le importó. Bajó el subfusil, apretó el gatillo y las balas abrasaron el aire. Nunca había disparado un subfusil y no estaba preparado para el retroceso, tan tremendo y salvaje, así que perdió el control. Una salva de balas alcanzó la calzada y rebotó en el aire. Entonces se fijó en ella, levantó el arma y vio lo tremendamente imprecisa que era; comprendió por qué el ejército y la policía se habían negado a usarla; por qué las empresas que fabricaban armas terminaron vendiéndoselas a los gánsteres. Cuando salían las balas tenía que balancear el arma adelante y atrás para encontrar su objetivo, y el coche de los hombres soltaba sonidos metálicos y chispas. Alcanzó a uno de ellos en la espalda y el hombre cayó al suelo, mientras los dos restantes escapaban corriendo con el rabo entre las piernas.

Dante soltó el gatillo, las balas y el ruido cesaron y una extraña calma se abatió sobre la calle, en silencio salvo por el sonido de las pisadas frenéticas de los hombres en la calzada y el silbido de los coches dañados. Corrió tras ellos; ahora el dolor de su tobillo no era más que embotamiento.

Doblaron una esquina hacia una calle lateral, y luego hacia una calle ancha, esta con un techo de vías del tren elevado; las traviesas y separaciones imprimían sobre la calle unas rayas como de cebrá que se apagaban y brillaban conforme Dante corría: luz, oscuridad, luz, oscuridad. Cuando la gente veía el subfusil en la mano de Dante, despejaba la calle gritando y jadeando. Entonces un tren elevado pasó por las vías que estaban encima de ellos haciendo un estruendo como el de una máquina tragaperras: una explosión de sonido y ruido.

Los hombres doblaron para entrar en la estación de la esquina, subieron dos tramos de escalera, irrumpieron en el vestíbulo, saltaron los torniquetes, más escalones, y llegaron al andén de fuera; luego saltaron a las vías y empezaron a correr por ellas. Dante se detuvo, esperó un momento para recuperar la respiración, comprobó las vías y saltó también a ellas; al caer, el tobillo le dolió espantosamente. Por fin había un espacio vacío entre ellos. Equilibró el arma y disparó unas cuantas tandas, que levantaron astillas en las traviesas cercanas a los pies de los hombres. Ahora estaba demasiado lejos para conseguir un buen disparo.

Corrió tras ellos y trató de no bajar la vista hacia las separaciones entre las

traviesas; estaba a dos pisos por encima de la calle, donde los coches pasaban zumbando en las dos direcciones.

Delante de ellos las vías hacían una curva, y los dos hombres desaparecieron tras ella; cuando Dante la dobló, vio que un tren se les echaba encima, un desfile rugiente de metal pesado que bastó para que los huesos le temblaran desde metros de distancia. El conductor hizo sonar el pito, ensordeciéndolos y causándoles dolor de oídos con el chirrido de los frenos como uñas en una pizarra. El hombre del bosque se apartó de un salto de su camino, y luego Sacco hizo lo mismo.

Justo con un segundo de retraso.

El tren le alcanzó mientras estaba en el aire, aplastándole como a una mosca. Su cuerpo pareció compacto cuando le golpeó la embestida del tren, y entonces salió disparado hacia arriba, pasó por encima de las barandillas y quedó colgando allí, sobre la calle, durante lo que pareció una eternidad, con los miembros desmadejados como los de un muñeco.

Y entonces cayó, desplomándose en la calle dos pisos más abajo, donde aterrizó con un violento choque en el asfalto justo cuando un coche llegaba a ese punto, sin tiempo para frenar.

Dante dejó de correr; sus pensamientos eran una montaña rusa. Pareció que el estómago le salía despedido y los músculos se le desagarraban. El tren se había detenido más o menos a una docena de metros delante de él. Vio al conductor por el cristal de la cabina, con la cara alterada, y junto al tren detenido, en la otra línea de vías, estaba el hombre del bosque. Allá abajo una mujer gritaba.

Entonces el conductor del tren se apeó de su cabina y Dante vio la sangre que manchaba la parte delantera de la cara metálica del tren y volvió a pensar en la mosca aplastada.

El hombre del bosque alzó la vista, se miraron uno al otro, y entonces el hombre echó a correr, seguido por Dante. Corrió por las vías, y dejó atrás al tren detenido, mientras todos los pasajeros miraban por las ventanillas. Más adelante vio que las vías se ensanchaban, un sitio donde se cruzaban dos líneas, y más allá una estación, el comienzo de una línea nueva, donde estaba girando un tren, cambiando de unas vías a otras. Dante saltó a la vía opuesta y el hombre hizo lo mismo, pero al hacerlo tropezó, cayó hacia delante y se perdió de vista.

Dante se acercó corriendo. El hombre estaba caído encima de las vías con la pierna atrapada entre dos traviesas. Cuando Dante le alcanzó se acercó y el hombre alzó la vista hacia él. Los dos estaban sin aliento debido a la persecución, horrorizados por lo que habían visto. Dante miró el pie del hombre y calculó cuánto les llevaría a los policías llegar allí y encontrarles.

—Va a ser doloroso sacarle de ahí —dijo Dante.

—Váyase a tomar por culo —bufó el hombre, y volvió a tratar de sacar el pie de la grieta. Dante se sentó en la vía de al lado y se llevó una mano a su acelerado corazón. Los pulmones le ardían y le costaba respirar; estaba mareado por la pérdida

de sangre, el tobillo le dolía mucho y no se había picado desde aquella mañana.

—Aunque consiga soltarse el pie, estoy aquí sentado con un arma —dijo—. Le doy cinco minutos antes de que llegue el próximo tren, a menos que aparezca la policía. Dígame lo que quiero saber y le ayudaré a soltarse.

—Váyase a la mierda —dijo el hombre.

Dante se encogió de hombros. Sacó sus cigarrillos y encendió uno, aunque estaba sin aliento y le ardían los pulmones. El hombre ahora se estaba retorciendo desesperadamente tratando de dejar libre su tobillo a tirones, y Dante vio por el esfuerzo doloroso que reflejaba su cara que le estaba produciendo un gran sufrimiento. Dante se miró su tobillo y trató de hacerlo girar, con miedo a habérselo dañado de modo permanente, y pensó en su hermano muerto. Entonces observó al hombre por el rabillo del ojo, vio que había dejado de hacer esfuerzos, y se miraron fijamente uno al otro, un momento interminable.

—¿Qué quiere saber? —dijo el hombre al final, y Dante dio una calada a su cigarrillo para asegurarse de que no contestaría demasiado deprisa.

—¿Quién se ocupa de la operación de Millersville?

—George Sacco.

—Eso ya lo sé. ¿Para quién trabajaba? Hay una relación con Nueva York.

—No lo sé.

—Sí lo sabe.

—Lo juro.

—¿Entonces qué sabe?

—Nada. Solo que Sacco propuso la idea de dejar el tráfico de whisky para distribuir droga.

—¿Y usted nunca le preguntó de dónde sacaba la droga?

—No.

—¿Qué sabe de la bebida envenenada del Ritz?

Al oír eso, el hombre vaciló y luego intentó disimular con una sonrisita.

—Nada —dijo, forzadamente.

Dante dio una calada a su cigarrillo y volvió a mirar la vía del tren.

—Bien, fíjese en eso —dijo—. El tren pronto... —Y señaló con la cabeza hacia su izquierda. El hombre se dio la vuelta y vio otro tren doblando lentamente el cruce para dirigirse en su dirección. Miró a Dante con miedo auténtico en los ojos.

—Sé algo —dijo—. Ayúdeme a salir de aquí y lo soltaré.

—Cuéntemelo primero.

—Sé para quién trabajaba Sacco.

—¿Quién?

—Charles Coulton.

—¿El hijo?

—Su padre. Él tenía el contacto con Nueva York. A través de alguien que conocía en Washington. El chico y su amigo solo se aprovechan del asunto.

Dante miró fijamente al hombre; sus pensamientos se atropellaban, se dispersaban en distintas direcciones; luego volvieron a centrarse en lo que había dicho el hombre y sus recuerdos empezaron a fusionarse.

—¿Charles Coulton? —dijo, aunque sabía que lo que había oído era la verdad. Conocía el nombre, pero cuando la chica había mencionado a Chuck Coulton en la cafetería, un chico rico holgazán, un universitario que había encontrado un colega delincuente en la guerra, a Dante no se le había ocurrido relacionarlo con el Charles Coulton del que había oído hablar en Nueva York. Un traficante de bebida de Newark, que en realidad se llamaba Charles Ferguson y que se fue a Washington años atrás para ocuparse del chollo de Capitol Hill. Un hombre que se había trasladado a una ciudad nueva y cambiado de nombre, justo lo mismo que hizo Dante.

—Coulton acudió a Capone con lo de la distribución de droga meses atrás, pero Capone no estaba interesado —siguió el hombre—. Así que entonces se dirigió a Sacco con la idea de hacerlo a escondidas utilizando la furgoneta de la Organización. Nos lio a todos en el asunto: a mí, a Sacco, al hermano pequeño de Sacco, a los palurdos que se ocupan del restaurante de carretera. Un capitán de barco trae el material de Canadá, el mismo sitio donde se consigue el material de Nueva York. Todo llega de Francia.

—¿Quién era el contacto en Nueva York?

—Ya se lo he dicho, no lo sé. Coulton nunca habló de eso. Coulton era el intermediario. No quería que Sacco se enterase y le echara a perder el negocio. Juro que es así.

—¿Y qué pasa con Moran?

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo participaba?

Una expresión de perplejidad asomó a la cara del hombre.

—Moran no participaba. Lo juro. Y ahora ayúdeme a salir de aquí. ¡Por favor!

Dante miró fijamente al hombre. Moran tenía que participar. El hombre de paja muerto en el callejón lo demostraba. El hombre se volvió para mirar el tren y Dante le siguió la mirada: ahora estaba en la estación recogiendo pasajeros. A lo lejos oyó sirenas de la policía.

—Vamos, vamos... —suplicó el hombre.

Dante tiró su cigarrillo, se puso de pie y tendió la mano para que la agarrase el hombre. Este se cogió a su muñeca. Pero en lugar de levantarse, tiró de Dante hacia abajo, le puso una rodilla en el pecho y trató de agarrar el subfusil. Los dos cayeron hacia delante junto a la abertura, y Dante vio el amenazante espacio mortal debajo de él, los coches, la calle. El hombre le dio un rodillazo en el estómago, sujetándole. A pesar del dolor, Dante vio el pie del hombre: debía de habérselo soltado mientras hablaban. El hombre se puso encima de él, tratando de agarrar el arma, con una mano en el cañón y la otra tratando de apartar los dedos de Dante de la culata, y Dante comprendió que él no era el único que hacía movimientos estúpidos. Entonces sonó

el pito del tren y al volverse vieron que se acercaba.

—Gilipollas de mierda —bufó el hombre mientras luchaban. Luego en la cara se le formó una sonrisita—. Te suprimimos el seguro.

—El gilipollas no soy yo —dijo Dante—. No soy yo el que sujeta un arma por el cañón.

Dante puso su mano sobre la del hombre y apretó el gatillo; el subfusil roció el aire de balas, el cañón resplandeció de calor, y el olor a carne quemada impregnó el aire. El hombre soltó un aullido y rodó de lado, sujetándose la mano, y Dante le echó un vistazo: la palma estaba marrón por la quemadura, abrasada, negra. El hombre cayó hacia atrás justo cuando el tren pasaba. Dante vio que el conductor frenaba demasiado tarde.

Al final el tren se detuvo unos metros más adelante, levantando a su paso una ráfaga de viento arremolinado, un ciclón de aire caliente que olía a carne quemada y grasa del motor. Dante dio unos pasos y entre las vías, allá abajo, en la calle, vio al hombre del bosque sin vida.

Utilizó la manga para limpiar el subfusil, lo dejó al lado de las vías y corrió a la estación, sin saber lo que el hombre quería decir con sus últimas palabras, lo de suprimirle el seguro, ni la sonrisita de su cara cuando lo decía. Y Dante rezó porque no le hubieran hecho nada a Loretta que le hubiese impedido acudir al entierro.

MIENTRAS MICHAEL E IDA volvían en coche al apartamento, él le explicó cómo se las había arreglado para localizar a Arturo Vargas, el chico que participó en la emboscada. Había buscado a los compinches conocidos del chico que figuraban en la lista que le proporcionó Walker, los había encontrado a todos y los había presionado para que dieran información siguiendo una cadena de amenazas e intimidaciones. Estuvo en tres viviendas distintas, dos bares y un local donde leían la palma de la mano. Al final le habían mandado a una pensión de mala muerte en la Zona de los Espaguetis, donde encontró a Vargas en un dormitorio del sótano.

Tras una breve persecución, Michael y Walker habían arrinconado al chico y lo habían convencido de que les acompañara. Le contaron que tenían un testigo que testificaría que le vio arrojar el cuerpo de la bailarina desde el puente, le dijeron que le acusarían de complicidad en la emboscada y le informaron de que tanto Severyn como Capone habían mandado que se deshicieran de él. Le dijeron, en resumen, que era hombre muerto. A no ser que fuera con ellos a una casa segura, y les contara todo lo que sabía. Entonces le ofrecieron protección y medios para escapar de la ciudad, y le prometieron que nunca le dirían ni una palabra a la policía.

Vargas aceptó, con cautela, y lo llevaron a un apartamento vacío que el fiscal del estado usaba para los testigos protegidos. Una vez instalado allí, Michael había ido a recoger a Ida para asistir al entierro, dejando al chico con Walker y varios hombres del servicio de seguridad.

Mientras Michael le contaba todo eso, la observaba atentamente fijándose en lo diferente que parecía desde que habían encontrado el cadáver de Gwendolyn: más concentrada, más atenta. Cuando él entró en la casa segura horas antes, le había sorprendido mucho ver lo frágil y sumisa que parecía. Ida siempre había mostrado tendencia a dudar de sí misma, una vacilante desconfianza en su propia resistencia, pero aquella tarde en la casa segura parecía destrozada. Ahora parecía que recuperaba poco a poco su determinación.

Aparcaron el Chevrolet en una calle anodina de Pilsen y se acercaron a una casa destartada. El sol se había puesto y la calle estaba a oscuras si se exceptúan las luces encendidas que proyectaban las ventanas de los edificios de arriba. Michael apretó el timbre cuatro veces: larga, corta, larga, corta. La puerta se abrió y entraron.

Subieron andando al segundo piso, donde un hombre estaba parado a la entrada de un apartamento con el revólver reglamentario en la mano. Michael le hizo un gesto con la cabeza y el hombre llamó tres veces con los nudillos en la puerta que tenía detrás; esta se abrió, dejando ver a Walker, que hizo gesto de que entraran.

Era como un vagón de tren con las habitaciones dispuestas en fila sin pasillo; una llevaba a la siguiente, a la siguiente, a la siguiente, hasta la última, un cuarto de estar, donde finalmente había una ventana y algo de luz.

Era muy pequeño y estaba muy desordenado. Vargas estaba sentado en un sofá delante de una mesa de centro llena de comida que le habían traído de un restaurante chino. Un hombre de la Fiscalía del Estado estaba apoyado en el mostrador de la cocina americana de al lado sin perderle de vista. Vargas alzó los ojos para mirarles al entrar, y a la desagradable luz de la bombilla sin pantalla parecía incluso más joven que aquella mañana, cuando Michael y Walker estuvieron hablando con él en la penumbra de un callejón detrás de aquella especie de albergue para indigentes.

—¿Queréis beber algo? —preguntó Walker, y tanto Ida como Michael negaron con la cabeza. Walker fue a traerles unas sillas de la cocina americana y se sentaron todos alrededor de la mesa de centro—. Servíos algo de comida —dijo Walker, cogiendo un tenedor y una caja de *noodles*—. ¿Habéis comido?

Michael pasó la vista por las cajas con arroz y cerdo, y aunque no había comido en lo que parecían días, y sentía náuseas debido a la falta de comida, negó con la cabeza y encendió un Virginia Slim.

—Arturo, esta es mi colega de la Pinkerton, Ida Davis —dijo Michael—. Te he hablado de ella. Nos contrató a los dos la madre de Gwendolyn.

Vargas miró a Ida y sonrió, y ella le devolvió una mirada fría.

—Empecemos por la emboscada. ¿Qué habías ido a hacer al apartamento de Coulton?

—¿Qué es lo que hacen todos? Buscar dinero. Los negocios no van bien en esta época del año —dijo Vargas, con una voz nasal—. Chuck había escondido algo allí e imaginé que la casa estaba vacía.

—¿Y resultó que apareciste al mismo tiempo que nosotros? —preguntó Michael.

—Sí —dijo Vargas, apreciando el sarcasmo en el tono de Michael y contestando del mismo modo—. En el lugar inadecuado, en el momento inadecuado.

Soltó una risita, cogió un tenedor y una caja de cerdo asado y, sin volver a levantar la vista, se puso a comer. Aquello enfureció a Michael. Su familia se había visto obligada a marcharse a Detroit, Ida había visto el asesinato de Jacob, Gwendolyn estaba muerta y Vargas hacía como si todo aquello fuera una broma.

—Deja ese jodido tenedor —soltó Michael, fulminándole con la mirada, sorprendido al oír cuánta furia había en su voz.

Todo pareció aquietarse. Vargas dejó de masticar y volvió a mirar a Michael, manteniendo el tenedor en el aire entre la caja y su boca.

—Pensé que no hacía falta que te explicara exactamente hasta qué punto estás metido en la mierda —dijo Michael—. Pero parece que sí. Podemos cargarte lo del puente de la avenida Ashland, desde donde tú y Severyn tirasteis el cuerpo de Esther Jones. Podemos acusarte de la emboscada. Te estás jugando la silla eléctrica. Y cuando la Organización se entere de lo que hiciste, querrá liquidarte. Y tu colega, Severyn, probablemente ya te esté buscando para matarte. Si no empiezas a colaborar con nosotros, estarás en la celda de la cárcel dentro de una hora, y serás un blanco fácil para cualquier sicario que hayan contratado Severyn o Capone para que te

despachen. Mañana, más o menos a esta misma hora, estarás muerto. Pero si nos cuentas lo que sabes, nosotros mismos te llevaremos en coche a la estación de tren, y hasta te pagaremos el jodido billete. Así que deja la comida y empieza a hablar. No lo voy a repetir.

Michael mantuvo todo el tiempo la vista clavada en Vargas mientras hablaba y pudo apreciar cómo afectaban sus palabras y, actitud al chico: se puso pálido, dejó traslucir inseguridad y preocupación y, aunque ligeramente, la caja que sostenía en la mano le empezó a temblar.

Vargas dejó la caja y el tenedor. Luego tragó la comida que tenía en la boca e hizo un gesto afirmativo a Michael, indicando que empezaría a cooperar. Michael le atravesó con la mirada unos momentos, imponiendo su situación ventajosa.

—¿Por qué pensaste que la casa estaría vacía? —preguntó Michael al fin—. ¿Habías hablado con Chuck desde la desaparición de Gwendolyn?

—Claro. Hablé con él justo después de lo que pasó.

—¿Después de lo que pasó?

—Después de que la matara él —Vargas miró inseguro a Michael, este se volvió para mirar a Ida y vio que ella estaba mirando fijamente a Vargas, casi paralizada. Michael se dio la vuelta otra vez y le hizo un gesto para que continuara—. Lloyd me llamó aquella noche —explicó, con la mirada alternando entre Michael e Ida—. Dijo que me pasara por el apartamento. Que Chuck tenía unos cortes muy graves y necesitaba ayuda. Yo conocía aquel plan que tenían, con Capone y Moran y las botellas de champán, y sabía lo que tenían pensado para aquella noche. Chuck solía contarme las cosas. Éramos muy amigos. Me había hablado de Lloyd y de su padre, y del miedo que les tenía. Así que cuando me llamó Lloyd, imaginé que todo había ido mal, pero cuando llegué... casi no podía creer que fuera Chuck, con toda aquella sangre y cortes en la cara.

—¿Alguien le había estrellado una botella en la cara? —preguntó Michael.

—Debían de haberle estrellado una caja de botellas en la cara para que tuviese aquel aspecto. Y sus ojos... no podía ver. Y dejó que se seicara allí, ¿sabe? No se había limpiado, quitado los cristales. Le dije que se le podía infectar, pero era como si no me oyese. Pregunté qué había pasado y él solo balbuceó, y entonces me di cuenta de lo mal que estaba. Había perdido la cabeza. Me refiero a que él siempre era un poco diferente, ¿entiende? Lloyd podía enfadarse mucho contigo, pero Chuck se limitaba a tener aquel... *aire* suyo. Puede que matar a los conductores, o matar a Gwendolyn, o lo que le pasó en su cara, o quedarse ciego, o a lo mejor todo eso junto hizo que superara sus límites.

—¿Te contó lo que le pasó aquella noche? —preguntó Michael.

—Algo así. Chuck estaba balbuceando. Ya le dije que andaba perdido. Pero me enteré de unas cuantas cosas por lo que estaba contando, ¿entiende? Y luego, cuando volvió Lloyd, él me contó lo demás.

Michael se frotó las sienes, con ganas de que el chico siguiera un orden más

lógico. Se fijó en que el intenso olor de la comida china llenaba la habitación. El jazmín y la grasa eran más intensos con el calor.

—Muy bien. Empieza desde el principio —dijo Michael.

—¿Sabe lo de aquel plan que tenían? —dijo Vargas—. ¿Con la bebida envenenada del Ritz?

Michael asintió.

—Bien, la noche que pasó tenían previsto reunirse con los conductores que hacían la entrega allí... en el apartamento. Les dijeron que los iban a pagar, pero el plan era eliminarlos. Y eso hicieron. Pero cuando estaban llevando de vuelta los cuerpos a la furgoneta, apareció Gwendolyn, vio lo que estaba pasando y escapó corriendo. La persiguieron, pero se les escapó, aunque dieron con ella después, cuando volvió a casa de sus padres. La siguieron desde allí y la atraparon cerca de la estación. La llevaron de vuelta al apartamento. Entonces Lloyd salió y, mientras estaba fuera, Chuck y Gwendolyn discutieron, y, bueno, él lo hizo accidentalmente. Mientras estaban discutiendo y él trataba de explicarle las cosas a ella. Quiero decir que creo que pasó eso... era difícil saberlo por lo que estaba contando él.

—¿La estranguló? ¿Y dónde estaba Severyn?

—No lo sé. Limpiando la furgoneta con los conductores de la entrega, a lo mejor. Pero no estaba allí, porque Chuck estaba desvariando sobre que había escondido algo en la carbonera y yo imaginé que se refería a Gwendolyn. Y estaba balbuceando sobre que Lloyd y su padre no la encontraran, así que supongo que escondió el cuerpo de ella sin decírselo a nadie porque no pensaba con claridad.

—¿Y eso fue antes de que Roebuck estrellara una botella en la cara de Chuck?

Vargas asintió.

—Se suponía que irían a Bronzeville, donde estaba Roebuck, en su local para fiestas cerca de la calle Federal. Esa era la otra parte del plan. Pero lo de Gwen retrasó las cosas, así que cuando llegaron allí Roebuck se olió que la cosa iba mal y decidió largarse, y al escapar estrelló la botella en la cara de Chuck con toda su fuerza, y Lloyd tuvo que perseguirle por medio Bronzeville antes de matarle. Y luego volvieron al apartamento y Lloyd se marchó para tratar de arreglar las cosas ahora que todo se había ido a la mierda y me llamó para que me ocupase de Chuck y consiguiera un médico para ver si lo curaba.

Michael intentó ordenar lo que estaba oyendo, pues las palabras de Vargas estaban dando origen a más preguntas que respuestas, haciéndole pensar que todo lo que él sabía estaba equivocado. Podía entender por qué habían matado a los conductores —para eliminar cabos sueltos—, pero todavía no sabía dónde encajaba el hombre de paja del callejón en todo aquello.

—¿Por qué mataron a Roebuck? —preguntó.

—Porque Roebuck trabajaba para Moran —dijo Vargas—. El plan era ese. Creí que usted lo sabía.

—Cuéntame cuál era el plan.

—Iniciar una guerra entre Capone y Moran. Organizaron el envenenamiento y luego el plan era deshacerse de los cuerpos de los conductores junto al del hombre de paja. Cuando todos aparecieran muertos juntos al día siguiente, Capone creería que era Moran el que estaba haciéndole una cabronada y empezaría una guerra. Pero Gwen se interpuso y todo se fue a la mierda.

Michael se volvió para mirar a Ida, que le devolvió la mirada con desaliento. Moran no estaba implicado en aquello, y tampoco lo estaba Capone, los dos eran víctimas de un engaño. Y cuando Michael pensó en eso, las mil posibilidades se fundieron en una, todas las pruebas se redujeron a una única cadena de acontecimientos lógicos. Aquello explicaba por qué el hombre de paja murió la misma noche, por qué el cuerpo de Gwendolyn todavía estaba en la carbonera, por qué Capone había utilizado a alguien para investigar el envenenamiento, y aquello explicaba el propio envenenamiento. Y encajaba con lo que había dicho el hermano de Jacob; si un cártel de traficantes de heroína quería imponerse libremente en la ciudad, para librarse del obstáculo que suponía Capone todo lo que había que hacer era conseguir que este y Moran entablaran una guerra, que los debilitaría a los dos, y luego intervenir cuando terminaran de luchar uno contra el otro para dar el golpe final.

Ya se había encontrado con esa táctica antes. Era una estrategia siciliana, enfrenar a dos facciones entre sí, dejar que se matasen una a la otra y luego aprovecharse del vacío de poder que dejaban. Michael había oído rumores de los de la Pinkerton que operaban en Nueva York sobre dos advenedizos de allí que estaban planeando utilizar la táctica contra las familias Masseria y Maranzano. Y allí, en Chicago, alguien estaba utilizando la misma sencilla y letal estrategia.

Michael apagó su cigarrillo en uno de los cartones vacíos y el aire se impregnó de olor a grasa y papel quemados.

—¿Entonces qué pasó con Chuck? —preguntó, alzando la vista hacia Vargas.

—Yo tenía que llevarle a un hospital. No solo por su cara, sino por su cabeza, ya me entiende. Lo único que podía hacer era llamar a su padre. Él dispuso que viniera alguien a recogerle, el tipo con el ojo de cristal, y lo llevara a un hospital en el que tenía contactos donde no harían preguntas. No sé dónde. El tipo apareció en un coche, se lo llevó y no le he visto desde entonces.

—¿Y Severyn? ¿Sabes dónde está Severyn ahora?

—No.

Vargas contestó con tanta rapidez, tan forzosamente, que Michael se dio cuenta al instante de que estaba mintiendo.

—Sí lo sabes.

—Juro que no lo sé —dijo Vargas, negando con la cabeza.

—No te lo voy a preguntar otra vez —dijo Michael, mirándole con ira.

Vargas negó de nuevo con la cabeza y la frustración hizo saltar un resorte en Michael. Viendo las cosas rojas debido a la ira, saltó de su asiento, agarró al chico por

el cuello y lo empujó hasta la pared estrellándole contra ella. Y en un determinado momento la pistola de Michael estaba en su mano, y después la apretaba contra el cuello de Vargas, que sollozaba, y Michael notó que detrás de él los demás también se habían puesto en pie.

—Cálmate, Michael —oyó a Walker decir a sus espaldas.

—Severyn intentó matarnos —le dijo Michael a Vargas—. Lo va a intentar otra vez y te matará a ti también. Tuve que sacar a mi familia de la ciudad. Dime dónde está.

Vargas le miró fijamente, aterrorizado, y en el silencio Michael notó el sudor de su frente, el calor de la habitación, el resbaladizo metal de la Colt en su mano.

—No sé dónde está —dijo Vargas con pánico en la voz—. Pero sé adónde va a ir. Sé dónde estará esta noche.

—¿Dónde?

—En el Soldier Field. El combate de boxeo. Tenían un plan B si todo iba mal. Capone reservó cien asientos de primera fila para el combate. Muchos miembros de la Organización van a estar allí. Van a poner una bomba. Llevárselos a todos por delante de una tacada.

DANTE DESCENDIÓ HASTA el nivel de la calle, buscó una cafetería y fue a los servicios para quitarse la sangre de la cara y el olor a cordita de las manos. Se dirigió después a la parte delantera para preguntar a una de las chicas de detrás de la barra si había un tienda de ropa cerca y esta le mandó a una de segunda mano a un par de manzanas de allí.

Compró una camisa, una chaqueta y unos pantalones y se cambió, llevándose la ropa usada para tirarla en un cubo de basura de la calle.

Luego fue a una tienda de comestibles y se dirigió al teléfono. Llamó a casa de la hermana de Loretta y Mary contestó. Dijo que Loretta había salido aquella mañana para ir al entierro, y Dante colgó antes de que le hiciera demasiadas preguntas. Luego llamó al Drake y comprobó los mensajes: Frank había dejado la dirección de la casa de Sacco, que memorizó antes de terminar la llamada.

Luego volvió a hacer el camino hasta donde había empezado el tiroteo. La policía ya pululaba por allí, con la zona entera acordonada. Miró alrededor y vio el cupé de Sacco abandonado en el callejón a la vuelta de la esquina de la calle principal, a media manzana de donde empezaba el cordón. Anduvo en la dirección opuesta a la escena del crimen, describiendo un amplio círculo, y entró en el callejón por el extremo alejado. Supuso que el hombre no lo había cerrado con llave cuando saltó fuera para perseguirle. Probó y comprobó que estaba en lo cierto: la puerta del lado del conductor —con grandes arañazos de cuando Dante se había rozado con ella para pasar— se abrió cuando probó la manilla.

Se sentó dentro y vio que las llaves estaban caídas en la esterilla. Las recogió, se las guardó en el bolsillo y luego registró el coche en busca de rastros. En la guantera encontró una cartera, dinero, el recibo de una cafetería y un envoltorio de celofán con heroína: el mismo material que Dante había estado comprando al limpiabotas, el mismo material que importaban a la ciudad. Nada debajo de los asientos ni en las bolsas de las puertas, excepto un sobre de cerillas del Schiller's, el bar en el que Frank dijo que había trabajado.

Se bajó y registró el maletero: una escopeta, cartuchos dispersos. Un bolso grande de cuero. Dentro, ropa deportiva, guantes de boxeo, botas, todo ello con el distintivo del Club Atlético de Illinois. Cerró el maletero y volvió a meterse en el coche.

Por la boca del callejón distinguió la calle principal donde se había producido el tiroteo, el cordón de la policía y a lo lejos la ruina agujereada por balas que era su propio coche, el anteriormente hermoso Blackhawk; frente a este estaba el sedán, y más allá la tienda de armas, donde el viejo y la chica estaban hablando con un agente de policía. Dante intentó pensar en lo que había dejado dentro del coche, en lo que podía utilizar la policía para seguirle los pasos, aparte de las huellas dactilares que hubieran quedado en una semana.

Luego arrancó el coche de Sacco, fue marcha atrás por el callejón y se dirigió al Drake. Pasó lista mentalmente a los lugares donde podía estar Loretta; en el bar Schiller's, en casa de Sacco, en el Club Atlético de Illinois, en casa de Coulton, en un apartamento que hubieran alquilado para la ocasión; sin ninguna duda, en cualquier espacio cerrado de la enorme e interminable ciudad de Chicago. La futilidad de aquello hizo que se le encogiera el corazón. Intentó imaginar qué modos se podían emplear para encontrar a una mujer en una ciudad, para devolverla a un sitio seguro, pero se le quedó la mente en blanco y maldijo con culpabilidad su cerebro adicto a la droga.

Se detuvo delante del Drake y vio dos Cadillacs mal aparcados a la entrada, cada uno con las cortinas de la ventanilla de atrás bajadas y una sirena en el lado del conductor: coches de la policía. Siguió adelante. Condujo, fumó y pasó revista a todas las perspectivas que se le ocurrían, cada uno de los cuales terminaba con él muerto, Loretta muerta o los dos muertos. Normalmente los gánsteres dejan a las mujeres fuera de la guerra; existía el acuerdo tácito entre todos de que novias y amantes, y en especial esposas, quedaban excluidas. Que hubieran roto esta regla los que se habían llevado a Loretta desconcertaba a Dante, le hacía preguntarse de qué más eran capaces.

Pensó en que Al había descubierto que el traidor era Sacco, y que el contacto de Sacco en Nueva York era Coulton, y que los contactos de Coulton en Nueva York eran Luciano y Lansky —amigos de Dante—, y en qué posibilidades tenía de sobrevivir a eso. Pensó en las posibilidades de sobrevivir a un intercambio con Coulton. Pensó en la improbable posibilidad de huir de Chicago y en las probabilidades con las que contaba si escapaba. Trató de imaginar un final feliz, con él y Loretta saliendo vivos, y no consiguió hacerlo.

En un determinado momento la adrenalina y los últimos coletazos de la droga dejaron de hacer efecto, y el dolor se hizo más fuerte, así que se detuvo delante de una farmacia de Pilson, entró y compró una jeringuilla y unas agujas, volvió al coche, encontró una calle tranquila y se preparó un pico con la droga descubierta en el coche de Sacco, calentándola en la tapa de un bote de hojalata que encontró en la calle: un truco de su época en los furgones.

Usó el encendedor para calentar la droga, introdujo la heroína en la jeringuilla y se la inyectó en el brazo. Miró la calle vacía ante sí, más allá de la cual la ciudad brillaba pálidamente con el calor que desprendía el asfalto. Miró una zona de juegos un poco más allá de la manzana, con niños en los columpios y un tobogán oxidado con una escalera para subirse que parecía el esqueleto de un mamut muerto hacía mucho tiempo. En Little Italy, cuando era pequeño, nunca hubo zonas de juego, pero la energía de los niños, el feliz alboroto con que llenaban el aire, le recordó su infancia, y sintió una especie de mareo, y durante un momento su mente le alejó de lo que tenía entre manos.

Se recordó jugando a una imitación del béisbol con Jacob, corriendo por las

aceras, cogiendo luciérnagas en la oscuridad, persiguiéndose, metiéndose en líos; recordó a su padre volviendo a casa del trabajo y a su madre en la cocina; cumpleaños, procesiones religiosas, aulas del colegio, travesuras. Ahora era otra ciudad, aquella se había desvanecido en el pasado, completamente hundida en los bajos fondos, desaparecida.

Cuando su corazón hizo circular la droga por el torrente sanguíneo, notó que el dolor abandonaba su cuerpo, notó que sus heridas se diluían una a una: el tobillo hinchado, un eco de la invalidez que él le había producido a Jacob; los disparos de su brazo y hombro; las magulladuras de su sobaco producidas al disparar el subfusil; la magulladura de la cabeza debida al golpe; las venas destrozadas de brazos y piernas.

Había maltratado su cuerpo durante años, proporcionándole tanto placer y dolor asociado a este como podía, y ahí tenía las señales que lo demostraban: un cuerpo roto, machacado, que necesitaba reparación. «Ya estoy muerto», pensó. Y en aquel momento se dio cuenta de por qué todos aquellos años intentando matarse no habían funcionado. Él murió cuando había muerto su mujer, y a partir de entonces solo había estado matando el tiempo, esperando unirse a ella; un espectro, o puede que su opuesto, un cuerpo sin alma que andaba errante por el mundo envuelto en bruma.

Y fue entonces cuando comprendió lo que tenía que hacer. Si Dante ya estaba muerto, podría sacrificarse también a sí mismo. Entonces quizá Loretta pudiera sobrevivir y quizá él consiguiera hacer al fin algo noble con la media vida rota que era ahora su existencia.

Abrió los ojos, contempló la calle vacía y se fijó en lo extrañamente tranquila que estaba, y no solo por efecto de la droga. Por primera vez aquel día no tenía el corazón agitado, ni sentía pánico ni remordimiento, ansiedad, ni estaba muerto de miedo. Por fin tenía un objetivo. Algo que podía ver hasta el final.

Arrancó el motor y condujo por el barrio hasta que encontró un bar ilegal. Entró para ver si tenían un teléfono que pudiera usar, y lo tenían; así que se sentó, pidió una cerveza y marcó el número de la casa de Sacco en el teléfono que había detrás de la barra.

No hubo respuesta. Le trajeron la cerveza y un bol con cacahuets. Dante tomó un trago, pero cuando intentó comer, los cacahuets le cayeron como piedras dentro del estómago. Llamó al número que figuraba en el sobre de cerillas del bar Schiller's.

—Schiller's —dijo la voz al otro lado.

—Quiero hablar con Sacco.

—No está aquí.

—Vale, ¿y dónde está?

—¿Quién lo pregunta?

—El hombre que mató a su hermano...

La línea quedó en silencio, apagada, una mano sobre el auricular al otro lado. Unos segundos después el hombre volvió a hablar.

—No está aquí, pero le puedo localizar. ¿Qué quiere?

—Quiero hacer un trato. Volveré a llamar dentro de una hora y será mejor que esté ahí.

—De acuerdo...

Dante pasó la hora en un torbellino de cigarrillos, cerveza y la orquesta de Fletcher Henderson sonando en la radio detrás de la barra, un popurrí de canciones populares interpretadas con precisión. Cuando volvió a llamar, una voz agitada respondió al teléfono.

—¿Sí?

—¿Hablo con Sacco?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Ya lo sabe.

La línea quedó en silencio un momento y luego Sacco preguntó:

—¿Qué quiere?

Dante apreció el miedo en la voz del hombre; Sacco había perdido a su hermano, pero lo mismo le había pasado a Dante.

—Quiero hacer un trato. Quiero recuperar a la chica.

—¿Sí? ¿Qué tiene usted para hacer el trato?

Dante tenía una sola ventaja para presionar, lo que le había dicho el gánster en las vías del tren antes de morir: que a Coulton le daba mucho miedo que alguien descubriera quién era su contacto en Nueva York, a no ser que el intermediario estuviera excluido de la operación.

—Sé quién es el contacto de Coulton en Nueva York. Puedo ponerle en contacto con él. Y una vez que lo haga, usted puede matar a Coulton como quiera y hacerse cargo de la operación. Sería el rey de Chicago. Lo único que quiero a cambio es a la chica.

La línea quedó en silencio mientras Sacco decidía si Dante era sincero o no, y, si lo era, si debería participar en un doble juego con un hombre que ni siquiera conocía. Mientras Dante esperaba una respuesta, escuchó el sonido eléctrico de la estática que recorría los cables de cobre saltando entre las conexiones y centralitas de la ciudad.

—¿Y qué pasa con Capone? —preguntó Sacco.

—No le he dicho ni una palabra. Usted suelta a la chica y él nunca se enterará de que está distribuyendo la droga con sus furgonetas, ni de que usted y sus colegas estaban detrás del envenenamiento de la fiesta del Ritz.

Dante hizo una pausa para permitir que la revelación de que él conocía todos sus planes surtiera efecto. Más silencio. Y mientras esperaba a ver si Sacco se tragaba el farol, su corazón latía con fuerza y notaba que el auricular le pesaba en la mano.

—De acuerdo —dijo el hombre—. Pero si quiere a la chica, tiene un problema. Está con Coulton, no conmigo.

—Entonces arregle un encuentro. Dígale que quiero hacer un trato con él. A mí no me importa terminar muerto. Lo único que quiero es que la chica quede en libertad.

Hubo otra larga pausa mientras Sacco todavía pensaba en otra disposición de las piezas en el tablero de ajedrez.

—De acuerdo... —dijo al final—. Tengo que tratarlo primero con Coulton. ¿Tiene un número al que pueda llamarle?

—Le llamaré yo —dijo Dante—. Dentro de una hora.

Colgó el teléfono y se puso a pensar. Sacco se había comportado con calma, hablado como sin darle importancia con el hombre que acababa de matar a su hermano. Puede que Dante hubiera aumentado la codicia de Sacco, y el hombre aceptara finalmente el plan de participar en un doble juego con Coulton. O puede que también se tirara un farol, fingiendo participar en él cuando en realidad planeaba jugar doble con Dante.

Las posibilidades se diversificaban y propiciaban tantas variables que Dante pronto se dio cuenta de que carecía de sentido tenerlas todas en cuenta. Enseguida descubrió el modo de dejar de darles vueltas y rezó para que bastase con que Loretta quedase libre.

Otra hora, otro torbellino de alcohol y tabaco y el programa radiofónico cambió para dar paso a una ráfaga de noticias sobre el combate de aquella noche, en la que se entrevistaba a especialistas. El barman y algunos de los clientes estaban comparando las apuestas que habían hecho sobre los contendientes, y Dante pensó en Michigan Red, que debía de encontrarse en mitad del día más ocupado de su vida, intentando ajustar las apuestas. Dante recordó sus últimas palabras: «Él es un perro inquieto, lo mismo que tú...» y se echó a reír hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas, y el barman y los clientes le miraron de reojo.

El reloj fue haciendo tictac y volvió a llamar al Schiller's.

—Está arreglado —dijo Sacco—. Pásese por casa de Coulton a las diez. El viejo quiere verle, y usted verá a la chica inmediatamente.

—¿Y entonces qué?

—La chica queda en libertad. Me aseguraré de ello. Luego le llevaremos en coche a un descampado, y antes de que le metamos una bala en la cabeza nos dirá quién es el contacto en Nueva York.

La imagen de un campo de trigo interminable destelló dentro de la cabeza de Dante, inundado por el sol y tranquilo, acariciado por el viento. Por algún motivo, siempre imaginó que terminaría enterrado cerca del agua, un lago o un mar, pero ahora pensó que en cierto modo el descampado estaba bien; descansar en un océano interior, enorme y desconocido, a su modo, tierno.

—De acuerdo. ¿Cuál es la dirección?

Sacco se la dio y Dante la aprendió de memoria.

—Y si se le ocurre —dijo Sacco— contarle a Coulton que tuvimos esta charla, ordenaré que le hagan daño a la chica.

—Claro —dijo Dante, y colgó el teléfono.

No sabía si había hecho lo adecuado por Loretta, y luego se dio cuenta con cierta

tristeza de que probablemente nunca lo sabría.

Salió del bar, volvió al coche de Sacco y condujo hasta que encontró un hotel de mala muerte, en una parte destartada de Pilsen. Aparcó el coche del muerto un par de manzanas más allá, volvió andando y alquiló una habitación. Como imaginaba, era una habitación de hotel deprimente: paredes grises, el colchón de la cama lleno de bultos, techo bajo y un calor sofocante. En la pared frente a la cama había un grabado de una puesta de sol sobre una playa en algún paraje agradable, puede que California, y el contraste contribuía a que el cuarto pareciera peor.

Dante sacó del bolsillo la Suicide Special y la tiró encima de la cama; también se quitó el sombrero. Luego se desnudó, comprobó la herida de su hombro, ajustó las vendas y se duchó, pensando que sería la última vez que experimentaba la sensación del agua corriendo por su cuerpo.

Luego se tumbó en la cama y se picó por última vez la heroína proporcionada por los hombres que le iban a matar. A través de una de las paredes oyó a una pareja entregada al sexo, por la ventana a unos niños jugando en la calle, y desde otro sitio más alejado el sonido de un gramófono que tocaba un blues. El blues del hombre muerto.

Sus ojos recorrieron la lamentable habitación del hotel y pensó brevemente en su *suite* del Drake; luego miró el grabado de la puesta de sol californiana de la pared, y la puesta de sol real a través de la ventana, y no tuvo claro cuál de las dos producía más miedo. Luego la tierra se oscureció y se encendieron las luces de la ciudad, y él se levantó, fue al cuarto de baño y se echó agua a la cara.

Luego volvió a la habitación y buscó su Beretta, seguro de que la había dejado sobre la cama. La encontró debajo del sombrero, y justo cuando se estaba poniendo este en la cabeza, se dio cuenta de algo. Se lo quitó, sacó la Beretta del bolsillo y la colocó en la copa del sombrero. Se adaptaba perfectamente. Su pequeña pistola de mujer encajaba por dentro en la parte alta del sombrero, y eso le dio una idea.

A lo mejor, después de todo, no era un hombre muerto.

NATIONAL BROADCASTING CORPORATION
TRANSCRIPCIÓN DE LA EMISIÓN RADIOFÓNICA

Comentario: Graham McNamee

... NBC ha conectado con 82 emisoras para emitir a escala nacional lo que es la mayor transmisión de la historia, señoras y señores, con más de 50 millones de personas a la escucha. Nos gustaría saludar de modo especial a los que escuchan por medio de amplificadores instalados en espacios públicos de ciudades de todos los Estados Unidos. Un aplauso para ustedes, señoras y señores.

... Ya que no está previsto que los combatientes suban al ring hasta las 9:45, aprovecharé un momento para hacer una rápida descripción del Soldier Field...

Supongo que el mejor modo de describirlo sería decir que es como un anfiteatro romano actual, un coliseo. Es un estadio de forma rectangular al aire libre, justo a orillas del lago, y su iluminación consiste en 44 arcos luminosos dispuestos todo alrededor, cada uno de 1.000 vatios, que convierten la noche en día...

En la parte norte del estadio, a 200 metros del ring, hay una hilera de 32 columnas gigantes, pórtico del Museo Field. En la parte sur hay una tribuna donde cientos de filas de personas se alzan en la noche, y encima de ellas, una hilera de 26 banderas estadounidenses gigantes. En los lados este y oeste hay otras dos grandes tribunas que se elevan hacia el cielo, y encima de cada una de esas tribunas, dos pórticos más cada uno de los cuales cuenta con dobles hileras de columnas dóricas y sobre ellos están dispuestas esas 44 grandes luces que iluminan el estadio, que está completamente lleno. Y déjenme decirles que merece la pena verlo...

Ciento cincuenta mil aficionados al boxeo han estado afluyendo por los 50 vomitorios de cemento bajo las tribunas este y oeste desde las 6 de la tarde, ayudados por 600 acomodadores. Puede que la entrada más notable de todas haya sido la del dueño de la ciudad, Al Capone, que entró rodeado de lo que solo puedo describir como un círculo de músculos. Al parecer el señor Capone ha comprado 100 de los asientos más caros de 40 dólares, y tengo informaciones fiables de que ha apostado 50.000 dólares por Dempsey, señoras y señores.

En este momento el ring está ocupado por algunos de los políticos más importantes de Illinois. El gobernador Len Small, el alcalde Big Bill Thompson y el fiscal del estado, Robert E. Crow. Los políticos se están dirigiendo a la multitud y recibiendo una estruendosa ovación...

LAS CALLES QUE CONDUCIÁN al estadio estaban más abarrotadas de gente de lo que Ida había visto nunca, como si los Carnavales, la noche de las elecciones y el desfile de Lindberg se hubieran fundido en uno solo. Miles de los que atestaban las calles ni siquiera tenían entrada. Pero la historia había que hacerla, los ojos del mundo estaban puestos en su ciudad, su barrio, su estadio, y la emoción no se podía apreciar sentado en casa. El rumor en el aire, el bullicio, las palpitaciones eléctricas... tenían que compartirse, así que la gente inundaba las calles, todo Chicago se apretujaba en las aceras, discutía, bebía, escuchaba las transmisiones de radio, que formaban un eco estático en las calles, resbalaban por los edificios y perseguían a Ida y Michael mientras estos corrían desde su coche abandonado hacia Soldier Field.

Entonces el propio estadio quedó a la vista, un mamut imponente de piedra que dormitaba a la orilla del lago coronado de columnas romanas. Ida vio que las luces de arco voltaico del techo habían convertido todo el lugar en una especie de lavabo de deslumbrante luz naranja que brillaba anormalmente hacia el cielo, como si el resplandor lo estuviese emitiendo algún milagro que tenía lugar dentro.

Corrieron por los terrenos que rodeaban el lugar, alfombrados por restos de bolsas de cacahuetes, páginas de periódicos deportivos e incontables colillas de cigarrillos, avanzando entre el rumor de la gente sobre la hierba.

Entonces, tras dejar atrás al último grupo de personas apiñadas, llegaron a una entrada, el monstruoso estadio alzándose amenazador, donde una fila de policías y un gran grupo de guardias de seguridad rodeaban los torniquetes. Walker ya había llamado, y había conseguido ponerse en contacto con los mandos que estaban en el estadio, y la policía ya estaba registrando el lugar en busca de explosivos u hombres con granadas y hasta del mismo Severyn, esperando que no se tratara de un engaño. Michael enseñó su identificación, les dijo quiénes eran y los saludaron mientras uno de los policías les acompañaba.

Cruzaron corriendo los torniquetes y entraron al recinto que canalizaba a la gente hacia las tribunas. El policía llevó a Michael e Ida hasta donde estaba el jefe, instalado en un punto de las entrañas, e Ida le deseó mucha suerte con un gesto antes de seguir las flechas de las tribunas y bajar hasta un pasillo al final del cual, por una abertura cuadrada, se podía ver el campo y, en él, el ring de boxeo, elevado, las formas oscuras de los combatientes distorsionadas y flotando en un océano de luz blanca.

Ida corrió al interior del propio estadio, y cuando alzó la vista y miró alrededor, fue como si el mundo se hubiera desplazado para acomodarse a su visión. Por todas partes se alzaban, gigantescas, las tribunas hacia el cielo, abarrotadas de gente, cuyos rasgos se difuminaban, y encima del público estaban las columnatas que se elevaban aún más, coronadas por focos cuyos haces de luz iluminaban el ring, cortantes como

hojas de afeitar.

Se fijó en la gente, que se extendía hasta el cielo, e imaginó que las tribunas explotaban, la indescriptible carnicería. Destellos del bombazo en el bar ilegal relampaguearon en su mente: los cuerpos achicharrados, los miembros desgarrados. Volvió a mirar a la gente que la rodeaba: hombres con camisa blanca, niños con visera, mujeres con vestido de verano. Los imaginó a todos aplastados por una avalancha de cemento y vigas retorcidas cuando las tribunas se vinieran abajo.

Corrió por el siguiente tramo de escalones arriba, alcanzó una altura considerable y trató de localizar las sillas de pista de Capone. Pero había demasiado resplandor debido a la luz de los focos que incidían en la lona. Vio a un niño unos asientos más allá con unos prismáticos y le gritó por encima del bullicio.

—¡Oye, niño! ¡Niño! Te daré un pavo si me dejas mirar por tus prismáticos.

El niño alzó la vista hacia ella.

—El dinero primero —le gritó a su vez.

Ida buscó en su bolso y cuando le dio un billete de dólar el niño le pasó los prismáticos. Al mirar por ellos distinguió las formas de la lona, y al ardiente haz de rayos de luz vio que un púgil daba un puñetazo a otro, y cuando la cabeza del hombre salía lanzada hacia atrás, una curva de sangre se extendía por el aire, y la curva se dividía, se abría como un abanico, y los puntos de rojo húmedo destellaban durante un momento con las luces, giraban y luego se dispersaban por la lona.

La multitud tronó e Ida desplazó los prismáticos alrededor, mirando las sillas de pista, y encontró a Capone. Estaba sentado lo bastante cerca del ring para hacer posible un ataque desde la altura de su propia tribuna. Si la parte de abajo de la tribuna no estaba vigilada, allí podría estar un asesino. Ida no podía buscar por el estadio entero, así que tenía que arriesgarse a creer que Severyn estaba también allí, cerca del blanco.

Devolvió los gemelos al niño, bajó corriendo al nivel del suelo y esprintó por el pasadizo que rodeaba el estadio. Fue registrando mentalmente las tribunas que pasaba, y cuando había recorrido la mitad, pasó junto a dos policías parados a cada lado de un vomitorio, e imaginó que estaban allí porque aquel era el acceso al lugar donde se encontraba sentado Capone. Pasó corriendo junto a ellos, que le gritaron, se pusieron en marcha y la siguieron.

Se volvió a dirigir al propio estadio. Subió los escalones de la tribuna de tres en tres, se dirigió disparada a la fila de asientos y emprendió la marcha por otro grupo de escalones justo cuando los policías aparecieron doblando la esquina del vomitorio. Se dio la vuelta y paseó la vista por la tribuna, los escalones, las salidas, rezando por ver algo, por ver a Severyn. Ahora los policías avanzaban deprisa entre los asientos, y el corazón de Ida le latía acelerado; giró otra vez, mirando, rezando porque pasara algo.

Y entonces pasó.

Y fue por los policías.

En lo más alto de la tribuna se movió algo, una forma imprecisa que Ida apreció

de reojo: una persona se alejaba corriendo.

Severyn.

Había visto a los policías que subían por la tribuna y supuso que le estaban persiguiendo.

Ida se lanzó a la carrera, viendo que Severyn saltaba por encima de la barrera entre la tribuna de Capone y la de al lado. Llegó a la fila de asientos de más arriba después de lo que le pareció una eternidad y también saltó a la tribuna siguiente. Miró alrededor y le vio saltar a la columnata de lo más alto de la tribuna, observando que desaparecía en las sombras entre dos columnas.

Corrió detrás de él, se subió de un salto a la columnata, apretando la espalda contra la columna siguiente, y sacó el 38 que le había dado Michael y tenía dentro del bolso. Entonces se dio la vuelta para mirar lo que la rodeaba. Delante de ella estaban las dos hileras de columnas, con el espacio entre ellas todo oscuridad y sombras, tan misterioso como un templo romano abandonado. En las columnas del otro lado, muy abajo, distinguió la negra masa del lago. Se quedó quieta, callada, escuchando, a la espera.

En el centro del estadio la multitud gritó. Ida oyó pisadas sobre algo metálico. Corrió por la columnata, con su vestido negro tan oscuro como las sombras entre las que pasaba. Y en el extremo final vio un andamio que subía por una de las columnas para acceder a las luces del techo. Encontró una escalera de mano pegada al andamio y trepó por ella, sabiendo que constituía un blanco fácil al hacerlo; que lo único que tenía que hacer Severyn era dispararla desde arriba y ella caería, estrellándose contra la superficie del asfalto tantísimos metros más abajo.

Alcanzó la parte de arriba de la columnata, en lo más alto del Soldier Field. Recorriendo la parte interior de la columnata estaban los focos, cada uno tan alto como un hombre, zumbando ruidosamente y tan abrasadores que percibía su calor desde metros de distancia y notaba que suprimían la humedad de la noche y dejaban el aire seco y cargado. Se llevó una mano a los ojos, sacó su 38 del bolso una vez más y se quedó acechando en el techo, suponiendo que Severyn estaría apostado entre los focos mirando a la multitud de abajo.

Se movió hasta el borde del más cercano y miró hacia abajo. Debajo de ella distinguió el borde de la tribuna, y lo que vio hizo que se le encogiera el corazón. Los dos policías que la habían estado siguiendo corrían muy deprisa por el asfalto, dirigiéndose a la siguiente tribuna. No habían visto la escalera de mano. Iban en la dirección equivocada. Estaba sola.

Pensó en atraer su atención, gritarles que el hombre al que perseguían se encontraba encima de ellos. Pero dudó que la pudieran oír por encima del ruido de la multitud, y si la oían, la delataría su voz, indicaría su posición, justo como había pasado en los mataderos.

Dudó si debería volver a bajar, pedir ayuda. Se le espesó la sangre debido al miedo, tenía los músculos tensos y el corazón le palpitaba deprisa. Ni siquiera estaba

segura de que pudiese mantener la pistola recta. Pero pensó en Jacob y supo que no sería capaz de seguir viva si dejaba escapar a Severyn. Ya se sentía bastante culpable. Él estaba justo al otro lado de los focos. Tenía que correr el riesgo. Flexionó los músculos de sus dedos, asegurándose de que estaban preparados para disparar; luego dobló la esquina.

Pero Severyn no estaba allí.

Delante de los focos, suspendida encima de las tribunas, había una pasarela metálica. Saltó encima de ella y quedó cegada inmediatamente por los haces de luz. Luego se oyó un ruido, algo la agarró y Severyn la lanzó contra las bombillas gigantes. Ida gritó cuando el calor le quemó la piel de la espalda y los hombros, fundiendo la tela de su vestido con ella. Se echó hacia delante y notó que la piel se le desgarraba, se desprendía donde seguía pegada al cristal, y percibió el olor a carne quemada que flotaba en el aire.

Se dobló con el corazón latiéndole muy deprisa y el dolor dejándola casi sin aire. Con la deslumbrante tormenta de nieve de luz, solo podía apreciar una forma gris en algún punto delante de ella, casi indistinguible por el resplandor. Él volvía a acercarse: la estamparía otra vez contra las bombillas, luego la tiraría por el borde de la pasarela y se estrellaría contra la tribuna de abajo.

Ida levantó su 38, apuntándole, y apretó el gatillo. La forma gris giró entre el resplandor, se oyó un ruido metálico en la pasarela y ella rezó porque fuera el arma de Severyn.

—No eres capaz —gritó él, con su voz cascada.

Ella quiso soltarle algún reproche, pero sabía que tenía que contener sus emociones.

—No te muevas —consiguió decir, tensando el brazo, apuntando su arma hacia arriba, donde suponía que estaba la cabeza de Severyn.

—No eres capaz —repitió él, dando un paso hacia delante.

Ida sabía lo que él estaba haciendo: distraerla con palabras mientras avanzaba unos centímetros más: lo suficiente para arrebatarse el arma.

—¿Por qué todo eso? —dijo ella—. ¿Por dinero?

En las tribunas de abajo la multitud rugió, e Ida notó que le lloraban los ojos; las lágrimas convertían el resplandor en líquido, recubriendo el mundo con un fluido de luz.

—El dinero es vida —dijo el hombre.

Ella negó con la cabeza, arrancándose la piel quemada de la espalda; el dolor hizo que su mano descendiese un segundo. Y en ese segundo la forma se le echó encima y la empujó contra la bombilla. Y el dolor lo ocupó todo, borrando toda realidad.

Ida se derrumbó sobre la pasarela, y enseguida lo tuvo encima, tratando de hacerla girar para cogerle el arma. Ida se dio la vuelta y el arma se le cayó de la mano, y entre la niebla vio que él daba un traspié para cogerla.

Ida permaneció caída en el suelo hasta que los músculos se le despertaron al fin y

recuperó el aliento aunque sabía que solo era cuestión de tiempo que él la matara. Entonces, a pesar del dolor, se dio cuenta de que algo le presionaba la cadera, algo que estaba en el bolsillo de su vestido: el borde de las gafas de sol que le había dado el hermano de Jacob.

Se las llevó a la cara, abrió los ojos y al fin pudo ver entre el resplandor, pues los cristales oscuros atenuaban la luz y la hacían al menos soportable. Ahora tenía ventaja. Podía distinguir a Severyn delante de ella cegado por la luz, a cuatro patas, buscando el arma. Se dio la vuelta y de pronto vio el arma de Severyn donde él la había dejado caer cuando Ida le había disparado.

Intentó alcanzarla, pero la destrozada piel de su hombro le atormentó de dolor, haciendo que diera un respingo y cayera una vez más al suelo. Alzó la vista... Severyn se encontraba solo a centímetros del arma de Ida. Esta hizo un esfuerzo para levantarse y titubeó a lo largo de la pasarela hasta que la alcanzó. Un revólver con culata de nácar. Lo cogió, se dio la vuelta y dispararon al tiempo.

La bala de Ida resonó en la pasarela junto a Severyn. Él volvió a disparar y el hombro del vestido de Ida reventó con una ráfaga de algodón; entonces notó el dolor y cayó hacia atrás, y Severyn corrió hacia ella: una bala más y la liquidaría. Ella levantó su débil mano y disparó, le alcanzó en el estómago.

Él titubeó y se derrumbó, mientras Ida caía de nuevo sobre la pasarela. Le llevó un momento recuperar la fuerza, pero luego levantó el arma y le apuntó temblorosa. Él movió la cabeza a derecha e izquierda tratando de adivinar dónde estaba Ida, completamente cegado ahora por las luces.

Ida estaba tan maltrecha y exhausta que apenas conseguía respirar.

Hizo todo lo que pudo por mantener su arma levantada, con la mano temblándole de dolor por la herida de la bala y el suplicio que suponían las quemaduras de su cuerpo.

Volvió a levantar el arma y la desplazó a los lados. Entonces él debió de oír su aliento rasposo, porque, a pesar de su ceguera, su arma se balanceó en dirección a ella. Justo antes de que la localizara, Ida disparó.

Hasta que la recámara se quedó vacía y Severyn se quedó definitivamente quieto.

LA CALLE LA SALLE estaba muerta, los trabajadores de las oficinas se habían ido, las limpiadoras aún no habían llegado, cualquier otra persona que pudiera haber estado en el exterior había sido atraída por el revuelo de Soldier Field. Dante condujo por calles vacías, pasando lentamente por delante del edificio, y vio los coches aparcados enfrente y a los que estaban agachados dentro de ellos. Siguió conduciendo, rodeó la manzana, examinó la entrada trasera del edificio, comprobó las calles laterales y aparcó a la vuelta de la esquina. Dio unos rodeos para enfilarse por la calle por la dirección opuesta, de modo que los hombres del interior de los coches creyeran que había aparcado en el otro extremo de la manzana.

Entró por las puertas giratorias del edificio y llegó al vestíbulo. Este era enorme y de techo alto y estaba decorado con antiguos motivos egipcios, tantos que tuvo la sensación de que se encontraba en un estudio abandonado de cine donde se habían rodado *Los diez mandamientos* o *Rey de reyes*.

No había vigilantes ni porteros, nadie encargado del mostrador de recepción, y por tanto nadie que recordara que él hubiese estado allí. Vio que uno de los ascensores tenía las puertas abiertas, así que se dirigió a él mientras observaba el mural de arriba y el ojo de Horus le devolvía la mirada.

Entró en el ascensor, y como no había ascensorista que lo hiciera funcionar, cerró la puerta, apretó el único botón del interior —el del piso veinticuatro— y lo puso en marcha.

Las puertas se abrieron a un pasillo inquietante escasamente iluminado en el que le esperaban tres hombres. El primero era Sacco, al que Dante reconoció del campo de golf. Llevaba puesto su traje marrón y su bombín, y sostenía una Smith & Wesson del 45 en la mano. El segundo hombre parecía un guardaespaldas, grande, musculoso y avinagrado. Y el tercero tenía aspecto de contable, vestido con un traje elegante, con uno de los ojos ligeramente desviado, como de cristal, que brillaba demasiado en la penumbra.

Sacco hizo un gesto a Dante para que levantase las manos y este lo hizo. Entonces el guardaespaldas se acercó y le cacheó, y a Dante se le descontroló el corazón y tuvo pánico de que encontraran su pistola, aunque sabía que nadie registraba nunca los sombreros.

Al cabo de unos segundos el guardaespaldas indicó a Sacco que no había nada y Dante se relajó un poco. Sacco movió la 45 a un lado un par de veces, y Dante anduvo por el pasillo en la dirección indicada mientras los tres hombres le seguían sin soltar palabra.

Dante vio luz procedente de una puerta de cristal que formaba un rectángulo amarillo limón en la oscura alfombra del pasillo. Luego oyó una voz débil que salía de la habitación del otro lado de la puerta: una radio, el combate de boxeo, las

palabras del comentarista que interrumpían el silencio entre la estática.

—Entre —dijo Sacco desde detrás de él.

Dante abrió la puerta y entró en un despacho. Los ventanales de techo a suelo daban al sur de Chicago, con el lago a un lado y las brillantes luces de la ciudad al otro. Justo delante de la ventana había una mesa de caoba, y detrás estaba sentado Coulton, con un puro sujeto entre los dientes, escuchando la radio, que había sido situada entre un par de jarrones Ming encima de un aparador.

Y junto al aparador, sentada en un sofá, estaba Loretta, vestida todavía con la ropa del entierro, con aspecto desconsolado pero ilesa. Dante le lanzó una mirada interrogativa y ella asintió como respuesta, indicando que estaba bien.

Delante de la mesa había un par de sillas vacías. Coulton las señaló con la mano y Dante se sentó. Luego Coulton hizo un gesto con la cabeza a Sacco y a los otros hombres.

—Esperad fuera —dijo, y Dante se volvió y adquirió una mueca de desagrado en la cara de Sacco. Coulton no quería que los hombres estuvieran presentes por si Dante revelaba durante la charla quién era el contacto en Nueva York. Dante no sabía si eso significaba que Sacco no le había hablado a Coulton de su oferta. O si Sacco estaba traicionando a su jefe.

Un momento después, Sacco asintió e hizo lo que le mandaban, y los tres hombres salieron del despacho.

Dante se quitó el sombrero con cuidado y le dio la vuelta, de modo que el forro quedara hacia arriba, con la Beretta allí, disimulada entre los pliegues de tela cosidos rápidamente en la copa para que no se moviera. ¿Podría matar a Coulton con el primer disparo? Era improbable. ¿Dos balas para Coulton quizá? ¿Reservar las otras cuatro para los hombres de fuera? Todavía más improbable. ¿Y en cualquier caso podría después encontrar el ascensor de servicio y sacar a Loretta de allí antes de que los hombres aparcados delante del edificio se dieran cuenta?

Pasó los dedos por el ala de su sombrero.

—Solo por si cree que podría tener la oportunidad... —dijo Coulton, y levantó una Colt 1911 del tablero de la mesa, enarcó las cejas y luego la volvió a dejar con el extremo del cañón apuntando a Dante—. Usted le dijo a Sacco por teléfono que tenía que hacer un trato —dijo—, que sabía ciertas cosas...

Dante asintió y le contó a Coulton lo que sabía. Recalcó lo inteligente que le parecía el plan de Coulton, y este se lo tragó, escuchando con interés mientras daba caladas a su puro.

—Era un plan estupendo —dijo Dante, para rematar—, pero usted cometió un error.

—¿Sí? ¿Cuál? —dijo Coulton, echándose hacia delante.

—No me ofreció trabajo. —Coulton se rio. Pero Dante mantuvo los ojos clavados en él y siguió hablando—. Soy el que mejor arregla las complicaciones que haya tenido nunca esta ciudad —dijo—. Usted nos deja salir de aquí a la chica y a mí y yo

me ocuparé de sus asuntos en Nueva York. Me aseguraré de que Lansky y Luciano no le estafan. —Ante la mención de los nombres, Coulton se crispó y Dante tuvo su prueba—. Son amigos míos —continuó—. Puedo tenerlos controlados, y sabe que haré ese trabajo mejor que cualquier otro que pudiera contratar usted. Y no voy a decir ni palabra a sus hombres de ahí fuera. Los dos sabemos que si Sacco se entera de quién es el contacto, le quitará a usted de en medio en un instante. Y yo mantendré a Capone lejos hasta que usted vuelva a intentar quitárselo de encima.

Dante miró a Coulton sin saber si se lo había tragado. Pero no había la más ligera muestra de emoción en la cara del viejo. Se echó hacia atrás en su sillón y dio una chupada a su puro antes de volver a hablar.

—¿Usted no comparte las objeciones de Capone sobre el mercado de droga? —preguntó.

Dante negó con la cabeza.

—Capone es un dinosaurio —dijo—. ¿Cree usted que yo quiero trabajar para un hombre así? Estoy pagando una deuda. La ley seca está llegando a su fin. Dentro de un año o dos habrá sido revocada, ¿y entonces qué pasará con los traficantes de bebida como Capone? Ninguna cadena de hoteles o restaurantes querrá tener tratos con gánsteres. Solo un idiota como Capone es incapaz de ver que se acerca el fin, que es necesario probar cosas nuevas. Nosotros le quitaremos esos canales de distribución establecidos por los traficantes de alcohol y los usaremos para narcóticos. El futuro es ese. Y quiero formar parte de él. Quiero participar en el negocio con usted.

Coulton le miró fijamente, considerando la oferta de Dante, sopesando las posibilidades. En la quietud, el único movimiento era el del humo del puro, el parpadeo de las luces de la ciudad en el exterior, los botes en la oscura superficie del lago; el único sonido era el de la radio. En un ring en otra parte de la ciudad, se produjo un elegante acto de violencia: un hombre se impuso a otro, y el país rugió.

—Fui con la idea a Capone hace unos meses y la rechazó —dijo Coulton—. A ver si me lo explica alguien... un hombre que esnifa cocaína y bebe sin parar todo lo que no sea agua y se acuesta con la mitad de las chicas de sus burdeles... un hombre así rechaza la heroína. —Coulton se encogió de hombros, indicando que la decisión de Capone seguía pareciéndole incomprensible—. Tiene usted razón —continuó—. Los narcóticos son el futuro. Más fáciles para hacer contrabando que la bebida, más fáciles de transportar, un millón de veces más adictivos y rentables. El gobierno nos hizo un regalo con la ley seca, pero al prohibir los narcóticos nos está brindando una edad de oro. Por desgracia, Dante, esa edad dorada no le incluye a usted. Si hubiera venido a verme hace unas semanas, podríamos habernos entendido. Pero ahora... —Negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué me ha dejado entrar?

—Tenemos planeado algo para esta noche. Algo para lo que queríamos quitarle de en medio. Cuando llamó sugiriendo el encuentro, bien, fue una coincidencia feliz. Para nosotros. Además, no sabíamos si le había hablado a Capone de lo nuestro. A

juzgar por su discursito de antes, no lo ha hecho.

—¿Y los contactos con Nueva York?

Coulton se encogió de hombros.

—¿Que usted sabe a quién le compro en Nueva York? Eso no importará cuando usted esté muerto.

Soltó una risita y Dante supo que no tenía sentido hablar con el hombre, que había juzgado equivocadamente la situación, y esa certeza le condujo a su plan de apoyo, al arma sujeta dentro de su sombrero.

—¿Y qué pasa con la chica? Podía dejarla libre —dijo Dante—. Haga lo que quiera conmigo, pero deje que ella se vaya.

Coulton soltó un suspiro.

—Acaba de ser testigo de nuestra reunión —dijo—. ¿Qué puedo hacer? —Y levantó las manos para sugerir que no había nada que se pudiera hacer. A Dante se le encogió el corazón y una lúgubre resolución se apoderó de él. Las manos de Coulton estaban en el aire: lo más lejos que habían estado del arma que tenía en la mesa durante todo el tiempo que llevaban hablando.

Los ojos de Dante salieron disparados desde las manos hasta la pistola del hombre, calculando la distancia, y Coulton frunció el ceño siguiendo la mirada de Dante, notando algo. El viejo se lanzó hacia delante, agarrando su Colt. Dante arrancó su revólver de cañón corto del sombrero y lo disparó dos veces. El primer disparo hizo pedazos la ventana; el segundo dejó un agujero del tamaño de un centavo en la frente del viejo y una expresión de perplejidad en su cara. Se derrumbó sobre el tablero de la mesa con los dedos a escasos centímetros de su arma. Entonces la ventana explotó hacia fuera con un estampido, la noche chupó fragmentos de cristal, las páginas se alzaron de la mesa y se arremolinaron en el aire y el grito de Loretta se impuso a la ráfaga de viento.

Dante saltó hacia delante, agarró el Colt de la mesa de Coulton y se giró justo cuando irrumpían Sacco y el guardaespaldas con las armas preparadas y una descarga ensordecedora de balas atronaba en la habitación. Los dos hombres cayeron al suelo y Dante sintió primero una oleada de alivio y luego un adormecimiento en su estómago; y entonces se preguntó por qué había sido empujado contra la mesa, y al bajar la vista vio el agujero de bala en su camisa y la sangre brotando de él, y en lo único en lo que pudo pensar para concentrarse cuando el dolor se le extendía por el cuerpo fue en la voz del comentarista imponiéndose al rugido del viento...

Dempsey tiene cortes encima de los ojos. Se le ha hinchado la cara. Está sangrando por la boca...

Luego se vio en el suelo, y en algún punto lejano oyó a Loretta gritando. Veía a Sacco y al otro hombre tendidos en el suelo, y las líneas de la perspectiva empezaron a girar, el mundo comenzó a derrumbarse. Cerró los ojos y oyó el rugido del viento. Oyó sonar una campana, a una multitud vitoreando en alguna parte, voces frenéticas.

Termina el asalto, y Teddy Haines está extendiendo rápidamente vaselina por

toda la cara de Dempsey...

Entonces una voz de mujer, unas manos de mujer le ayudaban a levantarse; abrió los ojos y contempló la habitación en desorden, su visión desequilibrada. Loretta le estaba arrastrando hacia la puerta, ahora solo un marco de madera que contenía un centenar de esquirlas de cristal.

Dante se buscó en el bolsillo, resbaladizo por la sangre, sacó su encendedor y lo movió para que lo cogiese Loretta. Ella frunció el ceño un momento hasta que entendió lo que quería decir. Le dejó apoyado en el marco de la puerta de cristal, fue al estante de las bebidas y vertió una botella de whisky encima del sofá; luego usó el encendedor para prenderle fuego.

Dante volvió la cabeza para mirar y echó un vistazo a Coulton, caído sobre la mesa, empapando con su sangre los papeles que había encima. Luego el sofá empezó a arder, y la alfombra, y los cuadros clavados en la pared; los jinetes y las cacerías y las verdes colinas por las que cabalgaban, todo se ponía negro con las llamaradas.

Loretta pasó el brazo por debajo del hombro de Dante y cruzaron cojeando la boca de colmillos de cristal que era ahora la puerta destrozada. Llegaron al pasillo, y el tercer hombre, estaba pegado a la pared, empezó a gritar.

—Por favor, no me mate... Por favor... Solo soy un secretario... Por favor... — Dante miró al hombre, lo irritado que tenía el ojo bueno, muy abierto y soltando un torrente de lágrimas, mientras que su ojo de cristal estaba todavía perfectamente transparente, y pensó en lo raro que resultaba eso—. Por favor, no me mate.

Le dejaron allí, sollozando en un ataque de desesperación, y se alejaron, con Loretta siguiendo las señales hacia el ascensor. Dante negó con la cabeza.

El ascensor de servicio...

Y no estuvo seguro de si lo había dicho en voz alta hasta que cambiaron de dirección, enfilando en el otro sentido el largo y oscuro pasillo. Cuando llegaron a una pared se desplomó contra ella mientras Loretta apretaba repetidamente un botón. Se oyó un sonido desgarrador cuando el ascensor adquirió vida, y cuando se abrieron las puertas y entraron, Dante vio la gran mancha de sangre de la pared en que se había apoyado; entonces bajó la vista y vio que su camisa y sus pantalones estaban rojos, y que la sangre formaba coágulos entre los cordones de sus zapatos, y supo que estaba muerto, pero que quizá había salvado a Loretta.

Se dejó caer contra uno de los paneles metálicos que revestían el interior del ascensor y se deslizó por él hasta que estuvo sentado en el suelo. La quemazón de su estómago se imponía a la conmoción y se dio cuenta de que tenía las manos sobre el agujero de su tripa, y pensó en las mujeres embarazadas, que ponen sus manos encima de una nueva vida.

A Loretta le corrían lágrimas por la cara. Dante comprendió que no le quedaba mucho tiempo y se dio cuenta de que estaba murmurando, balbuceando, farfullando. Buscó las llaves del coche en el bolsillo, las levantó y vio una gota de sangre deslizarse a lo largo de ellas cuando las sostenía en alto.

... Déjame aquí... escapa... hay hombres dentro de coches enfrente... habrá cristales en la calle de la ventana... da la vuelta y corre...

No sabía si había dicho de verdad las palabras o solo las pensó. Balbuceaba, murmuraba y no supo si ella le había oído, si Loretta escapó. Si le dijo cómo era el coche de Sacco.

Y en un determinado momento se produjo un potente golpe sordo y la vibración se detuvo. Las luces parpadearon, volvieron a encenderse, y vio que estaba solo en el ascensor, y advirtió que el estómago ya no le dolía; entonces el gran mecanismo se puso en marcha otra vez y se encontró moviéndose; dejó atrás primero el bajo, luego el sótano y continuó en la oscuridad, cayendo a través del universo a la ciudad de los espíritus sepultada en el pasado, para unirse con sus padres, sus hermanos y su mujer, todos ellos esperándole en la fiesta de graduación de su hermana.

CONCLUSIÓN

CODA

«Fuiste el mejor. Hiciste un combate inteligente, chico».

JACK DEMPSEY A GENE TUNNEY
TRAS PERDER A LOS PUNTOS,
SOLDIER FIELD, CHICAGO

Chicago Herald Tribune

EL MEJOR PERIÓDICO DEL MUNDO

TUNNEY GANA POR DECISIÓN ARBITRAL

SUMARIO

Tunney gana por decisión unánime de los árbitros. Página 1.
James O'Donnell Bennett describe el intenso drama del combate. Página 1.
Los entrenadores de Dempsey protestan por la lenta cuenta del séptimo asalto. Página 1.
Mujeres de la alta sociedad y dependientas asisten al combate y aprenden todo sobre él. Página 2.
Tunney 11 a 10 la mejor apuesta para el combate a las once. Página 4.
Aciertos y fallos parecen iguales desde los asientos traseros. Página 5.
Trenes, aviones y autos traen aficionados al combate. Página 5.

LA MULTITUD GRITA ANTE EL TENSO DRAMA CUANDO GENE SE LEVANTA

*(Página de fotos del combate que muestran la acción
en los distintos asaltos en página 3)*

Por JAMES O'DONNELL BENNETT

En un combate por el título con tremendas oscilaciones, Gene Tunney sigue siendo campeón del mundo a pesar de los feroces ataques de Jack Dempsey en el Soldier Field la noche pasada. El momento más dramático se produjo en el séptimo asalto, a las 10:34, cuando Dempsey derribó a Tunney hasta la cuenta de nueve, pero al árbitro Dave Barry se le acusó de iniciar la cuenta con retraso según las nuevas reglas...

AGENCIA NACIONAL DE DETECTIVES PINKERTON, S. A.
FUNDADA POR ALLAN PINKERTON, 1850
ALLAN PINKERTON, NUEVA YORK
OFICINAS

ATLANTA	DALLAS	KANSAS CITY	OMAHA	SAN LUIS
BALTIMORE	DENVER	LOS ÁNGELES	PITTSBURG	SAN PAUL
BOSTON	FILADELFIA	MILWAUKEE	PORTLAND	SCRANTON
BUFFALO	HARRISBURG	MINNEAPOLIS	PROVIDENCE	SEATTLE
CHICAGO	HARTFORD	MONTREAL	RICHMOND	SIRACUSA
CINCINNATI	HOUSTON	NUEVA ORLEANS	SALT LAKE CITY	SPOKANE
CLEVELAND	INDIANNAPOLIS	NUEVA YORK	SAN FRANCISCO	TORONTO

Calle South Wells, 137
Chicago, 16 de julio, 1928

Audiencia disciplinaria: #1928-C-IL-04b

Agentes: Davis, Ida #713, Talbot, Michael #442

Estimados señor y señora:

Escribimos para informarles de la decisión de la audiencia disciplinaria celebrada el 13 de julio referente a su comportamiento con respecto al caso #103-455-28 - H. Van Haren.

Los mediadores decidieron que a todos los efectos las demandas de falta grave y desacato voluntario de órdenes eran válidas, y la audiencia recomendó el despido, una recomendación que fue aceptada por el Comité Ejecutivo.

Esta decisión no está sujeta a apelación y su ejecución es inmediata. Cualquier posesión personal dejada en sus antiguos despachos les será enviada por correo. Nos gustaría recordarles que el compromiso de confidencialidad que firmaron al comienzo de su contrato con la empresa es vinculante a perpetuidad.

Respetuosamente,
David G. Trainor,
Presidente, Comité Ejecutivo

AGENCIA NACIONAL DE DETECTIVES PINKERTON
NUNCA DORMIMOS

MICHAEL TOMÓ EL *WOLVERINE* de las ocho quince para Ann Arbor, y desde allí, un taxi para hacer los diez kilómetros hasta donde estaba situado el psiquiátrico, a orillas del río Huron, en las afueras de Ypsilanti. Cuando llegó al edificio, una mansión neoclásica de aspecto agradable, el médico estaba en los escalones esperándole. En la cincuentena, con barba y corpulento, saludó a Michael con una sonrisa cautelosa y un firme estrechamiento de manos antes de llevarle a la recepción, subir una escalera y recorrer un laberinto de pasillos.

Describió el carácter único de las instalaciones, que se fundaron por mediación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan, las investigaciones pioneras que se realizaban allí; intentaba dejar claro, comprendió Michael, que hacer público algo de lo que hablaban, supondría un perjuicio para la institución y para los vulnerables pacientes que estaban esforzándose en tratar.

Había llevado semanas de investigación encontrar aquel lugar. Un día después de la muerte de Coulton y Severyn y la hospitalización de Ida, a Michael le informaron de que quedaban expulsados temporalmente de la Pinkerton, a la espera de una audiencia disciplinaria. Así que había llamado a Walker para explicarle lo que quería hacer y este le había ofrecido un contrato de seis semanas que le convertía en adjunto de la Oficina del Fiscal del Estado como investigador temporal. Eso significaba que podía realizar su investigación con el respaldo del fiscal del estado, lo que aceleró mucho las cosas, al igual que el hecho de que el imperio financiero de Charles Coulton padre hubiera quedado desmontado y fuera un auténtico embrollo. Con el hombre muerto, su hijo y su secretario desaparecidos y su despacho quemado, un enjambre de abogados se habían hecho con el control de sus propiedades, y fue a ellos a quienes Michael se dirigió de modo semioficial.

Analizó las cuentas del muerto y descubrió que había hecho una donación a la universidad y que su secretario había realizado un viaje allí el día después de la muerte de Gwendolyn. Revisó los registros del empleado, encontró al conductor pertinente y se entrevistó con él. Este confirmó el viaje, la hora, los pasajeros y la gratificación que recibió por mantener la boca cerrada.

Después se trataba de coaccionar a las personas que se ocupaban del psiquiátrico para que hablaran con él. Llamó a la universidad y les contó una historia sobre la muerte de Coulton y sus supuestos actos delictivos; dijo que se estaba realizando una comprobación oficial de sus cuestiones financieras, incluidas las donaciones caritativas que había hecho. Envió una carta de solicitud con membrete oficial y como respuesta recibió una lista de los empleados del psiquiátrico. Confrontó sus nombres con los de la Oficina de Identificación de Chicago, y la Oficina de Investigación de Washington, y encontró una coincidencia. Se trataba de un médico de la instalación que tenía una orden de detención de California porque le habían

atrapado, treinta años antes, vendiendo ilegalmente medicamentos abortivos a prostitutas de Santa Bárbara, solo unos meses después de titularse en la universidad.

Michael le llamó y le expuso la situación: que lo único que quería a cambio de no informar a la administración de la universidad de su detención por distribuir medicamentos que facilitaban el aborto era cierta información de uno de sus pacientes. El médico aceptó y Michael reservó un billete para el *Wolverine*; veinticuatro horas más tarde el médico le conducía por los pasillos del psiquiátrico, con aspecto solo ligeramente incómodo teniendo en cuenta que estaba en compañía del hombre que le había hecho chantaje.

Se detuvieron ante una puerta cerrada con pestillo que a Michael le recordó una celda de aislamiento incomunicado y se fijó en la pizarra cuadrada a un lado con el nombre del paciente escrito con tiza: «Charles Cooper». El médico abrió la mirilla y Michael se acercó para echar una ojeada dentro.

Era una celda agradable para lo que son las celdas: tenía una cama y una ventana enrejada que daba al río y los campos de trigo de detrás, una mesa, un cubo y las paredes pintadas de un verde claro tranquilizador. Y entonces Michael se fijó en la silla para obligarle a comer de la esquina, con sujeciones para pies y brazos y topes a los dos lados del cabecero, lo que la hacía parecer una silla eléctrica.

Volvió la mirada de la silla a la cama donde estaba acostado, con camisa de fuerza y pijama, Charles Coulton hijo. Tenía la cabeza apoyada en una almohada, lo que permitía a Michael verle la cara, o lo que quedaba de ella. Arturo Vargas no había exagerado cuando dijo que Coulton había quedado irreconocible después de que Benny Roebuck le estrellara la botella de champán en la cara. Grandes cicatrices le agujereaban la cara, su nariz había sido parcialmente rebanada, y había algo espantoso y desequilibrado en lo que quedaba. Michael dudó de que ni siquiera los amigos más íntimos del chico le reconocieran.

Y en mitad de todas aquellas cicatrices y carne amontonada había dos agujeros donde debería haber un par de ojos.

—¿Los ojos? —preguntó Michael.

—Infectados. Se los quitaron en el centro de trauma.

De modo que Roebuck había dejado ciego a Coulton, impulsando a Severyn a ejecutar una venganza exacta cuando al fin atrapó al hombre en el callejón. Puede que debido a la posición de la cabeza de Coulton, a Michael le pareció como si estuviera mirando al techo, las motas de polvo que flotaban en el aire con la luz del sol de la tarde. No se movió durante todo el tiempo que Michael le estuvo examinando; parecía completamente ajeno al mundo, y Michael se preguntó cuánto se debía a la catalepsia y cuánto a la medicación.

Lanzó una última mirada al asesino de Gwendolyn van Haren, el hombre en el que Coulton padre había depositado todos sus sueños de crear un imperio, y se apartó de la mirilla, que el médico cerró cuidadosamente.

—Podemos hablar en mi despacho —dijo.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS ESTABAN sentados en una habitación luminosa que, como la celda de Coulton, tenía vistas al río y los campos de trigo. Una secretaria les había traído unas tazas de té de menta y el olor de esta impregnaba el aire.

—Yo no estoy a cargo del caso —dijo el médico—, pero después de su llamada, miré las notas del chico, hablé con mis colegas y me puse al día de su historial. — Michael asintió mirando al hombre y tratando de encajar al médico con barba de cincuenta y tantos años con el recién licenciado en medicina de treinta años atrás al que habían pillado vendiéndoles abortivos a prostitutas—. ¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó a Michael.

—¿Hay alguna posibilidad de que salga alguna vez de aquí?

—No creo que se cure nunca, si es eso lo que pregunta. Si usted decide revelar su identidad, podrían mandarle a otra instalación, pero dudo que termine nunca en la cárcel, aunque le juzguen por el asesinato de la chica. Ningún juez le mandaría a ningún sitio que no fuera un hospital. Está catatónico, puede que también en coma. Tenemos que alimentarle a la fuerza, limpiarle. Tiene incontinencia. No he conocido el caso de un solo paciente que volviera a funcionar normalmente después de una parálisis tan completa.

—¿Y quién paga su estancia aquí?

—El cuidado del chico será pagado por la donación... Una parte de ella está destinada a los pacientes, y quedan todavía unos cuantos años para que se agote. Después, si no hay con qué financiarlo, lo trasladarán a un manicomio del estado. Están construyendo uno nuevo en Ypsilanti.

—¿Entonces siempre estará así? ¿Como lo he visto en la celda?

—Preferimos llamarlas habitaciones. Pero, sí, todavía muestra cierta lucidez. Como le he dicho, si no le damos de comer, se morirá de hambre. A ese respecto, solo es un peligro para sí mismo.

—¿Tiene alguna idea de lo que originó este estado?

El médico se movió en su sillón.

—Hay algo sobre el chico que quizá usted no sepa. Esta no es la primera vez que es paciente nuestro. Esta es su tercera visita. Estuvo internado brevemente aquí cuando iba a la universidad, cuando sus tendencias homosexuales se hicieron evidentes. Luego volvió más recientemente, hace un año, después de padecer un colapso nervioso. Le tratamos con psicoanálisis y una terapia de electroshocks. Mi colega al cargo de su caso, el doctor Monroe, ha elaborado un resumen psicopatológico del chico. Si usted quiere, se lo puedo resumir.

—Por favor...

—El paciente ha pasado por bastantes traumas importantes. La muerte de su madre al darle a luz significó que se crio sin madre y con un padre que le culpaba por ello. Luego llegó la manifestación de sus tendencias homosexuales, y sus

experiencias durante la guerra. Estos traumas más recientes... la muerte de su prometida y las heridas faciales... fueron, por plantearlo en términos sencillos, el golpe final. La mayoría de las notas del doctor Monroe se centran en la relación del paciente con su padre. Este educó al paciente para que fuera culto, instruido, amable, y luego arremetió contra él por poseer esas cualidades, echándoles la culpa de lo que consideró que echaba a perder a su hijo, su debilidad por naturaleza, su afeminamiento. Por una parte le criticaba por ser demasiado blando, pero cuando el chico trató de comportarse como su padre, imitando su brutalidad, le criticó por ser un patán.

»El paciente, pues, creció confuso, sin sentirse querido, incapaz de reconciliar las dos personas contradictorias que su padre quería que fuera. Empezó a interesarse por modelos de comportamiento destinados a dejar clara y demostrar su masculinidad: ser problemático en el colegio, irse voluntario a luchar en la guerra de Europa, asociarse con gente de los bajos fondos. En la guerra conoció a Lloyd Severyn, el tipo de delincuente por el que el paciente ya se había sentido atraído en el pasado. Con Severyn fue aceptado por alguien parecido a su padre, y eso aplacó algo su sensación de carecer de valor, pues el paciente lo veía como un puente para salvar los dos mundos entre los que siempre había estado dividido. Los deseos del paciente de sentirse partícipe de las intrigas de su padre también vienen de ahí, supongo. Esa necesidad de cumplir sus expectativas.

»Pero aquella noche final el chico se dio cuenta de que había vuelto a fallarle a su padre, y el motivo de ese fracaso fue la aparición de su prometida, y por extensión de su sexualidad. Padeció una recaída, descargó su ira y frustración en la chica, matándola en el proceso, y luego se hundió. Puede que antes de que fuera atacado y le destrozaran la cara, puede que después. Al final se dio cuenta de que no podía ser las dos personas distintas que había pasado la vida intentando ser, y acabó sin ninguna, sin personalidad, incapaz de responder a los estímulos, inseguro de quién o qué era.

»Este es al menos el análisis del doctor Monroe. Tal vez en algún momento pueda surgir una nueva persona, una tercera personalidad con la que sea capaz de relacionarse con el mundo, pero, dada la gravedad del trauma, lo dudo. Temo que será así de por vida, un cuerpo exento de personalidad, vacío. —El médico alzó las manos y luego las colocó ante sí sobre la mesa del despacho. Michael asintió, y miró las tazas de té sin tocar—. Entonces —dijo el médico al cabo de un momento—, ¿revelará usted su paradero? ¿O nos dejará seguir tratándole? No veo que beneficie a nadie obligarle a pasar por un tribunal. El doctor Monroe testificará sobre la incapacidad total del paciente, y el juez le mandará de vuelta a un manicomio, y todo eso supondrá un desperdicio de dinero de los contribuyentes.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor —dijo Michael—. Pero antes tengo que discutirlo con mi socia. También hay que pensar en la madre de la chica muerta. Tiene derecho a saber la verdad. Quizá, al final, la decisión sea suya.

—Me hago cargo —dijo el médico, con fría formalidad—. Por favor, hágame saber la decisión.

Michael dejó el despacho poco después y se quedó parado delante de los escalones del edificio mientras esperaba por su coche. Alzó la vista hacia la gran mansión blanca detrás, resplandeciente por el sol de la tarde, y pensó en la habitación de la parte posterior, donde el asesino de Gwendolyn estaba sujeto por una camisa de fuerza, su cara desprovista de ojos, su cuerpo desprovisto de mente. Eso le hizo pensar en Nueva Orleans, en los cuentos populares de sacerdotes vudú que traían cadáveres de vuelta a la vida, y recordó lo que Coulton padre le había dicho en su despacho sobre el vudú y el dinero.

Entonces llegó el coche de Michael, este se subió y fue llevado entre el verde intenso de los campos de regreso a la estación, de regreso a Chicago, dándole vueltas en la cabeza al vudú y los sueños de imperios hechos jirones, y el residuo y peso de las sombras que pasaban silenciosas por el mundo.

24 de julio de 1928

Estimada señora Van Haren:

En primer lugar quisiéramos expresarle nuestro pésame por la pérdida de su hija. Este caso fue el más complicado e inquietante que tuvimos que investigar durante nuestro trabajo en la Pinkerton y nos afectó profundamente a los dos. Hemos pensado mucho en nuestra decisión de escribirle, considerando su derecho a saber la verdad sobre lo que le pasó a Gwendolyn frente a la angustia que sabemos le producirá. Cuando tenga esta carta en sus manos, ya conocerá nuestra decisión. Lo que se ha publicado en los periódicos y ha aparecido en los informes de la Pinkerton es verdad hasta cierto punto, pero no da cuenta de la historia completa; debajo está lo que nosotros creemos que es la verdad. Descubrimos esos detalles en circunstancias dolorosas, y con gran coste personal, así que consideramos que es justo que se los relatemos a usted, tanto si decide leerlos como si no.

Su hija pasó el día de su desaparición intentando encontrar a Charles Coulton hijo para así poder decirle que rompía su compromiso. Fue a Bronzeville y se encontró con un hombre llamado Randall Taylor, un intermediario, que le dio la dirección de un apartamento que Coulton tenía alquilado donde creía que este podría encontrarse. El apartamento estaba en una calle desolada al sur de los mataderos y Coulton lo utilizaba como segunda vivienda.

Gwendolyn llegó a la casa en algún momento después de las diez. Pero al llegar, resultó que interrumpió a Coulton y su compañero, Lloyd Severyn, mientras estaban dedicados a borrar las huellas de un violento crimen. Cuando ella vio lo que estaban haciendo, corrió de vuelta a casa y, temiendo por su vida, intentó dejar la ciudad. Preparó una maleta y tomó un taxi a la estación Illinois Central, pero en el camino, a unas manzanas de la estación, Severyn la encontró, la atrapó y la llevó de vuelta al apartamento.

Mientras Gwendolyn estaba allí, Coulton y ella discutieron, y Coulton la estranguló y la mató. No creemos que su asesinato fuera premeditado, y Severyn no participó en su muerte. Dominado por el pánico, Coulton llevó su cuerpo al sótano, lo ocultó debajo del carbón de la carbonera y más tarde, aquella misma noche, escapó.

Estos son a grandes rasgos los detalles de lo que le pasó a su hija, muchos de los cuales coinciden con los que ya sabe usted. Le adjuntamos copias de nuestros

archivos personales del caso, que detallan el contexto más amplio de los hechos, el crimen con el que se tropezó Gwendolyn aquella noche y la explicación de que este formaba parte de una conspiración organizada por Charles Coulton padre cuyo objetivo era el establecimiento de una red de distribución de heroína en la ciudad.

Pensamos que debíamos escribirle contando estos detalles personalmente para que así usted sepa de primera mano lo que descubrimos, y no tenga que fiarse de los periódicos, de los distorsionados informes de la policía y de nuestros antiguos colegas de la Pinkerton.

Mi padre, Peter Davis, decía con frecuencia que es mejor saber la verdad, por molesta que pueda ser. Toda mi vida he creído que eso era válido y estaba bien fundado, pero al escribir esta carta, ya no estoy tan segura.

Si usted quiere hacer algunas preguntas o le apetece discutir algo con respecto a este caso, siempre estamos dispuestos a hablar, y puede ponerse en contacto con nosotros por medio de la dirección del remite. Volvemos a darle el pésame y esperamos que pueda encontrar cierto consuelo.

*Con nuestro profundo afecto,
Ida Davis y Michael Talbot*

UNOS PASOS LEVANTARON ECOS en el pasillo del hospital, y el hombre se incorporó en la cama, haciendo una mueca debido al dolor que le desgarraba el estómago. Llamaron con los nudillos, y la puerta se entreabrió, dejando entrar a la enfermera, que sonrió.

—Un tal señor Halpert quiere verle —dijo. El hombre de la cama frunció el ceño; no reconocía el nombre—. Dice que es productor de cine —añadió la enfermera—, de Hollywood... —Puso los ojos en blanco y soltó una risita y el hombre de la cama le devolvió la sonrisa mientras un recuerdo le venía a la mente desde lo que parecía toda una vida atrás... el bar de un hotel, un judío, bronceado, en Chicago contratando gánsteres.

—Pídale que entre —dijo él, y la enfermera asintió y desapareció detrás de la puerta. Unos segundos después entró Halpert en la habitación. Tenía su sombrero en una mano, una cartera en la otra, y una amplia sonrisa en la cara.

—¿Señor Sanfelippo? —dijo, y Dante asintió—. Nos conocimos en el bar del Drake...

—Sí, lo recuerdo. Tome asiento, por favor.

Halpert sonrió y se sentó, tamborileando con los dedos en la copa de su sombrero.

—¿Qué tal las heridas? —preguntó.

—Mejorando —dijo Dante—. Los médicos tuvieron que quitar más de un metro de intestino, pero no hubo infección, y la morfina mantiene lo peor del dolor a raya. —La última de estas frases no era estrictamente cierta, pero Dante había descubierto que sus visitantes se sentían más cómodos en su presencia si pensaban que él también estaba cómodo. Halpert sonrió y, tras abrir su cartera de mano, sacó una bolsa de papel marrón llena de uvas y se la entregó a Dante—. Gracias —dijo este, estirándose con dolor para poner las uvas sobre la mesilla de noche. Halpert cogió un puñado de ellas y empezó a metérselas en la boca—. ¿Cómo va su cacería de actores? —preguntó Dante.

—Mi jefe me reclama en California.

—Lamento oírlo.

—Desde el punto de vista positivo, conseguí leer ese libro sobre Capone... un primer borrador... y creo que vamos a seguir adelante y rodarlo.

—Eso es muy valiente. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Halpert?

—Bien, después de la charla que tuvimos en el bar, una tercera persona me puso al tanto de a qué se dedicaba usted y eso me decidió a seguirle la pista. Me gustaría ofrecerle un trabajo, señor Sanfelippo.

—Gracias por la oferta, pero no soy actor.

—No ese tipo de trabajo, aunque usted tiene una cara que serviría. Como sabe, estamos haciendo películas de gánsteres y necesitamos a alguien que haga de...

supervisor de autenticidad. Un asesor. Para que ayude a hacerlas realistas.

—Ya veo —dijo Dante, sin estar completamente convencido de que pudiera existir ese tipo de trabajo.

—Asesor —dijo Halpert, metiéndose otra uva en la boca.

—¿Y cuál sería mi trabajo en realidad?

Halpert sonrió, como si los dos acabaran de compartir un secreto.

—Usted arreglaría las cosas. En el estudio. Tiene bastante reputación al respecto. Puede que Hollywood sea un ambiente menos... tenso... para ejercer su talento.

—¿De qué estudio se trata?

—Qué tonto soy. —Halpert se buscó en los bolsillos, sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Dante.

SAM HALPERT

Productor ejecutivo

*Producciones cinematográficas Howard Hughes
Santa Monica Boulevard, Los Ángeles, California*

—Nos vamos a atrever con *Cara cortada*... es la película de Capone. Sería un comienzo fácil para usted. Y después, cualquier cosa que el señor Hughes crea que esté bien. Descubrirá que el señor Hughes es un hombre muy generoso. Tiene usted su alojamiento pagado, viajes en primera clase adonde vaya, y el adelanto sería sustancioso. El señor Hughes incluso le pagaría una visita a la ciudad de Los Ángeles durante unas cuantas semanas para que vea si le gusta antes de comprometerse. Le llevaremos en el *Santa Fe Chief*. Es vagón de primera clase con todos los lujos... yo mismo vine en él... coches con bufé, con almuerzo, solo para cenas. Solo tarda sesenta y ocho horas, pero a uno le gustaría que durara más.

Dante había oído hablar del tren, «la alcoba rodante del estudio cinematográfico». Pensó en la última vez que había tomado un tren para ir a California; dormía en un furgón con otros tres vagabundos y se congelaron al cruzar las montañas de Sierra Nevada y se abrasaron cruzando el desierto.

—Señor Halpert, ¿quiere un primer consejo? Es gratuito. Cambie el nombre *Cara cortada* por otro. A Al le irrita mucho lo de sus cicatrices.

Halpert sonrió.

—Ya veo, señor Sanfelippo, que ya está dando muestras de lo que vale.

Sacó una pluma y un cuaderno de notas e hizo como que estaba apuntando lo que había dicho Dante, que comprendió por qué el hombre producía películas y no actuaba en ellas.

—Su confianza en mí —dijo Dante—, su oferta de trabajo... ¿se basa en lo que le han contado de mí después de encontrarse conmigo en un bar?

—Llevamos tiempo buscando a alguien que trabaje con nosotros en calidad de asesor. Ese es también uno de los motivos de que yo esté en Chicago, aunque no lo

podía reconocer la última vez que nos vimos. He investigado mucho su caso. Estamos seguros de que encajará bien. Como dije, ha llegado la época de los gánsteres de celuloide, y quizá usted pueda formar parte de ella.

Halpert sonrió y su mano rebuscó más uvas en la bolsa de papel marrón.

—Bien, se trata de una oferta muy interesante. ¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

—Todo el que quiera. Tómese tiempo para pensarlo y hágamelo saber. Dejo la ciudad dentro de un par de días, pero antes puede ponerse en contacto conmigo en el Drake, y por medio de mi oficina de Hollywood una vez que me marche.

—Gracias, señor Halpert. Tendré que pensarlo.

—Hágalo y mejore pronto.

El hombre se levantó, se despidió rápidamente con un gesto de la cabeza y salió de la habitación. Dante oyó el eco de sus pasos en el pasillo y luego en la nada. Volvió a mirar la tarjeta, le dio unos golpecitos con los dedos y trató de imaginar California. Luego alzó la vista hacia la aburrida habitación. El sol de la tarde entraba sesgado por la ventana, tiñendo una parte de la cama y del suelo de un color naranja dorado. Loretta llegaría pronto, y le enseñaría la tarjeta para que se divirtiera.

Había ido a verlo todos los días del último mes. La suya fue la cara que vio cuando se despertó después de la intervención quirúrgica, y notó que estaba presente cuando recuperaba y perdía la conciencia durante los días posteriores a la operación, mientras dependía de la morfina del hospital y simultáneamente se desenganchaba de la heroína. Aquella fue la temporada más larga que había estado sin consumirla. La morfina ayudaba; el hecho de que estuviera encamado y no pudiera conseguirla ayudaba incluso más. Pero por primera vez en años quería dejarlo de verdad. Una sensación extraña después de todo aquel tiempo en terreno salvaje.

Miró la bolsa de uvas, se estiró para sacar un par y cuando se movió notó el tirón de la piel en los puntos de su estómago; una oleada de dolor le recorrió el cuerpo, y su mente dio un salto atrás hasta aquella noche en el edificio.

Solo podía recordar fragmentos de lo que había pasado, pero Loretta lo había completado. Ella le sacó del edificio, encontró el coche, se las arregló para meterle dentro y le llevó al hospital. Hizo varias llamadas y consiguió que pocas horas después se personase Al, que se había ocupado del resto: dispuso que trasladaran a Dante al hospital en el que estaba ahora, a cuyos médicos tenía en nómina.

Mantuvieron controladas las noticias de los periódicos en lo referente a la muerte de Coulton: todos la presentaban como un accidente, un monstruoso incendio en su oficina que había segado la vida del financiero y dos de sus socios. Ninguna mención a que en los cuerpos había balas. Al aseguró que él no había hecho nada para eliminar los informes del forense, así que dejaron el trabajo importante en manos de alguien del ayuntamiento o de la Oficina del Fiscal del Estado, o puede que de los abogados que estaban ocupándose sigilosamente de los restos del imperio financiero del hombre.

Aparte de eso, utilizó toda su influencia para hacer desaparecer cualquier prueba del tiroteo en las huellas del ascensor. Sobornó con importantes cantidades a los agentes que investigaban para que no persiguieran al misterioso cuarto hombre que estuvo en el tiroteo, para que desapareciese toda prueba de la presencia de Dante. Muestras de las huellas dactilares del coche con agujeros de bala junto a la tienda se desvanecieron del archivo antes de que se pudieran averiguar a quién correspondían.

Cuando Dante hubo recuperado algo de su energía y estaba un poco más lúcido, le explicó a Al lo que había pasado: que Coulton intentó eliminarle para así hacerse cargo de la red de distribución, y que estaba de acuerdo con Sacco, que era su hombre en el seno de la Organización. No mencionó el contacto con Nueva York porque no quería involucrarse a sí mismo. Sin embargo Al debía de saber, debía de haber relacionado el plan de Coulton con el hombre que vino a verle meses atrás con un proyecto para traer heroína a la ciudad. Al le dio las gracias, le dijo que había hecho un buen trabajo y se dedicó a hacer bromas sobre Loretta, y fue entonces cuando Dante supo que ya no estaba en peligro.

Entonces recibió la primera de las visitas inesperadas: la de la novia de Jacob. La chica pasó, se sentó incómodamente en la silla para invitados y mantuvieron tan incómodamente una extraña y forzada conversación. Ella le contó su enfrentamiento con Severyn, y que la policía encontró la nitroglicerina sujeta en lo más alto de una tribuna del Soldier Field. Que a las autoridades, sabiendo que el hombre que la había puesto estaba muerto, les encantó mantenerse calladas, pasar por alto cualquier escándalo.

En cierto modo, a Dante le alegró que hubiera sido ella la que se había ocupado del asesino de Jacob. Entre los dos se pusieron al día de los últimos detalles. Él notó que un escalofrío le recorría la espalda cuando ella le habló del plan de Coulton para que Capone y Moran se enfrentaran entre sí; era exactamente el mismo plan que Lansky y Luciano habían comentado que iban a utilizar con las dos familias de delincuentes de Nueva York: los Masseria y los Maranzano.

La noticia despejó las dudas de Dante en lo referente al contacto con Nueva York; este lo formaban sus dos amigos, y eso le hizo pensar en lo que había dicho Red sobre que Chicago utilizaba las necesidades de cada hombre para que superara al siguiente, que el mundo giraba gracias a la fricción de intereses enfrentados. Coulton y sus amigos habían estado utilizando exactamente eso para conseguir sus fines, retorciendo aquella triste y sencilla verdad sobre la humanidad para originar una violencia terrible en la ciudad, y Dante, Jacob y la chica habían sido arrastrados al centro de la tormenta.

Él y la chica habían pasado por todo y se las habían arreglado para sobrevivir, y ahora los dos hablaban de ello con la intimidad distanciada de veteranos. Hablaron entrecortadamente, y Dante se dio cuenta de que, al igual que él, la chica tenía un alma traumatizada y le costaba trabajo expresar sus problemas. Pero Dante contaba con el apoyo de Loretta, y cuando miraba a la chica, se preguntaba a quién tendría

ella, y le dio pena.

Entonces, como sin venir a cuento, ella le preguntó si se iba a quedar en Chicago, y él dijo que probablemente no. Y cuando la chica le preguntó adónde iría, él se sorprendió diciendo que no estaba seguro.

La chica le dejó su tarjeta y le dijo que se mantendrían en contacto, y él pensó que era una proposición extraña hasta que ella le explicó por qué, y eso alegró a Dante. Y luego ella sacó las gafas de sol de su bolso y se las entregó diciéndole que ya no las necesitaba, y los dos sonrieron.

Al recordar ahora aquel encuentro, a Dante le dio pena que el de las películas no hubiera venido unos días antes para poder haberle respondido que iría a Hollywood. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que era un buen sitio para empezar de nuevo. Miró la tarjeta del de las películas una vez más y le dio unos golpecitos con los dedos. Llamó al pescador de Long Island, le dijo que se podía quedar con la lancha, seguir con el negocio o hacer lo que quisiera con él. Sonrió ante la idea de contar, cuando se lo preguntasen, que había decidido ir al oeste para hacer películas. La época de los gánsteres de celuloide había llegado.

A pesar del dolor, se echó hacia delante, agarró la bolsa de uvas y empezó a comérselas mientras contemplaba por la ventana cómo bajaba el sol, desplegando un abanico de luz dorada por la habitación. Justo antes de que se pusiera, volvió a coger la tarjeta y miró la dirección de Santa Monica Boulevard, y entonces oyó que se acercaban pasos. Loretta entró en la habitación, toda largas piernas al sol poniente, y su pelo, del rojo de los hornos y los incendios en la pradera.

—¿Qué es esa tarjeta? —preguntó, quitándose el abrigo.

Él se quedó pensativo y sonrió.

LOS DESPACHOS ERAN PEQUEÑOS y, si quería ser sincera, sórdidos, pero el alquiler era barato y estaban en un sitio céntrico. Había pagado seis meses por adelantado, comprado una mesa de despacho y sillas, un ventilador eléctrico, una planta en un tiesto, una radio y un tocadiscos Artophone portátil. Había instalado una línea telefónica y pagado a un pintor para que escribiese el nombre en el cristal de la puerta exterior con letras Times New Roman doradas con el borde negro: «Ida Davis, Investigaciones privadas».

Puso anuncios en los periódicos, revistas y guías comerciales, y dijo a sus antiguos colegas de la Pinkerton, y en los tribunales, los colegios de abogados, las comisarías de policía y el cuerpo de inspectores, que había abierto un despacho y les pidió que le mandaran gente si podían.

Ahora solo era cuestión de esperar, y le sorprendió no estar demasiado nerviosa mientras lo hacía. Tenía la sensación de que venían malos tiempos, y los malos tiempos eran buenos para los detectives. Además, aún tenía la mayor parte del dinero del cheque de la señora Van Haren; lo suficiente para pasar años de malos tiempos si era cautelosa y se administraba.

Había pensado a menudo en la señora Van Haren durante las semanas que habían pasado; pensaba en la carta que ella y Michael le habían escrito, en lo que no decía la carta: dónde estaba el chico encerrado en un manicomio de un pueblo de Michigan. Tuvo que convencer a Michael para que no lo mencionara, pues de eso posiblemente no resultaría nada bueno. También pensaba en lo que implicaba la carta: que fueron las iniciativas de la señora Van Haren al intentar casar a su hija las que en definitiva habían causado su muerte. La señora Van Haren debería haber sido lo bastante lista para darse cuenta, y aun así les había mandado el dinero de la recompensa de sus ahorros personales, a pesar de las tremendas deudas que tenía su familia. Puede que hubiese contribuido la culpabilidad de la mujer, creía Ida; puede que el dinero fuera su penitencia.

Michael se había quedado con la mitad del dinero y lo puso en fideicomiso para que Tom y Mae estudiaran. Ahora estaba semijubilado, desempeñando el papel de asesor en el Ministerio de Hacienda. Su negativa a aceptar el soborno de la Oficina del Fiscal del Estado parecía haber atraído la atención de algunos funcionarios del ministerio que estaban buscando hombres incorruptibles para colaborar en la preparación de nuevos inspectores. Michael le había ofrecido a Ida un empleo allí, pero ella estaba harta de trabajar para otras personas, y desconfiaba de las grandes organizaciones. Su aprendizaje había culminado y era hora de arreglárselas por sí misma. Aunque esto todavía no era completamente cierto. Michael se dejaba caer por allí de vez en cuando para ayudarla, en especial los siete meses más o menos en que ella necesitaría tiempo libre. Ida no estaba segura de cómo ocuparse de la agencia y

del niño, pero tenía a Michael y Annette para ayudarla, y también a Louis, y supuso que eso bastaría.

Al pensarlo, se levantó y fue a la mesa de la esquina donde estaba el tocadiscos. Cogió el disco que había dejado Louis y miró la etiqueta, letras doradas sobre negro: *Okeh Electric – West End Blues – Louis Armstrong and His Hot Five*.

Louis había aparecido unos días antes con el disco y una botella de bourbon para bautizar la nueva oficina. No era habitual que él le trajera un disco; había publicado docenas de ellos en los últimos años y raramente le regalaba un ejemplar. Ida lo puso para escucharlo juntos y enseguida comprendió por qué Louis había hecho una excepción con aquel; tenía algo especial, algo que ella nunca había oído antes. Fuera lo que fuese lo que hubiera estado buscando Louis, la forma perfecta, lo había encontrado, le había insuflado vida y la había recogido en cera.

Lo escucharon tres veces seguidas antes de que uno de ellos hablara. Entonces Louis le contó que había pasado seis semanas grabando el disco, tiempo que tuvo que esperar para poder escuchar finalmente el resultado, y cuando lo tuvo en las manos, él y Earl no se lo podían creer. Pasaron horas encima del tocadiscos en el Ranch, fumando y escuchándolo incesantemente, alabando que su buena suerte hubiese tenido tan buen resultado.

Ida colocó el disco en el plato, lo puso en marcha y entonces fue hasta la ventana abierta y se apoyó en el marco, esperando que la brisa le refrescara. La ola de calor no daba señales de disminuir, y día tras día la ciudad ardía bajo el sol, dejándolos empapados en sudor y con falta de sueño. Su insomnio aumentaba debido a las quemaduras de la espalda. Mes y medio después, todavía estaban blandas y ulcerosas, y tenía que ponerse pomada cada pocas horas, y si seguía las órdenes del médico debería continuar haciéndolo durante los dos meses siguientes. La herida del disparo no estaba tan mal; la bala le había atravesado la carne de la parte alta del hombro rozándole solo el hueso. Había salido viva de todo eso, más o menos entera, y la experiencia de haber sobrevivido le había enseñado que era más dura de lo que creía, justo lo que Michael le había dicho siempre. No había ningún motivo de preocupación; nunca lo había habido.

Ahora estaba recuperándose, y la oficina estaba instalada, y todo lo que quedaba por hacer era esperar que llegara septiembre para que la patada del otoño destrozara el implacable calor.

Bajó la vista hacia la ciudad, hacia las calles ajetreadas, la circulación, la luz del sol encharcando las ventanas del rascacielos de enfrente y convirtiendo su fachada en un panel de cuarzo amarillo. Entonces empezó la música, con su característica algarabía, y le invadió una extraordinaria calma hipnótica, como le pasaba siempre que escuchaba la canción, como si la música estuviese inundando el aire con el sopor de un atardecer de verano, un estado de ánimo sobre lo que significaba estar vivo en aquel momento concreto, en aquel sitio concreto. Y eso llevó a Ida a pensar en todos los veranos que habían existido y que existirían siempre.

Y en aquel momento de quietud, se frotó la tripa donde se formaría el bulto y supo que el bebé sería algo perfecto, tan perfecto como la canción de Louis, porque en la naturaleza, como en el arte, las cosas perfectas eran inevitables.

Sonrió para sí misma y una calidez la recorrió; pensó que si el bebé era un niño, le llamaría Jacob, y se abandonó a sus fantasías hasta que momentos después la canción terminó, la aguja arañó el último surco y el ruido de las calles entró otra vez por la ventana. Levantó la aguja, la colocó en su soporte y detuvo el disco.

Y entonces llamaron a la puerta.

Se quedó quieta un momento, metió el disco en su funda, se estiró y se dio la vuelta.

—Entre —dijo. La puerta se abrió y entró una mujer alta y rubia, con una expresión de cautela en la cara y un vestido deportivo azul y blanco colgando de su cuerpo.

—Hola. ¿Es usted la señorita Davis?

—Sí —dijo Ida, adelantándose para saludarla—. ¿En qué puedo ayudarla?

—La estaba buscando para contratarla. Usted es la detective privada, ¿no?

Ida sonrió, asintió y señaló la silla que estaba delante de la mesa. Cuando la mujer se sentó, Ida examinó a su primer cliente, y su sonrisa se amplió; una mujer rubia siempre era una rubia.

Ida ocupó su sillón tras la mesa.

—¿Cuál es su problema? —preguntó.

La mujer permaneció callada un momento y luego se puso a contar su historia, y mientras lo hacía, Ida percibió en el aire el anuncio de una aventura nueva, tan tangible como el ruido de la ciudad ahí fuera, tan eléctrica como Chicago fraguando el futuro.

«Oí un disco de Louis Armstrong titulado *West End Blues*. Y no dice ninguna palabra, y pensé, esto es maravilloso, y me gustaron los sentimientos que provocaba. A veces el disco puede ponerme tan triste que lloro con muchas ganas. A veces el mismo jodido disco me deja muy feliz».

BILLIE HOLIDAY, hacia 1956

EPÍLOGO

HE INTENTADO CONSEGUIR QUE la descripción de los hechos en el libro fuera lo más exacta posible, pero como pasa siempre con las obras históricas de ficción, a veces tuve que elegir entre la exactitud histórica y la narración del relato que quería contar. En algunos casos, historias distintas se contradicen entre sí, o no hay suficientes pruebas que determinen lo que sucedió en realidad. Más abajo hay algunas notas que explican cómo me desvié de los hechos establecidos, o pongo llamadas entre narraciones opuestas; cualquiera otra desviación se debe o bien a que carecía de la suficiente importancia para que la incluyera o bien a un error u omisión por mi parte, por los que pido disculpas.

El viaje de Louis Armstrong a Chicago del prólogo se basa en la descripción que de él aparece en su autobiografía (*Satchmo: My Life in New Orleans*). Me desvié de ella para incluir elementos de los relatos de otras personas sobre sus viajes al norte como parte de la Gran Migración, así que el episodio se convierte en una especie de amalgama.

El entierro mafioso con que se inicia el libro es también una amalgama, en este caso del entierro de unos cuantos gánsteres de Chicago, especialmente de los de Dean O'Banion y Mike Merlo, en 1924 (el último es la fuente del tema de las flores azules). Los aviones llenos de pétalos de flores también se basan en hechos probados. En el entierro de Diamond Joe Esposito, en 1928, en efecto se cargaron dos aviones de flores para producir una lluvia de rosas; el día que tuvo lugar, sin embargo, debido al mal tiempo, los aviones no pudieron despegar.

El moderno Sherlock Holmes, la película de Buster Keaton que Ida y Louis van a ver, en realidad se estrenó cuatro años antes, en 1924. La película de Keaton de 1928 fue *El héroe del río*, quizá su obra maestra. Elegí la primera y menos valorada película porque se adaptaba más a los temas del libro.

Puede que mi mayor traición a la historia sea la inclusión del Combate de la Cuenta Larga entre Gene Tunney y Jack Dempsey. En realidad este combate tuvo lugar en septiembre de 1927, unos nueve meses antes de los acontecimientos del libro. Quería incluir tanto este como otro acontecimiento memorable: la grabación de *West End Blues*, de Louis Armstrong. Este último data de 1928. Al decidir encajar los dos en un verano, tuve que elegir entre tergiversar la historia del boxeo o la del jazz, y terminé eligiendo la primera opción.

La grabación es fundamental, no solo en la vida de Louis Armstrong sino,

también en la de la historia del jazz y la música popular. Armstrong había pasado años experimentando con las estructuras y formas del solo (la forma que estableció entonces todavía se usa hoy en los diversos géneros). En las grabaciones que hizo durante el verano de 1928 sus logros en esas áreas encontraron su expresión perfecta. La de 1920 fue una década de modernidad y vanguardia artísticas: la innovación y experimentación radical de Armstrong significan que se le debe añadir al panteón de las estrellas de la modernidad de la década, un caso señalado elocuentemente por Thomas Brothers: Louis Armstrong: *Master of Modernism*, y Kevin Jackson: *Constellation of Genius: 1922: Modernism and All That Jazz*.

Algunos lectores puede que hayan notado que la estructura de este libro copia la estructura de la grabación de Armstrong de *West End Blues* como se indica en uno de los últimos capítulos. Mi intención fue conseguir que este libro siguiera por completo el arreglo de la canción, de modo que cada personaje fuera una parte diferente de la instrumentación. Desafortunadamente, no tuve un éxito completo; las primeras versiones que seguían con fidelidad la estructura de la canción presentaban problemas con el argumento y el ritmo, así que me tuve que desviar ligeramente. Supongo que es más exacto decir que este libro está *casi* estructurado de acuerdo con la canción.^[1]

La llegada de la orquesta de Paul Whiteman a Chicago, y las subsiguientes *jam sessions* entre ellos y Louis y sus compañeros de banda, en realidad se produjo unos meses antes, en noviembre de 1927.

Durante todo este período Armstrong y Capone mantuvieron relaciones amistosas y frecuentes. Se llevaban tan bien que su intimidad fue comentada por otros músicos de jazz que estaban en Chicago en aquella época.

Lo de las bebidas envenenadas fue un fenómeno extendido durante la ley seca. La inspiración para la partida de champán del libro fue el caso auténtico de los químicos aficionados Harry Gross y Max Reisman, que fabricaron un adulterante que permitía al extracto del jengibre jamaicano (un medicamento que tenía un 70 por ciento de etanol) pasar las pruebas del Ministerio de Hacienda mientras seguía siendo bebible. Desafortunadamente el adulterante que fabricaron resultó ser una neurotoxina. El jengibre jamaicano envenenado produjo millares de casos de parálisis y muerte. El efecto más habitual era el debilitamiento de los músculos de pies y tobillos, haciendo que las víctimas caminaran con una cojera o un arrastrar de pies característico. El trastorno se extendió tanto que se compusieron y grabaron bastantes blues sobre él.

La conspiración del núcleo del libro —traficantes de heroína que intentan introducirse en Chicago— se basa en hechos comprobados. La «French Connection» (la ruta que seguía la heroína desde Turquía hasta Estados Unidos) ya estaba bien establecida a finales de la década de 1920. Los gánsteres de Nueva York (especialmente Lucky Luciano) ya estaban involucrados en la distribución y venta de la droga, mientras que la vieja guardia estaba en contra. Capone se contentaba con seguir centrándose en lo que originalmente le había permitido hacer su dinero: alcohol, juego y prostitución.

Luciano y su socio Meyer Lansky utilizaron la táctica de dejar que facciones rivales se enfrentaran entre sí antes de aprovecharse de la Guerra Castellammarese, de Nueva York, 1930-1931. En la guerra lucharon las familias criminales Masseria y Maranzano por el control de la ciudad. Casi nada más ganarla Salvatore Maranzano y declararse *capo di tutti capi*, intervino Luciano, que lo asesinó y estableció una comisión que compartiera el poder. Se me ocurrió que era posible que si los gánsteres de Nueva York estaban buscando hacerse con el control de Chicago en 1928 (como en realidad estaban haciendo), podrían utilizar la misma táctica. Pero dadas las fechas de la Guerra Castellammarese, sin embargo, que Michael supiera que se estaba preparando en 1928 es bastante fantasioso.

Inventé la consulta de Capone con el médico. Si conocía su sífilis en 1928, es difícil de confirmar, aunque era indudable que por entonces ya daba muestras de ella, habiéndola contraído de joven en Brooklyn. La primera muestra documentada de ella data de 1932, cuando Capone fue sometido a un reconocimiento al entrar en la cárcel de Atlanta (el examen también reveló que padecía gonorrea).

El grado en que Capone consumía cocaína todavía es materia de debate. Que lo hacía está fuera de duda, pero la prueba de que la consumía habitualmente parece que únicamente se basa en su autopsia de 1947, que reveló que tenía perforado el tabique nasal, un síntoma de consumo muy frecuente de cocaína, pero también de sífilis.

La guerra de Capone con Bugs Moran alcanzó su clímax unos ocho meses después del final de este libro, con la matanza del Día de San Valentín, de 1929. Capone contrató a hombres para que atacaran a la banda de la parte norte de Moran en su cuartel general del parque Lincoln. Haciéndose pasar por policías, alinearon a siete hombres de Moran contra una pared y luego los asesinaron a tiros. De acuerdo con la acostumbrada buena suerte de Moran, él no estaba casualmente allí en aquel momento. La matanza supuso el comienzo del final de Capone. Fotos sanguinarias del incidente ocuparon las páginas de periódicos de todo el mundo, la comprensión de la ciudad se volvió contra él y las autoridades dedicaron más recursos aún con el fin de meterle en la cárcel. Fue condenado por evasión de impuestos en 1931, y liberado ocho años más tarde, y en aquella época ya estaba destrozado por la sífilis, tanto mental como físicamente. Murió en su propiedad de Florida en 1947, a los cuarenta y ocho años, inválido y con la edad mental de un niño.

Una magnífica introducción a la época es el excelente: *1927: Un verano que cambió el mundo*, de Bill Bryson (trad. de Ana Mata. Libros RBA, 2015). Para más información sobre el ambiente del jazz en el Chicago de la década de 1920, recomendaría *Louis Armstrong: Master of Modernism*, de Thomas Brother, y *Chicago Jazz: A Cultural History 1904-1930*, de William Howland Kenney. La más entretenida de las biografías de Capone que he leído es: *Capone: The Man and the Era*.

El blues del hombre muerto pretende ser la segunda parte de una serie de cuatro que explora la historia del jazz y las mafias durante los primeros cincuenta años del

siglo xx. Según una idea inspirada por Oulipo, cada una de las cuatro partes contendrá una ciudad, década, canción, estación del año, tema y clima diferentes. La tercera parte se desarrollará en el otoño de Nueva York de la década de 1940. El clima, tema y canción todavía están por decidir, aunque para la última *Autumn in New York (Otoño en Nueva York)* parece una elección evidente. Quizá excesivamente obvia. Ya veremos. Los personajes principales de los dos primeros libros reaparecerán en los dos siguientes.

RAY CELESTIN
Londres, marzo de 2016

AGRADECIMIENTOS

Mi inmenso agradecimiento a Shemuel Bulgin, Mariam Pourshoushtari, Ben Maguire, Julia Pye, Tony Hemphill, Jane Finigan, Juliet Mahony, Susannah Godman, Sophie Orme, Josie Humber, Maria Rejt, y a todo el equipo de L & R, Mantle y Macmillan.

Notas

[1] Tras largas dudas —en realidad se mantienen al redactar esta nota—, he decidido conservar el término *chorus* porque no encontré una posible equivalencia española dentro del mundo del jazz. En realidad, es el término que usan los músicos españoles, y no se corresponde con el más fácilmente traducible *chorus* de la música coral o el teatro musical. En el jazz designa, más o menos, un ciclo completo de la forma de una canción; una especie de base melódica que se repite entre solos con variaciones, modulaciones e improvisaciones. (*N. del T.*) <<